MARGARET
ATWOOD
Libro de
mis vidas
Como unas
memorias
salamandra

Para mi familia, amigos y lectores
Y para Graeme, como siempre

¡Eras una niña tan sensible!

MI MADRE

Pues ahora soy bastante dura.

YO

Sí que lo eres.

MI HIJA

Un día de éstos esa boquita tuya tan lista acabará metiéndote en un lío.

MI PADRE,
cuando yo era adolescente

Podría haber sido una victorianista de primera.

JERRY BUCKLEY,
mi director de tesis

Si no me hubiera conocido, tu madre habría sido una escritora de éxito de todas formas, pero no se lo habría pasado tan bien.

GRAEME GIBSON,
mi pareja, a nuestra hija

No la cabrees, o vivirás para siempre.

JULIAN PORTER,
mi amigo

Introducción

> Casi esperé ver a mi doble corriendo a toda velocidad por el pueblo, perseguido por una turba, pero imagino que las cosas no funcionaban de ese modo.
>
> RANSOM RIGGS,
> *El hogar de Miss Peregrine para niños peculiares*

Hace unos años me pidieron que apareciera en una secuencia de acción para un programa de humor. El presentador, Rick Mercer, estaba grabando una serie de escenas en las que personas que eran famosas por una habilidad concreta, como la escritura, dejaban boquiabiertos a los telespectadores haciendo algo distinto y que no tuviera nada que ver con lo suyo, como bien podía ser liarse un porro.

—Quiero que tú salgas de portera de hockey —me dijo Rick.

—Uy, va a ser que no —le dije—. ¿No podría limitarme a preparar un pastel o algo por el estilo?

—No. Tienes que salir de portera.

—¿Por qué?

—Porque tendrá gracia. Fíate de mí.

Así que salí de portera, con la equipación completa, con mis protecciones, mis guantes y mi palo. Se me puede ver en YouTube, ahí sigo,

dándolo todo y metida en mi papel de portera; y sí, la verdad es que tiene gracia.

Llevaba mis propios patines de patinaje artístico, pequeñitos y blancos, con unos calcetines negros por encima para que parecieran de hockey. Pero con los de patinaje artístico no hay manera de deslizarse y juntar las espinilleras, así que esas partes más arriesgadas las representó una doble de cuerpo, una dotada jugadora de hockey femenino. Con la máscara puesta nadie diría que no soy yo. La doble se encarga de afrontar los riesgos que tú misma eres demasiado recatada o gallina o poco habilidosa para asumir.

«Ojalá tuviera una doble de cuerpo en la vida real», pensé. «Me vendría de perlas.»

La cuestión es que sí que tengo una. Como todos los escritores. La doble aparece en cuanto tú te pones a escribir. ¿Cómo iba a ser si no? Está tu yo del día a día, y luego está la otra, que es quien en realidad escribe. No son la misma.

Aunque, en mi caso, son más de dos. Son muchísimas.

Unos meses después de que se publicara mi sexta novela, *El cuento de la criada*, participé en una actividad literaria para promocionarla. Durante la ronda de preguntas del público, con el micro abierto, que muchos de los presentes utilizaban para soltar sus sermones, un hombre dio su opinión.

—Entonces, *El cuento de la criada* es autobiográfica —afirmó. No era una pregunta.

—No, no lo es —dije yo.

—Sí que lo es.

—No, no lo es. Está ambientada en el futuro.

—¿Y qué más da?

Aquel hombre no tenía razón. En mi propia experiencia vital, nunca había llevado un conjunto de color rojo con cofia blanca ni me habían coaccionado para que procreara para los mandamases de una jerarquía teológica. Pero en un sentido muy amplio, estaba en lo cierto. Todo lo que se cuela en tu escritura ha pasado antes por tu cabeza de alguna forma. Puede que hagas un batiburrillo y crees nuevas quimeras, pero las materias primas deben haber viajado antes por tu mente. ¿Qué es una «autobiografía»? ¿Sólo una serie de hechos que te han sucedido en el mundo físico, o también una crónica de un viaje interior? ¿Se parece al *Robinson Crusoe* de Defoe (he aquí cómo construí mi cabaña), o más bien a la *Apologia pro vita sua* de Newman (he aquí por qué cambié de creencias)?

Cuando surgió la idea de escribir unas «memorias literarias» (¿de quién fue?, mis recuerdos se encogen de hombros, pero fue alguien del mundo editorial), a ella, a él o a quienes fueran, les respondí: «Sería una pesadez. ¿Sabes ese chiste tan malo del viejo pescador de la Costa Este que cuenta peces? "Un pez, dos peces, otro pez, otro pez, otro pez..." Pues mis "memorias literarias" serían más o menos así: "Escribí un libro, escribí un segundo libro, escribí otro libro, escribí otro más..." Para morirse del aburrimiento. ¿Quién quiere leer la historia de alguien sentado delante de un escritorio peleándose con unos folios en blanco?»

«¡Ah, pero es que no nos referíamos a eso! ¡Nos referíamos a unas memorias, ya sabes, de *estilo* literario!», dijeron.

Lo cual me resultó todavía más desconcertante. ¿Qué podría salir de aquello? ¿Una sátira heroica en pareados dieciochescos?

> Oh, Aurora de rosados dedos, que el telón se aparte
> y yo aparezca en mi mesa, entregada a mi Arte.

¿O algo más en consonancia con el estilo gótico flamígero de, pongamos, Poe?

> Miles de imágenes de tonos brillantes se arremolinaban en mi aturdida mente, y espectros amenazantes atestaban los tenebrosos rincones de mi cámara llena de tapices. En un arrebato agarré mi pluma hechizada y, haciendo caso omiso al enorme borrón de tinta que ahora adquiría formas demoníacas sobre el pergamino níveo y deslumbrante que había ante mí, me dispuse a...

No, no funcionaría.

Una de mis primeras entrevistas para un periódico tuvo lugar en 1967. Para mi gran sorpresa, y también para la del resto del mundo, yo acababa de ganar el único premio literario importante que se concedía en Canadá en aquella época, el Governor General's Award, por mi primera antología poética, *The Circle Game*. En ese momento vivía en Cambridge, Massachusetts, y era estudiante de doctorado en la Universidad de Harvard. A un periódico canadiense se le ocurrió que sería buena idea hacerse eco de mi galardón, así que, para entrevistarme, envió a un corresponsal de guerra que por aquel entonces acababa de regresar de Vietnam. Imagino que sus amigos se mofarían de él sin piedad. «¿Qué, has vuelto a entrevistar a otra jovencita poeta?»

Me presenté con un vestidito rojo y medias de rejilla. El periodista no llevaba puesto el chaleco antibalas, pero bien podría haberlo llevado. Nos sentamos en una cafetería. Me miró. Lo miré. Ninguno de los dos sabía muy bien qué hacer.

Finalmente, me dijo: «Cuente algo interesante. Diga que escribe drogada todos sus poemas.»

¿Es eso lo que se habría esperado de mí en unas memorias literarias? ¿Alcoholismo, fiestas libertinas, consumo de drogas, flagrantes transgresiones sexuales, con la premisa de que la propia escritura no es más que un derivado que rezumó o germinó de la pila de residuos orgánicos de mi aberrante comportamiento? Sin embargo, no era a eso a lo que dedicaba mi tiempo, o al menos la mayor parte de mi tiempo.

«Creo que mejor no», les dije a quienes me habían sugerido escribir mis memorias literarias. ¿O me lo dije a mí misma? Sea como fuere, la palabra importante era «no».

Aun así, el tiempo pasó, y la idea de unas memorias fue adquiriendo un vistoso brillo fosforescente. ¿No había algo atractivo en la idea?, me susurraba mi siniestro *alter ego*. Podía describirme a mí misma bajo una luz favorecedora, proyectando una suave nebulosa sobre mis actos más estúpidos o malvados, a la vez que les endosaba la culpa a otros. Al mismo tiempo, tenía la oportunidad de dar las gracias a mis benefactores, recompensar a mis amigos, despellejar a mis enemigos y ajustar las cuentas pendientes que habían caído en el olvido de todos, excepto en el mío. Podía lavar los trapos sucios, podía descubrir el pastel.

Después de publicar *El quinto en discordia* en 1970, con casi sesenta años, al novelista Robertson Davies le preguntaron por qué había esperado tanto para retomar el género de la novela tras sus primeros éxitos humorísticos. Respondió en tres palabras: «La gente... muere.»

Es verdad. La gente muere y, una vez muerta, sobre ella se pueden contar cosas que antes quizá se habrían callado. No obstante, me dije a mí misma, yo no tendría que limitarme a ese tipo de sórdida contabilidad moral. Podría embarcarme en una travesía en busca de mi auténtico yo interior,

suponiendo que tal cosa exista. Como mínimo, podría examinar las numerosas imágenes de mi persona que se han ido materializando en el transcurso de los años para luego esfumarse, algunas pergeñadas por mí, pero muchas otras, menos positivas y a veces absolutamente espeluznantes, proyectadas por otros sobre mí. Me han hecho preguntas de lo más extrañas. «¿Por qué tiene usted la boca tan pequeña?», quiso saber el remitente de una carta. «¿Por qué hay tantas botellas en su obra?», me preguntaron en una presentación. «¿Su pelo es así de verdad o se lo peinan?» es una de mis preguntas favoritas, y la formularon después de una lectura en el polideportivo de una pequeña localidad del valle de Ottawa que ningún otro escritor vivo había pisado antes.

En algunas variantes de mi persona, soy el terror de los entrevistadores; en otras, hago lloriquear patéticamente a los políticos. Basta una mirada torva por mi parte para que un hombretón solloce y se agarre la entrepierna, por miedo a que, con mis ojos de Medusa, transforme sus gónadas en piedra.

Mis ojos de Medusa van a juego con mi pelo de Medusa, al que solían hacer alusión en las reseñas de mis libros en una época en que la invectiva era más desinhibida y burlarse de alguien por su físico era la norma, sobre todo si era un hombre el que reseñaba a una mujer. Hay que ver qué susto daba el pelo rizado y/o encrespado y/o a lo prerrafaelita; y si lo llevabas suelto, qué díscola y, ya puestos, demente debías de ser, una descendiente de todas aquellas creaciones literarias femeninas decimonónicas que vagaban por los campos o se tiraban de las torres de los castillos, o de otras anteriores, como Ofelia, que con sus cabellos ondulantes flotaban río abajo, locas como cabras. No es de extrañar que las escritoras de las generaciones previas prefirieran los moños bien tirantes y, más tarde, las ondas en frío lacadas de forma meticulosa.

Las brujas, por supuesto, se soltaban la melena para formular hechizos, desatar tornados y seducir a hombres: puede que algunas de estas creencias pervivieran entre los periodistas culturales varones de mediados del siglo XX, y contribuyeran a mi fama de arpía. O tal vez la conexión sea un remanente de los años cincuenta y principios de los sesenta, época en que cualquier mujer que escribiese cualquier cosa que no fuera destinada a la sección femenina del periódico no sólo se consideraba anormalmente poderosa, sino que rayaba en la enajenación mental. O tal vez provenga de los primeros años setenta, en los que un lenguaje contundente en boca de las mujeres se identificaba con la quema de sujetadores, la matanza de hombres y otras actividades poco femeninas. La novelista Margaret Laurence, de una generación anterior a la mía, se quejaba de que, como tenía hijos, no la trataban como a una autora seria, sino como a una mamá inofensiva que horneaba galletas: «Una simple ama de casa.» Yo, sin embargo, acabé protestando por todo lo contrario: cuando no estaba volando por el aire bajo la forma de un murciélago, afirmaba que era capaz de desmoldar un pastel navideño más que decente y tejer varios jerséis de lana a la vez. Se trata de una dicotomía muy antigua: por un lado, una mujer haciendo cosas de mujeres; por el otro, una escritora seria con un cuchillo guardado en la manga.

«Escribe como un hombre», dijo de mí otro poeta a principios de los setenta, con la intención de que fuera un cumplido.

«Te has olvidado de la puntuación», repuse yo. «Lo que querías decir era: "Escribe. Como un hombre."» Este tipo de réplicas me venían de perlas en aquella época.

Si me embarcaba en esta azarosa aventura de las memorias, reflexionaba, podía examinar todas esas diferentes imágenes, más otras que por norma no se tienen en cuenta. ¿Soy en el fondo aquel angelito de tirabuzones bailando

claqué de 1945? ¿La rocanrolera con falda abullonada y zapatos *oxford* de 1955? ¿La aplicada poeta y escritora de relatos en ciernes de 1965? ¿La inquietante novelista con obra publicada y granjera a tiempo parcial de 1975? ¿O la versión probablemente más célebre: la mala mecanógrafa que empieza *El cuento de la criada* en Berlín, lo acaba en Tuscaloosa, Alabama, y luego lo publica, con críticas para todos los gustos, en 1985?

Más adelante han aparecido nuevas interpretaciones de mi persona. Con el paso de los años, he crecido y menguado ante la opinión pública y, en cualquier caso, inevitablemente, he envejecido. Me he atenuado y he titilado, he resplandecido y he soltado chispas, he adquirido aureolas de santidad y cuernos infernales. ¿Quién no desearía explorar todos esos espejos de feria?

Tal vez sea un ser liminal, que comparte dos naturalezas, un guardián de los umbrales, una criatura que se metamorfosea casi a voluntad; una suerte de Baba Yagá, a ratos benévola, a ratos punitiva, cuya morada es una cabaña en el bosque que corre de acá para allá con patas de pollo, y que sigue adelante metida en un mortero con una maza por remo mientras tararea una cancioncilla alegre aunque, de algún modo, amenazadora.

En mi caso, lo más probable es que la cancioncilla sea la de los enanitos que desfilan de camino al trabajo en *Blancanieves y los siete enanitos*, la película de Disney que me traumatizó de niña. Para los adictos al trabajo de corta estatura, entre los que yo me incluyo, es sagrada, aunque el trauma me vino de otra parte: a los seis años, lo que me dejó petrificada fue la escena de la transformación en la que, tras beberse una poción mágica, la hermosa reina se vuelve verde y se convierte en una vieja bruja llena de verrugas. ¡Qué espeluznante, y a la vez qué básico! La acción transcurre en torno a la bella Blancanieves, de voz melodiosa, pero ella no actúa; es la reina malvada quien se lleva las mejores escenas. Todo escritor sabe que ésa es la

verdad. Y todo escritor sabe también que sin la reina malvada o sus avatares —ya sean la invasión alienígena, el huracán, la rompehogares, el siniestro homicida, las serpientes en el avión o el asesino en la casa de campo—, no hay trama.

Todo escritor es al menos dos personas: la que vive y la que escribe. Todo turno de preguntas en la presentación de un libro es una ilusión; en esas ocasiones quien está presente es la que se dedica a vivir, no la que se dedica a escribir. ¿Cómo iba a estar ahí la que escribe si en ese momento no está escribiendo nada? Igual que Jekyll y Hyde, las dos comparten una memoria e incluso un guardarropa. Pese a que todo lo que se escribe ha debido de pasar por las mentes, o la mente, de ambas, no son la misma.

La que se dedica a escribir tiene acceso a todo cuanto hay en la unidad de almacenamiento de memoria. La que se dedica a vivir puede tener cierta idea de lo que su yo escritora se trae entre manos, pero menos de lo que podría pensarse. Conforme escribes, no te observas a ti misma escribiendo, porque si te pones a analizar tu, por así llamarlo, proceso mientras te encuentras en pleno vuelo, te quedarás de piedra.

¿Es la escritura un estado de trance, como podría indicar el relato de Coleridge sobre su escritura de «Kubla Khan»? No exactamente: puedes hacer una pausa, ir a por un café, contestar el teléfono, mostrar todos los signos de normalidad. O al menos yo puedo. Aun así, no puede pasarse por alto la sensación de que hay otra cosa que toma el mando; demasiados escritores han dado fe de ello. El estado de flujo, la inspiración, los personajes que arrebatan la iniciativa a sus autores, las visiones en sueños, las experiencias extracorporales; todos estos tipos de testimonios son demasiado numerosos como para desestimarlos.

Por si eso fuera poco, es posible que existan (como mínimo) dos modelos de escritor: los devotos del Apolo que, hiperconsciente de la armonía y la estructura, rasguea su lira con su séquito de musas; y aquellos que más bien recurren a Hermes, dios de las trampas, las bromas y los mensajes, ocultador y revelador de secretos, patrón de viajeros y ladrones, guía de las almas hasta el inframundo. Si estás revisando un borrador, necesitas a Apolo; si te has quedado atascado en medio de la trama, podrías invocar a Hermes, el que abre las puertas, aunque nada te garantiza lo que pueda acechar tras esa puerta. Que los dos dioses son uña y carne queda patente en las historias mitológicas de su origen: para empezar, fue Hermes quien construyó la lira de Apolo. Casi todas las culturas tienen una versión de esta dualidad, dado que tanto la forma como la energía son necesarias para cualquier obra de arte.

A esto le podríamos añadir a Baco, dios del vino, defensor de la embriaguez divina, anulador de las inhibiciones. Son bastantes los escritores que han escrito bajo la influencia de una cosa u otra. En mi caso era la cafeína.

A algunos escritores les encanta hablar de su «material». Marian Engel, autora de la novela *Oso*, estaba relatándome sus lacerantes experiencias de cuando, siendo muy pequeña, a ella y a su hermano gemelo los habían dado en adopción —los habían separado porque su gemelo era agresivo y la atacaba—, y de repente me dijo: *«Copyright.»* Lo que significaba que aquel material era suyo, no mío. Justo se encontraba escribiendo sobre estas tempranas experiencias cuando murió.

Pero ¿de dónde viene todo ese «material» tan variado? Viene de lo que, en líneas generales, se conoce como tu vida y tu época. Te pasan cosas, o te

las cuentan. Cosas grandes y cosas pequeñas. Algunas te afectan, o se te quedan dentro. No puedes eludir la realidad espaciotemporal en la que vives. Nadie puede. Tu escritura siempre tendrá lugar dentro de ella y estará conectada con ella, aunque tu libro esté ambientado en otro planeta y otro siglo. No puede ser de otro modo.

Así que, inevitablemente, tendré que describir los elementos de mis propios espacios y tiempos si quiero arrojar un poco de luz sobre esto de la escritura. Prepárate para leer descripciones de tecnologías obsoletas, como los pozos de nieve o los armaritos donde el lechero dejaba las botellas; explicaciones de ritos sociales arcaicos, como los *sock hops*, una especie de guateques en calcetines, y los pretendientes; y pequeños apuntes de modas de la época, como el traje pantalón, la minifalda, los vestidos acampanados y el estilo étnico.

Me muevo a través del tiempo y, cuando escribo, el tiempo se mueve a través de mí. Es igual para todos. No puedes detener el tiempo, tampoco puedes retenerlo; se te escapa, como el río Liffey en el *Finnegans Wake* de Joyce. Los recuerdos pueden ser vívidos pero poco fiables; los diarios pueden tergiversar. No obstante, cada vida tiene sus propios sabores y texturas particulares, y yo intentaré evocar los de la mía.

Como en unas memorias tiene que haber fotos, he estado rebuscando entre las toneladas que conservo: los álbumes de mi madre y mi padre de principios del siglo XX, con las instantáneas en blanco y negro sujetas a la página por las esquinitas, de abuelos, tías abuelas, automóviles antiguos que entonces eran flamantes, caballos, puentes cubiertos. Luego, de las décadas de 1930 y 1940: aquí aparezco yo, rodando por el suelo, poniéndome de pie, me crece el pelo, me salen los dientes. A los ocho años me regalan una Kodak Brownie y saco fotos de mi gato con un sombrero, de mi hermano lanzando bolas de nieve y haciendo muecas, de árboles deformes, de niños

irreconocibles. Otros álbumes muestran bailes de instituto, graduaciones, obras de teatro *amateur*. Mis primeros recitales poéticos.

Luego, fotos de cubiertas de libros. Más de ésas. Las cosas empiezan a ponerse literarias. Después vienen los retratos para periódicos y revistas, algunos granulados, otros con brillo; en los segundos muy a menudo no llevo mi propia ropa, porque ya se han inventado los estilistas de vestuario. Atesoro el recuerdo de una sesión fotográfica en la que me pidieron que me quitara toda mi ropa negra para ponerme otra ropa negra que me quedaba exactamente igual. Luego está aquella vez que fui a Finlandia; me sentaron en la sala de maquillaje de un plató de televisión y, visto y no visto, me colocaron unos rulos calientes en el pelo para intentar aplanarlo: los fineses no estaban acostumbrados a mi tipo de cabello. Imagino que trataban de ahorrarme el escarnio público. (No fueron ni los primeros ni los últimos en hacerlo. Pocos lo han logrado.) En capas de fotos más personales, aparece mi propia familia, en muchas etapas y edades.

Resulta abrumador poner orden en esta ventisca de imágenes. ¿Qué se supone que debemos hacer con esto, con semejante acumulación? He conseguido descartar las que sin darme cuenta hice del suelo, de mis pies, del interior de mi bolso, pero las demás... Pululan en el aire, cada vez más desdibujadas pero aún visibles, pequeños destellos de lo que una vez se vivió. ¿Hacía frío aquel día, qué comimos, éramos felices?

Al revisitar mi pasado como escritora, he tenido sueños extraños. He conversado con los muertos: los muertos benévolos, sobre todo. He desenterrado las primeras cosas que escribí, y por suerte jamás publiqué, y me he muerto de la vergüenza al leerlas. He intentado captar de nuevo mi estado de ánimo en aquella época. Decisiones equivocadas, miriñaques, argumentos abandonados, medias de nailon con costuras, canoas, amores perdidos. Todo es material. ¿Qué haré con él?

LIBRO DE MIS VIDAS

1

Adiós a Nueva Escocia

ALGO QUE DIJO MI MADRE:

MI MADRE: Como nuestro padre era el doctor Killam, que sonaba como *kill them*, o sea, «mátalos», los niños del colegio se metían con nosotros. Y decían: «Killam, mátalos, despelléjalos y cómetelos.»

YO: ¿Y no te dolía?

MI MADRE: Bah. No pensaba darles el gusto.

ALGO QUE DIJO MI PADRE:

«Si se reprodujeran con total libertad, ¿cuánto tardarían dos moscas de la fruta en recubrir la Tierra entera con una capa de tres kilómetros de grosor?»

(No recuerdo la respuesta, pero era un período de tiempo asombrosamente breve.)

Mis padres eran de Nueva Escocia. Mi padre nació en 1906, mi madre, en 1909. Si avanzamos en el tiempo, vemos que les tocó acceder al mercado

laboral en los años treinta, en plena Gran Depresión. Sumémosle a eso la decadencia generalizada de las Provincias Marítimas de Canadá: en el siglo XIX Halifax había sido un próspero puerto de mar, pero luego llegó la construcción de los ferrocarriles y el desplazamiento del centro financiero de influencia, primero a Montreal y luego a Toronto. Durante la Primera Guerra Mundial, la ciudad experimentó un breve repunte; más adelante, después de que mis padres se marcharan de Nueva Escocia, sirvió de escala militar para los convoyes del Atlántico gracias a su puerto, protegido de forma natural. También hubo quienes durante los años veinte y principios de los treinta le sacaron partido a la ley seca de Estados Unidos. Un estraperlo dinámico y eficiente se dedicaba a enviar embarcaciones de pesca que recogían la bebida en San Pedro y Miquelón, territorio francés, y la hacían llegar hasta las hondas ensenadas del estado de Maine. Si el tío Bill de repente le ponía un tejado nuevo a su granero, no le preguntabas cómo lo había pagado. Pero para beneficiarte de ese comercio necesitabas tener un barco. Si no tenías barco, mala suerte.

Un chiste de esa época: «¿Cuál es la principal exportación de Nueva Escocia? Cerebros.»

En esos años, muchos habitantes de Nueva Escocia se mudaron al oeste en busca de empleo. Mis padres formaron parte de ese éxodo.

Todas y cada una de las personas oriundas de esa región que he conocido, sin excepción, han sentido morriña de su tierra. No tengo claro el porqué, pero así era. Mis padres siempre se referían a Nueva Escocia como su «casa», lo cual me creó cierta confusión de niña: si Nueva Escocia era «casa», ¿yo dónde vivía? ¿En una no-casa?

Lo nuestro no es un árbol genealógico, sino un arbusto. Si tienes raíces en las Marítimas y conoces a otra persona con raíces similares, cuando quieres darte cuenta estás intentando encontrar un camino entre las matas. ¿Y tú de quién eres, quién era tu padre, y tu madre, tu abuelo, tu abuela, y de dónde? Y así hasta que quede probado el hecho de que sois parientes. O no. A veces se puede tardar lo suyo.

Así que ahí va el análisis en profundidad.

Nueva Escocia, lejos de ser uniformemente escocesa en su origen, tal como su nombre podría dar a entender, era extraordinariamente diversa. Allí vivían, y siguen viviendo, los mi'kmaq, que están emparentados con otros grupos indígenas de Nuevo Brunswick y Maine. En los siglos XVII y XVIII, Nueva Escocia fue una de las primeras zonas de lo que hoy es Canadá en recibir una cierta afluencia de europeos. Exploradores franceses, colonizadores y granjeros franceses que se hacían llamar «acadianos» en homenaje al lugar relativamente idílico en que se encontraron, y más tarde los habitantes de Nueva Inglaterra que se habían sentido atraídos por los terrenos baratos. Más adelante llegó gente que había pertenecido al bando perdedor de la Revolución de las Trece Colonias. Entre ellos estaban los negros libres, que habían luchado en el bando británico. En su conjunto, estos inmigrantes procedentes de Estados Unidos se conocían como «los lealistas del Imperio Unido». Algunos de ellos acabaron enzarzados en nuestro arbusto genealógico.

Justo antes de los lealistas llegaron los protestantes alemanes y franceses que los británicos habían recibido con los brazos abiertos durante la guerra franco-india con Nueva Francia. La Nueva Francia católica, que abarcaba Vermont, Nuevo Brunswick y la actual Quebec, estaba asaltando las colonias protestantes de Nueva Inglaterra con la ayuda de sus aliados indígenas, y viceversa. Nueva Inglaterra contaba con la ayuda del ejército

británico, mientras que las colonias francesas no estaban tan bien abastecidas. Finalmente, en 1759 el general Wolfe conquistó la ciudad de Quebec y Nueva Francia cayó ante Gran Bretaña. Los colonos de Nueva Inglaterra ya no necesitaban al ejército británico, y no vieron motivo alguno para seguir pagando unos impuestos tan altos. Resultado: la Revolución de las Trece Colonias, nada de tributación sin representación, sobreinversión en el bando estadounidense por parte de la monarquía francesa, deuda francesa y, acto seguido, la Revolución francesa.

Mientras tenían lugar las guerras, los británicos habían querido meter con calzador el mayor número de protestantes posible en Nueva Escocia. Uno de esos protestantes franceses se unió a nuestro linaje ancestral. Lo mismo hicieron algunos escoceses tras su expulsión de las Tierras Altas en el siglo XVIII y principios del XIX, un período en el que una gran cantidad de pequeños aparceros se vio desterrada de sus comunidades seculares por los jefes de sus clanes. Esto no fue sólo un efecto colateral de la derrota escocesa en la rebelión jacobita de 1746, sino también consecuencia de la propagación de la cría productiva de ganado ovino. Yo solía bromear con que era descendiente de una larga estirpe de familias, que se remontaban a los puritanos, pero no se limitaban a ellos, a las que habían echado a patadas de sus respectivos países por ser conflictivas, herejes, indigentes o, en todo caso, desagradables.

Éstos son algunos de los apellidos del arbusto genealógico: Atwood, Killam, Webster, McGowan, Lewis (de Gales), Nickerson, Moreau, Robinson, Chase. Son sólo unas cuantas ramas. Si te metes entre los arbustos, no te pierdas. Es toda una maraña.

El primer miembro de mi familia paterna en llegar a la costa sur de Nueva Escocia venía de Cape Cod, que aún sigue plagado de Atwoods, descendientes de los que llegaron a principios del siglo XVII, ya fuera en el

Mayflower o poco después, y se apiñaron en torno a Wellfleet, Massachusetts, y luego Chatham. Hay varios museos, entre otros el Museo Atwood de Chatham, que merece la pena visitar: no hay que perderse la gatera de debajo de las escaleras, por la que todas las noches metían a un felino para que cazara los ratones que había bajo el suelo. (Me pregunto a qué olería la casa.) También hay un retrato de un Atwood dentista posterior, que encargó que lo pintaran vestido de gala y con tres dentaduras postizas expuestas delante de él, de las que evidentemente se enorgullecía.

Fue el hermano menor del Atwood del museo quien se marchó a Nueva Escocia en 1758 y fue a parar a Shelburne, un pequeño puerto de la costa sur. Desde Shelburne, los Atwood se dispersaron, y engendraron a varios corsarios que operaban desde Liverpool, a una serie de marineros y a algunos leñadores y granjeros.

Para cuando nació mi padre, su familia ya vivía en Upper Clyde, a orillas del río Clyde y bastante lejos de la costa. Mi abuelo regentaba un pequeño aserradero que fabricaba tejuelas de madera de pino blanco, dado que en Nueva Escocia prácticamente no había cedro. Uno de los primeros y muchos trabajos que tuvo mi padre, a los seis años, consistía en apilar estas tejuelas. Según él, le encantaba hacerlo; en aquella época se esperaba que los niños contribuyeran a la economía familiar en cuanto fuera posible.

Su familia no se habría descrito a sí misma como pobre: tenían una casa, tenían una vaca, tenían un órgano en el salón. Mi abuelo era masón, lo que significaba que debía de ser, al menos en cierta medida, alguien respetable. Pero la familia no empleaba el dinero para tantas cosas como hoy lo emplea la gente. Si lo que necesitaban era algo que ellos podían hacer —con madera, como mesas y sillas; o con tela o hilo, como vestidos, colchas o

mitones— ellos mismos lo hacían. La gente se casaba, raro era quien no. No abundaban los empleos para las solteronas, y todo el mundo sabía que un hombre lo tendría muy difícil para sacar adelante una pequeña granja sin ayuda: hacía falta una esposa.

Mi abuela, que era la segunda mujer de mi abuelo, criaba pollos y cuidaba un huerto. Tenía el Rolls-Royce de las cocinas de leña, con un horno para cocinar y otro para calentar, un calentador de agua y molduras cromadas. Ahumaba su propio pescado y hacía mantequilla en una mantequera; de niña, yo a veces la ayudaba.

Haber sido testigo de este modo de vida, inalterado desde el siglo XIX, me resultó muy útil mientras escribía *Alias Grace*. Los fogones de mi abuela eran mucho más sofisticados que cualquier cosa al alcance de Grace Marks, pero el ritmo del trabajo y el devenir de los días eran más o menos los mismos. Mi padre, Carl, era el mayor de cinco hermanos, sin contar al tío Freddy, que era hijo de la primera esposa y ya adulto: un personaje misterioso que merodeaba por el granero sin decir mucho y de quien se comentaba que no estaba muy bien de la cabeza. La historia que nos contaron era que en la Primera Guerra Mundial lo habían gaseado, aunque otro informante declaró que ya estaba así de antes. Como con tantas otras historias familiares, a una no se le ocurre investigar hasta que ya no queda nadie a quien preguntarle.

Carl aprendió a leer y a escribir en una escuela unitaria. No había ningún instituto cerca, así que cursó el bachillerato por correspondencia, alentado por mi abuela, que había sido maestra de escuela. Sus estudios se añadirían a sus tareas en la granja y a su trabajo de adolescente en los campamentos madereros de invierno, algo que mi abuelo también había hecho. Fue en estos campamentos donde adquirió un vasto vocabulario de palabrotas, según mi madre. Lo oyó emplearlas una sola vez, el día que se machacó el

pulgar con una almádena mientras clavaba la punta de un pozo de tubo para instalar una bomba manual. «Echó sapos y culebras por la boca», dijo mi madre con admiración: se trataba de un talento hasta entonces desconocido por ella.

Carl tenía aptitudes para la música. No sé cómo aprendió a tocar el violín, pero la cuestión es que lo hizo. Su hermano pequeño, el tío Elmer, tocaba el banjo, y los dos se encargaban de la música los sábados por la noche en las verbenas de la zona, donde la cosa podía ponerse fea: consumo de alcohol y peleas a puñetazos en la calle. Dado que ellos eran los músicos, se libraban de todo aquello. En esos tiempos, Carl también cantaba: de él decían que tenía una hermosa voz de barítono. Pero después de asistir a sus primeros conciertos profesionales cuando ya era un joven adulto y estaba más que encaminado a convertirse en científico, no volvió a cantar ni a tocar el violín nunca más. Tengo la teoría de que se puso la etiqueta de aficionado. Desde entonces, como mucho silbaba: tenía debilidad por Beethoven.

En su época de niño que merodeaba descalzo por ahí, un día al volver de la escuela se topó con una gigantesca oruga verde que lo fascinó, y fue esta criatura, la larva de una polilla de cecropia, lo que atrajo su atención hacia el mundo de los insectos. Se llevó la oruga a casa, le preparó una cajita, la alimentó y observó cómo se transformaba, primero en crisálida y luego en una enorme y colorida polilla. Fue el primer paso en el proceso que finalmente lo conduciría hasta la profesión de entomólogo. De no haber continuado por esa senda, jamás habría conocido a mi madre y yo no habría nacido. Así que le debo mi existencia a una gran oruga verde.

Otro de los pasos que Carl dio por ese camino fue una temporada en la escuela normal de Truro, donde uno se formaba para ser maestro. (En su momento pensé que era donde se aprendía a ser normal, pero resultó que no

era eso.) Su intención era impartir clases en un colegio hasta ahorrar el dinero suficiente para ir a la universidad, pero pudo coger un atajo gracias a una serie de trabajitos de verano relacionados con la entomología y a una beca para la Universidad de Acadia, en Wolfville. Desde allí, de nuevo gracias a otra beca, saltó al Macdonald College, sede de la facultad de estudios agrarios de la Universidad McGill de Montreal, donde limpiaba madrigueras de conejos, vivía en una tienda de campaña, cocinaba su propia comida durante los meses más cálidos, y ahorraba lo bastante para enviar algo de dinero a «casa» y que así sus hermanas pudieran seguir escolarizadas.

Fue en la escuela normal de Truro donde mi padre vio por primera vez a mi madre cuando ésta bajaba deslizándose por el pasamanos de la escalinata principal. Fue en ese lugar y en ese momento donde se prometió solemnemente que se casaría con aquella mujer. Le costó dos intentos, la primera vez ella lo rechazó porque se «lo estaba pasando demasiado bien», pero a la segunda lo consiguió. Para entonces mi padre había superado ya tantas barreras que no se tomó el primer no como una respuesta definitiva.

«Me sorprendió. Yo pensaba que era sólo un amigo», dijo mi madre a propósito de su primera petición de mano. Tenía toda una cohorte de admiradores y pretendientes que pululaban a su alrededor, pero mi padre fue el único al que su propio padre no había declarado «un imbécil». Él también había salido adelante sin la ayuda de nadie hasta llegar a médico, y es probable que se viera un poco reflejado en Carl, que era un experto en salir adelante sin la ayuda de nadie.

Mi madre, Margaret Killam, era un chicazo e increíblemente atlética, de ahí el pasamanos tobogán. Sus orígenes eran bastante distintos de los de mi

padre: eran rurales pero refinados, en vez de rurales y palurdos, de una aldea diminuta llamada Woodville, en el condado de Kings. Kings estaba en el valle de Annapolis, muy dado al cultivo de la manzana.

Mi abuelo, el doctor Harold Killam, era el venerado médico de la zona. Contribuyó a la fundación del hospital de Berwick (ahora cerrado) y colaboró en la construcción de la iglesia metodista local (ahora convertida en vivienda). Fue médico militar durante la Primera Guerra Mundial y lo llamaron para que acudiera a Halifax tras la gravísima explosión en el puerto de 1917 (murieron casi dos mil personas, y nueve mil resultaron heridas). Nuestro tío abuelo Fred había salido disparado por una ventana y había aterrizado, ileso, en la acera, cama incluida. La tía abuela Rose, que no había tenido tanta suerte, se había precipitado hasta el sótano a través del suelo destrozado, y de resultas había sufrido un aborto.

Relatos como éstos poblaron mi cabeza desde muy niña, relatos de personas que yo no conocía. Pertenecían a la categoría de creaciones semiimaginarias que llevaban asociada una historia mítica, como Beowulf. Todas las semanas nos llegaban noticias frescas de seres como aquéllos: mi madre y sus dos hermanas se cartearon fielmente toda la vida, y mi madre le leía en voz alta las cartas a mi padre. Ella era la mayor de cinco hermanos. Los otros cuatro eran su «gemela» Kathleen o Kae, a la que sacaba menos de un año, su hermana Joyce, cuatro años menor, y dos hermanos más pequeños, Fred y Harold. Muchas de sus historias giraban en torno a ese grupo. Era imposible saber en qué nuevo berenjenal se meterían los semidioses de Nueva Escocia.

Había un montón de historias acerca de mi abuelo, el doctor Killam: desaparecía en plena madrugada, se abría paso con su trineo por la nieve para traer niños al mundo sobre mesas de cocina; en su consulta, que ocupaba la parte delantera de su casa, operaba a cualquier pobre hombre

que se hubiera dado un tajo con un hacha. «Nunca enfermes», nos decía mi madre. Había visto y oído demasiadas cosas en relación con lo que les ocurría a los enfermos en épocas anteriores a las vacunas combinadas, la penicilina y las herramientas de diagnóstico avanzado.

El doctor Killam gozaba de un prestigio considerable en la zona. Si eras una persona respetable, no podías beber, fumar ni blasfemar, aunque tampoco es que mi abuelo fuera propenso a hacer ninguna de esas cosas. Se refería a los cigarrillos como «clavos de ataúd» mucho antes de que la investigación le diera la razón.

Por ser la hija del médico, se esperaba que Margaret estuviera a la altura de las circunstancias tanto en el plano social como en el intelectual, pero resultó ser un tanto rebelde. Su padre y ella chocaban con frecuencia; los dos se empecinaban en salirse con la suya y los dos tenían mal genio. «Nos parecíamos demasiado», decía ella. De adolescente, practicó el patinaje de velocidad. También la volvían loca los caballos, y galopaba de acá para allá por remotos caminos rurales a lomos de alguno de los dos caballos que le permitían tener en el establo; uno de ellos era un caballo adoptado de un refugio que, gracias a ella, había pasado de no ser más que «pellejo y huesos» a irradiar salud.

Margaret deseaba con toda el alma deshacerse de su hermosa y abundante aunque fastidiosa melena, pero su autoritario padre no le concedía el permiso. («Era severo, pero también respetado», decía ella.) Finalmente se las arregló para hacerse el típico corte bob, tan en boga en los años veinte; sólo tuvo que esperar a que su padre estuviera retorciéndose de dolor (nada de anestesia en aquel entonces) en el sillón del dentista para solicitar su permiso una vez más. En resumidas cuentas, lo que él dijo fue: «Lo que sea, haz lo que sea, ¡pero déjame en paz!» Y fue dicho y hecho.

Su hermana «gemela», Kae, era estudiosa, y mi abuelo la mandó a la Universidad de Toronto, donde se convirtió en la primera mujer licenciada en Historia. Pero a mi madre la veían como a una tarambana; su cerebro, según mi abuelo, no era más que un botoncito que le sujetaba la columna. Ya podía irse olvidando de la universidad: él opinaba que habría sido tirar el dinero.

Margaret se tomó aquello como un reto. Así que se largó a la escuela normal de Truro, donde de paso conquistó a mi padre. Durante dos años impartió clases en una escuela unitaria, a la que iba y volvía a caballo, y con el dinero que ahorró consiguió matricularse en la Universidad Femenina Mount Allison de Sackville, en la provincia de Nuevo Brunswick. «¿Por qué fuiste a la Mount A. en vez de a la de Acadia, en Nueva Escocia?», le pregunté una vez. «Porque estaba más lejos», fue su respuesta. Después de un aluvión de anécdotas nostálgicas sobre lo que ella llamaba «casa», también le pregunté por qué nunca había vuelto a vivir allí. «Todo el mundo se mete en tus asuntos», me dijo. Su razón tenía. En Mount A., se matriculó en la asignatura de Economía Doméstica, no porque le gustara, sino porque para una mujer era la vía más plausible para encontrar trabajo. Entre bambalinas, había una tía soltera que le echó una mano. Margaret consiguió una beca en Mount A. ¡Chúpate ésa, padre respetado! Había demostrado tener «agallas», una cualidad deseable, había puesto en práctica la autonomía, también deseable, y había dejado probado que no era una mera cabeza hueca. (También entraba y salía trepando por las ventanas del internado a horas intempestivas, pero es evidente que no la pillaron.)

El crac que desató la Gran Depresión sucedió en 1929, cuando Margaret tenía veinte años. Los puestos de trabajo escaseaban. Llegado el momento,

mi madre dio clases de cocina en un reformatorio femenino («Se bebían el sirope de vainilla»), luego se hizo nutricionista en el Hospital General de Toronto, donde cogió peso («Nos comíamos el helado que sobraba»). Mi padre estudiaba en la Universidad de Toronto; le pidió matrimonio de nuevo, y esta vez ella aceptó. Hubo un interludio en el que mi madre tuvo que ir a «casa» para arrimar el hombro, ya que su padre había sufrido «un infarto». Otro misterioso término de mi infancia: ¿qué era aquello exactamente? La cura era reposo, aunque no es que el reposo sirviese mucho de cura. Por aquel entonces no había *stents* ni trasplantes de corazón. De niños, cuando íbamos de visita, nos tocaba caminar de puntillas todo el rato.

En 1935 mis padres por fin se casaron, en una boda doble. Mi tía Kae se casó con un médico del pueblo, después de haber rechazado el plan de mandarla a Oxford, ya que no quería acabar igual que su legendaria tía Win, la solterona: destino inevitable de toda mujer que escogiera una profesión tan sesuda. Mis padres pasaron la luna de miel en Nuevo Brunswick, bajando en canoa por el río Saint John, antes de que agonizara entre presas. Carl enseñó a remar a Margaret, que nunca lo había hecho, y a dormir en tienda de campaña. Dormir en tiendas de campaña no había formado parte de su infancia, puesto que habría podido dar lugar a habladurías y a una pésima reputación en potencia, pero sí que había dormido en una antes de la boda, en compañía de su hermana, para practicar. Le cogió el gusto rápidamente a la vida al aire libre, donde se movía como pez en el agua.

Mucho tiempo después, le contó a mi hermana pequeña que su primer año de casada fue «como unas vacaciones», después de la extenuante vida laboral que había llevado hasta entonces. Durante la Depresión, las mujeres casadas dejaron de trabajar fuera de casa. Se consideraba egoísta que en una familia entraran dos sueldos, así que, cuando te casabas, automáticamente

dejabas el trabajo o «prescindían» de ti, a menos que estuvieras en lo más alto o en lo más bajo de la escala salarial. Durante esta fase inicial del matrlmonio, Margaret aprendió por su cuenta a escribir a máquina para poder pasar a limpio la tesis doctoral de Carl. Lo hizo en la misma Remington portátil, de letras blancas sobre teclas negras rodeadas de círculos blancos, en la que más adelante yo mecanografiaría mis primeros poemas. Los quehaceres domésticos propios de una casa no importaban mucho, puesto que no tenían casa, así que contaba con tiempo de sobra para entregarse a sus aficiones atléticas, esquiando sobre todo el hielo que encontraba y dando caminatas por los parques.

RATONES DE CAMPO Y RATONES DE CIUDAD: UN INCISO

Tanto mi madre como mi padre eran ratones de campo por naturaleza, aunque si el guión lo exigía eran capaces de disfrazarse de ratón de ciudad. La metáfora se remonta a una de las fábulas de Esopo que acabarían propagándose por toda Europa. Beatrix Potter la convirtió en el tema principal de un cuento infantil ilustrado, del que todavía hoy siguen haciéndose nuevas adaptaciones.

Ni el ratón de campo ni el de ciudad aprecian el estilo de vida del otro. El ratón de campo come comida sencilla, el de ciudad es un sibarita. Se visitan mutuamente, pero al de campo le dan miedo los gatos y perros feroces que abundan en la ciudad y dice que prefiere la paz y tranquilidad del campo.

La paz y tranquilidad del campo es desde luego una fábula en sí misma. Si eres, pongamos, granjero, el campo puede ser un lugar muy peligroso, y lo era todavía más en la primera parte del siglo XX. Las vacas podían darte una coz, los caballos podían desbocarse y partirte la crisma contra el

travesaño superior de la puerta del establo, un cerdo podía devorarte si ibas sin cuidado y caías en su pocilga. Los incendios domésticos causados por las cocinas de leña, las lámparas de queroseno o las velas eran siempre una posibilidad. Un tractor podía volcarse y machacarte como una uva. El corral y las construcciones anexas estaban repletas de aperos afilados y letales en potencia: sierras, hachas, picos, almádenas y toda clase de armas de fuego. Si necesitabas una para matar a alguien, no tenías que buscar muy lejos. En el bosque, un árbol que cayera podía aplastarte, un oso despedazarte, un alce macho pisotearte o un incendio forestal acorralarte. Podías morir congelado en una ventisca, ahogado en un lago o partido por un rayo, uno de los mayores miedos de mi niñez. Ni se te ocurra ir a nadar si se avecina una tormenta. Te lo digo por tu propio bien.

¿Cómo podría competir con eso la ciudad en lo que a peligros respecta? Pues podía: con accidentes de tráfico capaces de hacerte pedacitos, con sinvergüenzas y borrachos que tal vez se abalanzaran sobre ti saliendo de entre los arbustos, con los horrores de tener que encontrar ropa para ocasiones elegantes (¿qué ponerse?) y de asistir a fiestas (¿qué decir?). En el campo, era probable que el infierno se apareciera en forma de animal o de tormenta de nieve. En la ciudad, el infierno eran los demás. No obstante, en el campo, según las historias de mi madre, el infierno también podían ser los demás: gente mala podía haberla en todas partes.

Así que coexistían dos mentalidades bien diferenciadas: la urbana y la rural. En la ciudad, se esperaba que fueras extrovertido, fariseo en las formas, sociable. Te interesaban las novedades, como la última película o moda o invento o tecnología. Sin embargo, sería más probable que despreciaras las excentricidades de los demás y que pertenecieras a una jerarquía social que desdeñase a quienes estaban por debajo. Lo que sería menos probable es que conocieras a tus vecinos, y que te interesara hacerlo.

El dinero importaba; importaba mucho. Es posible que a la gente de campo la consideraras garrula y paleta, supersticiosa e irracional, retrasada en su manera de pensar.

En el campo, te mostrabas reservado si te encontrabas con alguien a quien no conocías y escéptico ante los alardes y las demostraciones de opulencia. Era más importante que se pensara en ti como una persona honrada, de fiar, competente y hábil que como alguien rico o sabiondo. Si te subías a la parra y te creías superior a los demás, te bajaban los humos y te ponían en tu sitio, normalmente con socarronería. La autosuficiencia era importante: si se te atascaba el váter —suponiendo que tuvieras uno dentro de casa, y no un retrete exterior—, no podías llamar a un fontanero y santas pascuas, porque no lo había. Así que sacabas la llave inglesa. Por supuesto, tenías una, y muchas otras herramientas que servían para todo. Ayudabas a tus vecinos cuando tenían problemas físicos como una enfermedad o un incendio en casa, y ellos a cambio te ayudaban a ti. Te parecía de mala educación chulear, lloriquear y quejarte, o expresar más emociones de la cuenta, o incluso alguna. Divertirte un rato tenía un pase, pero divertirte demasiado era frívolo. Sabías cortar leña y hacer muebles y talar árboles, o, si eras mujer, escaldar y desplumar un pollo, cuidar de un corral de gallinas ponedoras, hacer mantequilla, labrar el huerto, preparar mermelada, tejer mitones de punto, alfombras de ganchillo, coser colchas y aprovechar cualquier sobra. Menospreciabas en secreto a la gente de ciudad que no había aprendido esas habilidades: no tenían ni pajolera idea de nada y pisaban boñigas de vaca porque no miraban por donde iban. Tolerabas a los excéntricos siempre y cuando los conocieras y siempre y cuando fueran inofensivos. Si tenías que destripar algo, como un pescado, simplemente te arremangabas y te ponías manos a la obra.

En el campo pasabas las horas muertas con el primero con el que te encontrabas. Era una forma de enterarte de cosas. Nuestro padre conservó esa costumbre, y de niños nos sacaba un poco de quicio. Entraba a pagar en una gasolinera mientras nosotros esperábamos en el coche, y esperábamos, y esperábamos. Entablaba conversación con éste y con el de más allá mientras hacía tintinear la calderilla que llevaba en el bolsillo. Si no se creía lo que le contaban, decía: «¿Ah, sí?» o «¡No me digas!». Contradecir a alguien era de mala educación en el campo. Recuerdo quedarme mirándolo mientras un hombre intentaba convencerlo de que los castores absorbían el aire de los troncos y por eso los troncos se hundían. «¿Ah, sí?» «¡No me digas!» (Clin, clin, clin.)

Tanto mi madre como mi padre conocían las costumbres del ratón de campo porque se habían criado entre ellos. Dentro del esmoquin y del elegante vestido de fiesta que podían adoptar a voluntad, guardaban la reserva y el escepticismo de los ratones de campo; aun así, también tenían la curiosidad de los ratones de ciudad. Podían ir y venir del campo a la ciudad y de la ciudad al campo casi sin despeinarse, o eso parecía desde fuera.

Mi hermano mayor y yo éramos unos híbridos similares.

2

Bebé de monte

En el otoño de 1936 mis padres estaban viviendo en Montreal, donde Carl tenía un puesto de profesor raso en el Macdonald College. Esperaban un bebé para febrero. No andaban sobrados de dinero: en palabras de mi madre, no tenían «un centavo». El sueldo de mi padre lo repartía entre cuatro sobres: alquiler, suministros, comida y, si quedaba algo, ocio. «Ocio» podía ser una película en el cine o una cajita de bombones de Laura Secord. Cortaban cada bombón por la mitad para que los dos pudieran probar todos los sabores.

Sin ser conscientes de ello, su piso estaba en el barrio rojo de Montreal. (Normal que fuera tan barato.) Embarazada o no, mi madre siempre fue una andarina infatigable, y con sus caminatas a paso ligero por aquellas calles, en su estado, debía de resultarles un bicho raro a las profesionales de la zona, aunque según ella nadie la «molestó» nunca. (De haberlo hecho, les habría dado «su merecido», que era algo impreciso, aunque probablemente a nadie le habría apetecido recibirlo.)

Mi hermano, Harold, nació en el Hospital General de Montreal el día después de San Valentín, lo cual sería ideal para decorar futuras tartas de cumpleaños. Esto ocurrió antes de que existiera la asistencia sanitaria universal, por lo que no te dejaban irte del hospital hasta que no pagaras la cuenta. Mi padre empeñó su estilográfica para abonar la fianza de mi madre.

Aquella estilográfica en sí misma es un misterio: debía de ser lo bastante cara para que valiese la pena empeñarla; es probable que fuera un regalo, puesto que él no habría tenido los centavos suficientes para comprar una cosa así.

Cuidar de un recién nacido en un piso pequeño debió de ser toda una experiencia. En aquel entonces no había pañales desechables, así que nuestra madre los dejaba en remojo en el váter. Hubo al menos una emergencia de fontanería por tirar de la cadena antes de tiempo, y el diamante se desprendió del anillo de compromiso de Margaret y se fue por el desagüe. ¿Cómo hacía mi madre el resto de la colada? Posiblemente en una de aquellas antiguas lavadoras de rodillo. Y también tendría un armario nevera y una plancha eléctrica. Sé que tenían una tostadora y una gofrera de hierro, ambos regalos de boda, porque durante mi niñez seguían funcionando.

Luego, de repente, nuestro padre empezó a trabajar como entomólogo de campo en el Departamento de Agricultura del gobierno federal, lo que implicaba pasar siete meses en una remota zona boscosa al noroeste de Quebec. Con un bebé de pocos meses, ¿le apetecía a Margaret algo así? ¡Sí! Para empezar, era la posibilidad de vivir aventuras precisamente como ésa lo que la había llevado a firmar los papeles con mi padre.

Las distintas eras tienen distintos modelos de matrimonio ideal para las mujeres. El modelo de la época victoriana tardía era el ángel de la casa; el de la Segunda Guerra Mundial era un cruce entre el «mantened encendido el fuego del hogar» y el icono de Rosie la remachadora; y el de los años cincuenta, la mujercita de vestido entallado en la cintura y cuatro churumbeles dentro de un coche familiar que hace la compra en el supermercado y vive rodeada de eficientes electrodomésticos. El de los años treinta era lo que yo llamo el «modelo Amelia Earhart»: las dotes atléticas y

la atracción por el riesgo no se consideraban poco femeninas, el ingenio era algo positivo, no pasaba nada por llevar pantalones de vestir, tumbarse en el sofá a comer bombones en negligé estaba demodé y se apreciaba la camaradería. (Nancy Drew, la joven detective con vehículo propio, apareció en 1930.)

Nuestros padres veían su matrimonio como una sociedad entre iguales; Margaret era la mitad de todas las decisiones relevantes. Antes de mudarse al monte, nuestros padres hicieron un pacto: en los casi siempre fríos bosques, él se levantaría antes y haría el desayuno; en la ciudad, se encargaría ella. Los primeros años, mi madre salió ganando porque pasaban al menos dos tercios del año en el bosque.

Para el nuevo puesto en el Departamento de Agricultura, se mudaron a Ottawa con su tierno retoño. Ottawa, capital de Canadá, era en aquel momento una pequeña ciudad de provincias. No obstante, sí que tenía un museo en el que mi hermano, varios años más tarde, vio sus primeras exposiciones de dinosaurios. Impresionadísimo, Harold llegó a casa y modeló un dinosaurio de plastilina. Tenía ubres, lo cual fue un motivo de entusiasmo para mi madre, que compartió la noticia con sus hermanas a través de su carta semanal. No habían elegido Ottawa como capital por su clima —es la segunda metrópoli más fría del mundo, la primera es Ulán Bator—, sino por su ubicación respecto al río Ottawa, que marca la frontera entre Ontario (mayoritariamente anglófona) y Quebec (donde predomina el francés). Para un país como Canadá, en tanto que confederación con dos lenguas oficiales, esta ubicación tenía sentido. El campamento base en el que nuestro padre llevaría a cabo sus investigaciones también estaba en territorio fronterizo, pero en el lado de Quebec y casi quinientos kilómetros al norte. La gente de allí se comunicaba en *franglés*, una mezcla de francés e inglés. Mi padre aprendió a hablar *franglés*, lo que le resultaba bastante

útil durante sus expediciones científicas por el norte de Quebec. Cualquier cosa cuyo nombre desconocieras era *la machine*; era práctico si, por ejemplo, había que apagar un incendio forestal, algo que se esperaba que hicieran todos los hombres adultos que se encontrasen en las inmediaciones del incendio. No te preocupas demasiado de la gramática cuando tienes un árbol en llamas a punto de caerte encima.

EN EL BOSQUE

Para su primera temporada en el bosque del norte, que dio comienzo en mayo de 1937, nuestros padres y su criatura de tres meses llegaron a su destino en ferrocarril de vía estrecha, ya que aún no había ninguna carretera. El emplazamiento escogido para el laboratorio de Carl quedaba a cierta distancia de un minúsculo agrupamiento de viviendas apiñadas alrededor de la parada del tren. Aquel primer verano, la pequeña familia vivió en tiendas de campaña mientras mi padre y su amigote de la aldea, Adrien Denis, empezaban a construir el edificio del laboratorio. Estaba hecho más que nada de troncos y tenía un porche con mosquitera.

Hay una foto de los tres —Carl, Margaret y Harold— en su entorno boscoso, con cara de felicidad. Al menos la de los dos adultos. La expresión del bebé no se ve: sus manos y sus pies son lo único que sobresale de lo que parece ser una especie de cajón de madera. Nuestros padres lo tapaban con estopilla para mantener a raya los mosquitos y las moscas negras.

Margaret aparece sentada en una tumbona hecha de varas de abedul, una creación de Carl, y el propio Carl en un taburete armado con otro cajón de madera y un tablón clavado encima. En lo alto hay un toldo o una lona, para proteger esta zona comedor si llovía, cosa que sucedía a menudo, ya que la región era una pluviselva septentrional. Lloviera o tronara, jamás se comía dentro de las tiendas de campaña. Lo último que querías era que los animales o los insectos la invadieran en busca de migas, o que se te derramara la sopa sobre la ropa de cama.

Hay también una foto de Carl enrollando un colchón inflable de goma. Puede que durmieran en uno de ésos o en uno hecho con ramas de pícea, aunque más probablemente en sacos de dormir, que en aquellos tiempos, antes de los materiales sintéticos, debían de ser pesados y enguatados. Con sábanas de franela de algodón dentro del saco y, encima, mantas de lana de la marca Hudson's Bay de rayas rojas y negras.

La pequeña criatura dentro del cajón de madera se sentía totalmente en casa en el monte. Podría decirse que era un bebé de monte. Antes incluso de que gateara, durante una plaga de insectos se lo encontraron agarrando con

la mano un puñado de orugas del álamo, a punto de comérselas. De mayor, se hizo biólogo. ¿Cómo habría sido posible evitarlo?

Cuando el frío arreció y los insectos se murieron o hibernaron, la familia regresó a Ottawa. ¿Cómo funcionó este plan seminómada en la práctica? ¿Almacenaron los muebles en un trastero la mitad del año y alquilaron apartamentos de corta estancia la otra mitad? No podrían haberse permitido pagar un piso en el que sólo vivieran la mitad del año. ¿O lo subarrendaron? Durante la primavera, el verano y el otoño de 1938, regresaron al bosque de Quebec. Terminaron el laboratorio de insectos y erigieron una pequeña cabaña algo más alejada, junto al lago, a la que nuestros padres se mudaron mientras Carl proyectaba una casa más grande y construía un retrete exterior, una leñera y un pozo de nieve. El terreno lo habrían obtenido por poco dinero mediante un arrendamiento a noventa y nueve años, ya que en aquel entonces el gobierno de Quebec no hacía ventas directas.

En el verano de 1939, un importante brote de gusano cogollero del abeto acaparó gran parte de la atención de mi padre. Ése fue también el verano en que casi perdieron a Harold. Con dos años y medio se cayó del embarcadero, después de escaparse del parque infantil hecho con malla de alambre que rodeaba el arenero: nuestra madre creía firmemente en dejar que los niños jugaran solos. Por suerte, había echado un vistazo por la ventana y se había dado cuenta de que Harold no estaba. Echó a correr hasta el embarcadero, oyó un borboteo, miró en el agua, lo vio hundiéndose y lo sacó de los pelos ¡y por los pelos! (Las historias de nuestra madre incluían una buena dosis de salvaciones por los pelos. Estábamos vivos de milagro.)

Mientras tanto, a medida que avanzaba el verano, la situación internacional se volvía cada semana más tensa. Justo por encima del horizonte, en realidad justo por encima del Atlántico, empezaban a

acumularse nubarrones de guerra. La tormenta que se avecinaba estaba a punto de desatarse, a su paso lo cambiaría todo y a todos.

Y yo estaba a punto de nacer.

(Música siniestra. Podría ser tanto la banda sonora de la Segunda Guerra Mundial como la de mi nacimiento, lo que mejor te encaje.)

3

Ascendente en Géminis

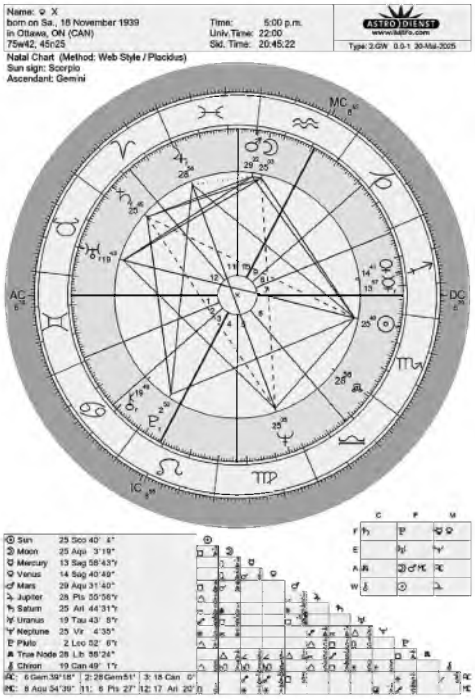
Nací en el Hospital General de Ottawa el 18 de noviembre de 1939. A primera vista, puede que no parezca una fecha de nacimiento propicia. Habían pasado dos meses y medio desde el estallido de la Segunda Guerra Mundial, así que era probable que mi madre estuviera hasta arriba de hormonas por la ansiedad antes de que yo naciera. También era el mes más lúgubre del año: hojas muertas pero nada de nieve, días cada vez más cortos pero sin que aún fuera Navidad. Es el mes de la muerte, el sexo y la regeneración, según los astrólogos. Seguramente añadieron los dos últimos para dorar la píldora. En Canadá, las festividades que se celebran en noviembre son el Día de los Muertos y el *Remembrance Day* o día del recuerdo de las víctimas de la guerra, que es otra clase de Día de los Muertos. Pesimismo por doquier.

Teniendo en cuenta estos malos augurios, ¿cómo resulté ser una niña tan alegre? Porque sí que lo era. Hay testigos. O los había.

Échale una ojeada a mi carta astral y verás como mi personalidad y mi sino se despliegan ante ti, claros como el agua. (Si no te gustan los horóscopos, sáltate esta parte y el diagrama de la página siguiente.)

¡Fíjate! Un Gran Trígono (el triángulo que hay en el centro), con el Sol, Júpiter (gran suerte) y Plutón (el inframundo) en las puntas. Júpiter está en lo alto de la carta astral, pero en Piscis, por lo que debería haber hecho un

esfuerzo para poner freno al escapismo, la fantasía y los intereses esotéricos. (Y no lo hice.) Marte y la Luna están en la décima casa, de ahí saldrán las publicaciones de poesía y también algunas de las luchas artísticas. Sí, el Sol está en Escorpio, lo cual podría ser un mal augurio para los demás: si nos buscan mucho las cosquillas, los escorpio nos convertimos en implacables enemigos.



Nombre: 1 X / Fecha y lugar de nacimiento: sábado 15 de noviembre de 1939, Ottawa, ON (Canadá) / 75°42' W, 45°25' N / Hora: 5:00 p. m. / Tiempo univ.

(UT): 22:00 / Tiempo sid.: 20:42:22 // ASTRO DIENST / www.astro.com // Carta astral (Método: Web Style / Placidus) / Signo solar: Escorpio / Ascendente: Géminis // Sol / Luna / Mercurio / Venus / Marte / Júpiter / Saturno / Urano / Neptuno / Plutón / Nodo real / Chirón

A Escorpio lo rigen Ares (Marte), dios de la guerra, y Hades (Plutón), dios de los muertos y el inframundo. La historia militar, las galerías subterráneas, las novelas de misterio, la lencería, los tesoros ocultos, los secretos sucios: todo esto estimula la curiosidad de los escorpio. De nosotros se dice que somos buenos detectives, espías y cerebros criminales. Y enterradores.

Pero respira tranquilo, porque el ascendente es Géminis. Es el signo de los gemelos, algo que a una escritora le va que ni pintado. El gemelo bueno y el gemelo malo, o el gemelo extrovertido y el gemelo introvertido. El gemelo o la gemela Jekyll, sonriente, dedicada a sus asuntos públicos respetables y benévolos, y el gemelo o la gemela Hyde, la de las sombras, inmersa en la criminalidad y/o en escribir libros.

El planeta dominante de Géminis es Hermes (Mercurio), mensajero de los dioses, inventor de las bromas, guardián y revelador de secretos (de ahí la palabra «hermético»), patrón de viajeros y ladrones, soberano de las comunicaciones y guía de las almas hasta el inframundo. ¡Qué liviano y etéreo! ¡Qué reservado! ¡Qué propenso a las diabluras! ¡Qué inmune al horror! ¡Qué a gusto en el Hades! ¡Qué hipócrita con su doble cara!

(Al ser escorpio, me muestro escéptica ante todo, incluidos los horóscopos, así que ni se te ocurra tomarte esto al pie de la letra.)

En cualquier caso, ¿de verdad es Géminis mi signo ascendente? La trampa es que mi madre no recordaba exactamente cuándo nací. En aquella época, en el momento crucial te dejaban traspuesta con éter, así que durante mi primer aliento ella estuvo inconsciente. Mi mejor pista es que los

médicos (todos hombres, puesto que a lo largo de los siglos a las mujeres curanderas y médicas ya las habían puesto eficazmente en su sitio: quemándolas por brujas en la hoguera y, más tarde, negándoles el acceso a las facultades de medicina) le dieron las gracias a mi madre por haber esperado a que acabara la semifinal de la Grey Cup de fútbol. Así que calculo que mi nacimiento debió de producirse poco después de las cinco de la tarde. A mi hermano lo habían llamado como sus dos abuelos: Harold y Leslie. Mi madre había pactado con su mejor amiga, Eleanor, que a su primera hija le pondrían el nombre de la otra. Sin embargo, mi padre, que era un romántico y además adoraba a mi madre, quiso que me llamara como ella; y así fue, aunque también me quedé con Eleanor de segundo nombre.

En cualquier caso, aquello dio lugar a que hubiera dos Margarets en la familia. Para evitar confusiones, me adjudicaron un sobrenombre, Peggy, que es el apelativo cariñoso escocés de Margaret. De muy pequeña, a veces me llamaban miniCarl porque me parecía muchísimo a él. Pero nunca me llamaban Margaret ni yo lo consideraba mi nombre. Aun así, más adelante me vino bien: tenía un *alter ego* oculto, que aguardaba entre las sombras la llamada a ser escritora. Peggy era la géminis *allegro*, pero Margaret era la escorpio *penseroso*, un personaje muchísimo más inquietante.

EN EL BOSQUE, OTRA VEZ

Con seis meses, me llevaron en coche por la carretera de dos carriles que discurre junto al ancho y caudaloso río Ottawa, que por entonces todavía se usaba para transportar troncos río abajo, como llevaba haciéndose desde la época de las guerras napoleónicas. (¿De dónde provenían la mayor parte de los mástiles de las naves de la Armada británica que se emplearon en el

asedio de Francia? De los antaño majestuosos pinos blancos del valle de Ottawa.)

Recorrimos este trayecto cada primavera hasta que cumplí los cuatro años y medio. La ruta partía de Ottawa y atravesaba antiguos municipios de la época dorada de la explotación forestal: Arnprior, Renfrew, Pembroke, Petawawa, que era una base militar, hasta Deep River, que todavía no era un centro de investigación atómica; luego continuaba hasta Mattawa y, por último, pasaba por encima de un puente y una presa que marcaba la frontera Ontario-Quebec hasta la localidad maderera de Témiscaming. Río arriba quedaba el extenso y frío lago Temiskaming, río abajo el a menudo peligroso río Ottawa, empleado durante milenios por los algonquinos como principal ruta de transporte. Estamos en territorio del llamado «Escudo Canadiense», donde todo crece sobre una base de roca precámbrica erosionada por los glaciares. El bosque es una mezcla de conífera y caducifolia, por lo que en otoño presenta una espectacular combinación de rojos, amarillos y naranjas, salpicada de picea mariana y pino. Témiscaming ya era bastante antigua en 1939, o eso me pareció más adelante. Algún francófilo excéntrico le había donado una fuente de estilo francés, un extraño toque rococó en medio del bosque boreal.

Al atravesar la localidad, bordeábamos un pequeño aserradero con una montaña de serrín que a mí me resultaba fascinante. (Quería deslizarme por ella, pero cuando por fin tuve la oportunidad, aquel serrín no tenía nada que ver con la nieve. Más bien era pegajoso y picaba.) Pasábamos en coche por debajo de una enorme tubería de agua hecha de madera de la que, en los meses más fríos, colgaban unos gigantescos carámbanos. Después de eso, quedaban unos setenta u ochenta kilómetros por una carretera recién construida y sin pavimentar que era estrecha, empinada y sinuosa, perfecta para marearse, y repleta de curvas ciegas. Las señales de tráfico me

enseñaron algunas de mis primeras palabras en francés: *Petite vitesse* para reducir la velocidad, en los descensos abruptos; y *Gardez la droite* para mantenerse a la derecha, en las curvas ciegas. Se suponía que debías tocar el claxon antes de cogerlas, para que si alguien venía en sentido contrario supiera que estabas allí.

Nuestro padre era un avezado conductor. No es que le encantara conducir, pero por su trabajo debía hacerlo muy a menudo. De todas formas, conducir distancias largas era más fácil en aquel entonces: los años que duró la guerra las carreteras estaban bastante vacías. La gasolina estaba racionada y no todas las familias eran propietarias de un coche, ni mucho menos. Las que sí lo tenían debían enfrentarse a los frecuentes pinchazos: dado que toda la goma buena se destinaba a la campaña bélica, los neumáticos eran de escasa calidad. Una de mis primeras imágenes de mi padre consistía en la mitad inferior de su cuerpo sobresaliendo por debajo de un coche levantado con un gato.

Gozaba de una exención para el racionamiento de combustible porque las industrias forestales se consideraban un sector vital para la campaña bélica. (A veces la gente me ha preguntado por qué no se alistó. Lo intentó, querría haber entrado en las Fuerzas Aéreas, pero le dijeron no sólo que pertenecía a una «industria crítica», sino también que ya iba para viejo y tenía problemas de corazón, causados probablemente por la fiebre reumática que había padecido de niño. Aquel defecto cardíaco no suponía una amenaza inmediata, aunque fue lo que al final se lo llevó.)

Sus especialidades como investigador eran los tres insectos que causaban las grandes plagas del bosque boreal: el gusano cogollero del abeto, la oruga del álamo y los sínfitos o moscas de sierra, unos insectos que, raudos y veloces, eran capaces de arrasar amplias franjas de valioso bosque. Detectar las plagas era un asunto de suma importancia, por lo que se

desplazaba en coche y a veces hasta en avioneta por todo el norte de Ontario y el noroeste de Quebec para recoger insectos, observarlos y hacer preguntas. Algunos de sus informantes eran miembros de las Naciones Originarias que vivían y trabajaban en los bosques, y que eran los primeros en darse cuenta si un montón de árboles de repente empezaba a morirse.

Así que, acostumbrado como estaba a conducir por zonas rurales, tomaba las curvas ciegas —igual que el resto de esa carretera, y casi todas las carreteras— a velocidades que seguramente no fueran las más recomendables. Nuestra madre padecía de cinetosis y se mareaba en el coche, pero es probable que él pensara que, si de todas formas iba a marearse, ¿por qué no acelerar y acabar antes? Siempre tenía prisa por llegar.

Por fin llegábamos a nuestro destino: el extremo septentrional de un gran lago frío e intrincado, raspado y recortado por los glaciares a lo largo de miles de años. Atravesábamos un puente cubierto que estaba construido encima de una presa destinada a mantener alto el nivel del agua; la presión de esa agua se empleaba para disparar los troncos hasta el aserradero de Témiscaming. Cerca del puente había una diminuta iglesia blanca y unas cuantas casas. ¿Quién vivía allí? Quienes se encargaban del mantenimiento de la presa y el ferrocarril de vía estrecha; un par de agricultores perdidos en medio de la nada que aprovechaban las escasas parcelas de tierra arable entre las rocas; quizá algunos de los hombres que trabajaban en la tala de árboles durante el invierno. En aquella época la tala se llevaba a cabo con hachas, y también con caballos, que arrastraban los árboles derribados hasta el hielo del lago. En primavera, cuando el hielo se derretía, los árboles se acorralaban dentro de unos círculos de troncos encadenados, llamados «barreras» o «estacadas flotantes», para así poder acarrearlos por el lago mediante pequeños remolcadores.

Cerca del muelle público que usaban los remolcadores, Carl aparcaba el coche. En mi primer viaje, mi padre cargó conmigo en una mochila por un sendero entre los bosques nevados. En años posteriores, a veces nos arrastraban en trineo sobre el hielo, a no ser que estuviera demasiado deshecho.

Durante los seis meses siguientes vivimos en la cabañita, aunque la casa más grande ya estaba en construcción. Mi padre pasaba bastantes temporadas fuera con sus expediciones de insectos, y mi madre se quedaba sola, con un niño de tres años y una niña de meses. Sin embargo, de vez en cuando teníamos visitas: de colegas científicos y amigos de Ottawa, y del joven tío Harold, el hermano menor de Margaret, que una vez se perdió en el lago; menos mal que Carl lo rescató al día siguiente. Era fácil perderse en aquel lago.

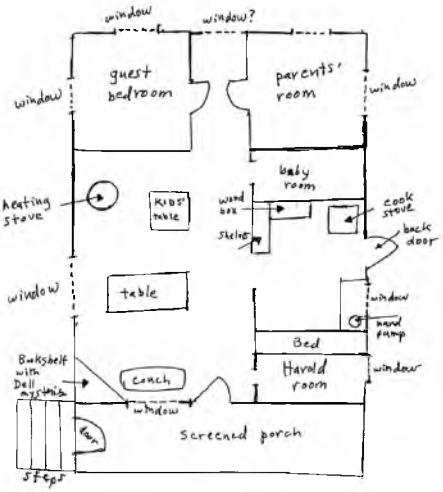
¿Se sintió alguna vez mi madre sola o asustada? Sí, según los relatos familiares, unas cuantas veces. Una de ellas fue de noche, después de oír un fuerte ruido que provenía del interior de la cabaña. Resultó ser un puercoespín que se había colado dentro y había tirado una estantería. Otros dos episodios la inquietaron lo bastante como para convertirse en historias: el primero fue a raíz del ulular de un búho, esos pájaros suenan como fantasmas de bebés; y el segundo, una ocasión en que la canoa en la que iban ella y mi padre volcó al anochecer en medio de una densa niebla y casi se despeña por los rápidos que había debajo del puente cubierto. Si se salvaron fue gracias a los ladridos de un perro de la aldea, que los avisó de dónde estaban.

Por lo general, no obstante, a Margaret la asustaban pocas cosas. Sus amigos de la ciudad pensaban que estaba loca por pasar la mitad del año en

el monte, sin electricidad ni agua corriente ni teléfono. Ella decía que prefería el bosque porque había menos tareas domésticas. Bastaba con barrer la tierra de la puerta, y nadie se esperaba que los muebles relucieran. Ni los sombreros, ni los guantes.

A medida que avanzaba aquel verano, la casa más grande iba cobrando forma. Nuestro padre la construyó únicamente con herramientas manuales y alguna ayuda de Adrien Denis. Era una estructura con revestimiento exterior de madera, hecha con tableros y listones, que resultaba rápida de montar. No estaba aislada, aunque algunas de las paredes internas estaban forradas de tablones de pino nudoso. Al año siguiente, añadió un porche con mosquitera, indispensable para la vida en el bosque, debido a los mosquitos y las moscas negras.

Esta vivienda desapareció en 1970, sustituida por una ostentosa casa de veraneo con una carretera que llevaba hasta la entrada. Pero, aunque se haya esfumado, la casa sigue viviendo en el mundo platónico de las formas. Dibujé este plano de memoria, y sobre todo gracias a los recuerdos más nítidos de mi hermano mayor, Harold.



ventana / ¿ventana? / ventana / cuarto de invitados / habitación de nuestros padres / ventana / fogón para calentar / mesa de los niños / habitación del bebé / caja de madera / estantes / fogón para cocinar / puerta de atrás / ventana / mesa / ventana / bomba manual / cama / estantería con libros de misterio de Dell / sofá / cama / cuarto de Harold / ventana / ventana / puerta / porche con mosquitera / escalones

Del piso de Ottawa de mis primeros años sólo guardo un vago recuerdo: era alargado y oscuro y olía a cera para suelos; pero la casa de Red Pine Point me viene a la memoria con bastante nitidez. Todos los muebles que había, excepto el sofá, los colchones y las tumbonas con respaldo de lona, los hizo nuestro padre. No eran trabajos de ebanistería fina, pero contaban con la ventaja imbatible de ser baratos.

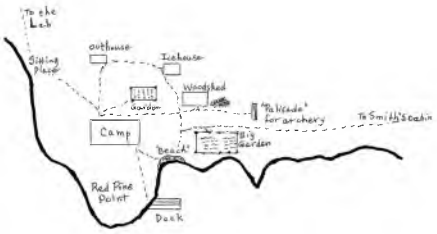
Conservo el minucioso libro de contabilidad de mi madre de esa época, en el que registraba todos los gastos, incluidos los tablones y los clavos. Nuestros padres no gastaban mucho dinero contante y sonante. Dado que nuestro padre se había criado con todavía menos dinero contante y sonante y una sólida educación basada en la autosuficiencia, era de la opinión de que no hacía falta ser rico para llevar una vida cómoda y satisfactoria: satisfactoria en el sentido de que estabas contento con tu trabajo y lo hacías bien, y cómoda en el sentido de que no pasabas frío ni te mojabas, de que tenías comida suficiente (además de té) y los osos no iban a devorarte. Ni tampoco las moscas negras ni los mosquitos. Ni ninguna otra cosa.

Teníamos luz gracias a las linternas, las velas y las lámparas de queroseno. Calor, gracias a los fogones de leña. El agua salía del lago, o de una bomba manual que había en la cocina. En la casa había dos fogones: uno para cocinar, es decir, para hervir y hornear, porque tenía horno, y otro para calentar la zona donde hacíamos vida. Por la mañana, si hacía frío, se encendían los dos y, mientras nuestro padre preparaba el desayuno en el de la cocina, los niños nos arrebujábamos en unas mantas de lana que picaban y nos acurrucábamos cerca del otro fogón, esperando a que la casa se caldeara lo bastante para vestirnos. Casi todo el tiempo hacía frío, julio y agosto eran los dos únicos meses cálidos, pero incluso entonces podía refrescar mucho por las noches, así que ése es uno de mis primeros recuerdos: pasar frío.

Esto es un mapa de la casa y las construcciones anexas dibujado por Harold.

El «campamento» es la casa. Un sendero de entrada sombrío y cubierto de musgo conducía hasta el retrete exterior, un misterio total a la luz de la linterna. También había una leñera, donde se apilaba la leña para los fogones, después de talar los árboles, aserrarlos en pedazos, partirlos con un

hacha y dejarlos en reposo durante un año. La leña tenía que secarse: la madera verde ardía mal. (Todo este trabajo lo hacía nuestro padre en su tiempo libre, del mismo modo que construía la casa, los muebles y la barca. Nuestro bote de remos lo fabricó él.)



Al laboratorio / Sitio para sentarse / Retrete exterior / Pozo de nieve / Huerto / Leñera / «Empalizada» para tiro con arco / A la cabaña de los Smith / Campamento / «Playa» / Huerto grande / Red Pine Point / Embarcadero

Teníamos un pequeño pozo de nieve, hecho con los tablones de la cabañita (después de que «un pie de cabra» la demoliera, cuenta mi hermano), donde se almacenaba el hielo que se cortaba en invierno, envuelto en serrín para que no se derritiera, con la finalidad de conservar los alimentos fríos en verano. Una vez, entre el serrín desechado detrás del pozo de nieve, vi dos extraordinarias setas de aspecto alienígena que nunca más he vuelto a ver: eran falos hediondos, y apestaban de lo lindo, la verdad. No me los inventé: mi hermano también los recuerda.

La estructura etiquetada como «empalizada» era una barrera de troncos para practicar el tiro con arco. Las flechas, tanto las de tiro al blanco como las de caza, estaban hechas a mano. Nuestros padres eran unos excelentes tiradores, los dos, y mi hermano, que llegó a ensartar un grévol engolado

con sólo diez años, de adolescente se convirtió en un virtuoso. (A mí no se me daba bien el tiro con arco. ¿Por qué las flechas siempre iban a parar justo al lado de donde yo pensaba que estaba apuntando? La culpa era de un astigmatismo no diagnosticado, vinculado con mi miopía. Lo mismo me pasaba con la carabina del calibre 22. Si bien comprendía la teoría de ambas armas, fallaba en la práctica. Y aquello era desalentador.)

Mi padre colgó un columpio en un lateral de la casa. Una de las cosas con las que más disfrutaba era con que él me empujara mientras silbaba. ¿Qué silbaba? «El himno de los pastores» de la *Sinfonía n.º 6* de Beethoven, aunque como es lógico yo no lo sabía. Sin embargo, cuando más adelante lo oí por primera vez, lo reconocí de inmediato.

Encima o cerca del embarcadero estaban las canoas, en las que los niños debíamos sentarnos muy quietos aunque estuvieran cayéndonos chuzos de punta por la espalda; también la lancha motora de pocos caballos de potencia en la que mi padre iba y venía a toda mecha de la casa al laboratorio y viceversa; y la barca de remos en la que mi madre nos llevaba a explorar la zona: en una ocasión, inolvidable, a una islita donde encontramos un ciervo en descomposición que desprendía un olor metálico. Una ilustración gráfica de lo que significaba «muerto». El pícnic lo hicimos en otra parte.

Cada cierto tiempo nuestra madre nos llevaba a remo hasta la aldea diminuta que distaba casi un kilómetro para recoger el correo del buzón hecho de troncos que había junto al muelle público. Una mujer llamada madame Delorme tenía una tiendecita en la parte delantera de su casa donde vendía huevos y unos cuantos productos básicos. Le faltaba una mano, lo cual ejercía una fascinación magnética sobre mí, y cuando envolvía los paquetes, partía el cordel enrollándolo alrededor del muñón del brazo. (¿Qué le había ocurrido a la mano? Nunca lo supe.) Insistía en darnos a los

niños caramelos de azúcar moreno y mantequilla. A mi madre aquello la molestaba, era malo para los dientes, pero por educación no podía rechazarlos.

Al norte de nuestro campamento empezaba el sendero que conducía hasta el laboratorio y la aldea. A media tarde nuestra madre nos acompañaba hasta un gran peñasco plano que había junto a un enigmático objeto clavado en el suelo. Estaba pintado de rojo y tenía números. (Era un mojón lindero, pero ¿quién sabía lo que era eso?) Nos sentábamos encima del peñasco y esperábamos hasta que se oía la lancha motora de nuestro padre.

Sí, ahí venía... ¡qué emoción! Cuando se topaba con un niño pequeño, nuestro padre era incapaz de negarle un capricho, ya fuera jugar a cualquier cosa, responder a sus preguntas sobre la naturaleza o enseñarle alguna habilidad práctica, como por ejemplo encender un fuego o hacer buen uso de una herramienta afilada. Como había tenido cuatro hermanos pequeños, había ido adquiriendo sus dotes para ganarse a los niños con la práctica. Más adelante, en Toronto, a cualquier vecinito que sintiera curiosidad por un gusano o un escarabajo, su madre lo mandaba a «preguntarle al doctor Atwood, porque él lo sabe todo sobre eso». Al final, el niño acababa diciendo: «¿El doctor Atwood es Dios?»

LOS INVIERNOS DE OTTAWA Y UN PEDAZO DE HIELO POR LOS AIRES

Cada otoño, cuando el frío de verdad arreciaba y empezaban las heladas, nos volvíamos a Ottawa a pasar el invierno. En Ottawa nevaba mucho. ¡Muchísimo! Ideal para los castillos de nieve y las batallas con bolas de nieve. Teníamos un trineo. ¿Teníamos también uno de los largos para varias personas? Había alguien que lo tenía. Aprendí a patinar con patines de

doble cuchilla en el canal Rideau, que en aquella época se congelaba por completo.

A principios de 1941, un día estábamos mi madre, mi hermano y yo en la entrada de nuestro bloque de pisos de la avenida Patterson cuando llegó volando por los aires a toda velocidad un pedazo de hielo. Me dio en el ojo izquierdo. «Te tiraste tres días chillando», contaba mi madre, no sé si con orgullo («¡Menudos pulmones!») o con resentimiento («¡Qué jaleo!»). Al niñito que había lanzado el pedazo de hielo, su madre lo mandó a disculparse. «Perdón por haberle dado a Peggy en el ojo, en realidad quería darle a Harold», dijo. Viene bien saber que a veces recibes una rabia y una ira que en realidad apuntaban a un blanco distinto. Desde entonces, me llevo mal con toda clase de objetos blancos que me lleguen volando por los aires. Ya sean bolas de nieve, de béisbol o de tenis, siento aversión por todas por igual. Cuando algo desagradable me llega volando y no me lo espero —una mala crítica, un rumor falso, una muerte repentina—, pienso: «Ah. Otro pedazo de hielo.» Y también: «Duele, pero sobrevivirás.»

Ottawa: el olor a tablones recién cortados de un almacén de madera. Y el olor al barro que yo recogía con una cuchara. Los olores son muy importantes para mí, y tenían que disuadirme para que, cuando nos hacían pasar a las casas adonde íbamos de visita, no soltara: «¿Qué es lo que huele raro?» Muy a menudo era la cera para suelos. Me cuentan que mi hermano y yo una vez hicimos bolas de barro, nos las subimos a nuestro piso, en la segunda planta, y se las lanzamos a un señor mayor por la ventana. ¿Cómo perpetramos aquel plan sin que nadie nos viera? El señor mayor se quejó a las autoridades, es decir, a nuestra madre, y nos ganamos unos azotes. Los azotes eran poco frecuentes, «pero algo tenía que hacer», argumentaba nuestra madre cada vez que narraba este episodio.

Mi hermano empezó a ir al colegio en Ottawa. Durante los años de la guerra, los niños varones de su edad coleccionaban los tapones de cartón de las botellas de leche; había muchas marcas lácteas distintas y la leche venía en botellas de cristal que los lecheros repartían en carretas tiradas por caballos. Unos críos apoyaban sus tapones sobre una pared mientras otros disparaban los suyos al blanco. Si le dabas, te lo quedabas.

A veces mi madre nos llevaba a tirar las latas vacías a una gran imagen recortada de Hitler. Era un modo de recoger las latas que hacían falta para la campaña bélica. Otros artículos que se recogían eran la goma, la manteca para cocinar y el papel de plata. Todavía tengo que pensármelo dos veces antes de tirar el papel de plata a la basura.

En abril nos subíamos de nuevo al bosque. Aquí aparecemos en una fotografía de 1943, en un trineo tirado por dos caballos lleno de cajas amontonadas y conducido sobre el hielo por un par de «los muchachos del pueblo», que era como mi padre los llamaba. (En Nueva Escocia, «muchachos» era un piropo.) Seguro que el hielo era muy grueso: el cambio climático todavía no era visible, o ni siquiera se pensaba en él.

En el bosque, la comida de la que disponíamos era limitada, debido en parte al racionamiento en tiempos de guerra y en parte a que no había ninguna tienda de comestibles que quedara muy a mano. Teníamos dos huertos, cada uno cercado por una valla de malla de alambre (mofetas, ciervos, marmotas). Se abonaban con el estiércol de caballo que traían de los campamentos madereros de invierno, también con un producto llamado Vigoro y con todas las sobras vegetales de las comidas. No teníamos una pila de compostaje como tal (osos). Los restos de proteína animal se quemaban en la cocina, igual que la grasa (también los osos). Las latas

también se quemaban, luego se aplastaban y se enterraban en un agujero (otra vez los osos).

Los huertos nos proveían de verduras frescas desde finales de primavera hasta el verano. Teníamos, por ejemplo, lechuga de hoja (en ocasiones especiales, a los niños nos daban «cigarrillos de lechuga», liados con azúcar dentro), rábanos, cebolletas, zanahorias pequeñitas, remolachas y hojas de remolacha, acelgas y espinacas, guisantes y alubias. También había judías escarlatas y capuchinas naranjas y rojas, para los colibríes. Teníamos arándanos silvestres cuando los encontrábamos y, a veces, fresas silvestres de los prados que rodeaban los campamentos madereros.

Margaret cocinaba mucho en el horno de la cocina de leña: pan, pasteles salados, tartas y galletas. La mantequilla estaba racionada y además se ponía rancia muy pronto, así que el Crisco —barato, fácil de encontrar y prácticamente indestructible— era la grasa alimentaria predilecta. Las carnes como la panceta y los salchichones curados llevaban conservantes, por lo que eran una buena opción. Comíamos tortitas, cuando había huevo. (Cuanto menos se diga del huevo en polvo de la guerra, mejor.) Había un

montón de gachas de avena, Cream of Wheat (que era un preparado de trigo), cereales Red River, a los que nos permitían añadir una moderada cantidad de azúcar moreno, y también leche evaporada en lata marca Carnation. Entre las conservas en lata había guisantes, crema de guisantes Habitant, carne Spam, sabrosa si se freía en un fogón de leña, y una ternera procedente de Argentina que venía en una extraña lata con forma de pirámide. La leche era evaporada, Carnation, o en polvo, KLIM, que era *milk* escrito al revés. Con ayuda de unas varillas de las de batir se mezclaba con agua, y siempre hacía grumos. Los niños nos relamíamos con los grumos porque eran dulces. Y además rechinaban.

Luego estaba el pescado. Venía del lago, donde había un montón de peces. Si llegaba una visita inesperada, nuestra madre no tenía más que bajar al embarcadero, tirar la caña y sacar un lucio. (Podría ser también una lucioperca, pero en ese caso la devolvía porque tenían demasiadas espinas.) Cuando mis hermanos y yo éramos unos renacuajos, a veces nos sujetaba con un brazo y pescaba con el otro.

En las partes más hondas y frías del lago, nuestro padre capturaba truchas al curricán. A veces pescábamos lubinas en un grupo de pequeños lagos conocidos como los Bass Lakes, o lagos de las lubinas, donde también había percas. Una perca fue el primer pez que capturé: en esta foto tengo cinco años y sujeto un cordel lleno de percas ensartadas; por mi cara podría deducirse que me dan pena. No me la daban, pero no me gustaba el olor a pescado.

Nuestros padres habían hecho un trato para limpiar el pescado. A Margaret no le importaba capturarlo, pero marcaba una línea roja si se trataba de destriparlo y descamarlo. Carl, que había practicado la pesca en el río Clyde de Nueva Escocia desde niño, era un experto en preparar el pescado, y se encargaba de esas tareas. Las vísceras se hundían en el lago

para otros peces o se dejaban para los visones sobre una de sus rocas. Sabías que era una roca de visones por los excrementos que había encima de ellas, que contenían espinas diminutas y trocitos de caparazón de cangrejo. Más adelante, cuando cumplí los nueve, aprendí a atar moscas para pescar truchas, y todavía conservo una colección de insectos de imitación barnizados, enganchados con torpeza y poca convicción. Aún más adelante, pongamos que a los once, me regalaron mi propio cuchillo con funda para el cinturón, muy práctico, con un descamador en la parte de atrás.

El agua potable salía de la bomba manual de la cocina. El agua para fregar los platos y lavar la ropa, también los pañales (en un barreño de zinc,

con una tabla de lavar y jabón Sunlight), se acarreaba en baldes desde el embarcadero y se calentaba en un fogón. Los baños también tenían lugar en la tina de zinc, pero sólo los meses fríos; el resto del año nos bañábamos en el lago como podíamos. Usábamos jabón Ivory porque flotaba.

Cuervos. Cornejas. Gaviotas que anidaban en rocas cerca del lago. Patos serreta. Arrendajos azules y arrendajos grises; a estos últimos nuestra madre les daba de comer en la mano, igual que a los carboneros. Sitas. Reinitas horneras. Trepadorcitos. Búhos, normalmente barrados, a veces chillones o cornudos. Varios tipos de pájaro carpintero: vellosos, peludos, crestados. Mosquiteros de muchas clases, muy ruidosos en primavera.

Alces, peligrosos en la temporada de apareamiento. Castores, que construían sus madrigueras en las orillas del lago. Ardillas rojas. Ardillas listadas. Puercoespines. Mofetas. Marmotas. Osos, en los alrededores, aunque, que yo sepa, allí nunca nos atacó ninguno. Lobos, que aullaban a lo lejos. Se rumoreaba que había nutrias; zorros, ídem. Visones. Martas. Éstas eran las formas de vida vertebrada más evidentes. Nuestro padre era un naturalista todoterreno e identificaba a las aves por el sonido y a los animales por sus huellas y excrementos. No había ninguna faceta del mundo natural que no le interesara.

En torno a la pequeña bahía situada al norte de nuestra casa vivía otra familia, los Smith. El doctor Smith también era biólogo, además de inglés. Su esposa, Margo, era una mujer que había sufrido lo suyo, opinaba nuestra madre. Tenían dos hijas: Peggy y Pammie. Su casa me parecía maravillosa: era una cabaña de madera amueblada de la forma en que una persona inglesa pensaba que una cabaña de madera en medio del bosque canadiense debía estar amueblada, con su alfombra de piel de oso y todo.

Peggy era algo más pequeña que yo. Una vez que la familia al completo vino a cenar a casa, con los niños en la mesa de los niños y los adultos en la

mesa grande, se ganó todo mi respeto y el de mi hermano al echarse el cuenco de sopa por la cabeza. Nos reímos. Jerry Smith echó humo. Imagino que para nuestra madre fue gratificante.

Un senderito conectaba nuestra casa con la de los Smith, y los niños lo utilizábamos para hacernos visitas. ¿En qué estaban pensando los adultos? Hoy probablemente los detendrían por dejar que unos niños tan pequeños deambularan solos y a sus anchas por el bosque. Pero nosotros sabíamos seguir las señales de los hachazos, y nunca nos perdimos. Nuestro avance no era rápido: cabía la posibilidad de que nos entretuviéramos en un lugar donde el agua era poco profunda y había rocas planas, bajo las que quizá habría cangrejos. Por el mismo precio podías tener ranas, de las leopardo o de las verdes. Las sanguijuelas también atraían nuestro interés, y a los troncos en descomposición se les daba la vuelta para ver qué clases de escarabajos u hormigas o gusanos o sapos o, lo más emocionante, serpientes o salamandras quizá se ocultaran debajo. A mi hermano le encantaban las serpientes, y de más pequeño se las metía con él en la cama. Luego por la noche se escapaban y reptaban hasta las cenizas calientes de la cocina de leña, colándose por la rejilla, y a quien fuera que la encendiese por la mañana (Margaret, cuando Carl estaba en una expedición para recoger muestras) una serpiente cubierta de ceniza le daba los buenos días. Al final a mi hermano acabaron explicándole que las serpientes eran más felices al aire libre.

Muchos y muy variados eran los moradores de aquellos lugares húmedos y sombríos. Imagino que el interés del siglo XIX por la botánica y la zoología, alentado por la invención del microscopio, tuvo cierta influencia en el tipo de literatura barata de ciencia ficción que con tanta inventiva se explotó a principios del siglo XX, sobre todo la que incluía a hombres lagarto y extraterrestres con muchos tentáculos.

Margaret no era una madre de las que siempre estaban encima. Su enfoque consistía en repartir lápices, ceras y papel o arena, agua y pedazos de madera y dejar que desarrolláramos nuestros propios proyectos mientras ella seguía con lo que fuera que tuviera entre manos. Admiraba nuestros resultados, pero no participaba. También fingía que se le daban mal ciertas cosas, como dibujar; o tal vez fuera cierto que se le daban mal. Así que si había que hacer un dibujo, nos tocaba hacerlo a nosotros. Pero cuando llegaba la hora de irse a dormir, se transformaba en una lectora espectacular. Hacía todas las voces, enfatizaba las partes que daban miedo, se detenía para acentuar el efecto: el repertorio completo de trucos de cualquier actor. Habría sido buenísima haciendo radio. Cuatro hermanos más pequeños, un par de años como maestra de primaria y distintas funciones de teatro *amateur* con el grupo de jóvenes de la iglesia acreditaban su experiencia. Les dedicaba la misma atención a las historias sobre personas reales que contaba: por lo general muy graciosas, por lo general sobre su familia.

Para la puesta en escena del cuento de buenas noches, nuestro padre formaba parte del público. Digamos que no le quedaba más remedio: la casa era pequeña. Pero era un oyente activo y se reía en las partes pícaras o divertidas. A raíz de aquello, mi hermano y yo también nos convertimos en narradores, aunque de distinto tipo.

Doug y Edie Ross vivieron con nosotros una temporada. Doug era otro biólogo, menos veterano que mi padre. Fumaba en pipa, como muchos hombres en aquel entonces. Edie era lo que yo entendía por una princesa de cuento de hadas, como Blancanieves: muy guapa. Años más tarde, mi madre me dejó boquiabierta cuando me contó que Edie había tenido una

madre que no la quería. ¿Cómo podía alguien no querer a Edie? ¿Y cómo podía una madre no querer a un hijo? Podía concebir a las madrastras malvadas, pero ¿madres malvadas? Era algo que no me entraba en la cabeza.

Tengo una foto en la que aparezco yo, con algo más de dos años, mirando como Edie da de comer con un cuentagotas a un gazapo. Cabe la posibilidad de que fuera en ese momento cuando desarrollé mi obsesión por los gazapos y los conejos. Me fascinaba especialmente el Conejito de Pascua. Era macho, hasta ahí todo claro, pero llevaba una cesta llena de huevos de colores que era imposible que él hubiera puesto. Las gallinas ponían huevos, los conejos no: pero si los hubieran puesto, lo habrían hecho las conejas, no los conejos. ¿Existía la señora del Conejito de Pascua? ¿Había oculta una gallina que a nadie le había parecido oportuno mencionar? Era todo un rompecabezas. «¿Por qué hay tantos huevos en sus libros?», me preguntaron en un acto literario. Salí del paso con algo sobre la forma perfecta, el simbolismo primigenio. Pero tal vez todo se remonte a Edie y el gazapo y al Conejito de Pascua cargado de huevos.

O puede que el influjo seminal fueran las galletas de conejitos. Ésta era una de las historias que siempre contaba mi madre. La habían invitado a una merienda en Ottawa, lo cual de por sí no le hacía demasiada gracia, ya que tendría que ponerse un vestido y un sombrero y conversar amablemente con desconocidos; no obstante, se daba por descontado que las esposas de los empleados públicos de rango inferior debían asistir a las meriendas organizadas por las esposas de los de rango superior. (Las niñeras eran un derroche, razón por la que, con cuatro o cinco años, acabé viendo en el cine el *Enrique V* de Laurence Olivier. Según me cuentan, me quedé sentada muy quietecita: es evidente que estaba tan perpleja como petrificada, dado que era la primera película que veía. Aun así, recuerdo muy bien la escena

del tiro con arco.) La esposa de rango superior que organizaba aquella merienda, a sabiendas de que habría niños, había dispuesto un plato lleno de galletas con forma de conejo decoradas con azúcar glas. Me dieron una. ¿No me la iba a comer?, me preguntaron. No, respondí. Lo único que quería era hablarle a aquella galleta. (Durante años tuve el convencimiento de que era capaz de comunicarme con objetos inanimados, grupo en el también incluía, de vez en cuando, a determinadas personas.) Mientras tanto, mi hermano esperó su oportunidad, se largó con el resto de las galletas que había en el plato, se las zampó todas y después vomitó.

Los conejitos no acabaron ahí. También tenía dos conejos de peluche: Conejito Blanco y Conejito Azul. Me inspiré en el segundo para uno de mis primeros cómics. Aunque mi juguete fetiche preferido era un oso que se llamaba Bewgley. Estaba hecho de felpa presintética, y pronto empezaron a salirle calvas. También había perdido los dos ojos; mi madre le bordó unos nuevos. La siguiente en el escalafón era una muñeca llamada Señorita Caracol. (Me chiflaban los caracoles.) Tenía una cabeza dura pintada y mi hermano y yo la sometimos a una operación de cerebro para ver qué hacía que sus ojos se abrieran y se cerraran. Lo averiguamos, pero no pudimos volver a pegarle la parte de atrás de la cabeza. Por suerte llevaba un gorrito. ¿Me inspiré en la Señorita Caracol para mucho más tarde escribir un relato titulado «La metempsicosis o el viaje del alma» en el que un caracol se encuentra de repente dentro del cuerpo de una mujer que trabaja en el servicio de atención al cliente? Es posible.

Los muñecos y animales de peluche se usaban a menudo para escenificar guerras. Se dividían en dos grupos y, en cuanto estallaba la guerra, se lanzaban unos contra otros. Una vez, mi hermano y yo nos metimos en el papel de un enjambre de abejas y, zumbando enfurecidas, perseguimos por las rocas a varios de los muñecos. Ése era uno de los juegos con los que nos

entreteníamos cuando no había adultos. Jamás se nos ocurría chivarnos el uno del otro, puesto que una de las reglas de casa era que a nuestra madre le daba igual quién empezara: si nos delatábamos, los dos recibiríamos el mismo castigo.

Otro de mis animales de peluche era una jirafa, recubierta de un extraño hule rosa propio de tiempos de guerra. ¿Por qué se llamaba Chorlito? A mí que me registren. Durante un viaje en lancha motora, Chorlito se cayó por la borda, y no nos percatamos de su ausencia a tiempo para rescatarlo. A continuación la experiencia de la pérdida, el sentimiento de culpa, la fase de duelo. Sin embargo, a la primavera siguiente allí estaba Chorlito, flotando en el lago y no muy desmejorado para el calvario por el que había pasado.

Los relatos podían cambiar. Los desastres podían revertirse. La redención era posible. Los muertos podían resucitar. Los milagros podían ocurrir.

4

Traviesilandia

A mediados de 1944 trasladaron a nuestro padre a un nuevo puesto de trabajo. Debía ponerse al frente de un flamante Laboratorio Forestal de Insectos que el Departamento de Tierras y Bosques de Ontario y el Departamento de Agricultura federal estaban construyendo en Sault Ste. Marie. Aquello implicaba mudarnos desde el norte de Quebec en verano, y desde Ottawa en invierno, hasta «el Soo». Aquel primer verano vivimos en una casita alquilada en estado ruinoso en la orilla norte del lago Superior. No recuerdo mucho de aquella vivienda salvo que, por dentro, las paredes estaban hechas de unos curiosos tableros prensados de fibra blanda llamados TenTesT.

La casita estaba en Point au Par, una deformación fonológica autóctona del topónimo Pointe aux Pins, junto al río Saint Marys, que desagua el lago Superior en el lago Hurón y forma parte de la frontera entre Canadá y Estados Unidos. En ese punto el río era traicionero: como las corrientes eran fuertes, los nadadores se arriesgaban a que los arrastraran, y además los barcos a vapor de los Grandes Lagos pasaban muy cerca de la orilla y originaban unas olas tremendas. Los vapores se dirigían a las esclusas del Soo, construidas en el siglo XIX por los ingenieros del ejército estadounidense para eludir los tremendos rápidos del Saint Marys, todo un desafío para los primeros navegantes; durante la guerra estuvieron sometidas a una férrea vigilancia, ya que el transporte naval en los Grandes Lagos, con sus cereales de la campiña que se dirigían rumbo a Inglaterra, era vital.

La zona de la casita estaba relativamente poblada. Teníamos vecinos, una de ellas era Polly Barber, que me enseñó a hacer punto y ganchillo. A mi madre no le interesaban lo más mínimo esas habilidades. Yo, por mi parte, estaba encantada de poder hacer una cosa con otra. Las bufandas para osos de peluche y las faldas para muñecas en miniatura se convirtieron en mis básicos. Otra enorme atracción de casa de los Barber era un pájaro de juguete que se posaba sobre el borde de un vaso lleno de agua: en cuanto se le mojaba la cabeza, la subía y bajaba para zambullirla, y daba la impresión de que bebía del vaso.

Mi hermano seguía muy interesado en las serpientes, que allí abundaban, aunque ninguna era venenosa (ver foto en pág. sig.). Las recogía y las guardaba debajo de una palangana de zinc puesta boca abajo. Las que se escapaban acababan metiéndose en los jardines y las casas de los vecinos. Una delegación femenina de asustadizas serpentófobas se presentó ante mi

madre para pedirle que exigiese a mi hermano que cesara las hostilidades y se rindiera. A algunas personas la ciencia les interesa menos que a otras.

Una de nuestras actividades infantiles era la fabricación de veneno, elaborado en un recipiente que almacenábamos debajo de una de las cabañas. Mezclábamos varias cosas, por ejemplo, cualquier tipo de baya no comestible que encontráramos. Mi hermano hacía pis encima. Probablemente ya era lo bastante venenoso de por sí antes de que llevara un tiempo fermentando. De cara a los adultos, manteníamos en secreto este experimento de laboratorio, o eso creíamos. Tanto el veneno como las serpientes acabaron apareciendo en mi escritura: el veneno, en un relato corto titulado «Haciendo veneno»; las serpientes, en un libro infantil, *Anna's Pet*.

Había una pequeña tienda de las que vendían de todo a la que se podía llegar a pie y, de vez en cuando, nos permitían ir para darnos el gusto. Era un lugar encantado. El olor a galletas de vainilla. A polos de crema de naranja. A zumo de zarzaparrilla. Placeres únicos.

En cuanto empezó a hacer frío, nos mudamos al Soo propiamente dicho. Recuerdo el año siguiente con gran cariño. En agosto de 1944 tenía cuatro años, cumplía los cinco en noviembre. La guerra, como suele decirse, todavía causaba estragos, y las restricciones estaban muy presentes en nuestro día a día, pero los desembarcos del Día D habían tenido lugar en junio y el clima era de optimismo. ¿Teníamos radio? Sí. ¿Llegaban emisiones de la BBC con noticias de la guerra? Sí. «¡Güiii-u-iii!» (Sonido de una radio siendo sintonizada.) «Dong, dong, dong, DONG, dong, dong, dong,

DONG.» (El Big Ben.) «Aquí Londres llamando a Norteamérica. Esto es BBC Noticias.» (La voz del locutor inglés con un fuerte acento británico.) Los temas que se trataban a continuación eran violentos, aunque en general también alentadores: bombardeos, desembarcos, territorio reconquistado. Yo entendía muy poco, pero recuerdo la esencia.

Vivíamos en una casa alquilada en Pim Street, con un bancal de coles por encima de nuestra casa. Supongo que formaba parte de los llamados «huertos de la victoria»: la gente los sembraba para autoabastecerse y así contribuir a la campaña bélica. Me daba la sensación de que la casa era gigantesca. Tenía tres plantas, y en una de ellas había una buhardilla desprovista de muebles donde mi hermano y yo instalamos algunos de nuestros juguetes, sobre todo Tinkertoys, aquellos juegos arcaicos de bloques de madera. Yo me levantaba antes que nadie, subía las empinadas escaleras que llevaban a la buhardilla y me ponía a hacer construcciones con varillas y barras y pedazos de cartón de colores, sin que nadie me molestara. ¿Qué hacía los días de entre semana, cuando mi hermano estaba en el colegio? No mucho que yo recuerde. Me viene a la cabeza un sillón, en el que me acurrucaba junto a la radio, donde sonaba música swing, «Don't Sit Under the Apple Tree (with Anyone Else but Me)» y, de forma más confusa, otra que empezaba «*Mairzy doats and dozy doats*». Me veo cosiéndole a mi oso, ya bastante calvo de tanto amor, un trajecito de flores rosas del que resultó que jamás logró escapar. Cuando mi hermano llegaba a casa del colegio, se ponía pedante y quería inculcarme todo lo que él había aprendido. «Peggy, ponte en corro», me ordenó después de su primer día de colegio en Ottawa. ¿Fue él quien me enseñó a leer? Ésa es una versión. La otra es que aprendí sola porque nadie quería leerme en voz alta «las páginas graciosas» (las tiras cómicas del periódico). Sin duda fue una combinación de las dos cosas.

Veo nítidamente las imágenes de dos objetos que codiciaba pero nunca obtuve: una anilla de plástico azul de una cortina de baño (debió de ser uno de los primeros especímenes de lo que en los años cincuenta se convertiría en un aluvión de objetos de plástico) y una cajita de lata que contenía unos caramelos para el dolor de garganta envueltos en papel plateado que se llamaban Sucrets. ¿Me sonaba *Sucrets* a «secretos»? ¿Por qué deseaba tanto aquellas dos cosas? Es evidente que eran algo mágico y sagrado, del modo que ciertas cosas lo son para los niños. Aunque, como puede verse, ochenta años más tarde, esos ansiados objetos todavía me acompañan, evocando una época desaparecida pero luminosa.

El lado negativo era la amigdalitis: no tan luminosa. Todos los críos la pillaban. Las amígdalas de mi hermano en realidad estaban desintegrándose, así que se las quitaron: «Una experiencia traumática», comenta él. Se puso tan enfermo que se perdió varias semanas de clase en segundo curso. Mi caso fue menos grave, pero también me las quitaron. Lo bueno es que después de una amigdalectomía podías tomar *ginger ale*, que en aquella época llevaba jengibre de verdad.

Aquel año no había escuela de párvulos en el Soo, por falta de maestros (lo que probablemente significaba que podías ganar un salario más alto y menos ingrato trabajando en las industrias bélicas), así que mi madre decidió mandarme a las clases de baile de la señorita Pickering. Tal vez creyó que necesitaba relacionarme con otros niños en grupo, sobre todo con niñas: mi experiencia con ellas era mínima. Casi todo lo que sabía sobre los demás críos era por mi hermano. Cuando no había niños varones cerca, yo era la única compinche con la que contaba, y los juegos a los que jugábamos eran militares y arriesgados, así que las costumbres de las niñas me eran ajenas. En cuanto a la feminidad, mi madre, después de haber sido un chicazo toda su vida, no era una guía demasiado versada en volantes y

adornos, botones y lazos, o en tener miedo de los ratones. El lado positivo era que nunca me prohibían ninguna actividad por ser niña. Si no me daban permiso para hacer algo, era por ser «demasiado pequeña».

La señorita Pickering enseñaba claqué y ballet. En primavera había una actuación que se organizaba para los sufridos padres. La parte de ballet era de temática holandesa: los Países Bajos fueron uno de los principales escenarios de las operaciones del ejército canadiense durante la guerra, y la reina Juliana y dos de sus hijos vivían en ese momento en Ottawa, después de haber escapado en 1940 de la invasión alemana de su país. (Si alguien se pregunta por qué todos los años hay tantos tulipanes holandeses en Ottawa, he ahí el porqué: los Países Bajos siguen enviándolos en agradecimiento.) Para este número de ballet, íbamos ataviadas con el traje típico holandés. Bailábamos en parejas, cada niña representaba medio molino de viento estirando los brazos muy rectos y moviéndolos como aspas de arriba abajo, mientras su pareja lo hacía en sentido contrario.

El número de claqué era más ambicioso. Llevábamos vestidos de estilo marinero con motivos náuticos, unos rojos, otros azules. El mío era rojo.

(Las madres tenían que coser los trajes; mi madre odiaba la costura, pero dio la talla.) Tres de nosotras éramos la atracción principal, y bailábamos al son de «Anchors Aweigh» subidas sobre tres grandes cajas de queso, redondas y de madera, decoradas para que parecieran tambores. Todo aquello era la mar de emocionante. Se me debió de disparar la adrenalina, porque me advirtieron que, si no me comportaba y dejaba de corretear de acá para allá, no me permitirían bailar. La cuestión es que, de las tres superestrellas de las cajas de queso, yo era la del centro, así que ¿cómo iban a hacerlo sin mí?

Mi hermano presenció la actuación. Dice que casi me caigo del tambor de la caja de queso, pero que reaccioné a tiempo.

Los mundos imaginarios que mi hermano y yo construíamos fueron desarrollándose a lo largo de los años siguientes. Los héroes de mi hermano eran un grupo de talentosos Conejos; tenían cabeza de conejo, pero cuerpo de humano, e iban vestidos con ropa. Aparecían en una serie de historias de aventuras que él me iba narrando en voz alta, pero también por escrito, en unos libritos ilustrados cuyas tapas estaban cosidas e incluían una portada y a veces hasta la lista de obras «del mismo autor», igual que en los libros de verdad. Los Conejos vivían en un planeta llamado Conejilandia, que contaba con un pequeño satélite recubierto de arándanos unido a él mediante una cadena. (Es buena idea tener siempre un tentempié a mano.) Estaban en guerra con sus enemigos, los Zorros. Se empleaban varios tipos de armamento militar, también aéreo, como misiles o cohetes espaciales, y armas de fuego y artillería pesada de toda clase, dibujado con todo lujo de detalles.

Los Conejos iban ganando, pero la lucha debía continuar. Se producían muchas explosiones; cuando empezaba a quedarse sin material explosivo, mi hermano me cambiaba sus lápices de colores plateados, dorados y rosas por algunos de mis rojos, naranjas y amarillos. El intercambio me venía de lujo, puesto que lo que yo dibujaba eran ángeles y princesas, que necesitaban coronas, túnicas y faldas centelleantes y esponjosas: prendas y accesorios de los que yo misma carecía. («Tenías dos vestidos de verano», decía mi madre. «Mientras yo lavaba uno, tú te ponías el otro.» El resto de mi armario de verano se reducía a petos heredados de mi hermano y a monos enterizos, con tirantes y pololos.)

Yo también tenía algunos conejos superhéroes: Conejito de Acero y Conejito de Lunares, que sabían volar. (Superman ya debía de haber penetrado en nuestro universo por aquel entonces.) Conejito de Acero tenía una capa voladora con barras de acero horizontales, y Conejito de Lunares, como su propio nombre indica, era de lunares. Los incluí a ambos en las guardas que dibujé para *In Other Worlds*, mi libro de 2011 sobre ciencia ficción y ficción especulativa, donde aún siguen vivos, entre caracoles con cabeza humana, criaturas con cabeza de lobo que persiguen a niñas y mujeres con melena de culebras que nacen de un huevo.

Estos conejos, como los de mi hermano, estaban en guerra; pero, a juzgar por mis ilustraciones, no se lo tomaban del todo en serio. Vivían en un planeta llamado Traviesilandia; su principal ocupación era hacer piruetas en el aire, aunque de vez en cuando disparaban un par de balas poco creíbles mientras sonreían con aire siniestro. Como es evidente, Traviesilandia me hacía más gracia que Conejilandia. Era un planeta donde las bromas y las diabluras estaban a la orden del día y las posibilidades de que te mataran eran mucho menores.

EN LA ORILLA NORTE DEL LAGO SUPERIOR

En primavera, en el mundo real, la guerra de verdad tocaba a su fin. El Día de la Victoria en Europa fue el 8 de mayo de 1945. De la celebración en el Soo guardo un vago recuerdo. Era consciente de que se trataba de un acontecimiento importante, y algo bueno, pero no estaba segura del porqué. Si la memoria no me falla, lloviznaba.

Luego nos marchamos al bosque, a otra parte distinta del gran bosque boreal. Mi padre había adquirido un terreno sin urbanizar a orillas del lago Superior, más al norte que Point au Par, en un lugar llamado Pointe des Chênes, «punta de los robles», bautizado así tiempo ha por unos navegantes franceses. En efecto, había robles: esa zona cuenta con un microclima y en ella crecían muchas plantas, como la hiedra venenosa, que normalmente sólo se daban más al sur. La hiedra venenosa nos interesaba muchísimo: eran muchas las enfermedades que podías pillar si entrabas en contacto con ella, así que teníamos todo el cuidado del mundo para evitarla.

Que la costa norte del lago Superior no sea hoy un desierto yermo se lo debemos a nuestro padre. Las autoridades habían proyectado talar y cortar a mata rasa hasta la costa, para destinar las ganancias a la campaña bélica. Pero mi padre, en su papel de asesor forestal, les había advertido de que, dado que las riberas eran extremadamente difíciles de regenerar, los árboles tardarían muchísimo tiempo en crecer de nuevo. Por suerte, tuvieron en cuenta su consejo. No supe de esta contribución suya hasta después de su muerte, cuando uno de sus antiguos compañeros de trabajo me escribió una carta para contármelo.

Nuestra familia siguió el mismo plan que mis padres habían puesto en práctica por primera vez en el norte de Quebec: acamparíamos, viviríamos en una tienda y la otra la utilizaríamos de despensa, mientras mi padre construía una cabañita y un retrete exterior. (No puede decirse que hayas vivido en el bosque si no has vomitado un montón de tarta de arándanos en un retrete exterior, a la luz de la linterna, como nos sucedió a todos una misma noche.) Después de aquello, nos mudaríamos a la cabaña mientras mi padre construía una casa más grande.

Pero no había carretera, así que Carl se propuso hacer una. Aquello implicaba talar árboles con un hacha y luego volar los tocones con

dinamita, un procedimiento impactante durante el que teníamos que agacharnos detrás de árboles o peñascos. Algunas mechas eran un pelín más cortas de la cuenta, lo que daba lugar al espectáculo poco frecuente de ver correr a nuestro padre. Parte de la carretera estaba recubierta de una capa de escoria machacada proveniente de las plantas siderúrgicas del Soo. Uno de los tramos debía cruzar un riachuelo de aguas mansas, que se superaba mediante un pontón de troncos sujetos entre sí, con tablones puestos encima para que los neumáticos pudieran pasar. Atravesar ese puente era complicado, pero por lo menos el coche no acababa hundido hasta los guardabarros en el fango.

Nuestro padre tuvo que irse a una expedición de recogida de insectos, pero se las apañó para acabar la cabañita a tiempo de que nos mudáramos antes de que él se marchara. Constaba de dos habitaciones: mi hermano y yo dormíamos en la de atrás, nuestros padres en la de delante, donde había una pequeña estufa de leña. Se cocinaba fuera, sobre una rejilla metálica apoyada en dos montones de piedras apiladas. Carl también se encargó de hacer acopio de víveres para que tuviéramos provisiones y pudiéramos comer mientras él no estaba. Una parte eran conservas en lata, pero otros alimentos, como los tomates y las patatas, estaban dispuestos sobre tableros. Habíamos planeado meter la comida dentro de la cabaña al día siguiente, pero un oso nos arruinó el plan. Se coló por la parte de atrás de la tienda que utilizábamos como despensa y se comió o destruyó casi todo: hizo añicos los paquetes, machacó las latas de mantequilla, engulló huevos, pisoteó los tomates y lanzó a un lado todo lo que no le entró por los ojos. Nos despertamos para contemplar un espectáculo de ruinas y aniquilación.

«Ratas» era lo más parecido a una palabrota que decía nuestra madre. En ese momento pronunció aquella palabra, lo cual no auguraba nada bueno. Rebuscó entre los restos y encontró unas cuantas patatas crudas que el animal había descartado. Las estaba cociendo para desayunar sobre una fogata cuando por el sendero, con toda la calma, apareció paseando el oso, que venía a ver si quedaba algo que hubiera pasado por alto. Nuestra madre agarró una escoba y, blandiéndola, corrió hacia el oso chillando: «¡Largo!» Y el oso se largó. Nuestra madre no era de las que se amilanaban por cualquier nadería. (Añado aquí que una de las primeras historias de aventuras de mi hermano arrancaba con la madre viuda de sus Conejos héroes. Tenía un tesoro, y también una pistola. «Si algún ladrón se atreve a aparecer por aquí, lo acribillo a balazos», afirmaba la heroína. Es de suponer que mi hermano se había dado un atracón de «páginas graciosas». También es de suponer que contaba con una modelo de carne y hueso para la intrépida madre.) Después de la visita del oso, a la noche siguiente mi hermano y yo improvisamos una alarma con un cordel y latas vacías, con la esperanza de que el tintineo nos despertara si dormíamos y así podríamos asomarnos por la ventana para ver al culpable, pero no hubo suerte.

¿De dónde sacamos la comida? Es probable que nos abastecieran los vecinos que vivían cerca y a cuya casa se podía ir andando por la playa, porque no nos morimos de hambre. Al cabo de un tiempo, uno de esos vecinos, el señor Carruthers, mató al oso de un disparo. Un par de años más tarde, Tony Stolfa —un amigo polaco de Toronto que había huido tanto de los alemanes como de los rusos durante la guerra— mató a otro, con una escopeta cargada de perdigones: una empresa arriesgada. Los críos vimos cómo despellejaban al animal. («Creo que Tony se comió una parte», dice mi hermano.) Un oso despellejado se parece muchísimo a un ser humano: era uno de los personajes que se colaban en los cuentos populares sobre

osos espantaniños y míticas criaturas cambiapieles. Nuestro amigo James, un niño muy entusiasta, quería cortarle al oso las patas, vaciárselas y convertirlas en pantuflas para casa, pero sus padres dijeron que nanay.

Ese verano a mi hermano casi lo mata un rayo. Habíamos hecho una hoguera para quemar restos de madera y cajas viejas de cartón y, alrededor de la lumbre, bailábamos en corro cantando: «La casa de Hitler se está quemando.» Estalló entonces una tormenta eléctrica de las buenas. Cuando amainó y el cielo se despejó, Harold salió de nuestra cabañita para atizar el fuego y, en ese momento, se oyó un fortísimo trueno al mismo tiempo que un relámpago descargaba junto a él, tan cerca que lo tiró al suelo. Mi madre y yo salimos corriendo de la cabaña. Olía a azufre. Creíamos que Harold estaba muerto, pero sólo estaba aturdido. Después seguimos el rastro del rayo: al fondo del bosque había alcanzado un árbol seco, del que habían salido disparadas unas astillas que, cual jabalinas, se habían clavado en el suelo, a más de un palmo de profundidad.

En agosto fuimos a coger arándanos. A los niños nos pagaban un centavo por cada taza, pero todavía no éramos lo bastante mercenarios como para que aquello mereciera la pena, así que, después de aportar una taza al cubo comunitario, casi todos los demás nos los comimos. En un claro deforestado que había detrás de la ribera arbolada, crecían un montón de arbustos de arándanos, lo que quizá explicara la presencia del oso: a los osos también les gustan los arándanos. Cuando nos hartábamos de comerlos, nuestra madre hacía tartas o los preparaba en conserva dentro de tarros de cristal Crown, que hervía sobre la hoguera en una olla para enlatar con una rejilla de madera en el fondo. Mis hermanos y yo todavía guardamos esa rejilla de madera. Ahora está colgada en una pared, cual Objeto de Arte.

Para nuestras expediciones, mi hermano y yo caminábamos por la ancha playa de arena del lago Superior hasta el faro que había a lo lejos, pasando junto a una zanja de drenaje llamada «la Alligash», que desaguaba en el lago unas aguas parduzcas. Luego bordeábamos unas impresionantes espesuras de hiedra venenosa. Por el camino, peinábamos la playa en busca de cosas que las embarcaciones del lago hubieran lanzado por la borda. Los cajones de madera naranja eran especialmente preciados: podían usarse para hacer estanterías y otras estructuras. Pasábamos mucho tiempo en el lago: la parte poco profunda delante de nuestra playa era la más cálida de todas, aunque resultaba un tanto desagradable atravesar las zonas llenas de algas. Yo me limitaba a caminar por el agua, todavía no sabía nadar.

Entre bastidores, nuestro padre preparaba el terreno para una nueva mudanza: era el nuevo fichaje estrella del Departamento de Zoología de la Universidad de Toronto. Así que, en otoño, con el asiento trasero del Studebaker hasta los topes, todos los demás en el asiento delantero y yo como una sardina en lata entre el equipaje, recorrimos los mil kilómetros que nos separaban de Toronto. Nuestra nueva casa estaba en la avenida Haddington, en lo que entonces eran los confines de la ciudad. Ahora es una zona respetable con cierta solera, pero en aquella época apenas estaba habitada y había grandes franjas de tierras de cultivo abandonadas, plagadas de bardana, varas de oro y cardos: buen sitio para cazar ratoncillos.

La nuestra era una calle llena de socavones flanqueada por pequeñas casas de dos niveles que databan de la posguerra, con su porche, su sala de estar y su ventanal en la parte delantera, su comedor y su cocina, el dormitorio principal encima del garaje, y los dos dormitorios de los niños en la parte de atrás. El mío era de color melocotón y olía a pintura: era el

sitio más limpio y luminoso en el que había vivido. Mi ventana daba a un patio trasero lleno de maleza, con grillos y saltamontes cantarines. Mis padres nunca encontraron el momento para cultivarlo, ya que se marchaban demasiado pronto para sembrar y volvían demasiado tarde para cosechar.

Mi primer colegio estaba al final de la calle, una calle que parecía muy larga. Me pusieron en la clase de primero, donde me resultaba extenuante pasar todo el día sentada y quieta. Tenía como mascota una oruga en una caja de zapatos, aunque, como era una oruga, no me duró mucho. Harold estaba en tercero. No había empezado a hablar hasta los dos años y medio, para luego pasar directamente a formular frases completas. Sus maestras comentaban que nunca decía gran cosa. (Aclaro: nunca les decía gran cosa a los adultos. A mí sí que me decía muchísimas.) Así que a todos los pilló por sorpresa que, en Navidad, lo eligieran para ser el protagonista de la función teatral del colegio, que era un personaje llamado Old King Cole. Me quedé impresionada con la corona que llevaba. Era de terciopelo rojo y la rodeaba una cenefa de algodón blanco con motas negras pintadas, como si fuera armiño.

—Quién sabe por qué te han escogido a ti —le comentó mi madre al verlo tan lacónico.

—Porque he sido el único capaz de aprenderme el texto —fue su respuesta.

Como yo ya sabía leer, la maestra me mandó de clase en clase para que les leyera en voz alta a los demás alumnos de primero y segundo y así no me aburriera. Leía de pie, subida en una silla, y mi público prestaba atención porque, como actividad, me preferían a los cuadernillos de cálculo.

El libro que les leía era uno de la serie infantil Little Golden Books titulado *The Lively Little Rabbit*, cuyas ilustraciones y giros de guión, todos y cada uno de ellos, me han acompañado hasta hoy. El conejito tiene un

montón de hermanos y amigos, entre ellos una ardilla y un búho, pero viven bajo la amenaza de una comadreja malvada y vieja que planea comérselos. ¿Qué hacer? El Conejito Alegre utiliza el tronco hueco de un árbol para disfrazar de dragón a todos los conejos y sus aliados, con ramas en lugar de cuernos, y la comadreja se traga hasta tal punto la artimaña que se asusta, rueda colina abajo, se lastima, acaba con vendas y una muleta, y se marcha muy muy lejos. Acto seguido los conejos lo celebran con una fiesta.

Disfraces. Engaños. Venganzas. Celebraciones. Mi libro ideal.

Empecé a escribir por esa época. Mi primera obra fue *Gatos con rima*, una colección de poemas: un par eran rimas que había oído; el resto, composiciones originales. Se titulaba así porque estaba obsesionada con los gatos, pero no me dejaban tener uno; en el bosque, los gatos se escaparían y algo acabaría comiéndoselos. Es cierto. Aun así, un vacío en mi vida.

Los gatos ya aparecían en muchas de mis ilustraciones, surcando el aire atados a globos. Los globos eran otra obsesión: durante la guerra no había habido ni uno, puesto que toda la goma la necesitaban para la campaña bélica. Cuando pasé las paperas, el vecino de al lado tuvo el detalle de traerme un globo que conservaba desde los años treinta, pero la goma se había descompuesto con el paso del tiempo y explotó en cuanto lo inflaron.

Lo que aparecía en la cubierta de *Gatos con rima* no era un gato volador propulsado por un globo, sino uno normal y corriente con algún que otro juguete para mininos. Aun así, me gusta pensar que, mucho después, los gatos voladores tuvieron una profunda influencia en mi serie de novelas gráficas *Angel Catbird*, ilustradas con destreza por Johnnie Christmas y publicadas en colaboración con Nature Canada como parte de un proyecto de conservación de aves. Angel Catbird, el superhéroe, es una mezcla de búho, gato y humano. No le hacen falta globos: con setenta años cumplidos, yo ya había evolucionado y superado el deseo.

Mi siguiente creación fue un espectáculo de marionetas titulado «Ginty el Gigante». Las marionetas estaban hechas de papel y se movían mediante hilos, y el escenario era una caja de cartón adaptada. Era una alegoría con moraleja en la que actuaban un fantasma (me encantaban los fantasmas, puesto que Halloween era mi fiesta favorita), un búho, la luna y el personaje del título, sobre el que la luna había caído porque había contado una mentira. Era una obra bastante breve, y lamento decir que las críticas —de mi hermano y sus amigos, expresadas de viva voz— fueron demoledoras.

¿Es posible que los orígenes de mi interés por escribir revelaciones de relatos falsos se remonten a «Ginty el Gigante»? ¿Por qué no? Tiene que haber una explicación.

Luego vino «Annie la Hormiga», con la heroína epónima y una estratagema narrativa que no recomiendo. Empecé por el principio: Annie es un huevo (no hay trama), luego una larva (no hay trama) y luego una crisálida (realmente no hay trama). Hasta que Annie no se convierta en una hormiga adulta con patas, no hay acción posible. Si uno es un escritor ingenioso y dotado —como Laurence Sterne, el autor de *Tristram Shandy*,

obra en la que el nacimiento del héroe no adviene hasta el tercer volumen —, puede lograr que un planteamiento como ése funcione. Pero yo no era dicho escritor.

En el último capítulo, Annie salva a un conejo cuando un águila está a punto de comérselo. Su recompensa es la agradable sensación de haberle sido de ayuda a otra criatura. Hay que reconocer que muestra un grado de altruismo que por lo general no se observa en las hormigas, salvo con relación a otras hormigas de su propio hormiguero. Si has detectado en esto los primeros atisbos de mi faceta, en exceso servicial, de Señora Arreglalotodo, probablemente estés en lo cierto. (La Luna en Acuario. Qué se le va a hacer.)

Annie tuvo tanto éxito ante mi público lector, es decir, mis padres, que empecé una segunda parte en la que Annie va en una balsa y la corriente se la lleva río abajo, rumbo a aventuras más extraordinarias, pero o me falló la imaginación o perdí el interés, o las dos cosas. Éste fue el primero de varios libros que he empezado pero nunca he acabado. Me resultó tonificante vivir esta experiencia a una edad temprana y aprender de ella una importante lección como escritora: si ves que la hormiga en la balsa no te funciona, no pasa nada por dejarla.

En la primavera de 1947 creí que sería buena idea organizar un desfile con algunos de mis compañeros de clase. Eran demasiado jóvenes para considerarme un bicho raro, así que accedieron. La procesión se llamaría «El desfile de primavera» y nos disfrazaríamos para la ocasión. (La gracia era probablemente tener que disfrazarse.) Me apropié de la elegante capa de los años treinta de mi madre, que era de terciopelo labrado gris plata, blanco y negro, un objeto precioso que entonces vivía en la caja de la ropa vieja para los disfraces y que, mucho más tarde, continuó haciendo las delicias de mi hermanita pequeña. Hice un cartel: DESFILE DE PRIMAVERA. Encargué

bocadillos de mantequilla de cacahuete y mi madre, que era única, los preparó. Todo fue muy improvisado. Los niños desfilamos por la calle entre el fango y sorteando baches con nuestros esplendorosos atuendos. Luego nos comimos los bocadillos.

Siempre me han gustado los desfiles.

MI MADRE ME DEJA UN MENSAJE

Después de que muriera mi madre, encontré una cosa que me había dejado en su antiguo baúl de viaje. Antes de quedarse casi ciega y postrada en una cama, que fue como pasó los últimos seis años de su vida, había llevado a cabo lo que los suecos llaman «la limpieza de la muerte»: deshacerte de tus objetos personales para que los que vienen detrás no tengan que hurgar entre ellos. Había tirado un montón de cartas; su hermana Kae y ella habían quemado sus diarios la noche antes de su boda doble, por desgracia. También se había desprendido de los diarios posteriores que había ido guardando a lo largo de los años, aunque quedaban unos cuantos. Eran anotaciones literales de lo que había hecho cada día: «Carl no está, he ido a la tienda»; y del tiempo: «Humedad y viento.» No anotaba sus pensamientos ni sentimientos más íntimos; casi siempre se mostró muy reservada al respecto, aunque una vez, en un momento en que pasaba por una mala racha, sí que me dijo que estaba «harta», y que en su próxima vida sería arqueóloga y viajaría por el mundo desenterrando cosas.

No obstante, había dejado un sobrecito blanco en el baúl de viaje, y dentro de él una única página de diario de 1946. En ella había escrito que la escuela le había sugerido que me saltara el segundo curso, pero ella había

decidido que aquello no sería algo beneficioso para mí, ya que en ese caso sería demasiado pequeña para el grupo de niños con los que me pondrían.

Era una información oculta, pero ella quiso que yo la tuviera. ¿Por qué? Creo que fue su forma de decirme que, a pesar de su estilo de crianza no intervencionista, y de su reserva, no había sido una madre inconsciente, y en el fondo siempre se había preocupado por mí.

Cuidado con lo que destruyes. Al mismo tiempo, cuidado con los mensajes que dejas al irte. ¿Para quién es el mensaje? ¿Lo encontrará la persona justa? ¿Abrirá el sobre, entenderá el mensaje y tendrá un inusitado instante lacrimógeno de congoja entre las botas y zapatos viejos del sótano?

Durante los dos años que vivimos en la avenida Haddington, al norte de Toronto, íbamos y veníamos a Pointe des Chênes para pasar allí el final de la primavera, todo el verano y principios de otoño. En el coche, yo iba sentada atrás; mi hermano tenía que ponerse delante porque se mareaba. Fueron muchísimas las horas que pasé observando la ilusión óptica de los cables de teléfono que subían y bajaban mientras avanzábamos junto a ellos a toda velocidad. Nos dirigíamos hasta North Bay y luego continuábamos hacia el oeste, hasta Sudbury, que estaba tan abrasada por los incendios forestales y los productos químicos generados por la minería que había quedado reducida a la roca desnuda, y se asemejaba a la luna. Era algo que atraía todo mi interés y el de mi hermano y, más tarde, el de los astronautas que se preparaban para los alunizajes de las expediciones espaciales de Estados Unidos. Dormíamos en casa de los Savage; el doctor Savage era otro biólogo, y la familia al completo con sus dos hijos, Bob y Jim, había estado de visita en el laboratorio de Quebec. Luego proseguíamos, pasando

por Blind River y Thessalon hasta llegar al Soo, y por fin a nuestra cabaña en la ribera.

Entre la primavera y el verano de 1947, Carl construyó una gran casa de campo (recuerdo cómo colocaron el suelo y el armazón) y nos mudamos. Mi hermano y yo teníamos cada uno su cuarto, con una pared entre ambos que estaba abierta por arriba. Vimos aquello como una oportunidad: con dos latas y un trozo de cordel fabricamos una suerte de *walkie-talkies* para intercambiar nuestros planes secretos cuando se suponía que estábamos durmiendo. Pero el cordel, en vez de quedar tenso y bien estirado horizontalmente, se curvaba por encima del tabique. Aquello interrumpía el sonido y nos obligaba a gritar. Se acabaron nuestros planes secretos. «¡Cerrad el pico, niños!» Entonces descubrimos que podíamos usar el mismo cordel para intercambiar mensajes impresos, que tenían menos posibilidades de ser detectados. Le atabas el papel y luego tocabas con los nudillos en la pared, discretamente, para transmitirle al otro la señal de que debía tirar de él. Pero primero había que escribirlo en la oscuridad. «¡Apagad las linternas, niños!»

Otro de los proyectos de mi hermano fue un laboratorio de moho que montó en medio del bosque. Yo lo ayudé a conseguir los materiales sobre los que se criaría el moho. De extranjis, nos llevábamos de la mesa parte de la cena, pero éramos selectivos: si ya teníamos un trozo de carne que estaba criando pelo, no nos molestábamos en acumular más. Conservábamos los especímenes en botes de cristal y los observábamos para ver de qué color era el moho que les salía. Teníamos de color rosa, naranja, verde, blanco, negro, gris y marrón. No era ninguna tontería. La penicilina viene del moho.

Aquel primer verano en Pointe des Chênes vivíamos bastante aislados, pero luego más gente empezó a construir casas de campo a lo largo de la ribera. Por suerte, esas familias tenían hijos de nuestra edad. A la izquierda estaban los Prebble; el doctor Prebble era otro biólogo del Soo, y se hizo cargo del laboratorio de insectos cuando nuestro padre se fue. Tenían un hijo pelirrojo y vivaracho, James, y un perro que se llamaba *Jock*, que era de una «raza» de chucho conocida como Heinz, por la marca de kétchup y su eslogan, «cincuenta y siete variedades». James se convirtió rápidamente en el veloz amigo de mi hermano. A la izquierda de los Prebble vivían los Broughton con sus dos hijas, Beverly y Barbara, más o menos de mi edad. Más allá estaban los Carruthers, también con dos hijas, algo mayores que yo. A nuestra derecha estaban los Daley, que eran de Estados Unidos y tenían dos hijos: Walden, que a veces jugaba con «las niñas», algo que mi hermano consideraba «ñoño», según su diario de la época; y Ronnie, que era más pequeño, intrépido y pillo.

Una vez más puse a prueba la paciencia de mi madre al anunciar que las chicas estábamos montando un espectáculo de danza, a cinco centavos la entrada, y que ella tenía que encargarse del vestuario. Y lo hizo, con papel pinocho. ¿Por qué me seguía la corriente con aquellas producciones teatrales que yo me sacaba de la manga? ¿Era porque así me mantenía ocupada? Mientras estuviera ensayando cualquier baile absurdo o haciendo pequeñas canoas de madera de abedul para llenarlas de arándanos y venderlas (también a cinco centavos), no estaría dándole lo que ella llamaba «la matraca» o «la tabarra». Por lo tanto, no puedo quejarme de que mi creatividad se viera reprimida. También sospecho que mis fabulaciones le hacían gracia, aunque se lo guardara para ella.

Mientras tanto, «los chicos» urdían sus propios planes. «¡Descubre que Ronnie es un espía!», pregonaba el diario de mi hermano, lo que significaba

que era él quien lo había descubierto. No hace mucho le pregunté por aquello: ¿en qué sentido era Ronnie un espía? Su respuesta: «Creo que me refería a que Ronnie les contaba a los mayores nuestras fechorías o reuniones secretas.» Algo bastante probable. «Contárselo a los mayores» era una flagrante violación del código infantil de la época. Ser un niño se parecía mucho a estar en la cárcel: pasara lo que pasase, no podías chivarte. Igual que tampoco podías ser un llorica. Exponer tu sufrimiento era una muestra de debilidad y, además, sufrir era para los demás. Nadie se compadecería de ti, lo más probable era que se burlaran. Como decía nuestra madre, citando a Ella Wheeler Wilcox, aunque en aquel entonces no lo sabíamos y creíamos que había sido idea suya: «Ríe, y el mundo reirá contigo. / Llora, y llorarás solo.» Y basta ya de gimotear y quejarte.

En cuanto a nuestras fechorías, solían ser de poca importancia. Aunque a veces sí que la tenían y mucha. Como cuando se nos ocurrió cavar un túnel en la arena mojada de la playa y convencimos a Ronnie para que se metiera dentro a rastras porque era el más pequeño. El túnel se le derrumbó encima y casi lo asfixia. Por suerte, *Jock*, el perro de James, nos ayudó a desenterrarlo.

James y Ronnie eran igual de fanfarrones que mi hermano, pero Walden tenía un temperamento distinto. Iba por ahí diciendo que yo era su novia, daba igual lo que yo pensara, y le gustaba subirse a nuestra hamaca y hablarme del tema. Yo era sólo su novia de verano; en la ciudad tenía otra. Que les hablen sin parar de las maravillas de las novias de invierno es el sino de las novias de verano. Aunque, tan casanova como él era, seguro que a la novia de invierno también le hablaba de mis encantos y mi belleza. Sería interesante saber qué fue de él. Si acaso... ¿lo asesinaron? ¿O se casó con alguien que se la pegaba? ¿Se convirtió en *playboy* o en divorciado en serie? ¿Iba de ciudad en ciudad, sin dejar ninguna dirección? Saqué una

foto de todos: James, Harold, Walden, Barbara, Ronnie y Beverly (ver en la página siguiente).

Al final de cada día, dejábamos de lado nuestras actividades separadas por género y todos los críos nos juntábamos en la playa para interactuar en juegos de grupo un tanto violentos. El escondite, con árboles y arbustos de por medio, y en el que a *Jock*, el perro de James, había que atarlo para que no revelara dónde se escondía su dueño. («No pasa nada, está bien», le decía James a mi preocupada madre, «le he dado un chicle».) La cadena, en el que se elegía a una persona de un equipo para que intentara abrirse paso a través de los brazos enlazados del otro equipo. El rescate, en el que había que llegar a una meta y liberar a todos los miembros de tu equipo que estaban presos, mientras el otro equipo intentaba impedírtelo por todos los medios. Nota: la arena seca está increíblemente dura si te caes encima.

Estas actividades se llevaban a cabo en la playa y el bosque que había junto a nuestra casa. Si los niños se desmadraban, nuestros padres tenían mucha más manga ancha que los demás padres, dado que los dos provenían de familias numerosas. Nuestro padre a veces participaba en los juegos en la playa, y nos dejaba perseguirlo de un lado para otro haciendo unos ruidos que eran una mezcla de risas y resoplidos (¡juff, juff, juff!), mientras el sol se ponía y las monedas se le caían de los bolsillos.

Cuando mi hermano decidió que había llegado la hora de que yo aprendiera a nadar, me llevó a una zona del lago Superior donde no hacía

pie y me dijo que me sujetaría por la parte de atrás del bañador mientras yo practicaba moviendo los brazos y las piernas. Lo hizo. Luego me soltó.

Moraleja: está bien ser confiada, pero sin pasarse. Y también: para aprender a nadar hay que tragar agua. Pero al final se aprende.

Cuando Carl se enteró de que nos iban a construir una gasolinera al lado de casa, en la avenida Haddington, la vendió y compró otra. Estaba más cerca de la universidad, en un «proyecto de urbanización» dentro de una zona llamada Bennington Heights, al sur del cementerio de Mount Pleasant y al este de Don Valley. Un arquitecto había diseñado todas las viviendas nuevas y un contratista estaba construyéndolas. Entonces este último se declaró en quiebra y se esfumó con el dinero adelantado que quedaba y dejando las casas a medias. Cabría pensar que algo así supondría un problema; no obstante, tampoco lo fue tanto para nuestro padre, que también era carpintero. A mediados de septiembre cogió el coche, se fue a Toronto y acampó en el edificio sin terminar; daba clases en la universidad mientras, en su tiempo libre, acababa la casa, al menos lo suficiente para que pudiéramos mudarnos. La calefacción, la fontanería y la electricidad ya estaban hechas. Pero faltaban absolutamente todos los últimos retoques, como las luces y los interruptores. Y había que poner los suelos. Así que nuestra madre se quedó con mi hermano y conmigo en Pointe des Chênes, mientras los días se hacían cada vez más fríos y cortos y empezaban a desatarse las violentas tormentas invernales del lago Superior. Los demás niños ya no estaban; las hojas caían; nuestra madre permanecía al frente, como tantas otras veces. Pronto sería Halloween.

Mi hermano y yo no pudimos celebrar Halloween como siempre, disfrazándonos y jugando a truco o trato, así que nos las ingeniamos como

buenamente pudimos. Dibujamos caras de demonios en cartulinas, las pegamos en los extremos de unos palos y salimos a dar carreras fuera de casa: asomábamos las caras por encima de los alféizares y gritábamos ¡buuu! El nombre de aquellos artefactos era Palo Buuu. Como no había nadie más, a la única que podíamos asustar era a nuestra madre, que puso todo de su parte para estar a la altura.

Cuando el frío se volvió insoportable, pusimos rumbo al sur y nos quedamos varias semanas en un motel de los años treinta a las afueras de Toronto, porque nuestra casa todavía no estaba lista. Dice mi hermano que el motel tenía un retrete exterior que olía fatal. En cierto modo, todos los retretes exteriores olían fatal, así que aquél debía de ser algo excepcional. Recuerdo la cutrez general del interior: el triste linóleo del suelo, las cortinas descoloridas, el olor a cerrado. Las comidas improvisadas, a base de gajos de manzana y bocadillos de queso. Allí pasé mi octavo cumpleaños. Hay una foto en la que se me ve de pie delante de la puerta del motel.

Las manos me cuelgan por debajo de las mangas de la chaqueta de lana bordada que llevo puesta, que ya me iba pequeña. (La ropa nunca nos quedaba bien en otoño, porque habíamos crecido.) Aquella chaqueta me la había hecho Edie Ross, la del conejito, así que era un recuerdo de lana de días más felices.

Suena deprimente. Era deprimente. Se vuelve más deprimente.

Pero todo es material. Coloreé y raspé esta foto para la cubierta de mi antología de poemas de 2007, *La puerta*. Detrás de mí, en la imagen, se ve la prosaica puerta de la habitación de motel barato, pero también es una puerta metafórica. ¿La puerta a los ocho años? ¿La puerta al siguiente capítulo? ¿La puerta a lo desconocido?

5

Ojo de gato, la precuela

Por fin nos mudamos del motel que olía fatal a nuestra nueva casa de Toronto. Estaba ubicada en un pequeño enclave circular llamado, con mucho optimismo, Garden Circle, el círculo ajardinado, aun cuando no había ni un solo jardín a la vista. La calle estaba sin pavimentar si exceptuamos la gravilla, y en el medio, donde habían proyectado un círculo central, se acumulaba un montón de barro. Más adelante, en ese espacio brotaría un árbol.

El barro era el *leitmotiv*: unos agujeros embarrados en el suelo marcaban el lugar donde irían las casas; barro mezclado con gravilla; barro alrededor de toda la casa, ya que no había césped; barro en nuestro jardín trasero sin terminar. Aquel barro era arcilla, que, con su consistencia densa, su costumbre de comerse el abono y su atractivo para las malas hierbas, daría muchos quebraderos de cabeza a las iniciativas jardineras de mis padres. Bastante cerca de allí, en la zona de Don Valley, seguía en funcionamiento una fábrica de ladrillos; diecisiete años más tarde, lo que para entonces era ya un yacimiento abandonado de arcilla me vino muy bien para escribir *La mujer comestible*.

A un lado del Garden Circle había un prado sin explotar, con unos cuantos manzanos y perales viejos que eran una reliquia de una antigua huerta frutal. Estos árboles se podían trepar bien, aunque las manzanas

estuvieran esmirriadas y llenas de gusanos. Las peras del suelo podían aprovecharse si no estaban hechas papilla, y si las avispas no las habían encontrado antes.

Pese al empeño carpintero de nuestro padre, la casa aún no estaba acabada. Sólo tenía puesto el contrapiso, no todos los armarios contaban con puertas y las paredes todavía no se habían pintado. Pero estaba operativa. Aún no había muebles, debían de encontrarse en algún trastero, así que mi hermano y yo dormíamos en unos catres de lona, comprados en tiendas de excedentes militares, que tenían la manía de volcarse y tirarte al suelo en plena noche. A Carl le chiflaban los excedentes militares.

En los alrededores no había ninguna escuela, así que nos matricularon en el colegio público de Whitney, que quedaba a medio camino entre Moore Park, una zona de clase media, y Rosedale, donde abundaban los casoplones de gente forrada, con la excepción de algunas casitas más humildes destinadas a su servicio doméstico. En el colegio convivíamos los tres tipos de niños: riquísimos, ni fu ni fa, y pobres. En invierno, un viejo autobús escolar destartalado hacía la ruta de nuestro vecindario, dando tumbos entre los baches de la avenida Moore y escupiendo humo por el tubo de escape. Si no hacía demasiado frío, a veces optábamos por ir andando para evitar aquellos gases repugnantes dentro del autobús. Los meses más cálidos no había autobús: la única opción era ir andando. El trayecto, de más de kilómetro y medio, discurría sobre un carril de grava embarrado que acababa en un puente de madera medio podrida. Dicho puente cruzaba un barranco que, según decían, daba cobijo a «hombres malos», así, sin más; y luego, después de una serie de calles residenciales tranquilas, se llegaba al patio del colegio.

El patio del colegio estaba dividido en tres secciones. La primera era el patio del recreo de los niños, con el suelo de guijarros (fútbol y peleas). La

segunda, el patio de las niñas, estaba encementada (comba y canicas; para esto último, dejaban venir a los niños porque las canicas no rodaban sobre sus guijarros). Las niñas mayores también se entretenían con un extraño juego en el que una fila de chiquillas cogidas del brazo desfilaba de acá para allá chocando con la gente y gritando «¡No se para por nadie!». (¿Era aquello una forma de protofeminismo? No lo creo. Siempre eran otras niñas con las que chocaban.) La tercera sección era un barrizal en pendiente con un par de abetos sarnosos donde las mayores se juntaban para cotillear, burlarse y excluirse unas a otras. En aquella época no había escuela media entre la primaria y la secundaria, por lo que los cursos iban de primero a octavo, y la edad del alumnado, de los seis a los trece años.

Las escaramuzas con bolas de nieve, a veces con piedras dentro, se libraban entre los niños varones de nuestro colegio protestante y los del católico que había cerca; se llamaba Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, aunque nuestros alumnos más pendencieros lo rebautizaron como Nuestra Señora del Perpetuo Infierno. En 1947 los críos de esa zona aún no habían tenido que abordar los conflictos raciales, entre otras cosas porque había pocos niños que no fueran blancos, así que, en vez de eso, seguían recreando las guerras de religión europeas de la Edad Moderna: católicos contra protestantes. O puede que simplemente les gustara batallar con bolas de nieve.

El colegio en sí era una de esas estructuras de ladrillo rojo y techos altos con radiadores que traqueteaban, típicas de principios del siglo XX. Había dos puertas para el alumnado, que exhibían muy a la vista sendos rótulos de artística caligrafía en los que se leía NIÑOS y NIÑAS, respectivamente. (¿Qué podría ocurrirte si cruzabas la puerta del género equivocado? Nadie lo sabía, pero seguro que era algo espantoso.) Cuando era la hora de entrar (la señal eran unas campanillas que tocaban los propios maestros) todos los

niños nos colocábamos en fila delante de esas puertas, de dos en dos. Luego entrábamos desfilando, sin empujones ni carreras, hasta nuestras aulas correspondientes, donde nos sentábamos en los pupitres por parejas. Todos los pupitres eran antiquísimos, en cada uno había un tintero, y en cada aula había un retrato del rey Jorge VI y su consorte, la reina Isabel, al fondo de la clase. La bandera que aprendíamos a dibujar era la del Reino Unido.

Quienes vivíamos demasiado lejos para volver a casa a mediodía nos comíamos el almuerzo, envuelto en una bolsa de papel, en el sótano, sentados en bancos. Allí abajo estaba oscuro, del techo colgaban unas bombillas mondas y lirondas y en el aire flotaba un olor a carbonilla. Nos repartían unas botellas de leche con cacao enriquecida con vitamina D y también pajitas. Las pajitas eran un extra: por lo general a mí no me daban.

Las pizarras estaban hechas, en efecto, de pizarra, y por tanto eran negras. En ellas se escribía con unas tizas que rechinaban: ñiii, ñiii, ñiiic. Para borrar lo que se había escrito se frotaba la pizarra con un borrador de fieltro que se llenaba de polvo de tiza. Se consideraba un signo de distinción ser la persona elegida para salir al patio a entrechocar los borradores y sacudirles el polvo de tiza.

En clase ni se hablaba ni se cuchicheaba. Para ir al baño se levantaba la mano. Si te portabas mal, tal vez te mandaran al despacho del director, donde podían darte con «la correa», que estaba hecha de goma lisa y se empleaba para sacudirte a ti el polvo de las manos. O tal vez tuvieras que quedarte después de clase y copiar cien veces lo que fuera, desde las tablas de multiplicar hasta «Me portaré bien». Que te castigaran después de clase era una deshonra y en invierno implicaba volver a casa de noche, tú sola. Según los estándares actuales, muchas de estas cosas se calificarían como maltrato infantil, pero en aquella época nadie se lo pensaba dos veces. Fue en aulas como aquéllas donde aprendí a dominar el arte de aparentar que

presto atención, con la mirada al frente y la boca cerrada, cuando en realidad estoy pensando en otra cosa.

Estaba en tercero y nuestra maestra era una mujer amable, aunque por lo demás nada memorable, la señora Cowan. La cuestión es que, como ya estábamos en diciembre cuando nos mudamos a la casa nueva de Toronto, y luego vino la Navidad, luego la Pascua, y luego mayo y otra vez nos largamos pitando a Pointe des Chênes, fueron menos de cinco meses los que estuve en el colegio. Mi hermano iba al mismo centro, pero, como estaba en sexto, ocupaba un rango infinitamente superior en la jerarquía social. Jugaba en el patio de los niños, así que yo casi no le veía el pelo. Además, era ñoño tener una hermana pequeña, por lo menos de cara a la galería. Los dos lo sabíamos.

Mi clase me eligió tesorera del Club de la Cruz Roja: acumulábamos las monedas de cinco y diez centavos para enviárselas a los niños ingleses afectados por la guerra, y también juntábamos nuestra ropa usada con la misma finalidad. ¿A qué se debió mi triunfo electoral? Quizá a que, como era callada, parecía de fiar. También sabía sumar, así que podía llevar las cuentas con precisión. No se me pasaba por alto ni una monedita.

Una vez sí que me pillaron in fraganti cometiendo una fechoría, fue en el baño de las chicas: si te ponías de pie encima del asiento del váter, metías en el agua el extremo de un rollo de papel higiénico y luego dejabas bajada la palanca de la cisterna, podías hacer que el rollo entero se desenrollara y desapareciera. Por suerte, la maestra que me descubrió haciéndolo era la dulce señorita Dove. Era una de esas maestras que siempre arrastraban a un séquito de niñas pequeñas que la seguían a todas partes durante el recreo y se turnaban para darle la mano.

Por San Valentín recibí un montón de tarjetas, aunque igual que todo el mundo. Las recortábamos de unos libros que traían muchas, las metíamos

en un sobre con el nombre de la persona destinataria y las echábamos a un buzón de cartón decorado con blondas y corazones de papel. Luego un grupo de niños a los que se nombraba carteros y carteras entregaban las tarjetas en el pupitre correspondiente. A principios de primavera, me eché un novio que se llamaba Jamie, un niño guapo y amable que vino un par de veces a jugar conmigo en el enorme hoyo que había al lado de nuestro jardín, donde pronto habría una casa, y que en verano me envió una postal: «Te quiero, te quiero, te quiero. Jamie.» ¿Cómo interpretar aquello? No sería la última vez que me comportara como una novia fría y poco a la altura de las circunstancias. (Aunque a mi madre sí que le hizo bastante gracia. En años venideros, a menudo haría alusión a la postal de aquel Jamie de ocho años. Si todavía está vivo y lee esto, espero no haberle hecho pasar vergüenza.)

Sólo conocía a una niña de mi clase, que se llamaba Cathy y vivía en mi barrio. Iba en el mismo autobús escolar que yo y/o hacía a pie el mismo camino de ida y vuelta al colegio público de Whitney. Era una criatura inofensiva cuya casa tenía todo el suelo enmoquetado, algo novedoso para mí. Jugábamos a «la comba», con unas canciones infantiles incomprensibles pero vagamente siniestras en las que había ladrones y votaciones; o a «la pelota», que consistía en lanzarla contra la pared y luego atraparla, o no, al ritmo de una monótona cantinela que describía el gesto con el que había que hacerlo: «Regular, singular, sin moverse, sin reír, sin hablar, con una mano, con la otra...» Acababa con «vuelta entera», cuando tenías que lanzar la pelota y dar un giro completo antes de cogerla. También jugábamos a «las muñecas de papel», que consistía en vestir unos recortables de cartón, de bellas mujeres en ropa interior, con sofisticadas

prendas de épocas pasadas, o tal vez de lugares imaginarios como Hollywood. Yo jamás había visto a nadie que llevara una ropa así.

Todos estos juegos eran nuevos para mí. En comparación con los pasatiempos movidos y a veces cafres de mi hermano y sus amigos, me resultaban sosos. Por aquel entonces Harold ya contaba con una amplia colección de tebeos y los sábados por la mañana sus amigos venían a casa a leerlos. Los que nunca faltaban eran Superman y Batman, aunque también había criaturas más exóticas como Namor el Hombre Submarino, la Antorcha Humana y Toro y, mi favorito, el Hombre Plástico, que contaba chistes y podía disfrazarse de mueble para luego atrapar a delincuentes con sus brazos elásticos. Cuando no estaban leyendo historietas, los chicos echaban carreras fuera de casa haciéndose pasar por polis y ladrones mientras se disparaban. «Bang, bang, ¡estás muerto!», «¡No, de eso nada!», «¡Sí, claro que lo estás!», «¡Muerde el polvo!» o «Los tramposos no llegan lejos». Otra falsedad de la infancia: si son lo bastante buenos haciendo trampas, los tramposos sí que llegan lejos.

¿Cómo podían aquellos provocativos trajes de fiesta de los años cuarenta, recortados y pegados mediante unas lengüetas plegables a la imagen de Hedy Lamarr en lencería, competir ni remotamente con la sangre, los crímenes, y la adrenalina de las persecuciones? No podían. Pero a «las muñecas de papel» y a otras cosas por el estilo era a lo que Cathy quería jugar.

No tardó en sumarse una tercera niña. Muriel estaba en cuarto, lo que la situaba en un rango superior. Su juego preferido era todavía más tedioso que las muñecas de papel. Era «el colegio», para el que se ayudaba de una pizarra de juguete y en el que ella era la maestra. Jugábamos en su sótano, rodeadas de la colada de su familia, que se secaba allí dentro tendida en una cuerda. Igual que el sótano de nuestra escuela de verdad, el suyo olía a

carbonilla. ¿No era ya lo bastante aburrida la escuela oficial para Muriel? Por lo visto, no. La diferencia radicaba en que en el juego ostentaba una posición de poder: como la maestra era ella, a nosotras nos tocaba obedecer.

En los meses en que después de cenar todavía había luz en la calle, nos entreteníamos con juegos mixtos, como el béisbol o el pillapilla. «No volváis hasta que sea de noche», nos ordenaban. A veces hacíamos excursiones a lugares prohibidos: a las casas a medio hacer de una calle que estaba al oeste de la nuestra, donde trepábamos hasta las vigas del tejado y caminábamos sobre las del techo; o, si no, bajábamos hasta el siniestro barranco, donde correteábamos por las enormes tuberías del alcantarillado que asomaban en varios puntos de acceso restringido del arroyo. En aquel entonces, dicho barranco todavía no se había convertido en una cuidadísima zona de recreo con senderos bien señalizados. Era un terreno salvaje, descuidado y lleno de maleza, el típico lugar donde la gente abandonaba coches viejos y tiraba basura. Nunca sabías qué podías encontrarte allí abajo.

La única otra cosa más o menos digna de mención que ocurrió en tercero fue que gané el segundo premio del concurso de vestir muñecas en una fiesta infantil de carnaval que se llamaba «Mayfair». Como práctica, me vino muy bien llevarme el segundo premio por aquel conjunto azul oscuro, sencillo pero bien hecho, que había confeccionado. En el universo literario al que mucho más tarde accedería, al principio sólo había unos cuantos premios, pero luego proliferaron, por lo que mis posibilidades tanto de ganar como de no ganar se multiplicaron de un modo exponencial. (Cómo no ganar un premio: Sonríe cortésmente. Di que de todas formas no esperabas ganar. Felicita al ganador. Consuela al editor. Lidia con la *Schadenfreude* de tus colegas escritores, a quienes en su fuero interno les habría repateado que tú ganaras.)

Nuestra familia se marchó de Toronto rumbo al norte antes de que el trimestre acabara, por lo que me perdí las posibles celebraciones que hubiera. ¿Porciones de tarta? ¿Pajitas? Quizá nada. No obstante, sí que aparezco en la orla de la clase, con una rebeca, una faldita, unas medias arrugadas de lana y el sempiterno lazo encima de mis tirabuzones. Salgo sonriendo. Así que, en general, seguramente la cosa no pudo ser tan horrible.

CUATRO, EL NÚMERO DE LA MALA SUERTE

En otoño volvimos a Toronto, después de haber pasado otro verano más correteando, nadando y jugando a tumultuosos juegos de grupo en Pointe des Chênes. A esas alturas, nuestra casa ya tenía suelos de verdad: en la zona que hacía de salón comedor, de madera noble, que había que encerar con una mopa especial muy pesada, puesto que aún no estaban tan extendidas las abrillantadoras de suelo eléctricas ni se había oído hablar de las láminas recubiertas de poliuretano. En el resto de las habitaciones, baldosas, todas alicatadas por Carl. Estanterías empotradas y un escritorio también empotrado en la sala de estar, cuya superficie para escribir se plegaba, igualmente hecho por él. Parte de nuestro mobiliario familiar, como las camas o un sofá Chesterfield. Casi todas las paredes estaban ya pintadas, gracias a la mano de obra parental. En el agujero del solar de al lado había surgido ahora una casa, aunque en otras parcelas habían cavado nuevos agujeros. Por encima del barro habían brotado franjas de césped. Por la noche, las mofetas lo cortaban en cuadrados perfectos y lo enrollaban como alfombras en miniatura para poder llegar a las larvas blancas que había debajo, y por la mañana nosotros aplanábamos otra vez los cuadrados.

Nuestros padres habían iniciado las tareas preliminares para plantar un inmenso huerto. Carl no había comprado una única parcela, sino una y media. Dado que sus orígenes estaban ligados a la labranza de andar por casa, siempre estuvo por la labor de adquirir más terreno. En años venideros, de aquel huerto acabaría brotando una amplia variedad de verduras, muchas más de las que nosotros solos éramos capaces de comer. Nuestro padre hacía la ronda para regalar tomates y coles gigantes a nuestros desconcertados vecinos. En esta primera etapa, no obstante, lo que más bien generaba el huerto era una impresionante cosecha de grama, enormes dientes de león y bardana, ya que no estábamos allí para cuidarlo durante la época de crecimiento.

Ahora estaba ya en cuarto. Desde entonces comparto con el pueblo chino la creencia de que el cuatro es el número de la mala suerte. En chino, el cuatro se pronuncia de forma parecida a la palabra «muerte» y, en mi caso, la idea no iría muy desencaminada.

La maestra de cuarto era una persona intimidante, la señorita Langley. Era arisca, vivía enfurruñada y se imponía mediante el miedo. Llevaba unas gafas centelleantes sin montura, además de mostacho. Dado que ya ofrecí una descripción bastante exhaustiva de ella en mi novela *Ojo de gato*, en la que responde al nombre de «señorita Lumley», no añadiré más detalles. Es cierto que me aterrorizaban los pololos que decían que en invierno se ponía debajo de la ropa. En realidad, yo nunca vi aquellos pololos, que eran motivo de mofa y a la vez un tanto siniestros. Fuera como fuese, daban miedo: si yo llegaba a adulta, ¿estaría condenada a llevar aquellos pololos?

Otras dos cosas habían cambiado desde tercer curso. La primera, había empezado a ir a la catequesis de los domingos, por voluntad propia: quería ver de qué iba aquello de la iglesia, puesto que parecía estar vinculado con la Navidad, con Halloween y con el Conejito de Pascua. Mis padres estaban

en contra de que frecuentara la iglesia: creían que a los niños no había que adoctrinarlos con religiones, después de haber vivido en sus propias carnes ese adoctrinamiento. Aun así, a regañadientes me dieron permiso. En cualquier caso, según mi padre, tampoco me vendrían mal unas cuantas nociones sobre la Biblia, un importante clásico universal. De hecho, mis nociones bíblicas me resultaron muy útiles más adelante, puesto que es difícil estudiar Literatura Inglesa, desde inglés antiguo hasta T. S. Eliot, sin tener ciertos conocimientos sobre los relatos fundacionales. Y, cómo no, la Gilead de *El cuento de la criada* pretende basarse en la Biblia.

La invitación a la catequesis me llegó a través de Muriel y en un principio pareció una señal de su aceptación, aunque imagino que sus padres estaban detrás: me veían como a una pagana y, por lo tanto, una conversa en potencia. El grupo de catequesis al que asistí pertenecía a la Iglesia Unida y, en una ocasión, me gané una Biblia por aprenderme unos salmos de memoria y, en otra, una novela bastante terrible sobre las misiones por una redacción ilustrada sobre la abstinencia. (El meollo de mi redacción era el siguiente: no deberías beber porque, si bebes y te caes en la nieve, la probabilidad de morir congelado es mucho más alta, debido a la dilatación de los capilares nasales.)

El segundo cambio de ese curso fue la incorporación a nuestro trío de una cuarta niña. Llego ahora a una parte infeliz de la historia. Es algo, como suele decirse, complicado. Tiene que ver con mi incapacidad de comprender la naturaleza impredecible, retorcida, solapada y bizantina de las relaciones de poder ejercidas por las niñas de nueve y diez años. Yo estaba muy poco versada en sus métodos y, dado que nunca me habían mentido mucho, por lo general me creía lo que la gente me contaba y no solía plantearme que pudieran llevar segundas intenciones. También era de las más pequeñas de la clase de cuarto, al haber nacido en noviembre.

La niña nueva, que se llamaba Sandra, estaba en quinto, igual que Muriel. Sandra era de las mayores de su clase, porque había nacido en febrero. (La línea divisoria la marcaba el 31 de diciembre.) Por mediación de Muriel, de quien se apropió, no tardó en ser parte del grupo, pero no una cualquiera, sino la miembro dominante. A mí, por ser la más pequeña e ingenua, pronto me asignaron el papel de chivo expiatorio.

Cuando se publicó mi novela *Ojo de gato*, respondía con evasivas al hablar de ella. ¿Estaba basada en mi propia experiencia? Bueno, solía decir yo, a juzgar por la gran cantidad de cartas procedentes de tantos países distintos que mencionaban casos similares y peores, daba la impresión de que reflejaba cuestiones universales. Lo cual era cierto. No paraban de llegarme cartas, de niños de antaño, de sus hermanos, de sus padres: relatos de traumas de por vida provocados por unas niñas a otras niñas, de hombres contando que hasta ahora no habían comprendido qué era lo que ocurría entre las niñas de cuarto curso, de padres desconsolados que no sabían qué hacer con el sufrimiento que otras crías hacían padecer a su hija. Cuando firmaba libros en las presentaciones, algunas mujeres se echaban a llorar mientras me daban las gracias por haber escrito la novela.

«Conociste a una Cordelia», les decía. Sí. Eso era.

Pero a pesar de su universalidad, también era cierto que algunas partes de la novela eran autobiográficas. En aquel entonces evitaba decirlo porque la principal perpetradora aún estaba viva: durante la adolescencia nos habíamos hecho amigas y habíamos seguido en contacto. Pero ahora, tanto ella como su familia directa están muertas. Mientras escribía la novela, acabé dándome cuenta de que esa chica estaba rota por dentro, de que era mucho más infeliz de lo que yo jamás había sido, y de que le haría daño si la identificaba. Pero ¿acaso ella recordaba siquiera lo que me había hecho?

De algún modo, es probable que sí; aunque para ella había sido una especie de juego. Para mí, sin embargo, había sido algo grave.

Cualquiera que piense que las mujeres son perfectas, que las niñas son más amables, que todo lo sádico que las niñas y las mujeres hagan es culpa del «patriarcado», o ha olvidado muchas cosas o nunca ha sido una cría de nueve años en un colegio. El deseo de poder es una constante humana, aunque las formas de manifestar dicho deseo cambian en función de las circunstancias.

—¿Había niñas malas en tu época? —le pregunté a mi madre al cabo de mucho tiempo.

Las había habido. Me describió en detalle algunos de sus comportamientos.

—¿No te sentías mal?

—No les hacía caso —me respondió. Esa técnica me habría resultado muy útil en cuarto.

Sandra era una niña imaginativa: la imaginación es un plus en los torturadores. Las técnicas que empleaba eran muchas y variadas; su inventiva era digna de admiración. Ahora comprendo que ella misma había sido el blanco de su hermana mayor, que, resentida por el advenimiento de una tercera hija, se había mostrado cruel y despiadada con ella. Creo que simplemente estaba haciéndome pagar con una moneda distinta por un daño que en realidad le habían hecho a ella. Pero aquello era algo que mi yo de nueve años no sabía.

Si hubiésemos respetado las reglas del juego de los niños varones, habría sabido a qué atenerme. Si alguien te insultaba, tú le dedicabas un insulto peor. Si alguien te pegaba, tú se lo devolvías. Si no lo hacías, eras un mariquita. Los hombres adultos pueden ser tan maquiavélicos como las niñas de nueve años, pero los niños todavía no han aprendido del todo a

serlo. Nuestra madre nos imponía una regla para evitar las peleas físicas: como éramos sólo los dos y mi hermano me sacaba tres años, yo siempre habría llevado las de perder. Cuando Harold empezó a ir al colegio, continuó cumpliendo a pie juntillas la regla del «prohibido pelear» y un día llegó a casa lleno de sangre. Fue entonces cuando nuestra madre le dijo que tenía permiso para defenderse. Al día siguiente volvió al colegio y molió a palos a sus agresores.

Reglas de los niños de aquella época: los conflictos se resolvían en la calle; por lo general se zanjaban físicamente; había instituida una jerarquía estable; todos conocían las reglas, y por lo tanto existían unos procedimientos claros que había que seguir; tus amigos eran tus amigos y tus enemigos eran tus enemigos; no la tomabas con los más pequeños y débiles porque eso era de cobardes, al menos en teoría.

El intento de Sandra de hacerse con el poder no adoptó esta forma. Más bien vino disfrazado de un supuesto deseo de ayudarme. Ella y las otras dos eran mis amigas. Con el fin de mejorarme, puesto que por lo visto me hacían falta muchas mejoras, tendrían que castigarme de diversos modos. Había que abandonarme en la nieve, había que enterrarme en un agujero, había que reprenderme y prohibirme que se me escaparan sonrisitas. Todo era por mi propio bien. A Cathy, que estaba en mi clase del colegio, la reclutaron como espía: debía informar de todos y cada uno de mis movimientos, y lo hacía, sin duda por miedo a acabar en mi misma situación. Muriel representaba el papel de la testigo que se creía moralmente superior, el tipo de persona que habría creído que estaba recibiendo mi merecido, que era, al fin y al cabo, lo que Dios le hacía a la gente mala en la Biblia. En la catequesis también ejercía de espía.

Sandra era la instigadora. ¿Cómo podía yo poner objeciones a aquel programa que era por mi propio bien y todo buenas intenciones? ¡Hay que

ver todas las molestias que se estaban tomando para corregir mis deficiencias! Andaba raro, hablaba raro; de hecho, sí que tenía un acento híbrido, con un deje de Nueva Escocia. Mi pelo era raro, sobre todo el lazo; mis pintas eran raras. ¡Todo eso había que cambiarlo! Pero ninguno de los esfuerzos que yo hacía por satisfacerlas era suficiente. Tendría que poner más de mi parte. La gracia era que nada de lo que yo hubiera podido hacer habría bastado nunca. ¡Qué bien se lo debieron de pasar! «¿Qué se nos ocurre que podríamos obligarla a hacer ahora?»

Algunos días eran normales, como si no pasara nada. Los días malos eran arbitrarios e impredecibles. No había coherencia alguna. Al leer, mucho después, sobre el motín del navío británico *hms Bounty* en 1789, me topé con la teoría de que lo que abocó a la tripulación a amotinarse fue la incoherencia del capitán Bligh. Si hubiera sido todo amabilidad o todo crueldad, con unas reglas claras, los hombres al menos habrían sabido a qué atenerse. Pero cuando no hay reglas, no existe ninguna forma satisfactoria de actuar. Un gobierno basado simplemente en los caprichos de quien gobierna puede enloquecer a la gente. Todo el complot de aquellas niñas se mantenía en secreto de cara a los demás. No había ninguna otra persona en la clase que estuviera al tanto de lo que pasaba y, cómo no, la regla del «prohibido contarlo» era sagrada.

Me busqué un trabajo: pasear en cochecito al bebé de la vecina de al lado durante una hora todos los días después de clase. Suena a idea disparatada (¿quién dejaría hoy a una cría de nueve años a cargo de un bebé de siete meses?), pero el bebé iba bien abrigado, eran calles tranquilas y apartadas y nadie iba a atropellarnos. Con lo que ganaba, y la ayuda de mi padre, me abrí una cuenta en el banco. Según él, nunca era demasiado pronto para conocer los entresijos de la autosuficiencia económica. Uno de los pros de este empleo: me dio una excusa para no jugar con el trío letal de mis

presuntas amigas. Uno de los contras: sabían dónde encontrarme. Muchos fueron los errores que me hicieron saber que estaba cometiendo. Tampoco podía huir: no podía abandonar al pequeño David, y si no pasaba la hora entera en la calle, no cobraba.

Cada vez estaba más nerviosa y deprimida. Me dio por arrancarme el pellejo de los pies, por chuparme las puntas del pelo, por intentar sacarme los dientes que se me movían, por quitarme las cutículas de las uñas. Mi madre se dio cuenta de que algo iba mal y adivinó quién estaba detrás del asunto, sobre todo cuando las tres se presentaban en la puerta de casa, preguntaban con voz dulce si podía salir a jugar y yo no parecía tener muchas ganas. Aunque si no me iba con ellas, me reservarían nuevos y peores castigos para más tarde.

—No tienes por qué jugar con ellas si no quieres —me decía mi madre.

Hoy día probablemente habría llamado por teléfono a las demás madres, pero en aquellos tiempos se creía que los niños debían librar sus propias batallas. Necesitaban echar agallas. Necesitaban defenderse ellos solitos.

—Pero es que son mis amigas —decía yo. Aún seguía creyéndolo.

Conservo un penoso diario rojo con candado de esa época, que abarca un período de cinco años. Lo único que apuntaba eran los días buenos y los malos. No había nada más que mereciera la pena ser anotado.

Sí que tenía algunas escapatorias temporales: lugares donde no había espías, donde había amistades diferentes, o donde había otras cosas con las que ocupar mi mente.

Uno de ellos era «el edificio»: el viejo edificio color hígado del Departamento de Zoología de la Universidad de Toronto donde trabajaba nuestro padre. Tenía unos suelos de madera noble desgastados que crujían y

olían a Dustbane, un compuesto químico con aroma a pino que se espolvoreaba sobre la madera y luego se barría. El sótano apestaba a ratones de laboratorio. En las plantas superiores había tarros con serpientes en conserva, terrarios por los que reptaban las tortugas, y venenosas cucarachas blancas africanas; también salas alargadas con hileras de microscopios color cobre. Desde una de esas salas podíamos ver la cabalgata de Santa Claus a su paso por la avenida universitaria.

Participaba en las sesiones infantiles de los sábados del Museo Real de Ontario, en las que nos sentaban en unos taburetes plegables de lona y nos hablaban de antigüedades. Luego hacíamos obras de arte inspiradas en esos objetos. La mejor parte venía después de la clase: mi amiga Meg Graham y yo correteábamos por todo el museo cuando ya estaba cerrado y nos íbamos derechitas, siempre, en busca de las momias egipcias. El padre de Meg era un arqueólogo del museo, y nosotras teníamos que matar el tiempo antes de que él acabara y pudiera llevarnos en coche a casa. Todo lo que sabía sobre el museo ¿acabó colándose más tarde en alguna novela? Sí, fue en *La vida antes del hombre*, de 1979.

Nota al pie: los padres de Meg eran mucho más altos que la media, igual que su hermana mayor, su hermano pequeño, Bobbie, y la propia Meg. Mi madre y la señora Graham eran amigas y, como hacían las madres, la señora Graham le ofrecía la ropa que a Meg se le quedaba pequeña para que yo la usara. Mi madre, que no era de las que dejaban pasar la oportunidad de ahorrarse un centavo, aceptaba. Pero la ropa de Meg que a mí me quedaba bien era de cuando ella tenía seis años. Con nueve o diez años, era ya demasiado infantil para mí: modelitos de pichis color pastel con sus volantes y su canesú, vestidos de cuadros escoceses con delantales en la pechera y tirantes. Mi madre, con su habitual desinterés por la moda, no se daba cuenta de la diferencia de edad.

Ya de adulta, durante años tuve pesadillas con la ropa. Mi armario de repente estaba repleto de prendas que se suponía que eran mías pero no lo eran. Aquello le resultaba profundamente perturbador a mi yo onírico. ¿Dónde estaba yo, quién era, de quién era aquella ropa, y dónde estaba mi ropa de verdad? Así me imagino que será el alzhéimer: estar perdida dentro de tu propia vida.

También me había inscrito en la red de bibliotecas públicas de Toronto, en la de Deer Park, a la que podía acercarme en tranvía o dando un buen paseo desde casa. Tenía un valioso carnet de biblioteca y sacaba prestados todos los libros que podía. La colección íntegra y sin expurgar de los *Cuentos de los hermanos Grimm*, con prólogo de Padraic Colum, había llegado a nuestra casa por vía postal (dudo que, cuando la compraron, nuestros padres fueran conscientes de la gran cantidad de ojos sacados y cuerpos descuartizados que contenía) y yo estaba encantada con las malvadas hermanastras, las traidoras compañeras y su derrota. En la biblioteca devoré todas las series de cuentos populares de Andrew Lang, y al cabo de poco avanzaría hasta las obras completas de Edgar Allan Poe: no eran aptas para niños, aunque me permitían leerlas porque en ellas no había nada de sexo, salvo probablemente un poco de necrofilia. Leí los cuentos tristes y espeluznantes de Hans Christian Andersen; leí los libros de E. Nesbit, y los típicos clásicos infantiles de la época, como *La isla del tesoro* o *Peter Pan*. También leí los de Mary Poppins, pero ninguna persona mágica bajó de las nubes para echarme un cable.

Lo más cerca que estuve de una persona mágica fue de la jefa de la manada de las Brownies, algo así como las *girl scouts* de siete a diez años, a la que me apunté. Se llamaba Lechuza Parda. Tenía un nombre real, pero yo no sabía cuál era. (Existe en todo su esplendor en *Doña Oráculo*.) Las Brownies de aquel entonces eran una extraña organización en la que las

niñas se distribuían en grupos que se llamaban igual que distintos tipos de criaturas fantásticas y mágicas: duendecillos, elfos y gnomos eran los grupos de nuestra unidad. Iniciábamos cada sesión bailando alrededor de una seta de cartón con una lechuza de papel maché en lo alto. Imitábamos los sonidos de las lechuzas: «¡Tuiiit, tuiiit, u-uuu, u-uuu!» Teníamos eslóganes y contraseñas, y hacíamos la promesa *brownie*: «Prometo dar lo mejor de mí, cumplir con mi deber ante Dios y el rey, y ayudar al prójimo todos los días, sobre todo en casa.» Podíamos completar proyectos y ganar insignias. Me gustaba la parte de las insignias porque, frente a las despiadadas críticas de Sandra sobre mi persona y mi valía, las insignias Brownie eran una afirmación.

Lechuza Parda guardó todos los cuadernitos que yo elaboraba y que estaban relacionados con las insignias que ganaba. Las dos éramos mucho mayores cuando volví a verla de nuevo: su nombre real era Katie Firstbrook, era tía de una amiga mía y en ese momento tenía noventa y tantos años. Quedamos para tomar el té. «Creo que eres tú quien debería tener esto», me dijo, y me devolvió los trabajos que había hecho con nueve años. Mi primera lectora, por tanto, aparte de mis padres. Así pues, una persona mágica, al fin y al cabo.

Después de mucho pedirlo, yo también tuve un gato: la gata de una amiga del colegio tuvo mininos, y mis padres dieron su brazo a torcer. Tal vez adivinaron que necesitaba una amiga fiel. Le puse *Perky*, el diminutivo de *percolator*, que era un tipo de cafetera de filtro. Yo bebía los vientos por *Perky*, y ella me devolvía aquella devoción a su manera gatuna. Parió a sus crías en la cama de muñecas que había en mi armario, entraba y salía por mi ventana y me traía pájaros y ratones muertos de regalo y, en una ocasión, un conejo vivo que se le escapó. A medianoche se produjo una frenética

persecución. Yo atrapé el conejo y lo metí en una caja de zapatos para que se recuperara, aunque de todas formas murió del susto.

Al haberse criado en una granja, mi padre creía que el lugar que le correspondía a un gato era el establo, pero hasta él tuvo que reconocer que *Perky* era sorprendentemente inteligente para ser una gata. No podía venirse con nosotros al bosque, pero nuestra vecina de al lado, Rhea, se comprometió a echarle un ojo durante los meses de verano. *Perky* se las podía apañar solita en la calle. Esto ocurrió mucho antes de que alguien se planteara la descomunal pérdida de aves a manos, y garras, de gatos salvajes y domésticos, y antes de que la castración y los gatos de interior se convirtieran en la norma apropiada. Un día, mientras no estábamos, Rhea dio una merienda en su jardín. Los invitados estaban sentados en torno a la mesita baja del patio y, como parte de los refrigerios, había un plato de dátiles rellenos. *Perky*, en agradecimiento a Rhea por sus cuidados, llevó un pequeño ratón muerto y bien chupeteado, y cuando nadie miraba lo añadió al surtido de dátiles rellenos, a los que se parecía en tamaño y en su textura resbaladiza y húmeda.

El ratón fue a parar dentro de una boca. De la que volvió a salir. Gritos. Caos. Drama.

Gata astuta.

Una mañana me levanté y me encontré con que mi madre no estaba y en el pasillo había un montón de sábanas empapadas de sangre. Había ocurrido algo horrible, pero ¿qué? Las explicaciones de nuestro padre eran evasivas. Margaret se había puesto enferma (¿de qué?), estaba en el hospital (hasta ahí era creíble) y volvería pronto (dudoso). Sí que apareció momentáneamente, pero luego se fue un par de semanas a «casa», a Nueva

Escocia, para pasar el mal trago y encontrar consuelo. Nuestro padre siguió bregando lo mejor que supo. Los desayunos y los platos para salir del paso estaban entre su conjunto de habilidades, pero cuando se trataba de peinar mis tirabuzones con lo que nuestra madre llamaba sus «deditos rechonchos» —en contraste con los de ella, que eran largos, elegantes y adaptados a mis tirabuzones—, mucho me temo que no llegaba al aprobado.

Nuestra madre acabó reapareciendo, con aspecto demacrado y una sonrisa estoica, y nosotros tuvimos que fingir que ella estaba bien y no había pasado nada. Pero ¿qué había pasado? Tardé lo mío en entender que había «perdido un bebé». Un día que andaba buscando lana, descubrí un elocuente patuco suelto de punto, de color verde claro. ¿Cómo se perdía a un bebé? No era como perder las llaves de casa, sino mucho más peligroso y sangriento. ¿Adónde había ido a parar aquel bebé? Mucho más adelante me contó que, entre mi hermano y yo, hubo otro bebé perdido. Tristes antecedentes.

Si identificaras en este episodio los orígenes de una escena similar en *Alias Grace* y de otra en *El asesino ciego*, estarías en lo cierto.

NADA MÁS QUE UNA BARAJA DE NAIPES

El verano lo pasamos de nuevo en Pointe des Chênes, donde podía revertir a mi yo de antes y deshacerme de la persona ansiosa y deprimida que había sido durante el curso escolar, como si nunca hubiera existido. Sin embargo, sabía que en otoño estaría esperándome, junto con aquellas sensaciones ya familiares de terror. Y en efecto allí estaba. Aunque no de un modo tan intenso.

Aquel septiembre empecé quinto. Nuestra maestra, la señorita MacLeod, llevaba cuellos de encaje y broches con camafeos, tenía el pelo blanco y elegante y era una persona única y de lo más excéntrica. Los alumnos la adoraban, a pesar de su infalible puntería con los trozos de tiza. Elaboraba su propia loción de manos, que repartía con generosidad entre las niñas. También preparaba el té por las tardes, sospecho que aderezándolo con una gotita de escocés, y luego distribuía las tacitas, a través de sus alumnos, al resto del profesorado de nuestra planta. Hacía prácticamente lo que se le antojaba, y nosotros también.

Asimismo, habían cambiado otras cosas. Yo ya no tenía ocho años para nueve, tenía nueve para diez. Era menos ingenua, y empezaba a darme cuenta de que toda la enrevesada trama, mi supuesta necesidad de mejora, el deseo de ayudarme de mis hipócritas consoladoras, no era más que una farsa. Hoy se llamaría «hacer luz de gas», pero la expresión todavía no había entrado en el diccionario.

Recuerdo con nitidez el momento en que se levantó la liebre. Me desvié de la ruta de ida y vuelta al colegio (un trayecto que Sandra tenía la costumbre de aprovechar para idear nuevos castigos para mí) y me fui a jugar con otra niña. «¡Vuelve aquí ahora mismo!», me gritaron mis tres verdugas a la vez.

Pero no volví, ni entonces ni nunca. Podía no hacerles caso. Podía llevar una vida distinta. Pienso en aquello como un momento Alicia en el País de las Maravillas. Al final de la historia, Alicia deja plantada a su torturadora y la reta. «¿A quién pensáis asustar? —dijo Alicia—. ¡No sois más que una baraja de naipes!» Y queda roto el hechizo.

Desde entonces, jamás he creído a nadie que haya intentado hacer de mí alguien mejor diciendo: «Te lo digo por tu propio bien.» No es cierto. Te lo

dicen para su propia satisfacción. Si necesitas a alguien a quien mejorar, búscala en otra parte.

En la obra dramática que habían estado representando, el trío se había atribuido el papel del héroe, de paladín de la reforma, y a mí me habían asignado el de monstruo, un monstruo al que, debido a sus monstruosidades, había que someter y cambiar. Existe un conocido dicho sobre héroes y monstruos: «El héroe necesita al monstruo, pero el monstruo no necesita al héroe.» Es más: el monstruo puede arreglárselas muy bien sin el héroe. Lo bueno de ser un monstruo es que no tienes que preocuparte. Si ésos son los dos únicos papeles disponibles, me quedo con el monstruo.

Hay una serie de emociones que le resultarán familiares a cualquiera que haya sido víctima de un estafador. La primera, la rabia hacia los perpetradores. ¿Por qué han sido tan malvados? Pero también la rabia hacia una misma: ¿por qué has sido tan tonta? Tendrías que habértelo imaginado antes. Además: que te hayan estafado ha sido una violación de tu confianza, y la confianza es algo que nunca volverás a brindar tan fácilmente. Es posible que nunca vuelvas a confiar del todo en alguien. Te pasarás la vida recelando de motivos ocultos y segundas intenciones. Sabrás que es probable que haya al menos dos historias: la que te están contando, y la otra.

Puede que acabes siendo detective. Puede que tú misma acabes siendo una estafadora. O una mezcla de ambas: puede que acabes siendo novelista.

6

El bebé de Halloween

El verano de 1950 no regresamos a Pointe des Chênes. Nuestro padre había vendido la casa que teníamos allí y estaba planeando otra mudanza más; así que, aunque no lo supiéramos, no volveríamos a ver nunca más nuestra casita de campo del lago Superior ni a nuestra pandilla de amigos. ¿Por qué lo había hecho? Pues porque había descubierto la existencia de un plan para montar un aeropuerto justo detrás de donde nosotros vivíamos. Pasamos parte del verano en un lugar llamado Cedar Lake, cerca de la frontera con Manitoba: es muy probable que fuera por un proyecto de investigación de entomología. En una cabaña abandonada que había pertenecido a un trampero nos encontramos un tarro mohoso de mermelada y dos libros de bolsillo: *Taps for Private Tussie* y *Ruggles of Red Gap*. Tanto mi hermano como yo nos leímos las dos novelas y, setenta años después, ambos las seguimos recordando. Es impresionante lo que se te queda grabado en la memoria.

También volvimos a nuestro primer lago en el norte de Quebec, aunque no a nuestra querida casa de Red Pine Point. Estábamos a unos once kilómetros de distancia, acampados en un lugar donde nuestro padre pretendía, una vez más, levantar una pequeña cabaña, y vivir en ella mientras acababa de construirse una casa más grande. En esta ocasión fue ambicioso: las dos viviendas estarían revestidas con troncos, no con

tableros y listones. Se tardaría más, pero así se haría realidad algo con lo que él llevaba mucho tiempo soñando. Mientras tanto dormíamos en tiendas de campaña, cocinábamos en una barbacoa de piedra y comíamos al aire libre en una mesa de madera que había montado con clavos en un pispás. Las tiendas todavía eran pesadas y estabas hechas de lona; tocar el techo durante una tormenta resultaba letal, porque podías generar una gotera. (Estos arcanos conocimientos ya no sirven de nada, pero los incluyo aquí para compartirlos con futuros arqueólogos.)

Levantamos la cabañita rápidamente: los troncos eran verticales, y por lo tanto mucho más cortos y ligeros que los horizontales que él tenía en mente para la vivienda más grande. Eran de cedro, pelados con una cuchilla de desbaste y calafateados con estopa y brea, una fibra alquitranada que se embutía bien apretada entre los troncos mediante una herramienta de madera con forma de cincel y un mazo. El calafateo era una tarea apta para niños: yo hice una gran parte. Y otras tareas. En la foto se nos ve a mi padre y a mí poniendo clavos en el tejado.

La cabaña estaba en una zona arenosa, con una preciosa vista del lago, en un punto donde era improbable que alguien más edificara cerca. No estaba

en la parte principal del lago, por lo que el futuro tráfico de lanchas motoras, anticipado por Carl, no sería tan molesto. No obstante, a lo largo de las décadas siguientes, tanto mi hermana como yo hemos tenido pesadillas recurrentes en las que algo —una mansión, un rascacielos, un pueblo— surgía de la nada justo a nuestro lado.

Carl también construyó un retrete exterior de troncos. A mi hermano y a mí se nos encomendó la labor de cavar el agujero. Uno de nosotros cavaba, el otro acarreaba la tierra en un balde. Por la noche había criaturas, ratones, sapos, que caían en el agujero, así que todas las mañanas nuestra primera misión consistía en traerlas hasta la superficie, vivas o muertas. Tuvimos suerte de que no cayera ningún puercoespín.

El hoyo estaba en lo alto de un montículo de arena, y ahondar era fácil. Cavamos, cavamos y cavamos sin parar. Nadie nos dijo que nos detuviéramos, por lo que excavamos una cueva digna de las minas del rey Salomón. Servía de pozo ciego, y nosotros estábamos la mar de satisfechos de él.

Por fin, en el otoño de 1950 terminaron el nuevo colegio que estaban construyendo en nuestra urbanización de Bennington Heights. La alargada estructura estilo bungaló, de ladrillo marrón claro y una sola planta, tenía unos pasillos relucientes y grandes ventanales. A la ceremonia de inauguración asistieron una serie de dignatarios, entre los que se encontraba Dana Porter, delegado provincial de educación y padre de mi futuro amigo Julian Porter. Yo fui la portavoz del alumnado.

En el parvulario no cabía un alfiler, dado que ya estábamos prácticamente en la cresta de la ola del *baby boom*. El alumnado de sexto, nacido a principios de la guerra, era menos numeroso, y el de séptimo y octavo, los bebés de la Depresión, era exiguo. Estos tres cursos daban clase juntos en la misma aula. Mi otrora enemiga, Sandra, se había saltado un curso y estaba por tanto en octavo, donde sólo había matriculados cuatro alumnos. A la maestra, dar clase a tres niveles a la vez le generaba mucho estrés, y aquello la empujaba a menudo al borde de las lágrimas. Cuando la situación la superaba, nos echaba del aula y nos mandaba a deambular por el colegio. El patio estaba lleno de maleza y en él nunca faltaban las vainas de algodoncillo, las crisálidas de mariposa monarca y, si tenías suerte, una o dos mantis religiosas. Mi autoproclamado novio en sexto se llamaba Sandy. Talló mi nombre en su flamante escritorio de madera clara y moderno diseño sueco, y se llevó unos buenos azotes por ello. Aún quedaban caballeros.

Vino al colegio un oculista. Resultó que era miope y también tenía astigmatismo, lo que explicaba mi incapacidad para hacer diana en el tiro al

arco. Tuve que ponerme gafas. Cuentan que dije: «¡Se acabó mi vida!» (La adolescencia empezaba a enseñar la patita.) Las únicas monturas que había en aquella época eran de un carey pesadísimo, y eso no hizo más que empeorar las cosas. Me ponía y me quitaba las gafas a mi antojo, o, mejor dicho, me las ponía cuando quería ver y me las quitaba cuando pensaba que la gente quería verme. En años venideros, me desharía de las gafas para así poder fingir que no veía a alguien que me saludaba desde la otra acera. En años venideros, también daría tumbos por las pistas de baile, sin gafas, y la única imagen nítida de mi cita del momento sería su oreja. En años venideros, mi hermana pequeña me contaría que ella también había querido llevar gafas, porque cualquier cosa que yo hiciera era glamurosa. En años venideros, también tendría la oportunidad de poner a prueba en primera persona la ocurrencia de Dorothy Parker, «Los hombres rara vez se insinúan a las chicas con gafas», y descubrir que era falso. Tampoco es que esos ojos fueran siempre bienvenidos, pero no escaseaban. «Pululan alrededor como abejas», decía mi madre de los chicos adolescentes. Sospecho que lo que tenía en mente era una abundante rociada de repelente para insectos o una buena sacudida con un periódico: «¡Zas! ¡Zas!»

En aquella época, en cualquier caso, las gafas me tenían amargada. Pero por lo menos ahora veía en la pizarra los nombres de los reyes de Inglaterra, por si servía de algo.

NACE MI HERMANA

«A Harold le concedí un capítulo por haber nacido, así que tú también te mereces uno», le escribí en un correo electrónico a mi hermanita pequeña, que en ese momento tenía setenta y dos años.

«En realidad no me hace falta», contestó. «Está todo en *Desorden moral*. [Emoji del beso.]» (Nota: *Desorden moral* es una colección de relatos de 2006.)

«Bueno, pero eso es ficción y, además, de todas formas, sí que te hace falta un capítulo», le dije, «y hay más cosas que Harold acaba de contarme».

«¡¡Uuuh, estoy deseando verte y saber los detalles!!», contestó.

Así que aquí están los detalles. A finales de la primavera de 1951, cuando yo tenía once años, a mi hermano de catorce y a mí nos dijeron que pronto seríamos uno más en la familia. Lo cual significaba que tendríamos que arrimar el hombro y poner un poco más de nuestra parte. Mi hermano se encargaría ya siempre de cortar el césped. A mí se me exigirían algunas tareas domésticas más que de costumbre, como limpiar los baños, pasar la mopa y un poco de altruismo en general. (¿De verdad volví a decir aquello de «Se acabó mi vida», como cuando las gafas? Es probable. También dije que si no comprábamos un televisor, nos convertiríamos en parias sociales. La televisión se estaba propagando como semillas de dientes de león y las antenas brotaban como setas en todos los tejados, pero nuestros padres se mantuvieron en sus trece.)

Nuestro padre estaba entusiasmado con aquel acontecimiento inminente; siempre había querido tener más hijos. Nuestra madre estaba temerosa y preocupada. Tal como las revistas y otras personas no tardaron en informarla, a sus cuarenta y dos años corría el riesgo de dar a luz a lo que hoy se denominaría un «niño con discapacidad». Además, ya había tenido dos abortos; ¿cabía la posibilidad de un tercero? Entretanto llegó el verano y pusimos rumbo al bosque. Seguramente nuestra madre tuvo un papel importante en esa decisión: por nada del mundo habría querido quedarse en

la húmeda y calurosa ciudad, sobre todo en aquellos tiempos anteriores al aire acondicionado.

Cuando le pedí a mi hermano que me contase lo que recordaba, me envió un correo electrónico:

«... por esas fechas papá se fue de excursión en canoa al lago Big Trout... Se coordinó con los Stolfa para que se quedaran con nosotros...». Tony Stolfa era nuestro vecino polaco de Toronto que había matado al oso. «Un par de veces yo me fui de excursión con Tony Stolfa durante todo el día... La familia Stolfa al completo también se marchó de viaje dos o tres días... y luego otro par de días..., por lo que en esos momentos yo representaba el único medio con el que contábamos para transportar a mamá en caso de que se topara con serias dificultades. (Personalmente, pongo en duda el buen criterio de papá a la hora de organizar aquella solución, no creo que fuera lo bastante segura para mamá. Es una de las pocas ocasiones en las que creo que tomó la decisión equivocada. ¿Tú qué piensas?)» Pensarás que no era posible que hubiéramos tardado setenta y tres años en encontrar el momento para intercambiar impresiones sobre aquel episodio silenciosamente aterrador. Pero ¿qué pensaba yo en realidad?

Respondí: «Recuerdo haberme quedado sola como única guardiana de mamá durante algunas de aquellas excursiones de día; no de noche, está claro que eso no podrían haberlo hecho; pero ¿qué habría hecho yo si hubiera ocurrido algo?»

«Sí, da miedo sólo de pensarlo», escribió él, «y lo cierto es que sí que hubo dos o tres noches en las que los Stolfa no estaban y nos quedábamos totalmente solos ante el peligro. Como habrás deducido, no habría tenido más remedio que irme en barca en busca de ayuda, con o sin vosotras, en función de las circunstancias. Cuánto me alegro de que nada de eso llegara a pasar.»

Durante las excursiones en canoa de los demás, yo permanecía de guardia en solitario. Por sorprendente que parezca, me creían capacitada para algo así. Debían de suponer que sabría arreglármelas. Yo no pensaba lo mismo. No había teléfono. ¿Sabía siquiera manejar el motor fueraborda? Apenas. ¿Podría haber prendido fuego a uno de los pequeños islotes para llamar la atención de algún avión? Quizá. Mi madre podría haber muerto desangrada durante mi turno de vigilancia. Nadie me explicó que las etapas con más peligro de sufrir un aborto —antes de los tres meses, y luego antes de los cinco— ya habían quedado atrás.

Pasé casi todo el verano preocupadísima pero sin decirlo. Mi reacción consistió en ponerme a tejer la pertinente canastilla del bebé. La canastilla era una suerte de ajuar para recién nacidos que consistía en una chaquetita, un gorrito con grandes ramilletes de cintas a los lados y un lazo para atarlo bajo la barbilla (del que ahora se prescinde debido a la posibilidad de estrangulamiento), manoplas, leotardos, patucos y un empapador, que se ponía encima del cubrepañal de goma que entonces se usaba. El color que elegí, poco prudente, fue el blanco, aunque no cogió demasiada mugre. Los adornitos se los hice con punto bodoque, que a mí me parecía muy sofisticado.

Yo me dedicaba a tejer lo más rápido que podía mientras mi madre leía novelas históricas románticas en una tumbona. Es probable que ambas nos entregáramos al pensamiento mágico: ella, por no querer que al niño le cayera una maldición si era ella misma quien tejía (¿creerían los dioses que estaba dando las cosas por sentadas?); yo, inmersa en mi propia versión de esos cuentos de hadas en los que la princesa debe tejer camisitas de ortigas que romperán el encantamiento y de nuevo transformarán a los cisnes en sus hermanos. Si conseguía acabar a tiempo, el bebé nacería bien. Viviría. No tendría un ala de cisne.

Mi hermana nació el 30 de octubre, diecinueve días antes de que yo cumpliera doce y víspera de Halloween: en mi opinión, era una suerte que tu cumpleaños cayera en dicha fecha, puesto que la decoración para la tarta ya venía dada, igual que en el caso de mi hermano con San Valentín. La recién nacida, a quien llamaron Ruth por la mejor amiga de mi madre, tenía todos los dedos de las manos y los pies. No traía ninguna ala de cisne. Era escorpio, como yo. Sin embargo, ella era un bebé inquieto, que no tardaría en convertirse en una niña inquieta. Una de mis tareas era mover su cunita para que se quedara dormida. Aprendí a hacer la parte de mis deberes que consistía en leer tumbada boca arriba y apoyando los pies en la cunita. Ea, ea, ea. Si paraba de mecerla, mi hermana se despertaba y empezaba a llorar otra vez.

¿Fue ese mismo año o el siguiente cuando mi padre me pidió que envolviera un regalo especial para mi madre: una sartén grande con tapa? (Justo lo que ella quería, añado ahora irónicamente. Poco a poco los electrodomésticos de la vida urbana iban asediándola, lo que debía de irritarla bastante.) Empaqueté la sartén en forma de rana, recubriéndola de papel verde y añadiéndole patas. Le pegué la tapa inclinada con cinta adhesiva y forré el hueco para la boca con papel de seda rojo. De mis muchas creaciones a lo largo de los años, ésta fue la que más entusiasmó a mi padre. Nada de poemas ni de novelas, de carteles ni de dibujos: el primer premio se lo llevó la sartén rana.

De día, cuando no suponía un problema que la pequeña Ruthie no durmiera, era para comérsela. A la hora de almorzar, yo jugaba con ella, o sintonizaba la emisora de country para que diera saltitos arriba y abajo al son de la música, agarrada al lateral de su parque infantil. (Era todavía la época de esos parquecitos, semejantes a diminutas jaulas de zoológico para niños pequeños.) También tenía un Jolly Jumper, un invento canadiense que

consistía en una sillita de bebé conectada a unos muelles; se sujetaba al dintel de la puerta y el niño podía brincar y brincar. Horas, o por lo menos minutos, de diversión ininterrumpida.

Fue en uno de esos ratos al mediodía cuando oí por la radio que el rey había muerto: el rey Jorge VI, venerado líder de Inglaterra en tiempos de guerra. A lo largo de todos y cada uno de mis cursos escolares, aquel rey nos había vigilado con benevolencia desde el fondo del aula, con su raya del pelo bien marcada y una sonrisa levemente afligida en el rostro. Ahora ya no estaría. Era un momento de transición, un punto de inflexión. Muchas cosas estaban cambiando.

Uno de esos cambios ocurrió justo después de que la bebé naciera. Al volver del colegio me encontré con que mi querida gata, *Perky*, había desaparecido. ¿Qué había sido de ella? La gata era un peligro para el bebé, me dijeron, puesto que cabía la posibilidad de que, atraída por el olor de la leche, trepara hasta la cunita de la pequeña, se sentara encima de su cara y la asfixiase. La gente creía cosas así de los gatos. ¿Hay algo de verdad en ello? Las opiniones están divididas.

Pero ¿adónde había ido *Perky*? A un buen hogar, me dijeron. En aquel entonces me lo creí. Aun así, lloré su perdida. Era típico que no me consultaran nada de antemano; en aquella época los padres tomaban las decisiones y actuaban en consecuencia, y a los niños se los informaba *a posteriori*. Así que no había nada que hacer. De todas formas, ¿no prefería tener una hermanita viva que una asfixiada?

Ahora ya no me creo el cuento del buen hogar. Supongo que *Perky* acabaría en la protectora de animales y luego en una incineradora. ¿Que si todavía albergo cierto resentimiento latente? Sí, por supuesto.

La parte positiva: por fin me libré del lazo del pelo. Cuidar de una recién nacida que no dormía sumado a peinarme los tirabuzones todas las mañanas

pasaba ya de castaño oscuro para mi cansada madre, así que acabé en un «salón de belleza» donde me cortaron el pelo lo máximo posible. Yo estaba contenta, pero mis padres se quedaron apenadísimos, como suelen sentirse los padres cuando su adorable hija empieza a mutar en un ente desconocido, semiadulto y menos controlable. Los tirabuzones fueron a parar a una caja de cartón y luego al baúl de viaje de mi madre, donde guardaba sus mementos personales. No lo supe hasta que al cabo de muchos años descubrí los mechones cercenados, todavía con su forma de tirabuzón, pero con un extraño aspecto exánime y al mismo tiempo maligno, como el ingrediente clave de un hechizo diabólico.

El nuevo corte de pelo era el apropiado, puesto que estaba a punto de entrar en el instituto. Mi hermano iba a un instituto privado de chicos: UTS, que eran las siglas de su nombre en inglés, University of Toronto Schools. Era para chicos listos que tenían que aprobar un examen de acceso. El instituto privado para niños ricos era el Upper Canada College. Mis padres, que querían ser justos pero que probablemente se plantearon cómo iban a costearlo, me preguntaron si a mí me gustaría ir a otro centro privado sólo para chicas. En Toronto había unos cuantos: las alumnas vestían falda escocesa, camisa y corbata, lo que en palabras de Hilary Mantel las hacía parecerse a «hombrecillos con pechos». En esa época, estos centros no hacían hincapié en la excelencia académica: a las niñas ricas las mandaban allí para evitar que se juntaran con la plebe, y para darles la oportunidad de conocer al tipo de chicos indicado, los del Upper Canada College. Esas chicas vivían en Rosedale, que estaba plagada de mansiones, o en el internado, porque venían de cuasipalacios que estaban muy lejos del instituto. A mí me horrorizaba la mera idea de ir a un centro así. Dije «no, gracias», arguyendo como razón el nivel superior del sistema educativo público de entonces. Pero tú, querido lector, habrás adivinado la verdad: un

instituto lleno de chicas y nada más que chicas era para mí como el noveno círculo del infierno. Ya había experimentado en mis propias carnes sus poderes malignos más que de sobra en cuarto curso. Aquella experiencia estaba enterrada en lo más hondo de mi psique; pero, como un vampiro, seguí viva.

7

Synthesia

Después del puente por el Día del Trabajo de septiembre de 1952, entré en el instituto de Leaside. Era bajita. Llevaba gafas de montura de carey. Tenía un diente montado. Tenía el pelo crespo. Era inteligente. Tenía doce años.

Hace poco, durante una conversación con alguien más joven, saqué a relucir que yo había ido a ese instituto. El distrito de Leaside, le dije, era en aquella época un barrio humilde de casitas en las afueras, en la frontera del mundo conocido, de clase media tirando a media-baja, al que quienes vivían en enclaves más acomodados hacia el sur y el oeste consideraban de una mediocridad nada sofisticada de clase media blanca. Mi amiga no daba crédito. Por lo visto, la zona de Leaside se ha vuelto cara y codiciada en este breve paréntesis de entre sesenta y setenta años durante el que no he estado prestándole mucha atención. Pero cuando sí que se la prestaba, en los lejanos y remotos años cincuenta, era tal como yo la he descrito.

El propio edificio del instituto databa de la posguerra. Relucía de color crema por dentro y brillaba de un rosa oscuro por fuera. Los pupitres todavía no estaban marcados por las cicatrices de las iniciales, las pizarras eran verdes, los suelos estaban hechos de una extraña amalgama de imitación piedra y relucían de limpios. Distaba un kilómetro y medio de nuestra casa, trayecto que yo recorría a pie o en bicicleta. No podías pasar al curso siguiente a menos que aprobaras todos los exámenes ni podías

dejar el instituto hasta cumplir los dieciséis, así que en mi clase había un montón de chicos que ya llevaban bastante tiempo afeitándose. De algunos se rumoreaba que ocultaban navajas automáticas en los calcetines y que guardaban petacas de whisky de centeno en la guantera de los coches que, por alguna razón, les permitían llevar al instituto. Yo hacía todo lo posible por no interactuar con ellos de ningún modo. Ser una rarita poca cosa, menor de edad y plana como una tabla tenía sus ventajas: pasaba desapercibida, no merecía la pena intimidarme sexualmente y era poco menos que muda.

Aunque no era un centro privado, las chicas llevaban pichis cortos con la divisa del instituto en la pechera, calcetines negros y bombachos, excepto los viernes. Las alumnas mayores de esta clase lo conjuntaban con las chaquetas deportivas de sus novios y unas pulseras «esclavas» con las iniciales del novio en cuestión que se ponían en el tobillo. Fumaban detrás del pabellón y mascaban chicle a menos que las obligaran a sacárselo.

> Masca chicle la chica y rumia hierba la vaca
> cuánto se parecen, y a la vez qué diferentes.
> Intento acordarme, creo que ya sé qué es,
> es el gesto pensativo en la cara de la vaca.

Era una gracieta típica de aquella época. Como habrás notado, sólo hacía alusión a las chicas.

Lo más probable era que la autoridad que te obligaba a tirar el chiche fuese el director del instituto, Norman MacLeod. Cuando no lo llamábamos Normie, lo llamábamos Bola de Billar. Tenía aversión al chicle, y a cualquier otra cosa que pudiera mancillar sus flamantes suelos relucientes. Se enorgullecía de pertenecer al clan escocés de los MacLeod, y había

modelado el instituto por completo inspirándose en él. El tartán escolar era el de los MacLeod: amarillo, negro y verde. En el coro entonábamos un montón de canciones escocesas, una de sus favoritas era «The Skye Boat Song». Se las apañó incluso para convencer a *dame* Flora MacLeod, la jefa del clan, para que viniera al instituto, vestida de tartán de pies a cabeza y acompañada por sus dos nietos gaiteros, y nos mostrara la bandera de los MacLeod. La pregunta es: ¿cómo le consintieron a Normie hacer algo así en un centro escolar financiado con fondos públicos?

Nos contaron que sobre la isla de Skye ondeaba una bandera mágica de verdad. Estaba en el castillo de Dunvegan, cuartel general de los MacLeod. Se conocía como «la Bandera de las Hadas de Dunvegan» y, según la leyenda, garantizaba la victoria: despliega la bandera durante la batalla y tendrás todas las de ganar. Pero sólo contabas con tres victorias, y dos ya las habías usado. ¿Cuándo tendría lugar la tercera batalla definitiva? Cuánto suspense.

Cuando por fin logré pisar la isla de Skye, en 1979, y tuve la oportunidad de hacer una visita guiada del castillo de Dunvegan, al entrar alcé la vista a la muralla. Un trapo gris oscuro hecho jirones pendía en lo alto.

—Ésa debe de ser la Bandera de las Hadas de Dunvegan —dije.

—Pero bueno, ¿cómo sabe usted eso? —exclamó sorprendido el vigilante.

Las cosas se aprenden de muy diversas formas.

Casi todos los días iba y volvía andando al instituto con mi antigua inquisidora de cuarto en el colegio, Sandra Sanders. Por una peculiar carambola de la vida, ahora estábamos en el mismo curso: después de haberse saltado un año y, por ende, ir dos cursos por delante de mí, la ha-

bían mandado a St. Clements, uno de los centros privados exclusivos de chicas, pero había suspendido ese curso y había sido expulsada de forma humillante por, según su versión, haberle pintado un pene a un dibujo de un murciélago en la pizarra mientras la profesora estaba fuera del aula. (Moraleja: Si tienes que dibujarle un pene a un murciélago, mejor que no te pillen.)

En ese intervalo yo también me había saltado un curso, así que acabamos en la misma clase. Su madre había llamado por teléfono a la mía para proponerle aquella idea de ir juntas al instituto; quizá se diera cuenta de que tenía una hija con problemas psicológicos. A mí no me hacía mucha gracia, pero se suponía que lo correcto era ayudar al prójimo, así que accedí. Daba la impresión de que Sandra había olvidado todo su comportamiento sádico de cuatro años antes, y yo no lo saqué a relucir.

Por esa época yo estaba ya metida de lleno en el universo de Edgar Allan Poe, así que había leído su cuento «El tonel de amontillado»: «Había yo soportado hasta donde me era posible las mil ofensas de que Fortunato me hacía objeto, pero cuando se atrevió a insultarme juré que me vengaría.» No todo el mundo practicaba el perdón cristiano, al menos no en el mundo de Poe. No pretendía engatusar a Sandra para llevármela a un sótano y emparedarla mientras me burlaba de ella, pero tampoco le deseaba la mejor de las suertes que digamos.

Lo extraño era que ella se había vuelto bastante vulnerable y de buen corazón: puede que el revés sufrido a causa del pene del murciélago hubiera despertado su latente capacidad de empatía. A mí, en cambio, me había salido una coraza. Mi sensibilidad ñoña estaba ahora bien oculta, en buena parte gracias a ella.

Sandra rápidamente decidió que éramos amiguísimas. Pero un curioso trasvase de poder había tenido lugar y ahora yo era la dominante. Yo

aprovechaba para hacer cosas que sabía que a ella le resultarían difíciles. Por ejemplo, no le gustaba ir a los servicios del instituto porque creía que el asiento del váter estaba lleno de gérmenes, así que cuando volvíamos caminando a casa ella siempre iba con la vejiga llena.

—Gotita, gotita, chorrito, chorrito —le decía yo—. ¡Ay, qué alivio!

—¡Para, para! —me suplicaba ella.

O me la llevaba hasta el cementerio de Mount Pleasant diciéndole que de veras era un atajo. Luego, una vez allí, con tono neutro le soltaba:

—En realidad, estoy muerta, ¿sabes?

—No, no es verdad.

—Sí que lo es. Es justo ahí donde paso las noches. —Y señalaba uno de los mausoleos familiares del cementerio.

—¡No, no es verdad!

—¿No me crees? Pues esperemos aquí hasta que oscurezca. Y ya verás. Empezaré a pudrirme, me pondré amarilla y verde, y luego...

Conocía bien «La verdad sobre el caso del señor Valdemar» de Poe, donde eso es justo lo que hace el protagonista. También leía los horripilantes tebeos de terror en blanco y negro que se publicaban en aquella época, y en los que había putrefacción por todas partes.

—... se me empezarán a caer. Me saldrán colmillos y garras. Babearé.

Las babas de los muertos vivientes eran especialmente asquerosas.

—¡No digas eso! —Se asustaba con facilidad.

Pequeñas venganzas, pero para mí suficientes.

Ese año, como actividad extraescolar, nos apuntamos a un taller de marionetas en el colegio de Bennington Heights. Para hacer la cabeza del títere, primero se modelaba con plastilina y luego se recubría con escayola: el resultado era un molde, que después se forraba con masilla plástica para madera. Cuando se secaba, podías romper el molde de escayola, pegar las

dos mitades con pegamento, lijarlas, pintarlas, y ahí tenías la cabeza. Yo hice dos marionetas: una bailarina de club nocturno y una bruja. Chicas malas. Todavía conservo una de las cabezas de plastilina.

Nuestra tutora también era la profesora de gimnasia, e impartía una asignatura grotesca que se llamaba «Salud». Cuando daba rodeos para eludir la parte sobre la menstruación, deletreaba la palabra S-A-N-G-R-E en vez de decirla, no fuéramos a desmayarnos. Tener el período, al que por otra parte se lo llamaba «la maldición», implicaba colocarte entre las piernas, sujeta con imperdibles, una compresa de algodón blanco tipo cola de conejo que olía un poco a carnicería, y, si ese día tenías mala suerte, ir dejando un reguero de goterones de sangre de un rojo parduzco sobre el suelo sacrosanto de Normie. El único buen motivo para tener la regla era que así podías quedarte sentada en la colina, desde donde se dominaba todo el campo de deportes, en vez de jugar al béisbol. Yo el béisbol lo odiaba de todas formas, ya que una parte del juego eran unas cosas blancas y duras que volaban por el aire en dirección a mi cabeza, como el pedazo de hielo que casi me saca un ojo cuando tenía un año.

En mi primer curso en el instituto pasé mucho tiempo cansada, pero puede que fuera porque tenía anemia, razón por la que me hacían comer hígado frito, que estaba duro como la suela de un zapato. También me detectaron una anomalía cardíaca llamada «extrasístole» (inocua en aquel entonces, aunque después mutó) y una leve desviación de columna que me atormentaría en cuanto me hiciera escritora y pasara las horas muertas frente al teclado. He comprobado que en la orla de ese curso salgo sin sonreír, con la mirada perdida y fija en la cámara. ¿El mensaje? *En realidad no estoy aquí.*

El verano de 1954 fue uno de nuestros años de peregrinaje a Nueva Escocia, así que la familia al completo se metió en el coche durante varios días, haciendo kilómetros a lo loco, hasta llegar allí. Luego nos montamos de nuevo en el coche para visitar a los abuelos paternos en la orilla sur, un plan abúlico en comparación, y después al numeroso y mucho más movido clan materno en el valle de Annapolis: los seis primos Cogswell, los dos Barkhouse y la tira de primos Killam (hijos de los hermanos de mi madre). No sé cómo, pero todos nos apiñábamos dentro o alrededor de la casita de la abuela Killam, en lo alto del acantilado desde donde se dominaba Harbourville. Es increíble que nadie se despeñara.

A los primos mayores (David Cogswell, su hermano Eric, mi prima melliza Elizabeth, mi hermano y yo) nos llamaban «los Cinco Grandes». Nos pasábamos el día jugando al bridge «todo vale» y al solitario doble, ayudando a cocer las langostas en la playa rocosa, explorando cuevas en busca de amatistas y geodas con cuidado de no quedarnos atrapados cuando la marea subía de repente, nadando en las gélidas aguas del puerto cerrado hasta que nos poníamos azules, y haciendo tonterías en los barcos, sobre todo en el *Weedoodit*, un velero que mi primo David y su amigo Paul Bishop habían construido. Un día, ajenos al aviso de huracanes, David, Harold y yo navegamos hasta la bahía de Fundy. Regresamos justo cuando el equipo de búsqueda estaba a punto de zarpar.

Dibujé una caricatura de todos en el libro de visitas de mi abuela, que uno de mis primos descubrió hace poco. Como puede verse, mi hermano se estaba dejando la barba. Luego la colección de fieras al completo recorrió en coche el camino de vuelta, atravesando Quebec y el este de Ontario para a continuación subir hasta nuestra casa, al nordeste de Témiscaming. En la cabañita que Carl había levantado no había sitio para todos: Elizabeth y yo acampamos en un pequeño cabo a cinco minutos remando del embarcadero,

y David, Eric y Harold, en el cabo de al lado. Para todas las comidas salvo el desayuno regresábamos al campamento base, donde mi madre y sus dos hermanas cocinaban en la barbacoa exterior y servían el almuerzo y la cena en la larga mesa de tablones que había fuera. Un día hicieron rosquillas en un caldero de hierro forjado: en cuanto las ponían sobre el papel absorbente, desaparecían.

Agua con viento —Harold y yo volvimos con el barco a la orilla porque había previsión de huracán. Los truenos de esta noche caen después de una tarde de calor y lluvia. Las olas largas son señal de viento en la bahía. // David L. Cogswell // Oliver C. / Mamá Cogswell / David / ¿Tienes el otro extremo? / Paul B. / Eric C. / ¡No está nada mal! / Harold A. // Suzanne C. / Elizabeth C. / Margo B. / Peggy A. / Robert B. / / Dibujado por Peggy Atwood

Los Cinco Grandes regábamos el extenso huerto que suministraba muchas de las verduras con la ayuda de un extintor de incendios manual que contaba con una larga manguera pulverizadora, apta para pulverizar también a la gente. Cortábamos y acarreábamos leña, nadábamos y pescábamos, y también organizábamos concursos de mala educación durante el almuerzo para ver quién exhibía los peores modales en la mesa. (Ganaba el primo David.) Acompañados por mi padre, fuimos de excursión a un par de aquellos pequeños lagos de las lubinas a los que se podía llegar porteando la canoa. Con mi Kodak Brownie, saqué la que es mi foto favorita de mi padre: sale destripando y fileteando la pesca del día. Si pienso en él viviendo en el más allá, eso es lo que se trae entre manos.

LA CLASE DE LOS CEREBRITOS

Cuando volví al colegio en septiembre, de repente me encontré en la «clase de los cerebritos». Al menos había otro alumno en clase que era igual de joven que yo, y ser inteligente ya no suponía un riesgo para la salud: tenías menos probabilidades de que te llamaran «lameculos». ¿De dónde vendría aquella palabra? No había que ser ningún cerebrito para entenderlo, aunque yo no lo pillara a la primera.

En la clase de los cerebritos, te concedían una asignatura extra. Si hubiera sabido que acabaría convirtiéndome en escritora, habría escogido Secretariado en vez de Economía Doméstica. O quizá no: muchas de aquellas chicas fumaban en los baños, llevaban las cejas depiladas muy finas y los labios pintados de color rojo fuego, y a mí me daban miedo. Todavía no había escrito nada, salvo las redacciones que teníamos que producir en serie sobre temas tan poco inspiradores como «Mi mascota favorita». Mis energías creativas se orientaban hacia la costura. Debió de ser por esa época cuando me hice una falda con peto de algodón blanco teñido que llevaba estampado a mano un linograbado de un trilobites, sobre un fondo naranja. Otras niñas llevaban en las faldas teléfonos y mininos; yo llevaba un artrópodo marino extinto.

Mi segunda incursión en la estampación manual produjo un tritón (sobre fondo azul).

Ése también fue el año en que asistí a una fiesta de Halloween disfrazada de perrito caliente, con un bote de mostaza en la cabeza. (Otras chicas iban de payaso o de muñeca Raggedy Ann, como personas sensatas.) Pero al año siguiente me disfracé de jinete sin cabeza, incluida una cabeza de papel maché, con un lustroso pelo azabache y un espeluznante muñón rojo como cuello.

«¿Qué se supone que eres?», me preguntaban los adultos en la puerta de su casa, una pregunta que me ha acompañado a lo largo de los años, cual runrún metafísico: ¿qué se supone que soy? La cabeza en sí siguió viviendo en el sótano, entre las botas y los zapatos usados de mi padre, hasta que por fin me la afané para un cuento titulado, como cabía esperar, «El jinete sin cabeza».

También puse a prueba mis habilidades con la aguja con un abrigo cortito de lana amarilla con bolsillos de parche, hombreras y botones forrados. Este abrigo no fue un éxito del todo, porque me quedó torcido; pero a pesar del aire libertino y jorobado que me confería, a lo Ricardo III, yo estaba satisfecha con el resultado. Mi madre se mordió la lengua, un ejercicio que en los años siguientes, y en realidad durante décadas, repetiría con frecuencia. Era una persona con mucho tacto: «Si no puedes decir algo bueno, no digas nada de nada», solía comentar. («La primera vez que hizo un pastel de manzana, tuve que irme de la cocina», diría más tarde.)

Si me obsesioné con la costura, fue en parte porque digamos que no me sobraba el dinero para gastármelo en ropa. Contaba con mis honorarios como niñera y una paga por hacer algunas tareas domésticas (lo que yo no sepa sobre la limpieza de los baños es que no merece la pena saberse), como la colada con la lavadora de rodillo que más tarde aparecería en *Ojo de gato*. Mi hermano y yo lavábamos los platos a menudo, una actividad que llevábamos a cabo como si fuera una operación de bombardeo en

picado en la que los misiles eran los cubiertos, y los objetivos, las tazas y cuencos que flotaban en el agua: «¡Bomba va!» «¡Niños! ¿Qué estáis haciendo?» También me pagaban por enseñar manualidades a unos chiquillos los sábados por la mañana: tijeras, pegamento, cartulinas, pinturas e improvisación.

Aun así, estas fuentes de ingresos no ascendían a una abultada suma, por lo que no podía irme de compras tan campante y llevarme de la percha la primera prenda que se me antojara. Con el fin de combatir la típica necesidad de las adolescentes de ir a la última para no parecer ridículas, llevábamos uniforme, pero en mi caso el impulso de la costura también era constructivista: quería ver qué era capaz de hacer. En las tiendas de telas estudiaba minuciosamente los catálogos de patrones y merodeaba por los mostradores de retales, ansiosa por que no me quitaran de las manos ni una ganga. Algunos de los tejidos más suntuosos, como terciopelos, tafetanes, sedas o encajes, los transformaba en lujosos trajes de fiesta para la muñeca protoBarbie de mi hermana. Me cosía mis propios vestidos de etiqueta para los bailes. Uno era de gasa rosa y, según mi hermana, acabó sus días convertido en trapos para la limpieza. El siguiente fue uno de elegante brocado blanco con tirantes muy finos a lo Audrey Hepburn.

Las faldas podían ser de mucho vuelo, con miriñaques debajo, o podían ser de tipo lápiz, conjuntadas con cinturones finos entallados y jerséis con mangas de alas de murciélago. No me llevaba bien con los cinturones finos: yo era más bien de talle corto, así que, con un cinturón, parecía dos tomates, uno encima del otro. También me hice una falda plisada de cuadros escoceses (debió de ser un trabajo para el instituto, porque no la recuerdo con ningún cariño) y mi padre me dijo: «No deberías ponerte cuadros escoceses. Te hacen un culo panadero.» Fulminante. Desde entonces voy

por el mundo, como muchas mujeres, intentando ver cómo me queda la ropa por detrás.

El único comentario de mi madre en cuanto a mis preferencias de vestuario era: «Qué bonito.» La ropa no le interesaba para nada, a menos que de verdad fueras por ahí desnuda. Pero a mi padre sí; también se fijaba en los cuadros, los muebles, las pantallas de las lámparas, los coches bien hechos, las flores y cualquier cosa que reuniera cualidades estéticas. Dibujaba bien. Los genes artísticos eran suyos.

A la vez que buceaba por las profundas aguas de la moda juvenil, también era consciente de la imagen espuria de los adolescentes que la publicidad, deseosa de vendernos cosas, nos lanzaba sin parar. Como mi hermano y yo nos reíamos de todo, parodiábamos juntos los anuncios de los tebeos para adolescentes, que hacían hincapié en la guapura y la popularidad: cómo eliminar esos feísimos puntos negros, cómo evitar ser siempre la dama de honor y nunca la novia, cómo acabar con tu terrible mal aliento, quién iba a besarte así, cómo hacer que se fijaran en ti al instante tocando el piano o desarrollando el físico de Charles Atlas, o cómo admitir el hecho de que tenías olor corporal.

«¿Te sientes popular hoy?», nos preguntábamos entre nosotros con toda la retranca. Reírse de los adolescentes era una estratagema aceptable para contrarrestar la desgracia de ser en realidad uno de ellos.

Cuando estaba en mi segundo año en el instituto, aparecí por primera vez en un programa de televisión, *Pet Corner*, tras una precoz proposición de la CBC, la televisión pública canadiense. El productor, Roz Kronick, que era nuestro vecino, buscaba mascotas poco habituales. Yo tenía una: una mantis religiosa de nombre *Lenore*, que se llamaba así por la extraña y radiante

heroína muerta del poema «El cuervo» de Edgar Allan Poe. *Lenore* era de un verde muy vivo y tenía una cabecita triangular, los ojos grandes y unas enormes garras letales. Vivía en un tarro y se alimentaba de saltamontes. Se me posaba en la mano y bebía agua con azúcar de una cuchara.

Con mi vestido corto plisado y sin mangas del uniforme escolar, con su cinturón y su blusa blanca reglamentaria, me presenté con *Lenore* en *Pet Corner*, donde hizo su único número, beber de una cuchara, y no salió volando. La emisión tuvo tanto éxito que me invitaron de nuevo, esta vez para ayudar a hacer una demostración con una ardilla voladora, una vieja amiga de un compañero de mi padre del Departamento de Zoología. En teoría debía volar desde su dueño hasta mí, y lo hizo. Pero como los deslumbrantes focos del plató estaban encendidos y las ardillas voladoras son nocturnas, el animal hizo lo lógico y natural y se coló por debajo de la parte delantera de mi vestido. Al chocar con el cinturón, empezó a dar vueltas y vueltas por mi cintura, en directo. ¿Qué hacer? Reprimir la risa, la mía. Empecé a levantarme la falda, me lo pensé mejor, metí la mano por debajo y saqué de allí al reacio roedor.

¿Quién veía *Pet Corner*? Por suerte, ninguno de mis coetáneos: estaban en clase. (Aunque alguno debió de enterarse, ya que en el anuario del instituto se hace alusión a mi momento estelar.) Moraleja de aquella primera actuación: en una aparición pública, cualquier humillación puede superarse, a no ser que vomites o te mueras.

En la primavera de 1954 me eché un novio. Tenía dieciocho años, ya había dejado el instituto y trabajaba en el taller mecánico de su padre, que más tarde heredó. Como era natural, tenía coche.

¿Por qué permitían mis padres que su hija de catorce años diera vueltas por ahí con un hombre adulto *de facto* con edad suficiente para alistarse en el ejército? Hoy, a aquel novio mío, que era de lo más amable y educado y siempre iba recién duchado, se lo habría tachado de pedófilo, pero las costumbres y convenciones eran distintas entonces, aunque de todas formas a mí aquello me quedaba grande: físicamente yo no aparentaba dos años más de los que tenía, por mucho que hablara como si los tuviera. En cuanto a mis padres, es probable que no pensaran demasiado en mí ni en mis citas, puesto que estaban del todo absorbidos por mi hermanita pequeña, que todavía no dormía bien de noche, era terca como una mula, y no se la podía obligar a hacer nada que ella no quisiera. A diferencia de mí, ella no tenía ninguna mano izquierda: su resistencia era abiertamente frontal.

Mi hermano sí que se fijó en aquel novio, y se metía conmigo, por ejemplo llamándolo «el chusma», aunque yo casi no le hacía caso. En aquella época mi hermano también intentaba enseñarme griego antiguo, e iba dejándome notas en griego por toda la casa, en lugares clave como el cuarto de baño: «Cierra la ducha.» Luego yo iba a darme un baño, abría el grifo y me empapaba. No aprendí mucho griego antiguo.

Aquel verano mi madre, mi hermana y yo pasamos mucho tiempo en una cabaña hecha con maderos rectangulares situada en una frondosa arboleda de hoja caduca junto al río Coldwater, no muy lejos de la aldea de Moonstone. Como a mi padre le pirraban los terrenos, nunca pudo resistirse a una frondosa arboleda de hoja caduca; también quería un rincón en la floresta que quedara más cerca de Toronto. En ese momento estaba fuera, en alguna aventura relacionada con los insectos en Labrador, y mi hermano estaba de campamento con los Junior Rangers en el bosque boreal, en algún lugar de los alrededores de Kenora. Se suponía que yo estaba «ayudando», lo que se traducía en: entretener a mi hermana pequeña mientras mi madre,

que siempre fue una gran lectora, desaparecía entre historias de misterio fantásticas, como *The Devil in Velvet*; o en salir a dar un paseo para recoger el correo del buzón que había al borde del camino; o en pegarme una buena caminata para subir la empinada cuesta del carril de gravilla y comprar las provisiones más básicas en Moonstone. Esa zona está ahora llena de estaciones de esquí y urbanizaciones, nada que ver con entonces.

La cabaña tenía el suelo de tierra y no había electricidad. Cocinábamos en un hornillo de camping y dormíamos en catres militares; las mamparas para separar habitaciones estaban hechas de tela de paracaídas color verde oscuro de la Segunda Guerra Mundial. Entre los maderos de la pared vivían varias serpientes grandes, que de vez en cuando salían. Nada de aquello asustaba a mi madre; creo que lo único que la fastidiaba era que no estuviéramos en Quebec, con un lago a mano en el que poder zambullirse. Para enjuagar la colada, yo me metía casi hasta las rodillas en el río Coldwater, que con sus frías aguas hacía honor a su nombre, pero en el que era imposible nadar.

En las márgenes del Coldwater había depósitos de arcilla, que eran restos del enorme deshielo glacial del lago que en el pasado había cubierto aquella zona. Mientras mi hermana hacía tartas de barro, yo usaba aquella arcilla para mis proyectos. Modelaba cuentas que luego pintaba y decoraba con enigmáticos símbolos: arañas, lunas, flores, calaveras y, por algún motivo, cerdos. Con aquellas cuentas elaboré un atractivo collar, gótico antes de que se pusiera de moda, que hasta el momento no he tenido ocasión de lucir. Pero siempre estoy a tiempo.

Mi novio de dieciocho años me escribía torpes y cariñosas cartas llenas de faltas de ortografía y borrones de tinta de bolígrafo azul, con las iniciales SWAK en el sobre, que significaban «sellado con un beso». Incluso vino a verme en su coche de segunda mano, al que le faltaba un silenciador; y con todo el ruido de la tartana nos fuimos a nadar al lago de las lubinas. Nada de cinturones de seguridad ni de aire acondicionado en aquella época: dejabas las ventanillas bajadas para que la brisa pudiera entrar y el humo del tabaco salir. Huelga decir que mi novio fumaba. La mayoría de los novios lo hacía, la mayoría de las novias no lo hacía.

Pongamos que este novio se llamaba Buddy, que es el nombre con el que aparece en uno de mis relatos, «El huracán Hazel». Buddy y yo rompimos la noche de aquel famoso huracán que inundó la zona de Don Valley y mató a ochenta y una personas en Toronto. Buddy quería salir esa noche, pero mi padre, despertando de golpe de su falta de atención (al fin y al cabo se trataba de un asunto meteorológico, algo a lo que siempre estaba atento), dijo que ni hablar. ¿No sabía Buddy lo que era un huracán? ¡Peligroso no, peligrosísimo!

Es probable que el verdadero motivo de la ruptura fuera que Buddy, que ya había cumplido los diecinueve, estaba preparado para una relación sexualmente más satisfactoria de lo que podía serlo con alguien menor de edad y tan prudente como yo. Así que, tras haber vivido una versión del sueño adolescente de los años cincuenta, con sus autocines, sus camareras con patines y todo lo demás, revertí para ser de nuevo una chica inmadura de catorce años en la clase de los cerebritos. A la fiesta de pregraduación, que se celebraba un año antes de acabar del instituto, fui con un chico tímido y empollón que tocaba el chelo. Mi madre hasta me llevó de compras para elegir el vestido, que era de brocado celeste, con unos zapatos teñidos de ese mismo color para que fueran a juego. Y, como mi madre odiaba comprar ropa, nuestra primera vez también resultó ser la última.

En ciertos momentos sí que sentí nostalgia de la loción para después del afeitado de Buddy y de sus limpias camisetas de algodón con el paquete de tabaco remetido dentro de la manga corta. (Había que doblarla hacia arriba y embutir en el pliegue la parte inferior del paquete. Es un arte que se ha perdido.) Pero, queramos o no, el tiempo no perdona.

Yo aún no escribía nada, aparte de lo que me mandaban en el instituto. Pero sí que leía, al mismo ritmo vertiginoso de siempre: atiborrándome de palabras y devorando tramas por la noche mientras me alumbraba con la

linterna bajo las mantas. En el instituto, tenía a Shakespeare, y también la *Historia de dos ciudades* de Dickens, que me produjo una eterna fascinación por la Revolución francesa. Fuera del instituto, tenía la ciencia ficción y las novelas de misterio, ambas al alcance de mi mano en nuestra casa, y luego los libros que encontraba en los hogares donde hacía de niñera. Por ejemplo, la escandalosa y plagada de sexo *Por siempre Ámbar*, de Kathleen Winsor; o las memorias de Ethel Waters, *His Eye is on the Sparrow*. ¿Entendía los libros de adultos que leía? No... Me faltaba contexto. Pero, como puedes ver, los recordaba.

En cuanto Ruth cumplió dos o tres años y de bebé pasó a ser una niña pequeña, empecé a encargarme de sus fiestas de cumpleaños de temática Halloween. Yo no había tenido ninguna fiesta de cumpleaños digna de recordar, pero disfrutaba organizando celebraciones y me gustaba la repostería. Sólo había tenido un fracaso: el bizcocho marmolado blanco y de chocolate del libro de cocina ilustrado de Betty Crocker. Me olvidé de añadir la levadura y me salieron un par de círculos aplastados y chiclosos. Aun así, mi hermano se los comió. Se lo comía todo.

Decoraba las tartas de color naranja, con dibujos de murciélagos y calabazas de Halloween marrón oscuro. Mi hermana odiaba los juegos y se habría escondido detrás de la puerta con tan sólo olérselos, así que para que ella y sus invitadas se divirtieran echaba las cortinas, apagaba las luces del salón y las metía a todas debajo de la mesa del comedor. Luego, con la cara pintada de verde, la cabeza envuelta en una fantasmal bufanda y una linterna bajo la barbilla, con voz de ultratumba les contaba historias que helaban la sangre. Traumatizante, sin duda, pero también muy popular. Los cumpleaños de mi hermana eran muy esperados. Hace poco hablaba de

estas fiestas con una mujer de setenta y dos años. «Jamás las he olvidado», me dijo. Si acaso crees que no debería haber aterrorizado a aquellas niñitas de una forma tan imprudente, debo añadir que en realidad sabían que era yo. A la gente le gusta asustarse siempre y cuando haya una red de seguridad.

En uno de los primeros poemas de Louise Glück, «Gretel en la oscuridad», el tema aparente es la historia de Hansel y Gretel. Hansel se ha olvidado de lo que ocurrió en la casa de la bruja, pero Gretel no, y dice: «... seguimos allí y es real, real, / ese bosque oscuro y el fuego de verdad». En el momento en que la fantasía gótica cruza el umbral de lo real, las cosas se vuelven verdaderamente aterradoras.

La organización de fiestas se transformó en un negocio lucrativo que incluía espectáculos de marionetas. Mi socia era Sandra. ¿Por qué Sandra? ¿No me caía mal? No: desconfiaba de ella, que es distinto. Tenía talento para el teatro, estaba dispuesta a hacerlo y le parecía divertido.

Empezamos como expertas en fiestas de cumpleaños para niñas de cuatro a siete años. Dábamos la bienvenida a las invitadas, que siempre iban vestidas con volantes y tonos pastel, nos encargábamos de los juegos (el juego de la silla y cosas así), servíamos los bocadillos, el helado y la tarta con las velas, supervisábamos la apertura de los regalos y enjugábamos las lágrimas de las niñas envidiosas que ese día no cumplían años. Las madres acechaban desde la cocina, tomando ginebra y dando gracias al cielo por que ellas mismas no tuvieran que ocuparse de todo aquello. Lo nuestro no estaba pagado: no sabíamos lo que de verdad valíamos.

Y luego ¡el espectáculo de marionetas! Yo había creado la parte material: el escenario portátil, el telón de fondo y la utilería, la iluminación y los

títeres, con cabeza de papel maché y cuerpo de trapo. Representábamos cuentos clásicos tradicionales en los que hubiera canibalismo, algo que siempre interesa a los niños: *Caperucita Roja*, *Hansel y Gretel* y *Los tres cerditos*. En nuestro segundo año de actividad, atrajimos la atención de un agente, que nos prometió riquezas infinitas (veinticinco dólares) si montábamos nuestro espectáculo en fiestas de empresa navideñas. ¡De ahí al estrellato! Adquirimos una inestimable experiencia encima del escenario, sobre todo aquella vez que el telón de fondo cayó durante una representación de *Los tres cerditos* y el público, estupefacto, se topó de frente con nuestras dos gigantescas cabezas. Pero entonces apareció de repente el lobo y dijo: «No les hagan caso a ellas. En realidad no están ahí.» Un recurso muy útil para muchísimas situaciones de distinta índole, aunque no siempre funciona con personas que no tengan cinco años.

Moraleja: puedes hacer hablar a cualquier cosa, hasta a tu manga y al salero pimentero. Los novelistas lo hacen todo el rato.

CITAS ARCAICAS Y PROFESORAS DE LITERATURA INGLESA UN TANTO BRUJAS

Entre una cosa y otra llegó nuestro segundo verano en la cabaña de troncos infestada de serpientes de la Ontario más rural y también en el norte de Quebec, donde mi padre había empezado a construir la cabaña de troncos horizontales, con más explotación infantil por mi parte: yo me encargaba de pelar los troncos con una cuchilla de desbaste y de ayudar a subirlos cuesta arriba con un cabrestante. Luego, de repente, me encontré cursando mi tercer año de instituto, y un año después el cuarto, y ya no era la persona más joven del edificio. Me había dado por el deporte. ¿Cómo es posible que, aun midiendo poco más de un metro sesenta, estuviera en el equipo de

baloncesto? Pues sí, pero era baloncesto femenino y jugaba de escolta. También formaba parte del equipo de carreras de relevos (nunca ganábamos) y, lo más tronchante de todo, hacía salto de altura. Cantaba en el coro y escribía sintonías para anuncios de *sock hops*, aquellos guateques en calcetines, y fiestas navideñas semiformales, que luego se emitían por megafonía. Me matriculé en alemán porque lo ofrecían durante la hora del almuerzo y, aparte de comerte tu bocadillo de mermelada y manteca de cacahuete metido en su bolsa de papel marrón, ¿qué otra cosa podía hacerse en esa pausa? Nuestra profesora de alemán era búlgara: lloró de alegría el día que nos contó que había obtenido la nacionalidad canadiense, aunque sus alumnos no entendíamos por qué aquello era algo tan importante para ella. Nuestra profesora de francés era polaca.

Yo todavía no tenía muy claro por qué los búlgaros sabían alemán y los polacos francés. Apenas habían pasado diez años desde el final de la Segunda Guerra Mundial, pero los noticiarios en blanco y negro que nos proyectaba en clase nuestro profesor de Historia, un veterano herido en el frente, nos parecían de hacía siglos. Elvis Presley acababa de aparecer, tras los pasos de Bill Haley & His Comets; y las Andrews Sisters y el swing de los tiempos de guerra eran ecos de una estrella moribunda, muy muy lejana. Aunque no tan lejana para nuestros profesores, ahora caigo en la cuenta.

A pesar de mi apretadísima agenda de actividades extraescolares del instituto, me eché otro novio. No sé cómo ocurrió: por alguna razón los novios aparecían sin más, como setas después de la lluvia. Era la época de los pretendientes, así que tenías un novio hasta que se gastaba y luego te buscabas otro.

Este novio, que fumaba como un carretero, era nervioso y católico, lo cual incomodaba a mis padres. Recuerdo que en efecto lanzó una campaña poco entusiasta para convertirme, sin éxito, aunque aprendí unas cuantas

cosas útiles. A los católicos no les preocupaba la evolución (no era más que el modo en que Dios fabricaba la infraestructura física de las personas), siempre y cuando admitieras que el alma fue creada y luego insertada para fabricar el primer ser humano de verdad. Cuánta sutileza, pensé. Mientras que los pobres fundamentalistas, con su literalidad, se habían quedado estancados por tener que negar la genética, una postura insostenible antes incluso del descubrimiento del ADN.

El siguiente novio, un alma afable que había sido capitán del equipo de baloncesto del instituto de Leaside, estudiaba Geología en la universidad. Para variar, mi novio era mayor que yo. ¿De verdad trepamos juntos por la escarpadura del Niágara pertrechados de unos martillitos con la idea de arrancarle una esquirla al escarpe para luego usarla como muestra? Estoy segura de que hoy algo así estaría prohibido.

Cuando nuestra hija Jess tenía dieciséis años, me preguntó:

—¿Cómo iba el tema de las citas cuando tú tenías mi edad?

—Bueno —respondí—, pues, más o menos el martes o el miércoles, el chico te llamaba por teléfono y te pedía salir con él el fin de semana.

—¿En serio?

—Luego, llegado el día, te arreglabas y te ponías tus medias de nailon con costuras, que se sujetaban con un artilugio elástico llamado «liguero» o, si no, una braga faja con goma de Playtex, tu vestido de gala con miriñaque y tus tacones altos.

—¿En serio?

—Luego el chico, en chaqueta y corbata...

—¿En serio?

—... llamaba al timbre de casa y lo invitabas a pasar, para que saludara a tus padres.

—¿En serio?

—Luego salíais y él te abría la puerta de su coche para que entraras cómodamente.

—¿En serio?

—Luego os ibais al cine y él aparcaba mientras tú te quedabas allí dentro, sentada, esperando a que él saliera, rodeara el coche hasta tu puerta y te ayudara a bajar...

—¿En serio?

—Entonces llegabais al cine ¡*y él pagaba*!

—*¿En serio?*

Todo había cambiado.

No añadí nada del besuqueo durante la película ni de darse el lote después en el asiento delantero con el coche aparcado, donde te pasabas casi todo el rato apartando manos de lugares prohibidos. Eso era antes de la píldora; ninguna quería quedarse embarazada, tampoco los chicos. Habíamos oído hablar, vagamente, de las chicas que sí se habían quedado: iban de cabeza a las casas de maternidad para mujeres solteras. Huelga decir que en la asignatura de «Salud» no nos enseñaban nada sobre métodos anticonceptivos. Habría sido inmoral.

Cuando salía con un chico, tenía toque de queda, un toque de queda que normalmente me saltaba, lo que traía de cabeza a mis padres. Mi padre intentó hacerme razonar:

—Si esta casa fuera un tren y llegaras después de la hora de salida, el tren se iría sin ti —me dijo.

—Pero es que esta casa no es un tren —repliqué yo; sin duda lo sacaba de quicio.

Si se me olvidaban las llaves, me colaba en casa, de soslayo, a través del armarito para la leche. El armarito tenía una puerta por fuera para que el lechero dejara las botellas de cristal llenas de leche y una puerta por dentro que la correspondiente ama de casa abría para recogerlas. Por qué no había un constante trasiego de ladrones que entraban y salían por allí es algo que no me entra en la cabeza, aunque quizá fuera porque los ladrones eran demasiado corpulentos. O quizá no tuviéramos nada que mereciera la pena robar. O tal vez fuera algo circunscrito al lugar y el momento: nadie cerraba la puerta con llave durante el día.

Durante aquellos años trabajé en la Feria de Deportistas de Toronto, que en el mes de marzo la Federación de Pescadores y Cazadores de Ontario organizaba en los terrenos de la Exposición Nacional Canadiense. Esta animada muestra de armas, aparejos de pesca, lanchas motoras, avíos para la lluvia, tiendas de campaña, hornillos de camping y cualquier otra cosa relacionada con la vida al aire libre tenía varias facetas, una de mercadillo ambulante, otra de formación y otra de circo. Había concursos de equilibrismo sobre troncos en el agua y una foca artista llamada *Sharky*, que hacía malabarismos con pelotas sobre la nariz y entonaba melodías a base de pequeños gemidos. Había demostraciones de lanzamiento de mosca, había puestos de perritos calientes, había entusiasmo. Mi padre, que al igual que muchos conservacionistas era miembro de la federación, hizo una presentación sobre la pesca de trucha con mosca artificial.

Yo trabajaba en el campo de tiro con arco, bajo la supervisión de dos hombres jóvenes que me enseñaron a manejarme con un delantal con portamonedas y a llevar un fajo de billetes enrollados, con los de un dólar por fuera, para así poder sacarlos rápidamente: una costumbre que aún

conservo. Quienes nos encargábamos del tiro con arco vendíamos los disparos a unas dianas hechas de paja (tres intentos por un cuarto de dólar), y mi labor consistía en ayudar a los clientes, que muchas veces no habían lanzado en su vida una flecha. «El extremo con punta de la flecha mira hacia delante. Brazo izquierdo recto, ¡codo arriba! No, arriba. Eso es. Ahora, tire hacia atrás. Ahora, ¡suelte! Pero vamos a ver. Si la sujeta, la flecha no irá a ninguna parte. Lo intentamos otra vez.» Cuando habían disparado todas las flechas, me tocaba a mí recogerlas de la diana o del suelo. Indefectiblemente, algún graciosillo se había guardado una que, acto seguido, me disparaba. Siempre tenían mala puntería, pero en esos intentos se esmeraban más.

Me encantaba trabajar en la Feria de los Deportistas. Me gustaba cómo olía, a serrín y a agua, con un tufillo a gasolina. Me gustaba trasnochar hasta tan tarde entre semana. Me gustaban el bullicio y el jaleo. Y estaba enamorada de *Sharky* la foca.

De vuelta, en segundo de bachillerato, tuve una profesora de Literatura Inglesa que se llamaba señorita Florence Smedley. Recitaba el «Kubla Khan» con los ojos cerrados mientras daba vueltas en círculo: «Tejed un círculo alrededor de él tres veces...» Muchos años más tarde, cuando la entrevistó un equipo de grabación que estaba rodando un documental, la señorita Smedley no dijo que yo había sido claramente una niña prodigio de las letras. En vez de eso, dijo: «Peggy no demostró ninguna capacidad fuera de lo común en mi clase.» Lo cual era cierto, así que admiré su franqueza.

La señorita Bessie Billings, mi profesora de Literatura Inglesa durante mi penúltimo y mi último año de instituto, el más importante de todos, era harina de otro costal. La señorita Bessie ya tenía fama de ser una excelente

profesora que obtenía resultados. Con ella no podías pasarte de la raya, no toleraba el menor descuido, te guiaba en todo momento. Aparece en «Mi última duquesa» y no puedo mejorar la descripción que en ese relato hice de ella. Ahí está, con sus elegantes trajes, sus broches de adorno en la solapa, su actitud seria y sensata; como diría el malvado duque del poema de Browning, parece que estuviera viva. Con la excepción de Lechuza Parda, es probable que fuese la primera persona que estimuló mi talento como escritora. No por la poesía, ni por la narrativa (en el instituto no escribíamos esas cosas, nos limitábamos a analizarlas a fondo, hasta la médula), sino por una redacción que entregué sobre la búsqueda de setas. Cuando murió, recibí una pequeña nota que debía de haberle enviado a otra profesora:

> *De verdad, ¡qué trabajo tan extraordinario! Qué sensibilidad para las palabras y qué ojo tan atento. Además, seguro que escribe porque le encanta hacerlo. Deberíamos alentarla al máximo, decirle que tiene al alcance de la mano tanto una beca como una gran satisfacción.*

Me conmovió recibir este mensaje póstumo. Todos recordamos lo que decíamos de nuestros profesores a sus espaldas, pero ¿qué sabemos de las opiniones que ellos tal vez intercambiaran sobre nosotros?

Supongo que si aquella redacción sobre setas llamó la atención de la señorita Billings fue porque no era la típica cosa que solía acabar encima de su mesa bajo el título «Mis vacaciones de verano». Otros alumnos hacían esquí acuático o se tumbaban a la bartola a tomar el sol. No meditaban sobre las propiedades letales del blanco ángel destructor, la *Amanita ocreata*, cuya fase con forma de huevo era muy fácil de confundir con el hongo polvera.

¿Estaba ya pensando en escribir una novela de misterio en esa línea? Aún no.

Nuestra profesora de Economía Doméstica, la señorita Ricker, era una persona sosa y sin sentido del humor para quien la cena era una cosa verde, otra blanca, otra amarilla y otra marrón en un plato, daba igual a qué supieran. La ropa eran los forros y los acabados internos de las costuras, no el estilo. En nuestro penúltimo curso de instituto, sin pensárselo, en un arrebato nos permitió someter a votación un «proyecto especial», que ella esperaba que fuera la confección de una serie de animales de peluche, con un montón de costuras en curva, para donarlos a los niños enfermos. Pero lo de votar es un asunto arriesgado. Por aquel entonces yo ya había visto suficientes costuras en curva como para temerlas, así que convencí a una parte de la clase para que, en vez de trabajar horas y horas en aquellos complicadísimos tigres y elefantes de trapo, eligieran la opción de montar una ópera sobre Economía Doméstica. La señorita Ricker, visiblemente desconcertada después de meter la pata hasta el fondo en la trampa de la democracia, dijo que bueno, que podíamos hacer la ópera, pero el tema central tenía que ser en efecto la Economía Doméstica.

Y lo fue. Las heroínas de *Synthesia* eran tres fibras sintéticas llamadas Orlón, Nailon y Dacrón, las hijas de Old King Coal, el viejo rey Carbón, ya que todas eran subproductos derivados del carbón o el petróleo. El rey Carbón, sus princesas y su reina se recreaban cantando, sobre todo, una canción sobre la colada. «Las fibras reviven al sumergirse en nuestra espuma, que las hace sentir como nuevas... blancos más blancos, colores más vivos, el brillo es la prueba...» La trama venía de la mano del personaje de sir William Lanudo, que se enfrentaba a un tremendo problema: ¡se

encogía con los lavados! Esto acababa solucionándose mediante una boda con Orlón y la fabricación de una nueva mezcla de tejido sintético y lana en forma de muñeco de trapo, que se celebraba por todo lo alto. Atronador aplauso del público, es decir, las demás alumnas de Economía Doméstica y varios docentes perplejos.

Cuando me convertí en escritora publicada y empecé a recorrer el país para participar en actos literarios, podía suceder que algún miembro del reparto original apareciera por sorpresa entre el público y nos arrancásemos con alguna de las canciones de *Synthesia*. El estribillo de la colada, al son de la barcarola de Offenbach en *Los cuentos de Hoffmann*, era especialmente memorable. Una vez se lo canté en un ascensor a Richard Bradshaw, difunto director artístico de la Compañía de la Ópera de Canadá: me dijo que le había arruinado a Offenbach para siempre.

8

Nieve primera

He hecho que este período de la adolescencia sonara sólo a juegos y a diversión, una suerte de comedia inspirada en los tebeos de las aventuras de Archie en el instituto de Riverdale. Como es evidente, a nuestro alrededor sucedían cosas mucho más espantosas. La bomba atómica había hecho acto de aparición en los años cuarenta, con las terroríficas explosiones que habían arrasado Hiroshima y Nagasaki, en Japón. Ahora que la URSS también contaba con la bomba, había llevado a cabo su primera detonación en 1949. ¿Íbamos todos a volar por los aires en una guerra atómica? Era un miedo plausible. A mi generación de niños nacidos durante la guerra no nos habían enseñado a agacharnos debajo del pupitre si sucedía lo peor (¡con lo bien que nos habría venido!), pero sí a la generación de mi hermana, la de principios del *baby boom*.

Tal vez el miedo estuviera justificado: la Guerra Fría estaba en marcha, el telón de acero, cerrado a cal y canto, y era espía contra espía. Seguro que los comunistas acechaban detrás de cada puerta, y también en el corazón de los propios gobiernos occidentales. El macartismo —durante el cual abundaron las listas negras, muchas personas perdieron su empleo y algunas se quitaron la vida, pese a que quizá no fueran comunistas— floreció entre

1950 y 1954, y suscitó las provocadoras burlas de Walt Kelly en las tiras cómicas de *Pogo*.

En Canadá no hubo tanta caza de brujas, aunque sí un poco. En todo caso, fue el emplazamiento elegido para el mecanismo de defensa concebido por Eisenhower, el Distant Early Warning (la línea DEW, por sus siglas en inglés): un sistema de estaciones de radar que detectaba con antelación las posibles bombas y se extendía por todo el Ártico septentrional de una punta a la otra. También había dos bases de lanzamiento de misiles Bomarc. La idea era que, si la URSS intentaba atacar Estados Unidos con bombas atómicas a través del Polo Norte, sus misiles se interceptaran y se destruyeran en los cielos de Canadá, donde al haber menos población las víctimas también serían menos cuantiosas: un caso extremo de triaje militar. Uno de los centros neurálgicos estaba situado en North Bay, a tiro de piedra de Témiscaming: si se hubiera declarado la guerra, North Bay habría sido un objetivo primordial. Lo sabíamos, veíamos que los cables eléctricos penetraban en una colina prohibida, y aquello no nos llenaba de júbilo que digamos.

En Toronto nuestro barrio era mixto, lo que se traducía en que, además de protestantes anglosajones, en él convivían muchos tipos de personas. Algunos eran judíos y, entre ellos, algunos habían escapado de los nazis. Otros eran no judíos, aunque procedían de países como Polonia y Checoslovaquia y habían escapado tanto de los nazis como de los rusos. Algunos eran belgas, otros holandeses: también huidos. Varios chavales de mi instituto, incluido el representante del alumnado (Kasparian) y uno de mis mejores amigos (Kerbekian), eran hijos de inmigrantes que habían llegado a Canadá durante el genocidio armenio. «Piensa en los armenios que se mueren de hambre» era una frase que se había oído en incontables ocasiones en casa de mi abuela materna: así hacía sentirse culpables a sus

hijos para que se acabaran la comida del plato; no obstante, nunca logré entender cómo el hecho de que los demás se acordaran de ellos o se acabaran la comida podía en realidad ayudar a los armenios. A nuestro alrededor todo eran historias oscuras, aunque se trataba más bien de un trasfondo, no de un primer plano.

La situación de los escritores era ambigua. En otros países, algunos poetas habían sido asesinados por gobiernos despóticos. Los existencialistas y los filósofos del absurdo de Francia, como Camus, Sartre o Ionesco, eran culturalmente importantes; en Estados Unidos, los *beats* estaban haciéndose oír. Pero en Canadá, en los años cincuenta, si escribías poesía no corrías el riesgo de que te tildaran ni de subversivo rojo ni de secuaz del capitalismo (en este último caso por la extrema izquierda): en lugar de eso, lo más probable era que te consideraran un chiflado inofensivo; o peor, alguien ridículo. Todo eso, siempre y cuando te tomaran en consideración. Aun así, yo me embarqué en la poesía. No sé por qué, pero sí sé cuándo.

Era finales de la primavera de 1956. Tenía dieciséis años y estaba en el penúltimo curso del instituto. Volvía a casa cruzando el campo de fútbol, sin pensar en nada concreto. Como era viernes, día en que las chicas estaban exentas de llevar el uniforme escolar, yo me había enfundado uno de mis vestidos favoritos que me había cosido yo misma. Era rosa, de corte princesa, con mangas casquillo y un corpiño de nido de abeja adornado con un botón ornamental de tonos dorados. (Todavía conservo el botón.) No era el tipo de atuendo que esperarías de una poeta; el negro habría sido más apropiado, pero eso yo aún no lo sabía. En fin, cuando me levanté por la mañana todavía no era poeta, pero cuando llegué al final del campo de fútbol ya sí lo era. Una poeta mala, es cierto, y el poema que había

compuesto en mi cabeza sólo tenía cuatro versos, pero me dejó tan embriagada que me aparté del camino por el que iba, que en esa época ya apuntaba hacia la biología, y tomé otro: el que finalmente, después de numerosas idas y venidas, de muchas curvas y vueltas y rodeos, desembocó en el libro que ahora mismo estás leyendo.

Frente a la pregunta de por qué escribo poesía, antes solía decir: «Todas las culturas que conocemos han contado con alguna forma de poesía» o «La poesía es una actividad propia del ser humano», y ambas son ciertas; o me ponía a divagar sobre mi teoría de que la poesía se origina en una parte del cerebro distinta a la de la prosa, la parte más relacionada con la música y las matemáticas. (No hay modo de demostrar esto sin implantar algún tipo de dispositivo futurista en el cerebro del poeta, así que puedo divagar todo lo que quiera.) Pero no era eso lo que me preguntaban. La pregunta era: «¿Por qué tú?»

No existe ningún «¿por qué?» fiable, que yo sepa. Hay quienes escriben poesía, hay quienes no; o tal vez lo hagan en su juventud, pero luego lo abandonen para centrarse en ocupaciones más lucrativas, como la banca o la odontología. Las civilizaciones más antiguas afirmaban que a los poetas los inspiraba un dios o una musa, o que la poesía era un don y aquellos que la practicaban habían recibido ese don, y es posible que eso también sea cierto; pero los dioses y las musas son tristemente célebres por su veleidad y su complejidad, y los dones divinos son ambiguos y a veces implican riesgos y siniestras obligaciones por parte de quien los recibe.

No se me ocurre ninguna vocación poética, literaria o artística que no entrañe una bendición ambivalente. En las culturas occidentales, los artistas llevan siglos bajo sospecha: que si escritorzuelos de tres al cuarto, que si embaucadores a sueldo, pelotilleros de los regímenes imperantes, alborotadores traicioneros, degenerados, genios locos, sibilas chapuceras

(término acuñado por Germaine Greer), señoras chifladas, mentalmente desequilibradas... La lista no acaba aquí. Una crea arte de la clase que sea porque siente que debe hacerlo: no es una forma sensata de pasar el tiempo, que podría terminar siendo un tiempo perdido si de lo que se trata es de ganarse la vida. No hay rutas infalibles al éxito poético, ni ascensos garantizados, ni planes de pensiones. Hace falta talento, pero también suerte, y la suerte ni se gana ni se compra. El artista aclamado de hoy es la vieja gloria sin futuro del mañana. Todos conocemos esa historia.

En términos modernos, la inclinación por la poesía podría considerarse algo genético, aunque en mi caso no podría haberse deducido por mis padres. Mi madre solía decir que en toda su vida sólo había escrito un poema, que iba de echar alas y salir volando. (Típico en ella: le gustaba el movimiento rápido.) Mi padre componía ripios, pero sólo si tenía la gripe y fiebre alta. Mi hermano había sido un poeta bastante bueno en el instituto, pero lo había dejado para dedicarse a actividades más encomiables. Como la mayoría de la gente. Cuando apareció mi primer libro de poesía, mi hermano me escribió una carta en la que ponía: «Enhorabuena por publicar tu primer libro de poemas. De joven yo también hacía esas cosas.» Y lo mismo dice mucha gente.

Pero volvamos al campo de fútbol. En aquel momento yo apenas sabía nada de poesía moderna; en el colegio no se estudiaba gran cosa. A mi padre le gustaba citar el *Canto del último trovador* de sir Walter Scott y algunos versos sueltos de Tennyson, pero eso era todo. Sin embargo, en el instituto, en clase de Literatura Inglesa nos habíamos sumergido en la métrica y las estrofas. Aprendimos los nombres de los pies ingleses (yámbico, trocaico, dactílico, anapéstico, etcétera) y de los versos por su longitud (dímetro, tetrámetro, pentámetro, hexámetro y todos los demás). Nos enseñaron a escandir, en inglés, en francés y en latín. Dominábamos

una serie de composiciones poéticas, entre otras, dos tipos de sonetos, las baladas, las *villanelles* y los pareados heroicos, por no hablar del verso libre. Mis poetas favoritos en esa época eran Byron, Coleridge y Edgar Allan Poe, así que no es de extrañar que mis primeros poemas adolescentes fueran considerablemente sensacionalistas, macabros a veces, y estuvieran escritos en estrofas canónicas.

¿Pregoné enseguida a los cuatro vientos mi conversión a la poesía? No de inmediato. Debí de tomarme un tiempo para asimilar este hecho que acababa de descubrir sobre mí misma. Pero sí que fui anunciándolo en distintos momentos a distintas personas. Por lo visto se lo dejé caer sin venir a cuento al grupo con el que comía bocadillos en bolsas de papel en la cantina del instituto: lo solté así, sin más. Muchos años después, una de esas chicas me dijo:

—Pensé que eras muy valiente.

—¿Valiente?

—Por salir con aquello de buenas a primeras. Y anunciar que ibas a ser escritora.

—No era valentía —dije—. Era estupidez social. No tenía ni idea de lo que en realidad implicaría, y ni siquiera sabía que era raro decir algo así.

—Bueno, da igual, ¡a mí me pareció valiente!

Mis padres se mostraron menos entusiastas cuando se enteraron de la noticia. Puedo entenderlo: vivir del arte es arriesgado al menos por cien razones, y noventa de ellas son económicas.

—Bueno, pues si vas a ser escritora, más te vale aprender a escribir sin faltas de ortografía —dijo mi madre.

La ortografía no era entonces mi fuerte, ni lo es ahora.

—Otros lo harán por mí —proclamé. Y era cierto. Muchísimas gracias, correctores.

—¿Cómo te ganarás la vida? —me preguntaron los dos, dándome a entender que desde luego ellos no iban a mantenerme.

Yo tampoco tenía dudas al respecto: me buscaría un trabajo, o varios. Tal vez escribiera para un periódico.

Para quitarme la idea de la cabeza, invitaron a cenar en casa a un primo segundo que era periodista de verdad. (Teníamos primos segundos igual que otros tenían pecas.) Me contó que, si trabajaba en un diario, por ser mujer me tocaría redactar los obituarios, las páginas femeninas y sanseacabó. No sonaba fascinante. Después de todo, tal vez sí que tuviera que ir a la universidad (estaba planteándome saltarme esa parte), así al menos contaría con algún tipo de título.

De lo que no tenía ninguna intención era de dar clases en un instituto, pesadilla entre las pesadillas. Tal vez escribiera historias románticas sin pretensiones, ya que con ese tipo de libros era con el que podías ganar más dinero. Eso lo sabía por la revista *Writer's Market*, una publicación estadounidense que había adquirido en el *drugstore*. Aquella revista se centraba en la escritura comercial, y los mercados, ya fuera el de las publicaciones baratas o el del papel cuché, estaban todos en Estados Unidos. Me pregunto cuántos ejemplares de *Writer's Market* se vendían realmente en Leaside.

True Romance y *True Confessions* eran revistas recomendadas por *Writer's Market* porque pagaban bien. Me compré unas cuantas y las estudié. Escribir historias como aquéllas no parecía difícil. Con lo que ganara con mis cuentos de doncellas desconsoladas y jóvenes despiadados, con títulos como «Señorita Inocencia», «Marido por correspondencia» y «Forzada a un matrimonio impío», costearía mi escritura seria, que a aquellas alturas se había ampliado para abarcar también las novelas (planeadas) y los relatos cortos (intentos). Las historias eran más bien

góticas: en una de ellas había un narrador que se volvía loco, y la pista era que había estrangulado un jerbo. Puse todo mi empeño en escribir algunas historias de romance auténtico, pero no se me daba nada bien. Hay que tener madera para eso. Además, tienes que creértelo, por lo menos un poco, y yo era demasiado satírica e implacable para lograrlo.

«Un día de éstos esa boquita tuya tan lista acabará metiéndote en un lío», dijo mi padre después de la enésima ocurrencia perversa y mordaz que yo soltaba. Cuánta razón tenía, salvo porque no ha sido sólo un día de éstos. Han sido muchos.

Aquel verano me marché un mes de voluntaria a Woodeden, un campamento para niños y niñas con discapacidad cerca de London, Ontario. Sospecho que fue una de las estratagemas de mi madre para exponerme un poco a la cruda realidad del mundo exterior, en contraste con los frívolos y fantasiosos dominios de la poesía. La estratagema Woodeden adoptó la forma de invitación por parte de uno de los mandamases de aquel universo de los campamentos benéficos: ¿querría participar durante un mes y llevar mi espectáculo de marionetas?

Para el espectáculo hacían falta cuatro manos, así que persuadí a mi amiga Janet, del instituto de Leaside, para que fuera mi socia. Janet era adoptada, lo que proyectaba a su alrededor una aureola de intriga. Me habló de los inconvenientes de ser guapísima y tener mucho pecho: atención masculina no deseada; por ejemplo, comentarios a grito pelado de completos desconocidos. En mayor o menor medida todas las chicas de nuestra edad habían vivido aquello, pero en su caso había sido excesivo y le había resultado muy molesto.

Hasta hacía relativamente poco, a Woodeden lo llamaban «el Campamento para Niños Tullidos». Justo en ese momento, los contundentes nombres de las instituciones fundadas por los victorianos estaban siendo sustituidos con tonos más suaves. No obstante, el Hogar para Niños Incurables de Toronto todavía se denominaba así, y algunos de los chiquillos de Woodeden provenían de allí. Tenían hidrocefalia, es decir, habían nacido con lo que solía llamarse «agua en el cerebro», y su esperanza de vida no era alta, puesto que aún no existía ningún tratamiento para esa enfermedad.

Los niños del campamento abarcaban todos los grados de discapacidad e incapacidad. Como niños que eran, lo que querían era pasárselo bien. También eran increíbles en cuanto a su buena disposición para ayudarse entre ellos. En los bailes populares que organizábamos, quienes podían hacer uso de sus piernas paseaban a los que iban en silla de ruedas a una velocidad considerable y sin dejar de seguir los pasos de la coreografía, mientras todos chillaban de júbilo. Dentro del recinto había una piscina, que tenía mucho éxito. A veces, si no puedes andar, puedes nadar.

Además del espectáculo de marionetas, ayudaba sobre todo con los críos más pequeños. También jugaba un montón al ajedrez con una niña que no hablaba, porque padecía una grave parálisis cerebral. Mediante una especie de código, indicaba qué pieza del tablero quería que se moviera, y adónde. Era mucho mejor jugadora que yo: creo que no gané ni una sola partida.

Éste era el himno del campamento:

¿En qué campamento los niños y niñas
crecen para ser hombres y mujeres?
¡UVE DOBLE - O - O - DE
E - DE - E - ENE! ¡¿Te vienes?!

Salvo que algunos de aquellos niños y niñas no crecerían. Nunca llegarían a ser hombres y mujeres. Era todo optimismo y diversión al sol, con un oscuro trasfondo de fatalidad y mala suerte que nos envolvía a todos como un miasma. Tuve pesadillas con Woodeden durante muchos años.

Moralejas: con sólo mirar a alguien, es imposible saber ni lo brillante que es ni lo que piensa. Todo el mundo oculta misterios. Y: hay cosas que no puedes arreglar. Fue algo que me costó mucho aceptar: yo siempre quería arreglarlo todo.

EL ESPRINT FINAL

En los institutos de casi toda Norteamérica había cuatro cursos, pero en Ontario había cinco. Cuando aprobabas el cuarto año, te daban una especie de pretítulo de bachillerato, y muchos chavales se quedaban ahí: en la década de 1950 había trabajo de sobra y sólo a quienes aspiraban a una carrera profesional —sobre todo en la abogacía, la ingeniería o, tal vez, incluso en la biblioteconomía— les interesaba seguir estudiando para ir a la universidad. Los grupos del último curso de bachillerato eran reducidísimos, en comparación con las hordas que años antes habían empezado el instituto.

Cuando acababa el curso, nos sometían a un acto de tortura sádica que se conocía como «los departamentales». Se trataba de una serie de exámenes, uno por cada asignatura que hubieras cursado, elaborados por un comité anónimo y a los que debía presentarse todo el alumnado del último curso de bachillerato de la provincia entera. Tu aprobado o tu suspenso, tus notas altas o bajas, determinaban si entrabas en la universidad, y en cuál, y si a lo mejor podías optar a una beca. De mí se esperaba que me llevara una de

esas becas; como mi propio padre había comentado varios años antes (cuando mi nota en álgebra había bajado de 100 a 50 porque estaba tonteando y no me gustaba el profesor): «Dios te ha dado un cerebro, úsalo.» (Era la primera vez que lo oía mentar a Dios.)

El último curso de bachillerato eran palabras mayores. Se acabaron las óperas de Economía Doméstica y las bromas por el estilo. Iba a ser una paliza. Lo sabía porque mi hermano ya había pasado por eso; también por las historias tremendistas que inevitablemente circulaban al respecto. Haríamos los exámenes en el gimnasio, que no tenía aire acondicionado, y de donde algunas personas habían salido en camilla. Cabía la posibilidad de que te bajase la regla, te entraran calambres y gotearas sangre en el suelo: había ocurrido. Un chico había sacado del frigorífico de su madre algo que se había bebido creyendo que era zumo de tomate, y que resultó ser una jarra de *bloody mary*: hizo el examen tan borracho que vomitó. A una chica se le había ido la cabeza por completo: ¿qué asignatura había sido la causante? Le echaban la culpa a Física, o a Química; las dos parecían probables. Pero, exactamente, ¿cómo se le había ido la cabeza? ¿Se le había trabado la lengua? ¿Había mordido a alguien? Habían tenido que «someterla», aunque el método de sometimiento no llegaba a mencionarse en la historia. ¿La habían reducido por la fuerza, le habían metido la cabeza en una bolsa, le habían clavado una aguja? ¿Leyendas urbanas o realidad? Si la cuestión era aterrorizarnos, no importaba mucho que fuera una cosa o la otra. Iba a ser una ordalía. ¿Por qué no obligarnos simplemente a caminar descalzos sobre brasas ardiendo? Para más inri, los resultados se publicarían en el periódico, a la vista de todos.

Los exámenes a los que había decidido presentarme eran: Literatura y Lengua Inglesas, Francés (dos exámenes), Alemán (dos), Latín (dos), Historia, Química, Zoología y Botánica. Eran tres más de los que necesitaba

para graduarme, pero los nueve exámenes con las notas más altas determinarían mi clasificación. Así, podría descartar los más flojos. Sabía que no iba a sacar sobresaliente en Latín, lo cual era un requisito indispensable para acceder a la licenciatura en Filología Inglesa de cuatro años, así que elegí prepararme Botánica por mi cuenta: todas aquellas reflexiones sobre setas y aquellas cosechas de plantas comestibles de lo que en ese momento consideraba mi juventud darían su fruto. En Lengua te restaban medio punto por cada falta de ortografía, pero no en Botánica. En cualquier caso, yo era capaz de deletrear con facilidad palabras como *Scrophulariaceae*; eran palabras como *weird* las que me hacían meter la pata. ¿Cómo era: *weird* o *wierd*? Y si era la segunda opción, ¿no se pronunciaría como *wired*? Tenía que pararme a pensarlo.

Por aquel entonces ya estaba produciendo como churros un sorprendente volumen de textos escritos: narrativa, ensayo, poesía; del nivel de calidad que cabría esperar de alguien de dieciséis años; dicho de otro modo, pueriles. Entre ellos había una oda a la Revolución húngara, un levantamiento contra el régimen comunista en dicho país. La revolución, que había durado del 23 de octubre al 4 de noviembre de 1956, se vio aplastada por los tanques rusos. Miles de personas murieron asesinadas y casi doscientas mil huyeron del país. Algunas vinieron a Canadá; entre ellas, unas cuantas que más tarde se convirtieron en colegas escritores y amigos.

Nuestra familia seguía por la radio el desarrollo de los acontecimientos: mis padres nunca llegaron a comprar un televisor. Al principio, la euforia: ¡llegaba la libertad!; pero luego, el abatimiento: no, no llegaría. A pesar de que la incertidumbre me angustiaba mucho y el fracaso del levantamiento resultaba consternador, el poema que le dediqué es bastante malo. (Moraleja: pasión no siempre equivale a talento artístico.) Incluyo aquí mi

poema fallido para alentar a la juventud: nadie espera que la primera vez que te sientes al piano toques la sonata *Claro de luna*. Debes invertir muchas horas de trabajo. Aunque ni siquiera así tienes la menor garantía.

Nieve primera

La nieve primera es la más triste,
por las barriadas de la ciudad soplan los primeros copos;
caen en vano sobre las calles,
y se deslizan por el cristal de la ventana.
Creados en belleza, sepultados en hollín,
una mancha de barro sobre una bota;
y no pueden dejar ninguna huella
sobre la mugre; mueren, copo a copo.
La primera nevada de Hungría ya pasó;
la segunda durará mucho tiempo.

Deduzco que la «primera nevada» es el levantamiento, que se va extinguiendo; pero después vendrá la «segunda», un nuevo intento de libertad, y esta vez triunfará. (Se ve que me gustaba la nieve.) Un poema moderadamente profético, y optimista en potencia. También difícil de descifrar.

El esprint final, cuya meta eran los exámenes de fin de curso, empezaba en serio después de las vacaciones de Navidad. El instituto de Leaside tenía fama por su alto nivel académico y nuestros profesores estaban dispuestos a arrastrarnos hasta la línea de llegada, costara lo que costase. Por primera

vez en mi vida, hinqué los codos. Guardaba en el congelador un bote de crema mentolada Noxzema con la que me embadurnaba la cara para mantenerme a mí despierta y a mi cerebro a toda máquina. Por otro lado, era una procrastinadora nata y me distraía fácilmente, así que tendía a descarrilar de vez en cuando y a tomarme pequeños respiros. Me entretenía con las obras completas de H. G. Wells, o con antiguos Raymond Chandler que ya me había leído antes, con historias de Sherlock Holmes, o con libros sobre el ciclo vital de los tricópteros; lo que fuera, la verdad.

La zoología me resultaba bastante fácil. Partía con ventaja al haberme criado en una casa en la que no sólo te comías el pavo de Navidad, sino que antes lo diseccionabas. El gato en vinagre rancio que nos traía el profesor era un desafío para el resto de la clase, pero no para mí. A mi pareja de laboratorio esas cosas la ponían enferma, así que yo acababa diseccionando su rana, una vez perforada la médula espinal, además de la mía. El sistema circulatorio anfibio no tenía muchos misterios para mí.

La peor asignatura era Gramática Latina. Desconectaba de las explicaciones y me ponía a dibujarle brazos a la imagen de la Venus de Milo o a pasar notitas con estúpidas declinaciones entre mis compañeros de clase:

«Pim pis pit, Pimus pistis pants.»

Literatura Latina, sin embargo, me fascinaba. El comportamiento inmoral de Julio César durante la guerra, el descenso al inframundo de Eneas acompañado por la Sibila de Cumas, cuyo pelo se le ponía de punta cuando estaba inspirada... El pelo. Tan cargado de significado. Me preguntaba cómo podría conseguir que mi pelo también hiciera aquello y, de ese modo, me inspirara. Aunque me quedaría raro, es decir, *weird*, ¿o era *wierd*?

Había leído la traducción de la *Eneida* que en 1955 mis padres me habían regalado por Navidad junto con los dos tomos de *Los mitos griegos* de

Robert Graves. A Graves le apasionaban las Grandes Diosas; poco tiempo más tarde a mí también me apasionarían. También leí de cabo a rabo toda la retrohistoria de la *Eneida*: la *Ilíada* y la *Odisea*. ¿Quién sabe cuánto puede remontarse en el tiempo una «influencia»? Mi propio libro, *Penélope y las doce criadas*, de 2005, hundía sus raíces hasta cincuenta años antes, momento en que me había horrorizado el trato brutal que Odiseo y Telémaco dispensaron a las doce criadas de Penélope. Después de obligarlas a limpiar la sangre de los pretendientes que las habían violado y que acabaron masacrados a manos de Odiseo, a ellas mismas las habían ahorcado en fila. «Agitaron sus pies un rato, pero no largo tiempo.» Una frase que siempre he recordado.

De este período data también la expresión *Nolite te bastardes carborundorum*. «No dejes que los bastardos te destruyan.» Era una broma del instituto, nada que ver con el latín de verdad: *bastardes* es una falsa latinización de «bastardo» empleado como insulto, y *carborundorum* proviene de un abrasivo destructor. La empleé en mi novela *El cuento de la criada*. ¿Quién iba a decirme que, muchas décadas más tarde, se convertiría en un eslogan de los derechos de las mujeres?

Arbor virga fuit. Al doblarse la ramita, crece el árbol.

Parte de mi rutina de estudio consistía en ayudar a mi novio de último curso de bachillerato, Paul. Se le daban bien las matemáticas, pero Literatura Inglesa, sobre todo la poesía, era algo opaco para él. Este novio era casi igual de burlón que yo. Era popular, nadador de competición, un bromista. Por San Valentín me había regalado un corazón de vaca de verdad con una flecha clavada. ¡Mi tipo ideal! Tiene un papel en mi relato «Mi última duquesa».

A Paul y a mí nos eligieron para redactar las entradas del anuario del instituto, así que fui yo misma quien coescribió lo siguiente:

> La ambición no tan secreta de Peggy es escribir la GRAN novela canadiense... y con esas notas en Inglés, ¿quién duda que lo consiga? Tras alcanzar la fama por aquellos anuncios del guateque de Halloween, se superó a sí misma con la cancioncilla publicitaria para la Carrera del Reno. El año que viene, a la U. de T.

¿Me tomaba en serio a mí misma? Como puedes ver por el tono: sí y no.

Los exámenes estaban a la vuelta de la esquina. Jamás en la vida me he vuelto a presentar a unas pruebas tan difíciles como aquéllas. La Gramática Latina se me dio más o menos tan mal como había imaginado, pero no peor. Zoología y Botánica se me dieron tan bien como había anticipado; de hecho, saqué mejores notas que en el examen de Inglés, donde te quitaban puntos por las faltas de ortografía. No me desmayé ni sangré; no me sacaron en camilla. Pero tuve pesadillas con aquello durante décadas. Abría el cuadernillo del examen y estaba en mandarín. O era un examen de Álgebra, asignatura que yo no había cursado. Ya sabes a qué me refiero: apareces en bragas frente a una multitud, encima de un escenario, expuesta como una pardilla y una impostora.

9

La tragedia de Moonblossom Smith

Tras un breve respiro, me marché a mi apasionante trabajo de verano a jornada completa: el primero por el que me pagaron de verdad. En los exámenes me fue bien, lo bastante bien como para obtener una pequeña beca de acceso a la universidad, aunque no alcanzaba para todos los gastos. Los hijos de los profesores de la Universidad de Toronto, además, contaban con un descuento en la matrícula (mi hermano también lo había tenido), pero mis padres esperaban que yo ganara lo suficiente para cubrir la diferencia. Ellos se habían costeado solos la carrera, y no veían por qué yo no debiera hacer lo mismo. En aquel entonces el precio de la matrícula era mucho más bajo, y podía ahorrar dinero si vivía en el sótano de mis padres. No podría haberme permitido ir a ninguna otra universidad. De todas formas, tampoco quería.

Mi apasionante trabajo de verano era de camarera en Hurontario, un campamento para chicos de familias bien ubicado en una isla rocosa de la bahía Georgiana, erosionada por los glaciares y azotada por el viento, que forma parte del lago Hurón. Hurontario era lo que solía llamarse (antes de que el LSD apareciera y cambiara el concepto de «viaje») un «campamento de viajes», especializado en travesías y excursiones en canoa y en vela. Aparte de la esposa de Birnie Hodgetts, que era el director del campamento,

y de la anciana nutricionista, que era nuestra jefa inmediata, las nueve camareras éramos las únicas mujeres en toda la isla, que distaba lo bastante de tierra firme como para que los monitores adolescentes varones, con las hormonas a tope, no pudieran llegar hasta allí en su día libre. Tu cabeza tendría que haber estado clavada del revés para no atraer a un novio, o a dos, o a tres. O a cuatro.

No obstante, a mi manera, yo me mantenía fiel a Paul, que se había buscado un trabajo como subjefe de cocina en los ferrocarriles y estaba recorriendo Canadá a toda velocidad, de una punta a la otra, admirando las maravillas que se extendían ante él. ¡Las Rocosas! ¡Las Praderas! ¡Las puestas de sol! Las cartas que me escribía eran la mar de entusiastas respecto a los paisajes que contemplaba al pasar, y me prometí que un día yo también los contemplaría.

Nuestro grupo de nueve camareras lo conformaban unas cuantas chicas de ciudad de clase media-alta cuyos padres conocían a Birnie y otras tantas chicas de pueblo de la localidad de Port Hope, donde Birnie era profesor de Historia en un instituto privado masculino llamado Trinity. Yo estaba allí porque mis padres conocían a los padres de una chica que se llamaba Ann, de la escuela de Bennington Heights, que a su vez estaba allí porque sus padres también conocían a Birnie.

Todas mis compañeras camareras me caían bien, eran una panda de guasonas muy ocurrentes y disfrutonas. Nuestro uniforme era un vestido largo azul con un delantal blanco encima. Servíamos las bandejas de comida en las mesas llenas de campistas y monitores y luego las recogíamos y fregábamos los platos. No teníamos lavavajillas, así que nos repartíamos las tareas, que consistían en recoger las mesas, quitar los restos de los platos, fregar, enjuagar y secar, e íbamos rotando para que a nadie le tocara siempre quitar los restos, que era lo más repugnante. Teníamos un

transistor en el que poníamos los Everly Brothers y otras estrellas del pop mientras trabajábamos. A veces cantábamos.

Contábamos con un par de cabañas sólo para nosotras, con camas con somieres de muelles y colchones tan incómodos que yo a veces dormía en el suelo. También teníamos nuestro propio embarcadero, al que íbamos a nadar. A través de John Fraser, antiguo campista y editor mío en la revista *Saturday Night* en los años noventa, descubrí que había una panda de chicos de risa tonta que se dedicaban a espiarnos a escondidas entre los matorrales. Este dato lo incorporé a un relato corto que titulé «Auténtica basura», inspirándome en las revistas rosas que nos leíamos en voz alta en nuestro embarcadero para reírnos de ellas.

Entablé relación con el monitor del taller de Naturaleza y me dio por decorar pasteles con ranas, peces, insectos, gusanos y arañas para utilizarlos como premios en los concursos de naturaleza. Luego convencí a las camareras y a un grupo de monitores para que representáramos una opereta que yo había compuesto y que se titulaba *La tragedia de Moonblossom Smith*. Mi coproductora era Sue Perrie, que ponía la música de piano y por suerte guardó su libreto, que hace poco me envió. Los monitores representaban tanto el papel de las protagonistas femeninas como el de los masculinos; las camareras, el de los chicos campistas, apodados los «mugrientos» (para lo cual les embadurnábamos la cara de tierra); y, en un número de ballet, los cuatro monitores en prácticas más altos brincaban de un lado al otro del escenario blandiendo en el aire sus escobas con rollos de papel higiénico ensartados. (John Sewell, que acabaría siendo alcalde de Toronto, era uno de ellos. Me contó que el día antes de la función lo había mordido una serpiente de cascabel, pero que yo lo obligué a participar de todas formas. Me pregunto cómo fui capaz. Lo que sí recuerdo es la serpiente de cascabel: la freímos y nos la comimos, y luego la metí en un

poema; lo que no recuerdo es mi propio comportamiento depravado. Suele pasar.)

Las melodías nos las afanamos de otras canciones que ya existían, tanto clásicas como populares. La trama giraba en torno a un triángulo amoroso y un pacto con el diablo, e incluía un montón de chistes internos sobre el campamento. Acababa con los protagonistas matándose con tenedores para que, acto seguido, al más puro estilo de las tragedias de Shakespeare que se representaban en el siglo XVI, los muertos resucitaran y entonaran a coro una balada sentimental sobre el propio campamento. La función fue un éxito.

Era mi forma de exhibir mi lado géminis más frívolo y extrovertido. Mientras tanto, mi reservado yo escorpio se sumía en la desolación intentando leer «La tierra baldía» de T. S. Eliot. Ése fue mi primer encuentro real con la poesía moderna, una aventura nefasta y desconcertante. A pesar de las notas al pie, yo entendía más bien poco el significado del poema, aunque es indudable que reorganizó el interior de mi cabeza.

Al final del verano mi padre vino a recogerme a Port Hope y, en coche, nos llevó horas atravesar el norte de Ontario, hasta llegar a Quebec; luego remamos más de siete millas por el lago. La luz de la luna iba y venía. Por suerte el tiempo era sereno. Nos guiamos por las siluetas de las colinas recortadas contra el cielo. Era un lago intrincado, resultaba fácil despistarse y perder el rumbo, sobre todo en la oscuridad.

Muchos años después escribí este poema sobre aquella travesía por el oscuro lago. Está incluido en *Interlunar*.

Una barca

Cae la tarde y se espesan las colinas;
el rojo y el amarillo se esfuman de las hojas.
Los ateridos pinos alargan sus sombras.

Debajo de ellos el agua se aquieta,
el ocaso tiembla sobre ella.
Uno más que desciende y se une a los pasados.

Ahora el lago se expande
y se cierra, a la vez.

La negrura que se oculta
bajo la superficie por el día
emerge de ella como niebla
o en forma de niebla.

La distancia se evapora, la ausencia
de distancia presiona contra los ojos.

No se ve el lago,
sólo los contornos de las colinas
que son casi idénticos,

familiares para mí como el sueño,
orillas desplegándose sobre orillas
en sus contornos de respiración pausada.

Me dejo guiar por el tacto,
la barca como una mano tanteando
entre bancos de arena
y árboles muertos, sobre las rocas
que emergen invisibles, capa
tras capa de tiempo anegado que se desmorona.

Así aprendí a navegar
en la oscuridad sin estrellas.

Estar perdido es sólo un error de la memoria.

Quedaban los restos de los árboles muertos de cuando habían inundado el lago, en la década de 1920. Habían talado la ribera, pero habían pasado por alto algunos árboles; sus esqueletos aún despuntaban por encima del agua. Algunos se habían partido para sumarse al resto de los peligrosos tocones hundidos. En cuanto a los islotes, antaño habían sido tierra firme, y antes de eso habían estado incrustados en glaciares. Cada vez que observas un pedazo de roca, estás observando una máquina del tiempo. La geología marca la vida de todas las personas.

APRENDO A TOMAR CAFÉ

En el otoño de 1957 entré en la universidad. Era dos años más pequeña que casi todos los demás estudiantes, no conocía a nadie y, aunque probablemente no tenía anemia, me sentía anémica. No sabía dónde estaba nada, ni qué se suponía que había que hacer, ni cómo debía vestir. Tuve que

matricularme en la asignatura obligatoria de Educación Física, que odiaba, ya que la clase estaba repleta de atléticas damiselas que eran más altas que yo. (Escogí bádminton. Imagínate lo odioso que era: una cosa blanca y dura que surcaba el aire silbando hacia mi cabeza.) No entendía de qué hablaba la mayoría de la gente: ¿qué era el «existencialismo»? Aún no había descubierto que en realidad ellos tampoco lo sabían.

Una vez oí la historia de un hombre muy del norte que pisaba la ciudad por primera vez. Sucedió hace mucho, antes de que hubiera televisión. En la ciudad vio un ascensor. La gente entraba en él y las puertas se cerraban. Había una pausa, las puertas se abrían de nuevo, pero salía otra gente distinta. ¿Adónde había ido a parar la gente de antes? Lo primero que se te vendría a la cabeza no era una caja que subía y bajaba. Aun así, el hombre se quedó plantado delante del ascensor hasta que ató cabos y dio con la respuesta. ¡Ajá!

Esa historia me la contó mi padre, que admiraba a aquel hombre: se había visto en una situación extraña y confusa, pero había usado su ingenio y la había comprendido. Creo que en realidad la historia trataba sobre mi padre, y luego, después de que yo la conociera, pasó a tratar sobre mí. Si observaba con atención, sería capaz de averiguar cómo funcionaban las cosas, fuera lo que fuese. En ocasiones se trataba de aparatos mecánicos, como una máquina de coser, pero por lo general eran personas. Sigo observando, aunque el tiempo de espera hasta el momento «ajá» se ha abreviado un poco.

Cómo debía vestir fue lo más fácil de descifrar. Aún corrían los años cincuenta: las mujeres no iban en pantalones a la universidad a menos que tuvieran una buena excusa, como podía ser pintar un decorado teatral después de clase. Había tres tipos de chicas: las que llevaban abrigos de pelo de camello y jerséis de cachemir con perlas e iban a las fiestas de las

fraternidades; las que llevaban faldas escocesas plisadas y jerséis de astracán, tenían citas con aspirantes a contables y habrían estado en su salsa en mi antiguo instituto; y las que tenían dotes artísticas, o eran intelectuales de un modo artístico, se pintaban de negro la raya del ojo y llevaban cuello vuelto negro, a lo Juliette Gréco o a lo *beatnik*, y se juntaban con el puñado de estudiantes varones a los que les interesaba el arte. («Pseudoartistas pedorros», como los llamaban a veces los hombres que eran más bien del tipo cachas.)

Desde luego, yo no pertenecía al primer grupo de chicas, y nunca lo haría. Podía camuflarme entre el segundo grupo, aunque sabía que sería una infiltrada. Me daba miedo el tercer grupo: parecían tan seguras y sofisticadas, y se maquillaban con tanto arte... ¡Algunas hasta usaban pintalabios blanco! Dado que yo iba a ser escritora, debería haberme sentido cómoda con el tercer grupo. Pero no estaba nada dotada en lo que a indumentaria se refiere.

¿Quién era yo, qué hacía allí, qué estaba ocurriendo? Así fue como pasé mi primer año de universidad: haciéndome esas preguntas. Mis notas daban igual. Perdí la beca, como temía que ocurriera. En cambio, sí que aprendí a tomar café. Ése era el lado bueno.

Había empezado el primer curso de una carrera que se llamaba Filosofía y Literatura Inglesa en el Victoria College, una de las tres facultades para estudiantes de grado que formaban parte de la Universidad de Toronto. Al haber sido fundada por metodistas, al Vic, como lo apodaban, le interesaban más los temas sociales que a las otras tres. Prohibía las hermandades masculinas y femeninas, tan exclusivas como esnobs, que las otras sí permitían. Era la única con un Departamento de Lengua y Literatura Inglesas que contrataba a mujeres. Kathleen Coburn, una de las más reputadas especialistas en Coleridge, enseñaba a los románticos, y Jay

Macpherson, que también era poeta y más tarde se convertiría en una amiga para toda la vida, enseñaba tanto la novela como la poesía victoriana. Todo cuanto aprendí sobre la métrica y la rima de Tennyson se lo debo a ella. También estaba bien informada sobre las intrigas sexuales de la vida privada de Robert Graves y Laura Riding, pues los había visitado en Mallorca. Fue en casa de Jay donde vi mi primera baraja de tarot, un elemento básico para el estudio de T. S. Eliot.

De antemano sabía muy poco sobre el Vic. Lo había elegido porque la señorita Billings del instituto de Leaside me había contado que tenía el mejor Departamento de Lengua y Literatura Inglesas. No me había matriculado en Filología Inglesa, la licenciatura superior de cuatro años que garantizaba una inmersión total, porque había seguido el consejo de una amiga, mayor que yo, que creía que esa carrera me volvería demasiado estrecha de miras. Yo no quería ser estrecha: era un término despectivo del vocabulario de mi niñez en Nueva Escocia: «Tan estrecho que ya puedes sentar en el cochecito a tres como él, que no lo verás salvo que lo mires de lado.» Así que en vez de eso me metí en Filosofía y Literatura Inglesa, que, además de volverme filosófica, ofrecía muchas asignaturas de inglés.

Pensé que estudiaría ética y estética, pero no tardé en descubrir que esas ramas no se consideraban más que pasatiempos frívolos. El plato fuerte era el positivismo lógico, con el que no tenía ninguna afinidad: su doctrina —que sólo las afirmaciones científicamente demostrables tienen sentido— echaba por tierra la poesía y la ficción por carecer en esencia de sentido. Por otro lado, yo desconfiaba de las «afirmaciones científicamente demostrables»: al haberme criado entre científicos, sabía que la ciencia siempre estaba revisando sus verdades. Así que me cambié a la licenciatura de Filología Inglesa en toda regla, aunque me quedé con Filosofía como optativa. Las ramas de la filosofía más antiguas no me vinieron nada mal, al

contrario; y todo el mundo debería estudiar «Introducción a la Lógica», sobre todo en estos tiempos de argumentos políticos *ad hominem* («Eres un malvado comunista, ergo yo tengo razón»), *non sequitur* («Los de derechas son lo peor, ergo el precio de los huevos es demasiado alto») y equidistancias excluyentes (o hay cambio climático o no lo hay; las dos cosas no pueden ser ciertas).

En una fiesta para novatos del Victoria College conocí a un chico que se llamaba Dennis Lee. Estaba en la licenciatura superior de Filología Inglesa, y saltaba a la vista que era brillante: había conseguido la beca Príncipe de Gales por sacar las mejores notas de toda la provincia. (Mi beca no le llegaba ni a la suela del zapato en cuanto a prestigio.) Mientras nos movíamos apretujados sin ningún garbo por la pista de baile, me informó de su intención de hacerse pastor de la Iglesia Unida. Cabría pensar que, en lo que a mí respecta, eso habría sido todo. Pero no perdamos de vista a Dennis. Aún le queda por representar un papel fundamental. Robertson Davies, en su excepcional novela *El quinto en discordia*, define un «quinto en discordia» como un personaje que no es el héroe ni la heroína, pero tampoco el antagonista. Es más bien el que pone las cosas en marcha, a menudo sin darse cuenta.

Dennis Lee se convertiría más tarde en el quinto en discordia de una etapa fundamental de mi vida.

10

Mujer serpiente

Durante tres veranos (1958, 1959 y 1960, los de mis dieciocho, diecinueve y veinte años) trabajé en el Camp White Pine, un pequeño campamento de verano judío reformista, mixto y cargado de idealismo que había abierto en 1956 y aún no había acabado de configurarse. Se hallaba en Haliburton, una zona plagada de segundas residencias, junto a un laguito que pasó de llamarse Huracán a Plácido. El director del campamento, Joe Kronick, le había cambiado el nombre para no alarmar a las familias.

White Pine buscaba a alguien que pusiera en marcha un programa dedicado a la Naturaleza y no habían conseguido echarle el guante a ningún judío interesado en la biología: todos parecían decantarse por la medicina, la odontología o el derecho. Y ahí estaba yo: la vecina de la prima de la esposa de Joe, y familiarizada con el comportamiento de insectos, setas, ranas, tritones y demás.

A Joe le gustaba contratar a toda clase de personas: a monitores judíos de aquí y allá, pero también a gentiles procedentes de distintas culturas y países. Decía que montaría unas instalaciones para mis talleres de ciencias naturales. (Al final construyó una sala específica, pero cuando ya me había ido.) Mientras tanto, podía empezar con un trabajo doble: impartiendo el taller de Naturaleza y también como segunda monitora de un módulo de niños de siete años. A ese grupo de edad lo llamaban «los Kiwis»; luego

estaban los Koalas, los Delfines y los Ñus, en alusión a la costumbre de los campamentos WASP de llamar a sus grupos repartidos por edades Petirrojos, Arrendajos, Halcones y cosas por el estilo. (Para quienes no son casi tan viejos como yo: por sus siglas en inglés, un *wasp* es una persona blanca, con raíces anglosajonas y de religión protestante.)

Incluso existía una canción de campamento (todo campamento debía tener la suya), que incorporaba esos nombres exóticos:

Eh, somos Kiwis, Koalas, Ñus y Delfines,
aquí todos somos afines.
Hay un ambiente genial
en el campamento White Pine.
¡Es el mejor de los que hay!
Lo decimos de verdad...
¡Es el mejor de los que ha-a-aay!

Joe había decidido que los monitores responsables de los niños Kiwis fueran chicas. Por lo visto el verano anterior un monitor no había prestado demasiada atención a los movimientos intestinales de los críos, uno de ellos se había pasado todo el verano sin ir al lavabo y al final en otoño habían tenido que «desatascarlo». (Seguro que la historia era una exageración: ¿dos meses enteros? ¿No se muere uno de eso?) Joe dijo que añadiría un aseo a la cabaña existente para que la otra monitora y yo, así como nuestra tropa de chiquillos, no tuviéramos que usar los baños comunitarios de los chicos. El trabajo me parecía razonable y con el sueldo podría pagarme la matrícula del curso siguiente, algo más necesario que nunca porque había echado a perder mi beca.

—¿Eres judía? —me preguntó uno de los niños en mi primer día en el campamento.

—No —le respondí.

—¿Eres cristiana?

—No. —Demasiado complicado contarle que era una completa y muy practicante agnóstica.

—¿Eres la señora de la limpieza?

Por lo visto, ésas eran las tres categorías posibles.

En contra de mis expectativas y de la propuesta de Joe, no acondicionaron ningún espacio para los talleres de Naturaleza. Los impartía en mi Cabaña de la Naturaleza, un cobertizo abandonado que se inundaba cuando llovía. Tampoco añadieron el aseo a la cabaña: por la mañana, Bernice Eisen, la otra monitora responsable del grupo, y yo teníamos que poner en fila a los niños como si fueran patitos y llevarlos así hasta los lavabos y duchas de los chicos. Se suponía que a las once de la noche debíamos «acercarlos» para que no se hicieran pis en la cama, aunque se lo hacían de todos modos. Desde la puerta de los aseos gritábamos: «¡Somos Peggy y Bernice y vamos a entrar!», y un montón de críos y adolescentes aterrorizados salían pitando por la puerta contraria, todos salvo el artista del exhibicionismo llamado... Es igual, ya sabes quién eres, y de eso hace mucho tiempo, y te parecía gracioso.

Y a nosotras también. A Bernice le encantaba reírse, y así pasamos casi todo el verano, partiéndonos de risa. Casi todas nuestras bromas tenían que ver con el pis. El servicio de lavandería sólo funcionaba un día a la semana, de modo que si un niño, o dos, o tres, había mojado la cama, una de nosotras se quedaba para dar un agua a las sábanas y tenderlas en una valla mientras la otra llevaba a los críos a las actividades.

Nuestra cabaña proporcionó todo un caso práctico para la construcción de jerarquías masculinas. Neil era el líder porque era el que mejor jugaba al béisbol, una de las actividades más valoradas. (Las otras eran pescar renacuajos y encender hogueras... ¿Había creado una generación de pirómanos que prenderían fuego al garaje familiar en cuanto volvieran a casa? Solía preocuparme mucho.) A esos críos les encantaba rebozarse en barro y acabar empapados, cosas que probablemente no les dejaban hacer en casa. Les pirraba salir de acampada, donde se les permitía encender una hoguera y poner en un cazo una ración de macarrones con queso precocinados, removerlos con palos y comerse el mejunje con manchitas de carbón y restos de ramas.

El segundo en la jerarquía era un pequeño elfo con gafas, nada atlético, pero con una colección asombrosamente extensa de cromos de béisbol. Los otros chicos se iban ordenando en escala descendente hasta llegar a la base: un niño muy dulce llamado Alan, el último al que elegían para los juegos, que en cualquier caso se ganaba la admiración del resto al sacar todos los guisantes que encontrase en su plato durante la cena y colocarlos encima de la mesa.

A principios de verano sólo había un niño que mojara la cama: Neil, el pez gordo. Al final todos (por imitación) se meaban en la cama, por no mencionar los sacos de dormir si salían de acampada. Era como un club de golf: para entrar, tenías que demostrar habilidad, o por lo menos estatus. Por fin, el joven Alan también logró unirse al clan. «¡Me he meado en la cama!», exclamó eufórico mientras una sonrisa radiante le iluminaba el rostro.

Un día volví sola a la cabaña, porque me tocaba poner las sábanas a remojo, y descubrí, en medio del suelo (¿cómo decirlo?) un enorme zurullo humano. Me fijé en que al menos el perpetrador no sufría estreñimiento. Lo limpié mientras me preguntaba cuál de los chavales lo habría hecho. Supuse que habría sido E., un chico algo perezoso, que no habría llegado a tiempo de ir a los lavabos exteriores; aun así, era preciso informar del incidente al jefe de mi sección, que se llamaba Ben. Ben fumaba en pipa.

Le describí lo ocurrido. Ben dio una calada y exhaló el humo, pensativo. (Puf, puf.) ¿Había hecho algo que hubiera podido irritar a algún chico de la cabaña? No, que yo supiera. (Puf, puf.) ¿Tal vez de manera inconsciente? No lo creía. (Puf, puf.) Le dije que probablemente había sido E., demasiado perezoso para correr al lavabo, pero Ben no estaba convencido. (Puf.) Me dijo que lo avisara si volvía a suceder.

Se lo mencioné de pasada a nuestro vecino de al lado, Dick, que se preparaba para rabino. «No te preocupes, yo me encargo», dijo para tranquilizarme. «Cuando llegue la hora de apagar las luces.» Así pues, en cuanto acabé de contar a los chicos un cuento de buenas noches, Bernice y yo salimos de la cabaña y entró Dick.

—Amigos —les dijo—, hoy uno de vosotros ha hecho algo que no está bien. —No especificó qué—. Pero el que sea valiente y confiese que lo hizo se ganará mi respeto. Ahora voy a pasearme por la cabaña y podéis decírmelo al oído.

Se oyeron unos susurros ininteligibles.

—Gracias, amigos. Buenas noches.

La puerta se abrió y se cerró. Dick se acercó a nosotras.

—¿Y bien? —preguntamos.

—Tres de ellos han dicho que lo hicieron.

Los dos monitores responsables de una cabaña cercana de chicos de once años eran Gus y Klaus. Ambos eran estudiantes rabínicos de Nueva York; habían llegado al campamento con traje oscuro, sombrero negro, camisa blanca y zapatos de calle resbaladizos, además de con unos maletines negros donde todo el mundo supuso que llevaban la Torá. Ninguno de ellos tenía experiencia con niños. Peor aún, jamás habían pisado el enmarañado, engañoso y empantanado bosque boreal canadiense, con sus mosquitos y sus moscas negras.

Por lo menos pudieron comprar unas camisetas del campamento White Pine en la tienda de recuerdos y se las pusieron en lugar de las camisas blancas. A partir de entonces, cada dos por tres los veíamos cayéndose de los barcos de vela y resbalando por las canoas, porque no tenían zapatos con suela de goma.

Compartieron sus tribulaciones conmigo: el campamento era un infierno, su cabaña estaba llena de demonios desobedientes que los atormentaban, odiaban los mosquitos, ¿por qué habían ido? También me confesaron que en los maletines no llevaban Torás sino botellines de cerveza. El alcohol estaba prohibido en el campamento (aunque a veces se pasaba de contrabando metiendo ginebra en las sandías: se bebía con pajita). ¿Podía apiadarme de ellos y ayudarlos a salir de allí?

Sí que podía. Los metí en una barca de remos, que se bamboleaba menos que los veleros y las canoas, y los llevé remando por detrás de la única isla que había en el lago Plácido/Huracán. Atamos los botellines a trozos de cuerda con flotadores y los hundimos en el lago. Les propuse llevarlos de nuevo detrás de la isla cuando la situación los superase, para que al menos pudieran tomarse una cerveza fría. Agradecidos, me enseñaron a jurar en yidis y en hebreo. Un vocabulario rico y útil.

Sigo en contacto con Gus desde entonces. Sí que se hizo rabino. Cita favorita:

YO: Bueno, ¿qué me dices del Libro de Job?

GUS (*hace una pausa. Piensa*): ¿A ver, cómo lo digo? Las autoridades están de acuerdo: Dios no sale de ahí con las manos limpias.

Henry Singer era el jefe de sección de los Kiwis y los Koalas, pero también era estudiante de Medicina. Me contaba muchas batallitas. Por ejemplo, que los estudiantes de Medicina solían sacar manos cortadas de la sala de disecciones y se las metían en el bolsillo a sus compañeros para darles un susto. También robaban penes amputados, esperaban a que alguien se pusiera a su lado en los urinarios y luego decían: «Joder, este chisme no funciona», y lo tiraban al urinario.

Mientras trabajaba en urgencias, Henry tuvo que lidiar con un hombre que estaba muy preocupado porque la orina le salía azul. Resultó que se había metido lápiz de cera azul en la vejiga. (Debió de dolerle una barbaridad.) Otro hombre había metido el pene en un grifo y se le había atascado. Tuvo que llamar a un fontanero, y llegó al hospital con el grifo todavía unido al cuerpo, aunque despegado de la pared. Luego había otro que se había insertado un soldador en el orificio anal y lo había encendido. Cuando lo encontraron estaba muerto, pero desprendía un delicioso olor a ternera asada. ¿Acaso Henry se inventaba todas esas cosas para escandalizar a los burgueses, en este caso, a mí? En cierto modo lo consiguió.

Dos citas favoritas de Henry: «Si fueras judía, me casaría contigo.» (Para él era una mezcla entre broma y cumplido.) Y la mejor: «Lo que pasa con el cuerpo humano es que es muy oscuro por dentro.» Cierto. Cité a Henry en mi libro sobre el arte de la escritura, *On Writers and Writing*. Las novelas y

los poemas también son cuevas tenebrosas: cuando entras en ellos como escritora, son muy oscuros por dentro.

Cuando llegó el momento de inventarme el taller de Naturaleza, supe que tenía que ser básico, porque no contaba con laboratorio ni equipo especializado, como microscopios. Preparé algunos concursos de preguntas (¿qué planta es ésta?) con tartas de temática natural como premio, igual que en el campamento Hurontario. Mi cómplice era el jefe de cocina, un hombre mayor con raíces europeas. Aumentó mi repertorio de decoraciones para tartas enseñándome a hacer una rosa clásica, como las que se ven en las pastelerías. Primero hizo la rosa; luego, con glaseado verde, hizo el tallo; y, para terminar, las hojas.

«Una rosa sin hoja es como una mujer sin honor», me decía con un enigmático parpadeo mientras añadía la hoja. Desde entonces le he dado muchas vueltas al tema. ¿Era una hoja de higuera, como en la historia del Edén? ¿Qué es el «honor»? ¿Es distinto en las mujeres y en los hombres? ¿Está el honor de las mujeres vinculado únicamente al sexo y el de los hombres a defender su reputación batiéndose en duelos a pistola y/o en la guerra? ¿Acaso alguna de esas clases de honor tiene algo que ver con decir la verdad y mantener las promesas? Se trata de preguntas que se hacen los escritores, pero también son preguntas humanas sin más. Y la decoración de tartas, importante en mi vida real, no tardó en adquirir una dimensión más amplia y metafórica en mis novelas.

Uno de los hombres que trabajaban en la cocina, en el puesto de pelapatatas, tenía un número tatuado en el brazo. Todos los monitores sabíamos qué significaba, pero no hablábamos del tema, algo que puede parecer curioso en un campamento judío. Por extraño que pueda resultar

hoy día, el Holocausto no era algo que se debatiera en público en los años cincuenta.

La horrenda verdad de los campos de concentración había salido a la luz en 1945. Las revistas *Time* y *Life* publicaron fotorreportajes impactantes que muchos millones de lectores vieron. La gente siguió con atención los juicios de Núremberg, que se prolongaron hasta finales de 1946. Luego se produjo una pausa. Entre las primeras películas que se adentraron en ese horripilante pasado estaba *Noche y niebla* (1956), de Alain Resnais, que se proyectó en numerosas salas de Francia y Alemania pese a los esfuerzos de la censura y que vi en Toronto a principios de los sesenta. Desde entonces ha habido un debate considerable acerca del «silencio de los historiadores» de los años cincuenta.

¿A qué se debió ese paréntesis? ¿Fue la sensación de que todo aquello había pasado entonces, que la guerra ahora quedaba lejos, que la década de 1950 era un comienzo nuevo y esperanzado, y la gente debía limitarse a olvidar lo sucedido? ¿O acaso el silencio se debía a la Guerra Fría y a la división de Alemania entre el Oeste capitalista y el amenazador Este comunista? ¿Acaso las potencias del momento pensaron «No vayamos a irritar a los alemanes del Oeste recordándoles lo que ha ocurrido»? ¿Era que las naciones occidentales se sentían culpables por no haber creído a los pocos judíos que lograron escapar y los testimonios de los supervivientes sobre los asesinatos en masa? ¿O era que había que proteger a los niños de conocer semejantes atrocidades?

No lo sé. Me limito a plasmar el hecho de que, aunque fue un redoble de tambor de fondo durante mis tres años en White Pine, el Holocausto no se mencionaba abiertamente. Ni siquiera se lo llamaba «Holocausto» aún: el término no se popularizó hasta un par de décadas más tarde. «Hay un ambiente genial / en el campamento White Pine.» Y así era.

Mi taller de Naturaleza se convirtió en una «actividad», como las manualidades o el béisbol o la vela, así que los acampados podían apuntarse. Mis estudiantes solían ser los chicos de menor edad: aún mostraban interés en los sapos, los caracoles, las setas venenosas, las serpientes y mis otras propuestas, algo que los mayores habían olvidado ya para reemplazarlos por las salidas en canoa y el esquí acuático. Me llevaba a los pequeños de excursión por el bosque. Hacíamos estampación de esporas de hongos. Atrapábamos criaturillas como sapos, ranas y tritones y los manteníamos cautivos un par de días en un acuario de cristal (por lo menos teníamos eso) antes de liberarlos de nuevo. Hacíamos lo que podíamos, dadas las circunstancias.

Un día llevé una serpiente al comedor. «¿Lo veis? No son nada viscosas.» ¡Gritos! ¡Caras de asco! El típico «¡Apártala, que no me toque!» ¿Tal vez fuera un error el meter la serpiente en el comedor? Aquí está el incidente, contado tal como sucedió en un poema de una serie posterior titulada *Snake Poems*.

Mujer serpiente

Yo fui una vez la mujer serpiente,

la única persona, al parecer, de todo el lugar
que no les tenía pánico.

Solía cazarlas con dos palos
entre plantas de algodoncillo, debajo de cobertizos y troncos
en busca de esa veta de metal verde y frío
que corría entre mis dedos como mercurio

o se volvía una pulsera desabrida
agarrando mi muñeca:

Podía seguirlas por su olor,
un olor enfermo, ácido y glandular,

parte mofeta, parte entraña
de un estómago abierto,
el olor de su miedo.

Una vez atrapadas, las cargaba,
flácidas y aterradas, hasta el comedor,
algo que incluso los hombres temían.
¡Qué bien lo pasaba!
¡Pon esa cosa en mi cama y te mato!

Ahora, no lo sé.
Ahora tendría en cuenta a la serpiente.

Como responsable del taller de Naturaleza, formaba parte del equipo directivo del campamento, que se reunía a diario en un círculo de sillas de jardín delante del comedor, junto con los jefes de sección. Hablábamos de cómo iban las cosas y pensábamos iniciativas nuevas, como los programas temáticos de tres días para todos los acampados. En ellos se mezclaban grupos de edad. Cada equipo hacía carteles, preparaba disfraces y luego jugaba a una variante muy dinámica de «captura la bandera».

Los montajes del campamento siempre se preparaban de noche. Después despertábamos a los acampados y les contábamos que había ocurrido algo

asombroso. Entonces empezaba el espectáculo. Un año el tema fue la Paz Mundial. Dos alienígenas habían aterrizado y se habían metido en la hoguera. Tenían un mensaje para nosotros: si no lográbamos la paz mundial en tres días, volarían la Tierra por los aires.

Los más pequeños se echaron a llorar. Los mayores dijeron: «Bah, sólo son Phil y Nate con trajes de amianto.» Ése era el tono de los montajes del campamento: o te los creías, o no te los creías. Pero, en cualquier caso, te disfrazabas.

Los miembros del equipo directivo recibían un mote según cuál fuera su especialidad: Gerry Natación, Beryl Equitación, Phil Vela, Beck Manualidades... Así pues, yo me convertí en Peggy Naturaleza.

JOE EL COMUNISTA Y OTROS AMIGOS DE WHITE PINE

—¡Así que trabajaste para aquel comunista, Joe Kronick! —me dijo hace poco un veterano de aquella época.

—Joe no era comunista —respondí—. Era trabajador social.

No cabe duda de que Joe era un defensor nato de los derechos humanos, pero eso no puede equipararse con ser comunista; más bien al contrario, en mi opinión. Es cierto que en el campamento había unos cuantos hijos de rojos que nos enseñaban canciones folk sobre la Gran Depresión, los himnos de los sindicatos y tonadillas idealistas acerca de cómo todos los pueblos del mundo compartían los mismos grupos sanguíneos, pero eso era normal para la época.

El objetivo de Joe no era convertir a los muchachos en maestros de la competición en vela o esquí acuático, sino que se centraba en la experiencia global de los acampados. En su opinión, debían aprender a llevarse bien, a

compartir y a pasárselo en grande. En otras palabras, la Paz Mundial. Del dicho al hecho hay un trecho.

Para los empleados, no sólo proporcionaba picoteo no *kosher*, como comida china, cuando acababa la jornada, sino que también traía a gente que pudiera hablarnos de temas adultos. Una de esas personas fue Alan Borovoy, de la Asociación Canadiense de Libertades Civiles (CCLA, por sus siglas en inglés), quien más adelante pasó a ser director general. Nos contó con sumo detalle de qué modo la CCLA se dedicaba a denunciar bloques de pisos que discriminaban en función de la raza o la religión. Primero mandaban a una pareja negra o judía. Si el casero decía que no había pisos libres, mandaban a otra pareja que no fuese ninguna de las dos cosas. Si entonces sí alquilaba el piso a esa nueva pareja, tenían pruebas de la discriminación.

Hace poco estuve hablando con un amigo, Ric Young, que asistió al campamento en el grupo de los Delfines durante mi etapa de Peggy Naturaleza, y había acabado siendo un experto en cambio social transformacional.

—Odiaba la naturaleza —me confesó— y me mantenía tan alejado de ella como podía.

Le sugerí que en realidad él mismo había llegado a advertir que aquella forma de pensar era un error, dado que era cofundador del primer centro de conservación dirigido por indígenas de Kenia, el Centro de Conservación Nashulai Maasai, denominado con frecuencia «héroe de la biodiversidad» e «incubadora para los derechos humanos».

—Así que el campamento White Pine ha moldeado toda tu vida —le dije.

—¡Mierda! —respondió—. Nunca lo había pensado así. ¡Pero tienes razón!

Y lo mismo ocurrió con muchas personas. Creo que mi profundo interés por las libertades civiles y los derechos humanos parte de aquella época.

Un día, un crío remilgado de quince años se presentó en la Cabaña de la Naturaleza. Era Charlie Pachter, el ayudante de la monitora de Manualidades. Más adelante Charlie pasaría a ser Charles y sería colaborador mío y un artista de renombre, pero a esas alturas era tan sólo Charlie.

Su versión de cómo empezó nuestra relación: lo «obligué» a tocar un sapo para demostrarle que no eran viscosos. Mi versión de la historia: acabó tocando el sapo porque me hizo unas cuantas preguntas con curiosidad y al final le propuse: «Vamos, no pasa nada, puedes tocarlo.» Como es lógico, no tenía forma de coaccionarlo (nadie acaricia un sapo en un campamento de verano si no le apetece). Pero no sería la última vez que me adjudicaran más poder del que en realidad poseo.

En una ocasión, cuando mi abuela de Nueva Escocia (formal como ella sola) había venido a visitarnos a Toronto, Charlie entró tan campante. Había estado peinando la tienda del Ejército de Salvación en busca de disfraces para el campamento White Pine.

—¡Mirad, un vestido sin tirantes! ¡Mirad, un bolero de pieles!

Iba haciendo piruetas. Mi abuela estaba maravillada.

—Es un artista —le dije. Bueno, eso lo explicaba todo.

Aunque se adoraban el uno al otro, Charlie y su madre mantenían una relación peculiar. Ella había tirado el pato de papel maché que había hecho su hijo de niño, ¡había destruido su Obra de Arte! ¡Trauma! Para echar más leña al fuego del ultraje, solía decirle: «Si quieres pintar, pinta las sillas de

la cocina.» Yo comprendía al muchacho: a mí tampoco me había alentado nadie cuando quise ser escritora.

Charlie se vengó poniéndole un apodo a su madre: Dibbles, en honor de la excéntrica bruja Sarah Dibbles de una serie de televisión. También le gastaba bromas. Por ejemplo: su madre tenía dos lámparas en la sala de estar con forma de «bailarines árabes» (ligeros de ropa, hombre y mujer). Una tarde, antes de que llegasen a casa las amigas del club de bridge de su madre, Charlie pegó lana de acero en las axilas y la entrepierna de las lámparas y esperó detrás de la puerta para ver la reacción.

Al principio no sucedió nada. Luego, una de las jugadoras de bridge dijo:

—¡Sarah! ¿Qué les pasa a tus lámparas?

Silencio, seguido de una voz:

—¡Charles! ¡Eres un demonio! ¡Un demonio redomado!

Rick Salutin, que llegaría a ser dramaturgo, periodista, autor de novelas gráficas y de memorias, vino a visitar a Charlie Pachter al campamento. En aquella época Rick era un bobalicón meapilas, odioso y mojigato, como él mismo admite ahora sin tapujos. Más adelante diría que todos aquellos rezos iban encaminados a sacar de quicio a su padre, un ateo de tomo y lomo, jugador empedernido y antipático a rabiar. Una vez que Rick superó la fase de las plegarias y se aventuró al mar de la escritura, recurrió a mí por mi amplia experiencia —a los veintisiete años— y nos hicimos buenos amigos. Cuando quise que alguien me acompañase a ver la película *Barbie* hace poco, ¿a quién elegí? Pues a Rick. (Le gustó.)

Durante mi segundo año allí, Joe me envió a Maine a un campamento de preparación en la naturaleza con dos miembros más del equipo, Nate y Steve, para que pusiéramos a prueba nuestras dotes de supervivencia por si

acaso nos perdíamos en el bosque (aunque, en mi caso, con un puñado de chiquillos de ocho años y una sola noche fuera a orillas del lago Plácido y con las luces del campamento a la vista, era poco probable que me extraviara). El campamento de Maine era muy poco judío. En White Pine, los comentarios eran a mi costa —«No pareces judía» o, de hecho, «A mí sí me pareces judía»—, pero aquí Nate y Steve estaban rodeados por, y perdón por decirlo así, los *goyim*, y eso los ponía nerviosos. Hay que recordar que no había transcurrido tanto tiempo desde la guerra; una guerra en la que Canadá había rechazado a los refugiados judíos que huían de la muerte a manos de los nazis. «Ninguno ya son muchos» es la memorable frase que se supone que dijo un alto cargo del gobierno de Mackenzie King, el primer ministro canadiense durante la Segunda Guerra Mundial. Incluso en 1960, aún se aplicaban cuotas de acceso a los estudiantes judíos que quisieran cursar estudios de medicina; tanto el Club Rideau de Ottawa como el similar Club Granite, de torontonianos *wasps* de clase alta, estuvieron vetados para ellos hasta los años setenta.

Normal que Nate y Steve se mostraran aprensivos. Se me pegaron como lapas: estaban seguros de que yo sí sabría moverme por ese mundo que era una amenaza en potencia. Yo les echaba un ojo, los cuidaba como una mamá pata y me aseguraba de que desayunaran bien.

Mientras pulía mi capacidad de supervivencia, me corté el dedo anular de la mano izquierda hasta el hueso con un hacha. (Mi excusa: llovía.) ¡Qué interesante mirar dentro del propio cuerpo! Y además, ¡qué doloroso! Estábamos lejos de un hospital, pero la enfermera del campamento me puso un punto de aproximación en el corte. Durante años no tuve sensibilidad en la yema de ese dedo, pero ahora sí.

Moraleja: los nervios pueden regenerarse.

Beryl Equitación (nombre completo: Beryl Fox) era del oeste, una zona desconocida para muchos ontarianos. Era guapa, tranquila y autoritaria, y los caballos la adoraban. Más tarde se hizo productora de cine, y destacó por su documental bélico de 1965, *The Mills of the Gods: Viet Nam*, un retrato en profundidad, temprano e impactante, de las fuerzas militares de Estados Unidos y de Vietnam durante esa guerra. Fue ella quien adquirió los derechos audiovisuales de mi segunda novela publicada, *Resurgir*, protagonizada entre otros por un joven R. H. Thomson, que llegó a ser un famoso actor de teatro y televisión. El director fue Claude Jutra, muy admirado por la película *Kamouraska*, de 1973, basada en la novela de Anne Hébert, una poeta a quien yo apreciaba mucho. Resultó que Jutra había desarrollado un alzhéimer precoz, del que él mismo no estaba al tanto. Tiempo después conocí a alguien que estuvo en el rodaje de *Resurgir*.

—Le decíamos: «La escena está lista» —me contó mi contacto—. Y él decía: «¿Qué escena?» Pensábamos que fumaba demasiada maría.

La película resultó tan incoherente que fue una decepción. Cuando Jutra descubrió la verdad sobre su enfermedad, se arrojó al río San Lorenzo.

Sin embargo, a finales de los años cincuenta en White Pine, todo eso formaba parte del futuro. ¿De verdad Beryl y yo nos colamos en el pabellón de los jefes de acampada y pegamos sus zapatillas al suelo? ¿Soltamos un saco lleno de ranas? (Lo siento por las ranas.) ¿Cubrimos el pomo de la puerta con espuma de afeitar, salimos de allí de puntillas y después aporreamos la puerta? ¿Hubo gritos y juramentos cuando los chicos se espabilaron e intentaron ponerse las zapatillas, pero descubrieron que estaban pegadas al suelo y llenas de ranas? ¿Volví a toda prisa a mi tienda de campaña y me hice la dormida? Todo esto sucedió tal como lo he contado. Los jefes sospecharon de Beryl, le cascaron un huevo en el pelo y la tiraron al lago. Estaban seguros de que en la broma habían participado

dos personas, pero, con mi cara de inocente, nunca me pillaron, y Beryl no me delató. Siempre le estaré agradecida por eso.

Una vez que eres Peggy Naturaleza, lo eres para siempre. Resulta desconcertante que un abogado jubilado y medio calvo que no me suena lo más mínimo, pero que tenía ocho años cuando yo tenía dieciocho, me aborde en público:

—¡Peggy Naturaleza! ¿De verdad eres tú?

Sí. Soy yo. Peggy Naturaleza es uno de mis disfraces.

11

Bohemian Embassy

Mi vida universitaria durante esos tres años fue frenética. Mi carrera requería medirme las fuerzas a base de bien con todas las esferas de la Literatura Inglesa, empezando por la época anglosajona y siguiendo, siglo a siglo, hasta mediados del XX. A eso había que añadir Literatura Francesa y Filosofía como asignaturas complementarias. No era precisamente pan comido.

Casi siempre estudiaba en la biblioteca del viejo Victoria College, que tenía mesas largas con lámparas de lectura de pantalla de cristal verde y contaba con una bibliotecaria muy especial, un alma intrépida llamada señorita Honey. La señorita Honey se organizaba de un modo algo curioso: una vez ordenó *Fiesta*, la novela de Ernest Hemingway sobre el toreo, en la categoría de «Cría de animales». Después de graduarme, tuve un sueño en el que volvía de entre los muertos a través del césped de la biblioteca del Vic. Tras emerger de la hierba cubierta de barro, entraba tambaleándome en la biblioteca, donde la señorita Honey vigilaba la sala. Ni pestañeó.

Durante esos tres cursos también me vi envuelta en el mundo artístico universitario. Como había tan pocos estudiantes interesados en arte y literatura, había muchos solapamientos: era fácil que un día ayudases con el club de debate, al siguiente diseñases la cubierta para la revista literaria y

luego actuases en la sátira del espectáculo anual de variedades del Victoria College, el *Bob Revue*. Mi mejor papel fue el de una poeta *beatnik* que recitaba un poema con versos de una palabra que rimaban con «depresión» o «deflación».

«Ahí está Peggy Atwood interpretándose a sí misma», comentó un gracioso.

También hice de lady Haughty, una de las damas de la corte, en una representación de *La mujer silenciosa*, la obra de travestismo de Ben Jonson. Dibujé la portada del programa e imprimí el cartel, ya que también tenía un negocio casero de carteles serigrafiados que había montado en la mesa de ping-pong del sótano de mis padres. Hacía pósteres para los musicales y las obras de teatro del campus. Mi única competencia era un chico llamado Barry Zaid, que lo hacía mucho mejor que yo y luego se dedicó al diseño gráfico profesional. Pero yo era más barata.

Un día estaba pintando un decorado de teatro cuando llegaron corriendo dos tipos: Stephen Lewis, futuro líder del Nuevo Partido Democrático de Ontario y, tiempo después, embajador de Canadá ante las Naciones Unidas, y Gerry Caplan, que era Gerry Natación en el campamento White Pine, y que llegaría a ser activista político y experto en genocidio.

—¡Rápido! ¡Ven con nosotros! —me instaron—. Es la asamblea de estudiantes y alguien de nuestro partido está enfermo. ¡Necesitamos que votes!

—Pero estoy hasta arriba de pintura —dije.

—Da igual.

—¡Pero no sé cómo se vota! —protesté.

—Tú limítate a levantar la mano cuando lo hagamos nosotros.

Y eso hice. Ésos fueron mis primeros pinitos en el mundo de la política.

Al acabar la jornada los estudiantes solíamos ir a la sala King Cole, una «sala para beber» en el sótano del hotel Park Plaza, cerca del campus. En la pared tenía un mural del Old King Cole con cara de alma alegre, es decir, borracho. Allí servían cerveza de barril a diez centavos. Por aquel entonces, Toronto era una de esas ciudades que prohibían ciertas actividades: no podías beber alcohol donde alguien pudiera verte, por miedo a que se corrompiera, de modo que bebíamos en sótanos, o en oscuros bares subterráneos con las cortinas echadas o (el único ejemplo al aire libre) en el jardín de la azotea del Park Plaza, donde los días cálidos podíamos beber fuera. El jardín de la azotea tenía unas relucientes mesitas negras: las incluí en la escena de *La mujer comestible*, en la que la protagonista desaparece debajo de una mesa. Allí trabajaba un camarero legendario llamado Harold; llevaba tanto tiempo en el bar que lo más probable es que fuera un vampiro, pero no tuve el placer de conocerlo hasta que me gradué. De momento, los estudiantes de los primeros cursos bebíamos en la sala King Cole, donde no te preguntaban la edad.

Para evitar que las furcias (como decía la gente entonces) se insinuaran y que los hombres solos acosaran a las mujeres, la sala se dividía en dos secciones. La zona de «Sólo hombres» tenía fama de ser un lugar muy decadente, donde podía haber peleas y vómitos, así que los chicos trataban de camelarte para que los colaras en la zona de «Mujeres y acompañantes». De ese modo podían tener una experiencia más civilizada y posiblemente libre de vómitos. A cambio, te pagaban la cerveza de barril.

Era allí donde tenían lugar las sesudas conversaciones sobre arte y literatura, o si no, en la cafetería de Wymilwood, el centro estudiantil del Vic, donde había cuadros del ahora famoso Lawren Harris desperdigados aquí y allá por todas las paredes sin que nadie se molestase en robarlos. Muchos de los chicos con dotes artísticas eran actores, y como entonces

apenas había compañías de teatro profesionales en Canadá, se marchaban a Inglaterra después de graduarse. Uno de ellos fue Donald Sutherland: lo vi en una representación estudiantil de *A puerta cerrada*, de Sartre, donde estuvo fabuloso. Según decían, a Donald lo apodaban Pez porque bebía como los peces. También corría el rumor de que lo habían expulsado de Burwash Hall, la residencia masculina, por mear por una ventana justo cuando pasaba por debajo un catedrático. Lo del catedrático fue coincidencia, lo de mear no: muchos chicos de Burwash meaban por la ventana.

¿Había algo de cierto en eso? Quién sabe. Donald Sutherland ya era un mito, aunque pocos saben que uno de sus primeros papeles fue el de una de las tres brujas en una producción italiana de *Macbeth*.

HAROLD SE CASA

Me refiero a mi hermano Harold, no al camarero vampiro. Se casó en diciembre de 1959, cuando yo tenía veinte años y él acababa de graduarse. Después de ser bastante inmune a las chicas, porque era incapaz de saber cuándo flirteaban con él, al final lo cazó una compañera de clase que había estudiado Biología con él. La chica se llamaba Lenore Mendelson. A mí me encantaba que se llamase Lenore, como la heroína de Poe y la mantis religiosa que tuve de mascota. A Lenore, por cierto, le gustaba mucho citar a Poe: una «singular y radiante doncella». Era hija de Shier Mendelson, un legendario nadador de aguas abiertas de Toronto, y formaba parte de una familia que contaba con varios genios de las matemáticas: entre ellos el primo Nathan, que trabajó en el Proyecto Manhattan.

Lenore fingía que se le daban mal las matemáticas y le pedía a Harold que la ayudase con los problemas matemáticos para los que ya sabía las respuestas. Hubo un gran avance cuando él la invitó a ir a esquiar. Ella no había esquiado en su vida, pero aceptó rauda y veloz. Así que subieron a la cima de la colina. Él se dio impulso y bajó como el rayo. Ella se dio impulso y bajó como el rayo, se cayó, rompió un esquí, se torció el tobillo y tuvieron que retirarla de la pista, igual que en las películas. «No sé qué ha pasado», dijo Lenore. «Habré tropezado con algún pedrusco.»

Al final, Harold le declaró su amor de la siguiente forma. Había invitado a Lenore a dar un paseo en un parque. Pasaron junto a un estanque en el que nadaban una pata y sus patitos. «¿Te gustaría tener patitos?», le preguntó. Los biólogos. Siempre tan centrados.

Estas historias me llegaban a través de Lenore, que era una narradora excelente. Una vez me dijo: «Méteme en una de tus novelas, pero hazme rubia y de veintiuno.» Ella también empezó una novela sobre una vampiresa judía, pero no llegó a terminarla. Fue el premio que gané en un juego familiar durante unas vacaciones y desde entonces la tengo en mi colección de relatos de vampiros.

Harold se hizo neurofisiólogo especializado en sinapsis. Lenore se hizo ceramista. Juntos engendraron tres bebés, que en el futuro se dedicaron a la física, a la ingeniería de materiales y, tras un escarceo como estudiante de arqueología china, a la abogacía con especialización en derecho marítimo. Lenore solía hacer tarros con forma de boca abierta para guardar los lápices y cajas de galletas con forma de pechos y tapas que se abrían por los pezones. Las firmaba como «M. Atwood», por «Mrs. Atwood», aseguraba.

Una vez, en una tienda de regalos, saqué la tarjeta de crédito y el hombre del mostrador miró mi apellido.

—Atwood —dijo.

—Sí —respondí con modestia, esperando algún comentario sobre mis libros.

—¿Tiene relación con Lenore Atwood?

—Es mi cuñada —dije decepcionada.

—¡Ay, Dios mío! ¡Me encantan sus tetas!

Al cabo de un tiempo, Lenore se especializó en elefantes de cerámica. Los hacía personalizados. Un cirujano encargó un elefante que estuviera realizando un trasplante de hígado a otro elefante, pero se lo devolvió para que lo rectificara, porque el color del hígado no era adecuado. «Tiene que ser un hígado enfermo», aclaró. «Jamás sacaría uno sano.»

La creatividad tiene muchas formas.

ESCRITULANDIA

Me puse a escribir, a escribir sin parar, a escribir cada vez más. Tenía un cajón lleno de manuscritos. Ahora me encontraba en un mundo poético con un montón de papel sucio, cubos de basura y tazas de café, porque a esas alturas había asimilado por completo a T. S. Eliot. Plasmaba en mis poemas la nieve de Toronto que se derretía en primavera y dejaba al descubierto deprimentes periódicos viejos empapados y caca de perro: ese retazo de vida no estaba al alcance de Eliot, pensé, porque en Londres no nevaba tanto.

La única de la familia que estaba encantada con mi férrea determinación de ser escritora era mi tía Joyce Barkhouse, la hermana menor de mi madre, que llegaría a ser una célebre autora de libros infantiles. Envió una de mis composiciones en verso libre plagadas de tazas de café y caca de perro a un primo segundo que era profesor universitario de Literatura; a su vez, él se la

mandó a un poeta de verdad llamado Douglas Lochhead. El hombre dictaminó que aquello era «prometedor» y dijo que debían animarme a continuar.

¡Menudo espaldarazo! Me eché a correr emocionada... y abarroté la revista literaria del Victoria College de poemas, historias e ilustraciones, mientras buscaba pequeñas publicaciones literarias en la biblioteca de la facultad. Transcribía los poemas con dos dedos en la Remington portátil de mi madre y los mandaba a revistas, incluyendo un sobre con mi dirección y el franqueo pagado. Los recibía de vuelta con notas de cortesía en las que decían que no encajaban con la línea de la revista en ese momento. «En ese momento» resultaba alentador. ¿Tal vez más adelante?

Al principio, en la revista universitaria publicaba con el nombre de Peggy. Luego, alguien que en teoría sabía de qué hablaba (John Robert Colombo, promotor de la poesía en el campus) me dijo que si continuaba usando Peggy, un nombre que se prestaba a las bromas, nunca me tomarían en serio como escritora. Así pues, cambié mi *nom de plume* a M. E. Atwood, empleando las iniciales en lugar del nombre de pila para que no me etiquetaran como chica. ¿Cómo sabía que eso podía reducir mis posibilidades de triunfar? Todo el mundo lo sabía. Estaba Walt Whitman y luego estaba Emily Dickinson. Estaba Tennyson y luego estaba Christina Rossetti. Primera fila. Segunda fila.

Por fin conseguí que me publicaran un poema en el mundo real fuera de las revistas literarias de la universidad. Trataba sobre peonías y hormigas, y lo publicaron en una pequeña revista titulada *Canadian Forum*. Estaba eufórica, y algo aterrada. El futuro se iluminaba como un llamativo letrero de neón: llamativo porque ahora me aceptaban las Musas, un grupillo poco fiable. Aterrada, porque todos sabíamos la maldición que arrastraban los poetas; y en especial las poetas, destinadas a vivir vidas solitarias,

promiscuas, mórbidas o breves. (El término «suicida» aún no se había añadido a la mezcla: Sylvia Plath y Anne Sexton continuaban vivas.) Sin embargo, si eras escritora de prosa además de poeta, podías librarte de lo peor. George Eliot había llevado una vida relativamente serena. Y también Jane Austen.

Compartí la noticia de mi primera publicación poética oficial con mi madre, que en ese momento estaba pelando zanahorias. «*¿Canadian Forum*? ¿Y eso qué es?», me preguntó.

Y así fue de ahí en adelante. Mi madre me quería en mi faceta de Peggy, la que escribía tarjetas de cumpleaños rimadas, la que actuaba en las fiestas infantiles y participaba en sátiras ridículas. Todo eso podía entenderlo: era el tipo de cosas que hacía el grupo de jóvenes de su parroquia del barrio en Nueva Escocia décadas atrás. Mi faceta de M. E. Atwood la asustaba y la confundía, y se esforzaba al máximo por hacer como si no existiera. Cuando ya era muy anciana, le pidió a mi hermano que ampliara la foto en la que salgo con tres años, su favorita. Miro hacia el cielo con los ojos muy abiertos y una expresión espiritual y maravillada. Ésa era la versión de mí que más apreciaba.

Mi madre no era la única que desconfiaba de mi yo-escritora. ¿Cuántas veces he oído, en firmas de libros: «¡Pero tiene una escritura tan oscura! ¡No pensaba que fuera usted tan divertida!»?

Una buena pregunta sobre la que reflexionar. ¿Cuál de esas personificaciones es real? Y ¿por qué no pueden ser ambas?

En el número de diciembre de 1958 del *Acta Victoriana* —una revista plagada ya de textos tanto míos como de Dennis Lee, quien ya no quería ser pastor de la Iglesia Unida y ahora deseaba ser escritor— se incluye un

curioso poema titulado «Spratire», de Shakesbeat Latweed. Consta de cuatro partes, cada una de ellas es un *riff* a partir de un verso del poema infantil:

> Jack Spratt no podía comer grasa,
> su mujer no podía comer magro,
> así que entre los dos dejaban
> más que reluciente el plato.

La primera estrofa de «Spratire» es sin ninguna duda un tributo a T. S. Eliot, la segunda remite a Shakespeare, la tercera es Dylan Thomas en *La Navidad para un niño en Gales*, y la cuarta es estilo *beat*... posiblemente Kerouac. Dennis y yo, que teníamos el nombre conjunto de Shakesbeat Latweed (Shakespeare y *beatniks*, Lee y Atwood), lo escribimos en la mesa del comedor de mis padres, y nos partimos de risa durante el proceso. Ésa era una imagen de mi yo-escritora que mi madre sí valoraba: las risas, la invención descarada.

He aquí «Spratire», para que veas por qué nos parecía tan hilarante. (Nota: Canada Packers era una fábrica de envasado cárnico, y Molson, una cervecera con doscientos años de antigüedad.)

Spratire

Canada Packers es la marca más cruel, suministrando
lo que no puede ser aprovechado, produciendo
grasa que no puede ser disfrutada, por
Spratt: demoníaca, ctónica grasa.
GRASA: He medido el café con cucharadas.

MÁS GRASA: Así es como termina la comida, no con más.

MÁXIMA GRASA: grasa sino con gambas.

¡Oh, esposa elefantina, que aspiraste
a abarcar dentro del alcance de tus fauces
el plato hercúleo! Y aun con toda
la redonda perfección de tu amplia forma
(que espumajea como la suave cerveza de Molson)
no pudiste instruirte a ti misma con autodidactas súplicas
a alimentarte con nada más que las ricas
y reales cortezas de Magro de alabastro,
abandonando toda esbeltez.

Narrador: ... Siempre había dos; y el siempre-recordado cordero de esa comida olvidada reposa allí en el ahuesado y atocinado rincón de desayunos al borde del fregadero galófono relleno y raspado de salsa, con ambos como enormes y doblemente servidos pájaros posados en los bordes precarios de sus sillas.

(*Ruido de cuchillo afilándose*)... (*Se desvanece*)... Como... como...

Como desplazándose angelicalmente, y su psique seguía golpeando fuerte hacia dentro, con el torrente de llorosas, dentadas, turgentes cosquillas y lenguas relamiendo y absorbiendo el abundante plato de grasa como un latido real, ahora está muy limpio, ahora está muy lustroso, ¡en plan flipante!

¿Acaso éramos unos irreverentes? Claro que no. Es imposible escribir una parodia sin comprender los nervios, la fuerza, la forma, la estructura sintáctica y el vocabulario de la obra que quieres parodiar.

Shakesbeat Latweed tuvo tanto éxito que continuó escribiendo, utilizándome como médium, incluso cuando Dennis abandonó la iniciativa para dedicarse a cosas mejores. En realidad, se había marchado a Alemania de año sabático, lo cual permitió que yo obtuviera la beca universitaria Woodrow Wilson que de otro modo habría ganado él. Shakesbeat siguió como Ente después de que Dennis y yo dejásemos la revista, pero ya no era lo mismo. Cualquier poema de Shakesbeat publicado a partir de la primavera de 1961 no es mío. Ni nuestro.

Shakesbeat se mofaba de todo, incluida la «mitopoeia». En algunos círculos estábamos en la Era de la Mitología: *Anatomía de la crítica* de Northrop Frye se publicó en 1957, después de su admirable estudio sobre William Blake, *Fearful Symmetry*, y estaba en la cresta de la ola. (Personalmente, sospecho que Blake se inventó todos esos nombres raros en sus largos poemas narrativos para evitar que lo metieran en la cárcel por sus peligrosas opiniones políticas, pero ¿quién sabe?) Frye impartía un curso llamado «La Biblia como obra literaria», que siempre estaba a rebosar, pues todo el mundo asistía como oyente.

Comparemos mitologías era el título del primer poemario de ese joven ídolo del campus, Leonard Cohen, que aún no era el famoso cantante y compositor que sería. En 1960 el poeta y dramaturgo James Reaney fundó una revista llamada *Alphabet*, dedicada por completo a obras que ejemplificaran la visión mitopoética; fue uno de mis primeros editores.

Reaney era sin duda uno de los poetas más raros sobre la faz de la Tierra. ¿Quién más habría escrito un largo poema dialogado en estrofas spenserianas acerca de una bandada de gansos que debaten sobre la vida, el amor y la muerte en una granja de Ontario? *Spoiler*: a algunos de los gansos los sacrifican en Navidad.

Northrop Frye era un lector voraz: Shakespeare, Milton y Blake, sí, pero también ciencia ficción, novelas de detectives, novelas románticas, tebeos, las obras completas de sir Walter Scott... Todo era molienda para su formidable molino intelectual. Sólo hice una asignatura con él. Era sobre Milton, prometía ser bastante denso, pero Frye era un profesor muy lúcido, además de gracioso. Había que escuchar con atención para pillar las alusiones sarcásticas y los retazos de chistes verdes que intercalaba, pero ahí estaban.

—Profesor Frye, ¿hay algún tema del que no lo sepa todo? —lo elogió una admiradora en una reunión de tarde.

—Bueno, tal vez los arreglos florales japoneses —respondió con parquedad.

A continuación se enfrascó en una profunda disquisición sobre los arreglos florales japoneses. No, no había muchos temas de los que no lo supiera todo.

Frye leía la revista literaria de la universidad de cabo a rabo, y también leyó la mofa de Shakesbeat Latweed sobre él —un análisis mitopoético del anuncio radiofónico de Bromo y también de Ajax, el limpiador con espuma, inmerso en un combate épico con su antagonista, Suciedad—, pero no me cogió manía por eso. Saltaba a la vista que me seguía de cerca porque fue él quien me propuso que solicitara la beca Woodrow Wilson para ir a Harvard. Las universidades lanzaban esas invitaciones con bastante generosidad en aquella época, porque veían que se echaba encima la oleada de *baby*

boomers y no había suficientes profesores de Literatura Inglesa para cubrir tal demanda. No había suficiente de nada.

Mi idea era emigrar a Londres o a Francia, trabajar de camarera, vivir en una buhardilla y escribir en mi tiempo libre. Frye me dijo que, en su opinión, tendría más tiempo para escribir si seguía con mis estudios universitarios y además (insinuó) tendría más dinero. Más adelante sí que trabajé de camarera y reconozco que él tenía razón en ambas cosas.

Cada estudiante que se graduaba tenía asignado un orientador profesional. El mío dijo que debería olvidarme de todas esas ideas sobre la escritura y los estudios de posgrado porque no me harían feliz. En lugar de eso, debería buscarme un buen hombre y casarme. Te puedes imaginar qué pensaba yo sobre el tema. No le cité a John Stuart Mill: «Es mejor ser una persona insatisfecha que un cerdo satisfecho.»

Además de Frye, había otros dos elementos «potentes» en el campus: por «potentes» me refiero a aquellos con prestigio más allá de nuestra pequeña burbuja académica. Uno era un antropólogo llamado Edmund «Ted» Carpenter, quien, junto con el tercer elemento potente (Marshall McLuhan) fundó el seminario sobre Cultura y Comunicación y la revista *Explorations*. Como estudiante, los conocía a ambos, pero McLuhan brillaba con más fuerza en mi firmamento: había publicado su primer libro, *The Mechanical Bride: Folklore of Industrial Man*, en 1951, y se convirtió en una leyenda subversiva. No lo vendían en las librerías —corría el rumor de que algunas de las empresas cuyos anuncios diseccionaba McLuhan habían impedido que circulara—, pero podías conseguir un ejemplar por la ventana de atrás de la casa de McLuhan en Toronto, que es lo que hice yo.

Ese libro me encantó porque incluía los mismos anuncios de la década de 1940 que yo recortaba y pegaba en álbumes de recortes con pegamento de barra cuando estaba enferma y no podía ir al colegio. Algunos de mis

favoritos estaban allí: una mujer que miraba un cielo lluvioso y se consolaba porque su marido muerto estaba en una cripta metálica y así no... ¿se mojaría? (Incluso de niña sabía que era ridículo. ¿Qué pensaban que ocurría con los cadáveres?) Y la mujer que se ahogaba en un estanque en el que ponía DUDA, INHIBICIONES, IGNORANCIA y RECELOS. Era tan alegórico. Al estilo de John Bunyan. ¿Los Recelos Gigantes? ¿El Cenagal de las Inhibiciones? El anuncio era del potente germicida Lysol, que (aunque el anuncio no lo dijera de forma tan explícita) se suponía que debías ponerte en tus partes femeninas para no oler mal. Eso no podía ser bueno para la salud.

Durante ese período, cuando escribía buena parte de mi poesía de temática mitológica, indagué mucho acerca de Robert Graves. Ya tenía sus dos libros sobre mitos griegos, pero entonces me agencié *La Diosa Blanca*, en la edición de bolsillo de Vintage de 1958. En resumen: por una parte, las mujeres eran importantes; por otra, la versión de Graves sobre las poetas no era muy halagüeña para mí ni para mi vocación. Según él, la Triple Diosa Blanca ampliamente adorada por todo el Mediterráneo tenía tres formas: Doncella, Seductora (he olvidado qué nombre le daba él) y Arpía. Cada una de ellas se correspondía con una diosa: la primera era Artemisa, la diosa virgen de la luna; la segunda era Afrodita, la diosa del amor; y la tercera era Hécate, la diosa del inframundo. La Triple Diosa Blanca era la Musa que inspiraba a todos los poetas varones: la Pesadilla Vida-en-Muerte en *Balada del viejo marinero* de Coleridge, la diosa irlandesa Brigid, la diosa del mar Marian. Tres veces tres, ella era las Nueve Musas, antaño poderosas fuentes de inspiración de la poesía extática, pero luego reducidas por los atenienses a damas de honor de Apolo. (Nota: no era blanca porque fuese «caucásica», sino porque era [a] la luna y [b] una diosa de la muerte.)

Graves deseaba restituir a la Triple Diosa al lugar que le correspondía, pero eso implicaba matar a sus amantes. Si eras una poeta de cierta valía, tenías que encarnar a la diosa como Musa y matar también a alguno de tus amantes. Para una chica centrada en la familia como yo, criada con la idea de un matrimonio bien avenido, esto habría supuesto unos cuantos problemas. (Es un paradigma que oculta el mensaje ampliamente difundido de aquellos tiempos: una mujer podía tener una familia o una carrera profesional, pero no las dos cosas.)

He aquí mi dibujo con tinta de la Diosa Blanca, publicado en *Acta Victoriana*. Ya se ve que no estaba muy contenta. ¿Y eso es sangre?

Cuando no me dedicaba a darle vueltas a la Triple Diosa, le daba vueltas al perverso comportamiento político. Mucha gente había huido del Bloque Soviético y se había unido a otras comunidades de inmigrantes de la posguerra en Toronto. Entré como voluntaria para ayudar en un programa de enseñanza de Inglés como Lengua Extranjera (ILE), y me asignaron a una mujer que tendría unos cuarenta o cincuenta o incluso sesenta años, difícil saberlo. Había sido doctora en Checoslovaquia y había huido, pero aún

sufría. Quería que yo le corrigiera la pronunciación mientras la escuchaba leer artículos del *Reader's Digest* sobre los horrores del comunismo tras el telón de acero, sobre todo para los prisioneros políticos. (Esto fue antes de que Solzhenitsyn publicase *Archipiélago Gulag* en 1973.) Salían piojos, también hambruna y abuso sexual.

Más o menos por esas fechas, leí *La tortura*, de Henri Alleg, con introducción de Jean-Paul Sartre. El título original (*La Question*) remitía a la tortura, que debía «cuestionarse». Alleg había sido editor de un periódico, *Alger républicain*, que prohibió el gobierno francés de Argel. Él pasó a la clandestinidad, pero lo pillaron y «cuestionaron» en un intento infructuoso de conseguir que revelase los nombres de quienes lo habían ayudado. Este libro (escrito en la cárcel y sacado de allí de contrabando) describía con detalle los métodos de tortura empleados, vendió sesenta mil ejemplares en cuanto se publicó y luego se prohibió en Francia. La introducción de Sartre establece un paralelismo entre lo que los nazis hicieron a los franceses y lo que los franceses hicieron en Argel: aprendemos a torturar a partir de la tortura sufrida.

Moraleja: los gobiernos, como los comunistas, que alegan que están ayudando «al pueblo», pueden hacer cosas terribles. También pueden hacerlas aquellas que aseguran ser democracias, y ensalzan la libertad, la igualdad y la fraternidad. Lo mismo podría ocurrir con tu gobierno. Nadie es inmune.

Adrienne Clarkson, una refugiada de otro conflicto político, también entró en mi vida por esas fechas. Con el tiempo se convirtió en gobernadora general de Canadá, la representante de la Corona y, por lo tanto, en la dirigente del país *de facto*. Antes de eso fue la agente general de Francia, después de dedicarse a viajar por el mundo como periodista de televisión con un programa llamado *The Fifth Estate*. Pero antes aún de todo eso había

sido la mejor estudiante de su promoción de Literatura Inglesa en la Universidad de Toronto. En aquella época ya escribía, y se llamaba Adrienne Poy. Tiene el recuerdo de verme leyendo mis poemas en la sala común del Trinity College en un encuentro de escritores. Dice que le parecí impresionante. O por lo menos, memorable, que no es exactamente lo mismo. Había leído uno de sus relatos en una de las revistas universitarias y me emocionó mucho. En la historia salía una chaqueta de lana de esas que tienen bolitas para las que inventaron los quitapelusas de jerséis, y pensé que ese detalle (junto con el limpiabaños que también salía en la historia) era el *summum* del realismo artístico.

Cuando ella tenía dos años, la familia de Adrienne había escapado de la invasión japonesa de China sin llevarse apenas nada consigo. Iban en el último barco que zarpó de Hong Kong. Después Adrienne se las había apañado sin ayuda para sacar los cursos en un centro de Ottawa y había aprendido francés por su cuenta, porque no era francófona ni tenía permitido estudiarlo en una escuela pública. Siempre tuvo un estilo asombroso y cuando la conocí lucía el tipo de moño que la gente con tan poco pelo como yo no lleva ni en sueños.

Ya hace más de sesenta y cinco años que nos conocemos, y siempre nos lo pasamos bien cuando nos vemos. Podemos decir cosas duras, sucintas, bruscas y puntillosas sin correr el riesgo de que se nos malinterprete. Sabemos qué se esconde en el sótano. Allí es donde están enterrados los cadáveres.

A finales de 1960 ya conocía a muchos poetas de verdad. Los había conocido en un establecimiento llamado Bohemian Embassy, en St. Ni-

cholas Street de Toronto. Había quien pensaba que era una embajada de verdad: solían llegar cartas en las que solicitaban visados para Bohemia.

La Bohemian Embassy era una cafetería típica de principios de los años sesenta, en la estela de la librería City Lights en San Francisco. Tenías que subir unas escaleras desgastadas para llegar a una amplia sala que en su día fue un almacén, con las paredes de ladrillo visto, mesitas y la primera cafetera expreso que ninguno de nosotros hubiera visto en la vida. Había veladas de jazz y veladas de folk, y una velada poética, que era los jueves. Un tipo genial llamado Don Cullen llevaba todo el tinglado. John Robert Colombo —el comisario, como se diría ahora, de las veladas poéticas— me invitó a leer poesía allí a raíz de mis publicaciones universitarias. Mi poesía no era muy buena, me apresuro a añadir, y tampoco recitaba muy bien que digamos, pero allí me topé con muchas personas que iban a quedarse en mi vida, entre ellas la talentosa Gwendolyn MacEwen, así como Milton Acorn y David Donnell. Hay una foto en la que salgo sentada en la Bohemian Embassy junto con Marie Kingston, quien hacía espectáculos de mimo en el club. Estábamos escuchando a Sylvia Tyson (que entonces aún se llamaba Sylvia Fricker) cantar una canción folk. Seguramente hablaba del asesinato de una chica: muchas de esas letras iban de eso.

Era la época dorada del folk: Pete Seeger, Peggy Seeger y Cynthia Gooding. Joan Baez estaba a punto de debutar. Leí Child Ballads, la colección de canciones tradicionales, que daba material de sobra para mantener ocupada la mente gótica. (¿Asesinatos de hermanas? ¿Fantasmas que regresaban a su tumba al amanecer? ¿El diablo secuestrando a esposas en barcos? ¿Chicas convertidas en focas? ¿Accidentes de tren sin supervivientes? ¿Sirenas que hechizaban a marineros? ¿Reyes con amantes, que tenían hijos y los ahogaban en el mar para luego acabar ahorcadas? ¿Mujeres que envenenaban a sus amantes?) El mundo del folk estaba plagado de cosas turbias y espeluznantes, salpicadas, sin embargo, de unos cuantos puntos de luz: de vez en cuando salía una mujer que no terminaba en la horca, para variar.

Uno de mis amigos era un futuro economista llamado David Donaldson, que tenía una guitarra y una colección asombrosa de baladas muy sentidas y

de tonadillas verdaderamente asquerosas, entre ellas algunas canciones que se popularizaron entre los soldados durante la Segunda Guerra Mundial.

—¿Cómo es que conoces «El escuadrón del Atlántico Norte»? —me preguntó un asombrado Graeme Gibson, con antecedentes militares, mucho más tarde.

—Salía en una canción folk. Me la aprendí —respondí. Ésa era mi excusa.

La Bohemian Embassy tenía un lavabo que daba a la sala principal. La cafetera hacía «shhh» echando vapor. Justo cuando estabas leyendo el verso más triste, te interrumpía la cadena del váter o el traqueteo de la expreso. Fue un entrenamiento excelente para la parte pública de la vida literaria que me aguardaba.

DOS HISTORIAS DE VOMITONAS

Durante una visita a un campus estadounidense de élite, hace unos años, los estudiantes me contaron que se preparaban para las noches de borrachera vomitando a propósito para no hacerlo sin querer más tarde. No me cabía en la cabeza. Siempre me ha repugnado vomitar.

—Ven a tomar ayahuasca conmigo —me propuso un amigo hace poco—. Es increíble. Verás el Sentido de la Vida.

—¿Tendré que vomitar?

—Sí, pero hay un maestro cerca. Él te guiará.

—Si hay vomitona de por medio, entonces no.

Advertencia: sáltate la parte siguiente si eres una persona aprensiva.

Primera historia: uno de los bailarines de ballet de mi obra *La tragedia de Moonblossom Smith* me pidió que fuese a una de sus fiestas de toga en la

fraternidad a la que pertenecía. Acababa de cortar con su novia, estaba hecho polvo y bebía un montón de *purple jesus* para mitigar el dolor. El *purple jesus* se hacía con alcohol, *ginger ale* y mosto. Se llamaba así debido al color y (supongo) porque era fácil pasarse bebiendo, para después acabar vomitándolo mientras exclamabas «¡Jesús!». Eso es lo que le ocurrió a mi amigo. Por suerte, consiguió salir a la calle, donde pudo vomitar en un banco de nieve. El resultado fue muy colorido. (Fue una de esas ocasiones en las que me había olvidado las llaves, así que tuve que entrar en casa por el armarito para la leche, vestida de Cleopatra.)

Segunda historia: estaba en una fiesta que daba un amigo de un amigo, en la que algún gracioso decidió llenarme el *ginger ale* con un montón de vodka. Nunca había probado el vodka y no sabía qué estaba bebiendo, pero me lo ventilé entero.

Luego me desmayé. Me desperté en un sillón del sótano con un chico encima.

Entonces vomité. El vómito es ideal para apagar la lujuria.

Me pasé tres días fatal por la intoxicación alcohólica. El chaval que me había echado el vodka se disculpó y el sobón debió de confiar en que no me acordase. Pero sí me acuerdo. Sé quiénes sois, aunque no os menciono aquí porque hace mucho tiempo de aquello y, en realidad, es probable que ya estéis muertos. Pero si alguna vez os habéis preguntado por qué habéis tenido tan mala suerte en la vida, ha sido por la maldición de la Diosa Blanca. Ahí queda.

Me pasé la primavera de 1961 en una casita de Berryman Street, en lo que ahora es el enclave más exclusivo de Yorkville pero que en aquella época era un barrio destartalado, con tipos rechonchos en camiseta interior

bebiendo cerveza en los porches de casas desconchadas y decadentes del siglo XIX. Earle Birney tiene un poema titulado «Anglo-Saxon Street» sobre este barrio en la época en que era casi un suburbio. Luego pasó por una etapa en la que fue el reducto de los hippies y los cantantes de folk —tanto el Riverboat (el semillero de Joni Mitchell) como el Purple Onion estaban ubicados allí—, pero para eso aún faltaba. La casita era propiedad de mi profesora de Literatura Victoriana, Jay Macpherson. Era una lectora empedernida, muy inteligente, y poeta de una clase peculiar y etérea; su libro más famoso es *The Boatman*. Procedía de Inglaterra y la habían evacuado de niña durante la guerra y aparcado en la isla de Terranova, donde su madre la dejó antes de marcharse a trabajar a Ottawa. Su padre se había quedado en Londres. Dejar a tu prole con desconocidos es un riesgo, sobre todo si tienen varones jóvenes con las hormonas revolucionadas en la familia y tu retoño es una niña semihuérfana. Le pasaron cosas malas. (De esto me enteré mucho después: Jay y yo fuimos amigas hasta que murió de cáncer.)

Había comprado la casa en invierno y tenía intención de mudarse cuando terminase el trimestre como profesora residente, en primavera, pero dijo que le gustaría que mientras tanto alguien viviese allí, para evitar que entrasen ladrones y okupas. Acepté la propuesta encantada: se podía ir andando a su casa desde el campus. Además, en mi casa sentía cierta presión, pues la retahíla de novios irresponsables con ínfulas artísticas empezaba a sacar de quicio a mis padres. («Éste se lleva la palma», exclamó mi padre acerca de uno de mis pretendientes más disfuncionales y menos higiénicos.)

La caldera de la casa nueva de Jay funcionaba fatal, así que me pasé el final del invierno acurrucada junto a los conductos de ventilación forzados, estudiando para los exámenes y escuchando *The Goon Show* en la radio. El

examen final más difícil era el de Filosofía, para el que no estaba preparada. Fui a ver a mi amigo Buzz Archer, de mi clase de Literatura Anglosajona, y le pedí un benny (era como llamábamos a la bencedrina, una anfetamina: un tipo de *speed*). Buzz estaba bien provisto de bennies debido a su novedoso método de sacarse los estudios. Era un hombre mayor de un entorno menos privilegiado, y ya estaba casado. También era jugador de póquer profesional y se ganaba el dinero que necesitaba para la matrícula jugando al póquer la mayor parte del año. Luego dejaba el póquer, se ponía hasta arriba de bennies, se pasaba la noche estudiando como un loco, bordaba los exámenes y dormía tres semanas seguidas. Tiempo después, Buzz se convirtió en director de un instituto.

Me tomé el benny. Hice el examen con el corazón a mil y la letra cada vez más grande y cada vez más apresurada. Para mi sorpresa, saqué un sobresaliente. ¿Qué gran conocimiento había expresado? No tengo la menor idea.

Aquel verano me quedé en Toronto para prepararme para el doctorado, porque había conseguido la beca para Harvard que Northrop Frye me había animado a solicitar. Entonces me surgió un trabajo temporal pero bien pagado: censista. En aquella época el censo lo hacía gente que iba de puerta en puerta con cuestionarios. Había 18.238.247 personas viviendo en Canadá en 1961. Lo sabemos porque las contamos. Una de las personas que las contaron fui yo.

A cada una nos asignaban una zona de Toronto. La mía estaba en la parte oeste de la ciudad, más allá de Bathurst Street: una tierra de pensiones y sótanos alquilados de forma ilegal. Lo más probable era que los caseros no pagasen impuestos derivados de los alquileres, y muchos eran refugiados de

la Europa del telón de acero. Me tenían miedo: yo era del gobierno, una mala señal en los países de los que venían. Me tocaba explicarles una y otra vez que se trataba sólo de un censo: cuántas personas, de qué edad, de dónde eran. Aun así, algunos no querían reconocer que tenían inquilinos. ¿Cómo podían estar seguros de que no era de la policía secreta? Una anciana me persiguió con un cuchillo de carnicero para sacarme de su casa. «¿Para qué quiere saber mi edad el gobierno?» Vi unos cuantos ejemplos de personas (en su mayoría hombres mayores solteros) que se aferraban con uñas y dientes a sus cuartos casi sin amueblar. Estar sin blanca durante una temporada, como me pasaba a mí, no era equiparable a esa clase de pobreza. Muchas de esas pensiones han desaparecido, lo que ha dejado a esa gente viviendo en la calle.

Hacia el final de aquel empleo, me tocó contabilizar a otro hombre soltero de una pensión. Repasé las primeras preguntas con él y luego le formulé algunas que tenían como propósito determinar su país de procedencia.

—¿Dónde nació?

—Aquí.

—¿Dónde nacieron sus padres?

—Aquí.

—¿Y sus abuelos?

—Aquí.

Continuamos así un rato, hasta que se apiadó de mí.

—Soy un indio canadiense —me dijo.

(Hoy en día lo llamaríamos «persona indígena» o daríamos el nombre de su Primera Nación.) Me quedé anonadada y avergonzada. Tras haber vivido tanto tiempo en el norte, sabía que había una buena cantidad de indígenas. Entonces, ¿por qué no había un espacio para ellos en el cuestionario del

censo? ¿Quién había pasado por alto el hecho de que alguien que viviese en Canadá no necesariamente tenía ancestros que hubieran llegado de otra parte?

12

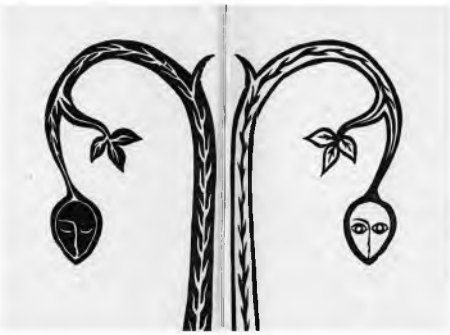
Double Persephone

Aquel verano en Toronto, a mi novio de entonces, el poeta David Donnell, se le ocurrió publicar una serie de folletos, del estilo de la serie de Emblem Books publicada por Jay Macpherson. La colección se llamaba Market Books. David me convenció para publicar mi secuencia poética, *Double Persephone*, como primer (y creo que al final único) Market Book.

Double Persephone era una serie de siete poemas cortos escritos en verso rimado. Había ganado la Medalla E. J. Pratt. (¿Presenté yo los poemas o lo hizo otra persona? Me falla la memoria.) E. J. Pratt, poeta famoso de la isla de Terranova y autor de uno de esos poemas largos que habíamos estudiado en el instituto, seguía vivo, aunque era anciano. Lo conocí. Me dio un beso en la frente a modo de bendición. Esperaba encontrar una marca redonda y brillante, como la que deja Glinda, la Bruja Buena, en la frente a Dorothy en *El mago de Oz*, pero no tuve tanta suerte. En cualquier caso, lo que sí guardo todavía es la medalla redonda y brillante.

David y yo imprimimos el pequeño folleto en una prensa plana del sótano de John Robert Colombo. (Como su nombre indica, una prensa plana requiere una superficie plana para los tipos o las planchas sobre los que se imprime el papel.) Teníamos que componer a mano cada uno de los siete poemas en las cajas de imprenta, imprimir el poema, desmontar los tipos de las cajas (íbamos cortos de aes) y hacer lo mismo con el siguiente.

Para imprimir la cubierta, utilicé un diseño de linóleo que yo misma había grabado. Así era como mi madre solía hacer todas las felicitaciones navideñas: copiando imágenes (generalmente pájaros) de las revistas. Yo también las hacía; entre ellas, lo que en teoría era un pastor con un cordero en brazos, aunque en la práctica el cordero se parece más a una esponja de baño. Aquí está la cubierta de *Double Persephone*:



Hay una cara despierta en la planta blanca de la cubierta y una cara dormida en la planta negra de la contra. Va acorde con la secuencia poética. En aquella época tenía por costumbre escribir poemas con las voces de figuras mitológicas; no era una práctica muy original, hace por lo menos tres mil años que se lleva a cabo. La secuencia se basaba en el mito de Perséfone, hija de Deméter, la diosa de la tierra y la vegetación. Perséfone pasa la mitad de su vida como inocente diosa de las flores sobre la tierra y la otra mitad como reina del inframundo y consorte de Plutón. De ahí las dos caras. Dado que ya te he contado que yo tenía al menos dos personalidades, la alegre diurna y la subterránea y sombría, estoy segura de

que enseguida adivinarás el origen de mi interés por este mito. Por supuesto, estaba asimilando mi naturaleza dual.

David y yo cometimos el error de pegar las páginas a las cubiertas con cola de goma, que se ha encogido con el tiempo y ha hecho que se caigan las hojas. Deberíamos haberlas cosido, pero éramos unos impresores novatos. Luego nos paseamos por las librerías de Toronto y los convencimos de que colocaran esos opúsculos en la estantería de las revistas. Les pusimos un precio de cincuenta centavos, que suponía mucho más dinero que ahora, pero que aun así no era gran cosa. Vendimos la tirada completa de unos doscientos ejemplares.

Ése fue el principio de mi carrera como «escritora» publicada, aunque *Double Persephone* no tiene extensión suficiente para ser considerado un libro. Pese a todo, lo reseñaron en la *University of Toronto Quarterly*, que recogía todos los libros de poesía y novela canadienses publicados el año anterior en un número recopilatorio que salía en verano. Había tan pocas novedades que todavía era posible hacer algo así.

El panorama literario en el que entré como una joven desconocida en 1961 cambió de forma radical a lo largo de la siguiente década. Durante esos años se formaron muchas de las instituciones de la literatura y la edición canadienses que más adelante daríamos por supuestas.

Si querías tomarte en serio tu vocación por la escritura en Canadá en 1961, los que sabían de esto te decían que debías irte a Londres, Nueva York o París, como habían hecho Margaret Laurence, Mordecai Richler y Mavis Gallant (aunque no es que entonces supiésemos quién era Mavis Gallant), porque los canadienses no respetaban la escritura, y mucho menos la escritura canadiense. El poeta Earle Birney había escrito que los únicos libros que era probable encontrar en un hogar canadiense medio eran la Biblia y la traducción de Edward Fitzgerald del *Rubaiyat* de Omar Jayam.

La mayor parte de los canadienses pensaba que en Canadá no se escribía y que, si se hacía, sin duda se trataba de literatura de segunda. Los escritores de verdad venían de otros sitios.

Lo que denominamos «escribir» y «escritor/a» ha cambiado con el tiempo, como ocurre con todo. Cada persona que escribe define el significado de «escritor/a» a partir de su manera concreta de escribir: su forma, su contenido, sus obsesiones, sus axiomas. «Por sus frutos los conoceréis», como se supone que dijo un icono famoso hace muchísimo tiempo. En 1961 habría puesto la mano en el fuego por que el noventa y nueve por ciento de los lectores serían capaces de identificar la cita, porque el noventa y nueve por ciento del sin duda escaso número de personas que podían leer tus libros habrían tenido algún tipo de educación religiosa cristiana, tanto si eran cristianas como si no.

Eso se debía a las peculiaridades del sistema educativo público de Canadá, determinadas por las dinámicas que tuvieron lugar en 1867 en la época de la Confederación: la unión de las colonias británicas existentes en el siglo XIX en un único país. Estados Unidos separaba Iglesia y Estado, pero Canadá no. Para atender a los intereses de Quebec, abrumadoramente católica, y los del resto de Canadá, abrumadoramente protestante, teníamos un sistema escolar católico y otro protestante, ambos con financiación pública. Se esperaba que ambos incorporasen una formación religiosa en el programa. (¡Ay, pobre padre Reisberry, que tenía que instruirnos sobre el cielo en octavo! ¡Qué malos ratos le hicimos pasar!)

Cuando se lo cuento a los estadounidenses, cuyos momentos colonizadores fundacionales incluyen la Declaración de Independencia, tan propia de la Ilustración del siglo XVIII, ponen cara de incredulidad; pero como muchos han comentado, Canadá no contó con una Ilustración del siglo XVIII. Durante la mayor parte de ese siglo, Nueva Francia dominaba el

futuro territorio canadiense, con un punto de apoyo protestante en Nueva Escocia.

La dinámica de las dos religiones todavía funcionaba cuando yo iba al colegio. Eso son trece años en los que rezábamos y leíamos la Biblia a diario, memorizábamos pasajes bíblicos y hacíamos algún que otro curso de Catequesis cuando convencían a algún infeliz prelado de que lo impartiera..., todo con dinero de los contribuyentes. Ese sistema se vino abajo en los sesenta: las escuelas católicas de financiación pública siguieron siendo católicas, pero, debido a la presión de la diversidad religiosa, las escuelas protestantes de financiación pública pasaron a ser laicas en la práctica.

Otro cimiento en apariencia inamovible se evaporó durante esa época. A principios de los cincuenta, cuando Canadá aún vivía en la penumbra del decadente Imperio británico, el currículum de la materia de Literatura Inglesa del instituto se centraba casi por completo en Gran Bretaña. Nos enseñaban una obra de Shakespeare cada año. Nos alimentaban con dosis considerables de poetas románticos ingleses y con autoras victorianas. Estudiamos dos novelas de Thomas Hardy y *El molino del Floss*, de George Eliot. En el último curso del instituto, incluso nos permitían leer algo de Chaucer, en el inglés medio original. Eso implicó que, en el ámbito educativo, mi generación tuviera más en común con estudiantes de las Barbados o Australia, por ejemplo, que con quienes estudiaban en Estados Unidos: todos éramos fruto del Imperio británico.

Ya no. El desmantelamiento del currículum inglés unificado y del sistema educativo dominado por la Iglesia protestante en la década de 1960 implica que alguien que escriba hoy en día en Canadá, ya sea en inglés o en francés, no pueda dar por hecho un marco de referencia compartido entre sus lectores.

Por diez puntos, ¿de dónde procede el título *La feria de las vanidades*? ¿Y qué hay de *El ruido y la furia*? ¿Y *Al este del Edén*? (Respuestas: *El progreso del peregrino*, de John Bunyan; *Macbeth*, de William Shakespeare; y el libro del Génesis.) Por suerte, las jóvenes mentes curiosas tienen recursos a su disposición: internet y ahora también la IA están plagados de guías de estudio que vomitan toda clase de información oculta, en algunos casos incluso cierta, para quien tenga las ganas de buscarla.

PÁGINAS EN BLANCO

En 1961 no había muchas ayudas para los escritores canadienses de mi generación que se adentraran en este mundillo. En todo el país sólo podían encontrarse un puñado de revistas y editoriales. No nos planteábamos «carreras profesionales»: anticipos de seis cifras, ventas enormes, todo eso. Nos decían que debíamos marcharnos, ir adonde apreciaran el arte. En lugar de eso, nos remangamos y empezamos a construir la infraestructura que nos permitiera dedicarnos a escribir en nuestro país. La generación de los años sesenta fue crucial a la hora de crear las instituciones literarias canadienses que todavía existen en la actualidad, desde programas de becas privados hasta premios, pasando por giras y festivales literarios. No lo hacíamos por diversión, sino por necesidad. El panorama literario actual de Canadá sería irreconocible para quienes escribían en esa década.

Deja que enumere algunas de las cosas que no existían en el mundo cultural de los cincuenta y los sesenta. No había giras literarias: llegaron más avanzada la década, por iniciativa de un veterano de la Marina de la Segunda Guerra Mundial carismático y extravagante, Jack McClelland, de la editorial McClelland & Stewart. No había ferias ni festivales literarios:

empezaron en los años setenta, con el Festival Internacional de Autores y Series de Lecturas del Centro Harbourfront de Toronto (ahora llamado simplemente Festival Internacional de Autores de Toronto), dirigido por el efervescente empresario Greg Gatenby. No había entrevistas públicas a autores. No había máquinas de escribir eléctricas, o por lo menos, no para uso cotidiano. Y, dado que no existía internet, no había páginas en las que comprar libros online ni blogueros especializados en libros, ni *ebooks*, ni audiolibros, ni pódcast, ni campañas de marketing en las redes sociales.

A excepción de los escritores con más solera como Morley Callaghan, que había conocido las resplandecientes luces de París —donde, pese a ser un hombre menudo, tenía fama de haber tumbado a Hemingway en el ring —, la mayoría de los escritores canadienses tenían unas nociones muy vagas del negocio más allá de la escritura: qué debía recogerse en el contrato, qué se esperaba como anticipo, qué porcentaje de derechos deberían tener, y demás. No había cursos de escritura creativa en las universidades, salvo por un itinerario que acababa de crearse en la Universidad de Columbia Británica, con la oposición frontal de algunos de los profesores de Literatura. Y, por supuesto, no había asignaturas de escritura creativa en los institutos. Te enseñaban a escribir análisis de poemas (¿qué significa, en cien palabras?) y redacciones. «Mis vacaciones de verano» era el colmo de la creatividad. Tampoco había muchas publicaciones infantiles, más allá de los libros de texto y las revistas de catequesis. No había artistas de novela gráfica canadienses que vivieran en Canadá. No había becas financiadas por el gobierno que permitieran a los escritores viajar, dar lecturas y conocer a otros escritores, o completar las obras que tuvieran entre manos. Había un par de premios literarios; el Governor General's Award era el único importante, y llamarlo «importante» es mucho decir.

Al principio de la década, un puñado de editoriales de la Canadá anglófona publicaba libros escritos por canadienses. De éstas, la mayoría eran «filiales» (que tenían la sede principal en el extranjero, ya fuera en Londres o en Nueva York), pero además de distribuir libros de otros lugares, de los que dependían económicamente, también publicaban algún que otro libro canadiense. Oxford University Press y Macmillan estaban entre ellas. Algunas otras, como Ryerson Press, McClelland & Stewart y Clarke, Irwin (esta última, famosa por servir mosto en vez de alcohol en sus minúsculas fiestas literarias), tenían dueños canadienses. Sin embargo, para publicar algo tan contundente como una novela con una de las editoriales más grandes, necesitabas tener algo que pensaran que podían vender por todo el mundo, más allá de Canadá, y eso implicaba una coedición con una casa extranjera, ya fuera británica, estadounidense o francesa. En aquella época, cuando la poesía y la novela canadienses solían considerarse provincianas y poco interesantes, tanto para los países más influyentes como para sus propios lectores en potencia, no era tarea fácil. En 1961 sólo cinco novelas de escritores canadienses llegaron a publicarse en editoriales de origen canadiense. Eso son los dedos de una mano para un año entero. Al final de la década, esa cifra había ascendido de forma considerable, y aún crecería más en la siguiente. El ensayo era harina de otro costal: tanto Farley Mowat, que escribía sobre el Norte, como Pierre Berton, que hablaba del ferrocarril, la fiebre del oro de Klondike, las guerras y otras hazañas nacionales, vendían muchísimo.

Por nuestra parte, los aspirantes a poetas mandábamos nuestras creaciones a unas cuantas revistas literarias de tamaño y profesionalidad variables. Había un par de antologías para poetas prometedores y para escritores de relatos. Yo misma conseguí entrar en *Poésie/Poetry 64*, cuya introducción hablaba de la mentalidad colonizadora sobre la que tanto había

escrito Frye: no la colonización y descolonización en el sentido actual, sino la sensación de ser ignorados y a la vez vernos sitiados en un país hostil, tal como lo experimentaron los primeros inmigrantes. Los australianos denominaban a todo ese grupo «la vergüenza colonial».

Existían unos pocos sellos pequeños, gestionados por poetas, que se especializaban en poesía. Y luego revistas más glamurosas que publicaban ficción: por ejemplo, *Chatelaine* y otras hoy desaparecidas como *Montreal Magazine*. Algunos periódicos también publicaban obras de ficción, a menudo en sus suplementos dominicales.

No había industria del cine canadiense, aparte de los cortos de animación promovidos por el Gremio Nacional de Cine. Apenas había teatro profesional, pues la guerra había arrasado las compañías que solían visitar Canadá durante sus giras. Ya había nacido el Festival de Stratford, pero todavía era bastante modesto. Hacia finales de los años cincuenta, teníamos una incipiente compañía de ópera canadiense. Estaba el Ballet Real de Winnipeg y un par de orquestas sinfónicas. No había música pop canadiense de renombre, a menos que se tuviera en cuenta a Paul Anka, que había emigrado. No había bandas de folk-rock, aunque sí sonaba en las ondas algo de música con violines. Aquí y allá se oía jazz. Las bandas de rock'n'roll estaban en Estados Unidos. Existía la CBC Radio, que entonces era sin duda más potente y excéntrica de lo que ha sido luego. CBC Television estaba dando los primeros pasos: la mayor parte de los programas que veíamos en la época, sentados frente a parpadeantes pantallas azules, con la cena en bandejas delante de la tele, eran de canales estadounidenses.

Sé que suena mucho a «Éramos tan pobres que mi mascota era un calcetín» (Larry Garber) y «Los jóvenes no sabéis lo fácil que lo tenéis todo» (el padre de cualquiera), pero así era. La parte positiva es que no hay

nada que motive más que una página en blanco. Pide a gritos que le garabateen encima. Incentiva la improvisación y la invención, y mi generación de escritores canadienses sabe mucho de eso, porque tuvimos que hacerlo. Heredamos un vacío relativo. Queríamos llenarlo. No veíamos por qué no.

El estallido de energía cultural que se produjo en los sesenta fue a su vez fruto de las dos décadas anteriores. A la gente joven siempre le cuesta ver su propia época en perspectiva. Cuando eres adolescente, algo ocurrido una década antes te parece historia antigua y tu época te parece normal: lo que existe ahora es lo que siempre ha existido, por supuesto. Pero conforme avanzan los años, tus primeras décadas también se convierten en una instantánea del tiempo.

Lo que precedió a los sesenta fueron los cincuenta, y lo que precedió a los cincuenta fueron los cuarenta; y en los cuarenta tuvo lugar la Segunda Guerra Mundial. En retrospectiva, la guerra propició una inmensa escisión en la vida cultural de Canadá. Antes de la guerra, casi todos los canadienses se consideraban parte del Imperio británico. Lo mismo sucedió durante la contienda y tal vez durante los siguientes diez años. Pero a mediados de los sesenta ya no pensábamos lo mismo. El propio imperio se había desmoronado, y el nuevo imperio (el estadounidense) estaba en auge.

Como es natural, la escritura canadiense de la década de 1940 se había centrado en los temas de esa época. Tu carrera literaria podía despegar si tu libro encontraba una buena acogida entre los lectores estadounidenses. En 1944 Gwethalyn Graham había publicado un *best seller* impresionante, *Tierra y alto cielo*, que narraba la historia de amor entre un hombre judío y una mujer no judía. Un tema peliagudo por aquel entonces: llegó al número

uno de la lista de *The New York Times*. Gabrielle Roy escribió un éxito aún mayor, *Felicidad ocasional*, publicado en 1945 en francés y dos años más tarde en inglés, acerca de la vida de los pobres en Montreal. La primera edición en Estados Unidos contó con nada menos que setecientos mil ejemplares, pues el Gremio de Editores estadounidense lo había incluido en una selección.

Sin embargo, los estudiantes de instituto de los años cincuenta no sabíamos nada sobre esos dos libros previos, porque el clima había cambiado de forma radical por entonces. Me crié pensando que no había escritores canadienses, salvo el humorista Stephen Leacock: no teníamos ninguna asignatura de Literatura Canadiense en el colegio, aunque de vez en cuando alguna obra curiosa de Canadá se colaba entre Thomas Hardy, Shakespeare y George Eliot. La Guerra Fría estaba en su momento álgido y el macartismo había hecho que cualquier conversación sobre el bienestar social o los derechos de los trabajadores sonara sospechosamente comunista. Las palabras clave que se habían impuesto en los años treinta y cuarenta ahora estaban pasadas de moda. No podías decir «clase obrera», o ni siquiera «paz mundial», sin despertar sospechas.

Así pues, la obra maestra de Gabrielle Roy sobre los suburbios de Montreal debía de parecer peligrosamente bolchevique para los nerviosos docentes de los años cincuenta. No sólo se atrevía a escribir «la clase obrera» con todas sus letras en las solapas de la edición estadounidense de 1947, sino que hablaba de un modo enérgico sobre las desigualdades económicas y sociales, y su personaje más idealista ansiaba «una sociedad justa». Después de Roy, tuvimos que esperar hasta el inspirador discurso de Pierre Trudeau en 1968 para oír esa expresión en público de nuevo: en la década de 1950, «una sociedad justa» sonaba demasiado comunista, y punto. Resulta raro recordarlo ahora, cuando el «uno por ciento» y el tema

de la igualdad salarial vuelven a estar en boga, pero así eran las cosas cuando yo iba al colegio. (El campamento White Pine era otra historia.)

En el mundo literario se había producido un cambio diferente, en este caso relacionado con la distribución. Habían aparecido las ediciones baratas en tapa blanda, barriendo los vestigios del viejo sistema editorial canadiense que había florecido décadas antes y que se basaba en vender ediciones en tapa dura que no fuesen muy caras. La tapa blanda y las ediciones de bolsillo cambiaron el modelo de negocio: se publicaba un libro en tapa dura, es muy probable que con pérdidas, luego se vendían los derechos de la edición en tapa blanda y se recuperaba la inversión inicial. Pero como Canadá no tenía sellos especializados en libros de tapa blanda y de bolsillo, sus editores no podían hacer eso. Las nuevas editoriales de bolsillo (Pocket Books y Penguin) provenían de Estados Unidos y Gran Bretaña, respectivamente.

Por tanto, los libros canadienses aparecían en tapa dura, pero luego desaparecían, no seguían viviendo en ediciones económicas. Era posible comprar en el colmado de la esquina un clásico de Faulkner o Hemingway con una cubierta chabacana en la que salía una rubia en picardías, como hacía yo (me parece que muchos críos nos vimos atraídos por los clásicos literarios de ese modo), pero era poco probable que esos libros se hubieran publicado en Canadá.

En 1960, durante mi cuarto y último año en la universidad, nos habían permitido cursar una asignatura sobre la novela moderna como una especie de postre; y al final de dicha asignatura, como si fuera un expreso doble, nos presentaron dos libros experimentales de autoras canadienses: *The Double Hook*, de Sheila Watson, escritora de la Costa Oeste; y la traducción al inglés de *La hermosa bestia*, escrita en francés por la autora quebequesa Marie-Claire Blais. Esos libros no estaban en el temario por ser

canadienses. Creo que los eligieron por su forma tan poco convencional: expandían el significado del término «novela». En el caso de *The Double Hook*, con sus secuencias cortas, concisas e intercaladas, podría decirse que era «modernista». *La hermosa bestia*, por su parte, era un potente anticuento de hadas en el que se hablaba de envidia, narcisismo y venganza; lo había escrito una autora de diecinueve años y Edmund Wilson, destacado crítico estadounidense, lo había alabado. Era un modelo de escritura formidable. Yo tenía veintiún años; se agotaba el tiempo. En una décima de segundo sería vieja: ¡tendría por lo menos veinticinco! ¡Marie-Claire tenía dos años menos que yo y ya había publicado! Debía ponerme las pilas. Pero ¿cómo?

La novelista Marie-Claire era una excepción. Todos los escritores que conocí a principios de los sesenta eran poetas. Algunos tenían ambiciones de escribir en prosa, pero ninguno pensaba que pudiera ganarse la vida sólo con la escritura. El modelo de Morley Callaghan (ir a Estados Unidos, escribir relatos para las revistas en boga) parecía inalcanzable. Además, el tipo de literatura que queríamos practicar era experimental, poco comercial. Apenas teníamos nociones sobre el mercado o cómo vender. No pensábamos en la escritura como una salida profesional, sino como una vocación: una llamada espiritual adusta y asceta, como ser monja. Incluso cuando nos publicaban, no aspirábamos a vender más de doscientos o trescientos ejemplares.

Luego, en la segunda mitad de los años sesenta, el público lector en general empezó a prestarnos más atención a los jóvenes escritores, una vez que los periódicos insinuaron que quizá abundasen las actividades posiblemente escandalosas en la subcultura bohemia. Lecturas poéticas en grupo: ¡qué transgresor! Las cifras de ventas ascendieron. Incluso los

parlamentarios comenzaron a fijarse y denunciaron a los poetas desde la palestra del Parlamento: «¡Porquería obscena!» Ay, qué tiempos aquéllos.

13

El cuento de la criada, la precuela

En septiembre de 1961 me marché a Cambridge para empezar el doctorado en Literatura Victoriana de Harvard. En realidad, todavía era el programa de doctorado de Radcliffe, porque las escuelas de posgrado de Harvard y Radcliffe no agruparon al alumnado hasta el curso siguiente, aunque, aun así, todos hacíamos las mismas asignaturas.

Nunca había montado en avión y me dediqué a mirar por la ventana las nubes y el paisaje que se desplegaban ante mí, embelesada. Pero, debido a un problema con los aviones (¿había huelga?), no pude volar directamente a Boston. Tuve que ir a Nueva York y luego coger un tren destartalado, de los de antes de que existiera la compañía Amtrak.

No había maletas con ruedas, así que había que arrastrarlo todo. Habría podido contratar a un mozo, pero no sabía cómo, y, de todos modos, iba justa de presupuesto. Juré que no volvería a viajar a ninguna parte con equipaje que pesara más de lo que podía manejar. Cuando llegué al destino, Cambridge me decepcionó un poco. No se parecía a la ciudad del siglo XVIII de mi imaginación: no tenía candiles ni carruajes tirados por caballos. Aunque puede que estuviera demasiado cansada para valorarlo. Era una chica delgada y pálida; de hecho, volvía a estar anémica, como unos años atrás, en primero de bachillerato. E, igual que entonces, estaba en un lugar

extraño con apenas una vaga idea de qué se suponía que debía hacer, a punto de mezclarme con un puñado de desconocidos.

Para quienes sientan curiosidad médica: había cogido anemia aquel verano, debido a una enorme pérdida de S-A-N-G-R-E, como habría dicho nuestra profesora de Salud de mi primer año de instituto. Desde la terrible experiencia de mi madre cuando yo tenía nueve años, las sábanas manchadas de sangre me resultaban aterradoras. Mis padres estaban en el norte en aquella época, así que no podía consultarle a mi madre qué pasaba. Al principio pensé que la sangre se debía a una regla mucho más abundante que de costumbre, pero al ver que no paraba, me fui sola al hospital. ¿Iba a morir desangrada? Resultó que tenían que quitarme un pólipo, y no fue el último: era una persona dada a crear pólipos.

Pese al hígado frito estropajoso que había estado comiendo y a las pastillas de hierro que había tomado el resto del verano, continuaba débil, y cargar con el equipaje fue todo un reto. Jadeando, arrastré la maleta hasta los peldaños de entrada de la residencia femenina de estudiantes de doctorado que me habían asignado. Estaba en una callecita llamada Via Appia, que, tal como sabía a partir de mis estudios de latín, antaño había sido un emplazamiento destacado en Roma para las tumbas de los aristócratas. Enfrente de la Via Appia de Cambridge estaba el Radcliffe Yard, el patio donde acababa de fundarse el Instituto Radcliffe para Estudios Independientes. Proporcionaba becas para mujeres, tanto estudiantes de doctorado como artistas, y en poco tiempo impulsó a una generación de feministas y creadoras muy activas de cierta edad, como Betty Friedan. Por entonces yo ni siquiera había oído hablar de esto.

Mi residencia se llamaba «Casa de las Fundadoras» (¿qué habían fundado?). Era un edificio de listones blancos al estilo de Nueva Inglaterra, con un montante en forma de abanico encima de la puerta. Tenía un salón

en la parte delantera, que era donde se realizaban los seminarios, un teléfono de pared y una cocina compartida. Mi habitación era una de las dos que había en la tercera planta. Se llegaba por una empinada escalera de madera con una barandilla hecha con un cordón grueso, como en los barcos. Allá que fui, y a la postre allá que fue también conmigo mi maleta, después de sacar unas cuantas cosas para que pesara menos. Contaba asimismo con un pequeño baúl metálico que había enviado con un autobús Greyhound. A lo largo de mis años en Harvard, durante los trayectos de diez horas de ida y vuelta a Toronto, pasando por Búfalo, llegué a acostumbrarme al interior cargado de humo de aquellos buses. La gente fumaba White Owls, los peores de todos. Aún llevo dentro la peste de ese tabaco, unido al olor a cloro y a excremento de los lavabos de las paradas técnicas que hacíamos en ruta.

En cada una de las habitaciones de la tercera planta había dos estudiantes de doctorado. Cada habitación tenía dos camas individuales, atornilladas al suelo, de nuevo, igual que en los barcos, y dos escritorios con flexos. Las cuatro estudiantes de la tercera planta compartían un baño con una bañera enorme. Te puedes imaginar los atascos que se producían.

Mi compañera de habitación resultó ser una estudiante de Historia del Arte de pelo rizado llamada Mary Irving Carlyle, con acento de Carolina del Norte. (Seguimos siendo amigas, aunque vivimos muy lejos.) Mi cita favorita de aquel año:

MARY IRVING: Una vez mi padre se presentó en la lista del partido liberal en Winston-Salem, en Carolina del Norte.

YO: ¿Lo eligieron?

MARY IRVING: ¡Peg-gie, en aquella ciudad no podían elegirlo ni basurero!

En Cambridge y Boston, el acento de influencia neoescocesa pasaba desapercibido, pero el fuerte acento de Carolina del Norte de Mary Irving sí que llamaba la atención. La gente no paraba de decirle que tenía un acento muy mono, y que ella era muy mona (de hecho, era guapísima), y le pedían que repitiese todo lo que decía. Al final se cansó y me pidió que le enseñara a hablar con acento de Canadá.

Intenté que repitiera algunas palabras tal como yo las pronunciaba. Nada. Imposible.

Su acento era incorregible. Tenía que resignarse a ser mona.

Enfrente del pasillo había dos estudiantes de Biología que se llamaban Paula y Davida, ambas de Queens, Nueva York, y que solían saludar con desparpajo por la ventana cada vez que pasaba James Dewey Watson, el que se llevó la fama por la doble hélice de ADN. Cuando ellas pronunciaban sus nombres, decían «Paule» y «Davide». A Paule, rubia y simpática, le gustaba patinar sobre hielo. Davide, más bajita pero igual de simpática y morena, sería dueña de un caballo de carreras en el futuro. La gente me pregunta si las estudiantes de doctorado de entonces nos sentíamos pioneras, osadas o asediadas, o cualquier otra emoción feminista virtuosa que los más jóvenes esperan que sintiésemos. No, no era así. La segunda oleada feminista aún estaba por llegar. Como mucho, nos sentíamos como jugadoras de póquer. Juega con la mano que te hayan dado y ya veremos qué sale luego. Personalmente, yo no me preocupaba demasiado por mi supuesto futuro académico, porque en secreto era escritora.

No podía vestirme como una poeta en mi nuevo entorno académico: nada de negro bohemio y, sobre todo, nada de medias negras. Si los académicos de Harvard se enteraban de mis actividades literarias, me mirarían con recelo: los poetas no eran doctorandos serios. Los pantalones de tela y los vaqueros estaban descartados. Tenía que disfrazarme con gruesos trajes de

tweed. Llevaba zapatos cómodos con tacón bajo, o Hush Puppies, una especie de zapatos planos para caminar que parecían de ante. Me compré un abrigo de tweed especialmente poco atractivo con el que correteaba por Cambridge, con la esperanza de parecer intelectual e intimidante.

Mi intuición fue buena. Mi compañera Ilse Sedriks, una estrafalaria pelirroja de Letonia, llevaba enaguas color escarlata que se veían por debajo de las faldas vaporosas, con pintalabios a juego. Una vez nos negaron la entrada a un seminario que se celebraba en una residencia masculina porque el portero pensó que éramos chicas de la noche. Ilse tuvo que ir al despacho del decano de Radcliffe, donde le dijeron que o cambiaba su forma de vestir o si no... Le pareció divertido, pero se quitó las enaguas. O si no, ¿qué?, me pregunté. ¿De verdad habrían expulsado a Ilse porque se le veía la ropa interior roja? Sí. Lo habrían hecho.

Paule y Davide solían agenciarse alcohol de los laboratorios de biología y lo mezclaban con unos polvos asquerosos que se suponía que tenían que darle sabor a ginebra, martini o whisky. Me cogieron por banda: sabían reconocer al vuelo a una chica a la que le hacía falta espabilarse. Me enseñaron a rizarme el pelo con unos rulos anchos o con latas de refresco de naranja vacías después de embadurnármelo con un gel llamado Dippity-Do: así lo tendría menos encrespado y no me parecería tanto a la novia de Frankenstein, insinuaban. Me hablaron del Sótano del Filene, la planta subterránea de unos grandes almacenes donde podías conseguir ropa de marca tirada de precio, aunque tenías que probártela en el pasillo, porque no había probador. Me contaron cuál era el mejor sitio para comprar helados de cucurucho, donde debía pedir que le pusieran algo que llamaban «jimmies», que era un nombre muy raro que empleaban en Cambridge para las virutas de chocolate. Me contaron que el Mr. Bartley's Burger Cottage, que había abierto el año anterior, era un restaurante decente y económico. Me

presentaron los postres de Sara Lee; más tarde llamé a una de las tías de *El cuento de la criada* «Tía Sara» en honor de esa marca. Todas las Tías de la novela tienen nombres de productos dirigidos a las mujeres.

Mi madre me había dado unas cuantas recetas de la época de la Depresión para cocinar barato, como albóndigas de arroz con salsa de sopa de tomate, o fideos con atún de lata y queso al horno.

«*Feh*», dijo Paule en yidis. (Después de haber trabajado en el campamento White Pine, sabía que *feh* significaba «puaj».)

Comía otras cosas *feh*. Yogures con verduras, por ejemplo. Creo que ya no los fabrican, y hay motivos para ello. La parte positiva es que Mary Irving me introdujo en el mundo de los aguacates: a esas alturas habían llegado al sur y empezaban a filtrarse en el norte.

Tiempo después, Davide, a quien le encantaba adivinar el futuro leyendo la palma de la mano, miró la mía y me dijo dos cosas. Primero, que debía tener cuidado con querer abarcar muchas cosas dispares a la vez. Hasta ahí, ninguna sorpresa. Segundo, que sería muy famosa por algo, pero Davide no sabía el qué. Comparto estos augurios por si sirve de algo, y añado que más adelante también me aficioné a leer la mano. No hay motivos racionales para que funcione, pero a menudo ocurre: es probable que sea por el principio del test de Rorschach. En cualquier caso, es un entretenimiento genial para las fiestas, salvo que por casualidad veas la muerte inminente en la mano de alguien. Eso siempre me lo callo.

Debajo de nosotras en la Casa de las Fundadoras vivía, entre otras, Josephine, una estudiante de Sánscrito mayor que el resto, que estaba obsesionada con los gérmenes y tapaba o lavaba cualquier superficie que pudiera haber tocado otra persona, y que creía que los insectos se generaban por la acción del sol sobre el barro. También había una chica que iba a la clase de posgrado de Psicología de Timothy Leary y formaba parte del

Proyecto de Psilocibina de Harvard, cuando los experimentos todavía estaban más o menos controlados y antes de que Leary se encendiera, se pusiera hasta arriba y lo dejara todo. Todavía no había empezado a proporcionar drogas psicodélicas a la ligera entre estudiantes que luego saltaban de puentes porque creían que podían volar.

—Hoy he visto a Dios —me dijo esa chica una tarde, como si nada, mientras me preparaba una vieira que me había comprado para cenar.

Las vieiras eran un capricho, pero no podía permitirme más de una cada vez. Tal vez dos si me sentía especialmente generosa.

—¿Y qué aspecto tenía? —le pregunté—. Me refiero a Dios.

—Bastante bueno.

—¿Vas a repetir?

—No —respondió—. Con una vez basta.

Mucho más tarde llegué a la conclusión de que quienes mandaban nos habían puesto a los bichos raros en la Casa de las Fundadoras en lugar de en la residencia femenina principal porque teníamos más probabilidades de tolerarnos unas a otras que si nos hubieran arrojado entre los frutos de los colegios privados femeninos de Nueva Inglaterra. ¿Bichos raros? Pero no en plan peligroso. Bueno, digamos «especialitas» por lo menos: las sureñas, las judías de Nueva York, las de creencias biológicas atípicas, las aturulladas por las drogas, las canadienses. Ésas.

Una noche, mientras Mary Irving y yo estábamos bien arropadas en la cama viendo como nos bailaban en la cabeza visiones de los seminarios, Mary se despertó de repente.

«¿Peg-gie? ¿Eres tú?», preguntó.

No era yo: era un hombre, plantado en nuestra habitación. Salió por la ventana abierta. La ventana estaba en la tercera planta, con una pared vertical y sin saliente. Posiblemente hubiese descendido desde el tejado: debía de ser atlético.

Colocamos cerrojos en la ventana de guillotina, que permitían que la hoja se subiera, pero no lo suficiente para que alguien se colara. Lo más probable era que aquel hombre buscase nuestras carteras (había habido una oleada de hurtos nocturnos en la residencia femenina principal). Durante los cuatro años que pasé en Cambridge, algunas chicas dejaron las ventanas sin cerrojo y no tuvieron tanta suerte como nosotras: acabaron muertas.

«Santo Dios», dijo Mary Irving cuando el hombre huyó.

Eso estrechó nuestra amistad. Nada une tanto como salvar un peligro.

No tardamos en descubrir que nuestra pequeña residencia femenina de madera era como un faro que atraía a toda clase de tipos repugnantes. Trepaban por la fachada como las moscas de la fruta por un melocotón. Hacían llamadas obscenas al teléfono del pasillo; tiempo después, las residentes pusieron un silbato al lado del teléfono, para poder soltar pitidos que reventaban el tímpano de quien llamara.

Había una salida de incendios que terminaba justo al otro lado de la ventana del cuarto de baño; siempre dejábamos la persiana bajada, pero la ventana podía abrirse un poco por la parte inferior para que circulase el aire. Una vez, un día de mucho calor, yo estaba en la bañera leyendo *La nave de los locos*, de Katherine Anne Porter, cuando una mano se coló por la ventana y empezó a palpar por dentro de forma furtiva. ¿Debía cerrarle encima la ventana de guillotina?, me pregunté. Pero para eso tenía que salir de la bañera. Además, tendría que levantar la persiana, desnuda como estaba. Y si el asqueroso quedaba atrapado, con la mano dentro y el resto

del cuerpo fuera, ¿quién sabe qué pasaría? ¿Un cristal roto? ¿Cortes en la muñeca? ¿Sangre? ¿Gritos?

Al cabo de un rato, la mano desapareció. Es lo mejor que te puede pasar si hay una mano sin cuerpo cerca.

Una vez atrapamos a uno de esos asaltantes: lo acorralamos en la azotea, a plena luz del día. Le impedimos escapar colocándonos en el césped, al que podría haber bajado, y luego llamamos a la policía, que, en efecto, acudió. (En aquel entonces, la policía de Cambridge tendía a ser permisiva.) Lo arrestaron. Según él, se había peleado con su mujer y había buscado un lugar tranquilo en el que reflexionar, en lo alto de nuestro edificio. Salió en libertad provisional bajo fianza. Cuando llegó el día del juicio, un grupo de estudiantes de esa residencia nos plantamos en la sala del tribunal, incluida la estudiante de Sánscrito, Josephine. Se quedó horrorizada cuando el retraso que acumulaban los tribunales nos llevó a acercarnos a comer a un puesto de comida rápida, y tuvo que elegir entre el hambre y los sándwiches llenos de gérmenes que vete tú a saber quién había tocado.

El hombre no se presentó a la vista. Más tarde, la policía nos contó que tenía unos antecedentes penales más largos que un día sin pan: entre otras cosas, por allanamiento de morada y por robo con violencia. Confiábamos en que se hubiera ido muy muy lejos.

Las cosas se pusieron serias con el tema de los asaltantes cuando el Estrangulador de Boston empezó con sus asesinatos en serie en la primavera de 1962, dejando un rastro de mujeres muertas en sus propias casas. El pánico se apoderó del campus. Corrían toda clase de rumores: que sólo estrangulaba a enfermeras, que sólo estrangulaba a enfermeras aficionadas a la música, que colocaba naipes ordenados alrededor de los cadáveres, que estaba metido en un culto satánico que hacía sacrificios humanos, que era más de una persona...

Como mujer precavida vale por dos, aquel otoño me apunté a clases de judo para mujeres. Nos poníamos kimonos de judo blancos y nos tirábamos las unas a las otras sobre el tatami con bastante decoro, procurando no hacernos daño. «¿Puedo tirarte al tatami?» «Sí, estoy preparada.» «Gracias.» Flop. Un día vino a nuestra clase un instructor de judo profesional. Nos dio dos consejos: 1) La estructura del esqueleto masculino no es igual que la del esqueleto femenino. Los brazos de los hombres son rectos desde el codo, mientras que los femeninos se curvan en ese punto. La pelvis también tiene otra constitución. Así es como distinguen el sexo de los esqueletos prehistóricos que desentierran. Por lo tanto, si empleas con mujeres llaves que normalmente les harías a los hombres, puedes romperles un brazo u otra parte del esqueleto. 2) No pongas en práctica el judo en la calle. Puede que la otra persona sepa más judo que tú. Si un tío te ataca, y cito: «Dale una patada en los huevos y corre como alma que lleva el diablo.»

Mary Irving y yo teníamos muy presente aquel consejo cuando nos fuimos de aventura a Nueva York. Nuestro objetivo era visitar el Met Cloisters (al fin y al cabo, Mary Irving estudiaba Historia del Arte) y cumplimos nuestro propósito. Nos alojamos en un hotel tirando a barato y nos desplazábamos en taxi siempre que podíamos porque Mary estaba convencida de que Nueva York estaba llena de peligrosos ladrones que nos robarían el bolso, así como de maníacos homicidas dispuestos a matarnos. Bajábamos del taxi y entrábamos zumbando en nuestro destino, no fuera a ser que nos topásemos con esos criminales.

Al principio, yo le quitaba hierro a sus miedos, pero era obvio que por la calle se oía gritar a mucha gente, a veces al aire, a veces a los desconocidos que pasaban. Nunca me he encontrado con tantos así como entonces en

Nueva York. ¿Los atraíamos debido a la fuerza de nuestras ansiedades? Sin embargo, ninguno nos echó el guante. Corríamos como el rayo.

LA CASA ILUSTRADA DE LA DEMOCRACIA

La Casa de las Fundadoras, que más adelante fue desmantelada y sustituida por la Biblioteca Gutman, se convirtió en uno de los modelos en los que se inspira la casa del Comandante de *El cuento de la criada*. De hecho, todos los edificios de la novela existen en Cambridge, o existían entonces. Los atuendos de las Criadas salen del cine Brattle, rebautizado como Azucenas Silvestres. La tienda Pergaminos Espirituales para las plegarias automatizadas se hallaba en la librería Harvard Coop. El servicio secreto (los Ojos) tenía su cuartel general en la Biblioteca Widener, algo de lo más apropiado: ambas organizaciones recopilaban y almacenaban información. El Muro de Harvard era donde exhibían los cuerpos de los ejecutados. El cementerio mencionado en el libro, donde se encuentra la lápida con el lema «*In Spe*», con esperanza, es el Antiguo Camposanto que hay justo al salir de la plaza de Harvard, donde me pasé muchas horas macabras pero instructivas calcando con carboncillo los grabados de las tumbas: calaveras y relojes de arena y cabezas de querubines con alas, que se convirtieron en sauces llorones y urnas funerarias cuando el siglo XVII dio paso al XVIII.

A Harvard no le hizo mucha gracia cuando se publicó *El cuento de la criada*: escribieron una reseña bastante desdeñosa. ¿Acaso no eran ahora una institución ampliamente liberal? ¿Era imprescindible recordarles que habían empezado siendo un centro de teología puritana? Pero más adelante entraron en razón.

Mi tutor de Literatura Victoriana era Jerome Hamilton Buckley, uno de los pocos académicos con publicaciones importantes en ese campo. Las obras victorianas no estaban de moda en 1961. En el Fogg Museum de Harvard había varios cuadros prerrafaelitas despreciados y apilados contra la pared: aún faltaban décadas para que apareciesen en los apuntes de clase y en las cubiertas de los libros. Lo que se llevaba a principios de los sesenta eran los poetas metafísicos: John Donne era el rey. Sin embargo, a mí me interesaban menos los metafísicos que la imaginación victoriana verdaderamente retorcida. ¿El pelo prerrafaelita y las esposas locas que prendían fuego a hombres similares al señor Rochester? ¿Heathcliff y Cathy? ¿La búsqueda del santo grial? ¿Fantasmas? ¿Drácula? ¿Dr. Jekyll y Mr. Hyde? ¿Viejos sin dedos de los pies? (Más adelante, en un seminario sobre «Humor victoriano», me enteré de que el viejo sin dedos de Edward Lear puede analizarse como una fábula de castración freudiana.)

Jerry Buckley era un canadiense de incógnito, como varios de los hombres que daban clase entonces en Harvard. Había hecho una entrevista para un puesto de trabajo en la región atlántica de Canadá, pero cuando se enteró de que tendría que largarse si bebía una copa de vino, prefirió irse a Estados Unidos. Antes había estudiado en el Victoria College bajo la tutela de Northrop Frye: él fue el motivo de que Frye me recomendase ir a Harvard. Jerry era inteligente y, lo mejor de todo, era divertido. Solía interpretar los textos que enseñaba, como si fuese una obra de teatro, con una voz arrastrada que encajaba muy bien con los victorianos, tanto medios como tardíos. ¿Se burlaba de ellos? Es probable. Pero no siempre.

Era hospitalario con sus estudiantes de doctorado y a veces nos invitaba a su casa. En una de esas ocasiones, un compañero de clase taciturno y sarcástico (Jim Polk) quemó sin querer el vestido de fiesta de gasa de Victoria, la hija pequeña de Jerry, con un cigarrillo. Consolaron a Victoria,

pero Jim tenía miedo de que aquel episodio del incendio involuntario acabase afectando a sus notas. Algo dudoso en el caso de Jerry. *Spoiler*: tiempo después Jim y yo nos casamos, una de las cosas más raras que cualquiera de los dos vivimos.

Además de ponerme en contacto con Jerome Buckley, tenía que visitar al orientador de Literatura del doctorado, el doctor Whiting. Sus ojos miraban en direcciones distintas. Fijó uno de ellos en mí.

—Durante el primer año de posgrado deberás suplir las lagunas que tengas —me dijo—. ¿Dónde estudiaste la carrera?

Le hablé de mi especialidad en Literatura en la Universidad de Toronto.

—Ah, bueno —comentó—. En ese caso, puede que no tengas lagunas.

Llegamos a la conclusión de que sí tenía una: aunque había estudiado poesía y prosa de los siglos XIX y XX en Estados Unidos, incluidos los trascendentalistas (asignatura impartida por un caballero bonachón pero confuso que a su vez era muy trascendental), nunca había estudiado Literatura y Civilización del siglo XVII en Estados Unidos. Dado que había una asignatura entera del máster dedicada a Literatura y Civilización en Estados Unidos sobre la que tendría que examinarme, necesitaba ponerme al día. Pero ¿había algo que estudiar?, me pregunté. Los puritanos no escribían obras de teatro, y tampoco escribían novelas. Ni poesía... ¿o sí?

Por suerte, el experto mundial en este campo antaño ninguneado impartía clases en Harvard. Se llamaba Perry Miller y es una de las personas a las que dediqué *El cuento de la criada*. Jamás llegaría a saber la tremenda influencia que había ejercido sobre mí —murió en 1963, justo después de que mataran a John Kennedy—, pero habría comprendido mi novela de cabo a rabo. Fue crucial para que yo entendiera los hondos cimientos de Estados Unidos, no siempre una casa ilustrada de la democracia, como me habían hecho creer. El país tenía su origen en una teocracia puritana, muy

intolerante con quienes (como los cuáqueros y los pueblos indígenas) no compartían sus creencias, y bastante dura con las mujeres también, debido al mal comportamiento de Eva. Degradaron a la Virgen María, eliminaron a las santas y no hacían hincapié en que Dios creó a la mujer, igual que al hombre, a su imagen y semejanza. Para colmo, esos tipos puritanos estaban entre mis ancestros. Por supuesto, quedé fascinada con ellos.

El episodio de las brujas de Salem también me cautivó: un rincón de mi biblioteca actual está dedicado a ese tema. Leía sin parar sobre lo ocurrido, y además en otra morada de brujas: la Biblioteca Widener. La poesía moderna, que me habría encantado agenciarme, estaba en su totalidad en la Biblioteca Lamont, reservada a los estudiantes de grado varones, porque las chicas los habrían distraído en exceso; así que tuve que apañármelas con *Malleus Maleficarum. El martillo de las brujas*. Se trataba de una obra increíblemente famosa en los albores de la era de Gutenberg, y había llegado a las veintiocho ediciones entre 1486 y 1600. En Europa quemaron en la hoguera a cientos de miles de mujeres debido a su influencia.

De todos modos, en Nueva Inglaterra no quemaban a brujas; las colgaban, y siempre después de un juicio: un juicio con unos criterios absurdos para las pruebas, pero juicio al fin y al cabo. Hice una excursión de un día a Salem, Massachusetts, el epicentro de los Juicios de las Brujas de Salem, que entonces no era aún el animado reducto de actividades relacionadas con la Wicca y la *ouija*, sino un lugar tranquilo e inquietantemente perturbador. No obstante, albergaba la biblioteca genealógica de Salem. Allí fui. Y ahí estaban: los primeros Atwood, los primeros Webster, los primeros Killam. Debían de ser bastante puritanos, dado que tenían nombres bíblicos, como Amasa.

La segunda persona a la que está dedicado *El cuento de la criada* es Mary Webster, conocida como Mary la Medio Ahorcada, de Hadley,

Massachusetts. La absolvieron de las acusaciones de brujería en Boston, pero luego la ahorcaron sus vecinos, aunque todavía estaba viva cuando fueron a cortar la cuerda a la mañana siguiente. Debía de tener un cuello muy grueso. Según mi abuela Killam, de soltera Webster, Mary era nuestra antepasada. Al menos, lo era los lunes. Conforme avanzaba la semana, podía dejar de serlo: la abuela Killam era muy respetable, y puede que Mary fuese demasiado difícil de asimilar. (Mucho después traté de escribir una novela sobre Mary. No salió bien, aunque al final sí surgieron una serie de poemas: ¿qué pensaba mientras se pasó la noche colgada de un árbol por el cuello?)

Ya fuera antepasada directa o no, Mary pertenecía sin duda a «nuestros» Webster, un grupo que incluía a Noah, famoso por su diccionario, y a Daniel, el portentoso abogado y orador que figura en «El diablo y Daniel Webster», el relato de Stephen Vincent Benét. El abogado venía de otra rama, no era familia directa. Sin embargo, ambos eran hombres de letras destacados y no me importaba.

Perry Miller daba clases por las mañanas; tanto la asignatura sobre los puritanos como otra llamada Románticos Estadounidenses, en la que me matriculé el curso siguiente. Corría el rumor de que por las tardes estaba borracho como una cuba, pero por las mañanas era un genio.

En verano, después de graduarme en el máster en Letras de Radcliffe (que era como llamaban a la titulación en Harvard), regresé a Toronto para trabajar con el fin de complementar mi exigua beca. Conseguí empleo en una cafetería pequeña dentro de un hotel también pequeño en Avenue Road. Más adelante me enteré de que me habían contratado por mi incompetencia: los dueños sospechaban que el cajero habitual hurtaba dinero, algo que una

persona sin experiencia no sabría hacer. Me encargaba de los cafés de la cafetera Bunn, de los batidos y de los bocadillos de queso fundido que la gente tomaba en la barra, y también llevaba la caja. El cajón del cambio se atascaba a menudo, para frustración de mis clientes y para la mía, claro. Adelgacé: el sueldo incluía todas las comidas que quisiera, pero tener que recoger los bocadillos a medio comer de otras personas me quitaba el apetito.

Había roto con mi antiguo novio poeta, David Donnell, quien me había ayudado a imprimir *Double Persephone*. ¿Fue porque me engañó o porque me amenazó con matarme si alguna vez tenía otro novio? Durante los meses que trabajé de cajera y camarera, David solía pedirse un café, sentarse a la barra y mirarme con cara de pena. Aquello no tuvo el efecto deseado: yo había asimilado rápidamente el mensaje de «Hearts of Stone», el *hit* de The Charms que sonaba en la *jukebox* en 1954. Esos corazones eran inflexibles. Así era yo: un corazón de piedra.

El chef que hacía esos sándwiches de queso fundido era de Grecia. Quería abrir su propio restaurante en Toronto, pero necesitaba a alguien que hablase mejor inglés para estar de cara al público mientras él cocinaba. Decidió que yo debía ser esa persona: nos casaríamos. Me llamaba por el intercomunicador por el que pedía los sándwiches de queso y me proponía matrimonio, con insistencia.

«No, gracias», respondía yo de forma educada.

Pero él hablaba en serio: quería conocer a mi padre, le enseñaría el libro de contabilidad para demostrarle que tenía dinero para llevar a cabo su plan, y pensaba que era un buen partido, porque yo era tan del montón que nadie más querría casarse conmigo. No le recomiendo ese argumento a nadie para una propuesta de matrimonio.

Al final le dije:

—No puedo casarme contigo porque tenemos religiones distintas.

—Puedes convertirte.

Dejé el puesto de cajera cuando los Shriners llegaron a la ciudad. Eran una rama de los masones que hacían desfiles y montaban circos para recaudar dinero para obras de beneficencia relacionadas con la infancia. No eran jóvenes, llenaban el hotel, bebían como esponjas, colapsaban el teléfono de la cafetería porque no paraban de llamar para pedir cubitos de hielo, además de llamar presas del pánico porque alguno estaba sufriendo un infarto y necesitaban un médico. Al final ya no pude aguantarlo más, así que cambié de empleo y me pasé el resto del verano puntuando exámenes de Lengua y Literatura Inglesa para estudiantes del último curso del instituto. Ahora estaba al otro lado del acontecimiento que tanta ansiedad me había provocado cuando tenía diecisiete años. ¿Quieres decir que no era un genio inspirado el que había evaluado mi prosa imperecedera en el examen de Literatura Inglesa? ¿Te refieres a que era algún desdichado novato con un trabajo de verano como yo? *Feh*.

MI IGUANA

En otoño volví a Harvard. Estaba de nuevo en la Casa de las Fundadoras, pero ya no era tan divertido. Paule y Davide ya no estaban; y Mary Irving había regresado a Winston-Salem porque iba a casarse. Mi compañera de habitación era una chica lista del programa de Historia de la Ciencia, pero se había marchado a vivir con su novio, y había dejado atrás la iguana que tenía de mascota. Era una iguana grande y verde. Le habían enseñado a hacer sus necesidades (sabía hacer caca encima de una hoja de periódico) y, como era vegetariana, comía lechuga. Le gustaba el calor, así que se ponía

encima del radiador, aunque ese aparato solía estar frío, por lo que se escabullía hasta mi escritorio mientras yo trabajaba y se enroscaba sobre mis hombros. También le gustaba colarse debajo de la cama, y para recuperarla tenía que tumbarme en el suelo y enfrentarme a las bolas de pelusa. Pero tenía que esconder al animal; la señora mayor que pasaba la aspiradora subía jadeando las escaleras una vez a la semana, y tenía miedo de que aspirase debajo de la cama y asustase a la iguana, cosa que a su vez la asustaría a ella, y una de las dos o ambas tendrían un ataque al corazón. Por eso arrastraba la iguana fuera de la cama y la encerraba en el armario. La señora de la limpieza nunca se metía ahí. Al final, le dimos a la iguana un nuevo hogar en un zoo, junto con otras iguanas, donde probablemente fuera más feliz. Vete a saber.

En octubre la URSS instaló unos misiles nucleares en Cuba, a ciento cincuenta kilómetros de la costa de Estados Unidos. Fue la respuesta a una invasión fallida de la Cuba comunista con respaldo estadounidense, y a la colocación de misiles que Estados Unidos había llevado a cabo en Turquía, aunque entonces no conocíamos los detalles. Estados Unidos se puso de uñas: le molestaba tener misiles enemigos tan cerca. Postureo por ambas partes. Cuarentena naval en Cuba. Alarma entre los victorianistas: todo el mundo creía que, si disparaban los misiles, Washington, Nueva York y Boston serían los objetivos.

Momento surrealista: sentada en el salón de la Casa de las Fundadoras, donde Jerry Buckley daba un seminario (¿sobre William Makepeace Thackeray, o sobre *La princesa* de Tennyson?), con todos alerta por si salíamos volando por los aires en cualquier instante.

Hice un viaje sola a Nueva York. Mi intención era ver a Daryl Hine, un poeta que conocía a través de Jay Macpherson, mi amiga poeta y antigua casera. Jay me contó que la madre de Daryl se tomaba la religión muy en serio y había quemado los manuscritos de sus poemas cuando él era adolescente. Era un genio que había publicado su primer poemario (*The Carnal and the Crane*, donde el carnal se refería a un cuervo; el título tenía su origen en una balada medieval) cuando tenía veintiún años. Me gustaba mucho su libro: estaba lleno de Dr. Jekyll y Mr. Hyde, mis favoritos. Sólo me sacaba tres años, pero tenía mucho más talento.

Daryl y su novio vivían en Staten Island. En aquella época estaba pasando una mala racha. Me contó que le habían diagnosticado un trastorno maniacodepresivo (ahora denominado «bipolar») a partir de un par de incidentes preocupantes. En el primero, se había puesto un vestido de lamé dorado para ir a la ópera. Sus amigos no se alarmaron: lo habían achacado a su excentricidad. En el segundo, se había quedado en cueros en un aparcamiento y había mantenido una conversación con Dios. Fue una experiencia eufórica, pero llamó la atención —no por la parte de Dios, sino por la del nudismo— y acabó en el hospital. A ambos nos calmaba hablar de poesía y tuve la oportunidad de decirle lo mucho que me gustaba su obra. Siempre que puedas, di esa clase de cosas: quizá luego no haya ocasión.

Daryl tomaba litio, que, según me dijo, lo equilibraba hasta el punto del letargo, y echaba de menos los subidones. Supongo que más tarde le ajustaron la medicación, porque llegó a ser editor de la revista *Poetry* y recibió una Beca MacArthur, conocida como «la beca de los genios». Después de nuestro encuentro, tomé el ferry de vuelta y caminé una manzana tras otra por las calles nocturnas de Nueva York sin más defensa que un paraguas puntiagudo grande y negro. Ahora no lo haría.

Por supuesto, tuve que ir a la boda de Mary Irving. Tomé un avión de Delta Airlines, que en aquel momento era una empresa pequeña de bajo coste. Fue un trayecto algo movido: teníamos azafatos en zapatillas de deporte en lugar de azafatas con tacones altos (utilizo la nomenclatura de la época) y nos dieron almohadas para ponérnoslas sobre el regazo en lugar de bandejas. Encima de las almohadas nos servían vasos de Coca-Cola, que pronunciaban *Co'cola*. La boda en sí fue otra experiencia surrealista. Aún había una segregación marcada en el Sur, y durante el banquete las ancianitas no paraban de llevarme a un rincón apartado para decirme: «No quieren ir a nuestra iglesia porque tienen iglesias propias.» También me rondaban ancianitos que les aclaraban a otros ancianos que, aunque yo hablaba como una yanqui, no lo era: era canadiense, y eso estaba bien, porque Gran Bretaña había apoyado a los estados sureños durante la guerra de Secesión.

La familia más cercana de Mary Irving no era así, pero noté cierta ansiedad en ella ante la incertidumbre de lo que pudiera decir yo. Mary me había dicho que cerrase el pico y no compartiera mis ideas «liberales», que podían incomodar a los demás, porque era una boda, y eso hice. Mi otra contribución fue escribir un brindis con un poema malo dedicado al novio para que lo leyera el padrino de bodas, que estaba histérico porque no sabía qué decir. Después la familia de Mary Irving me llevó a ver la fábrica de medias de nailon de Hanes, así como una auténtica subasta de tabaco, de las que solían hablar en la radio en los anuncios de cigarrillos Lucky Strike dentro del show de Jack Benny. Ambas cosas me fascinaron.

Para aumentar la dosis de rarezas del año, empecé a verme mucho con Jim Polk, mi compañero de las clases de Literatura Victoriana, y un personaje muy romántico: no sólo era de Montana, sino que tenía una rata blanca de mascota. Le daba un aire a Byron, ¿y quién era yo para opinar,

cuando mi mascota era una iguana? Me dijo que la rata era inteligente y afectuosa. Conocí al animal, y puedo confirmar que era cierto.

Tenía dos compañeros de habitación (uno de Misisipi y el otro de Virginia), ambos lumbreras, académicos y dados a la especulación abstracta y las profundas aguas intelectuales. Ésta fue mi conversación favorita con el de Misisipi, que había nacido en Oxford, escenario de muchas novelas de Faulkner:

YO: Vaya, Faulkner tenía una imaginación desbordante, ¿no? ¡Inventarse a toda esa gente! *El ruido y la furia*...

ÉL: No se inventó un comino. Se limitó a ponerlo por escrito. Conozco la valla en la que babeaba el idiota, en serio.

A veces mi ingenuidad era asombrosa, incluso para mí. El poeta John Berryman daba un recital y Jim y yo fuimos a escucharlo. Berryman era autor de *Homenaje a la señora Bradstreet*, dedicado a Anne Bradstreet, prácticamente la única poeta que produjeron los puritanos de la Nueva Inglaterra del siglo XVII, así que no podíamos perdernos el acto. No entendí nada de lo que dijo Berryman.

YO: Es admirable... Que John Berryman haya tenido el valor de hacer una lectura pública, a pesar del paladar hendido.

JIM: No tiene el paladar hendido. Iba como una cuba.

YO: Ah.

¿Acaso Jim y sus dos compañeros de habitación aparecen algo modificados en mi primera novela publicada, *La mujer comestible*? Qué

idea tan rocambolesca. Es sólo que tengo una imaginación desbordante. Bueno, y también que, como todos los novelistas, soy cleptómana.

14

Up in the Air So Blue

La primera novela que escribí nunca llegó a publicarse. Fue una suerte, aunque en ese momento me resultara decepcionante. Se titulaba *Up in the Air So Blue*, un verso del poema «El columpio», de Robert Louis Stevenson, incluido en *Jardín de versos para niños*, uno de los numerosos libros victorianos tardíos que había devorado de más joven:

¿Tienes ganas de columpiarte,
volar en el aire tan azul?
¡Ay, es lo más emocionante
que puede hacer un niño como tú!

En el aire y sobre el muro,
hasta ver todo el paisaje,
ríos, árboles y vacas, seguro,
de todo hay por este paraje...

Hasta ver la verde hierba,
el tejado marrón y el atajo...
en el aire vuelo sin tregua,
¡en el aire y luego abajo!

¿De qué creía que hablaba el título? Más allá del vaivén, de elevarse y caer en picado y de la posibilidad de ver por encima de un muro sin tener que saltarlo, claro. Supongo que tenía en mente algunos dobles sentidos oscuros y enrevesados. «En el aire» es donde estás cuando te columpias, y el propio acto de «columpiarse», mecerse, presenta un siniestro subtono que remite a un ahorcado. Columpiarse es un acto lleno de movimiento, pero que no te propulsa hacia delante: es cinético y estático al mismo tiempo. Sin embargo, que algo esté «en el aire» también puede querer decir que «se desconoce el resultado». Y «azul» es el color del cielo, pero también puede denotar en inglés un estado de ánimo melancólico, el *blues*, igual que en las canciones, un término común en la lengua que se hablaba en América del Norte a mediados del siglo XIX. (Diría que el otro significado de *blue*, semiobsceno, pues se utiliza en inglés igual que «verde» en español, no se me pasó por la cabeza.)

Supongo que tenía la impresión de que todos esos múltiples significados encajaban con la novela que estaba escribiendo. El libro no tenía una gran trama, la verdad; pero bueno, había leído obras de autores modernos que tampoco tenían tramas muy complejas. (Pienso en Beckett, por no hablar de Kafka.) La narración iba y venía entre el Entonces y el Ahora, donde el Entonces era una infancia con una casa del árbol, una playa, un bosque, sol y calor, hiedra venenosa, un ahogamiento y varias relaciones curiosas entre una voz narradora anónima (femenina) y unos cuantos chicos, y el Ahora como un paisaje urbano con algunas cafeterías, varios anuncios (he sido una ávida lectora de anuncios desde que me daban revistas para que las mutilara con las tijeras cuando caía enferma), un clima desapacible y varias relaciones curiosas con chicos mayores. El libro termina con la narradora preguntándose si debe tirar o no desde el tejado a uno de esos chicos mayores.

Pasé sesenta años sin volver a mirar esa novela —supongo que temía descubrir que era pésima—, pero hace poco le eché un vistazo como parte del ejercicio de escribir estas memorias, algo que inevitablemente conlleva rebuscar entre los cajones y desenterrar las labores de yoes previos que habías olvidado y que no te gusta redescubrir.

Hojeando el manuscrito algo amarillento, descubrí que era capaz de recordar con detalle vívido y concreto cómo había sido el proceso de escritura. No siempre es así: algunas de mis experiencias escribiendo novelas se han fundido en una nebulosa. Me quedan únicamente las páginas de mi diario para recordarme lo que hacía en determinada época, y «hoy he escrito a máquina tres páginas» no da mucha información. Pero con *Up in the Air So Blue* tengo un recuerdo muy nítido.

Lo compuse cuando tenía entre veintitrés y veinticuatro años. Durante el otoño de 1963, luego el invierno siguiente y luego la primavera de 1964. Vivía en una pensión barata de Charles Street, Toronto, enfrente del Victoria College, donde había estudiado la carrera. La casa era limpia y tranquila, y olía a abrillantador de muebles con un toque de humo de tabaco, como les ocurría a muchas casas antiguas en aquella época. Ahora me doy cuenta, aunque entonces me pasó inadvertido, de que los dos hombres maduros que la regentaban eran gais. Fue hace mucho tiempo: en esa época si eras gay no ibas por ahí proclamándolo, porque los actos homosexuales eran ilegales y te arriesgabas a que te detuviera la policía. Seguro que conocía a muchos hombres gais que, como se dice ahora, no habían salido del armario, entre ellos mis ancianos caseros, pero yo no pensaba demasiado en esas cosas. Aquellos dos hombres, arañando lo que podían de los ingresos del alquiler, eran imágenes borrosas en mi visión periférica.

¿Qué debían de pensar ellos de mí a su vez? Seguro que les pasé desapercibida. Habrían visto a una personita furtiva, poco glamurosa con

sus gafas de montura de carey, vestida con poco estilo y el pelo ahuecado con unos rulos grandes y moldeado, con escaso éxito, con Dippity-Do; alguien que se escabullía con discreción y no paraba de dar golpecitos al teclado en su cuarto. Pero los encuentros casuales también dejan huella. Gracias, ancianos desaparecidos hace mucho tiempo. Me hicisteis un regalo muy importante, que fue el tener una habitación propia. Ésa es la naturaleza de los regalos: muchas veces no sabemos que nos han hecho uno. He procurado transmitir a los demás ese regalo por vías distintas, como uno debe hacer con los dones que recibe.

A cambio del alquiler semanal, tan bajo que apenas recuerdo cuánto costaba, los inquilinos también teníamos derecho a una toalla grande y otra de manos: deshilachadas pero limpias. Mi cuarto era minúsculo. Tenía una cama de muelles que crujían, un armario para la ropa y un secreter oscuro y alto de cuatro cajones. También contaba con un escritorio pequeño, en el que, cuando cocinaba, colocaba un hornillo de un solo fogón. Además, tenía una hervidora de agua eléctrica con la que me hacía muchísimos cafés instantáneos, algo que ya no soporto, después de habérmelo chutado durante muchos años en circunstancias de estrés. Guardaba la comida en un par de cajones del secreter, en cantidades pequeñas, ya que carecía de nevera. En invierno, a veces sacaba un bric de leche al alféizar que había entre la ventana y la contraventana para que se enfriase. Me decantaba por comida que se pudiera hervir (como guisantes con maíz, por ejemplo) y salchichas de fráncfort, latas de judías, sándwiches de jamón y queso, crackers Ritz con mantequilla de cacahuete y quesitos individuales de La Vaca que Ríe. También compraba naranjas, manzanas y plátanos. Algunas veces añadía melocotón o pera en almíbar.

En la habitación no había fregadero. Quienes nos alojábamos en la pensión lavábamos los platos en la bañera compartida, así que, cuando ibas

a bañarte, cabía la posibilidad de que te encontraras un guisante hervido o un fideo suelto obstruyendo el desagüe.

Mi habitación estaba pegada al cuarto de baño y es posible que, antaño hubiese formado parte de él. La pared era muy delgada, así que me enteraba de primera mano de todo lo que se cocía allí. Muchas toses y esputos de un caballero: supongo que un fumador empedernido. Otra persona tenía problemas de estreñimiento: minutos agonizantes de gemidos y dolorosos sonidos al apretar. Y, de vez en cuando, un extraño dueto de voces, una aguda que gimoteaba y sollozaba, y otra más grave que susurraba o murmuraba, a menudo apremiante. ¿Qué melodrama era ése? ¿Sería un único ser con dos personalidades? ¿Sería alguien con demencia o alguna otra enfermedad a la que atendía (tal vez la bañaba) un devoto cuidador? Como aficionada a las historias de terror desde que era pequeña, llegué a imaginarme un cuerpo con dos cabezas, aunque eso era poco probable.

Nunca supe la respuesta, porque no llegué a ver a ninguno de los demás huéspedes, ni siquiera en las escaleras. Pero me llamaba tanto el cotilleo («intriga» sería una palabra más amable) que tiempo después concebí un cuento gótico, cómo no, a partir de las dos voces. Lo escribí en 1964, cuando ya no vivía en la pensión. «The War in the Bathroom» fue el primero de mis relatos que se publicó en una revista literaria no vinculada a la universidad. Se trataba de *Alphabet*, editada por el poeta y dramaturgo James Reaney. Me dijo que, por norma general, los componedores que montaban el texto de la revista no se leían el material, pero que sí habían leído mi relato. Me lo tomé como un gran cumplido.

La otra consecuencia de esa publicación fue que recibí una carta de un editor de McClelland & Stewart, en la que me decía que, si alguna vez escribía una novela, le gustaría verla. Al final seguí tirando del hilo de esa trama, de modo que la pensión de Charles Street y sus representaciones en

el cuarto de baño se convirtieron en un eslabón de la cadena que llevó a mi debut como novelista.

La historia del lavabo reapareció más adelante, en la edición canadiense de mi primera recopilación de relatos, *Chicas bailarinas*. ¿Por qué no lo incluí en las ediciones estadounidense y británica? Para entonces ya había escrito otros relatos y supongo que pensé que eran mejores. Pero debería estar agradecida a esa historia temprana, y en realidad, lo estoy.

¿Cuál es la moraleja? La siguiente: nunca se sabe. Unos ruidos indescifrables en el cuarto de baño, irritantes en aquel momento, pueden sufrir una transformación alquímica y convertirse en un golpe de suerte que supere tus sueños más osados.

O puede que no. Porque, de verdad, nunca se sabe.

Cuando quería avanzar con *Up in the Air So Blue*, sustituía el hornillo del escritorio por la pequeña máquina de escribir, en la que tecleaba con dos dedos. Eso ocurría por las noches, porque de día estaba trabajando.

LA SEÑORA SIMS DE CANADIAN FACTS

Mi empleo fue otro golpe de suerte. Varios factores habían contribuido a mi decisión de no regresar a Harvard justo entonces. Lo llamo «decisión», aunque fue más bien como un accidente de tráfico.

Para empezar, me moría de ganas de escribir una novela. El tiempo se agotaba: ya tenía veintitrés años y estaba prácticamente senil, y aún no había publicado casi nada relevante, y era más que consciente de que Marie-Claire Blais (diecinueve, *La hermosa bestia*) y Françoise Sagan (dieciocho, *Buenos días, tristeza*) todavía me llevaban mucha ventaja. Y, lo que es peor, mi primer poemario, que había enviado a Contact Press —un

sello pequeño dirigido por poetas que constituía la única posibilidad real de Canadá para los poetas muy jóvenes e inéditos—, había sido rechazado por el tercer miembro del comité de poetas, después de que los otros dos lo aceptaran. Esos dos editores incluso me habían mandado una carta de recomendación (me puse tan eufórica que compartí la noticia con mis amigos) y luego tuvieron que retractarse con una carta de rechazo. Fue más que deprimente. Así pues, tenía que escribir una novela, y cuanto antes mejor.

Además, ni por asomo estaba preparada para aprobar el examen de Latín, un requisito imprescindible para continuar en la escuela de doctorado. Mi amigo, un espíritu libre como yo y pareja romántica ocasional, el que tenía una rata por mascota, Jim Polk, también había desertado de Harvard y había empezado a trabajar de profesor en Pocatello, Idaho. No podía imaginarme Harvard sin alguien con quien burlarme del sistema.

Mi plan era encontrar un trabajo de día en Toronto y adelantar con la novela por la noche. Hice una entrevista para la empresa telefónica Bell, pero me rechazaron con el argumento de que una doctoranda de Radcliffe estaba sobrecualificada, de modo que estaría insatisfecha y me aburriría, y no tardaría en querer marcharme. (Buen ojo por su parte.) También hice entrevistas para trabajar en dos de las editoriales de Toronto: Oxford University Press y McClelland & Stewart. Ambas buscaban publicistas y ambas me rechazaron. Buen ojo también por su parte: necesitaban a una persona sociable, extrovertida y complaciente, no un cerebrito raro y esquivo.

Empecé a ponerme nerviosa: ¿de qué iba a vivir? ¿Me quedaría sin dinero, me vería obligada a salir de la pensión y estaría condenada al sótano de mis padres para siempre, sujeta a la desaprobación tácita y a la obligación de desbrozar el jardín? Entonces hice una entrevista de trabajo

para una empresa que hacía estudios de mercado: se llamaba Canadian Facts. Yo no tenía ni idea sobre los estudios de mercado, pero no pasaba nada, porque no esperaban que hiciera mucho de eso. El trabajo era para alguien que supiera pensar y escribir, y me veía capaz de hacer ambas cosas.

Me entrevistó la señora Mary Sims, jefa del departamento que formaba y organizaba a quienes hacían las encuestas. En su mayoría se trataba de amas de casa que se ganaban algún dinero extra. Y la mayor parte de sus encuestas las hacían a otras amas de casa, que podían atenderlas por la mañana, porque no trabajaban fuera del hogar. Estaban más que encantadas de probar productos nuevos, como salvado con pasas, y luego responder a preguntas sobre lo que habían probado; otras veces daban su opinión acerca de distintos temas, incluido el estado de ánimo del país.

Según me contó la señora Sims, mi trabajo consistiría en revisar el material recargado y farragoso que habían producido sin pensar «los Hombres de Arriba», tal como los llamaban (eran hombres y estaban en el piso de arriba), que conseguían clientes y comentaban con ellos lo que deseaban encontrar. Luego transformaban sus deseos en jerga de dirección de empresas. Yo tenía que transformar su prosa pomposa en una serie de preguntas claras y concisas que pudieran preguntarse y responderse con facilidad, con una cantidad limitada de posibles respuestas —¿el fondo azul para el melocotón de la etiqueta, o el verde?— y directrices que ayudasen a la encuestadora a abrirse paso por el cuestionario de forma racional. «Si a), vaya a la Parte 3. Si b), termine la entrevista.»

«Estás sobrecualificada, pero haces bien este trabajo. Tienes que quedarte», me dijo la señora Sims. Más adelante me contó que me había contratado porque pensó que era divertida. (En efecto, era divertida, aunque no todo el tiempo.)

Es posible que también notase en mi voz el tonillo de pánico de quien está a punto de ahogarse. Sabía detectarlo, pues ella también había pasado rachas de desesperación. Se había casado muy joven cuando no tenía experiencia práctica de ningún tipo, ya que había sido una niña lista devoralibros en una familia acomodada con un padre cascarrabias. No tenía ni idea de qué implicaba llevar una casa y compraba en las tiendas por teléfono, como hacían las mujeres de clase alta en aquella época. Pero, como no sabía qué se necesitaba, pedía medio kilo de todo. Medio kilo de mantequilla, medio kilo de harina, medio kilo de pimienta... «Tardé años en acabarme la pimienta», comentó en una ocasión.

Y de pronto se había encontrado con tres niños pequeños y un marido muerto por tuberculosis. Su padre no le había servido de ayuda, pues era de la opinión de que, ahora que era adulta, tenía que apañárselas sola. Canadian Facts le había lanzado un salvavidas, así que conocía su valor. Yo no era la única persona del departamento que había recibido uno.

«Esa chica nueva no parece muy lista», le había comentado Shirley Badali a Beverly Hunter, quien no tardaría en convertirse en amiga mía, y de las buenas. Probablemente fuera cierto: debía de tener pinta de andar perdida porque, de hecho, andaba perdida.

Todos los días iba al trabajo. Me ponía la ropa de la oficina —una falda, una blusa, una liga, dos medias (los pantis todavía no se habían popularizado) y unos tacones de media altura— y me iba taconeando hasta Bay Street, donde cogía el autobús. El centro de Toronto todavía estaba plagado de casas de ladrillo de aspecto victoriano sucias de hollín, y Canadian Facts era uno de esos edificios de oficinas solemnes y aburridos. No tenía aire acondicionado (en lugar de eso había unos enormes ventiladores de techo), pero tenía ascensor, y fue en aquel ascensor, mientras volvía de la pausa para comer, donde me enteré de que habían

disparado a John Kennedy. Todos los que vivían entonces recuerdan dónde estaban cuando supieron la noticia. Ese acontecimiento fue el final de algo: un sueño americano que todos creíamos que era real.

Mi trabajo implicaba tareas varias. A veces repasaba cuestionarios; a veces los ponía a prueba, ya fuera en persona o por teléfono. La gente aún contestaba a las llamadas telefónicas en aquel entonces. O podía dedicarme a contar productos en un supermercado: ¿cuántas cajas de fideos de la Marca X quedaban a la altura de los ojos? O podía participar en una cata: teníamos una cocina y nos llamaban para que comiéramos cosas. Probamos las minirraciones de arroz con leche envasadas. ¿Quién compraría eso?, me pregunté, sin pensar en las comidas escolares. Presentamos los primeros Pop-Tarts ante una selección de amas de casa y tuvimos que reemplazar unas cuantas tostadoras cuando los Pop-Tarts explotaron y desparramaron mermelada caliente. En mi opinión tenían los días contados, pero me equivoqué. Su fabricante añadió más aglutinante y se convirtieron en un éxito sin precedentes.

Los proyectos nos llovían de los Hombres de Arriba, se transformaban en cuestionarios útiles gracias a mi intervención y luego se distribuían para los estudios de campo. Una vez completos, los cuestionarios volvían a nuestro departamento, se revisaban y pasaban a la planta inferior, donde se codificaban las respuestas en tarjetas perforadas y se transformaban en estadísticas. Nuestro departamento también lidiaba con las historias rocambolescas de las encuestadoras: el perro hostil, la mosca muerta encontrada en la muestra de salvado con pasas, el pinchazo de una rueda en una carretera rural, el vendaval que había echado a perder la prueba de zumo en polvo al aire libre, la casa donde la mujer no estaba, pero el marido borracho sí y había empezado una persecución. Yo también me topé con algunos de esos incidentes mientras hacía las pruebas de los cuestionarios

puerta a puerta. Aprendí que no había que entrar. Quédate en el umbral. Nunca des la espalda. De un modo u otro, todo eso acabó en *La mujer comestible*.

Con un par de horas al día era capaz de sacar el trabajo que tenía asignado, pero necesitaba dar la impresión de que estaba ocupada todo el tiempo. Así pues, me llevaba un capítulo de mi novela al trabajo, pasaba unas cuantas páginas a limpio en la máquina de escribir y las revisaba. Ahí me sentaba, a teclear muy concentrada *Up in the Air So Blue*, pero también un cuestionario de treinta y cinco páginas sobre laxantes, por ejemplo. ¿Con qué frecuencia, con qué consistencia, lento y suave o rápido y explosivo?

—Nadie va a responder más de cinco páginas sobre este tema —proclamé—. Echarán a las encuestadoras.

—Sí, pero los que pasan de la quinta página... ésos son el *target* del producto —me respondieron.

O podía ser una encuesta sobre cerveza, con un número de botellines por semana increíblemente alto.

—¡Nadie puede beber tanto! —exclamé.

—No. Pero no buscamos esa cifra, lo que buscamos es la segunda. Si ponemos la cantidad real primero, nadie lo admitirá. ¿Quién quiere ser el mayor borracho del país?

Todo eso me generó unas sospechas sobre los datos estadísticos que no me han abandonado nunca.

Cuando no escribía sobre movimientos intestinales y cerveza, lo hacía de alguien que se había ahogado en un cenagal o que tenía una crisis de fe en un paseo lúgubre, frío y ventoso de Toronto. ¿Estadísticas sobre fideos chinos o nihilismo? Yo sabía cuál de las dos cosas era más romántica.

¿Sabría la señora Sims a qué me dedicaba? Dado que se enteraba de todo lo que ocurría en su departamento, supongo que sí. Era el ángel protector.

No la incluí en *La mujer comestible*, en la que salía una empresa de estudios de mercado que se parecía muchísimo a Canadian Facts, porque era demasiado virtuosa para esa novela, pero sí le hice una especie de modesto homenaje en una obra de ficción posterior. Si buscas *Doña Oráculo* la encontrarás, aunque con algunas características adicionales, cortesía de mi tía Joyce.

Mientras dilapidaba tiempo de mi jornada laboral por el bien del Arte, estaba sentada enfrente de la joven que contrataba y formaba a las nuevas encuestadoras. Viajaba con frecuencia a distintos puntos del imperio de Canadian Facts: la comunidad modélica, la más normativa, era Corner Brook, Terranova, según me dijo. Siempre vestía con mucha elegancia y llevaba peinado de peluquería, pero por dentro era lista. Se llamaba Chris Lloyd y aparece en *La mujer comestible* como una de las vírgenes de la oficina. («A propósito de esas vírgenes de la oficina», me dijo más adelante. «En realidad, no tanto.») Beverly Hunter, ella y yo no tardamos en fundar un triunvirato, y hacíamos las pausas del café juntas, mientras intercambiábamos anécdotas.

Las historias de Bev eran cautivadoras. La señora Sims le había lanzado un salvavidas, que ella necesitaba a más no poder. Su familia había sido rica antaño, pero tanto su padre como su madre eran alcohólicos (uno de ellos se había calcinado en la cama, debido a una combinación letal de una altísima ingesta de alcohol y un cigarrillo encendido) y Beverly y sus dos hermanas pequeñas habían acabado aparcadas con una tía y su marido. El tío era amable pero blando, mientras que la tía no sólo había sido fría y desagradable, sino directamente sádica, y dejaba a las niñas fuera de casa cuando nevaba, como una madrastra malvada de un cuento en extremo horrible de los hermanos Grimm.

Mucho tiempo después le pregunté a Bev:

—¿Puedo emplear a tu tía para una novela que tengo entre manos?

—Adelante —contestó—. Así a lo mejor sirve para algo.

Para huir de esa tía tan cruel, Bev se casó a los dieciséis años con un hombre mucho mayor que ella: de treinta y tantos. ¿Se han encendido ya las alarmas?

Cuando nos hicimos amigas, empecé a prestarle a Bev libros que pensaba que le gustarían, pues era una ávida lectora. Uno de ellos fue *El ruido y la furia*, de Faulkner. Beverly me llamó por teléfono por la tarde, muy emocionada.

«¡Madre mía!», exclamó. «¡Me encanta este libro! ¡Es clavado a mi familia!»

Después de la boda de Bev, llegaron cuatro hijos en rápida sucesión. Luego, cuando el menor aún no había cumplido dos años y la segunda tenía siete, su marido anunció que estaba perdidamente enamorado de la mejor amiga de esa pequeña de siete años.

Beverly cayó en la cuenta de por qué se había casado con ella cuando era una adolescente. Le pidió a su marido que se marchara de casa, cosa que hizo. Pero ¿qué sería de ella entonces? No podía confiar en que él le prestara ayuda económica. No tenía estudios, ni ninguna habilidad requerida en el mercado laboral. Sin embargo, era más lista que el hambre: casi superdotada, creo yo; desde luego, sabía lo que era «ser ama de casa», algo muy útil en una empresa como la nuestra; y se dejaba la piel. La señora Sims supo ver esas cualidades y contrató a Bev.

Hubo un segundo acto. Cuando llevaba varios meses en el puesto, la catastrófica naturaleza de su matrimonio y su falsedad desde el principio la dejó hecha polvo. Entró en una depresión, de esas que hacen que sea casi imposible seguir adelante. Llamó a la señora Sims y le dijo que renunciaba al empleo porque se veía incapaz de llevar a cabo el trabajo.

La señora Sims logró sonsacarle qué había ocurrido. «No voy a aceptar tu dimisión. Quédate en casa, métete en la cama y tómate el tiempo que necesites. Vuelve cuando estés preparada. Te guardaré el puesto», le dijo entonces.

Me mantuve en contacto con la señora Sims durante toda su vida, igual que hicieron Bev y Chris. Hablaba de nosotras como «sus niñas». Le enviaba todos mis libros: era una lectora excelente y muy intuitiva.

—¿Eras miope de pequeña? —me preguntó una vez.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—En tu escritura hay muchos detalles precisos y vistos de cerca —respondió.

Sí: de pequeña veía muy bien las hormigas, pero los paisajes no tanto.

La señora Sims no se quedó para siempre en Canadian Facts. Logró entrar en la universidad y se graduó de adulta en Sociología; escribió el trabajo final sobre el suicidio con perspectiva de género. Descubrió que las mujeres solían emplear los intentos de suicidio como llamada de socorro. Ellas quizá hacían algo reversible (pastillas más una llamada telefónica, por ejemplo), para que alguien supiera que había algo atroz en sus vidas e intentara ayudarlas a solucionarlo. En contraste, para los hombres un suicidio fallido no era más que otro fracaso. La siguiente vez se asegurarían de «tener éxito», por ejemplo, pegándose un tiro en la sien o saltando de un puente.

EL VIDENTE QUE LEÍA LAS CARTAS

Hubo otro factor que afectó a mi escritura de *Up in the Air So Blue* y que aún no he mencionado. Supongo que es el origen de la inmovilidad y la

nostalgia que se coló en esa novela. Pues ¿por qué se me ocurrió tomar un escenario tan feliz de mi infancia (la costa norte del lago Superior) y empañarlo con la hiedra venenosa y el ahogamiento y demás?

El otro factor: durante buena parte de ese período yo estaba comprometida.

¿Cómo ocurrió? Todavía no estoy del todo segura. Había tenido un lío con un compañero de la Universidad de Toronto que estudiaba Filosofía en el Massey College, algo despreocupado, sin ataduras, divertido a ratos y, según suponía yo, con fecha de caducidad. Mi patrón entonces era ése: las escritoras serias no adquirían compromisos permanentes, y las lavadoras secadoras no entraban en las descripciones de su vocación. Tras haber sido una niña buena en los cincuenta (y los años sesenta siguieron siendo los cincuenta hasta 1966), no había llegado al punto de matar a los amantes que recomendaba Robert Graves a las poetas, pero como los maridos de largo recorrido estaban fuera del alcance de las Diosas Blancas —había que sacrificarlos de un modo u otro, como cualquier lectora de *La epopeya de Gilgamesh* sabría—, no estaba por la labor de engatusar a alguien con mis modestas artes femeninas y tenía pocas inhibiciones acerca de expresar mi opinión, tanto literaria como de cualquier otro tema. En aquella época, seguro que alejaba a casi todos los hombres, aunque no supieran de la sed de sangre de las Musas Diosas Blancas.

Y entonces, sin saber cómo, me había comprometido. El alcohol tuvo algo que ver. Supongo que mi prometido estaba igual de perdido que yo en un bosque oscuro, sin ver un camino claro delante, o zozobrando en un nebuloso lago de montaña, y nos aferrábamos a un clavo ardiendo, y el clavo acabó siendo el otro. Así pues, heme ahí, paseando con un anillo de pedida en el dedo. Tenía un zafiro y despertó admiración en la oficina. Yo sufría el síndrome de la impostora, pero intentaba quitármelo de la cabeza.

No podía creer que nada de todo aquello estuviera pasando de verdad. Es lo más cerca que he estado en mi vida de ser sonámbula. Jim, que seguía en Idaho, se rió burlón de aquel compromiso por carta. A través de mi niebla mental, capté su punto de vista. Más adelante, en *La mujer comestible*, también yo me reí de la situación.

Descubrí que el compromiso conllevaba unas expectativas. Algunas tenían que ver con sonreír con educación (mucho) mientras mi prometido y sus colegas contaban anécdotas sobre reventar conejos a tiros. Conejos que no se comían: un comportamiento que yo veía con muy malos ojos, no porque fuera vegetariana, sino porque era un desperdicio, y matar por placer resultaba sospechoso. En mi familia sólo matábamos para comer. Otras expectativas tenían que ver con la elección de vestuario: arreglarme de manera mucho más formal y maquillarme más de lo que acostumbraba. Ese desequilibrio estaba condenado desde el principio, pero entonces yo sólo veía a través de un cristal, oscuro.

El plan, que no podía ser más impreciso, era que después de la boda (¡la Boda!) iríamos a Inglaterra en agosto, y él prepararía allí el trabajo de fin de máster (creo, ¿o era la tesis doctoral?) y yo crearía mis obras maestras imperecederas. Entonces él dejó caer que le parecía bien si yo quería dedicarme a eso de la escritura si me entretenía, pero que no tenía por qué publicar nada. Como futuro marido mío —un estudiante de Heidegger con aspiraciones académicas—, mis garabatos le resultaban embarazosos. En realidad, no había leído ni una página de la novela que estaba escribiendo, sino unos poemas góticos alarmantes que sí se habían publicado. Quienes no entendieran las metáforas podían pensar que estaba loca. No es que lo dijera abiertamente, pero lo dejó bastante claro con su actitud.

No obstante, antes de que la cosa saltara por los aires como uno de los conejos que reventaba con sus colegas, Beverly me llevó a un vidente. Ella

había probado un puñado de adivinos a lo largo de los años y, según decía, era capaz de distinguir los que eran fraudes, y éste le parecía auténtico. Era un hombre de mediana edad sin pretensiones ni parafernalia vestido con camisa y corbata: ni bola de cristal ni pentagrama. Nos sentamos en una tetería. Empleaba una baraja de cartas convencionales. Las extendió en la mesa.

—Te vas a Europa en mayo —me dijo.

—No, no voy —contesté. Iba a casarme en junio. Ése era el plan.

—Sí que vas.

—No, no voy.

—Sí que vas.

Y fui.

Mientras tanto, llegó marzo. Terminé *Up in the Air So Blue*. Se me daba fatal la mecanografía, así que pagué a mi amiga Gail Youngberg McConnell, en su día editora del *Acta Victoriana*, para que me pasara el libro a máquina.

«No suena a primera novela», dijo con mucho tacto. No dijo a qué sonaba.

La envié. Había buscado las direcciones de los pocos editores que sabía que publicaban alguna que otra novela en Canadá y mandé paquetes con mi libro, en los que incluía un sobre con franqueo pagado. Así era como había estado enviando mis poemas. Era un poco como escribir a Papá Noel, aunque solía llegarme respuesta, de un tipo u otro.

Como ya no contaba con la escritura de mi novela como válvula psicológica de escape, me vi atrapada por la vida real: una vida real en la

que iba a casarme. Parálisis. Conflicto. Desesperación. Comportamiento enfurruñado por mi parte. Fin de las sonrisas. Pérdida de interés en el sexo.

«Esto no funciona», dijo al fin mi prometido. Eufemismo del siglo. «¿Puedes devolverme el anillo? Era bastante caro», añadió.

A esa escena siguió un mar de lágrimas (qué triste cuando se desmoronan los castillos de nata montada) y luego el coro de los prisioneros de *Fidelio* («Oh, qué suerte, estar al aire libre. ¡Libres para respirar de nuevo!») por ambas partes, sin duda alguna. En un arrebato de lucidez, se me ocurrió recuperar las cartas que le había escrito. Davide, mi compañera de residencia de Radcliffe aficionada a leer la mano, había dicho que iba a ser famosa, y las personas famosas en potencia deben andarse con pies de plomo.

Las chicas de la oficina me dijeron que en realidad nunca les había parecido buena idea, aunque el anillo era bonito. Me despedí y la señora Sims comentó que desde el principio había temido que no me quedase mucho tiempo, pero que le había picado la curiosidad de saber qué haría a continuación. A mí me picaba tanto o más saber de mi futuro.

No estoy segura de qué pensaron mis padres sobre el fiasco de la boda: se mordieron la lengua, como siempre. A mi hermana pequeña, que entonces tenía doce años, nunca le había gustado mi novio. Logró quedarse el camisón azul claro de tela sintética semitransparente que me habían regalado como grotesco ajuar, y estaba encantada. No hay mal que por bien no venga, en este caso con forma de camisón. Hace poco me contó que había terminado convertido en paños para limpiar el polvo. Mi madre nunca tiraba un trozo de tela que se pudiera utilizar.

Entonces llegó abril, estación de narcisos nuevos y otras resurrecciones, y emprendí un viaje para visitar la guarida de un poeta amigo. Por lo menos

él no necesitaría que le justificara por qué quería publicar poemas, dado que él ya lo había hecho.

15

The Circle Game, la precuela

El poeta al que iba a visitar era Doug Jones, que publicaba como D. G. Jones: treinta y cinco años, casado y con cuatro hijos pequeños. La invitación a ir a su casa en North Hatley, Quebec, había sido idea de su esposa, Kim Jones, también conocida como Betty, una mujer delgada muy activa, generosa y sincera que también tenía treinta y cinco años, pero aparentaba veinticinco. Kim pintaba cuadros y sentía debilidad por los jóvenes poetas y escritores, tal como eran en 1964. Había visitado a los Jones un par de veces desde 1960 en su casa de veraneo en Kawartha Lakes, la primera vez por invitación de un joven compañero que más tarde había escrito un poema sobre mí en el que me había convertido en una perla dura como el pedernal, brillante por fuera, pero con un grano seco de arena en el corazón: era un juego de palabras con mi nombre, ya que Marguerite significa «perla». Supongo que no estuve a la altura de sus expectativas románticas, como tantas veces ocurre.

Los veranos en casa de los Jones eran bucólicos. Su hogar era una propiedad extensa que daba al lago, con una casa principal y unas cuantas cabañas más pequeñas para que durmieran los invitados, entre prados, un embarcadero, canoas y una extensión de bosque. Los colimbos aparecían al caer la tarde, las aves del bosque piaban por el día. Debía de haber búhos. Kim lo organizaba todo: las comidas, los pícnics con sándwiches, los

chapuzones junto al embarcadero (era una nadadora excelente), las excursiones, los partidos de tenis en los que daba una paliza a todos los que se atrevieran a desafiarla. Organizaba veladas que se suponía que eran literarias y que acababan siendo, bueno, más o menos... También se encargaba de los perros y los cuatro hijos y sus amigos, que corrían por ahí felices. En ocasiones jugaban en círculo en el inmenso prado: al corro de la patata, tengo una muñeca, y cosas de ese tipo. Los juegos en corro siguen y siguen sin parar, pero al mismo tiempo no hay destino alguno, un concepto que acabaría convirtiéndose en mi poemario, aún por escribir entonces, titulado *The Circle Game*.

«Así que esto es lo que hacen los adultos», pensé. Eso era la creatividad en acción. Al fin y al cabo, la vocación literaria podía materializarse con alegría y tal vez incluso con un compañero de vida. No tenía que ser una Diosa Blanca que se bebiera la sangre de mis amantes, ni una pálida Pesadilla Vida-en-Muerte, como la de *Balada del viejo marinero*, ni una solterona que mirase la vida a través de los agujeros de los gusanos en un sudario, como Christina Rossetti. No tenía por qué morir al dar a luz, como Charlotte Brontë: Kim tenía cuatro hijos, una figura estupenda y un estilo magnífico jugando al tenis.

Podía haber pícnics. Podía haber sándwiches de mantequilla de cacahuete y jalea. Podía haber hijos. En una de mis ensoñaciones, yo tenía dos. Me parecía el número ideal.

Kim tenía una energía desbordante. Una de sus funciones era proporcionar un ambiente creativo adecuado para Doug, quien se escaqueaba de muchas de las actividades y se pasaba el rato escribiendo en su cabaña, fumando como un carretero, bebiendo cerveza y otras cosas y, probablemente, arrancándose el pelo, como hacen los poetas. Salía de su cueva de vez en cuando para hacer comentarios irónicos y divertidos. Había

publicado dos poemarios, *Frost on the Sun* y *The Sun is Axeman*. (También estaba escribiendo un libro titulado *Butterfly on Rock*, que tenía como propósito abordar lo que había de canadiense en la poesía de Canadá; se publicaría en 1970.) Me tenía impresionada. Haber publicado algo que no se hubiera hecho con un mimeógrafo en un sótano particular era un logro considerable.

En una de mis anteriores visitas de verano a los Jones, había conocido a un joven tímido llamado Michael Ondaatje, uno de los estudiantes de Doug de la Bishop's University. Michael era tan guapo que quitaba el hipo, con unos penetrantes ojos azules y pelo moreno; estaba lejos de su hogar (su hogar estaba en Sri Lanka, aunque había estudiado en un colegio de Inglaterra) y apenas hablaba. Era más joven que yo —dos o tres años son mucho a esa edad—, así que casi no le presté atención. Como suele ocurrir, no me enteré de las corrientes emocionales submarinas que pudieran estar removiéndose por ahí.

Volvamos a abril de 1964, después de que dejara el empleo en Canadian Facts. Tras recibir su afectuosa invitación, llegué a casa de los Jones en North Hatley, esperando encontrarme alguna versión de la dinámica estival: un refugio para un alma abatida como la mía, con todo bien arreglado, Kim repartiendo la comida, Doug con sus típicos comentarios ingeniosos y algo burlones, otros poetas por allí cerca, todo salvo un cuarteto de cuerda... Pero no es eso lo que me encontré.

Entre los Jones reinaba el caos. Kim había tenido una aventura con el joven Michael (tuve que sentarme cuando me enteré) y, además, se había quedado embarazada. Alegó que la culpa era de un diafragma mal puesto. Tras mucha angustia y desesperación que, según me dijo, la llevó a meterse con el coche en una zanja porque iba distraída y estuvo a punto de morir,

había decidido ir a Nevada para obtener un divorcio exprés, tras lo cual se marcharía de la casa de los Jones y se casaría con Michael.

¿Qué pasaría con los cuatro hijos? Se repartirían entre las dos casas. Estarían bien. Todo saldría bien.

Al cabo de un rato, Doug me pilló por banda y compartió conmigo su desesperación... ¿Quién lo había visto venir? Desde luego, él no. Todo aquel asunto le había caído encima como un jarro de agua fría. Era uno de sus estudiantes, tan joven que casi podía ser su hijo. Pero no podía echarle toda la culpa a un simple chaval, a merced de sus hormonas. No bastaba con darle un puñetazo en la boca, por muy furioso que uno estuviera. Pero ¿qué iba a hacer él, padre de cuatro criaturas? Kim siempre se había encargado de los niños. Por no hablar de la cocina: él formaba parte de esa generación de hombres que no saben ni freír un huevo, pues nunca se ha esperado de ellos que lo hagan. Luego estaba la colada: uno de los pequeños había empezado a mojar las sábanas, como les sucede a los niños en situaciones de estrés. Las criaturas tienen un sónar emocional incorporado. Seguro que sabían que se cocía algo; sólo que no sabían qué.

Escuché estas confesiones o monólogos en un estado de semishock. ¿Cómo podía haber ocurrido eso? ¿Cómo había podido desmoronarse un orden mundial establecido y sólido? ¿Podían destrozarse como si nada unos acuerdos estables y maduros que parecían funcionar a la perfección? Entonces, ¿en qué se podía confiar?

Aunque empatizaba con ellos, me veía incapaz de dar consejos a nadie. ¿Qué sabía yo sobre relaciones largas, cuando no había tenido ninguna? Me limitaba a asentir y murmurar cosas como «Ay, madre» y «Te comprendo». Salimos a cenar, los cuatro más la pareja de vecinos (Doug acabaría casándose con la mujer mucho tiempo después), y Kim no paró de hablar de temas generales, en apariencia tan alegre y optimista como siempre.

Mientras tanto, había que engañar y entretener a los niños. Michael y yo descubrimos que compartíamos la afición por los cómics, en especial *Spiderman*. Al fin y al cabo, me sentía más cerca de ellos, en edad y forma de pensar, que de quienes yo consideraba aún «los adultos». Inventábamos obras de teatro radiofónicas en las que leíamos el diálogo de los cómics de *Spiderman* y añadíamos efectos sonoros. Mi experiencia con las marionetas resultó muy útil, y Michael no se mostraba tan tímido cuando canalizaba la juventud en un *alter ego* que era un superhéroe con un traje rojo enmascarado y ocurrente que trepaba por las paredes y lanzaba hilos de telaraña.

Tras este interludio, volví a regañadientes a Toronto, les pedí seiscientos dólares a mis padres (la única ocasión en que les pedí un préstamo y, por supuesto, se lo devolví) y compré un billete para Londres. No tenía mucho dinero, pero eso era de esperar entre los artistas muertos de hambre y la gente de mi edad. Podía vivir en cualquier cuchitril, en un sótano o un altillo, equipada con *Cooking in a Bedsitter*, de Katharine Whitehorn. Se parecía más a una novela que a un libro de cocina, pero era divertido, y me ilustró en el tema de las hierbas aromáticas.

Me marché de Toronto el 12 de mayo de 1964. Así pues, al final la predicción del vidente que me había echado las cartas resultó ser cierta: me había ido a Europa en mayo.

INGLATERRA Y FRANCIA CON UNA MANO DELANTE Y OTRA DETRÁS

No tenía un plan detallado con mis siguientes pasos. El objetivo era ir a Europa, donde se tomaban más en serio la literatura que en Canadá, o eso me habían contado. Allí escribiría, pues ése había sido el propósito de mi caprichoso rumbo hasta entonces. Contaba con algunos amigos que ya estaban en Londres: en aquella época era mucho más fácil viajar a Gran

Bretaña si pertenecías a una de sus colonias que entrar en Estados Unidos para una estancia larga sólo con un visado de estudiante.

En cuanto llegué, me dirigí a la Casa de Canadá, en Trafalgar Square, primera parada obligatoria de cualquier joven canadiense que recalara en la ciudad. Ahí podían mandarte el correo, tenían una selección de periódicos canadienses y alquilaban habitaciones. Al ser mayo, el principio de la temporada turística, no había nada que me encajara por precio en el centro de Londres... ni siquiera en Ladbroke Grove, que la gente veía como una ratonera decadente atestada de visitantes indigentes de las colonias. Por teléfono conseguí una habitación amueblada en Willesden Green, en uno de los extremos de la línea Bakerloo del metro. Ahora se considera un barrio agradable con parques, pero en aquel entonces era una zona destartalada de alquileres bajos, con muchas pensiones y apartamentos diminutos y cochambrosos. Las sábanas de mi cuarto no sólo estaban húmedas, sino mojadas. La primera noche que pasé allí, un hombre se coló por la ventana. No tenía malas intenciones (en realidad, buscaba a otra persona), pero aun así era alarmante. Salió por donde había entrado.

Me caí de la parte de atrás de un autobús londinense, porque no había entendido que cuando sonaba la campana quería decir que el bus estaba a punto de ponerse en marcha. Me torcí el tobillo y tuvo que rescatarme un veterano de guerra de las Fuerzas Aéreas polacas que se había formado en Inglaterra y había huido tanto de los rusos como de los alemanes. Era muy cortés y me llevó a comer a su club, que parecía ser para veteranos de las Fuerzas Aéreas polacas como él. Que conste que no capté que estaba intentando ligar conmigo. Y tampoco capté que habría sido un cofre del tesoro de historias si hubiera sabido qué preguntas hacerle. Pero lo más seguro es que no se hubiera tomado mi interés en serio, pues desde su punto de vista yo debía de ser casi una cría. Y puede que compartiera la reticencia

de muchos veteranos de guerra de hablar de lo que habían sufrido con alguien que no hubiera vivido el conflicto.

Hice un tour en barco por el Támesis. Visité los típicos lugares turísticos, compré postales de todo para demostrar que había estado allí. Me gustó especialmente la casa de Samuel Johnson y la Torre de Londres, que me interesó en particular debido a la princesa asesinada (véase *Ricardo III*) y Ana Bolena (véanse las farsas, las acusaciones en falso y *Enrique VIII*). Sin embargo, Londres no era tan histórico como me lo había imaginado. No era muy dickensiano: ni Scrooge, ni Oliver Twist, ni Fagin. Tampoco era el Londres de Samuel Johnson: «Cuando alguien se cansa de Londres, se cansa de la vida; porque en Londres está todo lo que la vida puede ofrecer.» Yo no lo tenía tan claro... ¿Sería mejor París? ¿Habría algún que otro existencialista por ahí, o tal vez algunas obras de teatro del absurdo, o también llegaba tarde a esa fiesta?

Por las tardes, tras comer sola y de cualquier manera en cafeterías baratas, regresaba a Willesden Green. ¿Y ahora qué?, me preguntaba. ¿Estaba en un callejón sin salida? ¿Estaba condenada a rondar por pensiones de mala muerte toda la vida? Y, si no era así, ¿cuál debía ser mi siguiente movimiento? Por suerte, me topé con mi amiga Alison Cunningham, del colegio público de Whitney y el Trinity College. Vivía en una mansión en South Kensington (en aquella época un poco descuidado), donde compartía con otras dos chicas un piso que ocupaba toda una planta. Me dijo que podía dormir en el sofá. Me enseñó lo que era el hilo dental (¿quién había oído hablar de eso, eh?) y también el muesli Bircher-Benner, otro producto exótico. Aprendí a distinguir un arenque bien ahumado de uno pintado (es decir, un arenque mal ahumado que habían tintado de rojo) y a hacer café en una cazuela: lecciones de vida para chicas de pocos recursos.

Los dueños de la mansión eran dos nonagenarios mellizos aristócratas, lord Cork y lady Hoare, que estaban en una residencia de ancianos. Su apoderada era una casera muy combativa que siempre vigilaba la propiedad con sus ojos de basilisco. Se suponía que en el piso sólo vivían tres chicas, así que tenía que ocultarme siempre que asomaba la cabeza. Me compré un bono del ferrocarril, que me permitía desplazarme una distancia máxima concreta, así que cuando la casera iba a hacer su ronda, yo salía de viaje. Al principio eran trayectos largos (fui a Lake District, me pasé de parada, acabé en Escocia, tuve que dar media vuelta, me sumé a un tour en bus, circulando por carreteras serpenteantes y envuelta en humo de tabaco, y vomité en la cuneta), pero conforme fui consumiendo los kilómetros que podía recorrer, los desplazamientos se hicieron más cortos. Fui a Glastonbury, famoso por sus leyendas del santo grial que la vinculaban con José de Arimatea (esto fue muchísimo antes de que Glastonbury se convirtiera en la ubicación del gigantesco festival de música y en el punto de peregrinaje de esotéricos que es hoy en día) y vi la zarza de Glastonbury que florece en Navidad, y subí a la torre y a la catedral de Glastonbury, donde descubrí que tenía vértigo. Conocí a una misteriosa anciana que me mostró «el pozo del rey Arturo» en su patio de atrás, me sacó cinco libras para evitar que lo destruyera una fábrica de cerveza, y me aseguró que habían exhumado el cuerpo del rey Arturo: sabían seguro que era él por la altura del esqueleto. Fui a Nottingham a ver a mi compañera de teatro del Victoria College, Marielaine Douglas, quien trabajaba en el Nottingham Little Theatre. Juntas visitamos la casa ancestral de lord Byron y me enteré de que tenía un oso de mascota y de que le gustaban las transgresiones literarias casi criminales. Marielaine había leído lo último de Robert Graves, *Man Does, Woman Is*. «Ven a sentarte conmigo en este banco del parque y limitémonos a Ser», me dijo. Lo hicimos durante unos diez

minutos. Descubrí que una se aburre enseguida de limitarse a Ser. No tenía madera de budista.

Fui a Stonehenge. Ahí estaba, antiguo, geológico y satisfactoriamente pagano. Aún no tenía vallas ni había que pagar entrada para verlo, ni había hordas de peregrinos New Age que no habían leído *Tess de los d'Urberville*. Pero yo sí, y el motivo del sacrificio humano (Tess durmiendo en un antiguo altar de piedra antes de que la ejecuten) no me pasó inadvertido. Llegué hasta York, con su asombrosa catedral y su tufillo a *Ricardo III*, y también visité el hogar de las hermanas Brontë, una casa parroquial que estaba peligrosamente cerca del desaguadero de un cementerio. En el marco de una puerta estaba marcada la altura de cada una de ellas: ¡qué diminutas eran! Así que podías ser muy baja y a la vez una gran escritora: alentador.

Para entrar en las iglesias tenía que ponerme falda y cubrirme la cabeza, con un pañuelo de seda, por ejemplo, al estilo de la reina en Balmoral. Los pantalones estaban prohibidos: el traje de pantalón para las mujeres no llegó hasta finales de los años sesenta. Los hippies que hacían autostop tampoco habían llegado aún, con su pelo al viento, sus pantalones acampanados y sus mochilas: la gente llevaba maleta. Mi atuendo de viaje incluía un par de jerséis (uno de franela gris para el frío, otro de algodón de color mostaza para días más cálidos), algunas blusas de manga larga con cuellos babero y un chubasquero amorfo. Tenía aspecto de estudiosa desaliñada. Sin embargo, eso no impidió que los ingleses que creían que tenían posibilidades conmigo me preguntasen si era de América del Norte: las estudiantes norteamericanas tenían fama de ir en busca de sexo, un lujo que no les era fácil conseguir en su lugar natal.

La comida barata en Inglaterra era pésima. Las hamburguesas sabían a grasa de cordero rancia, igual que el helado: Inglaterra continuaba en la posguerra. Por suerte, quedé con Alan Walker, del Victoria College, que

ahora era periodista y trabajaba para Canadian Press. Me llevó al restaurante Lyons Corner House, cerca de Trafalgar Square, con su delicioso bufet libre de los domingos. Los hambrientos y mal pagados jóvenes corresponsales de periódicos extranjeros iban acumulando apetito de lunes a viernes y bajaban a ese local todos los fines de semana, donde engullían el jamón ahumado, el rosbif y el pollo con una voracidad apabullante. El otro local barato pero bueno al que íbamos era un tugurio griego del Soho donde servían cordero frío y ensalada.

Alan era un bicho raro, pues no sólo había escrito una oda clásica a su tortuga muerta, *Ashurbanipal* (que leí en su nombre en la Bohemian Embassy), sino también su propio obituario para la edición del Día de los Inocentes de *The Varsity*. Sufría una enfermedad genética rara que podía llevarlo a morir joven, y eso fue lo que ocurrió. Coleccionaba chicles Dubble Bubble y librillos de la colección Big Little Books, y tiempo después escribió una panorámica histórica para el libro *The Great Canadian Comic Books*. Más adelante se hizo famoso por cubrir las ventanas de su apartamento de Sutton Place con papel de aluminio porque no soportaba la luz del sol. Su versión: era un vampiro. En realidad, sí que estaba muy pálido. Aborrecía los bebés (tenerlos, estar cerca de ellos) y también acabó sirviendo de inspiración para el personaje de Leonard Slank en *La mujer comestible*.

Durante todo aquel tiempo me dediqué a escribir. Aún no había empezado otra novela. En lugar de eso, escribía poesía, y por primera vez, algunas de las composiciones tenían algo que empezaba a considerar mi propia voz. También escribí el principio de unos cuantos relatos, algunos de los cuales llegué a terminar. No me había llevado la máquina de escribir, así que escribía todo a mano. Era como un preludio, pero ¿un preludio de qué?

Llegar a la semana siguiente era mi preocupación inmediata. El año siguiente o los años siguientes estaban tan lejos que eran invisibles.

¿Y quién resultó que estaba en Inglaterra? Pues nada menos que mi antiguo casi novio Jim Polk, de Harvard... ¿Qué hacía en Inglaterra? El tema tenía algo que ver con una cita con un vínculo romántico: una chica del sur de Estados Unidos que había ido a participar en una excavación arqueológica de estudiantes con un par de vestidos de fiesta formales, esperando actos sociales al estilo Jane Austen, y había sufrido una tremenda decepción. Pero lo suyo no había cuajado, de modo que Jim estaba libre, y yo también: nos contamos batallitas de nuestros fracasos amorosos y nos reímos sobre eso con nuestro típico cinismo. Entonces Alison, Jim y yo viajamos a Francia, con la excusa de que teníamos que verla antes de morir. Alison, más acostumbrada a cómo funcionaban las cosas en Europa, fue quien organizó el viaje. Tomamos el ferry que salía de Folkestone. El mar estaba picado y Alison, en mitad de un discurso sobre materias teatrales y estéticas, vomitó por la borda con un estilo admirablemente femenino.

Una vez en París, nos alojamos por separado en unos lugares diminutos. Recuerdo en especial una habitación en la Île de la Cité, cerca de Notre-Dame, donde las cucarachas huían por las paredes cuando se encendía la luz de la escalera y luego volvían a ocuparla a toda prisa en cuanto se apagaba. Vivíamos sobre todo a base de naranjas, *baguettes* y *café au lait*: servían la leche y el café de dos jarritas y los chorros se mezclaban para formar la espuma. Un día, estaba tumbada en un banco del parque porque tenía un virus estomacal mientras Alison me leía en voz alta *El cuaderno dorado* de Doris Lessing, cuando se nos acercó un policía y dijo que tenía que

sentarme como Dios manda. Ay, el protocolo de los franceses. Ay, los retos de la juventud.

Descubrí que mis años de leer literatura francesa me resultaban muy poco útiles en mi vida diaria. No sabía preguntar «¿Dónde está el baño?». Esos asuntos no salían en Racine ni en *Madame Bovary*. Ni siquiera sabía pedir un café de una forma verbal comprensible. Pero esas cosas, al ser de supervivencia básica, se aprenden rápido. También averigüé que la forma más rápida y educada de responder a la pregunta «*Mademoiselle, voulez-vous coucher avec moi?*» era «*Non, pas aujourd'hui, monsieur, merci*». No se parecía a la versión neoyorquina («¡Lárgate!») ni a la canadiense («¿Perdona?»), sino que era una manera de rechazar a alguien que no resultaba directamente ofensiva. En uno de mis viajes en tren, con una migraña brutal, el revisor del tren empezó a magrearme por detrás. «*La nausée! La nausée!*», gemí. El miedo a que te vomiten encima es un disuasorio muy práctico. Esa palabra era el título de la primera novela de Jean-Paul Sartre. Para que luego digan que estudiar literatura francesa no es útil.

Sólo estuvimos unas semanas en Francia, pero recorrimos buena parte del territorio. Llegamos a Chartres (para ver la catedral) y vimos el Châtelet de París (famoso para mí debido al siniestro poema de William Morris «The Haystack in the Floods»; siempre he pensado que Morris era mejor poeta que Rossetti). Los tres nos vaciamos el bolsillo y alquilamos un coche: creo que Jim tenía más dinero que Alison y yo, pues lo había ahorrado cuando trabajaba de profesor en Idaho. Y así emprendimos una ruta por el valle del Loira, famoso por sus *châteaux*. Jim conducía y, en un momento dado, nos quedamos atascados en una rotonda y empezamos a dar vueltas y vueltas sin parar, temiendo por nuestra vida, porque nunca habíamos visto una rotonda. Al final sí llegamos a ver algún *château*, con su mobiliario original

del siglo XVIII, reinstalado después de haber sido saqueado durante la Revolución francesa, como ocurría tantas veces con los muebles de ese estilo. Para comer nos apañábamos con pícnics y sándwiches *croque monsieur* de puestos de comida rápida y de algún que otro restaurante sencillo. En aquella época, la comida en los bistrós franceses era buena, pero los lavabos eran un horror: tardamos en acostumbrarnos al agujero en el suelo. Vimos por dentro muchos hostales juveniles más. Cuanto más franceses eran, más laxas las normas (horas variables, tabaco, transistores), pero conforme nos acercamos a Alemania, más duras y más estrictas en su cumplimiento eran las regulaciones. «Debes entender una cosa», me dijo mi amigo François Paliard unos cuarenta años después, «en Alemania, todo lo que no está permitido está prohibido; mientras que en Francia, todo lo que no está prohibido está permitido. Y por eso hay señales en el metro de París en las que dice que no puedes meter rebaños de ovejas en los vagones».

Alison y yo nos encontramos en Chantilly, donde visitamos a Adrienne Poy Clarkson, mi amiga y compañera de la universidad que también escribía. Todavía no era una estrella de la televisión famosa; todavía tenía un moño envidiable y se pintaba las uñas de un rojo brillante.

—¿Puedo incluir tus uñas rojas en mis memorias? —le pregunté hace poco.

—¿Por qué estás tan obsesionada con esas uñas rojas? —me dijo—. Es la única época de mi vida en que me las he pintado así.

—Razón de más para que haya que inmortalizarlas.

En agosto nuestro trío se dispersó: Alison volvió a Londres, Jim a Pocatello. A través de algún misterioso proceso, a mí me habían ofrecido un trabajo de docente en la Universidad de Columbia Británica (UBC, por sus siglas en inglés) para todo el curso. Tenía que presentarme a principios de septiembre. Compré un billete de tren transcanadiense. Por fin vería las

Praderas y las montañas Rocosas. Y los tótems; y, bueno, un montón de cosas.

Mientras tanto, acepté una invitación para visitar a los Jones (ahora reducidos a un Jones) en su casa de veraneo en Kawarthas. ¿Estaban los niños? Creo que sí. También estaba el poeta Alfred Purdy, a quien llamábamos Big Al Purdy, un diamante en bruto que estaba a punto de publicar su primer libro importante, *The Cariboo Horses*, pero que ya había escrito varios libros antes, y al menos uno de ellos sí me lo había leído. A Al y a Doug les gustaba sentarse al sol a beber cerveza y a debatir sobre poesía. Yo era la ingenua del trío. Al era un bromista incorregible, como averigüé cuando lo conocí mejor, y un día me acusó de ser «una académica». En aquella época, «académico» era un insulto terrible entre los poetas canadienses. Significaba que tu obra estaba seca, sin sangre, estática y prácticamente muerta.

Le vacié mi botellín de cerveza a Big Al en la cabeza. Era muy alto, pero estaba sentado, así que llegué bien. Me persiguió hasta que entré en el lago. Entonces nos enfrascamos en una guerra de agua. Acabamos calados. Así empezó una amistad de por vida.

Durante mi visita, Doug y yo empezamos a tener algo. Y digo «algo» porque en esa época yo era muy reticente al compromiso. Además, ¿a qué nos íbamos a comprometer? ¿Acaso pensaba que yo, una escritora en ciernes de veinticuatro años con una inestabilidad deplorable, iba a darle la espalda al campo abierto para mudarme con él y hacer de ama de casa para él y sus cuatro hijos pequeños? Sí que lo pensaba, pero no supe ver ese deseo. En aquella época no era muy sensible a las motivaciones más profundas de otras personas, pues estaba bastante absorta con las mías.

Fui en tren a Vancouver, donde tenía que trabajar. Dejé la maleta en la balda superior, cargada de manuscritos; la máquina de escribir manual

estaba en el baúl metálico del vagón de equipajes. No tenía litera porque no podía permitirme una, así que dormité en el asiento reclinable. El trayecto fue intenso: muchas horas de bosque boreal enmarañado y surcado por lagos al norte del lago Superior; de tren a la carrera echando vapor con el típico chu, chu a través de inmensas praderas con atardeceres espectaculares, y luego, una visión maravillosa, la de las enormes montañas Rocosas, que se elevan al oeste de Calgary, con sus picos nevados, increíbles... Cuando me levanté para admirarlas mejor, me cayó la maleta encima de la cabeza.

16

La mujer comestible

—¿Puedo subtitular mi siguiente capítulo «Rescatada por unas lesbianas gigantes»? —le pregunté a mi hermana.

—No, no puedes.

—¿Por qué no?

—Porque parece que digas «Rescatada por unas iguanas gigantes».

Fue un alivio que no dijera «Porque podría ofender a alguien».

—A Jane y Helen les parecería divertido —le dije a una amiga que las conocía.

—¡Sí! ¡Les encantaría! ¡Ya lo creo que sí!

En ese momento pude oír la risa fuerte, divertida y contagiosa de Jane haciéndose eco en el éter. Uno de los placeres de mi vida era saber que algo que había escrito habría hecho reír a Jane.

La propuesta de subtítulo era cierta. Sí que me habían rescatado unas lesbianas gigantes. O, si no eran gigantes, desde luego Jane y Helen eran muchísimo más altas que yo. De acuerdo, eso no es difícil, pero Jane en particular también era bastante más alta que la mayoría de las mujeres de la época.

Jane y Helen eran Jane Rule y Helen Sonthoff. Helen enseñaba Literatura Inglesa en la Universidad de Columbia Británica. Jane acababa de publicar *Media hora más contigo*, cuyo título original era *Desert of the Heart*, y que yo supiera, la primera obra de ficción seria en inglés en la que las lesbianas no tienen un final trágico sino un desenlace romántico satisfactorio. *El pozo*

de la soledad de Radclyffe Hall se consideraba la norma para las lesbianas: despreciadas y rechazadas, condenadas a la soledad y la depresión. Cuesta imaginar que Jane no tuviera ese libro en mente cuando ambientó su novela en un desierto: al fin y al cabo, los desiertos contienen oasis que dan vida, no sólo pozos en los que se ahogan las vaginas. Pero también tenía en mente unos versos de Auden: «Que en el desierto del corazón / brote la fuente sanadora.» Puede que las cosas se vuelvan más secas y polvorientas antes de alimentar la vida, como ocurre en la novela y como ocurrió (no me cabía duda, ni siquiera entonces) en la vida previa de Jane.

No sé de qué conocía Doug Jones a Jane y Helen, pero el caso es que lo hacía, y lo organizó todo a conciencia para que fueran mis Guardianas entre el Centeno cuando llegué a Vancouver. Tal como habíamos acordado, las llamé desde una cabina telefónica de la estación de tren. Luego cogí un taxi y me planté en su puerta, con maleta voluminosa y todo. No era la primera alma perdida que llegaba a su umbral, y tampoco fui la última: Jane y Helen (en quienes pienso como una unidad, «Jane-y-Helen») eran amables y generosas, y rescataban a todas las descarriadas; como poco, servían de área de descanso en la a veces agotadora carretera de la vida. Muchas Olivias Twist, y algún que otro Oliver, recibieron un plato de huevos revueltos en la mesa de su cocina (el truco de Jane: añadir un chorrito de nata líquida, un consejo que he seguido desde entonces), un plato de comprensión de acompañamiento y un postre de práctico sentido común. (¿Dónde se escondió la poeta Gwendolyn MacEwen cuando huyó de su obsesivo ex marido poeta Milton Acorn? En la casa de Jane-y-Helen. ¿Cómo fue la escena?, me pregunto. ¿Un melodrama gótico de muchos decibelios por parte de Gwen, un despliegue de buenos modales por parte de Jane-y-Helen? «¡Me va a matar!» «Tranquila, estás a salvo. Toma una Coca-Cola.» O más bien: «Toma un trago.»)

Subí los peldaños de un modesto bungaló. Pam, pam, pam, iba haciendo mi maleta. Me dieron la bienvenida y tuve que doblar el cuello hacia atrás en un ángulo yóguico para poder ver las sonrisas radiantes de mis anfitrionas: la de Jane rozaba casi la risa directamente, como si compartiésemos alguna broma privada que no pudiera decirse en voz alta; la de Helen era más contenida, como si transmitiera una sabiduría irónica. Cigarrillos en las manos de ambas, humo en el ambiente.

Jane-y-Helen eran estadounidenses. Habían recalado en Canadá en parte por las circunstancias y en parte para huir de las condiciones menos tolerantes al sur de la frontera. Eran de «buena» familia: los buenos modales de Helen le sirvieron para salir de muchas situaciones peliagudas, incluida, al final de su vida, la demencia.

—A mí me parece que está bien —comenté un día que fui a verlas—. Me ha preguntado en qué ando metida y...

—Claro —dijo Jane—. Pero no tiene ni idea de quién eres.

Igual que la tía anciana de *La Navidad para un niño en Gales*, de Dylan Thomas, Helen siempre decía lo que había que decir.

La táctica de Jane para sobrellevar las cosas desagradables que le habían sucedido, sobre todo cuando le dolían de verdad, era convertir el incidente en una anécdota hilarante. Al poco de conocernos, me había descrito que una vez estaba en el supermercado calibrando qué pomelo estaba mejor, con uno en cada mano, al nivel del pecho —como si se tratara de unos inmensos pechos cítricos, se supone—, cuando una mujer le saltó a la yugular allí mismo, en la sección de frutas y verduras, por haber escrito cosas indecentes en *Media hora más contigo*. («¿Qué debería haber hecho? ¿Atizarla con el pomelo?») También me contó que otra vez tuvo que contenerse para no reírse en su cara cuando un hombrecillo muy cortés, tratando de ser caballeroso, insistió en llevarle la pesada maleta (un artículo

que ella podía transportar con facilidad) y casi acaba en el suelo. Aseguraba que no podía ir al ballet porque le parecía tan cómico que habría echado a perder todo el despliegue artístico con sus risotadas. Habría sido una risa explosiva y escandalosa: Jane no era de risitas discretas. Debería haber tratado de averiguar la razón más profunda que había detrás de esa reacción (tal vez tuviera que ver con la representación etérea y recargada de la gracia femenina, o tal vez con los suspensorios), pero perdí la oportunidad.

Jane-y-Helen me hicieron preguntas interesantes sobre mi modo de escribir, se tomaron mis respuestas tan en serio como cabría desear —aunque en secreto es muy probable que les pareciera rara y, sí, graciosa—, me trataron como la adulta que aún no era del todo e hicieron lo posible por buscarme alojamiento antes de que comenzaran mis obligaciones docentes. A través de los anuncios del periódico, localizamos un apartamento para mí. Lo habían construido *a posteriori* encima de un bungaló y tenía una escalera externa; además, estaba en Point Grey, no muy lejos de la universidad, con una preciosa vista de ciento ochenta grados del puerto de Vancouver y toda la costa hacia el norte; del monte Baker, al otro lado de la frontera estadounidense, en el estado de Washington, al este; y de la isla de Vancouver a lo lejos por el oeste. También estaba dentro de lo que me podía permitir. Tenía cocinilla, nevera, cama y un segundo dormitorio con un escritorio. Salvo por eso, estaba sin amueblar. Jane-y-Helen me prestaron una mesa plegable y unas sillas, unas cuantas cazuelas y sartenes, un juego de platos y algunos cubiertos. Las sábanas y las toallas salieron de no sé dónde.

Sobre la cama había una vistosa colcha de resbaladizo satén verde agua de principios de los años cincuenta: la idea del glamour de alguien, ahora pasada de moda. Muchas veces soñaba con esa colcha, pero en mis sueños era de un verde intenso y desprendía un leve brillo. Siempre la asociaba con

la ansiedad o el miedo: algo iba mal, pero ¿qué era? A veces la atisbaba a través de puertas entreabiertas: ¿qué o quién había ahí? Y con frecuencia aparecía en algún apartamento laberíntico en el que se suponía que yo estaba viviendo, pero que no había visto nunca.

Ésa fue mi experiencia del auténtico piso de Point Grey: ¿me hallaba de verdad en él o no? ¿Era una alucinación o parte de la vida real, y qué se suponía que era la vida real, vamos a ver? Ese lugar fue más como una casa puente: un alto en el camino antes de ir a otro sitio. Nunca llegué a mudarme del todo. Sí que compré una alfombra en una tienda del Ejército de Salvación después de que los caseros se quejaran del ruido de mis pasos en el suelo de madera maciza. Y me agencié un cuadro de un artista amigo de otro artista que yo conocía. El pintor necesitaba el dinero, que eran veinticinco pavos. El *objet d'art* era un abstracto. Era rojo. No tenía talento, pero por lo menos logró que una pared fuera menos blanca.

KAFKA AL AMANECER

Mi puesto en el Departamento de Lengua Inglesa estaba en el escalafón más bajo de la escala laboral. Me ponía mis conjuntos académicos más neutros en cuanto a género: faldas negras, blusas blancas de manga larga y, por encima, un jubón de ante marrón, recto por delante e impenetrable, que recordaba a los arqueros ingleses de la batalla de Agincourt y que había comprado de rebajas en Londres. El conjunto lo remataban mis gafas de montura de carey para que mi belleza cegadoramente seductora no distrajera a mis estudiantes. Con esa armadura defensiva entraba en el campus dando zancadas con mis zapatos cómodos, cargada de libros y apuntes.

Impartía el curso introductorio para los estudiantes de primero —de Chaucer a T. S. Eliot en píldoras fáciles de asimilar— y gramática a los estudiantes de ingeniería, una clase que se daba a las ocho y media de la mañana en una barraca Quonset que había quedado de la Segunda Guerra Mundial. No me dieron pautas para ninguna de esas asignaturas. Tenía libertad para presentar el temario como quisiera, para plantear a mi gusto los exámenes y los trabajos, y para puntuar los resultados como considerase oportuno. Nunca había dado clase de nada salvo en el campamento White Pine como Peggy Naturaleza, aunque la necesidad de explicar cosas de forma clara a criaturas de siete años me vino que ni pintado.

Durante el curso introductorio tomé por costumbre fumar mientras puntuaba los trabajos descorazonadoramente atroces de los chavales. Tenía que hacer algo. O fumaba o bebía, pero si me hubiera emborrachado, no habría sido capaz de corregir las entregas. Fumar agudizaba mi concentración, sin embargo no se me daba bien. No me gustaba mucho el tabaco, tosía, y aunque nunca llegué a superar los seis cigarrillos al día, empecé a jadear cuando subía escaleras. Pese a todos esos aspectos negativos, me costaba dejarlo. Un amigo mío que había probado y dejado toda clase de drogas imaginables decía que el tabaco era lo más adictivo y, como lo había vivido en mis propias carnes, le creí.

La asignatura de Gramática para ingenieros suponía un reto. Debían de preguntarse por qué tenían que aprender gramática. Yo también me lo preguntaba. Pero estábamos juntos en el ajo.

Los estudiantes de ingeniería solían ser inteligentes, se centraban en objetivos y les gustaba resolver problemas, pero no eran muy dados a raptos de imaginación poética. Tenía la ventaja de que no estaban del todo despiertos a las ocho y media de la mañana, aunque yo tampoco. Decidí pedirles que leyeran algunas de las parábolas y paradojas de Kafka para que

sirvieran de modelo y de herramientas de aprendizaje. Luego podían inventarse algunas paradojas y parábolas y yo corregiría los errores gramaticales que hubiera. Con esas premisas, nos fue bastante bien. Se aficionaron a Kafka, quien, entre otras cosas, era dado al absurdo, y ¿qué podía haber más absurdo que una asignatura de Gramática para ingenieros impartida en una barraca Quonset?

Ésta es la clase de paradoja kafkiana que planteé a esos pobres inocentes:

> Tenían que elegir entre ser reyes o emisarios del rey. Como solían hacer los niños, todos quisieron ser emisarios. Así pues, no había más que emisarios que corrían por todo el mundo, gritándose unos a otros mensajes que habían perdido el sentido (pues no había reyes que los dictasen). Tenían ganas de acabar con aquella vida miserable, pero no se atrevían porque habían jurado obediencia.

Luego estaba la famosa paradoja de Aquiles, de Zenón: Zenón argumenta que Aquiles, un corredor muy veloz, nunca podrá adelantar a una tortuga que salga con ventaja, pues la distancia entre ellos puede dividirse infinitamente y requerirá un número infinito de pasos por parte de Aquiles.

Es muy probable que también les pidiera que identificaran la contradicción de esta ocurrencia de Charles Lamb: «Nada me desconcierta tanto como el tiempo y el espacio; y a la vez, nada me preocupa menos, porque nunca pienso en ellos.» (¿En qué piensa justo en este momento, mientras enuncia la frase?)

Armados con esos modelos, inventaron unas cuantas paradojas bastante interesantes.

Sí, yo era un poco friqui. Pero bueno, los estudiantes de ingeniería también.

Como miembro del profesorado, aunque fuera de rango bajo, tenía derecho a ir al Club del Claustro, cosa que hacía. Podía beber lo que quisiera, cosa que también hacía. En ese club no sucedía nada del otro mundo, aunque sí capté señales de hostilidades soterradas: no hacia mí —yo era insignificante —, sino entre los seres de rango superior.

Mi instinto era certero: no tardé en averiguar que había en marcha una guerra fría. Además de dar las clases, se esperaba que asistiera a las reuniones del claustro, una experiencia impactante. Como alumna, sólo había visto a los profesores universitarios desde fuera. Sabios, eruditos y educados. Pero en las reuniones del Departamento de Lengua Inglesa de la UBC había batallas encarnizadas. Se gritaban unos a otros: sobre todo los hombres, porque sobre todo había hombres en la sala. Existía una contienda heredada que seguía viva; nunca averigüé cuál era la raíz del problema. ¿Alguien se había portado mal con el perro de alguien, o había tenido una aventura con la esposa de alguien, o acaso los combatientes habían llegado a las manos a causa del antinomianismo? Era una lucha de poder, pero ¿a santo de qué? Es una ley general que cuanto más pequeño es el trozo de queso, más se pelean los ratones por conseguirlo, pero no era capaz de identificar la naturaleza del queso. En cualquier caso, los ratones luchaban con uñas y dientes.

Históricamente, la Columbia Británica ha sido un lugar famoso por sus facciones. Las opiniones fuertes y la toma de partido abundan. Igual que las sectas, acogedores con los de dentro y hostiles con los de fuera. Esa división podría deberse a una población repartida entre campesinos jubilados (conservadores) y estibadores y sindicatos (radicales). O tal vez sea cosa del clima: semanas o incluso meses de lluvia sin tregua pueden desquiciar a cualquiera. No es un lugar dado a las medias tintas.

Vancouver en aquella época no era el paraíso urbano de torres coronadas por nubes y fabulosos palacios que es hoy en día. El edificio más alto era el hotel Vancouver, uno de esos hoteles palaciegos, góticos y con tejado de cobre a pie de estación que se habían extendido a lo largo de las líneas de ferrocarril canadienses, tanto la nacional como la del Pacífico, en la década de 1920. Granville Island (ahora un tesoro de artesanía, *boutiques*, marisco y festivales que son un imán para los juerguistas) era entonces un vertedero de chatarra. Es cierto que Vancouver tenía el parque Stanley, perfecto para pasear, y algunas playas, con los restos de emplazamientos de artillería de la Segunda Guerra Mundial todavía visibles en una de ellas. Tenía unos atardeceres espectaculares cuando no llovía y unas montañas preciosas en las que se podía esquiar. También tenía unas babosas gigantes, que yo no había visto nunca. Había que andarse con cuidado por la noche, porque salían y ocupaban las aceras, y eran muy resbaladizas si las pisabas.

Además de las babosas gigantes, Vancouver tenía poetas; en su gran mayoría hombres. Algunos montaron una revista llamada TISH (pista: cambia el orden de dos letras y léelo al revés) y orbitaban alrededor de un profesor de la escuela Black Mountain que se llamaba Warren Tallman y era fan absoluto de Charles Olson y Robert Creeley. En una ocasión Warren me persiguió debajo de una mesa cuando estaba borracho. (Yo gateaba con más agilidad que él, así que salí intacta por el lado contrario.) En una de las fiestas de Jane-y-Helen conocí al poeta John Newlove. Tiempo después hice una reseña de su libro y acabó siendo el editor de mi segunda novela publicada, aunque ninguno de los dos lo sabíamos en aquella época.

Conocí al pionero poeta sonoro y omnipresente niño gamberro bill bissett en un *happening*. La habitación estaba a oscuras, había bolas estroboscópicas y de purpurina, y la gente pululaba por ahí. Mientras estaba de pie junto a una mesa, noté que algo peludo gateaba entre mis piernas.

Pensé que era un perro enorme, pero resultó ser bill bissett. No tardé en acabar revisando sus poemas. Muchos años después, bill se cayó por una escalera y aterrizó en el suelo de cemento, y alguien más le cayó encima. El poeta tuvo una conmoción y parecía que había perdido el conocimiento, pero luego informó de que oía perfectamente a dos médicos que discutían junto a su cuerpo tumbado. Uno decía que la inconsciencia era psicosomática, el otro decía que había que operarlo para liberar la presión del cerebro, que era peligrosa. bill confiaba en que ganase el neurólogo, y así fue, y es probable que eso le salvara la vida.

—bill bissett está raro desde el accidente —comentó un poeta.

—Ya era raro antes —respondió otro.

Milton Acorn, de la época de la Bohemian Embassy, se presentó en mi casa, proclamó que estaba enamorado de toda la humanidad (un sentimiento del que desconfío) y me pidió prestados veinte dólares, que nunca me devolvió. No pensé que fuera a hacerlo. Esa clase de cosas sólo cabe esperarlas de los poetas.

Un círculo de poetas bebía cerveza de barril a diez centavos en el hotel Cecil, donde todos los sábados por la noche había una trifulca salpicada de espuma entre dichos poetas, los estibadores y los leñadores. Vancouver, igual que Toronto, tenía leyes estrictas para el alcohol: estaba prohibido tomar bebidas alcohólicas en la calle o en los patios, o, ya puestos, en cualquier sitio en el que pudiera verte un peatón fácil de tentar o de escandalizarse, así que las opciones para beber eran limitadas. Uno de los atractivos del Club del Claustro de la UBC era que no estaba en terreno público, por lo que tenía ventanas que daban al exterior.

No obstante, había otras alternativas para tomarse un trago. Cerca del puerto había una serie de bares llamados «Las Puertas», bautizados según el color de la puerta en cuestión: la Puerta Azul, la Puerta Roja, etcétera. Esos

establecimientos apenas rozaban la legalidad. Un novio me llevó una vez a uno. Te hacías con una botella de lo que fuera y la llevabas contigo metida en una bolsa de papel marrón. (Nada de vino canadiense, por supuesto, pues en aquella época era imbebible.) Luego te presentabas en una Puerta. Un ojo te estudiaba por la mirilla. Si te daban el visto bueno, abrían la puerta y te encontrabas en una sala amplia y en penumbra. Había mesas con una estantería debajo distribuidas alrededor de una pista de baile central o zona para espectáculos. Guardabas la botella en la estantería de debajo de la mesa y pedías el *chow mein* de pollo y el *ginger ale* reglamentarios. Podías beber sin problemas de la botella que hubieras llevado salvo cuando hacían la inspección policial nocturna. Ésta consistía en dos agentes —la noche que estuve allí, uno de ellos era una mujer— que se paseaban por la sala alumbrando con las linternas la parte superior de las mesas para asegurarse de que ahí no había nada de licor, pasando por alto a los clientes que se habían caído redondos por la cogorza con la cabeza en el plato. Los inspectores no metían la nariz debajo de las mesas: entonces, como ahora, lo que importaba era la apariencia de virtud.

La noche que fui a aquel bar había un espectáculo. Una mujer alta y guapa con un peinado fabuloso, que llevaba un vestido de satén verde muy formal y guantes de fiesta largos y blancos, se puso a bailar al son de una melodía sensual. (Sé que es la segunda prenda de satén verde de este capítulo, pero cuando escribes sobre la vida real no tienes alternativa.)

—Es un hombre —dijo mi cita.

—¡Qué va! —protesté. Nunca había visto ni oído hablar de *drag queens*.

—Sí, sí. Mírale los hombros.

La mujer se sentó, seductora, sobre el regazo de uno de los caballeros del círculo central. Más baile; se quitó un guante y se lo tiró al público. Luego

el otro. Adiós a la falda de satén verde, que dejó a la vista ropa interior también de satén verde, medias de rejilla y unas piernas de escándalo.

—¿Lo ves? No es un hombre —susurré.

—Espera y verás.

Entonces se quitó los pechos.

El arte de la ilusión tiene muchas formas, y la ficción sólo es una de ellas.

Esa primavera, Big Al Purdy vino a la ciudad. Estaba en una de esas vacaciones periódicas de su matrimonio, vacaciones que terminaron cuando su intrépida esposa, Eurithe, echó a todos los que había pululando por allí, dijo hasta aquí hemos llegado y puso fin a la vida errabunda de su marido. Big Al salía por ahí con otro poeta amigo suyo, Earle Birney, bastante mayor que él y en plena fuga de su matrimonio. Earle había facilitado la entrada a Canadá de una joven japonesa que había llegado como inmigrante, con la esperanza de que acabaría convirtiéndose en su *maîtresse-en-titre*. Aquello no había durado mucho: ella se largó en cuanto pudo.

Mientras tanto, Dorothy Livesay, una poeta cascarrabias de mediana edad, iba por ahí proclamando a los cuatro vientos que era injusto que un vejestorio como Earle pudiera tener una amante joven y en cambio ella, Dorothy, no pudiera tenerlo. Lo intentó por activa y por pasiva, con resultados ambivalentes. Lamento decir —¡no, no lo lamento!— que más tarde Jane-y-Helen pasaron a denominarla Dorothy Deathsay (literalmente, «dice la muerte», en lugar de Livesay, «dice la vida»), cuando todas vivían en isla Galiano y empujaba a la gente por la calle si tenía prisa por llegar a la tienda de licores antes de que cerrara. Las atenciones que me brindó durante mi estancia en Vancouver se redujeron a recomendarme que me

dedicara a la prosa porque no se me daba bien la poesía. Se volvió todavía más hostil tiempo después, cuando yo ya no era una joven escritora inédita, aunque eso no le impedía exigirme que le escribiera cartas de recomendación siempre que quería solicitar una beca.

Dorothy se libró por los pelos de una denuncia por difamación. Earle Birney había escrito un poema narrativo titulado «David», en el que el narrador y su amigo David van a escalar una montaña, David se cae y se lesiona de gravedad. Como no quiere vivir parapléjico, le pide al narrador que lo tire por un acantilado, cosa que el narrador hace. Dorothy, incapaz de concebir una producción literaria sin ver en ella nada autobiográfico, escribió una crítica del poema en la que dijo que el propio Earle había empujado a su amigo por un acantilado. Earle estaba hecho una furia: ¡jamás había cometido un asesinato, y mucho menos empujando a un colega por un acantilado! La amenazó con demandarla. Dorothy dijo que no entendía por qué se había disgustado tanto, si ella siempre había estado a favor de la eutanasia. Después de una temporada de gruñidos e improperios, Earle se lo pensó mejor (la gente se reía del tema) y retiró la denuncia.

Volvamos a la escapada de Al a Vancouver. Un domingo estaba zampándome los restos de un plato precocinado de macarrones con queso para desayunar cuando sonó el teléfono. Era Big Al Purdy, a quien había visto por última vez en la casa de veraneo de Doug Jones. ¿Por casualidad tenía rulos de esos para el pelo?, me preguntó. Me quedé intrigada: se estaba quedando bastante calvo, aunque llevaba el pelo largo por detrás. Me pregunté qué tendría en mente.

Sí, sí que tenía, le contesté. Durante esa etapa de mi vida, aún alimentaba la fantasía de que tal vez lograra tener el pelo más liso.

En ese caso, ¿se los podía dejar?, me preguntó Al. Me aclaró que no eran para él: la nueva novia japonesa de Earle era modelo y le había salido un

encargo de última hora y como era domingo no podía ir a la peluquería.

Por supuesto que podía dejárselos, le dije. Una pausa. Ruidos apurados, ajás y ejems, por la línea telefónica. Ni Al ni Earle sabían cómo se ponían esos trastos, me dijo; ¿me importaría arreglarle el pelo a la modelo yo misma?

¿Cómo negarme? La protegida de Earle se presentó en mi puerta. No hablaba inglés. Me pasé la mañana del domingo poniéndole rulos en la melena larguísima y sujetándolos bien con pinzas. Se marchó en silencio. Los rulos aparecieron en el umbral de mi puerta al día siguiente, en una bolsa de la compra de papel.

Durante parte de mi año en Vancouver, tuve un Novio Muy Simpático. Muchos de mis novios eran simpáticos, pero éste lo era en especial. Como todavía vive y es una persona discreta, me referiré a él simplemente como NMS. No se me ocurre nada malo que decir de él, y tampoco pueden hacerlo otras personas que lo conocían. Nunca discutíamos. Tal vez esto se debiera a que no teníamos futuro: yo no iba a instalarme en Vancouver y él no iba a marcharse de allí. Era como un romance a bordo: júbilo en el momento, nostalgia por adelantado. Éramos amables el uno con el otro porque, como las esculturas de nieve, sabíamos que lo nuestro no podía durar.

El NMS vivía en una casa de alquiler con otros dos o tres estudiantes de Derecho. Tenían un mono llamado *Dios*, a quien le encantaba masticar las puntas carbonizadas de las cerillas de madera usadas y saltar desde lo alto de las puertas sobre la cabeza de cualquier mujer con una buena mata de pelo. (Al final lo mandaron a vivir con otros monos después de que llegara a la pubertad y se descontrolara en cuanto... al pelo.) Con el NMS escuchaba a Bob Dylan, que entonces estaba muy de moda, y comía gofres en Smitty's

Pancake House. Íbamos a ver películas italianas malas, dobladas en inglés, sobre héroes griegos («¡Hey, Hércules! ¿Qué hay ahí?»), además de pelis de miedo como *Canción de cuna para un cadáver*, en las que el NMS se tapaba la cara con la cazadora en los momentos más espeluznantes que implicaban cabezas decapitadas. Esquiábamos por Whistler y el monte Baker, y salíamos a dar vueltas en su moto. Euforia.

Más de una vez traté de aprender a conducir con el NMS. Ya lo había intentado una vez mientras estaba en la universidad; mi padre me había dicho que me enseñaría, pero después de librarme por los pelos de estampar su coche nuevo contra un muro de piedra por confundir el pedal del freno con el acelerador, desistimos del tema.

El padre del NMS era vendedor de coches de segunda mano. Se apodaba Frank el Pirata. Todos los amigos del NMS tenían coches que les había conseguido él: se conocían como las Gangas de Frank el Pirata.

—¿Qué kilometraje tiene? —le preguntó uno de esos amigos cuando compró una de sus Gangas.

—¿Cuánto quieres que tenga? —respondió Frank el Pirata.

El NMS tenía una Ganga con la que había cruzado Canadá, y en ese coche fue en el que intenté aprender a conducir. Pero después de tres sesiones (en las que yo me divertí de lo lindo pero que el NMS soportó con los nudillos blancos y los dientes apretados), se dio por vencido. «No puedo enseñarte. No conoces el miedo», me dijo.

Yo pensaba que tenía muchos miedos: a las tormentas eléctricas, a los incendios en el bosque, a los osos, a las alturas... Pero no eran el tipo de miedo adecuado para conducir. No me daban miedo los otros conductores, ni las cunetas ni los inmensos pedazos de acero que se precipitaban a velocidades de vértigo.

Muchos años después escribí un relato para *The New Yorker* acerca de mi intento fallido de aprender a conducir en la Ganga de Frank el Pirata del Novio Muy Simpático. Recibí una carta de Vancouver en la que ponía:

> Para Frank el Pirata habría sido un honor verse mencionado en un relato tuyo de *The New Yorker*.
>
> Tu Novio Muy Simpático

A veces los mensajes no llegan a enviarse. Otras, no llegan a destino. Pero hay ocasiones en las que sí ocurren las dos cosas, y es una bendición cuando son mensajes positivos.

Desde que salí del campamento White Pine en 1960 había seguido en contacto con Charles Pachter, que ahora tenía veintidós años y estudiaba en una escuela de arte de Míchigan. Fiel a su esencia alborotadora, se había metido en un lío. Había cortado la bandera de Estados Unidos separando las estrellas y las rayas, y había pasado una estrella por debajo de la puerta del dormitorio de todo aquel que le caía bien y una raya por debajo de todos los demás. El descubrimiento de la bandera profanada había causado furor. ¿Era una amenaza de muerte? ¿Era cosa de un anarquista? Llamaron a la policía. Como no se había dado cuenta de que cortar la bandera era semejante delito (la bandera de Canadá no era tan sacrosanta), Charlie confesó.

—Ah, bueno, Pachter. Pero si sólo eres tú... —dijo el director del centro —. Pensábamos que había sido un comunista.

Charlie me escribió una carta para decirme que quería hacer un *livre de lux* siguiendo la tradición francesa; había estudiado en París. ¿Tenía yo alguna serie de poemas que pudieran encajar? Le mandé lo único medio largo que tenía, *Circle Game*, el conjunto de siete poemas que había escrito tiempo atrás, y se puso a trabajar. El resultado apareció a finales de 1964. Cada uno de los poemas tenía su propia serigrafía en blanco y negro, una impresión con pantalla de seda al oscuro estilo expresionista que tenía Charlie entonces. Hizo las guardas azules a mano, añadiendo retales de unos vaqueros y mechones de pelo propio, con la justificación de que, como estaba empezando a quedarse calvo, al menos podría conservar parte del pelo en las guardas. El pelo de Charlie aún perdura.

El NMS se fue a trabajar a un campamento de leñadores en verano. Expresamos una efusiva despedida como las que debían de llevarse a cabo en los barcos transoceánicos al llegar a puerto, y yo me quedé a solas con mis manuscritos. Durante toda esa temporada había escrito sin cesar, a mano y luego a máquina. Al principio me concentré en los poemas; retocaba los que ya tenía escritos, además de escribir algunos nuevos, mandaba los terminados a revistas pequeñas, los ordenaba, los pulía. Al final, recopilé una colección que sentí que era mejor que la que habían rechazado el año anterior en Contact Press. También se tituló *The Circle Game*, en honor de la serie de siete poemas que incluía, junto con muchas otras composiciones. Se la envié a John Robert Colombo, de Ryerson Press, que publicaba un par de poemarios al año, y recibí un concienzudo rechazo. Tras más adiciones, sustracciones y reordenamientos, lo mandé de nuevo a Contact Press (la editorial de poesía que primero había aceptado y luego rechazado un libro mío anterior) y esta vez los tres editores aprobaron la propuesta.

¿Acaso me sentí feliz al instante? No; por alguna razón, me sumí en una depresión de veinticuatro horas. Me tumbé en el suelo del apenas amueblado apartamento, con la sensación de que no tenía fuerzas para volver a levantarme. ¿A qué se debía? Quizá a que hay que tener cuidado con lo que una desea, porque puede ocurrir que se haga realidad y resulte ser más modesto e insignificante de lo que habías imaginado. ¿Y eso era todo? ¿El mundo cambiaría gracias a mi librito? No.

TERMITAS EN LOS TABLONES

Cuando terminaron las clases de ese curso, me puse a escribir prosa de nuevo. Corría el año 1965 y era la primera vez desde que había empezado a escribir, allá por 1956, en que no estaba estudiando ni trabajando: tenía más espacio que nunca para escribir. Creé varias historias y empecé unas cuantas más que nunca acabé. Escribí cinco páginas de lo que después sería la novela *Resurgir*, y un capítulo de lo que más tarde aún sería *Ojo de gato*. Pese a la ominosa colcha verde, mis terribles opciones alimentarias y mi mala costumbre de quedarme despierta hasta mucho más allá de lo recomendable, tenía más ideas de las que era capaz de plasmar por escrito y, sin duda, más de las que se me habían ocurrido nunca.

Mi vida no se limitaba sólo a garabatear. A veces jugaba partidas interminables de solitarios. A veces iba al cine o paseaba por la playa. Esa clase de actividades suelen caer en la categoría que los escritores llaman «documentarse».

Al final elegí un camino entre los muchos posibles: me dediqué en serio a avanzar en mi segunda novela, *La mujer comestible*. Tenía tres meses para escribir antes de volver a Harvard, como había decidido hacer a esas

alturas. Me habían pedido que me quedase en la Universidad de Columbia Británica, pero había rechazado la oferta con educación: el paraíso de la Costa del Pacífico no era para mí, iba a necesitar el doctorado si quería dar clases para subsistir mientras me dedicaba a la escritura, y (un incentivo añadido) Jim Polk iba a regresar a Harvard por los mismos motivos que yo. Al final de la reunión en la que anuncié que me marchaba, el catedrático jefe me había perseguido por su despacho, supongo que con la premisa de que las jóvenes poetas estaban casi al nivel de las ménades enloquecidas y abiertas a tener sexo con perros salchicha, así como con hombres de mediana edad tan poco atractivos como él.

Me concentraba en la escritura de *La mujer comestible*, sentada a la mesa plegable en mi salita sin amueblar, mientras contemplaba el puerto de Vancouver por la ventana. Los capítulos tenían la longitud de los pliegos de hojas de examen de la UBC que me había guardado con tal propósito. En cuanto terminaba un capítulo escrito a mano, me lo llevaba al estudio y lo transcribía en la máquina de escribir portátil.

La mujer comestible no era una obra melancólica como mi primera novela, *Up in the Air So Blue*. En lugar de eso, estaba concebida como una anticomedia: una estructura cómica con complicaciones románticas, pero una que podía terminar con un matrimonio entre las personas equivocadas. Estaba ambientada en Toronto, donde la protagonista trabajaba en una empresa de estudios de mercado que tenía un curioso parecido con la empresa en la que yo misma había trabajado el año anterior. La protagonista se compromete, igual que yo, experimenta un período de distanciamiento de sí misma, igual que yo, tiene una aventura amorosa paralela con otro chico, y lo tira todo por la borda con una tarta que tiene su propia forma y que se come entera. No era el final más previsible para una novela. (Quiero que conste que, aunque este libro ya tiene sesenta años y proviene de una época

previa a los pantis, las minifaldas y la píldora, continúa reeditándose, porque las nuevas generaciones todavía lo leen. Parece que las chicas siguen tomando decisiones equivocadas cuando se trata del matrimonio.)

Para mi novela inventé nombres de marcas, tomé prestados y reubiqué edificios existentes y robé apariencias y retazos de conversaciones. Le cambié la finalidad al Don Valley Brick Works (entonces un inmenso agujero en el suelo en lugar del precioso parque que es en la actualidad) y lo convertí en el tan amado Vacío de los existencialistas y los filósofos, en especial los metafísicos. Incluí algunos estudiantes universitarios que se parecían a los que había conocido en Harvard. Me lo pasé genial haciéndolo, riéndome sola mientras daba otro giro inesperado a la trama.

Uno de los hilos centrales de la novela (el rechazo gradual de la protagonista a ingerir comida) no partía de conocimientos previos sobre la anorexia por mi parte. Ni siquiera conocía ese término. Lo que me inspiró fue mi interés en la decoración de pastelería y los tipos de alimentos antropomórficos. ¿Por qué la gente hacía pasteles del Pato Donald o de Mickey Mouse y Papás Noel de galleta? Y aún más desconcertante: ¿por qué la gente ponía novias y novios comestibles en las tartas nupciales y luego se los comía? El canibalismo es uno de los grandes tabús humanos y, sin embargo, se incentivaba en los escaparates de las reposterías.

Y ¿acaso no había más de un tipo de pastelería y más de un tipo de canibalismo? ¿Qué significaba que vistiéramos a las mujeres como tartas nupciales, referirse a ellas como «bombones» o decir que estaban «buenísimas» o «para comérselas»? Llegué a la conclusión de que maquillarse y decorar una tarta tenían mucho en común. Me concentré en la metodología: ¿qué tal se me daría crear una tarta con la forma de una mujer vestida de punta en blanco?

Otros intentarían esa hazaña en el futuro: elaborar la tarta, hacerle una foto, mandármela y luego comérsela. Una de mis versiones favoritas apareció en mi cumpleaños. Estaba en París, después de dar una charla en la Sorbona, y en la fiesta posterior me presentaron una tarta-mujer hermosamente elaborada, esta vez desnuda, con una mancha de rizos de chocolate. *Quelle finesse!*

Pero esas experiencias ocurrieron en un futuro lejano. En el verano de 1965 yo no anticipaba nada semejante.

Mis especulaciones caníbales tuvieron lugar seis años antes de que la segunda ola feminista ocupase las páginas centrales de los periódicos, pero ya había habido algunos movimientos subterráneos. Había leído la recién publicada *La mística de la feminidad*, de Betty Friedan, y el libro de 1949 de Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*. El primero describía los apuros de las mujeres que habían tenido que enclaustrarse otra vez en casa en los años cincuenta para dejar paso a los hombres que volvían de la guerra; el segundo fue escrito por una mujer exactamente de la misma edad que mi madre que había sufrido una estricta educación burguesa en Francia a principios del siglo XX. Eran evocadores, aunque ninguno de ellos se aplicaba del todo a mi propia experiencia. Yo pertenecía a una generación posterior y más libre.

También fue muy inspirador *The Mechanical Bride*, de Marshall McLuhan, con sus ilustraciones gráficas sobre la cosificación de la mujer a través de la publicidad. Ya había tenido su obra en cuenta mientras escribía *Up in the Air So Blue* y ahora la tuve todavía más. Un agradecimiento tardío a este autor por el anuncio de la faja robótica y por las mujeres del WonderBra que soñaban con tener superpoderes, así como por la imagen del detergente Ivory Flakes en el que sale una mujer dividida en dos: la mitad superior, vestida; la inferior, en ropa interior.

Mientras tanto, había seguido enviando a editoriales *Up in the Air So Blue*, la novela que había escrito el año anterior en la pensión de Charles Street, y la había ido recibiendo de vuelta con educadas notas de rechazo. Entonces me llegó una carta de un editor de Macmillan. Iba a desplazarse a Vancouver. ¿Podíamos quedar para tomar un té? Nos vimos en un bar restaurante que había en lo alto del hotel Vancouver. Era un respetable hombre de mediana edad que no intentaba flirtear conmigo y que mostró un interés paternal. *Up in the Air* era «prometedora», me dijo, pero hacía falta trabajarla un poco más, sobre todo el final. Los lectores tal vez no estuvieran preparados para una protagonista que se plantea tirar por el tejado a un pretendiente. ¿Podía plantearme el modificarlo?

No, la verdad es que no.

Se inclinó sobre la mesa y me dio unas palmaditas en la mano. «¿Puedo ayudarla en algo?» Saltaba a la vista que pensaba que me hacía falta consejo o, posiblemente, medicación. Tal vez tuviera razón, pero no por los motivos que él creía. A mí no se me ocurriría jamás arrojar a alguien por una azotea: el sueño de tirar a alguien desde el tejado era una decisión artística. ¿Es que nadie comprendía mis altas aspiraciones y logros estéticos?

Por suerte, no. Son muchas las ocasiones en las que he agradecido a mi buena estrella que *Up in the Air So Blue* no llegara a publicarse. Si lo hubiera hecho, habría tenido que dar explicaciones, constantemente. Visto desde la distancia, no imagino qué habría podido decir.

Mientras pasaba a máquina *La mujer comestible* una noche, sonó el timbre de mi puerta. Eran mis caseros de mediana edad, que vivían debajo. Me dijeron que estaban preocupados porque temían que hubiera termitas en su

casa: las oían haciendo ruiditos en el techo, como tiqui, tiqui, tiqui. ¿También yo las había oído?

«Seguro que soy yo tecleando.» Se hizo un silencio. «Estoy escribiendo una novela», añadí.

Buena relación. Escribir una novela = termitas en los tablones. Perforando túneles en la oscuridad, en lo invisible, en lo insospechado, hasta que un día toda la estructura se derrumba y se revela su destreza.

17

Alias Grace, la precuela

En septiembre volví a Cambridge. Debería haber apalabrado el alojamiento antes de ir, pero había descuidado ese asunto. Un amigo de Toronto, Richard Lee, quien más tarde se convirtió en un eminente antropólogo, tuvo la amabilidad de dejarme acampar en su sofá mientras peinaba los anuncios por palabras en busca de un lugar donde vivir.

Un soleado domingo propuso que fuéramos a dar un paseo. El paseo resultó ser una marcha contra la guerra de Vietnam, y de pronto me encontré en medio de los manifestantes. Era una marcha bastante pequeña y no hay que confundirla con la de octubre, que no fue mucho mayor en tamaño, pero sí mucho más violenta.

Avanzamos en grupo rumbo al parque Boston Common, gritamos a los furiosos defensores de las fuerzas militares estadounidenses que habían salido de los bares. Hubo algún que otro lanzamiento de botellas. Una vez en el Boston Common, los líderes de la marcha se prepararon para dirigirse a nosotros por un megáfono, pero el partido nazi de Estados Unidos se metió en medio y robó el equipo de sonido, y como los manifestantes eran pacifistas, no sabían cómo recuperarlo. Así pues, tuvimos que soportar que nos obsequiaran con discursos nazis a través de nuestro propio megáfono.

Moraleja: si tienes un megáfono, agárralo fuerte.

Tiempo después encontré una habitación de alquiler en una casa de la avenida Broadway. No era la ubicación ideal, porque Broadway era una vía pública muy transitada y estaba a un buen paseo de Harvard Yard, pero a buena hambre no hay pan duro. Estaba al lado de una funeraria. Durante el gran apagón del nordeste del 9 de noviembre de 1965, cuando se fue toda la energía eléctrica de la Costa Este y Cambridge adoptó el aspecto que debía de tener antes de la electricidad, pude ver como unas luces azules se movían dentro de la funeraria. Jamás averigüé de dónde habían salido.

La dueña y regente de la pensión era una mujer redonda, fuerte y directa con varios niños y una voz rotunda que ascendía por el sistema de calefacción y desembocaba en mi cuarto cada vez que gritaba a sus hijos, cosa que hacía a menudo. El ambiente se describe en este poema:

La casera

Ésta es la guarida de la casera.

Ella es
una voz descarnada
suelta en las estancias debajo de mí,

la continua refriega
de gallinero que acontece abajo
planeada en esta casa como
el forcejeo de la sangre en la cabeza.

Ella está en todas partes, entrometida como los olores
que se agolpan bajo el umbral de mi puerta;

ella preside mi
escasa comida, genera
la luz que fatiga los ojos.

A partir de ella alquilo mi tiempo:
cierra de golpe
mis días como puertas.
Nada es mío
y cuando sueño imágenes
de fugas audaces por la nieve
me encuentro siempre caminando
sobre un rostro inmenso
que es el de mi casera
y despierto gritando.

Ella es un bulto, un nudo
hinchado en el espacio. Aunque he intentado
hallar algún modo de rodearla,
mis sentidos
están confusos de percepción
y no logran ver a través de ella.

Está ahí, un hecho atronador
bloqueando mi camino:
inmutable, una losa
de lo que es real,

sólida como el tocino.

Ahí lo tienes: Vida Mental frente a Vida Real, donde la Vida Real prevalece. ¿Qué se suponía que estaba yo haciendo en la Vida Mental? Estudiar para mis exámenes de Latín y Alemán, prepararme para los orales del doctorado (los exámenes que nos hacían antes de redactar la tesis doctoral) y, de paso, decidir el tema de mi tesis. Hice todas esas cosas, más o menos.

También terminé de revisar y de pasar a máquina el manuscrito de *La mujer comestible* y se lo mandé a McClelland & Stewart, la única editorial grande de propietarios canadienses. Era la misma que había leído mi relato «The War in the Bathroom» y me había pedido que les enseñase cualquier novela que escribiera. Me enviaron una carta para decirme que tenían intención de publicarla. Como carecía de agente literario y sabía cero sobre el procedimiento de las editoriales, no tenía ni idea de qué sucedería a continuación o de cuánto tardaría el misterioso proceso de edición. Así pues, no me extrañé cuando estuve un tiempo sin tener noticias, y un tiempo más. Tal vez fuera normal que tardasen tanto.

La habitación que había alquilado era mucho más grande que la anterior en la que había vivido en Toronto. Además de un escritorio, tenía una zona de cocina con fogones, nevera y fregadero. Estaba separada de la zona de dormir por una cortina colgada de una cuerda. El lugar desprendía un olor fuerte, aunque no desagradable, a curry. Las otras habitaciones no estaban tan bien equipadas. No tenían fregadero, así que, igual que en la primera residencia en la que me alojé, de vez en cuando me encontraba un grano de maíz o un trozo de patata en el desagüe del cuarto de baño compartido.

No tenía interacción con los demás inquilinos, que eran estudiantes de otros países. Cada cual iba a lo suyo, salvo durante un incidente digno de mención. Una noche, un joven de Oriente Medio montó una fiesta tremenda con alcohol y «bailarinas». La casera no pensaba tolerarlo y llamó a la

policía. Hubo una pelea, seguida de un desalojo. Más adelante, lo ocurrido sirvió de inspiración para una historia titulada «Chicas bailarinas», que a su vez dio título a mi primera recopilación de relatos, publicada en 1977.

El poemario *The Circle Game* avanzaba despacio hacia su publicación. Los editores de The Contact Press me escribieron: ¿tenía alguna sugerencia para la cubierta? Mi primera idea fue una de las serigrafías de Charlie, de su edición ilustrada e impresa a mano de la serie Circle Game. Pero, sacada de contexto, la imagen que tenía en mente se parecía demasiado a un retrete, con unas cabezas borrosas girando en el agua de la cadena. Un observador con aficiones biológicas lo habría confundido con un corte transversal de un útero.

Desestimé esta imagen. En su lugar, me decidí por la solución más simple, que era hacer yo la cubierta, confiando en mi experiencia como diseñadora de pósteres. Compré unas cuantas letras negras de Letraset (letras que podían estamparse en papel) y unas cuantas tiras de esos puntitos rojos que emplean los abogados para señalar las partes importantes de los documentos. Con los puntos hice una espiral, para dar una salida al círculo cerrado de los poemas, y con el Letraset imprimí el título y el nombre de la autora. Una imagen muy sencilla en rojo, blanco y negro. Los editores la aceptaron, y ¿por qué no? Era vistosa. Y era barata.

Mientras tanto, tenía algo de vida social, más o menos. Jim y yo salíamos juntos: íbamos al cine Brattle a ver películas antiguas, al Mr. Bartley's Burger Cottage a comer hamburguesas, al restaurante del puerto Durgin-Park, en Boston, que servía comida tradicional de Nueva Inglaterra, como

pan de maíz, al museo Isabella Stewart Gardner, un monumento de la era de Henry James de los estadounidenses ricos que traían tesoros de Europa para civilizar a los burdos y brutos norteamericanos. (Véanse el relato «El rincón feliz» y las novelas *Retrato de una dama*, *Los embajadores* y *La copa dorada*.) También íbamos al Union Oyster House, que había nacido como el Atwood & Bacon Oyster House a principios del siglo XIX. El Atwood del nombre del restaurante pertenecía a un familiar lejano. Nuestro pariente Daniel Webster solía comer allí. También lo hacía John F. Kennedy, aunque no era de la familia.

Jim y yo estábamos cursando la asignatura que nos faltaba. Nos apuntamos a un seminario sobre «Humor victoriano», que impartía Harry Levin. Corría el rumor de que, cuando entregabas el examen, debías sentarte muy cerca de él y hablar en voz alta, porque estaba sordo. Lo más probable era que de todos modos no te oyese, así que lo mejor era escribir el examen con buena letra.

Durante el descanso (el seminario de dos horas tenía una pausa en medio) se esperaba que las estudiantes de doctorado prepararan y sirvieran té y galletas para todos. Con el tiempo ha habido varios comentarios escandalizados sobre esta costumbre, pero en aquella época nadie, ni siquiera yo, le daba muchas vueltas. Mi profesora de quinto, la señorita MacLeod, había hecho lo mismo. Betty y Veronica, en los cómics de *Archie*, también repartían galletas, pero sin té: sin duda en su caso debían de tomar leche con cacao. Servir el té con pastas era lo que hacían las mujeres, sobre todo durante un momento de crisis como el Blitz; y la escuela de doctorado siempre estaba en crisis, con su peculiar lentitud. Cuando se publicó *El cuento de la criada*, se dice que Jim soltó: «¿Nadie se ha percatado de que *El cuento de la criada* trata del programa de doctorado de Literatura Inglesa de Harvard?»

Otro seminario memorable se llamaba «Literatura de la Revolución Americana», impartido por Alan Heimert, discípulo de Perry Miller. El profesor Heimert empezó diciendo que no había literatura de la Revolución americana, otra forma de llamar a la guerra de la independencia de Estados Unidos, pues todo el mundo estaba demasiado liado sublevándose, así que estudiaríamos la literatura previa a la revolución y la que vino justo después. Thomas Paine, Franklin y panfletos políticos de antes de la revolución, y luego, tras la misma, varios ensayos divertidos en el equivalente a las pequeñas revistas literarias. Los escritores de esos ensayos se preguntaban —ahora que la visión utópica del Nuevo Mundo había cobrado fuerza y estaba en boga— cuándo iban a surgir los Grandes Pintores Americanos y la Gran Novela Americana. Esas preocupaciones me recordaban tanto a las desalentadoras reflexiones sobre la identidad canadiense que habían surgido en mi país en los años sesenta que me fascinaban. Por supuesto, cuando por fin aparecieron las Grandes Novelas Americanas (*Moby Dick*, *La letra escarlata*), los críticos del momento no aplaudieron ni las comprendieron. Eso tampoco me pasó por alto.

Hay otra cosa a destacar sobre Harvard, una de las mejores universidades del país número uno del mundo: los estudiantes serios prestaban atención en sus trabajos a textos que no eran precisamente obras estelares de la literatura. En lugar de eso, eran ventanas al pasado. ¿Qué pensaba la gente durante las extrañas circunstancias en las que se hallaba? ¿Y en qué se diferenciaba Canadá de Estados Unidos? ¿De qué modo se contraponía el «paz, orden y buen gobierno» con el «vida, libertad y búsqueda de la felicidad»? ¿Pasear al perro frente a patinar con estilo libre? «Obras... sosas», solía decir el antiguo primer ministro de Ontario, Bill Davis. Sí, puede que en política sí, pero en arte no. Ésos eran los pensamientos que rondaban mi mente en aquella época.

Con el fin de investigar las «pequeñas revistas» estadounidenses de principios del siglo XIX, tuve que ir a la Biblioteca Houghton, donde guardaban los libros y manuscritos especiales. Al llegar, tenías que ponerte unos patucos encima de los zapatos para no rayar los preciosos suelos de marquetería: los tacones femeninos eran especialmente destructivos.

Houghton era un espacio de silencio y grandeza. En medio, bajo una claraboya, estaba la Biblia de Gutenberg en un atril, abierta con reverencia y siempre con guantes blancos por una página distinta cada día. La miré con respeto, pues había leído la obra maestra de McLuhan de 1962, *La galaxia Gutenberg*. «¡Aquí está!: el inicio de la Era de la Imprenta», pensaba. Sin ella, no existiría el *Ulises* de Joyce, ni la prensa amarilla, ni Charles Dickens, no habría sensacionales héroes de terror como Spring-Heeled Jack, ni Flaubert, ni Drácula, ni hojas parroquiales, ni porno furtivo del siglo XIX.

Y tampoco existiría yo, al menos en mi encarnación literaria. La gente me ha preguntado a lo largo de los años: «Si pudieras elegir otro siglo en el que vivir, ¿cuál sería?» «Demasiado general», respondía yo. «¿Qué género, qué edad, qué país, qué clase social? ¿Una princesa de la nobleza o un cavador de zanjas?» No me cabía duda, sin la Era de la Imprenta yo me habría dedicado a fregar suelos.

Corría el rumor de que yo no era la única maravillada con la Biblia de Gutenberg: se decía que un bibliófilo se había colado en Houghton por la claraboya y lo habían pillado realizando un acto reverencial de onanismo delante del libro. (En román paladino: se estaba masturbando.)

En casa de mi familia había un libro de 1852 titulado *Roughing It in the Bush*, escrito por una inmigrante de Inglaterra, Susanna Moodie. Trataba sobre las desgraciadas experiencias que había tenido como gentil mujer inglesa al intentar salir adelante en la zona rural de Canadá, con pocos recursos y sin experiencia. No lo había leído, pero de niña me interesaba mucho la doble O del apellido de la señora Moodie, pues yo también tenía dos O en mi apellido. En el libro de lectura de sexto había un fragmento en el que se quemaba la cabaña de madera de la señora Moodie en mitad del invierno. El episodio me había impresionado: los incendios provocados por estufas de leña eran una de mis preocupaciones infantiles.

En torno a esta época, tuve un sueño raro en el que salía Susanna Moodie. Soñé que había escrito una ópera sobre ella, algo más que improbable, ya que no sé escribir partituras. En esa ópera ella estaba sola en el escenario. El sueño era tan vívido que me despertó. Intrigada, acudí a la pequeña colección de obras canadienses que había en las profundidades de la Biblioteca Widener, justo al lado de la sección de brujería, y por supuesto, ahí estaban sus dos libros: *Roughing It in the Bush* y *Life in the Clearings*.

Los leí y al principio me decepcionaron: no había material para una ópera. Los libros eran algo dados al sermón, con forma episódica, sin línea argumental. A diferencia de su hermana, Catharine Parr Traill, ella no había escrito una guía útil para los futuros inmigrantes: era más bien una serie de razones para no venir. Sin embargo, al cabo de un tiempo empecé a escribir poemas con la voz de Susanna Moodie: no con su auténtica voz de dama victoriana, sino con la voz de su doble, subterránea y tenebrosa. En muchos sentidos era mi antítesis, totalmente opuesta a mí: provenía de la «civilización» y la naturaleza salvaje le había resultado difícil —no la comprendía ni estaba equipada para lidiar con ella—, mientras que a mí me

había ocurrido lo contrario. En el epílogo del poemario *Los diarios de Susanna Moodie*, que publiqué por fin en 1970, digo:

> La señora Moodie está dividida: alaba el paisaje canadiense, pero lo acusa de destruirla; desprecia a los habitantes de Canadá, pero reconoce que su único refugio contra la tierra misma son las personas; predica el progreso y el avance de la civilización mientras hace elegías sobre la destrucción de la naturaleza salvaje; da sermones optimistas mientras se muestra fascinada por la muerte, los asesinatos y los criminales del penal de Kingston y los locos incurables del manicomio de Toronto.

Fue en la cárcel y posteriormente en el centro psiquiátrico donde la señora Moodie conoció a Grace Marks. La adolescente Grace había terminado en prisión acusada de participar en un doble asesinato en 1843, aunque nunca se supo si, en efecto, había sido cómplice del crimen. Luego la transfirieron al psiquiátrico, donde la señora Moodie la vio de nuevo y afirmó que estaba loca de remate y que a buen seguro ya estaba demente cuando se cometió el asesinato, de modo que Jesucristo la perdonaría cuando hubiera muerto. Lo que no sabíamos ni Susanna Moodie ni yo era que después volvieron a trasladar a Grace a la cárcel de Kingston porque determinaron que no estaba loca en absoluto. Eso abre todo un abanico de nuevas preguntas. ¿Tuvo un brote psicótico? ¿Estaba fingiendo?

En cualquier caso, Grace Marks se coló en un poema de *Los diarios de Susanna Moodie*. Termina así:

> ... Ni una sola nube, las flores
> de plumaje escarlata brotando

de entre las piedras secas,
el aire
a punto de darme
toda clase de respuestas.

Escribí *Los diarios de Susanna Moodie* en un plazo de año y medio. Acabó teniendo varias vidas en formato libro y en un par de continuaciones. Una de esas secuelas fue mi novela de 1996, *Alias Grace*, cuyo capítulo inicial contiene las mismas flores rojas alucinógenas que crecen entre las piedras. Es una experiencia que he tenido a menudo: la poesía abre un tema y la ficción crece por la grieta.

LA LENGUA GIGANTESCA

En aquella época mi obra de cabecera era *The Joy of Cooking*, y vivía con un presupuesto limitado. Un día decidí cocinar una enorme lengua de ternera en mi reducida cocinilla a partir de una de sus recetas. ¿Cómo se me ocurrió semejante cosa? Leía libros de cocina como si fueran una novela de aventuras y luego me tomaba esas historias de ficción de forma demasiado literal. En cualquier caso, por lo menos la lengua era barata y podía usarla en los sándwiches.

Me hice con una lengua, la embutí en una cazuela grande y la herví a fuego lento con hierbas y especias durante tres horas. La pelé y corté como indicaba y la dejé enfriar en su jugo, como ponía en la receta. Luego quedé con Jim y fuimos a ver *Repulsión*, la película de Polanski. Trataba de una mujer que se volvía loca en un piso. Deja un conejo crudo en la encimera y el animal atrae a las moscas. Asesina a un hombre y lo mete en la bañera: él

también atrae a las moscas. Un segundo hombre sigue al primero, pero no tiene tiempo de atraer a las moscas. La carne putrefacta es un tema.

Mala elección para el Día de la Lengua Gigantesca. Cuando volví a casa, la lengua se había hinchado y sobresalía del borde de la cazuela. Todavía no había atraído a las moscas, pero lo veía venir. Era un día caluroso. ¿Acabaría loca en el futuro?

¿Qué hice con la Lengua Gigantesca? He reprimido esa parte.

La lengua era sintomática: no tenía dinero suficiente para seguir viviendo en la pensión de Broadway. Encontré un subalquiler para el verano en uno de los lugares más peculiares en los que he vivido. Tenía un cuarto de baño largo y estrecho con una bañera enorme. La habitación en sí también era larga y estrecha, resultado de una subdivisión de habitaciones que antaño habían sido más grandes. No había nada salvo un escritorio pequeño, una cama muy incómoda y un inmenso tocadiscos Victrola antiguo de los años veinte, ese que se ponía en el suelo y parecía un armarito.

En aquel dormitorio empecé a esbozar mi siguiente novela. Había decidido que mis métodos eran demasiado chapuceros: esta vez iba a organizarme. La novela se titularía *La cabaña de la naturaleza*. Se basaría en mi experiencia como monitora de Naturaleza en el campamento. Tendría ocho personajes y dedicaría un capítulo a cada uno en cada una de las cinco partes, de modo que habría un total de cuarenta capítulos. Compré unas fichas de diferentes colores para no perder de vista el esquema.

Empecé a escribir siguiendo esa dinámica, una ficha cada vez que me ponía. Aprendí mucho de las costumbres alimentarias de mis personajes, de sus madres, de sus amigos, de sus vestuarios y de sus lugares de residencia. Pero cuando llevaba dieciséis fichas rellenas (dos capítulos de cada personaje), ya casi había escrito doscientas páginas y... no había ocurrido nada de nada. Era «Annie la Hormiga» otra vez. Lo desestimé.

Moraleja: mi destino no era ser organizada. No podía escribir nada que me satisficiera si antes había habido una planificación sistemática; se parecía demasiado a los libros de colorear, un tipo de manualidad que nunca me ha gustado. Hay escritores metódicos y hay quien improvisa. Algunos trabajan con horarios, pero otros se encandilan, garabatean grafitis en los márgenes de las páginas y juegan a los dados con el tiempo. Ahora ya sabía con certeza a qué clase pertenecía.

No recomiendo mi método. El potencial de desesperación es mucho mayor. Por otra parte, la cuota de aburrimiento es mucho menor. Cuando sientes que estás a punto de lanzarte por un acantilado hacia lo desconocido, donde podrías nadar o estamparte de un barrigazo de doscientas páginas, la situación estresa, pero no deja espacio para el aburrimiento.

Sin embargo, tenía que lidiar con la conciencia puritana de Nueva Inglaterra que había heredado: «Quien guarda halla.» No tires nada (el mantra de la época de la Depresión, y también de nuestra familia), porque puede que luego te sea útil para algo. De ahí las estanterías llenas de tornillos oxidados, gomas elásticas medio estropeadas y lazos de regalos de Navidad alisados y ordenados por colores que me han seguido durante toda mi vida. *La cabaña de la naturaleza* acabó relegada a un cajón, porque nunca se sabe cuándo puede resultar útil tener a mano doscientas páginas de prosa errática. Aunque sólo una frase sobrevivió de ese manuscrito y se abrió paso en otra obra de ficción. Habla de un avión que vuela alto. No fui capaz de reaprovechar el resto de mi obra inmortal para nada más.

Hasta ahora, claro. Mira: acabo de usarlo, en esta misma página.

18

The Anlmals in That Country

A finales del verano de 1966 volví a mudarme. Mis reservas económicas seguían menguando; no había podido buscar un trabajo de verano porque estaba escribiendo mi fiasco de novela. Necesitaba compartir gastos con una compañera de piso y, a través de un anuncio, encontré a dos. Ambas estudiaban el doctorado: una en Sociología, la otra en Química. Se habían procurado un apartamento algo decadente en un edificio algo decadente en Harvard Street, y buscaban una tercera inquilina. Sus dormitorios eran espaciosos. La habitación que quedaba no lo era, pero sí era más grande que la caja de zapatos de Charles Street donde vivía en Toronto. La acepté. El piso tenía una escalera trasera que daba a la puerta de una cocina, que siempre teníamos cerrada con llave y cadena, pues oíamos a posibles intrusos caminando a hurtadillas por fuera casi cada noche, buscando cómo entrar. Íbamos con cuidado de no bajar nunca solas a la lavadora-secadora que había en el sótano; habíamos oído demasiadas historias de cosas espeluznantes que les ocurrían a las chicas despreocupadas que iban a hacer la colada.

Mis dos compis de piso eran Susan Milmoe (Sociología), de White Plains, Nueva York, y Karen Walters (Química), de Mazomanie, Wisconsin. Ambas eran más jóvenes que yo, ambas eran geniales, ambas representaban sus lugares de origen: Susan, con una disposición ansiosa, una memoria

prodigiosa para quién era pariente de quién y de quién había sido novio, y unos gestos agitados con las manos; Karen, rubia, risueña, de dientes blancos, sana, práctica y divertida con las costumbres de la Costa Este. Y luego estaba yo. Intentaba mantener mi vocación de escritora al margen en la medida de lo posible (¿qué hacía un bicho raro como yo en una institución formal como Harvard?), pero no lo conseguí por mucho tiempo. Empezaron a llegar sobres de revistas de poesía. Luego llegaron las revistas en sí. Pruebas que me delataban.

La típica costumbre para los pisos sin amueblar era ir a la tienda del Ejército de Salvación, comprar muebles de tercera mano y luego venderlos cuando te mudabas a otro sitio. Me agencié una cama individual y un escritorio pequeño que pinté de naranja. Allí coloqué la máquina de escribir. No tendría que escribir más trabajos para la universidad (había terminado el curso y me estaba preparando para los temidos orales), así que el tecleo que salía de la máquina tenía que ver con los poemas. Como es natural, no podía empezar otra novela en ese momento, aunque ya tenía una en mente. La Escritura y la Vida Real eran una cinta de Moebius; en la Vida Real necesitaba el doctorado para poder obtener un trabajo con el que vivir mientras escribía, pero no podía escribir en serio si me dedicaba a buscar trabajo en la Vida Real de una doctoranda. Sin embargo, los poemas podían ser cortos.

El apartamento tenía una salita compartida con un sofá en el que de vez en cuando dormían amigas. Una de las que se dejaron caer allí fue Judy Wright, amiga de una amiga. Su Volkswagen era un punto a su favor: ninguna de las demás teníamos coche. Judy había tenido un padre débil y alcohólico y una madre maltratadora que le había roto todas las costillas al estamparla contra la pared cuando era pequeña. (Un médico había descubierto pruebas de las costillas rotas.) Judy también nos contó la

historia de un aborto ilegal que le habían practicado en una habitación de hotel, con un doctor cínico que se había pasado el rato comiendo un sándwich de queso. «Ya volverás», le dijo el hombre.

De adolescente la habían elegido Miss Vodka Smirnoff, pero había saltado de la carroza de Smirnoff porque uno de los capitostes del vodka había intentado magrearla. Jim Polk solía contar una historia acerca de una chica que había conocido y que había sido Miss Lana Montana, a la que obligaban a ir por ahí con un cordero a cuestas que se le meaba encima. La vida del glamour tiene sus partes oscuras.

En el piso, de vez en cuando soltábamos las típicas pullas sobre quién no había colgado la alfombrilla del baño (normalmente Susan) o había dejado la pasta de dientes sin tapar, de modo que había goteado por el lavabo (Susan de nuevo). Nos turnábamos para hacer la cena. Los métodos de Susan eran únicos: nos agasajaba con anécdotas de su increíble reserva memorística acerca de quién había hecho qué cosa alucinante o ridícula a quién mientras trituraba las patatas con una batidora de mano. Para enfatizar algún detalle, se ponía a sacudir la batidora, que seguía en marcha. Aunque el techo era alto, acabó teniendo una superficie rugosa que fingíamos que era estucado.

Así es como describía Susan a mi yo de entonces en un artículo publicado en *Harvard Crimson* de 2012:

> Cuando Susan E. Milmoe empezó a vivir con su compañera de piso de Radcliffe —una mujer que entonces se hacía llamar «Peggy»—, Milmoe no sabía que esa chica escribía poesía. Peggy escribía «a puerta cerrada», dijo Milmoe, pese a haber publicado ya unos cuantos poemas en las revistas literarias canadienses. Qué poco sabían Milmoe y su otra compañera de piso que esa «Peggy» que les echaba las cartas

y cocinaba para ellas llegaría a ser la leyenda literaria Margaret E. Atwood.

«De haber sabido que iba a hacerse famosa, desde luego, habría prestado más atención», bromeó Milmoe. Durante su etapa como compañeras de piso, Milmoe consideraba que Atwood y quien pronto sería su esposo, Jim Polk, eran «los padres de la casa» y recordaba a Atwood como una «cocinera fabulosa» que a menudo escuchaba los dilemas de sus compañeras, tanto académicos como románticos. [...]

«Al leer algunas de sus novelas, puede dar la impresión de que es depresiva, pero eso no es en absoluto cierto», dijo Milmoe. «En mi opinión, es de esas personas que "se hacen una limonada" cuando la vida les da un limón.»

Y esto es lo que comentaba mi antiguo compañero de clase del doctorado de Harvard, Lloyd Schwartz, acerca de mí:

El interés de Atwood en cuestiones de género —algo que más tarde se materializaría en su poesía, sus ensayos y sus obras de ficción— ya saltaba a la vista durante la época de estudiante, según su antiguo compañero de clase Lloyd Schwartz. Schwartz, que ahora es profesor de la Universidad de Massachusetts Boston, recordaba haber participado con su compañero de piso en un cortometraje de cine mudo protagonizado por Atwood. En el filme, un profesor organiza una revolución con sus estudiantes, que se van llamando a las armas tocando un cuerno de carnero. En una secuencia aparecían tres parejas en la cama. Los hombres de las primeras dos parejas se levantaban de la cama para unirse a la batalla. Sin embargo, en la tercera pareja era la

mujer la que se levantaba en armas, saltaba de la cama y se iba en moto. Esa mujer era Atwood.

«Incluso entonces, sabíamos que había algo más atrevido y duro, algo más potente en Peggy Atwood que en muchas otras mujeres que estudiaban el doctorado», dijo Schwartz. «Peggy era una de esas mujeres que se hacen valer, tenía mucho amor propio y era consciente de su poder.»

Es un comentario bonito, aunque creo que es muy fácil hablar en retrospectiva. No estoy segura de que estuviera muy volcada en «cuestiones de género» en aquella época. Simplemente me pareció divertida la idea de la moto.

Pese a no disponer de permiso de trabajo, conseguí un empleo de media jornada como «vigilante»: debía supervisar los exámenes de los estudiantes de grado. La policía de los exámenes neófita tenía que hacer un curso en chuletas y formas de copiar, que impartía un veterano más curtido. Nos presentó todas las maneras posibles de hacer trampa en un examen. Teníamos que comprobar si había relojes de pulsera con respuestas dentro que quedaran a la vista al darle la vuelta al reloj, también había que vigilar si quienes llevaban escayola no habían deslizado algún papel en el interior, o si quienes se marchaban pronto del examen chivaban a quienes llegaban tarde; debíamos comprobar si había tinta invisible, mensajes en Braille, almas desesperadas que, al entregar el cuadernillo oficial de respuestas, cambiaban el contenido por el de algún desconocido elegido al azar. Además, había quien ponía vello púbico o algún número de teléfono dentro del cuadernillo del examen, en un intento de sobornar a los jóvenes evaluadores, pero eso no iba con nosotros. Nuestra labor se limitaba a detectar e impedir las formas de copiar más flagrantes en las que nos había

instruido el experto. Siempre me han llamado la atención las historias de espías: secretos, mentiras, disfraces, engaños. No es difícil relacionar mi formación como vigilante de exámenes y ciertos mecanismos que aparecen en novelas posteriores, en especial *El cuento de la criada* y *Los testamentos*.

Recibimos la visita de mi hermano, aunque Harold no se quedó a dormir en el sofá. Ya estaba casado y tenía hijos, se estaba especializando en Neurofisiología y daba clases en la Universidad de Toronto. Había ido a Harvard para alguna de sus misiones sinápticas electromagnéticas. Fue a cenar a nuestra casa, le hice un pastel decorado con neuronas (con cobertura de chocolate) y las tres intentamos averiguar a qué se dedicaba en concreto.

—Es una especie de...

—Bueno, no exactamente.

—Entonces, es más como...

—No, no exactamente.

Las conversaciones con él solían ir así.

Como los microscopios electrónicos eran muy escasos a principios de los años sesenta, el campo de estudio anterior de Harold guardaba relación con la fisiología de los crustáceos, ya que los cangrejos y los bogavantes tienen neuronas muy grandes que pueden verse a través de microscopios convencionales. (¿Se los comía después? Tal vez. Comía poco.) Esa ocupación lo llevó a lugares como la Institución Oceanográfica Woods Hole de Massachusetts. En uno de esos emplazamientos costeros, mi cuñada y él habían adoptado de mascota un cangrejo ermitaño llamado *Herman*, que vivía en una gran concha de caracol marino, dentro de un acuario. Cuando alguien le preguntaba a Lenore por qué tenían un cangrejo ermitaño como mascota, respondía: «Son muy silenciosos.» Sin embargo, alguien cometió

el error de colocar el acuario de *Herman* encima del televisor (uno de esos antiguos con forma de caja que se recalentaban mucho) y *Herman* se asó.

Me topé con esta historia en el manuscrito de una biografía que alguien andaba escribiendo, no sobre Lenore, sino sobre mí. En ese relato, la forma de vida marina era una almeja y se decía que yo había ido a los muelles de Boston para comprarla. Luego la guardaba en un tarro sobre mi escritorio y se supone que hice el comentario de «Son muy silenciosas» cuando alguien me preguntó por mi almeja doméstica. Muchas de las leyendas de santos y de estrellas del cine surgen a partir de esta especie de fenómeno del teléfono escacharrado.

—¿Cuánto tiempo viviría una almeja en un tarro sin ventilación? —le pregunté a mi madre.

—Unas seis horas.

Dado que era de Nueva Escocia, estaba familiarizada con las costumbres de las almejas y, sin duda, también con las almejas metidas en frascos.

—Lo siento, pero no fui yo —le dije al biógrafo—. Nunca he tenido una almeja de mascota.

—¡Pero es una historia buenísima!

Puede que esa excusa sirva para una novela, pero no (que quede claro) para una biografía.

¿HA LLEGADO EL MOMENTO DE LA VERDAD?

The Circle Game se publicó en Contact Press, con la cubierta que hice con Letraset, en el otoño de 1966. Tuvo una tirada pequeñísima. De todos modos, me sentí emocionada y preocupada a partes iguales. Mi colega escritor canadiense, Matt Cohen, solía decir a propósito de los días de

lanzamiento: «Hora de tirar otro ladrillo a la ciénaga.» Sí que me sentía un poco así: ¿acabaría mi libro hundiéndose sin dejar rastro? Muchos lo hacían.

Mis compañeras de piso, en especial Susan, pensaban que el asunto de la publicación de ese poemario canadiense era para troncharse. ¿Quién iba a decir que había poetas en Canadá? Es más, ¿quién iba a decir siquiera que hubiese algo llamado Canadá? En Harvard, el ombligo de la educación mundial, la gente solía preguntarme bastante en serio si allí vivía en un iglú. Al cabo de un tiempo me harté de tratar de explicarles cómo era la geografía y la historia de Canadá y me limité a mentir. Sí, sí que vivía en un iglú, pero era muy grande, con un anexo donde podían dormir mis doce perros de trineo. Se diría que con eso les bastaba. En fin, ¿qué otra cosa necesitarían saber?

Tras la publicación de *The Circle Game*, recibí una carta de William «Bill» Toye. Me proponía que enviase mi siguiente poemario a la sucursal canadiense de Oxford University Press. Bill, un personaje amable con aspecto de elfo a quien había conocido a través de Jay Macpherson, era un pez gordo en mi diminuta esfera. No sólo era uno de los editores que fundaron en 1956 *Tamarack Review*, que había leído con atención en la sala de lectura del Victoria College durante mi época de estudiante y en la que tiempo después había publicado, sino que había ganado prestigio por la atención escrupulosa que prestaba a la tipografía y el diseño. De vez en cuando publicaba un librillo de poesía con un diseño precioso (*The Boatman*, de Jay Macpherson, y *The Cruising Auk*, de George Johnston, son los primeros que me vienen a la cabeza), y propuso añadir a ese catálogo un volumen con mi poesía.

Qué curioso que lo mencionara. Resultaba que sí tenía a mano un poemario, pues había acumulado un puñado de poemas de esa forma

azarosa que me caracterizaba. Los extendí en el suelo y los barajé —ese ancestral método de ordenar un libro de poesía— y le mandé un manuscrito. Lo aceptó con celeridad y Bill y yo nos pusimos en serio a ordenar y revisar. Fue uno de los numerosos libros que hice con él, y siempre fue un co-conspirador fantástico.

Luego estaba el tema de la cubierta. Siempre está el tema de la cubierta. La primera idea de Bill para *The Animals in That Country* fue utilizar un dibujo del signo del zodiaco Tauro, que ocupara todo, desde la cubierta hasta la contracubierta. Le comenté que, si hacíamos eso, la contra tendría el trasero del toro, acompañado de los enormes genitales bovinos. Enseguida desestimamos la propuesta, que quedó sustituida por dos leones.

¿Qué hay en esos poemas? Muchas cosas de las que ya he hablado en estas páginas. Mi casera de la avenida Massachusetts y el Estrangulador de Boston, por ejemplo, y el Museo Real de Ontario. La Lengua Gigantesca no logró aparecer. Tal vez la reserve para alguna historia de terror.

Al consultar el material que compone el libro, me he fijado en que algunos de esos poemas ya se habían publicado en *Adam*, *Human Voice Quarterly*, *Kayak*, *Poetry Australia*, PRISM *international*, *Parva*, *Quarry*, *Saturday Night*, *Talon*, *The Atlantic* y *Tamarack Review*. ¡Menuda retahíla de nombres antaño temidos y deseados! Y qué productiva era...

En los preliminares del libro dice: «El poema "Speeches for Doctor Frankenstein" se había publicado en una edición limitada con grabados de Charles Pachter.» En realidad no eran grabados: en su mayor parte eran serigrafías; impresiones con pantalla de seda en colores llamativos, densos y opacos, de esos que sólo se consiguen con este método. La edición es preciosa. Lo malo es que resulta muy difícil de conseguir. Charlie sólo hizo diez ejemplares. Me dio uno y vendió ocho. Luego alguien robó el último ejemplar: el suyo.

En la contra de *The Animals in That Country*, Bill Toye escribió, además de «un fresco talento poético» —bueno, algo hay que decir—: «Su primer poemario, *The Circle Game*, obtuvo el Governor General's Award en 1967.» Es cierto, había ganado ese premio a una obra publicada en 1966. Ese galardón era de los grandes... Es más, el único importante de la ciudad, y con «la ciudad» aquí me refiero a Canadá. Normalmente, quienes ganaban el premio de poesía eran eminentes, y ése no era mi caso. Me pilló por sorpresa —supongo que como a todo el mundo— cuando apareció la noticia a finales de marzo de 1967.

—¿Que has ganado qué? —me dijeron mis compañeras de piso—. ¿El Governor General's Award? ¿Y quién es ése, y qué es eso?

Les expliqué que el gobernador general era el representante de la reina en Canadá.

—¡La reina! ¿Te refieres a... la reina-reina? ¿Todavía tenéis... reina?

Era como si hubiese ganado un corsé de varillas.

Había que desplazarse a Ottawa para recibir el galardón, en una ceremonia vespertina seguida de una cena oficial. No te daban el cheque en sí hasta después del postre. El premio tenía una dotación de mil dólares, una fortuna para una estudiante de doctorado como yo. Me pulí la mayor parte en dos cosas que llevaba anhelando mucho tiempo: una máquina de escribir eléctrica de la marca Selectric y mis primeras lentillas.

«Adiós, montura de carey», pensé con ilusión, aunque me alegré antes de tiempo: las lentillas eran de las primeras que había, esas duras, de las que la gente tenía que buscar entre el puré cuando se les caían durante la comida, de las que obligaban a los jugadores de hockey a agacharse y ponerse a tantear el hielo para localizar la lentilla caída, de las que hacían que se viera a gente gritando en la calle y llevándose una mano al ojo cuando les entraba algo de suciedad, lo cual provocaba un dolor agudo. Y había que

acostumbrarse poco a poco: una hora una semana, dos horas la siguiente. Si te pasabas del tiempo límite, te lloraban los ojos.

No tenía nada apropiado que ponerme para la ceremonia semiformal de entrega del Governor General's Award. Mis compis de piso se apiadaron de mí y me ayudaron. El vestido de tubo de color marfil era de Susan, y los pendientes eran de otra amiga llamada Renate, un contacto de Charlie Pachter que aseguraba ser, y probablemente era, una condesa polaca. Conseguí unos zapatos a juego y de algún sitio apareció un bolsito de noche. (Mientras estaba de viaje en Ottawa, mis compañeras confiscaron mis Hush Puppies. Siempre pensé que las habían incinerado, pero hace poco me enteré de que simplemente las habían tirado a la basura. Bueno, estaban ya bastante desgastadas y eran poco dignas, según ellas, sobre todo para una persona con mi reciente eminencia.)

La ceremonia se celebró en Rideau Hall, la residencia del gobernador general. Ahí estaba yo, enfundada en el vestido color marfil de Sue, con mis lentillas nuevas pegadas a los ojos. El gobernador general de aquella época era Roland Michener, un *bon vivant*. Había tomado un par de copas. Le habían encargado que repartiera los distintos galardones, tanto en francés como en inglés (para novela y ensayo, además de para poesía) y saltaba a la vista que le aburría la tarea y no le veía sentido. Dijo que no había leído ninguno de nuestros libros ni pensaba hacerlo, pero que suponía que otras personas sí lo harían. Entonces nos fue estrechando la mano uno por uno y nos dio algo: ¿era un diploma, era una medalla? A esas alturas, la cuenta atrás de mis lentillas iba bajando de forma peligrosa, me lloraban los ojos y me costaba concentrarme.

Pero el protocolo era implacable. Nos dirigimos a la cena de alto copete, donde me sentaron entre dos caballeros francófonos mientras escuchábamos los discursos. Para entonces, me caían las lágrimas a borbotones por las

mejillas: aún no dominaba el arte de quitarme las lentillas sin un espejo. Mis compañeros de mesa creyeron que lloraba de la emoción y me dieron palmaditas amables y paternales.

En cuanto tuve el cheque en el bolsito de noche, me fui pitando al lavabo, donde me quité las lentillas de los ojos enrojecidos y suspiré de alivio. La ganadora del premio de novela en inglés (Margaret Laurence, por su libro *La burla de Dios*, que acababa de leerme y admiraba) también estaba allí, con un ataque de nervios. Así empezó una amistad que no estuvo exenta de los pasajes más siniestros tiempo después.

Uno de los jueces, Robert Weaver (editor de *Tamarack Review* y presentador del programa de radio de la CBC *Anthology*, en el que apareció la obra temprana de numerosos jóvenes escritores), me dijo mucho después: «En ocasiones me he preguntado si no era un cáliz envenenado.» Y es cierto: nubes de envidia y malicia empezaron a acumularse a mi alrededor a partir de ese día, alimentadas principalmente por otros poetas. En términos generales, los poetas no son un grupo muy equilibrado y ajeno a la envidia.

Poco después de la ceremonia de entrega, fui a Toronto a ver una obra de teatro en Hart House, cuando ¿quién aparece entre las sombras? Nada menos que Dennis Lee, del famoso dúo Shakesbeat Latweed. Él y su amigo, el escritor Dave Godfrey, estaban pensando en montar una editorial nueva. Iba a llamarse House of Anansi (Casa de Anansi), en honor de la diosa embaucadora con forma arácnida africana, que Dave había conocido a raíz de sus viajes por África. (La «apropiación cultural» todavía no había salido a escena.) Jim Polk comentó más adelante que la editorial debería haberse llamado Casa de Atreo, por todas las puñaladas por la espalda que hubo, pero aún faltaba para eso.

El caso era que, según Dennis, *The Circle Game* estaba agotado y no había perspectiva de reeditarlo, porque los poetas que dirigían Contact Press iban a cerrar la editorial. Así pues, ¿por qué no hacía una nueva edición House of Anansi?

Por mí bien, le dije. Pregunté qué tirada tenían pensado hacer.

«Tres mil», dijo Dennis como si nada. Era una cantidad astronómica para un primer libro breve de poesía como el mío. Pensé que estaba loco, pero ¿qué podía perder yo?

La siguiente idea, me dijo Dennis, era financiar la empresa obteniendo ayudas del Consejo Canadiense de las Artes para los primeros cuatro autores que publicase Anansi. Luego los autores invertirían ese dinero en la editorial, y a cambio recibirían participaciones.

¿A qué se refería con «participaciones»? «Claro», dije. El plan sonaba un poco loco, pero las locuras nunca me habían asustado. Así pues, me convertí en accionista. Y Dennis desencadenó una serie de acontecimientos que influirían en el resto de mi vida. Aunque ¿quién lo sabía entonces?

Para la nueva edición de Anansi de *The Circle Game* iba a necesitar una foto de solapa, dijo Dennis. Contact Press no se había preocupado de esos detalles. Pero ¿de dónde sacaba yo esa foto? No quería gastarme el poco dinero que me quedaba en encargar una.

Charlie me hizo la foto en Montreal.

—¿Qué hacía yo allí? —le pregunté la semana pasada.

—Visitarme a *moi*.

Charlie trabajaba para la Expo 67, que se inauguraba a finales de abril. Era una exposición internacional como la Feria Mundial de Chicago, y tenía previsto ser la mayor que se celebrara. ¿Sería capaz de lograrlo la minúscula Canadá? ¿Abriría a tiempo? ¿Sería un éxito? A primeros de abril reinaba el entusiasmo: Canadá, por una vez, se sentía muy bien consigo

misma, un estado de ánimo que influyó en la generación de nacionalistas literarios que empezaba a emerger.

Charlie y yo hicimos el reportaje fotográfico y elegí una foto en la que salgo seria y con pinta de cachorro abandonado, que pensé que encajaba para la contracubierta. Aparezco contra un muro de cemento con un cárdigan grueso de lana y aire inquieto: de eso se trataba. Hicimos varias fotos más en la sesión. En una salgo con una pila de papel de periódico arrugado encima de la cabeza, en otra miro con ojos de búho por entre los peldaños de la escalera externa de Montreal. ¿Me estaba burlando de mi propia foto para la cubierta? ¿Acaso mi parte géminis estaba minando lo que había creado mi parte escorpio? Es muy probable.

«¿Fue aquélla la vez que tomamos ácido?», le pregunté a Charlie. Sí. Dudo que consumiéramos mucho, pero bastó para que Charlie recibiera las desagradables visitas de varios parientes, vivos y muertos, y yo tuviera una experiencia profunda aunque no muy esclarecedora con una alfombra persa.

Las descripciones que hace la gente de los viajes que tiene con el ácido (o con cualquier otra cosa) pueden ser muy aburridas. Hay un porqué. Tenías que estar ahí. Pero no estabas.

Charles Pachter

OTRO HECHO INESPERADO

A finales de la primavera de 1967, Jim Polk y yo nos casamos. Ninguno de los dos estaba hecho para el matrimonio, como suele decirse. Pero como yo tenía que volver a Canadá (mi visado estaba a punto de caducar), las opciones eran casarnos o decirnos adiós, y no estábamos preparados para separarnos.

No sé cómo (¿a través de los tejemanejes académicos?) yo había conseguido un puesto de docente en la Universidad Sir George Williams de Montreal. Jim no podía intentar entrar en Canadá sin que sospecharan que era un desertor, a menos que estuviera casado con alguien como yo. Y si no iba a Canadá, ¿qué iba a hacer? Había aprobado los exámenes orales y se suponía que tenía que estar escribiendo la tesis, sobre un libro infantil de Thackeray que no le interesaba en absoluto. Tal vez pudiera volver a dar clases en Pocatello, Idaho, una perspectiva que no le hacía mucha ilusión que digamos.

Luego estaba el servicio militar. La guerra de Vietnam se hallaba en la etapa más cruda y el ejército de Estados Unidos andaba reclutando jóvenes. Jim había intentado entrar en el ejército unos cuantos años antes, cuando no sabía qué hacer con su vida, aunque su propuesta de dedicarse a enseñar griego antiguo como lengua extranjera no pareció demasiado atractiva para los militares. Pero ¿a quién estaría dispuesto a aceptar el ejército en sus filas en 1967? Imposible saberlo.

Mis dos compañeras de piso recibieron la noticia con júbilo. Susan se moría por una buena fiesta. Nos dijo que, si no queríamos hacer toda la parafernalia de entrar en la iglesia con el vestido blanco y el velo, por lo menos debíamos dar un banquete en la residencia femenina de estudiantes de doctorado de Radcliffe, que tenía salas para esos eventos. Ella la

organizaría. Serviría bolas de queso al horno y haría una tarta, que decoraría como era debido. Habría alcohol. Nada podía quitarle la idea de la cabeza.

¿Qué forma tomaría la boda en sí? El tiempo apremiaba. Jim y yo abrimos las páginas amarillas y buscamos todos los jueces de paz. Conseguimos cita con el único que contestó al teléfono. Peinamos el Sótano del Filene y me hice con un minivestido de encaje blanco con mangas largas que estaba rebajado.

El juez de paz resultó ser un anciano chino que había sido embajador de China en París antes de la revolución de Mao, o eso nos dijo. Llevaba una corbata de cordón con un pasador con forma de cráneo de búfalo, una especie de kipá y gafas normales con los cristales de las gafas de sol pinzados. Asistieron a la ceremonia mis padres, que se divirtieron mucho, mi hermana de quince años y mi Novio Muy Simpático de Vancouver, que estaba de ruta por América del Norte con la moto y se presentó casi por casualidad. Según mi madre, cuando entró por la puerta de improviso con la ropa de motorista calada y al viento, exclamé: «¡Creía que eras el Estrangulador de Boston!»

La ceremonia se celebró en el salón del ex embajador. Pensábamos que sólo sería firmar unos documentos, pero no, fue necesario un elaborado ritual y un sermón del juez. Dio un par de vueltas con nuestras alianzas alrededor de una estatua de Buda y nos dijo: «Amaos el uno al otro por lo que sois y perdonaos por no ser lo que no sois», y luego nos pusimos de rodillas junto a la chimenea del salón y rezó una oración sobre nuestras cabezas. El viejo se lo estaba pasando en grande y seguramente aquello le parecía tan divertido como a nosotros, pero todos nos manteníamos muy serios. Luego, después de firmar algo y de recibir como obsequio un juego de boles de ponche, y de que nos coaccionara para comprar una extraña

lámpara de «la buena suerte» de algún bazar, nos dejó escapar. El ex embajador nos siguió muy contento por la acera, tirándonos arroz.

—Es imposible que estemos casados —dijo Jim. Pero sí lo estábamos.

El siguiente paso era el banquete. Susan estaba de los nervios. Las bolas de queso no estaban del todo hechas, aunque lo estarían en breve. La tarta también había pasado apuros; el cuerpo del pastel había salido bien, pero hubo un problema con la cobertura: resbalaba sin cesar. Desesperada, Susan había llamado a Robert Kirkpatrick, un compañero de piso de Jim muy alto y atento, de Carolina del Norte, cuya familia tenía un negocio de catering. Se acercó para dar su opinión. Después de observar la tarta desde todos los ángulos, dijo: «Cuando tengo que lidiar con una tarta como ésta, suelo cubrirla con hojas de fresa.» Pero no tenían hojas de fresa. Aun así, algo debieron de idear, porque recuerdo que sí hubo tarta, lista para que la cortásemos. Nos enteramos de las complicaciones *a posteriori*.

Como no habíamos hecho una celebración familiar grande, nos prepararon dos celebraciones más, cada una con su tarta: una en Toronto en el patio de mis padres, y una en Montana, con la madre y el padrastro de Jim, pues su padre había fallecido unos años antes. Esa tarta fue la más grande.

Nos hicieron algunos regalos de bodas. Mi favorito fue una funda para el auricular del teléfono de plata repujada: se colocaba encima del auricular de verdad. Hay una categoría de objetos japoneses llamados *chindogu*: cosas casi inservibles. Hay hasta campeonatos sobre eso. Dudo que la funda de plata para el teléfono haya competido alguna vez, pero debería haberlo hecho.

Después de que un periódico de Toronto publicara un reportaje sobre mí y mi premio de poesía del Governor General's Award (ilustrado con una foto en la que salgo leyendo un libro junto al río Charles, con un minivestido rojo y unas medias de rejilla), recibí una carta de Jack McClelland, de la editorial McClelland & Stewart. Había leído el reportaje y se había percatado de que tenía una novela inédita. ¿Podían verla, por favor?

Respondí que la habían visto hacía ya dos años. Se la había enviado por correo y la habían aceptado enseguida. Sin embargo, no había sabido nada más del tema desde entonces y había dado por hecho que ya no les interesaba. ¿Podían devolverme el manuscrito?

—Quedemos para tomar algo —dijo Jack.

Y sí, Jack y yo fuimos a tomar algo a finales del verano de 1967. ¿Dónde? En algún lugar de Yorkville, Toronto, que entonces era un bastión de la contracultura. Yo llevaba un minivestido con escote de pico en color melocotón con forma triangular, con una cremallera grande por delante y un sombrero a juego. Estaba nerviosa: entre los escritores, y dicho desde el cariño, a Jack se lo conocía como Jack el Pieza, y a veces, con menos afecto, como Jack el Navaja, por esa falta de piedad que los escritores con manuscritos rechazados achacan a los editores.

Jack tenía fama de aventurero. Había sido capitán de un cazasubmarinos durante la Segunda Guerra Mundial, con el que escoltaba convoyes por el Atlántico. El escritor Sean Kane recuerda que su padre, Hugh Kane, entonces en el Departamento de Ventas y Marketing de McClelland & Stewart y también veterano de la Marina, charlaba con Jack. Me contó que los dos continuaban luchando en la Segunda Guerra Mundial, sólo que con libros. Todo era una crisis. «¡A toda velocidad! ¡Al diablo los torpedos!» Firmaban las notas que se mandaban con un genial pero obsceno «QTJ». El joven Sean tardó una temporada en averiguar qué significaba eso.

Como muchos hombres que volvían de la guerra, Jack era aficionado a asumir riesgos de gran calibre. Apostaba por la prosa canadiense en una época en la que la mayor parte de la gente pensaba que no tenía mucho interés, salvo por el periodismo y los calendarios de la Bella Canadá. Fue una de las personas que hicieron posible su existencia. Cuando yo lo conocí, ya había publicado con éxito a Farley Mowat, Pierre Berton, Margaret Laurence, June Callwood, Mordecai Richler e Irving Layton, por nombrar a unos cuantos.

Añadió el sobrenombre de «Los Editores Canadienses» a McClelland & Stewart, pues ser una filial (distribuir libros publicados en otras partes) no iba a bastarles. También se dio cuenta de que, como la educación estaba cambiando, ya no había un programa escolar fijo, así que adiós a las ventas anuales que cabía esperar de *Julio César* o *El molino del Floss*: las editoriales de Canadá tendrían que idear un modelo distinto de negocio. Consciente del papel que tenían ahora los libros en tapa blanda y de bolsillo en la pervivencia de una obra, ideó la New Canadian Library, una colección de libros económicos en tapa blanda. Inventó las giras literarias de los autores porque Canadá carecía de una autoridad central que publicitara las obras, como *The New York Times*: los autores necesitaban los periódicos, la radio y la televisión locales, además de las librerías independientes, y para conseguir llegar a esos medios los escritores tenían que presentarse en persona. Así pues, Jack se sacó de la manga la gira de promoción «Matar a un autor», que arrancaba con los escritores en Halifax y los desplazaba por todo el país, una ciudad por día, hasta que llegaban a Victoria, en la Costa Oeste, más muertos que vivos.

Se embarcaba en ostentosos ardides publicitarios que no siempre eran de buen gusto. Es más, la mayoría no lo era. Llegó a Yonge Street con la autora Sylvia Fraser en un carruaje antiguo tirado por un caballo, ambos ligeros de

ropa, vestidos como en la antigua Roma para promocionar la novela de Sylvia *The Emperor's Virgin*. (Fue en medio de una tormenta de nieve. Casi mueren congelados.) En otra ocasión mandó suspensorios en miniatura a los críticos literarios junto con un libro sobre fútbol americano. Envió un tomo sobre serpientes en una caja con agujeros para respirar: los destinatarios pensaron que debía de haber una serpiente dentro que se había escapado. Gritos, gente subida a las mesas, llamadas a la protectora de animales...

En nuestra primera reunión en Yorkville, yo tomé un trago y Jack tomó cuatro. Entonces dijo:

—No publicamos libros, publicamos a autores. Publicaré su libro.

YO: ¿Lo ha leído?

JACK: No, pero lo haré.

Esto, pese a los informes poco elogiosos de los lectores beta. (Al final hice mis indagaciones y sé dónde vivís.) Jack compró los derechos internacionales por una cantidad irrisoria y luego vendió el libro a André Deutsch en Inglaterra y a Peter Davison, de la Atlantic Monthly Press, en Estados Unidos. Jack era un comercial como la copa de un pino, con un toque de embaucador, algo imprescindible para vender libros canadienses a los dos centros editoriales anglófonos del imperio.

Para justificar por qué M&S no había contactado conmigo en dos años, Jack me contó una trola monumental. La razón por la que se habían despistado, según me dijo, fue que la editora que se suponía que tenía que llevar mi libro se había quedado embarazada, y ya sabes cómo afecta eso al cerebro de las mujeres, y había dejado el libro en un cajón sin decírselo a nadie y se había ido a dar a luz. Cuando le conté esa fábula a Anna Porter, que trabajaba como editora junior de M&S a finales de los años sesenta,

pero que luego fue mi editora en Doubleday rústica, soltó una carcajada. «Ese libro estuvo en el suelo de su despacho todo el tiempo, con un montón de manuscritos más encima», me dijo.

«Ese libro» era *La mujer comestible*. Hay algo delicioso en el hecho de que un veterano de la Marina de la Segunda Guerra Mundial ya entrado en canas publicara una farsa que termina con la protagonista haciendo una tarta con su propia forma y comiéndosela luego: no era el final típico de las novelas de esa época. Pero Jack era aficionado al juego, así que tiró los dados y los dos salimos ganando.

Algunos años después, Anna Porter le pidió a Jack que diera su opinión sincera sobre una recopilación de mis relatos. Esto es lo que escribió:

> Creo que hay una gran divergencia en la calidad de los relatos, aunque todos están bien escritos; todos tienen el «sello Atwood» y no podría escribirlos nadie más. Tiene un talento increíble para los detalles y también en lo que respecta a las sensibilidades humanas. El único problema que he tenido con alguno de ellos es que todos sus personajes parecen un tanto rabiosos (al menos, desde mi punto de vista), pero eso sin duda se debe a cómo es Peggy, y probablemente por eso es una escritora magnífica. Recuerda un poco a Sylvia Fraser en el sentido de que su mente se mueve en un nivel de sensibilidad distinto del mío, desde luego: cada gesto, cada palabra, cada expresión de cualquiera de esos personajes tiene algún significado interior. Eso me aterra.

—¿Alguna vez trató de ligar contigo? —me preguntó una amiga hace poco.

—No —respondí—. Ni una sola vez. Jamás.

Es cierto que tenía fama de donjuán, pero probablemente pensara que habría sido como intentar acercarse a una cobra.

Con el tiempo, Jack el Pieza y yo nos hicimos amigos, pero sospecho que seguí pareciéndole aterradora. ¿Por qué no? A la luz de los temas de algunos de mis relatos y poemas, buena parte del tiempo hasta yo misma me daba miedo.

19

Graeme, la precuela: primera parte

Como Graeme Gibson ocupará en breve un lugar importante en este relato, voy a ofrecer una precuela; es decir, contaré en qué andaba Graeme antes de que yo lo conociera. La primera parte nos llevará desde su nacimiento hasta... Tendrás que esperar para verlo.

Thomas Cameron Graeme Gibson nació en London, Ontario, en agosto de 1934. Eso lo convierte en leo, pero, como establecí más tarde al hacer su horóscopo, un leo con ascendente Escorpio. Los leo son alegres y vitales mientras lleven las riendas. Ellos lideran, y el suyo es un liderazgo jovial y benévolo a menos que no se les muestre el debido respeto. Los escorpio son harina de otro costal, una más oscura.

El padre de Graeme era Graeme Gibson Padre, por aquel entonces oficial subalterno del ejército canadiense, destinado en el cuartel Wolseley de London, Ontario. GG Padre había bailado demasiados charlestones, escrito demasiados poemas, dirigido demasiados periódicos estudiantiles y actuado en demasiadas obras de teatro *amateur*, y, fruto de eso, acabó expulsado de la universidad. (Esto se convertiría en un tema recurrente entre los varones Gibson.) Su familia ocupaba un peldaño moderadamente alto en la escala social: un pariente llegó a ser juez de un alto tribunal, y otro fue comisionado de prisiones; Graeme decía en broma que, si un día lo

condenaban por algún delito, le caería una pena leve y enseguida saldría en libertad condicional.

Varios familiares movieron algunos hilos en favor del veinteañero Gibson Padre y le consiguieron un puesto en una agencia de corredores de bolsa —para el que presumo no estaba bien dotado—, pero luego, en 1929, se desplomó el mercado de valores. La firma se fue al garete. De ahí lo del ejército. También allí los familiares tenían algunos contactos.

La madre de Graeme se llamaba Mary Cameron. Era australiana, hija de una cantante de ópera semiprofesional llamada Bertie (diminutivo de Alberta) y de un médico de origen canadiense, del antiguo municipio de Lobo, al oeste de London. Tenía los «pulmones débiles» (lo que a comienzos del siglo XX podía significar cualquier cosa, desde cáncer hasta tuberculosis o propensión a la gripe), y le aconsejaron que buscara un clima más cálido; así había acabado en Brisbane.

Según Graeme, su madre creía que Dios era un miembro menor de la familia real. Era muy aficionada a la genealogía: había elaborado un enorme árbol genealógico, y Graeme proclamaba que descendía de alguien llamado Aloysius el Baboso y también del rey Etelredo el Indeciso. A los Cameron les entusiasmaban los escoceses; según la madre de Graeme, si el terrateniente fulanito de tal hubiera tenido un hijo, en lugar de una hija, Graeme habría sido *el* Cameron, jefe del clan.

Los Gibson también eran escoceses, y Graeme solía ponerse el tartán familiar (con el patrón antiguo del clan Buchanan, para quien le interese) y un anillo de sello con el escudo de la familia, que representaba un pelícano alimentando a sus crías con su propia sangre. Sin duda Graeme también tenía el hábito de alimentar a las suyas, aunque era más probable que tirase de huevos revueltos.

¿Cuán en serio se tomaba Graeme esa historia familiar? Pues mitad y mitad. Decía que la divisa latina de la familia era *Gibsoni Non Foolum*. Nada mal para alguien que una vez había sacado un dos en un examen de latín (por escribir su propio nombre). Yo me alegraba de que al menos hubiera alguien en el mundo con un latín peor que el mío.

Graeme Gibson Padre conoció a Mary Cameron en las siguientes circunstancias: el canadiense doctor Cameron había muerto, y Bertie la cantante de ópera había quedado tan hecha polvo que salió de su casa de Brisbane y no volvió a pisar aquella calle. Organizó una peregrinación al municipio de Lobo, en Canadá, para visitar los escenarios de la juventud de su difunto esposo, y se llevó consigo a su única hija, Mary. Eso supondría cruzar el Pacífico en barco y luego Canadá en tren. Allí el joven Graeme Padre conoció a Mary (probablemente en un baile, como se hacía entonces), y se prometieron. Mientras aguardaban el permiso para casarse (los oficiales subalternos tenían que hacerlo en aquella época), Mary tuvo su primer programa de radio, llamado *The Australian Songbird*, en el que cantaba y tocaba el ukelele.

CASI PERDEMOS A GRAEME

Cuando tenía dos años, el pequeño Graeme casi se ahoga: se cayó del embarcadero de la vieja casita de campo familiar. Por suerte, la familia tenía dos terriers escoceses (uno negro llamado *Scotch* y otro blanco llamado *Soda*) y sus ladridos los alertaron. Localizaron a Graeme bajo el agua, exhalando burbujas, y lo arrastraron a la superficie por los pelos.

Poco después, calculo que hacia 1937, fueron a visitar a la familia de Mary en Brisbane; eso incluía a sus tres hermanos, a los que ella adoraba.

(No sentía tanto afecto por los Gibson canadienses; según ella, los canadienses eran «el pueblo congelado de Dios».) Graeme apenas recordaba aquel viaje: debía de tener tres años. Se metió en el ascensor del barco, una especie de jaula anticuada con una palanca, y descubrió cómo cerrar las puertas y hacer que el ascensor subiera y bajara. Y allá que subió, atrayendo a una multitud de adultos preocupados que corrieron escaleras arriba para interceptarlo. Cuando llegaron a su altura, él bajó de nuevo, seguido por la angustiada turba, que se lanzó en estampida escaleras abajo. Esto continuó hasta que un experto en ascensores consiguió detener el aparato y sacarlo. Graeme recordaba este episodio con gran regocijo: eludir las restricciones era uno de sus lemas. Por ejemplo, era claustrofóbico, y cada vez que nos alojábamos en un hotel, le daba por buscar las mejores vías de escape.

En 1939 llegó la Segunda Guerra Mundial. El padre de Graeme se desplazó a Inglaterra con su regimiento canadiense en 1940, justo antes de que se iniciara del Blitz. Graeme aún no había cumplido los seis años. Antes de partir, su padre le dijo que ahora era el hombre de la casa y debía cuidar de su madre y de su hermano Alan, cuatro años menor que él. Graeme prometió hacerlo y luego se metió un poco de pomada mentolada en el ojo, imagino que para dejar claro que en realidad era sólo un niño. Si él tenía que cuidar de todos los demás, ¿quién se suponía que iba a cuidar de él?

Aun así, se tomó la orden en serio e hizo todo lo que estuvo en su mano. A los siete años ya preparaba té y tostadas por la mañana y se lo llevaba a su madre, junto con el periódico, para que desayunase en la cama. Su madre era una excelente cocinera, y enseñó ese talento a Graeme. También él se convirtió en un excelente cocinero, y siguió siéndolo hasta casi el final de su vida.

A su madre le preocupaba la posibilidad de que, al no tener un referente masculino, él no aprendiera a ser un hombre. Un día llegó a casa con dos pares de guantes de boxeo. Le indicó a Graeme que se pusiera un par, ella se puso el otro y luego se arrodilló para quedar a su altura.

—Pégame en la cara —le ordenó Mary, que probablemente tenía previsto detener el golpe.

—¡No!

—¡Venga! ¡Pégame en la cara!

—¡No! ¡Eres mi madre!

¡Plaf! Mary le arreó un guantazo en la cara. A él debió de resultarle desconcertante.

Para Graeme, ser el hombre de la casa incluía escuchar las desgarradoras y lacrimógenas historias de su madre acerca de sus visitas a los heridos de guerra (a menudo horriblemente mutilados) en el hospital Sunnybrook, en lo que entonces era un barrio periférico al norte de Toronto. Se esperaba que las mujeres de los militares hicieran ese tipo de cosas, aunque supongo que la madre de Graeme lo habría hecho de todos modos. Pero quizá no fuera tan buena idea compartir tanta información con un niño de ocho años. Mary también tenía encomendada la labor de apoyar a las esposas de los militares de rango más bajo, en especial cuando sus maridos habían muerto. Las madres de varios amigos de la infancia de Graeme habían recibido el telegrama fatídico. Los niños sabían lo que significaba, y vivían temiéndolo.

Otra de las tareas de Mary tenía que ver con la llamada «Pequeña Noruega», un grupo de jóvenes aviadores noruegos que recibían instrucción en Toronto. Ella les organizaba fiestas y tocaba el piano para que todos pudieran cantar. Graeme recordaba estar en la escalera con su hermano escuchando lo que sucedía. Así era la guerra: por un lado, muerte y destrucción; por otro, fiestas para levantar la moral.

El padre de Graeme escribía enigmáticas cartas ilustradas a sus dos hijos. Todas las cartas enviadas desde el frente estaban sujetas a censura, para que nadie revelase sus posiciones, así que no podía decir dónde se encontraba ni qué estaba haciendo. Siguiendo indicaciones de su madre, cuando rezaban antes de irse a la cama los dos niños pedían a Dios que su padre estuviera a salvo, y luego decían: «Buenas noches, papá», mirando al cielo estrellado.

El padre de Graeme ascendió muy deprisa, y no tardó en convertirse en el general de brigada más joven del ejército canadiense. Su trayectoria de combate fue como sigue: primero Sicilia e Italia, incluido Monte Casino; después la costa adriática, la campaña de la Línea Gótica; luego hacia Holanda a través del Reichswald, una trituradora de carne llena de lodo. Cuando los canadienses llegaron a Holanda (como se solía llamar entonces a los Países Bajos), se les encomendó la tarea de «limpiarla». El general Gibson se encargó de liberar la ciudad de Deventer, a orillas del río Isala. Cumplió su objetivo sin bombardearla hasta los cimientos gracias a la información que le pasó de manera clandestina un miembro de la resistencia holandesa, un joven panadero al que todo el mundo consideraba estúpido y a quien, gracias a eso, nunca capturaron. Después procedió a liberar Westerbork, un campo de tránsito que actuaba como depósito de los judíos a los que deportaban a Auschwitz para masacrarlos. A continuación se dirigió con algunas de sus tropas a Bergen-Belsen para ayudar a los británicos, que lo habían liberado un par de días antes. Lo que encontraron allí, diría mucho más tarde, fue aún más impactante que lo que habían visto en Westerbork.

He heredado la biblioteca militar del general, incluidos los libros de historia del ejército canadiense, por lo que puedo datar y situar sus movimientos con exactitud. Mi pequeño homenaje a él es un relato titulado

«Un almuerzo entre el polvo», que se incluye en la recopilación *Perdidas en el bosque*.

Sigue siendo una figura misteriosa para mí: como sucede con cualquier persona que ha muerto, uno sólo piensa en las preguntas pertinentes que le hubiese gustado hacer cuando ya no es posible que nadie las responda. No es que él hubiera respondido, de todos modos: en general, los veteranos de guerra tienden a ser poco comunicativos, salvo entre sí, aunque hacia el final de su vida le contó varias historias de aquella época a su nieto Matthew. En sus últimos años recibió la visita de algunas inquietantes alucinaciones: hombres colgados en la ducha, gente asesinada. ¿Fue un retorno de su pasado bélico? ¿Hay cosas que de hecho nunca se olvidan?

Durante la mayor parte de la guerra, el joven Graeme, su madre y su hermano vivieron en una casa alquilada en la avenida Spadina de Toronto, al norte de Bloor Street. La habitación de Graeme era la misma que el escritor Matt Cohen ocuparía en algún momento de los años sesenta, algo que para Matt parecía relevante. También era la habitación de la que Graeme solía escabullirse por la noche para poder pasear solo por las calles y ver qué hacía la gente cuando se suponía que él estaba dormido. En realidad no pudo averiguarlo porque, por regla general, no era lo bastante alto para poder fisgar por las ventanas, por más que lo intentara. Llegó a colarse en casa de un amigo después de encaramarse a una ventana, pero aterrizó sobre una tía que estaba de visita. Era un niño raro.

A Graeme lo expulsaron de la Escuela Pública Brown en segundo curso porque siempre llegaba tarde, y llegaba tarde porque recogía periódicos para contribuir al esfuerzo bélico: iba pidiéndolos de puerta en puerta y los amontonaba en su pequeño carrito rojo. Siguió haciéndolo incluso cuando

le ordenaron que no lo hiciera, para irritación de sus maestros. Él sentía que debía hacer todo lo que estuviese en su mano para ayudar a los soldados, porque su padre era un soldado y estaba en algún lugar llamado «extranjero», en la guerra, y había que salvarlo. Ésa era su versión. La otra versión era que no le gustaba el colegio, y punto.

Es interesante observar que a la tierna edad de siete años (un niño de aspecto angelical con rizos rubios y grandes e inocentes ojos azules), Graeme ya mostraba una marcada predisposición a ignorar lo que los demás le decían que hiciera.

Durante un tiempo lo enviaron al Upper Canada College, la prestigiosa institución exclusivamente masculina para pijos *wasp* clonada de sus homólogas británicas, pero él afirmaba que no recordaba gran cosa de aquel interludio, excepto que un día, de camino a casa por el parque Peter Pan, lo persiguió un corruptor de menores, como se llamaba entonces a los pederastas. Debió de ser más o menos por aquella época cuando él y un amigo casi se ahogan al caer a través del hielo de un riachuelo que cruzaba lo que hoy es el parque Winston Churchill. Por suerte, tuvieron la sensatez de quitarse las botas de goma, que se habían llenado de agua, y salir del arroyo aferrándose a las manoplas, que se congelaron tras apoyarlas en la superficie del hielo aún intacto. Chapoteando y tiritando llegaron hasta la casa del amigo, donde la madre de éste los metió en un baño de agua tibia para que entrasen en calor.

A lo largo de los años, Graeme fue a diecisiete escuelas distintas. En las primeras solía tener que zurrarse con el matón de la clase. Era algo que hacían los chicos de entonces. A veces era para establecer las jerarquías; otras, para defender a su hermano pequeño, Alan. Ganó todas las peleas menos una: había derribado al otro chico y estaba ayudándolo caballerosamente a levantarse de nuevo cuando su rival le dio un puñetazo

por debajo de la cintura. Aun así, los árbitros —los otros chicos— no lo contaron como una derrota, ya que hubo juego sucio. En algún momento entre tales aventuras Graeme aprendió a leer y a escribir, pero, según él, ninguna de las dos cosas le interesaba mucho que digamos.

Tras el regreso del general en 1946, cuando Graeme tenía doce años, sus padres hicieron todo lo posible para que las cosas volvieran a la normalidad. Como parte de ese plan, regalaron a los chicos dos cocker spaniels llamados *Peter* y *Wendy*. Pero *Peter* y *Wendy* sufrieron un episodio grave de sarna, y el veterinario dijo que habría que afeitarles todo el pelo y luego frotarlos con un ungüento maloliente durante mucho tiempo. Los padres se plantearon lo que sería una vida con dos perritos pelones, apestosos y desdichados, y anunciaron que habría que sacrificar a *Peter* y *Wendy*. Sin embargo, a Graeme se le ocurrió un plan B: Alan y él formaron una comitiva y elevaron una petición a sus padres. ¿Sería posible cortar y disecar las cabezas de *Peter* y *Wendy*, y montarlas a ambos lados de la chimenea, por favor? Con cara de póquer, los padres prometieron valorar seriamente la propuesta.

Cuento esta historia para dejar claros dos puntos: que Graeme el Activista, paladín de los oprimidos, brotó joven; y que, para él, el hecho de que un plan fuese descabellado no constituía impedimento alguno para intentar llevarlo a cabo. De ahí, con el tiempo, el Sindicato de Escritores de Canadá, el congreso mundial bilingüe del PEN Club celebrado en dos ciudades, y muchos proyectos más, algunos de los cuales tuvieron éxito. Otros, por desgracia, corrieron la misma suerte de *Peter* y *Wendy*.

Cuando Graeme tenía trece años, la familia dedicó parte del permiso militar del general a viajar a Australia para visitar a la familia de Mary en Brisbane y alrededores. Felizmente, allí Graeme no tuvo que ir a la escuela. Pasó el tiempo deambulando por la playa de la Costa Dorada —libre de

bloques de apartamentos en aquella época—, en íntima comunión con las crías de canguro, evitando por los pelos la mordedura mortal de alguna víbora, y soñando despierto. De regreso en Canadá, le pusieron una heroica tutora llamada señorita Burpee, que le embutió en un mes todo el programa escolar de diez. Clavó los exámenes. Una nefasta moraleja: si podías hacerlo todo en un mes, ¿por qué desperdiciar nueve plantado en las odiadas aulas? Esa lección caló hondo.

Para su segundo año de instituto, enviaron a Graeme al Trinity College School de Port Hope, otra institución masculina *wasp*. El director era un inglés que solía sermonear a los alumnos sobre los peligros de juntarse con las «chicuelas» de Port Hope, todas ellas pérfidas sirenas. En esa época el sistema daba por sentado que los chicos más jóvenes quedaban al servicio de los mayores, quienes incluso podían sacar a relucir la vena sádica y golpearlos. Graeme era alto para su edad y escapó a ese destino, aunque sí tuvo problemas con el director. Durante una reunión de profesores y alumnos lo acusaron de hablar cuando no lo había hecho y lo obligaron a sentarse delante del todo, una humillación equiparable a las antiguas orejas de burro. Después de eso pidió ver al director, le anunció que se lo había acusado injustamente y solicitó una disculpa. El director cogió el teléfono, llamó a la madre de Graeme, y le dijo que «este chico» ya no sería bienvenido en la escuela el próximo año.

Pero la venganza iba a ser de Graeme; no en vano era ascendente Escorpio. Tenía la costumbre de madrugar para practicar la pesca ilegal con arpón en un riachuelo cercano, usando para ello un bastón de esquí. Al regresar de una de esas excursiones, de camino a la capilla dominical, vio una mofeta hurgando en torno al garaje del director. Condujo a la mofeta bajo el coche de éste y, acto seguido, la azuzó con el bastón de esquí hasta

que esparció su líquido, empapando los bajos del vehículo. Graeme llegó tarde a la capilla, pero nunca se sospechó de él.

Aunque no le gustaba la escuela, le encantaba el campamento de verano al que le enviaban sus padres, sin duda ya con los nervios destrozados. Se trataba de un campamento de piragüismo, y pasaba la mayor parte de su estancia haciendo excursiones, durmiendo bajo las estrellas, oyendo los aullidos lejanos de los lobos y desarrollando un inusual estilo de remo que lo acompañaría toda su vida. (No ponía la mano de arriba en el pomo, sino que sujetaba el remo por la pértiga; había visto a un remero indígena hacerlo así, y decía que así le transmitía más fuerza desde los hombros.)

Como muchas familias de militares, los Graeme se mudaron con frecuencia después de la guerra: Fredericton, Halifax (donde Graeme fue miembro de algo llamado «The Musical Ride»), Ottawa, London... y Kingston, donde la familia vivió en una casa que estaba pegada a la prisión.

Graeme y su rifle del calibre 22 no pudieron resistirse al atractivo de los grandes focos instalados en los muros de la cárcel. Disparó a uno de ellos. Aullaron las sirenas. Comprendió que trazarían la trayectoria del disparo y que más le valía inventarse una tapadera. En ese momento llegó la policía, sin embargo Graeme estaba preparado.

«Apuntaba a una ardilla», les dijo. «Justo ahí arriba. Pero he fallado.»

Durante toda su vida siguió siendo terriblemente verosímil.

EL JOVEN GRAEME, AS DE LA ESTAFA

En su tercer año de bachillerato Graeme llevó a cabo una de sus más brillantes estafas: brillante, eso sí, hasta que se fue al traste. Por entonces la familia vivía en Ottawa. Sus padres habían renunciado a la idea del colegio

privado —seguramente pensaron que era tirar el dinero—, de modo que lo mandaron al Glebe Collegiate Institute, una escuela pública de secundaria. Al comienzo del curso escolar tuvo que ir al dentista. En aquella época se necesitaba una nota de uno de los progenitores para poder faltar a clase. De camino al instituto, tuvo un destello de genialidad: si rompía la nota que le había escrito su madre y hacía que su amigo Al Corrigan escribiera otra en su lugar, la letra de Al quedaría registrada en el centro como «autorizada», y podría gozar de libertad siempre que quisiera. Por entonces pasaba gran parte de su tiempo en clase mirando el reloj y aguantando la respiración para ver si podía batir su propio récord de apnea, por lo que la posibilidad de librarse de la escuela era algo profundamente deseable.

Fue bastante comedido en el uso de falsificaciones durante el primer cuatrimestre del año, de septiembre a Navidad. El siguiente obstáculo era el boletín de calificaciones: tenía que apoderarse de él y amañarlo con goma de borrar para que el número de días que había faltado a clase coincidiera con lo que daban por hecho sus padres, reajustar las notas al alza, y luego asegurarse de que lo firmara su padre, y no su madre. Tales técnicas de espionaje tuvieron demasiado éxito, y se dejó llevar por el entusiasmo. En el segundo cuatrimestre tuvo tantas «visitas» médicas que los profesores llegaron a creer que padecía una misteriosa enfermedad debilitante. Él le sacó partido: cuando se aburría como una ostra, levantaba la mano y decía de forma educada que no se encontraba bien. Entonces le indicaban que corriera a la enfermería, donde en un pispás se quedaba dormido.

Para sus calificaciones de Semana Santa repitió el truco de la goma de borrar y mejoró sus notas —ahora pésimas— para evitar preguntas incómodas. En junio había acumulado un asombroso número de días sin ir clase y había suspendido el curso. Como es natural, quería posponer el momento de la revelación tanto tiempo como fuera posible. Las

calificaciones finales se enviaban por correo en esa época. La familia pasaba parte del verano en su casita del lago Joseph, en Muskoka, que por entonces aún no era la zona residencial para millonarios que es hoy, pero en todo caso sí un enclave *wasp*. El correo lo repartía un lugareño que pasaba zumbando de casita en casita en una canoa provista de remos, y el plan de Graeme consistía en merodear por el embarcadero, interceptar el fatídico boletín de calificaciones, y luego ocultarlo o destruirlo. Pero el destino se burló de él: el cartero había deslizado el sobre dentro de un periódico doblado, que, como cabía esperar, fue a parar directamente a manos del general.

Descubrimiento. Consternación. La voz atronadora del Juicio Final. ¿Cómo justificarse? En su momento había parecido una buena idea...

Graeme tuvo que repetir curso. En cualquier caso, como estaba en el equipo de fútbol, ciertos profesores que hacían las veces de entrenadores pusieron especial interés en él. «¿Se ha entendido, señores?... ¿Se ha entendido, Gibson?»

El equipo de fútbol era bastante malo. Graeme marcó uno de los dos únicos goles que consiguieron ese año; el otro fue un gol en propia puerta cuando un jugador se hizo un lío y corrió en dirección contraria. Su otro momento memorable se produjo cuando a un chico se le cayeron los pantalones. En una exhibición de pudor colectivo, ambos equipos se reunieron en torno a él hasta que volvió a subírselos.

Durante un partido de fútbol, Graeme se rompió el menisco. Al final, varios años después, y cuando ya era un hombre con toda la barba, tuvo que operarse. Por entonces no se trataba de una pequeña intervención laparoscópica, sino de una importante operación a tajo abierto. Él contaba dos historias al respecto. La primera era que, cuando salía de la anestesia, encontró a dos monjas inclinadas sobre él; una estaba diciendo: «Tienes

razón. Se parece mucho a Jesús.» La segunda, que el médico le dijo que en cuanto pudiera doblar la rodilla podría irse a casa. Graeme se lo tomó al pie de la letra. Se agarró la pierna y la dobló con fuerza hacia delante y hacia atrás. Debió de romperse algo, porque la rodilla se le llenó de sangre como un globo y tuvieron que cortarle el pijama.

«¡EH, CASTRO!»

No te sorprenderá saber que Graeme suspendió los cruciales exámenes en su último año de bachillerato, en aquel momento la puerta de entrada a la universidad. Su siguiente parada fue el Real Colegio Militar Saint-Jean. Había estado pasando los veranos en la base de Petawawa como oficial en prácticas (se le daba bien; cuando su padre acudía de visita, Graeme adoptaba una excelente postura mientras el general y él pasaban revista a las tropas), y obtuvo su nombramiento, así que tal vez lo esperaba una carrera en el ejército.

Pero el plan de estudios de la escuela militar no era lo que él tenía en mente. «Demasiada trigonometría», decía. Además, no había ninguna «guerra justa» en curso. No tardó en recaer en su bajo rendimiento. Tirar los pantalones de un compañero por la ventana cuando un grupo de generales de inspección entraba en el patio no fue la mejor idea. Tampoco lo fue la broma de la pizarra. Las pizarras tenían patas, así que los chicos dibujaban torsos femeninos en ellas, luego uno de ellos se remangaba los pantalones, otro se sentaba sobre los hombros del primero, y ambos se colocaban detrás de la pizarra y hacían números de variedades, uno moviendo las piernas, y el otro la cabeza y los brazos. A Graeme también lo pillaron en una de ésas.

Pasó mucho tiempo haciendo maniobras, como castigo. Al parecer, el moderno ejército canadiense no era para él.

Al final, Graeme consiguió entrar en la Western, la Universidad de Ontario Occidental, en London, a través de la Universidad de Kitchener-Waterloo, que tenía un curso de nivel de acceso para «estudiantes mayores» y que no requería haber aprobado el temido último curso de bachillerato. En la Western cursó una asignatura llamada Filosofía y Lengua Inglesa, en la que le fue bien. Estaba en el equipo de debate (ganaron) y clavó el examen que ponía a prueba la capacidad de reconocer períodos históricos, estilos de prosa y autores individuales a partir de citas breves. Aun así, era un bicho raro. «Está la lengua inglesa, está la filosofía, y está la filosofía y lengua inglesa», decía uno de sus profesores, «y luego está Gibson». La barba que llevaba no estaba de moda por entonces, y a finales de la década de 1950 a menudo atraía las burlas con gritos de «¡Eh, Castro!».

Pasó un precioso año de intercambio en la Universidad de Edimburgo, donde jugaba a los dardos por dinero en los pubs porque andaba corto de efectivo. Vivió en una pensión regentada por una tal señora Adams, que todas las noches daba de cenar *haggis* a los huéspedes hasta que Graeme lideró una rebelión contra ello. Fue en aquella pensión donde escuchó por primera vez una obra de Samuel Beckett, que daban por la radio. Era *All That Fall*, y Graeme se sintió fascinado por ella. La señora Adams apagó la radio. Graeme cruzó con paso firme la estancia y volvió a encenderla.

A la señora Adams la llamaban Dulce Fanny a sus espaldas. («Sweet Fanny Adams» era una forma eufemística del inglés británico de decir *sweet fuck all*, «una puta mierda».) Los huéspedes, a quienes se había ordenado no dañar la pintura nueva a ambos lados de la alfombra de las escaleras, solían subirlas con las piernas muy separadas para pisar adrede las partes pintadas. Dulce Fanny decretó un máximo de un baño por huésped a la

semana, con una pulgada de agua caliente en la bañera. Pero su ama de llaves tenía debilidad por Graeme, y solía esperar a que Dulce Fanny saliera; entonces abría el agua caliente a toda potencia, llenaba la bañera y llamaba a Graeme, que se regodeaba a placer.

A esas alturas ya había decidido que iba a ser escritor, ya que no había sido capaz de concebir ningún otro plan de vida. En sus propias palabras, extraídas de su conferencia Margaret Laurence de 2011:

> [En 1956] todo estaba tan crispado, era tanto más dramático que mi vida en el suroeste de Ontario, que se me ocurrió que debería ser periodista. Si hubiera tenido dinero, me habría comprado una gabardina como la de Humphrey Bogart y me habría atado el cinturón a la cintura en lugar de utilizar la hebilla. Por suerte no lo hice, pero empecé a garabatear airadas memeces cuando los tanques soviéticos entraron en Budapest para someter la revuelta [húngara]. La BBC emitía los llamamientos desesperados de los atribulados húngaros, y casi todos los días había protestas y manifestaciones en la universidad y en las calles de Edimburgo. Conservadores, marxistas y trotskistas, laboristas, liberales y nacionalistas escoceses se unieron a la agitación. La oscura efervescencia de aquella época, y la sensación de que sabe Dios lo que iba a ocurrir, supuso una revelación emocional y cultural para mí. Y al menos en parte como resultado de ello, empecé a producir en serio material basado en impresiones personales.

Graeme escribió mucho en Edimburgo, pero reconocía la espantosa naturaleza de esos frutos:

> Cuando me embarqué en el vapor *Fairsea* para regresar a Canadá, llevaba dos grandes sobres de la Oficina Postal Británica abarrotados con mis piezas de prosa. Al final de una alocada tarde en mitad del Atlántico, me acerqué solo a la oscilante popa del barco y, cogiendo puñados de papel de los sobres, los lancé al mar oscuro y agitado por la espuma de las hélices del barco. Aquel gesto supuso tal liberación que me gusta pensar que fue mi primera decisión editorial. Y tal vez lo fuera, porque conservé varias páginas escritas poco después de escuchar *All That Fall* de Beckett. Por extraño que parezca, es probable que aquellas supervivientes se colaran sin problema en cualquiera de mis dos primeros libros, *Five Legs* o *Communion*.

Sorprendentemente, a Graeme le fue tan bien en su último año de licenciatura en la Western que lo animaron a apuntarse a la escuela de posgrado y hacer un máster. También le ofrecieron un trabajo como profesor. Muchos en el estirado Departamento de Lengua y Literatura Inglesas desconfiaban de él: le decían que mantuviera abierta la puerta de su despacho cuando hablara con alumnas. Debía de por ser la barba, signo inequívoco de una moral relajada. Pero las apariencias engañan: Graeme era tímido y poco dado a abalanzarse sobre las mujeres. Si acaso era al revés. ¿Cuántas veces tuve que quitarle a una de encima?

—¡Esa mujer se estaba pasando de la raya! —solía decir yo.

Ingenua mirada con ojos muy abiertos de Graeme.

—¿Qué mujer?

—La que tenías pegada a tu brazo.

—Estábamos hablando de Kierkegaard.

Su actitud hacia el sexo ocasional, según él, era la misma que hacia las peleas de bar, de las que había presenciado más que de sobra durante su

época en el ejército. «No tengo ningún interés en revolcarme por el suelo con extraños», era su comentario sobre ambas formas de improvisada actividad física. Señalo también que, durante sus estancias estivales en el ejército, a Graeme le habían puesto películas sobre enfermedades venéreas en las que aparecían genitales masculinos que se volvían amarillos y verdes, supuraban y acababan cayéndose. No es que eso infundiera la confianza propia de un donjuán que digamos. Sí, se había inventado la penicilina, eficaz contra la sífilis, pero hacía muy poco. En el ejército, un caso de enfermedad venérea se trataba como una herida autoinfligida.

Enfrentado en la Western a la perspectiva de pasar toda una vida en el mundo académico, Graeme fracasó estrepitosamente en su máster al no terminar el trabajo final. Se acabó la beca de enseñanza. Eso lo liberó para dedicarse a la desmadejada vida de *La bohème*, su ópera favorita por aquel entonces.

En caso de duda, ¡a la mierda! Ya le había funcionado antes.

20

Resurgir

A mediados de septiembre de 1967 yo estaba en Montreal. Charlie Pachter me ayudó a encontrar un apartamento en la avenue de l'Épée, en Outremont, una zona de la ciudad mayoritariamente francesa. El piso se hallaba en un dúplex más antiguo, con una escalera exterior que subía hasta la puerta de la segunda planta, y tenía una sala de estar, una cocina y un par de habitaciones interiores. Lo cogí y le añadí muebles del Saint-Vincent de Paul, el equivalente montrealés del Ejército de Salvación.

Jim todavía no estaba en Montreal. A pesar de nuestra extraña boda, estábamos legalmente casados, aunque sus papeles del gobierno canadiense no habían llegado aún. Acudí varias veces al Departamento de Inmigración para ver a qué se debía el retraso, pero no me dieron ninguna respuesta satisfactoria. Al final me eché a llorar: eran lágrimas de frustración. Siempre me ha parecido bochornoso lloriquear en público. El pobre tipo de Inmigración me dijo el equivalente francés de «Vale, vale, cielo, no llores». Me enfadé conmigo misma. Qué táctica tan mezquina. Qué exhibición tan banal de artimañas femeninas. Y qué descorazonador fue para mí que aquello funcionase. De haber sido un hombre lloriqueando, ¿las cosas habrían sido distintas? De un modo u otro, el problema se resolvió por arte de magia, y poco después Jim estaba en Montreal.

La Exposición Universal aún estaba en marcha. Es difícil explicar el impacto de la Expo 67 en la moral del país. Canadá había dado la talla con creces en la Segunda Guerra Mundial, pero en la última década parecía haber perdido esa visión positiva de sí misma. Ahora se habían cambiado las tornas. Los canadienses anglófonos interpretaron el fenómeno de una manera —¡mirad lo que Canadá puede hacer!—, y Quebec lo interpretó de otra —¡mirad lo que podría hacer Quebec por sí solo!—. Este período presenció el auge del Frente de Liberación de Quebec (FLQ), que pasó de ser un grupo disidente a convertirse en un movimiento de peso que exigía la independencia del resto del país.

La Universidad Sir George Williams, donde yo impartía clases, era un moderno edificio céntrico con iluminación fluorescente y escaleras mecánicas que le daban el aspecto de unos grandes almacenes: sin duda no era la idea que nadie tenía de una institución académica. Yo no sólo atendía a chavales en edad universitaria, sino también a adultos que volvían para mejorar su nivel de titulación. Los profesores impartíamos dos veces cada una de nuestras asignaturas: una durante el día, y otra por la noche a una clase de alumnos mayores. Mis dos asignaturas eran Románticos Americanos (Melville, Hawthorne, Poe, Whitman y compañía) y Literatura Victoriana. Los alumnos más jóvenes se mostraban apáticos, sin ganas de hablar y no parecían tener muy claro qué pintaban allí. Los mayores, que tenían trabajos y vidas adultas, eran atentos, inquisitivos, inteligentes, divertidos y estimulantes. No es de extrañar, pues, que los prefiriera a ellos. A final de curso me regalaron una insignia que rezaba: MOBY DICK NO ES UNA ENFERMEDAD VENÉREA (una broma con el uso vulgar del término *dick* para referirse al pene).

En Literatura Victoriana estudiamos *Middlemarch*, la gran novela de George Eliot. El grupo más joven la detestaba: en ella la gente tomaba

decisiones equivocadas y se casaba con quien no debía, y ellos nunca iban a cometer semejantes errores. Al grupo mayor le encantaba: en ella los personajes tomaban decisiones equivocadas y se casaban con quien no debían; era justo como la vida real.

Jim estaba terminando su tesis en Harvard. El trato era que el año siguiente él conservaría el empleo y yo terminaría mi propia tesis. Además de la docencia universitaria y la evaluación de trabajos, yo me encargaba de hacer la compra (generalmente en supermercados de Saint-Laurent) y llevar la comida a casa. También me ocupaba de cocinar, y de la mayor parte de la limpieza y demás. No teníamos lavadora ni secadora, pero algo había que hacer con la colada. Aún no existía la idea de que estas tareas domésticas pudieran repartirse al alimón entre los cónyuges.

Además de todo eso, estaba revisando *La mujer comestible*, cuya publicación estaba prevista para el otoño de 1969. Para ello contaba con la ayuda de un colega de Sir George, el escritor Clark Blaise. Los días que daba clase tanto en horario diurno como nocturno comía en la cafetería y bebía litros de café en compañía de Clark. Yo sólo había publicado poesía, además de algunos relatos cortos en revistas; el primer libro de relatos de Clark, *A North American Education*, no se publicaría hasta seis años después, aunque tenía algunas apariciones en revistas literarias, la mayoría estadounidenses. Éramos jóvenes promesas de las letras, a ojos de los demás y también a los nuestros, así que hablábamos de escritura más que de ninguna otra cosa.

¿En qué pensábamos cuando éramos dos jóvenes de veintisiete años, hace ya casi sesenta? ¿Qué razones nos dábamos para hacer lo que hacíamos? ¿Por qué habíamos renunciado a otros futuros (él como geólogo, yo como bióloga) para consagrarnos a los veleidosos dioses de la palabra y la narración? Era una opción excéntrica y pretenciosa, que muchos veían

como moralmente sospechosa y algo demente. No es que hubiera una larga lista de jóvenes haciendo cola para ser escritores; desde luego, no en Canadá.

Éramos conscientes de los peligros, al menos en parte: aprender el oficio por tu cuenta, encadenarte a un arte solitario, morirte de envidia, lograr una pizca de éxito, consumirte de rabia por las malas críticas y el escarnio y las secuelas de las disputas literarias, o languidecer sin más en la irrelevancia. ¿Por qué sentíamos, pues, que podrían aguardarnos brillantes oportunidades? Porque sí que lo sentíamos. En Canadá se estaba abriendo un espacio cultural; los mayores, aunque pocos en número, se tomaban interés; teníamos una especie de grupo de iguales; y posiblemente se estaba formando un público lector.

¿Sabía Clark que se convertiría en uno de los escritores de cuentos más prominentes de su generación? No, pero tenía la intención de dejarse la piel en el intento. Por encima de todo, estábamos entregados.

Otro escritor de Sir George era George Bowering, que ostentaba el improbable título de «escritor residente». Era cinco años mayor que yo (¡un anciano!), y ya había publicado seis libros, entre ellos uno en mi primera editorial, Contact Press.

Apenas había un instante en que George no estuviera escribiendo. Vivía y respiraba palabras. Cuando conseguía despegarse de la página, estaba dando clases, o bien siguiendo el béisbol, o bien (y no me voy de la lengua, ya que era de dominio público) enredado en aventuras extramaritales. Recelaba de mí, dado que él había formado parte del grupo de poetas Black-Mountainish de la revista TISH en Vancouver. Aquella gente sentía un temeroso desprecio por «el Este», en concreto Toronto, y se metía con los de allí como si tuvieran algún grave defecto moral. Estaba el virtuoso proletariado

(cualquier persona del Oeste), y luego estaba la presuntuosa aristocracia: los torontonianos. *À la guillotine!* Habíamos cometido el Pecado Original.

La esposa de George, Angela, era una guapísima rubia finesa. También era tremendamente brillante, intelectualmente implacable, y sin filtros. A lo largo de los años, y hasta su muerte en 1999, me escribió innumerables y largas misivas, un auténtico tesoro de información sobre la vida literaria de la época. Contra viento y marea, se consagró a George y a su carrera. La primera vez que la vi llevaba minifalda y unas botas gogó blancas. ¿Y quién no llevaba? Pues yo. En cambio, tenía una chaqueta Mao marrón con falda, que es lo que llevaba cuando conocí a Mordecai Richler en una fiesta. Mordecai vivía en London y ya era muy conocido por su novela *El aprendizaje de Duddy Kravitz*, publicada en 1959. Mucho después nos propondría a las dos escribir e intercambiar falsas cartas de amor y luego venderlas a una biblioteca por una suma desorbitada.

Aislin: *Montreal Gazette*

Angela y yo fuimos a visitar juntas a alguna que otra peculiar figura literaria de Montreal. Hago hincapié aquí en lo de «peculiar».

John «Buffy» Glassco era una de ellas. Tenía cincuenta y ocho años, y era un autoproclamado esteta con el aspecto de una adorable morsa. Poco después se convertiría en uno de los principales impulsores de la escena teatral de los setenta. Nos recibió con su bata de brocado y nos hizo alguna proposiciones subidas de tono. Pronto escribiría *Memorias de Montparnasse*, en las que detallaba sus extravagantes aventuras como un apuesto joven en el París de la década de 1920. Él y su amigo Graeme Taylor son los modelos en los que se inspira «Last Spring They Come Over», el relato de Morley Callaghan publicado en 1927. Buffy había conocido a varios grandes modernistas como James Joyce, Ernest Hemingway, Gertrude Stein y Ford Madox Ford. Le encantaba cotillear, y muchos de sus cotilleos versaban sobre quién se acostaba con quién.

Angela y yo fuimos con Buffy a visitar a su amigo F. R. Scott, el eminente abogado que había ayudado, en 1962, a ganar el juicio por presunta obscenidad de *El amante de lady Chatterley* en Canadá. Para conmemorar el éxito, Scott había compuesto un poema humorístico que empezaba así: «Fui a batirme por lady Chatte / vestido con mi pechera y mi toga. / Los tres jueces me fulminaban con la mirada / Los curas patrullaban la ciudad.» Scott era muy conocido, no sólo como abogado, sino sobre todo como poeta: formaba parte del «grupo de Montreal». Imagina nuestra deliciosa sorpresa cuando el públicamente circunspecto Scott apareció en el umbral bailando y tocando la ocarina.

Fue en Montreal donde Angela descubrió la primera indiscreción de George, o la primera de la que tuvo conocimiento. Aquello la destrozó. ¿Cómo evitar que siguiera llorando y salvarla de la absoluta desesperación?

Era una criatura de extremos. La única estratagema que se me ocurrió fue llevármela de compras. He olvidado qué compramos, pero era bonito.

George y Angela aparecen, no muy bien disfrazados, en la segunda novela que publiqué, *Resurgir*. De hecho, no dejaban de asombrarme: habida cuenta de que yo procedía de una familia en la que nunca se alzaba la voz, jamás había visto a una pareja casada que mostrara en público tan abiertamente una hostilidad mutua. Podía entender la amargura y el enfurruñamiento, y se me daban bien, pero ¿gritar y soltar epítetos desdeñosos? Jamás.

En la primavera de 1968 yo había perdido peso hasta extremos peligrosos. Debió de ser por tanto café, por saltarme tantas comidas mientras corría del trabajo a casa, por tantas noches corrigiendo mi novela hasta la madrugada. ¿Noté que me había vuelto tan delgada y enfermiza? La verdad es que no. Estaba demasiado volcada en mi escritura.

Por esa misma época, Jim y yo organizamos una fiesta a la que invitamos a varios escritores que conocíamos de Montreal. Asistió Gwendolyn MacEwen, obsesionada con el Antiguo Egipto y las cartas del tarot. Nos hizo algunas lecturas. La mía no fue mal: mostraba cierto número de arduas caminatas colina arriba, linternas colgantes, argucias con trucos de magia y superación de obstáculos, todo muy apropiado para una novelista. Pero la de Jim resultó ser un desastre. A Gwen no se le ocurría ninguna buena manera de darle la vuelta: ahí estaba la Torre, justo en mitad del Futuro. Caos, grandes cambios, destrucción: eso es lo que significa la Torre. Al menos estaba en el Futuro, no en el Presente. Nos reímos de ello. ¡Qué juego de mesa tan frívolo!

Volvimos a Harvard aquella primavera para la ceremonia de doctorado de Jim. Le hice una foto con la toga y el birrete, saltando en el aire, enormemente aliviado (ver en la página siguiente).

Alquilamos un pequeño apartamento estival durante un par de meses en una zona más sórdida de Cambridge, y nos pusimos al día con los viejos amigos que aún quedaban allí. La idea era que yo pudiese frecuentar la Biblioteca Widener y empezar a trabajar en mi propia tesis. Mientras leía a Tennyson y a George MacDonald, echaba miradas furtivas por encima del hombro. ¿Cuándo aparecería la Torre en nuestras vidas, y qué tipo de catástrofe traería consigo?

EL CASTILLO DE LA BELLA DURMIENTE

A mis padres les habían ofrecido la posibilidad de hacer un viaje a Europa, donde no habían estado nunca. La ocasión era un congreso de entomología, y estaban muy ilusionados, a su manera (nada de superlativos ni saltos de alegría).

Conversación en el futuro con el novelista E. L. Doctorow, autor de *Ragtime* y *Billy Bathgate*, entre otros:

E. L.: En Canadá no les ha gustado mi libro.

YO: ¡Si les ha encantado!

E. L.: ¿Y cómo lo sabes?

A menudo tenía que explicar a los estadounidenses que el equivalente canadiense de «¡Fantástico! ¡Insuperable! ¡Genial! ¡Lo mejor desde el pan de molde! ¡Casi divino!» es «No está mal». Y si es realmente bueno, «No

está nada mal». Quizá eso haya cambiado, pero dudo que mucho. Somos cautos y desconfiados.

El viaje era la gran oportunidad de mis padres. ¡Escocia! ¡Italia! Lugares sobre los que habían leído largo y tendido, pero que nunca habían visto. Sería una experiencia no-está-nada-mal en su vida. Pero había una trampa: mi hermana pequeña, que andaba en plena angustia existencial adolescente. Sobre su cabeza se cernía una nube negra de la que llovían lágrimas rojas. No podía quedarse sola, dijeron mis padres, y yo tenía «muy buena mano con ella». Mentira: nadie tenía «buena mano con ella». Aunque, comparada con ellos, quizá yo sí la tuviera. Siempre me he dejado embaucar cuando se ha apelado a mi supuesta competencia. Aun así, ¿cómo podía negarme? «No hay problema», dije remangándome por dentro.

Así que me quedé en la calurosa y húmeda Toronto mientras Jim se marchaba a Edmonton para ocupar su puesto de profesor en la Universidad de Alberta. Él había elegido aquel emplazamiento en lugar de otros. Como había crecido en Montana, podría volver a conectar con sus raíces del Oeste. Tal era su esperanza.

Hacer de canguro de una adolescente malhumorada y descontenta, que, a diferencia de mí a su edad, no dudaba en compartir lo que ahora se llaman «Grandes Sentimientos», era un reto que me dejaba mentalmente agotada. Cosas tales como «qué hago yo en el planeta» o «quizá debería irme a otra parte» no eran fáciles de abordar. Tampoco lo era la intención declarada de ilustrar a nuestros padres en los temas del sexo y las drogas porque estaban reprimidos y sería bueno para ellos. A menudo me veía llevada al límite de mi ingenio, hasta el punto de que empecé a preguntarme si tenía ingenio alguno. Nada puede hacerte sentir más estúpido que un adolescente con carácter.

Sólo se podía hacer una cosa: retrocedí doce años y regresé a la edad de mi hermana. Leíamos relatos de crímenes y revistas femeninas, comíamos mal, regábamos de cualquier manera el enorme jardín de nuestros padres... El tiempo se detuvo mientras la maleza y el seto espinoso crecían a nuestro alrededor. ¿Saldríamos de nuestro trance para descubrir que habían pasado cien años, pero el apuesto príncipe no había aparecido? Metí este interludio sonámbulo en mi cuento «El jinete sin cabeza», donde se unió al disfraz de Halloween que había hecho cuando estaba en clase de manualidades en mi tercer año de instituto. Como relato no está mal. Sin duda capta la atmósfera.

Cuando ya casi no me quedaban ideas, fuimos de excursión en autobús a Kitchener-Waterloo, una antigua ciudad de Ontario con algunas obras arquitectónicas. Paseamos mientras yo sacaba fotos de las casas victorianas. Un desconocido nos preguntó si mi hermana era mi hija. ¿Tan mayor parecía yo? Otro preguntó si éramos gemelas. Eso fue halagador —quizá no me estuviera convirtiendo en un vejestorio después de todo—, pero, bien pensado, puede que no tan reconfortante. ¿Era mi hermana, con sus oscuros nubarrones, la manifestación externa y visible de mi sombría, fatalista y trastornada Ms. Hyde interior?

Mientras tanto, las noticias que llegaban por carta de Jim no inspiraban confianza. Habíamos comprado un coche, o más bien lo había hecho él, puesto que yo no sabía conducir. Había cruzado Canadá hasta Edmonton y había alquilado un apartamento. Hasta ahí, todo bien. El apartamento estaba en el piso de arriba de una casa cuyo propietario ausente la había dividido en dos plantas y había añadido una escalera exterior en la parte de atrás para permitir el acceso independiente al piso superior, un arreglo que solía hacerse en tiempos de guerra cuando escaseaban las viviendas, dado que todos los materiales se destinaban al esfuerzo bélico. El apartamento tenía

una estancia principal con comedor y sala de estar, una chimenea de gas, una cocina y otras tres habitaciones, de modo que podíamos tener un estudio cada uno. ¡Todo un lujo!

Sin embargo, una vez que Jim se encontró en el apartamento empezó a sentir ansiedad, un pavor indescriptible, y le rondaban oscuros presentimientos. ¿A qué se debía? Para cuando mis padres regresaron de Europa y pude viajar a Edmonton, me encontré con un marido que estaba experimentando un fuerte choque cultural, algo relativamente común entre los inmigrantes, aunque por entonces no lo sabíamos. También había presiones externas. El Oeste canadiense no era como el Oeste estadounidense. Había cierto antiamericanismo en el aire, que se dirigía contra él, mientras que los sentimientos «antiorientales» se dirigían contra mí. La maldición de la Torre Caída se hacía realidad.

Así pasé de estar desesperada con una persona ansiosa a estarlo con otra. Las alegres sugerencias de la Señora Arreglalotodo tampoco ayudaron. ¿Qué podía hacer yo para mejorar las cosas? Nada, o eso parecía. Estaba contra las cuerdas. Ya sé qué vas a decir: ¿por qué no probasteis a hacer terapia? Pero es que por entonces no había terapia alguna en Edmonton. O al menos que nosotros supiéramos.

El invierno de Edmonton era muy frío, aunque seco, a diferencia del frío húmedo de Montreal, que te cala los huesos. Había que conectar los coches a «calentadores de motor», o no arrancaban. La parte inferior de los neumáticos se congelaba. A veces había «niebla helada», finos cristales de agua congelada suspendidos en el aire: si corrías con niebla helada se te cortaban los pulmones. La nieve de las aceras crujía al pisarla, las carreteras crepitaban. Se echaban capas de arena para proporcionar agarre. Los días eran cortos, pero luminosos. Bandadas de ampelis americanos se posaban en los serbales y se comían las bayas rojas.

Por suerte, yo tenía un abrigo de piel raído que había comprado con la ayuda de Charlie Pachter en una tienda del Ejército de Salvación. También conseguí un *shruggie* de pieles (una especie de chaqueta bolero como las que se ven en las glamurosas películas de los años cuarenta) que deshice y recosí para hacerme un sombrero. Es este atuendo (el abrigo de piel, el sombrero improvisado) el que llevo en la foto de cubierta de mi segundo libro: me la hizo Jim para *La mujer comestible* en la escalera exterior trasera de la casa donde vivíamos, en la calle 107 de Edmonton. Parezco muy alegre. La foto engaña.

Jim Polk

Ahora tenía que terminar mi tesis para Harvard. En un principio había pensado escribir sobre W. H. Hudson, el naturalista e historiador de origen

argentino, autor de *Mansiones verdes* (un extraño libro en el que una hermosa muchacha que habla como un pájaro se quemaba en un árbol), y de una novela anterior, *La era de cristal*, una utopía futurista en la que el héroe se despierta cubierto de raíces de árboles y se encuentra en una sociedad en la que todo el mundo es bello, vive en mansiones en el bosque tipo William Morris, se dedica a las artes y oficios, y no tiene interés en el sexo, aunque hay una pareja (seleccionada por el grupo y a la que se conoce como la Madre y el Padre), que se sacrifica entregándose a la atrocidad de la procreación en aras del futuro. Uno de los requisitos de Harvard era que ninguna tesis hubiera tratado el tema con anterioridad. En ese aspecto estaba a salvo: aunque hoy la fantasía victoriana pueda parecer un tema obvio tras la enorme popularidad de Tolkien y su grupo, muy influenciados por esos escritores fantásticos tempranos, por entonces no se consideraba un tema académico serio.

Rima, la niña-pájaro de Hudson, me había llevado a estudiar las figuras femeninas sobrenaturales/naturales en la fantasía victoriana. Inventé una categoría llamada «El romanticismo metafísico inglés», entendiendo «romanticismo» como se entendía entonces, para denotar no sólo un relato amoroso, sino un tipo de ficción en la que se prefieren la metáfora, el idealismo y las tramas de aventura al detallado realismo de, pongamos, un Zola o un Flaubert. Por ejemplo, *El fauno de mármol* de Hawthorne es literatura romántica, y él mismo la denomina así; *El molino del Floss*, de George Eliot, es una novela realista.

No es que nadie mezclara estilos literarios: Dickens tiene muchas tramas «románticas» escondidas dentro de armarios «novelísticos». Pero los libros sobre los que yo quería escribir tenían muy poco de «novela realista». Una mujer que vuela con niños ocultos en su abundante cabellera no es realismo, como tampoco lo es una que es muy hermosa pero tiene dos mil años y

puede electrocutarte apuntándote con el dedo. El primer ejemplo procede de *Más allá del viento del norte*, de George MacDonald; el segundo, del espectacular éxito romántico *Ella*, de H. Rider Haggard, muy admirado por Carl Jung por razones que los junguianos encontrarán obvias. (Para los aficionados a Tolkien, quizá merezca la pena señalar que en *El Señor de los Anillos* la figura de «Ella» se divide en dos: Galadriel es la «buena», y tiene el mismo espejo de agua que aparece en *Ella*; la mala es una araña gigantesca que vive en cuevas, igual que «Ella», y cuyo nombre es —adivina— Ella-Laraña. ¿Coincidencia? No lo creo.)

Una de mis ideas era que el conflicto entre la benevolente concepción wordsworthiana de la Naturaleza («La Naturaleza nunca ha traicionado / al corazón que la amaba») y la concepción darwiniana («La Naturaleza, de rojas garras y colmillos», como decía Tennyson) se plasmaba en las fantasías que yo estudiaba a través de figuras femeninas que eran en parte diosas de la Naturaleza. George MacDonald, con sus figuras de «abuela» joven/vieja, como en *Más allá del viento del norte*, ofrece unos tempranos ejemplos de ello. *Los niños del agua*, de Charles Kingsley, nos brinda a la señora Tratacomoquierasquetetraten, la bondadosa versión wordsworthiana, y a la señora Seharacomotudigas, la versión darwiniana basada en la premisa de que las acciones tienen consecuencias. Resultan ser la misma persona, lo que no sorprendió en absoluto a una investigadora de tropos victorianos como yo.

Luego estaba la relación entre las figuras femeninas naturales/sobrenaturales y la agonía de finales del siglo XIX en torno a la posición de la mujer según *The True Glory of Woman*. ¡Qué desastre si alguna vez se la liberara a Ella en el mundo! ¡El fin de la humanidad! Volvamos a meter a las chicas en casa, pongámoslas en pedestales,

llamémoslas «El ángel en la casa», como en la extensa secuencia homónima de poemas de Coventry Patmore. Sólo así los hombres estarán a salvo.

¿Había alguna relación entre el tema de mi tesis y la aparición de un ensayo titulado «El trabajo doméstico es trabajo»? Me lo envió por correo mi ex compañera de piso Susan Milmoe, y fue uno de los siguientes toques de trompeta que pude escuchar —tras el de Betty Friedan— en el contexto de lo que muy pronto sería ampliamente reconocido como movimiento de liberación de la mujer.

Digo «ampliamente reconocido» porque varios grupos llevaban años preparando el caldo de cultivo. Pero ahora asomaban los brotes. La protesta relacionada con Miss América, por ejemplo, tuvo lugar en septiembre de 1968, aunque yo no me enterara. En 1969 apareció el ensayo de Carol Hanisch «Lo personal es político», una respuesta a las críticas que lanzaban a las féminas los hombres de diversos movimientos de izquierdas (derechos civiles, protestas contra la guerra de Vietnam) por poner en marcha grupos de «concienciación» femenina, supongo que para debatir el axioma masculino izquierdista de que el único lugar para las mujeres que se contaban entre sus filas era detrás de ellos. Atacaban a dichos grupos de mujeres, dice Hanisch, por considerarlos «ombliguismo» y «terapia personal», y, por supuesto, «apolíticos».

> A veces podían admitir que las mujeres estaban oprimidas (pero sólo por «el sistema»), y decían que deberíamos tener el mismo salario por el mismo trabajo, y algún que otro «derecho» más. Pero nos menospreciaban sin tregua por intentar llevar nuestros supuestos «problemas personales» al ámbito público, especialmente «todas esas cuestiones corporales» como el sexo, la apariencia y el aborto. Nuestras demandas de que los hombres compartieran las tareas

> domésticas y el cuidado de los hijos también se consideraban un problema personal entre una mujer y su hombre concreto. La oposición afirmaba que, si las mujeres se limitaran a «valerse por sí mismas» y a asumir más responsabilidad sobre su propia vida, no necesitarían tener un movimiento independiente para la liberación de la mujer. Lo que no resolviera la iniciativa personal, decían, se encargaría de solucionarlo «la revolución», si nos quedábamos calladitas y cumplíamos con nuestra parte. ¡Dios nos libre de mencionar el hecho de que los hombres se benefician de oprimir a las mujeres!

Era un discurso bastante radical para 1969, y en el contexto de Edmonton, Alberta, absolutamente desproporcionado, como lo habría sido en Cambridge, Massachusetts, en 1965. De manera que mi elección del tema de la tesis no se vio influenciada por mi exposición a la segunda oleada del feminismo. Me fascinaban las pautas de pensamiento y las imágenes victorianas relativas a la mujer porque eran muy peculiares, y por mi anterior interés en las Diosas Blancas de Graves. Por supuesto, el movimiento feminista de mediados del siglo XX está vinculado tanto al siglo XIX como al XVIII, ya que la primera oleada del feminismo se remonta como mínimo a Mary Wollstonecraft (*Vindicación de los derechos de la mujer*, 1792) y Olympe de Gouges (*Declaración de los derechos de la mujer y de las ciudadanas*, 1791). Como la mayoría de nuestros conceptos de «derechos», los de las mujeres hunden sus raíces en la Revolución francesa y desde luego también en la estadounidense. Si todos los hombres son creados iguales, ¿qué decir de todas las mujeres? (los revolucionarios llamaron «impúdica» a Olympe de Gouges cuando le cortaron la cabeza en la guillotina, que tenía el sardónico apodo de «la navaja nacional»).

Así pues, aunque no tardaría en interesarme por la segunda oleada del movimiento de liberación femenina, en aquellos instantes aún no estaba interesada en él: sólo en las mujeres de dos mil años que podían aniquilarte de un plumazo. Yo diría que las figuras de superheroínas de los cómics se les asemejan bastante, aunque Tormenta, la muchacha de los ojos en blanco que controla el clima y lanza rayos y truenos, no debutaría en Marvel hasta 1975. Y habría que esperar a la novela de Naomi Alderman *El poder*, publicada en 2016, para ver aparecer a toda una generación de jóvenes féminas eléctricas.

CAE UN RAYO

Hablando de energía eléctrica, en los bosques del norte de Quebec hubo una catástrofe. Durante una tremenda tormenta, un rayo alcanzó al árbol más cercano a la pequeña cabaña de troncos verticales que Carl y el resto de la familia habíamos construido en 1948 y 1949, y ésta ardió hasta los cimientos. Incluso la estufa de hierro se derritió.

Mi padre, mi hermano y mi sobrino de seis años, David, fueron a limpiar los escombros. David recuerda haber recogido unos trozos de metal brillante que antes habían sido ollas de aluminio. Por suerte, la otra cabaña, más grande y de troncos horizontales, estaba casi terminada. La moraleja sería «al mal tiempo buena cara». En realidad, yo estaba destrozada. Y escribí este poema:

La pequeña cabaña

La casa que construimos poco a poco

desde el suelo cuando éramos jóvenes
(tres cuartos, las paredes
árboles puros) se quemó
el año pasado dijeron.

Yo no la vi, así que
la casa sigue habitando en mí

entre ramas como siempre, estoy
dentro de ella mirando hacia fuera
a la lluvia que cruza el lago

pero cuando vuelva
al lugar vacío en el bosque
la casa arderá y se desplomará
de pronto en mi mente

deshaciéndose como una caja de cartón
arrojada a una hoguera, los veranos
crepitando, mis yoes antiguos
reducidos a llamas.

Quedará en mi cabeza
la tierra renegrida: la verdad.

¿Adónde fue la casa?

¿Adónde van las palabras

cuando las hemos dicho?

UNA HISTORIA DE FANTASMAS

Además de trabajar en mi tesis, fue entonces cuando empecé la que sería la segunda de mis novelas publicadas, *Resurgir* (que en un principio se titulaba *El ojo de la frente* porque quería que el libro contuviera visiones, lo que tradicionalmente se relaciona con la presencia de un tercer ojo oculto en la frente). Había hecho un primer intento en mi piso de Vancouver en 1964 y 1965, y no había llegado muy lejos, pero ahora estaba lista para retomarlo. ¿Tuvo aquel impulso algo que ver con el incendio de la pequeña cabaña? Es muy probable. Mis personajes se situarían en un lugar que ya no existía en la vida real, pero que continuaría existiendo en un espacio alternativo, como los fantasmas.

De hecho, esta novela iba a ser una historia de fantasmas, ambientada en el paisaje del noroeste de Quebec, un paisaje inquietante de por sí. El poema de Earle Birney «Can. Lit» termina diciendo: «No hay heridos esparcidos, nadie busca a un Whitman. / Sólo nuestra ausencia de fantasmas nos acosa.» «¡Craso error!», pensaba yo. Había un montón de heridos y muertos esparcidos una vez que cambiabas tu ángulo de visión y mirabas bajo la anodina versión de la historia que habíamos estudiado en el instituto. Y en cuanto a los fantasmas, sin duda estaban ahí.

También estaba familiarizada con las historias de gente que se volvía loca en los bosques. El propio Birney había creado una de ellas, un poema llamado «Bushed». Yo añadiría a la mezcla un libro titulado *Pinturas rupestres indias de los Grandes Lagos*, una de las primeras obras sobre las pictografías de las naciones originarias de Canadá, de Selwyn Dewdney,

uno de los amigos de mi padre. El autor había localizado algunas de dichas pinturas bajo el agua en lagos cuyo nivel había subido por la construcción de presas, como el nuestro.

También estaba trabajando en un poema titulado «Oratorio for Sasquatch, Man and Two Androids», que me había encargado Robert Weaver, de la CBC, como parte de un poemario titulado *Poems for Voices*, y publicado en forma de libro en 1970. Los otros autores del poemario eran Al Purdy, John Newlove, Phyllis Gotlieb, Tom Marshall y Alden Nowlan. La obra de Gwen MacEwen, *Terror and Erebus*, sobre la expedición perdida de Franklin, se había emitido por la radio en 1965, y para mí y muchos otros fue una revelación. Quizá Bob Weaver esperara la misma genialidad de aquellos otros dramas en verso posteriores.

Mi «Oratorio» continuaba el tema de la relación entre las personas y la naturaleza salvaje que ya había empezado a abordar en *Los diarios de Susanna Moodie*, y que seguiría persiguiéndome toda la vida. Hacía años que ese poema no me venía a la memoria. Examinándolo ahora, puedo ver cómo «Oratorio» y *Resurgir* resultaban de hecho inseparables.

¿La trama? ¿Los personajes? Difícil de resumir, más allá de decir que hay cuatro personajes vivos, varios muertos, y otro que es el propio paisaje. También puedo contarte que la madre muerta se convierte en pájaro. Yo concedía deseos como un hada madrina: mi madre siempre quiso tener alas.

En cualquier caso, mi consumo de café y la falta de sueño, junto con el estrés, me estaban poniendo bastante enferma, no en términos generales, como en Montreal, sino de una forma concreta. Los síntomas eran como los de la gripe estomacal, pero sin vómitos: dolor, escalofríos, náuseas... Cada intervalo duraba varias horas. Pasaba esas horas hecha un ovillo en el suelo del cuarto de baño, pálida y temblorosa. Esta afección se prolongaría durante casi una década.

El médico me dijo que sufría espasmos de la válvula pilórica. Debía dejar de fumar (no fumaba), no beber alcohol (no era una gran pérdida), evitar la aspirina (tampoco es que tomara muchas) y renunciar al café (esto último sí era un sacrificio). Y, ya puestos, reducir el estrés y la ansiedad. ¡Ni en sueños!

Como pasatiempo, aprendí astrología con Jetske Sybesma, una profesora holandesa de Historia del Arte que vivía en la planta baja de nuestra casa. Ella estaba trabajando en el Bosco, y pensaba que varias de las figuras grotescas y de las fantasías de sus cuadros procedían, no del inconsciente freudiano, sino de las páginas de los tratados de astrología. También dominaba la materia, y durante las largas, oscuras y heladas noches de invierno de Edmonton me la estuvo enseñando. Aprendí a hacer horóscopos, y elaboré los de varios de mis colegas poetas. Junto con la astrología, aprendí quiromancia. Estos dos sistemas renacentistas están conectados (cada dedo pertenece a un planeta), y ambos tienen vínculos con la baraja del tarot. La quiromancia me resultaría útil más tarde, cuando me tocaba aguardar entre bastidores a salir en programas de televisión junto a otros invitados nerviosos. A la mayoría de la gente le gusta que le tomes la mano de forma tranquilizadora y le cuentes cosas sobre sí misma. Los relaja. También como pasatiempo, Jim consiguió un clavicordio —era un músico talentoso—, y, en un vano intento de participar, yo cogí la flauta dulce. Tocábamos a dúo. Se me daba bastante mal.

A petición de Dennis Lee, leí un manuscrito de Michael Ondaatje, a quien había visto por última vez justo antes de que se fuera con la esposa de Doug Jones. Era el segundo libro de Michael, *Las obras completas de Billy the Kid*, que Dennis quería publicar en Anansi. No es que yo fuera una gran asesora editorial: el libro me pareció brillante y no pude encontrarle ningún defecto.

Por entonces la poeta Dorothy Livesay vivía en Edmonton. Me odiaba de pura envidia y me socavaba siempre que tenía ocasión; insistió en ello a lo largo de toda su vida. En Edmonton, y aunque fue sin palabras, llegó a insinuarse sexualmente a Jim. Bastante después, en un acto celebrado en honor de ella, Dorothy le dijo a Graeme (en el estrado):

—Bésame la mano.

Siempre galante, Graeme obedeció.

—¡Chúpate ésa, Margaret Atwood! —espetó Dorothy.

—Dorothy —repuso Graeme—, ella ni se inmutaría.

Yo solía frecuentar la librería de Mel Hurtig, un acogedor oasis para los literatos. Salía a patinar, sola, en el helado río Saskatchewan Norte, que divide en dos la ciudad de Edmonton. Menuda estupidez. Hacía un frío que pela. Las ráfagas de nieve te azotaban al atravesar la superficie helada, que tenía grandes grietas dentadas. Me veía arrastrada río abajo, y tenía que volver patinando contra el viento. ¿Dónde creía que estaba, en Holanda?

Cuando por fin llegó el verano de 1969, Jim y yo fuimos en coche a la Costa Oeste. Conocimos a la escritora de cuentos Alice Munro, a quien había escrito para decirle lo mucho que me había gustado su primer libro, *Danza de las sombras* (1968), y dormimos en el suelo del caserón en el que vivía con su marido, el librero Jim Munro, y sus tres hijos. Que los escritores durmieran en el suelo de otros escritores era una práctica aceptada entonces: en el mío ya habían dormido varios. Eso fue unos años antes de que Alice y Jim Munro se separaran —ocurrió en 1972— y mucho antes de que ella conociera a Gerry Fremlin, una relación que derivó en un escándalo tras la muerte de Alice en 2024, cuando se hizo público que Fremlin había abusado sexualmente de la hija de nueve años de Alice. Yo no supe nada de ello hasta que estalló el escándalo. Mi amistad con Alice se limitaba al ámbito literario: sólo hablábamos de libros y obras de teatro. La

ayudé a encontrar un agente; corregí la entrevista que le hizo Graeme para *Eleven Canadian Novelists*; escribí varias introducciones a su obra; y escribí asimismo un largo análisis de *La vida de las mujeres* para el volumen de la colección Cambridge Companions dedicado a su obra. Fue a mí a quien llamaron cuando ganó el Premio Nobel en 2013, porque no daban con ella (para entonces tenía un alzhéimer bastante avanzado), e hice todo lo que pude para guiarla a través de una entrevista online. Siempre se mostró algo reservada conmigo: no hablábamos de temas personales. Ahora sé por qué.

Después de Victoria, Jim y yo condujimos hasta Long Beach, en la costa oeste de la isla de Vancouver —en esa época, una guarida de hippies a la que no llegaba ninguna carretera asfaltada—, y acampamos entre los troncos de madera que el mar arrastraba a la playa. Jim perdió su anillo de boda en la arena. Fue un mal augurio.

Aquel otoño, de regreso en Edmonton, impartí la mitad correspondiente a la poesía de un curso de escritura creativa en la Universidad de Alberta; la otra mitad, la de la narrativa, corrió a cargo del escritor menonita Rudy Wiebe, expulsado de su comunidad por escribir novelas y, en mi opinión, muy infravalorado como novelista. Yo no tenía ni idea de cómo enseñar a escribir poesía a un grupito de adolescentes desconfiados e inseguros. ¿De verdad querían dedicarse a la escritura de mayores? No estaba claro. Quizá sólo necesitaban créditos universitarios fáciles de conseguir. Así que llevaba mi baraja de tarot a clase y pedía a cada alumno que escogiera una carta de los arcanos mayores que le dijera algo (la Muerte, por ejemplo), y que escribiesen un poema en verso o en prosa inspirado en ella. O llevaba algunos de los cuentos más violentos de los hermanos Grimm: «El pájaro del brujo», por ejemplo, una variante del cuento de Barba Azul: les hacía escribir sobre el cuento desde la perspectiva de un personaje secundario o

un objeto que apareciera en él. Me llegó de vuelta un buen relato narrado desde el punto de vista del hacha que utilizaba el personaje de Barba Azul para cortarles la cabeza a sus esposas.

«Soy el hacha», comenzaba. Directo al grano.

También aquel otoño de 1969 apareció por fin *La mujer comestible*. Tuvo tres encarnaciones: la edición canadiense, publicada por Jack el Pieza, con una cubierta rosa, naranja y negra dibujada por Charles Pachter que parecía una mujer de galleta de jengibre; luego la británica de André Deutsch, presentada púdicamente con elegantes letras púrpuras y plateadas; y la estadounidense de Atlantic Monthly Press, con una cubierta que mostraba a una mujer desnuda sentada en una cuchara.

Las reacciones de los críticos se dividieron en dos categorías. La primera, a cuenta de quienes no habían oído hablar del movimiento feminista: yo era prometedora, y maduraría más adelante. El segundo grupo sí había oído hablar del movimiento feminista, y creía que yo lo encarnaba a propósito. Alabanzas en las reseñas que venían de mujeres; las de los varones lo temían. No era del todo cierto que yo fuese una encarnación del movimiento, dado que había escrito el libro en 1964 y 1965, antes de que la segunda oleada hubiera llegado a la opinión pública. A las tres ediciones inglesas que he mencionado antes siguieron trece o catorce más, cada una con una cubierta distinta: una nevera con forma de mujer, una novia sentada con aire amargado y tijeras en mano, un objeto tipo tarta nupcial rematado con una pareja de novios de cerámica...

No me sometí a la gira de promoción de costa a costa de McClelland & Stewart «Matar a un autor», pero sí a algunas entrevistas en Edmonton. Los entrevistadores, todos hombres, se mostraban o aprensivos u hostiles. Una

rápida muletilla para iniciar los programas de radio era «No he leído su libro ni lo voy a leer», a lo que seguía: «Dígame de qué trata en veinticinco palabras o menos.» El corresponsal de la edición canadiense de la revista *Time* me preguntó si yo gustaba a los hombres (respuesta: «¿Por qué no se lo pregunta a alguno de ellos?») y cómo me las arreglaba con las tareas domésticas (respuesta: «Mire debajo del sofá»). El caballero en cuestión llevaba calcetines tobilleros de algodón blanco con zapatos de vestir, lo que a mis ojos lo descalificaba de inmediato. Así empezó mi reputación de destripar a los entrevistadores. Sólo en parte es merecida: nunca destripo a los entrevistadores a menos que ellos intenten destriparme a mí primero.

Hice mi primera firma oficial de libros en la sección de calcetines y ropa interior masculina de la Hudson's Bay Company de Edmonton. La teoría era que, al estar cerca de la escalera mecánica, los compradores que subían y bajaban me verían sentada a mi mesita con ejemplares de *La mujer comestible* y correrían a comprar uno. No ocurrió tal cosa. En lugar de eso, provoqué la estampida de manadas de hombres que entraban a comprar calzoncillos y se asustaban al vernos a mí y mi alarmante título. Podía oír el ruido de sus chanclos de invierno mientras se alejaban al galope. Vendí dos ejemplares.

Sabe Dios lo que pensaban mis padres de *La mujer comestible*, se les daba muy bien mantener la boca cerrada. Pero las dos hermanas de mi madre (la tía Joyce y la tía Kae) siempre me respaldaron. Posiblemente yo representaba eso que ellas mismas habrían querido ser: la parte académica en el caso de la tía Kae; la literaria en el de la tía Joyce, que con el tiempo se convertiría en una escritora profesional con obra publicada. El apoyo de ese lado femenino de mi familia no se limitaba a su generación. Mi tía Joyce me contó la siguiente historia.

Cuando se publicó *La mujer comestible*, mi estirada abuela de Nueva Escocia recibió la visita de una vecina, que empezó a regañarla por el vergonzoso libro que había escrito su nieta. ¿Era consciente de que ahí había *sexo*? Mi abuela no quiso entrar al trapo y empleó una táctica milenaria: hablar del tiempo.

VECINA: ¡Y no sólo eso! ¡Tiene lugar un acto obsceno en una bañera!
MI ABUELA: Parece que va a llover...

El parentesco triunfa sobre la obscenidad en el valle de Annapolis.

Este respaldo de mis parientes femeninas se ha extendido a la generación siguiente. Gracias, prima Elizabeth (Cogswell) Pineo y prima Janet Barkhouse, también poeta. Siempre me habéis sido incondicionales, sin importar las verduras podridas que me han salido al paso.

RECIBO UNA EXTRAÑA LLAMADA TELEFÓNICA

Cierto día de noviembre estaba restaurando el asiento del inodoro. Antes los asientos no eran de plástico. Éste era de madera. Se había pintado, y la pintura se estaba agrietando y desconchando. No me importaba mucho lo que hubiera debajo del sofá, pero sí lo que pudiera haber bajo el asiento del inodoro, como moho y gérmenes, así que me puse a quitar la pintura vieja para volver a pintarlo.

Sonó el teléfono. Era un teléfono de pared, instalado en la cocina. Descolgué, ataviada con mi ropa de restaurar asientos de inodoro, y a través del auricular se oyó una voz inglesa, lejana, con eco y llena de interferencias.

—Soy Oscar Lewenstein. La llamo desde Londres. Soy productor de cine, y nos gustaría hacer una película de su novela, *La mujer comestible*.

—Vale, déjate de bromas —contesté—. ¿Quién eres?

Una vez comprobado que quien llamaba era quien decía ser, Oscar entró en detalles:

—Queremos que escriba el guión de la película.

—¡Pero si yo no he escrito nunca un guión de cine!

—Nosotros la ayudaremos.

—No creo que me necesiten —repuse—. Necesitan a un profesional.

—No queremos a un viejo y resabiado escritorzuelo de Hollywood. Queremos algo fresco, algo nuevo... (Traducción: tú nos sales más barata.)

Me ofrecían dinero. A mí me pareció un dineral. La suerte estaba echada.

Se supone que yo debía escribir un «tratamiento», con la fecha límite del 15 de enero de 1970. Seis semanas después debía seguirle un primer borrador. Luego debía surgir un guión «definitivo». Todos ellos estarían sujetos a «revisiones menores». Y si estas etapas se desarrollaban según lo previsto yo recibiría a cambio siete mil dólares canadienses. ¡Eso era una pequeña fortuna!

Tras haber completado el tratamiento y el primer borrador, en marzo de 1970 viajé a Montreal para reunirme con los dos productores y el director. Me alojaron en un gran hotel en el centro urbano, donde los porteros vestían como rusos prerrevolucionarios, con grandes sombreros de piel y abrigos llenos de adornos, y los botones iban ataviados con trajes chinos premaoístas de seda bordada (¿cuál era el tema?, ¿viajes en el tiempo?, ¿internacionalismo?). Oscar Lewenstein resultó ser un enérgico y bajito londinense de pelo blanco. Había producido una película de gran éxito de Tony Richardson, *Tom Jones*, basada en la novela de Henry Fielding, y también había contribuido a impulsar el Royal Court Theatre, que había

acogido algunas de las obras más innovadoras de los años sesenta; entre otros, de Samuel Beckett, Bertolt Brecht, Brian Friel, Eugĕne Ionesco, Ann Jellicoe, Joe Orton y John Osborne. ¿Qué demonios había hecho que Oscar se interesara en *La mujer comestible*? Tal vez tuviera algo que ver con los incentivos económicos que la reciĕn fundada Corporación Canadiense para el Desarrollo Cinematográfico ofrecía a los proyectos que partían de una perspectiva canadiense. Por aquel entonces las cosas flojeaban en el mundo del cine británico.

El segundo día de mi visita a Montreal, me dirigía a almorzar con Oscar cuando ¿a quién vi aparecer arrastrando los pies por la acera? A Big Al Purdy. Llevaba galochas (esas coberturas protectoras ya obsoletas que antaño los hombres se ponían sobre el calzado) con las hebillas desabrochadas, y la gabardina, no muy limpia, abierta por delante y con el cinturón colgando. Llevaba una corbata de una tienda de segunda mano con una sirena estampada (solía comprar las corbatas más feas que encontraba sólo por fastidiar a la burguesía del buen gusto). También le había dado por ir a las librerías y firmar mis libros, cosa que le parecía divertida. Todavía no se había meado en las ruedas de mi coche en el Festival Literario de Blue Mountains: eso aún estaba por llegar, y también le parecería divertido. Era un provocador empedernido, pero cuando una vez le dije que me apostaba lo que quisiera a que a los diez años era el típico niño que metía las puntas de las coletas de las niñas en el tintero, me contestó que a esa edad era demasiado tímido para hacer esas cosas. Ahora estaba recuperando el tiempo perdido.

Lo saludé y le presenté al pequeño británico con pinta de loro (Oscar), a quien le expliqué que Al era un conocido poeta canadiense. Big Al estrujó los temerosos deditos de Oscar entre su enorme zarpa. Luego se alejó bamboleándose hacia la estación de autobuses Greyhound, golpeando el

suelo con las galochas y con la corbata de la sirena ondeando en la brisa, en ruta hacia algún destino ignoto y apartado. Oscar lo siguió con la mirada como si estuviera viendo a un Pies Grandes desaparecer en el bosque. «Tú no eres canadiense *de verdad*», me dijo, dando a entender que yo era medio civilizada. «Pero ese de ahí..., ése sí que es un auténtico canadiense.»

Me tocó trabajar en las revisiones con el director de la película, un húngaro llamado George Kaczender. George había escapado durante la Revolución húngara de 1956, y llegaría a dirigir al menos veinticinco filmes. Pero por entonces sólo era un desconocido joven que había llegado allí por recomendación de otro húngaro huido, compañero de producción de Oscar: el sombrío y cariacontecido John Kemeny, de Minotaur Film Productions. John produciría más tarde el clásico de culto *En busca del fuego*, una película ambientada en la prehistoria en la que aparecían lenguas inventadas, elefantes cubiertos de pelaje haciendo de mastodontes y el descubrimiento por parte de nuestros protagonistas de otro grupo de humanos distinto que practicaban (tremenda novedad) el sexo cara a cara. (Debo admitir que disfruté cada minuto de esa película. ¡Qué absurda! ¡Qué imaginativa!)

George era afable y mandón, y húngaro hasta la médula.

—¡Mogret, anoche tuve un sueño formidable! —me dijo—. En mi sueño había mucho púrpura. Hemos de tener mucho púrpura en la película.

Obediente, yo empurpuré todo lo que pude.

—¡Mogret! Nunca antes hemos visto a una mujer desnuda envuelta en celofán en una película. ¡Hemos de tener a una mujer desnuda envuelta en celofán!

La criatura fue debidamente incluida.

El resultado de mi trabajo fue un guión de lo más húngaro: surrealista, oscuramente amenazador, púrpura y con una mujer desnuda envuelta en

celofán.

De regreso a Edmonton, hice escala en Toronto para visitar a mis padres y a mi hermana. De algún modo, durante la visita me adentré en el bosque con un apuesto lobo. En realidad, fue en High Park, y el lobo era más bien un pobre perro abandonado. Un poeta, ya sabes. Sí, el sexo fue un factor. Pero no el alcohol: por prescripción médica, yo no bebía.

Visto en retrospectiva, debería haberlo pensado mejor, pero acababa de cumplir los treinta. La vida se me cerraba (¿esto es todo lo que hay?), pero al mismo tiempo se me abría (¿películas?, ¿en serio?). También estaba casada con alguien que no parecía muy seguro de querer estar casado, o al menos no conmigo. Sentía que mis encantos eran poco apreciados, una buena receta para ahuecar el ala; y a mí lo de ahuecar el ala se me daba muy bien, como ya sabes. Supongo que yo y mis obsesiones de escritora y mi mentalidad de Señora Arreglalotodo empezábamos a ser un poco demasiado para él. («¿Ya te sientes mejor? ¿Qué tal ahora? Mira, ¡tenemos una olla de fondue! ¿Eso no te alegra?») Además, yo le había hecho el horóscopo a Jim. Era virgo con ascendente Piscis, y Júpiter y la Luna en la primera casa; de hecho, muy en la primera casa. Yo era escorpio con ascendente Géminis, Júpiter en la undécima casa y la Luna en Acuario, y nada en absoluto en la primera casa. Me interesaba más la gente de papel que yo podía crear que hacer inmersiones profundas en mi propia psique, si es que existía tal cosa. Mi refrigerio favorito era el Jung de los cuentos de hadas, no el Freud de las neurosis sexuales; aunque, considerando el mundo que hoy nos rodea, bien podría elegir al Adler consciente del poder.

Confesé lo del episodio del lobo en cuanto regresé a Edmonton. Jim se quedó horrorizado, pero no por mi comportamiento imprudente; al fin y al

cabo, estábamos en 1970, cuando los matrimonios explotaban como polvorines y los hombres adultos llevaban abalorios hippies. Lo que más lo horrorizó fue la identidad del hombre en cuestión, que le parecía un vacuo. ¿Cómo había podido hacerlo? Era como si me hubiera comprado un jersey de angora de color rosa con pompones.

Durante los meses siguientes en Edmonton, mientras yo trabajaba en el guión, las vidas de los demás se desmoronaban a nuestro alrededor. Una de nuestras jóvenes colegas sufrió un colapso paranoide y la ingresaron en una institución. Otro colega se estaba muriendo de un tumor cerebral: un melanoma con metástasis. La víctima del tumor cerebral era Frank Bessai, un erudito anglosajón; le había leído las manos cuando empezó a desarrollar una cojera. Era ambidiestro, y en una de sus manos la línea de la vida era normal, pero en la otra, la línea se cortaba. No se lo mencioné: puede que su destino estuviera en la mano buena, aunque yo no lo creía. En sus últimos días fuimos a ver a Frank al hospital. Iba puesto hasta arriba de morfina y estaba ideando una maravillosa novela inducida por la droga; ¡si tan sólo pudiera escribirla...!, nos dijo. Entonces nos agarró las manos. «Tenéis que salir de aquí», espetó. «Yo no lo hice, y mirad lo que me ha pasado.»

Frank había organizado su propio servicio fúnebre, de modo que durante el acto parecía como si nos estuviera hablando desde el más allá. Aquello me afectó mucho. No sé muy bien por qué, dado que tampoco lo conocía tanto. ¿Era porque nunca antes había visto morir a nadie? ¿Era por el estrés acumulado de todo lo demás? ¿El impacto de la mortalidad? Durante años seguí viendo a Frank de pie en las esquinas y convirtiéndose luego en otra persona.

Jim y yo seguimos el consejo de Frank y nos largamos. Ahora teníamos suficiente dinero: mis ingresos por el guión de cine, los ahorros de Jim de su trabajo como profesor, más una beca de escritura del Consejo Canadiense de las Artes, que sería mi primera y última. La propia gente que dirigía el programa me había pedido que la solicitara: nadie solicitaba becas para veteranos y, si no había ningún interesado, habría que suspenderlas. La idea de que yo fuera una escritora «veterana» a mis treinta años y con sólo dos libros publicados era ridícula, pero por lo visto escaseaban quienes reunían tales requisitos.

Iríamos a Inglaterra, donde yo seguiría colaborando con la gente del cine y terminaría mi novela, y Jim podría embarcarse en una obra crítica sobre los primeros escritores naturalistas canadienses, como Ernest Thompson Seton. De modo que hicimos las maletas y condujimos hacia el este cruzando Canadá. ¿Fue con un suspiro de alivio o con un escalofrío de aprensión ante lo que nos esperaba? ¿Quizá ambas cosas?

21

Graeme, la precuela: segunda parte

La última vez que vimos a Graeme se dirigía a Inglaterra con la loca idea en la cabeza de que iba a escribir una novela. Corría el otoño de 1959. Tenía veinticinco años, y estaba sin un céntimo.

Durante su estancia en la Western, Graeme había conocido a Shirley, una encantadora mujer casada que actuaba en un grupo de teatro *amateur* llamado London Little Theatre. Cuando se conocieron, Shirley estaba embarazada, aunque no de su marido: de otro actor, que luego desapareció de escena. Shirley era ocho años mayor que Graeme y considerablemente más experimentada que él en los asuntos del corazón. Y del cuerpo.

Caballeroso hasta la médula y paladín de doncellas nato (recuerda: «hombre de la casa» a los cinco años), Graeme vio a Shirley pasar por su divorcio, su embarazo, el nacimiento de su hijo y la entrega del bebé en adopción. Entonces se compadeció de su angustia y su dolor (ver a mujeres llorando en la cocina no lo pillaba de nuevas), y en un abrir y cerrar de ojos Shirley había vuelto a quedarse embarazada, esta vez de Graeme, que no tenía perspectivas de empleo remunerado.

Allá que se fueron, pues, a Inglaterra, a vivir en un sótano medio en ruinas. Graeme seguía soñando con escribir su novela, aunque en los dos años anteriores no había hecho nada al respecto. Ahora, con un bebé en camino, necesitaba un trabajo. Su hermano pequeño, Alan, que era actor en

paro, se ofreció a alojarlos hasta que encontraran un sitio. Su piso estaba en una pequeña casita cerca de la central eléctrica de Battersea. A Graeme le habían asegurado que no le costaría mucho conseguir empleo como profesor suplente en Londres, de modo que envió su solicitud por correo a varias delegaciones de educación regionales, pero no recibió respuesta.

Las cosas pintaban fatal. El piso de Alan había sido una sala que daba a la acera. Detrás de la puerta corredera que separaba a Graeme y Shirley de lo que antaño había sido el comedor se oía la tos cavernosa de un hombre invisible. La casa era fría; la cocina, grasienta y llena de bicicletas. Un aviso junto al fregadero rezaba: POR FAVOR, DEJE ESTA COCINA COMO LA ENCONTRÓ.

Alan se fue, pero el vecino seguía tosiendo. Graeme dependía de sus amigos para mantener la moral y obtener algún que otro préstamo. Mientras se lamentaba de su suerte durante una cena en *Diogenes*, una casa flotante amarrada en Cheyne Walk, Graeme reveló que había enviado sus cartas desde Battersea.

«¿No creerás que van a contratar a alguien que vive en Battersea?», le dijeron sus amigos. «Tienes que volver a enviar todas las cartas, pero desde Kensington o Chelsea.»

Graeme siguió su consejo, y pronto estaba trabajando en un moderno instituto de secundaria con novecientos chicos en Ladbroke Grove. La pareja pudo mudarse a un sótano con acceso al jardín en Barons Court.

En su trabajo como profesor suplente en las escuelas más duras de Londres, el estirado tono de voz de Graeme no le supuso un obstáculo, puesto que era canadiense. Además, su formación en disciplina militar le vino muy bien. Como él mismo diría en su conferencia Margaret Laurence:

La primera vez que di la espalda a una clase... tres niños me lanzaron algo. Supe que el profesor al que había sustituido se había visto obligado a dejar la escuela porque unos chicos lo emboscaban y le tiraban piedras. Cuando consiguió protección policial, los ataques cesaron; una vez que finalizó la protección, se reanudaron. Dimitió.

Cuando más cerca estuve de meterme en un lío fue al entrar por primera vez en una clase de chavales mayores, todos ellos gritando y saltando, totalmente fuera de control. Cuando fracasaron mis intentos de imponer silencio de un modo razonable, bramé un ¡CÁLLENSE! con la versión más autoritaria de mi voz militar. Pocos hicieron caso, así que, por pura estrategia, agarré a uno de los más grandes de aquellos bellacos y lo lancé contra la pared. En el silencio que siguió, otro chico, obviamente el protestón de la clase, dijo que podían despedirme por aquello. Le di la razón; luego le pregunté su nombre al chico, y escribí una nota diciendo lo que yo había hecho y que él no parecía perjudicado por la experiencia. Después de fecharla y firmarla, se la di y le dije que podía hacer con ella lo que quisiera, porque yo prefería cavar un gran hoyo en el suelo para ganarme la vida que tener que aguantar sus gilipolleces.

Aquellos chicos (incluido el que yo había empujado contra la pared) se convirtieron en mi clase más placentera. Llevaban siglos aburridos como ostras, y humillados, pero no eran estúpidos. En cierta ocasión analizamos «Un alto en el bosque mientras nieva» de Frost como un deseo de muerte.

Como Graeme no soportaba ver a los otros profesores lloriqueando en la sala común sobre su triste destino, siempre se encargaba del recreo y del almuerzo. Solía llevar a la escuela uglis—una especie de pomelos amorfos,

una novedad en aquella época—, y hacía que los niños lo persiguieran por el patio, y el que lo pillara ganaba la fruta. También les decía que las telarañas (*cobwebs* en inglés) las hacían los Cobs, unos animalillos peludos que vivían en sótanos y eran muy tímidos, razón por la cual nunca se dejaban ver; y que en Canadá había unas criaturas llamadas Pobbles. (Hizo que las dibujaran.) Ni que decir tiene que era muy popular.

El primer hijo de Graeme, Matthew, nació en marzo de 1960. Aún vivían todos en el «sótano con jardín» de Barons Court. Al pequeño Matthew le gustaba berrear, pero no dormir, lo que dejaba agotados a sus padres. Un día compraron una botella de whisky escocés, dispuestos a dejarlo llorar hasta que se acabara durmiendo; esperar sin más era el método que se recomendaba para tratar con bebés insomnes en aquella época. Matthew berreó y siguió berreando, y luego berreó mucho más fuerte. Al final se hizo el silencio. Por la mañana sus padres descubrieron que, debido a la humedad, parte del techo se había desprendido sobre el bebé: allí estaba, profundamente dormido en su cuna, cubierto de trozos de yeso roto. Ahí terminó lo de esperar a que se durmiera.

SE ALQUILA BEATNIK

El orden exacto de los acontecimientos del período siguiente resulta un tanto confuso. Los dos fieles amigos que había hecho Graeme en la Western —Henry Scott y Tom Schwartz— se hallaban por entonces en Inglaterra. Henry provenía de una familia pija inglesa venida a menos que lo había enviado a estudiar a Canadá porque era demasiado brillante y demasiado raro. Él y Graeme se habían conocido en un baile de sociedad semiformal en London, Ontario, donde Graeme había hecho acto de presencia

presionado por sus padres. Él odiaba aquellos bailes. En cierta ocasión, tras decidirse por fin a sacar a bailar a una chica con un vestido abullonado, esperó a que se pusiera de pie, sólo para descubrir que ya lo estaba. Aquella noche Graeme se había quedado en un rincón tomando una copa, o tres, cerca del grupito de chicas a las que nadie sacaba a bailar, cuando oyó que una de las carabinas le decía a alguien detrás de él:

—¿No le gustaría bailar con una de estas encantadoras muchachas?

—¡No! —respondió una voz decidida.

Graeme se dio la vuelta. Era Henry Scott.

Tom Schwartz era un checo que había escapado de la muerte en el Holocausto gracias a la amabilidad de unos vecinos y al ingenio de una tía suya. Cuando llegó a Canadá, junto con su intrépida tía, tanto él como Graeme habían estado entrando y saliendo de un grupo de semibohemios de London, que solían reunirse en la cripta de una iglesia local. Ahora Tom estaba en Londres, viviendo en *Diogenes*, la casa flotante alquilada de Chelsea.

Tom, Graeme y un par más urdieron un plan para ganar dinero, del que andaban escasos. Llamaron al plan en cuestión «Se Alquila Beatnik». El *beatnik* alquilado se presentaría en las fiestas, se recostaría con pinta de estar colocado, declamaría poesías de Ginsberg y Ferlinghetti, e insultaría a la gente llamándola «burguesa». Los conspiradores pusieron un anuncio en el periódico, que atrajo la atención de un tabloide: ¿les concederían una entrevista?

Tom, que era el que llevaba la barba más larga, aceptó hacer de *beatnik*. Se encaramó a la cama con una botella de advocaat, se hizo el desencantado, le soltó un rollo filosófico al periodista, y consiguió que su foto saliera en el periódico. Entonces llegó un aluvión de peticiones, para fiestas de presentación en sociedad y cosas así. Pero una de ellas resultó

muy sospechosa: parecía proceder de un grupo de cabezas rapadas, a buen seguro aficionados a zurrar la badana a los *beatniks*. Se Alquila Beatnik sopesó detenidamente sus opciones, pero no tardaron en echar el cierre al negocio.

GRAEME ENTRA EN LA SOCIEDAD LITERARIA

La pequeña familia recibió una oferta de alojamiento gratis en Cap d'Antibes, Francia, a cambio de cuidar de la casa mientras el propietario estaba fuera. Como es natural, aceptaron. Graeme solía beber en bares —donde decía que doblaban los precios, aunque no para los lugareños, cada vez que un barco extranjero llegaba a puerto—, pero prefería escribir en un café.

Allí lo abordó una representante de la sociedad literaria local. «¿Es usted escritor? ¿De Canadá? ¡Fantástico! ¡Tiene que venir a dar una charla en nuestra sociedad literaria!», le dijo.

Graeme imaginó una reunión de siete u ocho intelectuales de aspecto serio, y se acobardó. Intentó protestar en vano: su francés no era lo bastante bueno; estaba trabajando en un libro, pero no lo había publicado; nunca había hablado en una sociedad literaria... Ella insistió, y al final él le dio una fecha a muchas semanas vista; según sus cálculos, para entonces ya se habría ido del país. Luego se olvidó por completo del asunto.

Sin embargo, su estancia se prolongó de forma inesperada. Una tarde en que Graeme y Shirley habían discutido y él tenía una terrible jaqueca, sonó el teléfono. Era la mujer de la sociedad literaria.

—Pero ¿dónde está? ¡Tiene que venir enseguida! ¡Están todos aquí! ¡Le estamos esperando!

Le dio la dirección. Todavía con sus zapatillas de lana y la rebeca marrón con agujeros en los codos, Graeme salió dando tumbos a la oscuridad de la noche. Dobló una esquina. Allí delante estaba su guía, haciendo aspavientos como una loca.

—¡Es aquí! ¡Es aquí!

Lo empujó a través de una puerta trasera, y de pronto él se encontró entre bastidores en un teatro, mientras ella lo presentaba.

—*Et maintenant... du Canada... l'écrivain, Graeme Gibson!*

Salió al escenario tambaleante. Había al menos un centenar de personas entre el público. Parpadeó bajo la luz de los focos, las sienes le latían con fuerza.

—*Mesdames et messieurs* —empezó diciendo—. *Messieurs et mesdames*. —Hizo una pausa—. *Bonsoir. Bonsoir. Bonsoir*. —Luego se dio la vuelta y salió del escenario.

Según él, aquél fue un acto liberador: no tenía por qué hacer ese tipo de cosas si no quería. «Pero durante el resto de nuestra estancia la gente cambiaba de acera y se escondía en los portales si me veía llegar», diría.

Mientras eso sucedía, Eugene Benson —quien más tarde se convertiría en dramaturgo, libretista y memorialista, y que ayudaría a poner en marcha el PEN Club de Canadá junto con Graeme y conmigo— leía el manuscrito de Graeme. «Con el tiempo», cuenta éste, «llegó un paquete certificado con mi manuscrito y unas notas de Eugene...».

> Recuerdo que había usado un bolígrafo con tinta de color rojo sangre, pero puede que eso sea sólo melodrama retrospectivo. Fue un regalo duro, pero notable, y muy valiente. En medio de todo tipo de frases de aliento y sugerencias útiles, Gene me decía que era evidente que yo me había esforzado mucho; sin embargo, no podía encontrar nada en el

texto que revelara por qué lo hacía. Si a ti no te parece importante, preguntaba, ¿a quién va a parecérselo? También me decía que sólo había podido encontrar un puñado de frases que dieran a entender que yo tenía algún talento. Mucho después yo le aseguré que había al menos quince... Años más tarde saqué su carta... y confirmé lo justo y constructivo que había sido Eugene. Aún hoy considero el suyo uno de los regalos más audaces y valiosos que me han hecho como escritor.

[...] Tomando café con un tiempo espectacular hasta las once o así, y pasando luego a la cerveza o al pastis, empecé a aprender a escribir... Para llevar las riendas de mi prosa, empezaba por hacer que la primera frase funcionara exactamente como yo quería, y después continuaba frase por frase hasta que había dado forma al primer párrafo. Le daba vueltas a cada párrafo hasta que sabía que cumplía su propósito... Por las noches hacía los pequeños cambios que me parecían necesarios, y acto seguido redactaba una primerísima versión de la frase con la que pensaba comenzar al día siguiente.

Para cuando dejaron Francia, Graeme había logrado escribir veinticinco o treinta páginas.

Tras su regreso a Toronto en la primavera de 1961, con Shirley y el pequeño Matthew a remolque, Graeme encontró un trabajo como profesor en el Departamento de Lengua y Literatura Inglesas del Instituto Politécnico Ryerson. Como él mismo señala:

Los comienzos de la década de 1960 fueron ajetreados, melodramáticos e inquietantes: los periódicos mantenían su tirada con la invasión de bahía de Cochinos y el Muro de Berlín, con la crisis de los misiles cubanos y la carrera espacial... Por todas partes florecían

ensayos nucleares, y Vietnam levantaba la cabeza... No resulta sorprendente que muchas de las personas que conocí en aquella época hubieran tenido al menos un sueño sobre una guerra nuclear.

Todo profesor de Lengua de Ryerson debía enseñar dos materias: Inglés Empresarial y Literatura. Graeme, a quien los estudiantes apodaban Gibbo y Huesos (este último por lo alto y delgado que era) detestaba dar clases de Inglés Empresarial, pero en cambio se entregaba a su otra asignatura, «La novela europea moderna», conocida popularmente entre los estudiantes como «Introducción a la desesperación». Esto no sólo incluía a autores como Kafka y Mann, sino también a muchos escritores de la posguerra, como Heinrich Böll.

Sin embargo, la docencia era exigente, y Graeme quería tiempo para trabajar en su novela. A finales de 1963 había negociado un año de excedencia sin sueldo. Su intención era terminar el libro en México. Como él mismo explica en su conferencia Margaret Laurence:

Cuando Shirley y yo partimos hacia Oaxaca en julio, ya con dos niños, juré que, si no había terminado el libro para cuando volviéramos, lo tiraría a la basura. Tan impulsiva promesa me causó un estrés considerable conforme transcurrían los meses y luego los años.

Una vez en Oaxaca, nos instalamos en un piso en la segunda planta de una gran casa con jardín por el que de noche deambulaban dos peligrosos pastores alemanes. Desde una ventana veíamos la ciudad, y desde otra, las montañas. Al parecer, Frieda y D. H. Lawrence habían vivido allí mientras él escribía *Mañanas en México*. Eso me pareció un prometedor augurio. Por otra parte, Malcolm Lowry tuvo sus visiones más aterradoras en Oaxaca. Pensé en él con empatía una noche

mientras una jauría de perros salvajes atacaba ferozmente a un burro. Quedaban fuera de la vista, justo al doblar la esquina, y, ante sus terribles y fieros gruñidos y los gritos desesperados del burro, incluso los perros de nuestro jardín guardaron silencio.

A la larga, Graeme terminó su libro. *Five Legs* es una novela «de voz» (el libro resulta muy entretenido cuando se lee en voz alta, pero no tanto sobre el papel) y de tipo «experimental». Así que no era fácil encontrar un editor dispuesto a publicarla, especialmente en Canadá y en la década de 1960. Graeme la envió a McClelland & Stewart, pero no tuvo respuesta. Cierto día estaba bebiendo en el Park Plaza con Farley Mowat, un aguerrido veterano de guerra, escritor de temas medioambientales y antiguo alumno de silvicultura de mi padre («Cuenta buenas historias», decía mi padre de él). Farley ya era mundialmente famoso por *People of the Deer* y muchos otros libros, y además era un buen amigo de Jack el Pieza. Graeme se quejaba a Farley de que el otro no le hubiera respondido.

«Jack está ahí.» Farley señaló el lado opuesto de la sala. «Ve a por él.»

Con paso tranquilo, Graeme cruzó la estancia hasta donde se encontraba Jack McClelland rodeado de un grupito de personas, y le indicó que M&S tenía su manuscrito desde hacía cinco meses. «Me miró fijamente con sus ojos azul claro, y me dijo que tendría noticias suyas el lunes. El tipo que se sentaba a su lado y que escuchó muy atento la conversación resultó ser un articulista que hacía una semblanza de McClelland para la revista *Time*. Cuando llegó el lunes no me sorprendió saber que M&S no iba a publicar mi libro.»

Presentó entonces la novela a Macmillan de Canadá, que la retuvo sólo dos meses. El editor le dijo a Graeme que sólo conseguiría suficiente papel

para el libro si se casaba con la hija de un magnate maderero francocanadiense. (Sí que era largo.)

¿Recuerdas cuando dije que Dennis Lee era el quinto en discordia en la trayectoria de mi vida? Por repetirlo aquí: el *quinto en discordia* en una obra teatral es un personaje que, sin ser el héroe o el antagonista, resulta un motor esencial en la trama. Así pues: entra Dennis Lee por la izquierda del escenario en actitud despreocupada.

Corrían los últimos años de la década de 1960, y la editorial de Dennis, House of Anansi Press, estaba en pleno rendimiento. Él también acababa de publicar su propio y aclamado poemario *Civil Elegies*, revisado (por así decir) por mí. Graeme decidió probar con él. Según cuenta:

> Para cuando conocí a Dennis Lee, yo ya debía de parecer completamente desesperado. Ninguno de los dos hablamos mucho. Sin duda le transmití mi alivio por que se hubiera leído el libro y la esperanza de que le gustara. Quizá le dijera que era mi única copia, y que una vez había pasado varios días horribles en un gigantesco almacén de equipajes perdidos del aeropuerto de Ciudad de México antes de encontrar mi maleta con la novela dentro. Tras despedirme, me alejé, haciendo acopio de mis viejas y casi fiables ensoñaciones lo mejor que pude.
>
> [...] Más tarde descubrí que él había temido que *Five Legs* llevara a Anansi a la bancarrota: no sólo era un complejo monólogo interior, y la primera novela de la editorial; también era demasiado larga. Con esos costes de publicación, tendrían que cobrar al menos 2,50 dólares por la edición en tapa blanda, y 6,50 por la de tapa dura. Pese a ello, Dennis siguió adelante, y el libro apareció en abril de 1969. No creo

que ninguno de nosotros estuviera preparado para lo que ocurrió entonces.

Salí el viernes a medianoche [...] a por *The Globe and Mail* del sábado. Buscando a tientas entre las páginas bajo el resplandor parduzco de una farola, localicé el título de la reseña: «Un encendido antipuritanismo teñido de aflicción.» Era una crítica extraordinaria: de algún modo, [el redactor literario del *Globe* Bill] French había sabido captar y transmitir lo que yo había intentado hacer. Casi lloré de alivio.

La primera tirada de dos mil ejemplares se agotó en cuestión de semanas, y poco después se hizo una segunda impresión de dos mil quinientos. No tengo ni idea de cuánta gente llegó a leer de verdad *Five Legs*; lo cierto es que me he topado en librerías de viejo con ejemplares sospechosamente impolutos. Sea como fuere, el inesperado e insólito éxito de la novela contribuyó sin duda al creciente programa editorial de Anansi.

AQUÍ ES DONDE ENTRO YO

En 1969, el Governor General's Award en la modalidad de poesía se había repartido entre George Bowering y Gwendolyn MacEwen, dejando así fuera *I've Tasted My Blood*, el excelente poemario de Milton Acorn. Esto supuso un duro golpe para él, dado que Gwen era la ex mujer con la que había estado obsesionado y a la que había perseguido por todo el país después de divorciarse, anhelando recuperarla.

Milton era lo que hoy llamaríamos «bipolar». O estaba exultante, o tan deprimido que apenas podía moverse. Varias personas habían intentado ser sus mecenas artísticos, pero él no se lo había puesto fácil. Una pareja de

clase media alta se lo había llevado a casa porque les dijo que no tenía donde dormir. Se levantó en mitad de la noche, consumió todo el contenido de su mueble bar, se cayó en la chimenea llena de ceniza y fue a darse una ducha. Cuando se despertaron por la mañana, Milton ya no estaba, y su cuarto de baño, que era todo él de color blanco, estaba cubierto de manchas negras y huellas de manos.

La reacción de Milton al hecho de no haber ganado el premio tuvo dos vertientes: por un lado empezó a atacar al atónito George Bowering, dado que no podía atacar a Gwen; y por otro se sumió en una profunda depresión. Algunos de nosotros decidimos inventar una medalla para él, «el Poeta del Pueblo», dado que en su fuero interno se consideraba marxista, aunque los marxistas de verdad probablemente lo habrían fusilado. En cualquier caso, su obra simpatizaba en gran medida con lo que entonces se llamaba «la clase obrera», un grupo al que sin duda podía considerárselo afiliado. Eso era algo que Al Purdy y él compartían: circula una historia sobre ambos instalando un tejado en casa de Al, entre discusiones poéticas y blandir mutuo de martillos.

Para la ceremonia de entrega de la medalla de Milton, organizamos una fiesta en la taberna Grossman's de Toronto. Yo no había ganado el Governor General's Award de 1969 en la modalidad de narrativa, lo cual no me molestaba lo más mínimo, ya que consideraba que *La mujer comestible* era una especie de juego de ingenio, y no lo bastante grave o morboso para optar a él. En cualquier caso, ya lo había ganado antes en la modalidad de poesía. Pero Graeme tampoco lo había ganado con su novela. Yo había leído *Five Legs*, naturalmente: estaba vinculada a House of Anansi y era amiga de Dennis Lee, así que Dennis me había enviado un ejemplar.

Conocí a Graeme en aquella fiesta del «Poeta del Pueblo». Era muy alto, así que mi primera impresión de él fue su chaleco, de tela vaquera azul, si

mal no recuerdo. Yo pensaba que *Five Legs* debería haber ganado el Governor General's Award, y así se lo dije. No estaba flirteando, sólo expresaba mi opinión, pero cuando una joven desconocida con un minivestido blanco de encaje de ganchillo y botones de madera en el frontal felicita a un tipo por su trabajo en términos tan rotundos, es normal que cause impresión.

Sin darle mayor importancia, me fui a Inglaterra y no pensé más en ello.

22

Los Comestibles

A mediados de 1970 Jim y yo llegamos a Londres. El productor de la versión cinematográfica de *La mujer comestible*, Oscar Lewenstein, había tenido la amabilidad de alojarnos en una casa en el barrio residencial de Richmond, repleto de mansiones, mientras buscábamos un sitio donde vivir. La casa pertenecía a Jo Grimond, hasta hacía poco el respetado líder del Partido Liberal. Su hija, Grizelda (que andaba en los veintitantos), era la ayudante ejecutiva de Oscar. Nos dijeron que la familia Grimond estaba de viaje, así que nos pareció bien instalarnos en su enorme mansión, entre antigüedades de valor incalculable y desgastadas reliquias familiares. ¿Quién podría notar la diferencia? Nosotros no. Pero anduvimos de puntillas con mucho cuidado, aterrados ante la idea de romper algo.

Cierto día, un fornido y sonrosado hombre desnudo emergió de entre el vapor del opulento cuarto de baño. Era Jo Grimond. Él no sabía que estábamos allí. Nosotros no sabíamos que estaba él.

Consternación mutua, corteses disculpas británicas... Un momento: ¿de verdad nos pedía disculpas por el hecho de que estuviéramos inopinadamente en su casa? He ahí por qué era un excelente político.

A través de los anuncios del periódico encontramos un piso amueblado. El precio era correcto, el tamaño adecuado, y en metro no quedaba demasiado lejos del centro de Londres. Estaba en St. Dionis Road, en

Parsons Green, actualmente una zona pija, aunque en 1970 no lo era en absoluto.

El piso era más pequeño que nuestro apartamento de Edmonton. Estaba en la segunda planta de lo que había sido una casita de clase obrera. La calefacción funcionaba mediante dispositivos eléctricos que almacenaban energía durante las horas de menor consumo y luego la liberaban en las horas punta. No había riesgo de asarse de calor. La cocina era un añadido, y no tenía calefacción propiamente dicha. Durante una ola de frío, todos los líquidos que había en ella se congelaron. Un poco más avanzada nuestra estancia hubo un corte en el suministro eléctrico, y durante el apagón se congeló todo en general. Esto coincidió también con una huelga de basuras: las calles acumulaban montañas de basura, las ratas hacían pícnics, y los más ancianos se decían unos a otros en el autobús: «¡Qué agradable es todo el mundo! ¡Es como en la guerra!»

Londres era muy diferente de como había sido en el verano de 1964, cuando había estado allí. Por entonces los Beatles (surgidos en 1960) y los Rolling Stones (en 1962) apenas despuntaban, pero ahora ambos eran grupos trascendentales. En lugar de prudentes faldas hasta media pierna, las jóvenes lucían minifaldas y medias de colores, botas hasta la rodilla y largos abrigos, que llevaban encima de las minifaldas o de vestidos largos de terciopelo o de satén, adornados con cinturones de cadenas metálicas de estilo medieval o con diminutos botones forrados. Yo me compré uno de cada: el de terciopelo era rojo, con un cinturón de cobre; el de satén era negro, con cintura entallada y mangas ajustadas. Los hippies hacían auto-stop; los discotequeros iban de discotecas. Yo tenía treinta años, y había empezado a sentirme vieja.

Mientras, en Canadá, el ambiente era muy distinto. El Frente de Liberación de Quebec llevaba años operando en esa provincia. Su objetivo era la independencia de Quebec con respecto a Canadá y la abolición del capitalismo mediante la revolución. Desde 1963, sus integrantes (los llamados «felquistas») habían llevado a cabo unos doscientos atentados con bombas y docenas de robos por todo Montreal, convirtiendo las zonas anglófonas ricas en su objetivo preferente. Seis personas habían muerto asesinadas, y muchas más habían resultado heridas. Ahora el FLQ había subido la apuesta. En octubre de 1970 James Cross, un agregado comercial británico, fue secuestrado y retenido para pedir un rescate, y también secuestraron a un ministro del gabinete, Pierre Laporte. El gobierno federal, bajo el mandato del nuevo primer ministro, Pierre Trudeau, respondió a la petición de ayuda de Montreal y Quebec, y a la indignada y atemorizada opinión pública, e invocó la Ley de Medidas de Guerra. Ésta anulaba las libertades civiles normales, lo que permitió detener y encarcelar a cientos de personas sin orden judicial y sin juicio previo. Dos días después se encontró el cadáver de Pierre Laporte en el maletero de un coche abandonado. Había sido estrangulado.

La anulación de las libertades civiles ordinarias es uno de los indicadores del camino hacia la dictadura. Las tácticas terroristas, como los atentados con bomba, los secuestros y los asesinatos políticos, constituyen otro de los indicadores de ese mismo camino.

Yo lo viví con una inmensa preocupación, a través de los periódicos ingleses. La abolición de las protecciones jurídicas normales me recordaba demasiado a la represión de la Revolución húngara de 1956, y a las tácticas nazis y a las de la Guerra Fría en general. Decidí unirme a Amnistía Internacional, que trabaja en favor de quienes han sido encarcelados injustamente por motivos políticos. Eso implicaba recibir cada cierto

tiempo el boletín informativo de la organización, lo que no hacía sino aumentar aún más mi preocupación, ya que estaba lleno de noticias de encarcelamientos sumarios, torturas y asesinatos. De ahí surgiría con el tiempo un poemario titulado *Notes Towards a Poem That Can Never Be Written*. He aquí un breve extracto:

Éste es el lugar
que preferirías no conocer,
éste es el lugar que te habitará,
éste es el lugar que no puedes imaginar,
éste es el lugar que al final te derrotará

donde la palabra «por qué» se seca y se vacía
a sí misma. Esto es hambruna.

Ni el boletín de Amnistía ni estos poemas resultaban muy esperanzadores en lo que respecta al lado más siniestro de la naturaleza humana.

Junto con el guión de mi película (parado por mi parte mientras los productores se afanaban en buscar dinero), me había llevado a Inglaterra un montón enorme de publicaciones mimeografiadas del poeta bill bissett, además de panfletos impresos y números de su revista, *blew ointment*. El nombre de la revista (literalmente, «ungüento mamado») no sólo hacía referencia al sexo oral, sino también a un remedio utilizado para las ladillas, en las que bill afirmaba tener cierta experiencia, aunque yo nunca lo comprobé. Tenía la intención de editar aquella montaña de papel y darle forma de libro «real» publicable, que luego imprimiría Anansi. Asumir dicha tarea fue culpa mía y de nadie más. Yo había afirmado que dentro de

aquel fajo de textos se ocultaba una obra de auténtico valor, y Dennis Lee me había respondido, básicamente: «Enséñamela.»

bill bissett fue uno de los primeros defensores de la «poesía sonora», y en sus lecturas hacía un uso frecuente de los cánticos y el repicar de las campanas. También fue uno de los primeros defensores de estar colocado la mayor parte del tiempo. Dejaba un montón de consonantes, mayúsculas y signos de puntuación fuera de su poesía. No estoy segura de si a bill le importaba o no tener un libro «de verdad» (¿quizá demasiado carca?), pero aceptó mis esfuerzos a su brumosa y sonriente manera, y me regaló una de sus enigmáticas pinturas, ejecutada a ambos lados de una tabla de madera.

Acabé un poco desquiciada con aquel proyecto, pero conseguí reducirlo a algo legible. El resultado fue *Nobody owns th earth*, publicado por Anansi en 1971. (Ese *the* no lleva la *e*, por si te lo estás preguntando.) ¿Por qué me encargué de ello? ¿La Señora Arreglalotodo en acción? ¿Me gustaban los retos? ¿Era mi forma de asumir riesgos? ¿Era acaso una «editora profesional» remunerada? No: los anansianos no pensaban así. Anansi era una empresa basada en la iniciativa personal y el puro instinto, y la mayoría de las tareas de ese tipo se hacían por amor al arte.

En la primavera de 1971 recibí una carta de Dennis Lee. ¿Quería unirme al consejo editorial de Anansi? Sin saber desde aquella distancia el hervidero de mala sangre, antiguas maldiciones, rencillas intestinas y puñaladas traperas que era el mundillo de las pequeñas editoriales, inocente de mí, dije que sí. No descubrí hasta más tarde que había habido una encarnizada lucha de poder entre Dennis y su cofundador, Dave Godfrey, que había ganado el primero. Poco después éste se vería desafiado a su vez por Shirley Gibson, esposa de Graeme, que por entonces era el director editorial.

Ellen Godfrey, esposa de Dave, se había aficionado a escribir relatos de misterio sobre asesinatos. Al cabo de unos años escribió uno en el que la gente pensó que la asesinada era Shirley, a quien se había dado un color de pelo distinto, y que el asesino era Dennis, físicamente alterado. La satisfacción de los deseos en su máxima expresión.

Durante mi estancia en Londres tuve mis primeros contactos con el mundo editorial inglés. Conocí a Diana Athill, la editora británica que había supervisado la publicación de *La mujer comestible* para André Deutsch. Todo el mundo quería a Diana. Entre otros, había sido editora de Brian Moore, Mordecai Richler y V. S. Naipaul. Era una persona imponente, de buena familia, y vivía en un piso en las inmediaciones de Hampstead Heath. Fue en aquel piso donde tomé por primera vez una taza de café británico que no sabía a aguas residuales, como el que solían servir en las cafeterías baratas; cargado, hecho con una cafetera francesa y servido con cristales de azúcar moreno.

En André Deutsch las cosas funcionaban de la manera más curiosa. André, un diminuto judío húngaro que había huido de los nazis antes de la guerra, tenía un enorme despacho con un gigantesco escritorio tras el que se sentaba como un pequeño emperador, gritando y dando órdenes con el ceño fruncido; Diana lo describiría más tarde en *Stet (vale lo tachado)* como «posiblemente el hombre más difícil de Londres». La propia Diana tenía un minúsculo despacho que podría haberse confundido sin ningún problema con el cubículo del conserje. Yo no tenía ni idea de que era directora fundadora de la empresa, lo que significaba que había invertido dinero en ella. Creía que era una especie de asalariada.

Al parecer, la norma entre ellos era la siguiente: André se paseaba por el mundo de la escritura como un pequeño tirano, ofendiendo a los autores y a sus agentes y provocando rupturas, y Diana correteaba tras él intentando

poner paz y barriendo lo que él ensuciaba como los limpiadores de caca de perro en las ferias caninas. El tacto era uno de sus puntos fuertes. Y sin duda lo necesitaba.

A través de Diana conocí a Jean Rhys, cuya novela sobre la esposa loca de *Jane Eyre* que acaba incendiando la casa con ella dentro había asombrado al mundo literario en 1966. Una de las razones de tal asombro era que todo el mundo la había dado por muerta. Rhys había tenido una carrera precoz en los años veinte y treinta en París, bajo el patrocinio de Ford Madox Ford, que estuvo temporalmente cautivado por ella, antes de que se sumiera en la oscuridad y la pobreza extrema en las décadas de 1940 y 1950. Con el tiempo, Rhys y su tercer marido se trasladaron a una casita de campo en Devon que les había comprado su hermano. Fue allí donde se dedicó a escribir *Ancho mar de los Sargazos*, una brillante hazaña, y una de las primeras obras modernas en reimaginar un personaje de otra novela.

Cuando se descubrió que Jean Rhys en realidad no había muerto, Diana fue a verla y le expresó un gran interés por su novela, que estaba casi terminada. Pero entonces Jean sufrió un infarto y acabó en el hospital. Diana fue a visitarla. «Prométame», le dijo Jean, «que si muero destruirá el manuscrito».

—¿Y se lo prometiste? —le pregunté yo a mi editora cuando me contó la historia.

—Por supuesto.

—¿Y de verdad lo habrías destruido?

Diana me respondió con su propia versión del «Parece que va a llover...». Al fin y al cabo, era editora. El libro era lo primero.

Diana me llevó a comer con Jean, un mujer avejentada e ingeniosa que llevaba una capa a la moda y mucha sombra de ojos verde. Ella no quería hablar de sus libros, ni de los de nadie: quería hablar de lo entretenido que

le resultaba ir de compras a Miss Selfridge, la sección de moda juvenil de los grandes almacenes Selfridges. A mis treinta años eso me pareció ligeramente grotesco (Jean Rhys debía de tener ochenta), pero ahora que soy mayor de lo que era ella entonces, le diría: «¡Vamos, Jean!»

ENTRA EN ESCENA PHOEBE, LA AGENTE

La mujer comestible apareció en Estados Unidos en el otoño de 1970. Viajé a Nueva York por algo relacionado con la publicidad, e hice una lectura en el centro cultural 92nd Street Y. Allí conocí a Erica Jong, que pronto sería famosa por *Miedo a volar*, una obra que haría saltar por los aires los tabúes sexuales de la época. Por entonces sólo era conocida como poeta (*Frutas y verduras*). Llevaba un bonito gorro escocés de un color vagamente rosado y unas gafas enormes, y fue ella quien presentó mi lectura.

En el mismo viaje conocí a Phoebe Larmore, una joven agente (traducción: tenía menos de treinta años). Había leído *La mujer comestible* y me había escrito una carta diciéndome que le gustaría representarme. Mi editor estadounidense, Peter Davison, ya me la había recomendado en mis tiempos de Edmonton. Phoebe vivía en un loft del SoHo con un columpio dentro. Al otro lado del patio interior estaba Djuna Barnes, que se había hecho famosa por su novela modernista y en parte lésbica *El bosque de la noche*, publicada en 1936. Ya andaba en los setenta y muchos y era una bebedora empedernida. Phoebe solía sacarle los envases vacíos.

La primera vez que vi a Phoebe fue en una fiesta que ella misma había organizado. Estaba sentada en el columpio de su loft, con un vestido largo ceñido adornado con una mariposa de raso. Por entonces era habitual decorar la ropa con mariposas de raso: poco después yo misma me compré

una camiseta negra con una mariposa similar. Creo que en aquella fiesta todo el mundo iba, como solía decirse, colocado hasta las cejas, excepto yo. Pero Phoebe y yo tuvimos una conversación, y se convirtió en mi agente: una relación que duraría más de cuarenta años, en lo bueno y en lo malo, y a través de numerosas aventuras.

Phoebe había asistido a una escuela femenina cuáquera y, como yo, era excesivamente práctica, por lo que siempre estábamos de acuerdo en qué era lo que había que hacer. Ella también tenía una mezcla de antepasados de Nueva Inglaterra y hugonotes franceses. Su madre era una belleza sureña, y su padre, un abogado de Pensilvania. Incluso nos parecíamos un poco, y en los eventos de autor a veces la confundían conmigo. Había sido una niña romántica, que idealizaba a la gente y las cosas. Solían castigarla a su habitación (su estricto padre, no su dulce madre) por entusiasmarse en exceso. Demasiadas vueltas y vueltas, hasta que se caía.

Su encanto despistado semisureño desarmaba a los editores, que la tomaban por tonta e incurrían en acuerdos chapuceros. Entonces sacaba a relucir su faceta de abogada, y los editores se veían atrapados patas arriba como escarabajos, agitando débilmente los brazos y las piernas, mientras Phoebe acababa con ellos. Sin embargo, ese aire despistado suyo no era una actuación: ambos aspectos de ella eran reales.

Cuando estaba en el internado cuáquero, a Phoebe la invitaron a asistir a un baile formal en un internado masculino cercano. Ella misma diseñó y se cosió un vaporoso vestido de seda, pero una de sus compañeras de habitación se acercó a admirarlo, sacudió la ceniza de un cigarrillo, y el vestido ardió. No había tiempo de hacer otro. Phoebe pidió prestado a otra de sus compañeras de cuarto un vestido formal sin tirantes y reforzado con varillas. Le quedaba un poco grande, pero gracias a las varillas el vestido se

sujetaba por sí solo. Lo metió en una funda y se fue en tren a la escuela de los chicos, como solían hacer.

Su cita resultó ser el mejor bailarín de rock'n'roll de la escuela. La pista se despejó para que todos pudieran admirar sus elegantes movimientos. Él giró alrededor de Phoebe y de su vestido, alardeando. Luego le puso la mano en la cintura y la hizo girar a ella.

—Me dio la vuelta dentro del vestido. La cremallera quedó delante, y las dos varillas quedaron detrás...

—¡Phoebe! ¡Qué desastre! ¿Y qué paso?

—Que volvió a darme la vuelta.

Tras graduarse en la universidad, Phoebe pensó que podría convertirse en trabajadora social, pero le resultó desalentador. Consiguió un trabajo como empleada «trabajadora eventual» en Condé Nast, que publicaba revistas como *Vogue*. En ese puesto, debía ir de un departamento a otro, ayudando donde hiciera falta. Dado que tenía pocas aptitudes especializadas, eso de ir de acá para allá se le dio muy bien. Una vez me envió un imán de nevera que rezaba «Deambulo de habitación en habitación», lo que de hecho podría habernos descrito a ambas. Pero durante su vida en Condé Nast leyó muchas revistas. Luego tuvo una entrevista en la agencia Paul R. Reynolds, una respetable firma dirigida por dos caballeros mayores que no eran lectores de revistas y se dirigían a ella como «señorita Larmore». Consiguió un empleo gracias a su experiencia previa: su tarea consistía en colocar extractos de libros de los autores de Reynolds en diversas revistas. Su primer encargo fue un libro de memorias de un hombre de cierta notoriedad. Pensó que podría tener cabida en una revista como *Esquire*, y lo envió. Recibió una llamada telefónica.

—Señorita Larmore. Estamos dispuestos a ofrecerle tres mil dólares por los derechos de publicación por entregas.

Ella anotó la cifra. Debería aclarar aquí que Phoebe era disléxica con los números; un rasgo extraño para una agente, pero así era.

—¿Tres... mil... dólares...? —balbuceó mirando fijamente la cifra para intentar dilucidar cuánto era eso.

—Muy bien. Que sean cinco.

—¿Cinco... mil... dólares...?

—¡Señorita Larmore! ¡Es usted toda una negociante! ¡Que sean diez!

—¿Diez... mil... dólares...?

Poco después entraba en el despacho de sus jefes.

—Acabo de vender *La autobiografía de Malcolm X* por veinte mil dólares —informó. Era una suma inaudita.

—¡Vaya! ¡Señorita Larmore, eso es impresionante! —dijeron los dos caballeros.

Más tarde, en la década de 1960, Phoebe creó su propia agencia literaria, que iba viento en popa. La dislexia, al parecer, no suponía impedimento alguno. En todo caso, le ocurría como a mí con la ortografía: otros podían hacerlo por ella.

Durante todo ese tiempo, el antiguo y Malhadado Amante de mi breve aventura en Toronto del año anterior había estado acechando, sobre todo por carta. En aquella época la gente enviaba largas misivas cargadas de signos de exclamación y repletas de Grandes Sentimientos. No temían que sus cartas se colgaran de inmediato en internet.

A continuación voy a exponer la siguiente teoría: a pesar de algunas de mis fotos de cubierta en las que aparecía con aspecto arisco-melancólico-sensual, al mirarme, los hombres no pensaban «sexo ardiente» ni (otra versión de lo mismo) «dominatrix». En lugar de eso, me miraban y

pensaban, si eran mayores: «Niñata tonta de mollera.» Pero si eran más jóvenes y se sentían más inseguros y perdidos, me miraban y pensaban: «¡Qué bien! ¡La Wendy de *Peter Pan*!» Salía a relucir la antigua genio de la Economía Doméstica: yo les haría un espacio acogedor en el que vivir, les daría de cenar y les cosería los botones, mientras ellos se iban a vivir aventuras y no crecían jamás. Graeme Gibson no tardaría en mirarme y pensar: «Excursiones en canoa»; y en eso no se equivocaba. Pero él no se iría a luchar contra el Capitán Garfio mientras yo cosía botones: viviríamos nuestras aventuras los dos juntos.

Las cartas del Malhadado Amante eran en su mayoría del tipo «Sé mi Wendy». Sin que yo lo supiera al principio, estaba entrevistando —por así decirlo— a otras dos candidatas para el puesto. Lo único que quería era una bonita vida doméstica, con tazas de té en la mesa del desayuno por las mañanas. (No había tenido una madre satisfactoria.) Yo era cruel por no acceder a proporcionarle aquella versión de sí mismo. En cambio, lo único que quise fue... ¿Qué fue exactamente? «Sexo» no lo explicaba todo, ni tampoco «pasión romántica». Hubo algo de ambas cosas, pero puede que «desvío» fuera más preciso. Me cuesta reconstruir la persona que era yo con treinta años, pero tenía una fuerte resistencia a que otros me dijeran quién era y lo que tenía que hacer, y un olfato especial para detectar a quienes deseaban manipularme y controlarme y convertirme en una Wendy. Gracias, repugnantes niñitas de mi infancia: contribuisteis a forjar mi carácter, además de a engendrar novelas. Solía tener un letrero en mi tablón de anuncios que rezaba: EL BUEN JUICIO NACE DE LA EXPERIENCIA. LA EXPERIENCIA NACE DEL MAL JUICIO Un aforismo trillado, pero exacto.

Las cartas del Malhadado también contenían bastante material sobre escritura. (Él se convirtió en un escritor prolífico, y ambos también llegaríamos a ser amigables conocidos, mucho después.) El material en

cuestión versaba sobre todo acerca de su propia escritura y de lo buena que era, o sería, y expresaban este sentir: «Yo soy un auténtico escritor, pero tú eres sólo una estrella.» No es que fuera la mejor táctica.

De este tempestuoso y contradictorio estado de cosas, y también de la segunda oleada de feminismo, que en aquel momento se estaba expandiendo por todos lados, surgió un poemario titulado *Juegos de poder*. Si lo personal era político, entonces lo político también era personal, como ocurre a la hora de la verdad, cuando se empuja a la gente bajo los trenes y se la arroja por las ventanas. Volqué en mi poemario toda la mitología, juegos de rol, elementos de cultura pop como los cómics, historia militar y postureo de género que tenía a mi alcance. Comenzaba con este dúo de pareados, frecuentemente citados:

encajas en mí
como un garfio en un ojo

un anzuelo
un ojo abierto

Sí, reconozco aquí una deuda no sólo con mis experiencias de pesca de la infancia, sino también con *Un perro andaluz*, la película surrealista de Buñuel y Dalí estrenada en 1929.

Me pareció que *Juegos de poder* era una secuencia demasiado extraña para Bill Toye y Oxford, editor de mi anterior poemario. Y de todos modos, ahora estaba en la junta directiva de Anansi, así que debía aportar mi granito de arena. En cuanto al Malhadado, dijo que era lo mejor que había escrito nunca. Pero cuando se publicó el libro, en el otoño de 1971, me salió con que nunca me hubiera creído capaz de hacer algo semejante, y que

cómo podía ser tan mezquina de publicar aquello. Por supuesto, si el Malhadado no hubiera ido diciéndole a todo el mundo que el libro iba sobre él, no se habría erigido en la víctima de mi ataque personal: yo lo había atraído a mi isla de las sirenas, le había pisoteado la cara u otras partes del cuerpo con mis zapatos de tacón de aguja, y lo había dejado solo y macilento vagando por donde no cantan los pájaros.

¿Acaso yo iba por ahí rescatando conejitos heridos? Desde luego que no. Pero es que ahora me había convertido en la *belle dame sans merci* en la tradición poética popular. Lo cual era en parte, aunque no del todo, por mi puñetera culpa.

ENTRA EN ESCENA TONY RICHARDSON

Los coproductores de la versión cinematográfica de *La mujer comestible* tuvieron un desencuentro, y Oscar Lewenstein acabó quedándose con la propiedad del filme y con un as en la manga. El as era Tony Richardson, una leyenda del cine y el teatro de los años sesenta. En esa década había dirigido numerosas obras en el Royal Court Theatre y había hecho varias películas innovadoras, como *Un sabor a miel* (1961), basada en una obra de Shelagh Delaney; *La soledad del corredor de fondo* (1962), basada en el relato de Alan Sillitoe; y, con Oscar Lewenstein, *Tom Jones* (1963). Cuando supe que el as en cuestión era Tony, no pude menos que sentirme impresionada.

(La productora de Tony, Woodfall Film Productions, se convirtió en el nuevo socio del proyecto, y Oscar y él ejercieron la opción correspondiente y adquirieron los derechos. Como por entonces nadie en Canadá sabía nada de derechos cinematográficos, el contrato no incluía una cláusula de

reversión por si al final no se hacía la película, de manera que a la larga, después de que Tony y Oscar se separaran, yo misma tuve que recomprarlos.)

Como es lógico, necesitábamos un nuevo guión: el purpurado brebaje húngaro con mujer desnuda envuelta en celofán que yo había elaborado para George Kaczender no serviría para Tony. Casualmente, Jim y yo habíamos subarrendado una casita adosada en Francia para usarla durante un par de meses a partir de mediados de abril con la ayuda de Charlie Pachter. Estaba en una especie de mini Venecia artificial, con sus canales, llamada Port Grimaud, cerca de Saint-Tropez, que en aquella época era el patio de recreo veraniego de las estrellas del cine francés. Tony tenía un enclave en las colinas que dominan Saint-Tropez, de modo que nuestra casita de alquiler tenía una ubicación ideal para que pudiéramos colaborar en los guiones.

La casa de Port Grimaud era pequeña, pero cómoda. Tenía algunos cuadros feos, que escondimos en un armario, y un enorme puzle de un cuadro de Jackson Pollock que dediqué mucho tiempo a completar cuando no estaba trabajando en *Resurgir* o en las colinas colaborando en el guión con Tony.

La propiedad de Tony se llamaba Le Nid du Duc: *nid* significa «nido», mientras que *duc* significa «duque», pero también designa una especie de búho de gran tamaño, similar al búho cornudo americano. Tony era ambas cosas: duque y búho. La finca constaba de una casa grande y otras más pequeñas, y en su día había sido una aldea de montaña. Tony se la había comprado a la actriz Jeanne Moreau.

YO: Tony, ¿qué ocurrió con los habitantes originales?

TONY: Se mataron unos a otros.

Tony era un hombre alto, delgado, encantador y educado en Oxford, y a mí me gustaba mucho, aunque no en un sentido romántico. Era divertido, talentoso y travieso, cualidad esta última que no le granjeaba la simpatía de todo el mundo. Adolecía de una relativa falta de sentido práctico, aunque era imposible saber si se trataba de una pose. Sospecho que a veces me tomaba el pelo haciéndose el inepto.

—¡Esas lavanderías de tu libro! —me soltó en una ocasión—. ¡Lavanderías! ¡Qué extraño invento norteamericano! ¡Me encantaría ver una!

—Tony, cuando estudiabas en Oxford, ¿cómo te lavabas la ropa? —respondí yo.

—No sé. Simplemente la dejaba en el suelo, desaparecía, luego volvía, ¡y estaba toda limpia!

Más tarde lo encontré examinando una nueva lavadora de carga frontal que acababan de entregarle.

—Tony —le dije—, ¿qué pasa? Pareces muy decepcionado.

—Es que creía que con esto también podías fregar los platos.

El séquito de Tony incluía a su ayudante de producción, Neil Hartley; una chica para todo llamada Anna Cottle («que rima con *bottle*»); y una cocinera, y algunas personas más, incluido un chófer, que formaban el equipo de apoyo doméstico. En lugar de perro guardián, había un pavo guardián que glugluteaba en señal de alarma a la vista de extraños y que todas las noches se caía de un árbol, glugluteando también hasta llegar al suelo. Había asimismo algunos lebreles que salían a cazar solos por las colinas, y, en un momento dado, dos peluqueros gais que ocultaban a un tercero en su armario, alimentándolo con porciones extra de sus propias cenas.

Aparte del pavo, había una pajarera con aves tropicales. Un día estaba sentada en la casa principal (la única con electricidad), tecleando el guión en una máquina de escribir eléctrica, cuando se abrió de golpe una puerta en la otra punta de la habitación y un hombre desnudo atravesó la estancia gritando. Otro hombre desnudo le pisaba los talones entre risas histéricas, mientras sujetaba una rata muerta por la cola. Eran los dos peluqueros. Por lo visto, la rata se había colado en la pajarera, donde había arrancado una pata a varias de las aves. Tony había entrado y había matado a la rata con una brocheta. Sabe Dios cómo había llegado a manos del peluquero.

También había un loro blanco llamado *Oscar* (por Oscar Lewenstein, con quien guardaba cierta semejanza), al que le gustaba dar saltitos por el césped mientras estabas recostado en la hierba discutiendo puntos de la trama, morderte los botones de la chaqueta y romperte la esfera del reloj. «¡Cuidado con *Oscar*!», te prevenían mientras se te acercaba a hurtadillas; normalmente se salía con la suya en su afán destructor, pese a las advertencias. Tony estaba empeñado en atraer al Oscar no-loro a la piscina y emborracharlo. Jamás logró ninguna de las dos cosas.

Los invitados a cenar solían comer en una larga mesa, con Tony en una de las cabeceras. Le gustaba reunir a invitados que se odiaban entre sí, lanzar un tema incendiario y observar con interés mientras se atacaban. Al fin y al cabo, era director de teatro y de cine: estudiaba el comportamiento humano.

La primera noche que asistimos a una de aquellas cenas (una fiesta de cumpleaños en honor de sir John Gielgud), el show de la sobremesa consistió en una interpretación en *playback* de *Cavalleria rusticana* ejecutada por los dos peluqueros y por Natasha Richardson, la mayor de las hijas de Tony, que a la sazón tenía nueve años. La música procedía de un tocadiscos que había en el garaje, y Natasha corría hasta allí para darle la

vuelta al vinilo cada vez que hacía falta. El público atendía sentado en un murete de piedra.

Natasha y su hermana pequeña, Joely, eran las dos hijas que había tenido Tony con la grandísima actriz Vanessa Redgrave. Tony adoraba a las niñas. Y supongo que era correspondido.

Jim y yo también recibimos algunas visitas en Port Grimaud. Rick Salutin, de la época de Camp White Pine, pasó por allí con su novia del momento, a la que llamaban extraoficialmente Merle the Girl (parodiando a un personaje de libros infantiles). Tony, siempre ansioso de novedades, los invitó a cenar con nosotros. Bien entrada la noche, alguien propuso que fuéramos a nadar a la piscina, que no tenía iluminación. Rick se quitó la ropa con entusiasmo y se zambulló. Por desgracia, era la parte menos profunda. Tuvo suerte de no descalabrarse. Ahí estaba Rick, de pie, con el agua hasta la cintura y la sangre manando de la herida de su cuero cabelludo, meditando sobre la naturaleza del Ser:

—Lo bueno del dolor es que... te hace darte cuenta de que en realidad estás... vivo.

Tony se acercó con una linterna y un botiquín de primeros auxilios, y le tendió una tirita mientras se tapaba los ojos y exclamaba:

—¡Odio la sangre!

Se completó el guión. Ya no era púrpura y ominoso, sino excéntrico y colorido. Aprendí mucho trabajando con Tony, que acostumbraba a decir a su manera indirecta:

—Necesitamos algo aquí. Algo distinto. Una variación en el tono...

—¿Como qué?

—Tú eres la escritora. Ya se te ocurrirá.

Convertir una novela que tiene mucho de monólogo interior en un filme hecho de imágenes nunca es fácil, como tendrían ocasión de comprobar

quienes adaptaron *El cuento de la criada*. Si no quieres tirar de voz en off —y en aquella época había prejuicios en contra en los círculos cinematográficos—, afrontas un reto. El otro reto era que el mundo había cambiado de manera radical entre 1963, fecha en que se ambientaba la novela, y 1971, el año en que escribíamos el guión. ¿Seguían vigentes las limitadas opciones de *La mujer comestible*? En la novela había vestidos de tubo, peinados de corte de burbuja y moños italianos. En la vida real, en 1971, se llevaban camisetas sin sujetador. Había llegado la píldora, y la minifalda, y «la revolución sexual», y la segunda oleada del feminismo. El cabello tieso, alisado y moldeado con Dippity-Do ya no estaba de moda, como tampoco el corte *pixie* que en su día popularizó Twiggy; ahora lo que se llevaba era el pelo largo, natural, mecido por el viento.

—¿Por qué no llevas el pelo suelto? —me preguntó Tony un día.

Yo llevaba un tiempo recogiéndomelo, en consonancia con mis recientes actividades académicas.

—Es demasiado rizado —le dije.

—¡Pero serías como la maravillosa naranjera Nell Gwyn!

Para los lectores que no hayan nacido en el siglo XVII, Nell Gwyn fue una célebre actriz cómica de la época de la Restauración inglesa y amante durante mucho tiempo de Carlos II de Inglaterra. Empezó su carrera a los catorce años vendiendo naranjas en un teatro, un trabajo que la habría puesto en riesgo de sufrir abusos sexuales a temprana edad, pero desde el que había ido escalando: primero como actriz en un ambiente teatral moralmente laxo, y luego hasta el mismísimo rey. Fue una mujer inteligente, divertida, emprendedora y sexy. No me pareció una comparación poco halagadora, pero no era así como yo estaba acostumbrada a pensar en mí misma. La sugerencia de Tony no era sólo una insinuación: era la visión de un nuevo estilo teatral para mí. Podía liberarme

del *tweed*. Me solté el pelo. Mi encarnación como ménade de la década de 1970 acababa de empezar.

Como no había nada que nos urgiera a regresar a Canadá al terminar nuestro contrato de arriendo en Port Grimaud, Jim y yo alquilamos otra casa en el extranjero, de nuevo a través de Charlie. Ésta se hallaba en Italia, en una aldea de montaña llamada Anticoli Corrado; estaba a unos cuarenta kilómetros al nordeste de Roma, cerca de Aquila. Antiguamente era habitual construir las aldeas en colinas: la gente bajaba a trabajar los campos, pero podía volver a subir a toda prisa si aparecían godos, vándalos u otros intrusos. Las colinas eran más fáciles de defender, antes de que se inventaran los aviones.

El apartamento en sí estaba construido justo en la ladera de roca. El techo del cuarto de baño era de piedra vista. Mientras te bañabas, podían caerte pequeños escorpiones en la bañera: los pescabas volando y los sacabas de ahí a toda prisa.

La casa no tenía nevera, así que tenías que comprar la comida fresca y comértela enseguida. Las hormigas eran un problema, pero monté un comedero para ellas con un platillo y agua azucarada. Hicieron un camino para poder atiborrarse, dando vueltas alrededor del agua azucarada como las vacas en torno a un estanque. A medida que el agua se evaporaba, la mezcla se volvía más pegajosa, y las hormigas quedaban presas, atrapadas como tigres dientes de sable en arenas bituminosas.

En lugar de tienda de comestibles, había un hombre que vendía hortalizas en la parte trasera de su camión. Tenías que gritarle los nombres de las que querías. Así aprendí Italiano Hortícola. Aunque allí nadie hablaba inglés, pronto nos dimos a conocer: «*Ah! Gli scrittori*», decían: «los escritores».

Los lugareños no se mostraban hostiles con nosotros; sólo curiosos. Como lo éramos nosotros mismos: casi cualquier cosa lograba embelesarnos. Vivíamos suspendidos en el tiempo, como si el dorado estío italiano siguiera y siguiera. Por debajo de nosotros había campos de alcachofas. «De modo que de aquí salen», reflexioné. Y grandes cardos. Sería ese paisaje el que se plasmaría en mi tercera novela publicada: *Doña Oráculo*.

En Anticoli terminé *Resurgir* y lo envié a Phoebe la Agente. Esperaba sus noticias, aunque comprendía que tardarían en llegar. Mientras tanto, había recibido una carta de Tony: me decía que había que «pulir» un poco el guión; ¿podíamos, por favor, volver a Francia y alojarnos en una de las casitas de Le Nid du Duc para que él y yo lo puliéramos juntos? Así que eso hicimos. El guión quedó reluciente. Mientras tanto, Jim y yo descubrimos que teníamos un apodo entre los cineastas residentes: nos conocían como «los Comestibles». Al fin y al cabo, ¿quién eres si no tienes un apodo?

A finales de julio, Jim y yo regresamos a Norteamérica. El también poeta Eli Mandel me había preguntado si podría sustituirlo en la Universidad de York durante su año sabático. Necesitaba el dinero, de manera que le dije que sí. Además, tenía que ocupar mi puesto en el consejo editorial de House of Anansi Press. Sería un nuevo comienzo. Y lo fue, aunque no de la forma que yo había pensado.

23

Graeme, la precuela: tercera parte

A continuación esbozaré un poco más la historia de Graeme, dado que está a punto de cobrar protagonismo.

Durante el año 1970 y la primera parte de 1971 —mientras yo estaba en Inglaterra, Francia e Italia— Graeme se dedicó a terminar su segunda novela, *Communion*. También tenía que lidiar con las secuelas del éxito de *Five Legs*. Como suele ocurrir en los grupos de amigos, como los de escritores inéditos, cuando uno de ellos hace un gran avance, los amigos de Graeme se dividieron en dos bandos: los que podían soportar su relativo éxito y los que no. Uno de estos últimos no pudo encontrar nada malo que decirle, salvo: «Siempre llevas las uñas sucias.» (No era estrictamente cierto, pero sí bastante.)

Desde su regreso de México, Graeme trabajaba como *free lance*. Había realizado algunos proyectos para la CBC, incluido uno sobre el lavado de cerebro y una serie de entrevistas con escritores de ficción canadienses para el programa de radio *Anthology*, de Robert Weaver, donde se habían radiado obras de Alice Munro, Gwendolyn MacEwen, yo misma y muchos otros. Esta serie se transformaría luego en el libro *Eleven Canadian Novelists*, publicado por House of Anansi. Graeme también hizo las fotos de los

autores: era un fotógrafo consumado, y ese talento suyo tendría un papel en los orígenes de nuestra historia.

También escribía guiones. Colaboraba con el cineasta Peter Pearson, que había descubierto a Margot Kidder (la futura Lois Lane en *Superman*) y que llegaría a dirigir el Gremio de Directores de Canadá y la entidad Telefilm Canada. Peter y yo también trabajaríamos juntos tiempo después. Yo lo conocía desde hacía mucho: como yo, había asistido al colegio público de Whitney y al Victoria College, y, también como yo, había actuado en el *Bob Revue*, el espectáculo anual de variedades del Vic. Peter solía decir que yo lo había hecho disfrazarse de Brownie y bailar alrededor de un hongo, inaugurando así su carrera cinematográfica. Obviamente, carezco del poder de «hacer» que nadie lleve a cabo tales cosas; sólo puedo sugerirlo.

Uno de los proyectos de Peter y Graeme era un guión basado en una novela de Sinclair Ross sobre la depresión relacionada con el período del Dust Bowl, *As for Me and My House*, que trata de un angustiado párroco y su amargada esposa que se ven atrapados en una pequeña población de las praderas canadienses. Peter había conseguido algo de dinero para desarrollar el proyecto, y le habían asegurado la participación de una superestrella, el actor sueco Max von Sydow (conocido sobre todo por *El séptimo sello* de Bergman), para interpretar al protagonista. Pero los inversores se fueron a pique, Peter quebró y tuvo que vender algunas de sus posesiones. Así fue como Graeme y yo adquirimos más tarde una antigua mecedora de Quebec.

En uno de sus momentos más absurdos, Graeme se involucró en un plan para rodar una película hippy de terror nudista, en la que unas hordas de adolescentes desnudos infectados por una plaga se volverían caníbales y atacarían a sus padres en los ascensores, mientras hablaban en sueco impostado. Eso fue antes de *La noche de los muertos vivientes*, pero nótese

la coincidencia de temas. El plan dependía de un suministro de película gratuita que iban a conseguir a través del productor Budge Crawley, pero éste tuvo un accidente de avión, y tanto la película como el proyecto quedaron en nada.

Mientras tanto, siendo como era políticamente un conservador de la vieja escuela (de la muy vieja escuela, en la que se suponía que las clases privilegiadas eran responsables del bienestar de los campesinos, o, dicho de otro modo, que un oficial velaba por sus hombres), Graeme hacía campaña por el Nuevo Partido Democrático (NDP), que era y sigue siendo el partido del bienestar social de Canadá. Incluso ganó un distrito electoral en lo más profundo de Rosedale, que acostumbra a ser un barrio conservador hasta la médula. Fue así como conoció a John Rich, el psiquiatra forense, que más tarde se convertiría en nuestro terapeuta; a Federico Allodi, otro psiquiatra, que había huido de la España franquista y que en breve rescataría a mi hermana de las garras de un loquero chiflado; y a Sean Kane, un colega escritor que hacia el final de la vida de Graeme intentaría hacerle reír enviándole entregas semanales de una fábula protagonizada por mapaches. (Se llama *Mapache: un cuento maravilloso*. Yo salgo, como mapache; me llamo *Touchwit*.)

Para cuando empezamos a conocernos mejor (más allá de la fiesta de entrega de la medalla a Milton Acorn), Graeme vivía en un trastero en un apartamento de la planta baja de una minimansión ubicada en la exclusiva South Drive de Rosedale. Su esposa, Shirley, ocupaba el dormitorio principal. Ambos declaraban que tenían un «matrimonio abierto», lo que en la práctica significaba que, aunque mantenían la familia unida por el bien de sus dos hijos, habían seguido caminos románticos separados durante al

menos cinco años. En esa época, Graeme había estado siguiendo su camino separado en compañía de una única pareja, mientras que Shirley había diversificado sus numerosos caminos. De ahí lo del trastero; Graeme afirmaba que no le importaba, aunque, siendo claustrofóbico como era, sin duda debía de resultarle difícil. Imagino que mantendría la puerta abierta.

Graeme y Shirley hablaban de la separación. Él se llevaría a los niños y viviría en Port Hope, un pueblo cercano, porque quería salir de la ciudad. Shirley iría los fines de semana. Por aquel entonces estaba enredada con Russell Marois, un novelista muy joven que había estado escribiendo en el sótano de House of Anansi Press, que Shirley regentaba. Russell había publicado una única novela en 1969, *The Telephone Pole*, en la colección Spiderline de Anansi, dedicada a la nueva ficción. *Montreal Gazette* dijo de la novela: «Trata del espeluznante aislamiento que una serie de personajes vive en una zona decadente de Montreal. Situados en diversas etapas de la adolescencia, lidian con la sexualidad y el poder en un mundo sin historia... terrible, negro, espiritualmente desolado, desconcertante...»

Russell, que tenía veintitrés años, quería que Shirley, de cuarenta y cinco, dejara a los niños y huyera con él. Ella estaba indecisa. Graeme había pasado una tarde entera estrellando todos los platos y vasos contra la pared. Pese a todo, Shirley y él seguían celebrando alegres cenas con carne asada y mucho vino, y llamándose «cariño» el uno al otro a la manera inglesa, de modo que, si uno no supiera lo del trastero y lo del joven amante novelista y lo de la vajilla rota, nunca lo habría adivinado.

¿Qué había llevado a ese estado de cosas?

Mientras Graeme estaba en México, sus padres se habían separado tras veinte años de acritud y de intentar que el matrimonio funcionara. La suya era la típica historia de tiempos de guerra: el marido se marchaba al frente y se enfrentaba a la muerte; la mujer se quedaba en casa preocupada y

manteniendo encendido el fuego del hogar. A veces el marido recibía una carta de hasta aquí hemos llegado porque la esposa ya no toleraba la espera. A veces la esposa recibía un telegrama con ribetes negros porque habían matado al marido. A veces el marido le era sexualmente infiel porque al día siguiente podría estar muerto. A veces la esposa se enteraba. A veces lo entendía y lo perdonaba. Otras no.

En la historia de los padres de Graeme había una baronesa holandesa que fumaba puros (imagino que elegantes puritos antes que gruesos habanos). Cuando el general regresó a Canadá, empezaron a llegar cartas desgarradoras suyas. Hubo una revelación y luego amargura por parte de la madre: con la de apuestos aviadores de la Pequeña Noruega que ella había rechazado, ¡y mira en qué andaba metido su marido! Ambos progenitores llamaban a Graeme en plena noche, sollozando y buscando legitimación o consejo. Eso duró algún tiempo, y fue a peor.

Al final, la madre de Graeme hizo las maletas y se fue. Tenía la intención de volver a Australia vía Inglaterra, pero no llegó a hacerlo. Había enfermado de un agresivo cáncer de garganta (había sido una fumadora empedernida) y se estaba muriendo en Londres. Graeme se enteró por su hermano Alan y partió de inmediato. No sé muy bien por qué se llevó consigo a su hijo de cinco años, Matthew, pero su madre murió antes de que llegara. El niño conoció a su prima de dos y medio, que le dio un mordisco. Todo aquel viaje fue tan estresante para el pequeño Matthew que incluso se le acabó cayendo el pelo.

El matrimonio Graeme-Shirley había sido monógamo hasta entonces, pero durante la ausencia de Graeme su esposa comenzó una aventura con un joven mexicano con quien él jugaba al ajedrez. No la culpo. Por entonces Graeme estaba obsesionado con su novela; caía enfermo cada dos por tres (creemos que de hepatitis B) y supongo que tanto abatimiento,

fiebre y rechinar de dientes eran un fastidio para Shirley, que quizá había empezado a sentir que su vida útil era limitada y que más le valía sacar toda la tajada sexual que pudiera antes de que se le agotara el tiempo.

Ya habían tenido alguna que otra desavenencia matrimonial, aunque ¿quién no las tiene? A veces pasan cosas, incluidos los amoríos con jóvenes inadecuados, como yo misma podía atestiguar. Todo eso era normal en los años sesenta, aunque yo pensaba que al menos debías asumir la responsabilidad de tus actos. Y eso incluía no culpar a otros de tus decisiones, sobre todo a personas (como yo) a las que ni siquiera conocías en el momento en que las tomaste. Yo no era la destrozahogares que Shirley me haría parecer más tarde: el hogar ya estaba completamente destrozado antes de que yo entrase en escena.

Graeme no se enteró de la aventura de Shirley hasta que la familia estuvo de vuelta en Canadá y el amante ajedrecista mexicano empezó a quejarse por carta. Graeme asegura que él intentó arreglar el matrimonio (pensando en los niños), pero Shirley no quiso. Ella quería que él estuviera allí, que sacara la basura e hiciera de papaíto para los niños, pero ya no quería un rescatador de doncellas que fuera amable y paternal y la ayudara a resolver sus problemas financieros y domésticos. Deseaba algo más precario y heathcliffiano, si no decididamente draculoide; algo más parecido a Russell Marois. La oscura, destructiva y rugiente Sombra Junguiana. Quienquiera que fuese Graeme el Rey León, pese a su ascendente Escorpio, desde luego no era eso.

Añado aquí que Shirley tenía un pasado problemático: su madre se había divorciado de su padre, que incurría en violencia doméstica, y con siete años Shirley había comparecido como testigo en el juicio. Entonces no había divorcios sin culpa: había que demostrar que el otro cónyuge era un sangriento asesino o una furcia. A Shirley le caía mejor su padre que su

madre, así que verse obligada a testificar contra él en un tribunal fue todo un calvario para ella, y acabó sufriendo un colapso, el primero de muchos. Para colmo de males, su hermano murió el último día de la guerra. Le habían tocado malas cartas.

HAROLD WILSON, EL LORO

Durante su estancia en México, Graeme había rescatado un loro y lo había llevado consigo. Se llamaba *Harold Wilson*, en honor del destacado político laborista británico. Graeme intentó enseñarle a decir: «¿Y qué pasa con los trabajadores?», pero no hubo manera. Sin embargo, sí que podía imitar una aspiradora, además de otras voces y ruidos domésticos. Después de desayunar, Graeme solía sentarse en el porche, escribiendo o fumando, con *Harold* en la jaula tras él, oculto a la vista de los transeúntes. Cuando pasaban muchachas jóvenes taconeando de camino al trabajo, *Harold* les silbaba. Ellas miraban alarmadas a Graeme, y él negaba con la cabeza y señalaba hacia atrás, intentando indicar que los silbidos no eran suyos. Entonces *Harold* gritaba «¡aaargh!», consolidando así la opinión de que Graeme no sólo era un lascivo depredador, sino que además estaba loco de atar.

A *Harold* se le empezaron a caer las plumas. En su *Bedside Book of Birds* dice Graeme:

> Cuando llegó el invierno y la oscuridad, vi que el pájaro estaba deprimido: ya era bastante malo que los días fuesen cada vez más cortos, pero también intuí que se sentía solo.

En primavera ya había dispuesto que se entregara al zoo de Toronto, una sencilla operación por aquel entonces. El propio director nos condujo a la pajarera, donde se había preparado una jaula adecuada. Dentro lo aguardaba una hembra de loro llamada *Olive*.

Bajo la atenta mirada de mis hijos y de un grupo de gente que se iba congregando, entré en la jaula, con *Harold* en la muñeca. Cuando lo deposité en la percha principal, *Olive* se apartó de mala gana. Me despedí de él y me di la vuelta para marcharme. Entonces *Harold* hizo algo que me dejó pasmado. Por primera vez, y con la misma voz exacta que habrían empleado mis hijos, gritó: «¡Papá!» Cuando me volví para mirarlo, estaba inclinado hacia mí, expectante. «¡Papá!», repitió.

No recuerdo lo que le dije. Algo sobre que allí sería más feliz, que pronto haría amigos; el tipo de cosas que les dices a los niños cuando los dejas en el campamento. Pero fuera de la pajarera aún podía oírlo gritar «¡Papá! ¡Papá!» mientras nos alejábamos. Me quedé destrozado al descubrir que *Harold* sabía cómo llamarme, y que lo sabía porque se había identificado con mis hijos. Ahora creo que siempre lo supo, pero que lo utilizaba —por primera vez— movido por la desesperación.

Pensamos en nuestras aves cautivas como nuestras mascotas, pero quizá nosotros también seamos las suyas.

Si detectas en esta historia el eco de un Graeme de cinco años que ve como su padre se aleja rumbo a la guerra, me temo que no te equivocas.

El loro *Harold* fue a buen seguro el preludio de lo que pronto se convertiría en una pasión decisiva para Graeme. También en su *Bedside Book of Birds* explica:

> Llegué a las aves relativamente tarde en mi vida. Durante casi treinta y siete años no entendí la observación de aves. Recuerdo lo excéntrica, lo curiosa, incluso misteriosa, que me parecía dicha actividad. ¿Quiénes eran esas decenas de miles de personas con calzado cómodo, predilección por la ropa impermeable paramilitar y una devoción casi risible por los pájaros?

Entonces, mientras paseaba por el barranco de espesos bosques de Don Valley, que atraviesa el centro de Toronto, se abalanzó sobre él un busardo colirrojo. No era «la paloma que al descender rompe el aire» de Eliot, pero sí algo similar: una aparición. En un momento pentecostal, el Espíritu entró en él, y tuvo la necesidad de saber qué pájaro era aquél. Imagino que encontró la respuesta a través de John Livingston, amigo suyo desde su época anterior a México. John ya era un reputado naturalista, ecologista, autor y profesor. Sin duda tendría el libro de aves apropiado. Y Graeme se enganchó.

Aquel pájaro fue un guía para él, una puerta de regreso a un mundo que había amado de niño. El gran bosque del norte, los aullidos lejanos de los lobos, las llamadas de los colimbos, el ulular de los búhos, el viento en los árboles, las olas en la orilla.

Llevaba veinte años separado de ese mundo. Y estaba a punto de adentrarse en él de nuevo.

24

Survival

Cuando regresamos a Canadá compré una casa, alentada por Charlie Pachter. Gracias a los ingresos de mis guiones y los derechos cinematográficos, y a la seguridad de mi puesto académico, tenía suficiente dinero. Por entonces las hipotecas eran más fáciles de conseguir, y, en términos comparativos, las viviendas resultaban más baratas que ahora. La mía estaba en la avenida Hilton, cerca de la Casa Loma, el enorme falso castillo que se había hecho construir en Toronto un millonario excéntrico, aunque también cerca de Bathurst Street, una calle especialmente ruidosa. No teníamos muchos muebles, pero sí un puf de bolitas en el que le gustaba orinarse a nuestra gata, llamada *Patience* por la ópera homónima de Gilbert y Sullivan.

Jim y yo ocupamos la primera y la segunda planta. En la tercera había tres pequeñas habitaciones que en un abrir y cerrar de ojos quedaron habitadas por tres personas: primero mi hermana, que por entonces rondaba la veintena y que acabó ahí a instancias de mis padres porque se suponía que yo aún seguía teniendo «muy buena mano con ella»; luego apareció ahí sin más un estudiante varón en plena adolescencia; por último, una joven a la que se dio cobijo como un favor a mi Novio Muy Simpático de Vancouver; él tenía un gran corazón y adoraba ayudar a la gente. Estos tres eran oficialmente inquilinos; pagaban un alquiler, más o menos.

Phoebe la Agente había enviado el manuscrito de *Resurgir* a los editores de *La mujer comestible*: McClelland & Stewart en Canadá, André Deutsch en el Reino Unido, y Atlantic Monthly Press en Estados Unidos. En las dos primeras negociaciones todo fue sobre ruedas, pero en Estados Unidos hubo un problema. Peter Davison, editor de *La mujer comestible* y también poeta, había pedido una excedencia para poder centrarse en la escritura, y había dejado al mando a un editor neófito. El tipo en cuestión le dijo a Phoebe que había que eliminar a tres de los cuatro personajes de la novela. Ni ella ni yo estuvimos de acuerdo: con un solo personaje apenas quedaría trama. Phoebe le quitó el libro a Atlantic y se lo dio a Simon & Schuster. Cuando Peter volvió de su año sabático y descubrió que su autora se había esfumado, se enfadó con Phoebe, sobre todo porque él mismo me la había recomendado encarecidamente. Pero así es la vida editorial: dales la espalda un instante, y los autores estarán fuera de sus jaulas y escabulléndose hacia la salida.

El editor de Simon & Schuster era Dan Green, que venía del mundo del marketing y al que habían decidido dar una oportunidad en la dirección editorial. Dan era neoyorquino hasta la médula, y apenas tenía la más remota idea de lo que ocurría fuera de Nueva York, por no hablar de Canadá. Una vez perdió su pasaporte en una conferencia en Montreal, y lo desesperaba la idea de quedarse atrapado allí para siempre, como en uno de los helados círculos del infierno de Dante.

Como en el libro hay pesca, cuando salió a la venta Dan dirigió la publicidad hacia los lectores masculinos aficionados a las actividades al aire libre. Eso hizo que las potenciales lectoras lo evitaran en masa. Una vez que los supuestos pescadores se dieron cuenta de que la novela tenía una protagonista femenina, contenía asuntos reproductivos turbios, entre ellos un aborto, e incluía a una mujer que acababa desquiciada por completo entre el follaje, lo abandonaron. Y entonces lo descubrieron las lectoras que

al principio se habían asustado, perdonaron lo de la pesca, y se apresuraron a volver a él. Uno nunca sabe qué vida le aguarda a un libro en cuanto escapa al control de su autor. Tienen sus propias aventuras, absolutamente al margen de sus creadores.

En el tortuoso camino hacia la publicación, llega el momento en que el autor tiene que leer las galeradas para corregir posibles errores. El corrector estadounidense de *Resurgir* nunca antes había revisado un libro de ficción. El mío tenía numerosas frases encadenadas, y también puntos y coma. ¿Me había inspirado en Proust, cuya obra *En busca del tiempo perdido* contiene algunas de las frases más largas jamás escritas? ¿O en James Joyce, en concreto en el último capítulo de su *Ulises*? ¿O simplemente se me daba mal la puntuación? El corrector había optado por la tercera explicación: había revisado todo el manuscrito y transformado las evocadoras frases de mi monólogo interior en inglés estándar. Lupa en mano, debido al reducido tamaño de la letra en las galeradas, tuve que volver a cambiar los puntos por los originales dos puntos, comas y puntos y coma que yo había escrito.

Dos veces por semana viajaba al norte, al ventoso campus de la Universidad de York, para impartir las dos clases del poeta Eli Mandel mientras él estaba fuera, de año sabático: una era un incipiente curso de escritura creativa; la otra era la parte inglesa de un curso bilingüe de Literatura Canadiense. Yo sabía muy poco sobre ambas materias.

Impartí el curso de escritura creativa como si la escritura no tuviera lugar en el vacío. De adolescente me habían educado en el método de la lectura detallada: el texto, el texto y nada más que el texto. Daba igual de qué modo se hubiera divulgado o publicado dicho texto (tradición oral, tablillas de arcilla, grabado en piedra, transcrito a mano [Chaucer], novelas en tres volúmenes [Scott, Austen], por entregas [buena parte de Dickens], mediante *samizdat* [países del bloque soviético]); ni quiénes fueran sus lectores (tus

amigos, las clases medias, las grandes masas populares); ni cuándo se hubiera escrito (durante una monarquía, en tiempos de bonanza, en una dictadura, en una depresión, durante una guerra); ni qué acogida tuvo (popularidad instantánea, obra maestra ignorada, vetado o prohibido, redescubierto); tampoco importaba la propia vida del autor (infancia desastrosa, sexo pervertido, muerte prematura, mal comportamiento)... Nada de todo eso contaba cuando yo era estudiante. Pero después de haber profundizado en la época victoriana, que es la gran era de la imprenta, de verme publicada y reseñada, y de estar vinculada a una pequeña editorial literaria, tenía un renovado interés por tales factores.

También sentía curiosidad por la atribución de género a los estilos de prosa. En el instituto habíamos leído un ensayo que comparaba el estilo de prosa masculino (contundente, claro, de colores primarios, directo, fuerte) con el femenino (etéreo, difuso, de tonos pastel, indirecto, débil). No recuerdo el autor —¿sir Arthur Quiller-Couch?—, pero me sentí ofendida por ese ensayo, por más que tratara de estilos de prosa y no de personas. Mi novio pintor de 1960 me había dicho que el término que se utilizaba entonces para referirse a un mal artista era el de «pintora», ya fuera hombre o mujer. De igual modo, leyendo críticas de libros había observado que «(ella) escribe como un hombre» era una expresión elogiosa, mientras que «(él) escribe como una mujer» era lo contrario.

El contenido se juzgaba de forma similar: las mujeres que escribían sobre la vida doméstica (matrimonios, colada, cocina, hijos, amoríos con los vecinos de al lado) eran mezquinas y limitadas, y carecían de visión de conjunto. Los hombres que hacían lo mismo (Flaubert, John Updike, John Cheever) llevaban a cabo una encomiable exploración de las motivaciones ocultas que subyacen a nuestras decisiones personales más cruciales, unida

a una asombrosa capacidad de observación de los detalles prosaicos, como las lavadoras.

Wordsworth escribiendo sobre los narcisos era un genio, pese a tantos revoloteos y bailes. Pero si Emily Dickinson hablaba sobre serpientes era... ¿qué?, ¿poco femenina? Antes no tenías forma de salir airosa: podías ser poeta pero no del todo mujer, o mujer pero no del todo poeta. ¿Debías adoptar por fuerza un seudónimo masculino, como los de George Eliot y George Sand, para que se leyera tu obra como una obra real? Desde luego, eso es lo que yo creía a finales de los años cincuenta, cuando firmaba mis escritos como «M. E. Atwood».

Quizá estés pensando que ese tipo de cosas quedaron superadas hace mucho. Pero no es así. En 2008, un escritor de relatos que se vio excluido de un par de antologías lanzó una campaña en la que organizó a más de una docena de acólitos para que bombardearan con críticas negativas a los traviesos antologistas durante un período de dos años. Entre otros pecados, los acusaron de escribir «como las chicas», reminiscencias de aquello del estilo «masculino». Fue esa situación la que inspiró mi relato «Cut & Thirst», que escribí en el año 2024. Uno de los personajes del relato, Fern, se basa en Jane Urquhart, una de las principales víctimas de la campaña de desprestigio.

De vuelta en 1971, ideé una pequeña tortura para mis alumnos de la Universidad de York. Leeríamos fragmentos de ficción de diferentes épocas, y luego intentaríamos adivinar si el escritor era hombre o mujer basándonos únicamente en el estilo: cómo se encadenaban las palabras, el uso de las voces activa y pasiva, la elección de adjetivos y demás. La temática variaba, aunque no se podía dar por sentado que sólo las mujeres podían escribir sobre temas «femeninos», como dar a luz y mantener relaciones sexuales con hombres. (Tenía en mente el monólogo interior de Molly Bloom de

Joyce, la conocida escena del parto de Tólstoi y la obra *El infierno*, de Henri Barbusse.) De igual modo, mis alumnos no debían suponer que sólo los hombres escribían sobre las experiencias y emociones masculinas. (¿Emily Brontë en *Cumbres borrascosas*?, ¿George Eliot en *Middlemarch*?) Únicamente debían tener en cuenta el estilo.

Los alumnos lo hicieron bastante regular en el ejercicio de identificación de sexos, lo que nos llevó a la conclusión de que los escritores de todo tipo suelen escribir en el estilo propio de su época. Los dramaturgos isabelinos suenan a isabelinos, los novelistas victorianos suenan a victorianos, los escritores de cuentos modernistas del siglo XX suenan a escritores de cuentos modernistas del siglo XX, etcétera. Dejo a tu criterio la decisión de si nuestras conclusiones eran o no correctas.

El siguiente paso fue hacer que los alumnos leyeran el equivalente a un año de reseñas de libros publicadas en periódicos y revistas canadienses. Debían clasificar por sexo tanto a los autores de las reseñas como a los de los propios libros reseñados; esto es: libros de hombres reseñados por hombres, libros de hombres reseñados por mujeres, libros de mujeres reseñados por hombres y libros de mujeres reseñados por mujeres. Luego debían buscar palabras clave tales como «contundente», «masculino», «solipsista», «pastel» y demás. Como cabía esperar en 1971, la mayoría de los libros eran de hombres, así como la mayoría de las reseñas. «Solipsista» (egoísta, egocéntrico, cerrado) aparecía en las reseñas hechas a mujeres, tal vez porque éstas escribían abiertamente sobre experiencias personales, pero no en las reseñas hechas a hombres. Se suponía que las mujeres eran más subjetivas, menos lógicas, y se veían más fácilmente postradas por las emociones. En aquella época anterior a los ordenadores y las hojas de cálculo en línea, los pobres estudiantes tuvieron que hacer todo el trabajo de búsqueda y clasificación a mano. ¡Menuda déspota estaba hecha!

En la tercera parte del ejercicio escribimos cartas a veinte autores: diez mujeres y diez hombres. ¿Alguna vez se habían sentido discriminados en la reseña de una obra suya por motivos de género?, les preguntamos. Algunos de ellos no respondieron. Ninguno de los hombres que sí lo hicieron dijeron que les hubiera ocurrido. Alrededor de un tercio de las mujeres dijeron que sí. Por si servía de algo.

GRAEME ME HACE UNA FOTO

Anansi debía publicar mi colección de poemas *Juegos de poder* en el otoño de 1971. En Canadá, el tiempo que separaba el manuscrito del libro terminado era mucho más breve por aquel entonces, sobre todo en las editoriales más pequeñas, ya que no había un enorme aparato de marketing y publicidad que poner en marcha, ni cadenas de librerías, ni presentaciones.

Graeme hacía todas las fotos de autores para Anansi, así que también se encargó de las mías. Hicimos la sesión de fotos en su patio trasero. Aún no había cámaras digitales: tomabas las fotos, revelabas los negativos, hacías las copias y las colgabas para que se secaran. Él tenía un pequeño cuarto oscuro y se encargaba de todo el proceso. En algunas de las fotos aparezco jovial y despreocupada, pero en la que se eligió para el libro salgo seria y con una mirada fija, de basilisco, que me da un aspecto mortífero, como si estuviera a punto de disparar una flecha de ballesta directa al corazón.

Graeme Gibson

Graeme tenía dos versiones distintas acerca de cuándo se fijó en mí como posible aventurera de excursiones en canoa y compañera de vida. Una la situaba en la sesión fotográfica: contemplar mis cautivadores ojos a través del objetivo de una cámara fue definitivo para él, decía. La otra historia tenía que ver con una reunión informal en la que estaba presente Anna Porter. Por entonces se la conocía como Anna Szigethy (alias Anna Spaghetti), y era una preciosa refugiada húngara de cabello rubio que acababa de llegar a Canadá y se había abierto camino en el mundo editorial. Era el ídolo secreto a quien adoraban todos los jóvenes escritores varones de Canadá, salvo los retorcidos que nos preferían a Gwen MacEwen o a mí como sus poetas de calendario. O al menos eso me han dicho.

Aquel día Anna llevaba minifalda, y un reloj enorme de plástico blanco. Pude verlo de cerca porque me había desviado del tema de la reunión para leerle la mano a Anna. Graeme también estaba allí, por razones que he olvidado. Fue testigo de la lectura y, según él, le asaltó el deseo de que le cogiera la mano. Al final le leí las manos también a él. Le expliqué que, en su caso, la línea de la vida, la del intelecto y la del corazón se juntaban, lo

cual era inusual: lo que hiciese en cualquiera de los diferentes ámbitos de la vida afectaría al resto. Y así fue.

Yo no era consciente de su interés no platónico en mí. Una de mis teorías sobre los escritores de novelas es que no saben más que nadie sobre la naturaleza humana: saben menos, y sus novelas son intentos de averiguarlo. «¿Cómo he podido ser tan tonto?» podría ser el subtítulo de muchas novelas. O al menos de muchas de las mías.

Por entonces yo ya había empezado a asistir a las reuniones del consejo editorial de Anansi, la mayoría en el Red Lion de Jarvis Street. Anansi ya no tenía su sede en el sótano de Dave Godfrey, donde se habían escondido toda una serie de insumisos opuestos al servicio militar y/o trabajadores infatigables por la causa literaria, incluido Russell Marois, junto al horno y entre las tuberías de vapor. Desde las desavenencias entre Dave y Dennis Lee, el improvisado local de la empresa había ido cambiando.

Las obligaciones de los integrantes del consejo eran muchas y variadas, y en las reuniones no siempre estaban sus miembros oficiales; podían ser adláteres, gente a quien Dennis consideraba interesante u operativos secretos. Por ejemplo, hacíamos publicidad de los libros grapando carteles por las noches en vallas publicitarias y postes de teléfonos. Además de ser el fotógrafo de las cubiertas, Graeme era el jefe de la brigada de grapado nocturna.

Los escritores miembros del consejo nos editábamos unos a otros. También leíamos cientos de manuscritos no solicitados. Mi favorito de aquella pila de manuscritos fue uno que revelaba la verdadera naturaleza de nuestro planeta; la Tierra no era redonda, sino que tenía forma de puro, y un túnel la atravesaba justo por en medio, que era adonde habían ido a parar todos los barcos y aviones desaparecidos. Otro de mis preferidos proponía un plan de vida colectiva: en un edificio estilo colmena, en cueros, y con

esposas intercambiables. Como utopía poco práctica superaba a cualquiera de las que había leído, pero a su autor (un hombre) le entusiasmaba.

Dennis solía estar presente en las reuniones. Al igual que Shirley Gibson, que dirigía la oficina. Por entonces era una rubia y todavía hermosa mujer de cuarenta y seis años, en apariencia discreta y un tanto afectada, ya que había sido actriz aficionada. Al principio era amable conmigo, sobre todo cuando quería que asumiera trabajo extra. De vez en cuando aparecía algún escritor nuevo: fue en el Red Lion donde conocí a Matt Cohen, que ya había publicado un libro en Anansi. Me convertí en su editora; en sus memorias de aquella época, *Typing*, que terminó tres semanas antes de morir de cáncer de pulmón en 1999, dice lo siguiente sobre mí:

> Atwood era menuda y delicada como un elfo, con una mata de pelo crespo, ojos penetrantes, una lengua afilada y unos modales a la vez bruscos y amables. Ya me intimidaban su poesía y su éxito, pero el hecho de que Dennis confiara en sus capacidades editoriales era lo más aterrador de todo.

¿Aterrar yo? Prefiero lo del elfo. Aunque, obviamente, los elfos también pueden ser aterradores.

A veces el contable también asistía a nuestras reuniones. Debería escribir más bien El Contable, como un superhéroe de cómic. El Contable tenía poderes especiales, ya que entendía cosas que ninguno de los demás entendíamos. Creo que hacía su trabajo *pro bono*. Aquellas reuniones con El Contable eran ocasiones solemnes, puesto que Anansi siempre estaba a punto de quedarse sin dinero.

Mientras tanto, de vuelta en la avenida Hilton, era finales de octubre y yo organizaba una fiesta de cumpleaños de Halloween para mi hermana. Se trataba de una fiesta de disfraces. Jim y yo íbamos de la Vida y la Muerte, aunque he olvidado cuál de los dos era cuál. La Vida iba vestida de blanco y con un sol resplandeciente; la Muerte, de negro y con una calavera. En cierta ocasión, en una fiesta de disfraces de temática romana en mis tiempos en Harvard, me disfracé de Pecho de Cleopatra, con un salto de cama de color beige, y Jim se disfrazó del áspid.

Probablemente fue esa fiesta de Halloween la que dio lugar a un rumor que animó los cotilleos literarios: se decía que yo tenía la costumbre de vestirme con el atuendo completo de la corte francesa prerrevolucionaria, incluyendo la alta peluca empolvada blanca, el miriñaque y el abanico, y que de noche deambulaba así vestida por las calles de Toronto. ¿Qué me traía entre manos? Quizá las actividades habituales de los muertos vivientes: algo de seducción, algún que otro aullido, algo de chupar sangre... Por desgracia, la historia era falsa.

Dennis Lee se presentó en la fiesta de Halloween vestido con su ropa normal.

—¡Dennis! ¡No vas disfrazado! —exclamé.

—Voy de *wasp* —replicó él.

Me contó que acababa de volver en coche de la cercana población de Port Hope, donde había tenido que identificar un cadáver en muy malas condiciones. Era el cuerpo de Russell Marois, el joven autor de Anansi que en los últimos tiempos había sido amante de Shirley Gibson. Russell se había vaciado los bolsillos, excepto el número de teléfono de Shirley, y se había tendido en las vías del tren, donde lo había arrollado un convoy. Shirley había recibido la llamada de la policía. ¿Se trataba de una venganza de Russell porque ella no había querido fugarse con él?

Fuera como fuere, Shirley había sufrido otro colapso y estaba tumbada en una habitación a oscuras. El plan anterior, según el cual Graeme viviría en Port Hope con los niños y Shirley iría a verlos los fines de semana, era evidente que se había ido al traste. No puedes mudarte a una población donde ha sido mortalmente arrollado un amante.

Cuando todos se hubieron recuperado lo suficiente del suceso del tren de Port Hope, Graeme y Shirley reanudaron su representación de un matrimonio abierto pero estable y encantador. A Graeme le encantaba organizar cenas en las que se comía de muerte y en abundancia, corría el vino, y la conversación era animada. Inevitablemente, a Jim y a mí, como la joven y talentosa pareja de recién llegados que éramos, nos invitaban a aquellas cenas. En apariencia, todo en *chez* Gibson parecía idílico. Los dos niños vivían en un estado de bendita ignorancia, ajenos a los oscuros remolinos que giraban de forma vertiginosa a su alrededor. No les parecía extraño que su padre durmiera en un trastero. Sin duda les habían dado alguna explicación plausible: ¿ronquidos, tal vez? Como me decía Matthew, el Hijo n.° 1, hace unos meses: «Era un hogar feliz. Hasta que dejó de serlo.»

Tras la desaparición del amante mexicano y el suicidio del joven novelista, Shirley tenía un plan B: seduciría a Jim. Empezó a invitarlo a su casa para tocar el piano a cuatro manos con ella. En este plan de seducción tuvo un breve éxito, o al menos eso me ha dicho una fuente no del todo fiable, aunque yo no había oído esta historia hasta hace poco, apenas cincuenta y un años después.

Jim y yo habíamos estado moderadamente bien en Inglaterra, Francia e Italia, eludiendo la cuestión abierta de nuestro futuro, pero al volver a Toronto las cosas habían empezado a desencajarse de nuevo. A Jim le faltaba un objetivo en la vida. Hubo un tiempo en que había querido ser

escritor, e incluso le habían publicado un relato corto como el «primero» en la revista *Atlantic* (algo muy impresionante), pero ahora decía que no sentía el impulso de escribir. Y ahí estaba, en un país extranjero, sin un puesto académico ni un empleo, casado con una irresponsable que se centraba en escribir y quién sabe qué más. ¿Acaso yo le había arruinado su vida?, me preguntaba inquieta. Supongo que se sentía atrapado. Como solía hacerse, acudió a un analista freudiano.

El analista en cuestión se lo había recomendado Charlie, que a su vez estaba viviendo algunas aventuras terapéuticas en un intento de dejar de ser gay. En aquella época, tales transformaciones se consideraban posibles y deseables. Tiempo después, Charlie gustaría de imitar al analista, que era vienés: «El pene se *intrrroduce* en la vagina. Es lo *norrrmal*.» El loquero también opinaba que la relación de Charlie con su gata, *Brenda*, no era sana («Lo *contrrrario* de sana»). No estaba bien que Charlie metiera las patas traseras de *Brenda* en unas botas de goma mientras exclamaba «¡La gata con botas!», ni que la asustara abriendo y cerrando deprisa el paraguas o apuntándola con la boquilla de la aspiradora.

El analista no sólo había perdido a toda su familia en el Holocausto, sino también el sentido del olfato. Yo misma acudiría a él más tarde para saber qué rumbo marital debía tomar: ¿Graeme, Jim o sola? No me hizo mucho caso; sospecho que me encontraba tediosamente normal. Le pregunté cómo soportaba escuchar a toda aquella gente de clase media con sus pequeños problemas, después de lo que él había pasado. Me contestó: «Todo es dolor.» Traducción: el dolor de una persona le duele a ella, ¿y quién es nadie para decirle que no debería sentirlo? Un buen consejo. A Jim, que presumiblemente había estado hablando de su aventura con Shirley, el analista le dijo: «Dos lisiados no hacen un bailarín.»

El estado de nuestro matrimonio era confuso, no sólo para nosotros, sino también para los demás. Graeme se dio cuenta de que yo me hallaba en una especie de limbo. Su acercamiento a mí no implicó una súbita pérdida de control en la banqueta de un piano, como en los anuncios de perfume. Se mostró más bien lento y cauteloso, como quien rodea a un conejo asustadizo, o posiblemente a un zorro. No deseaba asustarme, ni asustarse él mismo: su objetivo era vivir una vida juntos, no una aventura; a él no le iban las aventuras. Es cierto que desde la ruptura de su matrimonio había tenido a una única pareja (aprobada por Shirley), pero sólo una.

Para nuestra primera cena juntos, Graeme me llevó al único restaurante japonés que había entonces en Toronto. Yo nunca había estado en un sitio así. En el plato había una roseta de color verde pastel hecha con una manga de repostería. Lo único que yo había visto antes de la misma forma y color era una roseta verde de queso para untar. Así que me lo metí entero en la boca, y a continuación, en estado de shock, me lo tragué. Era wasabi: rábano picante japonés. Sentí que me atravesaba una ráfaga de fuego. Debí de ponerme de un rojo intenso. Me quedé sin habla.

Graeme observaba todo el proceso con sumo interés. En el futuro, cuando contaba la historia, sostenía que en aquel momento había pensado: «¡Qué mujer!» Sólo Dios sabe lo que pensó *de verdad*.

El cortejo se desarrolló según los cánones de los años cincuenta, o quizá incluso del siglo XIX: cogiéndonos de la mano mientras caminábamos bajo la nieve; viendo partidos de hockey en bares; comiendo sándwiches de langosta en un pequeño restaurante junto al puente de St. Clair, el mismo en el que más tarde yo haría morir a Laura al comienzo de *El asesino ciego*. Graeme me escribía largas cartas, intrincadas, anhelantes, afectuosas e introspectivas, por lo general a altas horas de la noche, después de haber estado bebiendo. Se sentía a gusto conmigo; veía abrirse ante él nuevas y

más brillantes perspectivas; una nueva vida, después de lo que a él le parecían un montón de vacilaciones y fracasos y una sensación de estancamiento, de verse atrapado en pautas autodestructivas. ¿Estaría yo dispuesta a considerar...? Mientras tanto, la rumorología literaria daba por hecho que estábamos teniendo un tórrido romance.

Shirley Gibson alentó nuestra relación, posiblemente dando por hecho que yo atraería a Graeme a su perdición como la sirena con patas de garra que era. Aplastaría su corazón bajo mis pies, haciendo así honor a esa foto mía que aparecía en la contracubierta de *Juegos de poder*. Después de que yo lo destripase, Graeme quedaría dañado sin remedio. Permanecería en el trastero, y estaría disponible para realizar tareas domésticas como cuidar de los niños cuando Shirley tuviera una cita, servir las costillas asadas y sacar la basura, mientras ella se aprovechaba del fresco talento creativo masculino que entraba por las puertas de House of Anansi.

A principios de 1972 los anansianos andábamos preocupados por la alarmante noticia que nos había dado El Contable. Las entradas de caja habían bajado, las facturas pendientes de pago habían subido: ¿cuándo superarían las segundas a las primeras? La otra pequeña editorial literaria que había en Toronto, Coach House Books, recibía numerosas subvenciones del gobierno, se enorgullecía de la belleza de sus diseños y contaba con su propia imprenta. Publicaba finos volúmenes de poesía, y no sentía ninguna necesidad imperiosa de obtener beneficios. Anansi, en cambio, había optado por regirse en gran medida por el mercado. Necesitaba dar con algunos libros que se vendieran lo suficiente para mantener a los jóvenes poetas y las primeras novelas que constituían su razón de ser inicial. Jack el Pieza empleaba una estratagema similar: para sustentar las novelas literarias,

hacían falta libros de labores de punto, o de arreglos florales o biografías morbosas. «Están los libros y están los brolis», solía decir. «Los brolis se parecen a los libros, pero no lo son.» En ese punto podía mencionar un grueso volumen de sandeces que él mismo había publicado: «Va muy bien como tope de puerta.»

En el pasado, Anansi se las había arreglado publicando un *Manual para inmigrantes en edad militar a Canadá*, y un libro que llevaba por título *The Bad Trip*, sobre la exitosa lucha librada por la ciudadanía local contra la construcción de una autopista que atravesara Toronto. Ambos se habían vendido bien en el ámbito canadiense, pero ese barco ya había zarpado. Anansi también había publicado dos obras precursoras de las posteriores «guías para tontos»: una sobre asuntos jurídicos, *Law Law Law*, de Clayton Ruby y Paul Copeland, que enseñaba al lector a redactar su propio testamento y realizar sus propias transacciones inmobiliarias; y otra sobre enfermedades venéreas, titulada escuetamente *V. D.* (iniciales de *venereal diseases*), que se detenía en las verrugas genitales, dado que por entonces aún no había aparecido el sida. Así pues, nos devanamos los sesos intentando decidir qué tipo de guía podría ser la siguiente.

«Bueno, no hay ninguna guía de fácil acceso sobre la literatura canadiense. Existen algunos tomos académicos, y varios ensayos interesantes, y una obra literaria: *Butterfly on Rock*, de Doug Jones. Pero nada para un lector normal y corriente que hasta ahora sólo se ha topado con el humorista Stephen Leacock. Seguro que a la gente le interesa», propuse.

¿Cómo sabía yo eso? Pues porque se estaba iniciando un período de bonanza para la escritura canadiense: el éxito de la Expo 67, la aparición de nuevas editoriales, los reportajes al respecto en los periódicos de mayor

tirada y las apariciones de escritores en radio y televisión habían suscitado un considerable entusiasmo.

Además, yo había vivido una experiencia de primera mano. Hacía poco había completado una gira de lectura de poemas por el valle del Ottawa, empezando por Arnprior y Renfrew, antaño florecientes ciudades madereras, ahora en declive, por las que pasaba de niña con mis padres cada mes de abril, y de ahí a Deep River, cerca de la nueva central nuclear. En Deep River vivía mi primo segundo favorito, Charlie Ells, un veterano que había combatido en la Real Fuerza Aérea Canadiense durante la Segunda Guerra Mundial y en ese entonces era ingeniero nuclear. Con mi desgastado abrigo de piel, había viajado en autobuses Greyhound. Había acarreado mis libros de poesía y mi única novela en cajas de cartón y los había vendido en los gimnasios de los institutos, que era donde tenían lugar las lecturas. El pago se hacía en efectivo: aún no habían aparecido las tarjetas de crédito. Era veloz calculando las vueltas, un legado de mis días en la Feria de Deportistas de Toronto y como empleada de cafetería. Luego metía el dinero en un sobre de papel manila y lo llevaba a las editoriales, que me pagaban diligentemente mis derechos de autor. No nos fue mal.

El público se sentaba en sillas de tijera plegables.

—Pondremos un par de hileras —solían decir los voluntarios locales con los que contactaba.

—Necesitaréis más —replicaba yo.

Conocía bien mis ciudades norteñas: todo el mundo iba a estar allí, no porque supieran de mí o les gustara mi poesía, sino porque había un evento y tendrían curiosidad. Un poeta vivo era algo nuevo; nunca habían visto uno antes. Después de cada lectura se abría un turno de preguntas. Además de la frase «Yo conocí a su padre» (repetida varias veces porque aquella ruta era

su antigua zona de infestación de insectos), me hacían dos de mis preguntas predilectas. Nada sobre huevos ni simbolismo acuático. En su lugar:

1. «¿Cuánto dinero gana con sus libros?» Respuesta: «No mucho.»
2. «¿Su pelo es así de verdad, o se lo peinan?» Respuesta: «Si me lo peinaran, ¿le daría esta forma?» La autora de la pregunta me explicó después que, si me lo peinaran así, me habría preguntado dónde para poder hacerse el suyo igual.

También tocaba responder varias preguntas sobre la literatura canadiense. ¿Seguro que la había, aparte de Stephen Leacock? O, de haberla, debía de ser por definición una versión pálida y mediocre de la auténtica literatura, la que procedía de otros lugares como Londres y Nueva York. Si uno publicaba sólo en Canadá, era porque no podía triunfar en esos otros lugares.

Aquellas sesiones en los gimnasios del valle de Ottawa me resultaron instructivas a la vez que desafiantes. Igualmente fue todo un reto la fuerte ventisca que obligó a cerrar el tráfico a los coches en Deep River, aunque no a los autobuses de línea. Así las cosas, puse mis cajas de cartón en un trineo y las arrastré hasta la estación de autobuses. El primo Charlie vino conmigo para asegurarse de que no sufriera el más paradigmático de los destinos canadienses: morir congelada.

El libro que yo había propuesto a Anansi como parte de la colección destinada a ganar dinero (*Survival: A Thematic Guide to Canadian Literature*, una especie de *V. D.* CanLit) no sería un texto de crítica literaria al uso. No trataría de lo buenos o malos que eran los libros o poemas en cuestión. Se inspiraría en varios ensayos sobre el tema (de Earle Birney, de James Reaney, de Northrop Frye), y se limitaría a demostrar que existía lo

que podía considerarse una literatura canadiense netamente diferenciada, cualitativamente distinta tanto de la literatura británica como de la estadounidense.

¿Y por qué no habría de serlo? Estos otros dos países habían sido, o seguían siendo, grandes imperios, mientras que Canadá era enorme en tamaño y pequeña en población. No era una isla adyacente a Europa, no tenía pantanos meridionales ni ardientes desiertos. Su situación geopolítica era distinta: Estados Unidos tenía México al sur; Canadá tenía al sur Estados Unidos, y al norte Rusia. En lugar de desiertos, Canadá tenía un inmenso norte con el lecho de roca o de permafrost. Era oficialmente bilingüe y extraoficialmente multilingüe. Su historia difería de las del Reino Unido y Estados Unidos. Muchos de sus habitantes eran víctimas de las circunstancias, no habían acabado allí por voluntad propia, y encontraban el lugar desagradable.

Los pueblos indígenas habían constituido un porcentaje mayor de la población que en Estados Unidos, habían controlado más tierras y habían desempeñado papeles más prolongados e importantes en el desarrollo de la historia canadiense. La primera sección de *Survival* se titulaba «Primeros pobladores», puesto que el concepto de Primeras Naciones (como se conoce hoy día a las Naciones Originarias de Canadá) aún no había llegado al léxico popular. El problema era que, aunque mucha gente había escrito sobre los «indios», quienes lo habían hecho no eran «indios». (De alguna manera pasé por alto a Pauline Johnson, ¿quizá porque era fan del Imperio británico?, aunque lo compensé más tarde escribiendo una ópera sobre ella.) Dennis y yo buscamos y buscamos; debía haber novelistas y poetas indígenas modernos, pero no pudimos encontrar ninguno. La oleada de la nueva literatura indígena (iniciada por autores como Lee Maracle y Maria Campbell a mediados de la década de 1970 y Jeannette Armstrong, Tomson

Highway y Thomas King en la de 1980, y que continúa con fuerza) no había comenzado aún.

Parte del enfoque con el que abordaba este libro se inspiraba en Perry Miller y Alan Heimert, y en sus cursos de estudios americanos de Harvard: en opinión de Miller, merecía la pena tener en cuenta a Anne Bradstreet y a Cotton Mather no porque fueran tan buenos como Shakespeare, sino porque estaban *ahí* y revelaban cosas significativas sobre su cultura. Yo había pulido parte de mi material anglófono canadiense cuando impartía mi segundo curso en York, de modo que ahora lo tenía a mano. Mi enfoque sería temático: elegiría un tema que apareciera en las tres literaturas y compararía las tres formas distintas de manejarlo. Por ejemplo: en la estadounidense *Moby Dick*, el animal totémico encarnaba la naturaleza, y había que darle muerte; en la inglesa *El viento en los sauces*, los animales actuaban como subsidiarios del sistema de clases, con un benévolo dios de la naturaleza de por medio; y, por último, *Animales salvajes que he conocido*, una obra del canadiense Ernest Thompson Seton, que me había traumatizado de niña, estaba escrita desde la perspectiva de los propios animales, todos ellos muertos en circunstancias trágicas.

A Dennis Lee *Survival* le pareció un libro prometedor, pero el tiempo era un factor esencial. ¿Cuánto podría tardar en sacarlo adelante? Trabajando en equipo, le dije, probablemente podría hacerlo en unos cuatro meses, para publicarlo en el otoño de 1972, pero necesitaría mucha ayuda. Los anansianos se pusieron a trabajar con ahínco. El libro debía incluir listas de las obras que seguían reeditándose y de las que no. Como añadido, se incluirían también listas de música.

Otros empezaron a elaborar las listas mientras yo me centraba en el texto. Dennis, siempre intrépido y reflexivo, se encargó de la edición. Mi texto original tenía ciento y pico páginas, pero en manos de Dennis creció hasta

llegar casi a las trescientas, conforme instaba a incluir más detalles y proponía nuevos títulos. Escribir *Survival* fue un esfuerzo colectivo y una auténtica maratón: en efecto, estuvo terminado en cuatro meses.

He aquí otra visión del proceso:

> A Margaret Atwood la camelaron para hacer una guía de la literatura canadiense para profesores como un deber cívico y a fin de proporcionar un libro vendible a la empresa, y a cambio le ofrecieron mucha honra y un año como miembro del consejo de administración. También consiguió un *best seller*. Esto dejó a todo el mundo pasmado, quizá porque el ensamblaje de *Survival* tuvo muchos visos de ópera bufa, con el reparto reunido finalmente en una residencia de estilo gótico cerca de la Casa Loma en pleno verano, armado con máquinas de escribir y tarjetas de notas garabateadas en la letra cuneiforme de Atwood. Shirley Gibson trajo la ginebra, que fue de gran ayuda. Pese a algunas críticas feroces y agónicas, el libro cuajó. *Quill & Quire* lo anunció como uno de los grandes del año, aunque atribuyéndolo a New Press: bueno, ¿quién dijo que iba a ser un camino de rosas? Justo en ese momento parecía que la nación en su conjunto comenzaba a ser consciente de sí misma; los programas de estudios canadienses empezaban a popularizarse, y a los profesores los pilló desprevenidos y necesitados de material aparte de *Sunshine Sketches of a Little Town* (de Stephen Leacock). Nosotros teníamos ese material: canadiense, literario y didáctico.

La cita es de un artículo titulado «Anansi at Fifteen: A Spider's Life», de Jim Polk.

Durante toda la primavera había estado viendo a Graeme a intervalos, en una especie de romance de instituto. ¿Sí o no? ¿Irse o quedarse? ¿Esto o aquello? Yo le tenía mucho cariño a Jim, casi siempre inteligente, culto, armonioso, sardónico y divertido. Quería lo mejor para él, pero ahora dudaba que lo mejor fuera yo. Me parecía que le esperaba otra persona más adecuada; y la había. Curiosamente, esa persona resultaría ser Ellen Seligman, mi editora durante tantos años. Ella fue el amor de su vida.

En 1971, sin embargo, los dos sentíamos que teníamos algo pendiente: una inmersión en el pasado. «¿Pasado lejano?», pregunta Scrooge en *Cuento de Navidad*. «No. Tu pasado», responde el primer fantasma.

Así que aquel verano Jim y yo emprendimos un viaje para explorar lo que pensábamos que podría ser el epicentro de su negativa reacción a nuestra morada de Edmonton: Roswell, Nuevo México, donde su madre y él estaban viviendo cuando Jim tenía seis años y su padre regresó de la guerra. El trayecto era de lo más pintoresco: el Parque Nacional de los Glaciares, Going-to-the-Sun Road —una carretera construida a través de las montañas en el marco del proyecto de creación de empleo mediante obras públicas de Franklin D. Roosevelt durante la Depresión—, y las cavernas de Carlsbad, hogar de numerosas estalactitas y murciélagos. Fue allí donde supe de la existencia de un astuto proyecto estadounidense concebido durante la guerra: se trataba de capturar murciélagos, equiparlos con temporizadores y pequeños artefactos explosivos, y liberarlos sobre las ciudades alemanas. Luego se colarían bajo las curvadas tejas de los techos de las casas y explotarían, incendiando así las viviendas. Debido al fin de la guerra y al despliegue de la bomba atómica, el plan nunca se llevó a cabo, pero sí daría lugar a un breve relato mío titulado «Mi vida como

murciélago». Ni que decir tiene que, fiel al legado de Ernest Thompson Seton, yo estaba del lado de los murciélagos.

Una vez en Roswell, encontramos la misma casa en la que vivían Jim y su madre cuando aquel extraño amenazador —es decir, su padre— surgió de la nada. Era la viva imagen de nuestra residencia de Edmonton, donde Jim se había sentido tan inquieto. Todas las características estructurales estaban ahí: el exterior de estuco, el piso de la segunda planta, la escalera de madera a la espalda del edificio... Pero Jim había borrado de su memoria el año en que regresó su padre, y por eso no había sido consciente del parecido. Ahora, como suele decirse, todo volvía. Todo recordaba tanto a uno de esos *thrillers* psicológicos en blanco y negro de los años cincuenta que apenas resultaba creíble.

Antes de emprender este viaje, yo había plantado unos bulbos de verano en el patio trasero de la casa de Hilton: *Montbretia*, *Crocosmia*, *Gladiolus murielae*... Para cuando volvimos, habían brotado y dado lugar a un hechizante prado de flores, que, por cierto, nunca he sido capaz de recrear. Mientras plantaba los bulbos, desenterré un diminuto brazo de una antigua muñeca de porcelana; un inquietante símbolo del viaje que estábamos a punto de iniciar: un regreso al pasado, donde iba a desenterrarse parte de una infancia des-memoriada.

Des-memoriada; des-membrada... Freud seguramente hubiera tenido algo que decir al respecto. Mientras tanto, yo seguía sin decidirme. ¿Qué hacer? Puerta A: quedarme en el matrimonio e intentar que funcionara. Puerta B: irme por mi cuenta, como ya había hecho antes. Puerta C: sucumbir al cortejo de Graeme.

Me inclinaba por la puerta C. Era un riesgo. Graeme apenas ofrecía riqueza material. Si él hubiera escrito un poema de amor a modo de invitación, podría haber sido así:

Ven a vivir conmigo, vida mía,
sin fortuna ni un céntimo de más,
no tendremos siquiera un techo encima,
pero conmigo no te aburrirás.

Puestos a elegir entre el dinero y la diversión, conmigo siempre ganaría esta última. Yo nunca había dudado que, siendo como era una mujer todoterreno, podría ganar dinero por mí misma. No mucho, pero el suficiente.

Obviamente, la «diversión» también tenía otra cara. Por algo la obra favorita de Graeme era *Esperando a Godot*, con sus chistes y su desesperanza. Buena parte de sus travesuras de juventud, reconvertidas luego en hilarantes anécdotas, habían enmascarado la desesperación y una falta de rumbo que lo atormentaba con frecuencia. Luego estaba la debacle de su matrimonio, el tortuoso callejón sin salida del que quería escapar; un deseo en conflicto con su devoción paternal por sus dos hijos. Años después, Graeme acostumbraría a citar una frase de Mavis Gallant: «Tras numerosos intentos fallidos, buscaba un camino abierto.» ¿Era yo ese camino?

Llegué a Toronto desde Nuevo México dispuesta a cruzar el umbral hacia otro mundo: un futuro arriesgado pero tentador. Graeme me estaba esperando.

Pero Graeme no me esperaba. No estaba en Toronto. Sencillamente se había esfumado.

25

Monopoly

¿Dónde se había metido Graeme? ¿Se había embarcado en una aventura alrededor del mundo? ¿Estaba en el hospital? ¿En la cárcel? Todo era posible. Tras un interludio de silencioso pánico, lo averigüé por boca de Shirley a través de ese anticuado artilugio que es el teléfono fijo.

Graeme se había instalado en una granja alquilada cerca de Beeton, a unos setenta kilómetros al norte de la ciudad, que había encontrado a toda prisa cuando Shirley le pidió que se marchara. No sé muy bien por qué le ordenó tal cosa. No tenía que ver directamente conmigo: en realidad, Shirley estaba favoreciendo nuestra relación para sus propios fines. Graeme, siempre tan caballeroso, no estaba muy dispuesto a dar detalles sobre su matrimonio pese a mi fisgona curiosidad, pero supongo que estaba coartando el estilo de vida de Shirley. Julian Porter había salido un tiempo con ella después de que terminara su primer matrimonio y antes de casarse con la hermosa Anna Szigethy, y le gustaba contar cómo Graeme lo recibía en la puerta con los brazos abiertos, le servía una copa y charlaba con él mientras esperaba a que saliera Shirley. «Me gustaba mucho más hablar con él que salir con ella», llegaría a decir. «¡Era algo fuera de lo normal! Entonces empecé a preguntarme: ¿por qué tiene tantas ganas de que alguien se la quite de encima?»

Sin duda a Shirley debía de resultarle molesto tener a la ambigua figura de Graeme rondando por allí las noches de las citas como un padre afable, abriendo la puerta, haciendo de anfitrión y deseando a la pareja que pasara una buena velada, mientras se servía un whisky escocés y encendía su pipa en un signo inequívoco de anticipación de la soledad de la que estaba a punto de disfrutar en cuanto ella se fuera. Graeme me dio a entender que, aunque Shirley lo había echado, él la había manipulado de algún modo para que lo hiciera. ¿Cómo exactamente? Nunca lo supe.

Ambos habían resuelto los detalles: los chicos, ahora de once y trece años, permanecerían en el apartamento de South Drive durante la semana, asistiendo a la escuela como de costumbre, pero pasarían los fines de semana con Graeme. Shirley también iría a verlos alguna vez, cuando no estuviera ocupada en otra cosa. Ella ya había empezado a contar lo excelente que resultaba aquel arreglo: «Graeme y su harén», con ella misma como miembro sénior y yo como una especie de concubina, y lo estupendo que sería para los chicos; lo que significaba, imagino, que yo era una buena fuente de ingresos y ayudaría a mantenerlos a todos. Con el tiempo, esos comentarios llegarían a mis oídos. Las paredes no sólo oyen, también son muy permeables.

No tardé demasiado en visitar la granja alquilada en las inmediaciones de Beeton. Era idílica, al menos a finales de verano. El edificio principal era una casa de labranza de ladrillo y tejado a dos aguas típica del siglo XIX, con una sala «buena» y otra trasera, cocina comedor y chimenea. Arriba había un dormitorio pequeño, otro más grande, una tercera habitación que yo utilizaría como estudio y un cuarto de baño, este último un añadido posterior, como era habitual en las casas de labranza reformadas. Hacía cierto tiempo que la propiedad ya no funcionaba como granja propiamente dicha, por lo que los antiguos campos de cultivo se habían convertido en

praderas de flores silvestres. Algún genio había cortado la viga maestra del granero, ahora vacío, y la había utilizado como repisa para la chimenea, por lo que era de prever que en un futuro próximo el granero se viniera abajo.

Había una alberca, en la que Graeme había instalado media docena de patos domésticos. Una madre lechuza los descubrió y enseñó a su cría a cazarlos. Aunque Graeme construyó una balsa flotante con techo para que los patos se escondieran debajo, jamás aprendieron a usarla y los fueron devorando uno a uno, un proceso que él observó fascinado. ¡Qué maravillosas eran las lechuzas! ¡Tan gráciles, silenciosas y despiadadas...! Desde su milagrosa conversión en pajarero, cualquier ave lo embelesaba, y eso incluía la visión de un ave comiéndose a otra.

A principios de la década de 2020, Virago Press (la originaria editorial feminista de Inglaterra que empezó a publicarme en los años setenta) me pidió que colaborara en la celebración de su cincuenta aniversario. Iba a ser en una publicación titulada *Furies*, inspirada en diversos monstruos mitológicos femeninos. Yo elegí «Sirena», que puede referirse tanto a las criaturas acuáticas mitad mujer y mitad pez, como a esas otras mitad mujer y mitad pájaro que aparecen en la *Odisea*. Ambos tipos de sirenas producen cantos melodiosos, ambas son carnívoras y ambas son peligrosas para los marineros; al decir de algunos, pues, una apropiada metáfora para las poetas.

Este tipo de figuras pertenecen a una categoría más amplia denominada «seres liminales»: seres propios de los umbrales, de naturaleza dual, partícipes de dos reinos. De la tierra al mar, de la tierra al aire, de la Tierra al Cielo (los ángeles son seres liminales, y no todos son buenos), de niño a hombre (los centauros, en parte hombre y en parte caballo, eran educadores), de niña a mujer a través del matrimonio (en especial en la India, donde bendicen las bodas personas del tercer género). De la vida a la

muerte: también los vampiros son seres liminales. Del estado natural al humano: los hombres lobo, los hombres oso y las muchachas que pueden convertirse en cisnes o gansos cruzan esa frontera.

Durante el curso escolar que siguió al traslado de Graeme a la granja de Beeton, en que estuve yendo y viniendo de Toronto, llevé la vida de un ser liminal: una mítica criatura marina que no es ni carne ni pescado; un cambiaformas que se transforma con la luna llena; o, mejor aún —mi favorito, sacado de un cuento popular chino—, una mujer que pasa la mitad de su vida como esposa y la otra mitad como caracol en el cubo de agua que hay junto a la puerta de casa. En un avance rápido, de ahí podemos pasar a mi colección de cuentos *Perdidas en el bosque* (2023), en la que uno de los relatos trata de un caracol cuya alma salta a un cuerpo femenino.

Los seres liminales discurren entre mundos y facilitan las transiciones. Por fortuna, mi anterior atracón de folclore ahora me resultaba útil: conocía mis deberes, limitaciones, retos y poderes, aunque no tenía intención de seguir siendo mitad caracol para siempre. Llevaba una doble vida: en parte ratón de ciudad, en parte ratón de campo. Me desplazaba de un lado a otro porque había aparecido de la nada otro trabajo remunerado: un puesto de un año como escritora residente en la Universidad de Toronto. Me dieron un despacho en el Massey College, un antiguo bastión de privilegios masculinos: mi prometido de 1963 había sido miembro, y en aquella época tan lejana me colaba de extranjis en la universidad, caminando de puntillas por los pasillos a medianoche después del toque de queda y esperando que mis vibraciones femeninas no alertaran a la policía del sexo-y-género. Pero ahora tenía allí mi horario de tutoría como una auténtica académica. Me sentaba a mi escritorio, aguardando a que aparecieran los escritores noveles con sus incipientes manuscritos. Pero los tiempos de los escritores residentes aún estaban en pañales, así que sólo recibí a dos o tres aspirantes.

Parecía que por entonces nadie en su sano juicio quería ser escritor; desde luego, nadie pensaba aún en la escritura como «carrera». O al menos no entre los estudiantes de la Universidad de Toronto.

Los días laborables en los que no tenía horas de tutoría los pasaba en la granja alquilada de Beeton. A veces Graeme me llevaba en su Rambler de color granate de tercera mano, una tartana que se caía a trozos con asientos corridos y sin cinturones de seguridad, aunque otras veces tomaba el autobús desde Toronto y él me recogía en la parada. ¿Dónde estaba aquella parada de autobús? Lo he olvidado, aunque sí recuerdo la grisura y la atmósfera deprimente. Sólo podía ir a la granja los días en que los dos chicos no estaban allí: Graeme no quería que los excesivos cambios los traumatizaran y deseaba que les quedara claro que no era yo quien había provocado la ruptura del matrimonio de sus padres.

Aunque podía entender los porqués de mi invisibilidad semicaracolil, empecé a sentirme como una idiota de tanto entrar y salir a hurtadillas de la granja y desaparecer los fines de semana. No sería la última vez que me sentiría como una idiota.

Al final terminó revelándose mi existencia. Pero ¿qué era yo exactamente? No era una madre sustituta. Tampoco era un apaño a tiempo completo. Recurrí a mi experiencia como monitora de campamento y me presenté como una especie de supervisora interna, lo que implicaba hornear galletas, jugar interminables partidas de Monopoly y realizar otras sanas actividades apropiadas para los jóvenes. Ésta es la situación que retomaría en mi relato «Monopoly», publicado en 2006 en mi colección *Desorden moral*. Todavía me asustaba un poco establecer algo de carácter permanente con Graeme. Mi tiempo en Toronto lo pasaba en la casa de allí, que había conservado para que Jim pudiera vivir en ella mientras averiguaba qué hacer —a la larga trabajaría para Anansi, y más tarde para el Departamento

de Cultura del Gobierno de Ontario—, pero aún no me había decidido del todo a unir mi suerte a la de Graeme. Sin embargo, él persistía. Cuando yo no estaba con él, seguía escribiéndome páginas de sesudas y esperanzadas misivas: me echaba de menos, me añoraba, estaba lleno de fuertes sentimientos positivos; seguramente podríamos tener una buena vida juntos, ¿no lo creía yo también?

Además, me colmaba de regalos. Corrijo: me colmó de un regalo. No fue un picardías, ni un frasco de perfume, ni siquiera un ramo de rosas. Fue un par de robustas botas de trabajo marca Greb, útiles para la vida en la granja y para ir de acampada. ¡Qué romántico! Puede que esa extensión de su vida de fantasía no hubiera sentado bien a muchas otras mujeres, pero él conocía bien a su público. Para celebrar mi entrada en la adolescencia, mis padres no me habían regalado el típico collar de perlas; lejos de eso, me habían regalado una caja de cerillas sumergible de metal, muy útil cuando tu canoa se vuelca contigo dentro, y un cuchillo de cinturón de alta gama. Toda chica necesita un cuchillo de cinturón. Y también toda anciana. Yo aún conservo el mío.

MUNDIALMENTE FAMOSO EN CANADÁ

«Mundialmente famoso en Canadá» es una expresión del novelista Mordecai Richler: la empleaba para referirse a personas que eran muy conocidas en sus países de origen, pero no fuera de ellos. Él, por su parte, había conocido mundo: había vivido en Londres, y tenía editores británicos y estadounidenses. También yo, ahora que lo pienso. Pero lo de «canadiense» seguía siendo un problema en el gran mundo de las letras. O los demás no sabían dónde estaba Canadá, o les daba igual. «¿Escritora

canadiense? ¿Eso no es un oxímoron?», bromeó en cierta ocasión un ingenioso inglés. «Unos cuantos acres de nieve», como decía Voltaire. Sin duda Canadá era un remanso provinciano.

Sí, era un remanso provinciano, pero el movimiento de una rueda es más rápido en los bordes, mientras el centro permanece estático. Los aristócratas ingleses, en general, no escribían libros. No tenían por qué hacerlo. Fueron escritorzuelos como Samuel Johnson y Daniel Defoe y Jane Austen y Mary Shelley y las hermanas Brontë quienes, a falta de tierras que administrar, se dedicaron a garabatear y garabatear y garabatear una página tras otra. Es la empobrecida Jane Eyre quien narra su propia historia, no el adinerado y de clase alta señor Rochester. «Dedos entintados», proclama el buscavidas Jasper Milvain mofándose de una pobre mujer de letras en la novela de George Gissing *La nueva Grub Street*: tener los dedos entintados no era digno de una dama elegante. Así que yo procedía de un remanso provinciano y tenía los dedos entintados. Asúmelo, me advertía a mí misma.

Pero volvamos a la línea argumental.

—¿Tienes alguna buena cita que podamos poner en la sobrecubierta del libro? —me preguntó mi editor estadounidense Dan Green, un neoyorquino genial, aunque estrecho de miras, que estaba a punto de publicar *Resurgir*.

—Bueno, tengo un montón de reseñas canadienses —le contesté.

—¡No, no! ¡Eso no! ¡Canadá es una muerte aquí abajo!

Muerte o no, *Survival* y la novela *Resurgir* —escrita antes que *Survival*, entre Inglaterra, Francia e Italia— salieron a la venta al mismo tiempo. Algunos las interpretaron como una especie de comentarios mutuos. *Survival* tenía una cubierta negra con un cuadrado rojo en el centro, que simbolizaba la «mentalidad de fortaleza» de los colonos, amurallándose para defenderse de un entorno extraño y potencialmente peligroso. *Resurgir* tenía la cubierta de un color azul pálido, e incluía una foto de la autora

hecha por Amleto Lorenzini, amigo de la cónsul italiana en Toronto, Francesca Valente. En ella, yo llevo el mismo abrigo raído de pieles de segunda mano que en la foto de *La mujer comestible*, pero, en lugar de sonreír con picardía, estoy mirando al frente, con el cabello prerrafaelita y expresión espiritual.

Los dos libros causaron revuelo, al menos en Canadá. En aquella época en la que aún no existían las cadenas de librerías, había una importante en Toronto llamada Albert Britnell. Se la conocía en el gremio como «Britnell con Uno-Basta» porque nunca pedía más de un ejemplar a la vez. Un día

me llamaron de Anansi muy emocionados: «¡Los de Britnell con Uno-Basta han pedido cinco ejemplares de *Survival*!», me dijeron con un grito ahogado. Fue un presagio: en los años siguientes, *Survival* llegaría a vender la friolera de cien mil ejemplares. No me hice rica: dado que había escrito el libro como inversora de Anansi, el porcentaje de derechos de autor era bajo. Sin embargo, pagó las facturas de la editorial durante años.

—A la gente le gusta ver cómo sube un cohete —me dijo Phoebe la Agente, dada mi reciente visibilidad—, pero también le gusta verlo bajar.

Eso era para blindarme frente a potenciales desinflamientos futuros de mi ego.

—Ahora llevas encima una diana —me dijo Farley Mowat, el diminuto y barbudo autor estrella de Jack el Pieza—, y la gente te disparará.

Cuánta razón tenía. «Si tienes un gran éxito como joven escritor, antes de año y medio recibirás tres desagradables y brutales ataques personales de gente a quien ni siquiera conoces», solía decirles a los aspirantes a autores con dedos tintados.

De los dos libros, *Survival* fue el que suscitó más ira, sobre todo entre los académicos que habían estado cultivando sus propias parcelitas de literatura canadiense, pero también entre los izquierdistas que consideraban que no me había extendido lo suficiente sobre la clase obrera. (Inútil decir que pocos miembros de la clase obrera tenían tiempo o ganas de escribir libros.) Los derechistas, por su parte, no me dieron demasiada importancia, salvo para comentar que no entendían por qué había malgastado doscientas cincuenta y pico páginas en algo que no existía.

El ataque izquierdista más notable apareció en *Canadian Forum*, la revista que me había refrendado allá por 1960 al sacar el primero de mis poemas que no aparecía en una publicación estudiantil. En 1972 uno de los redactores de *Forum* era Mike Cross, con quien yo había trabajado en el

Bob Revue en los tiempos del Victoria College. El artículo era anónimo (sé quién eres, o eras, articulista varón), y tomaba la forma de una fábula en la que una niña (yo) se hace con el control de un lago (Canadá) matando a hombres. Entonces se convierte en pulpo y asciende a lo más alto del escalafón encaramándose a las cabezas apiladas de los hombres muertos. «*Mi* lago», dice ella. ¿Por qué un pulpo?, me pregunto. ¿No podría haber sido una agachadiza de pelo rizado? Le pregunté a Mike por qué había publicado un artículo tan mordaz y abiertamente misógino sobre mí. (Nota: la misoginia nunca se ha limitado a los derechistas.) Su respuesta fue la habitual en periodismo: para atraer a más lectores. Y, en cualquier caso, era humorístico, ¿no?

¿De verdad Canadá estaba llena de hombres atemorizados, preocupados por que yo me pusiera en plan Salomé y los decapitara? ¿Tan inseguros eran?

La segunda novela de Graeme, *Communion*, también había aparecido hacía poco. Era más corta que *Five Legs*, y más experimental. El protagonista es Félix, uno de los narradores de *Five Legs*, y aquí tiene aún más problemas. La historia no acaba bien para él. A mí el libro me pareció muy bueno.

Sin embargo, la principal revista de crítica de aquellos días, *Books in Canada*, llevó a cabo un repugnante asesinato a sueldo con él. Si creías que sólo las autoras eran víctimas de tales prácticas, déjame decirte que los escritores varones se ensañaban regularmente unos con otros. El sicario era un tipo que firmaba como Isaac Bickerstaff, uno de los seudónimos literarios del escritor satírico Jonathan Swift. También dibujaba caricaturas, incluida una bastante buena de Graeme, que yo acabé comprando.

Amleto Lorenzini

Tiempo después, «Bickerstaff» pasaría a dirigir una revista de la Universidad de Toronto, y me pidió una colaboración. Le dije que le dibujaría una viñeta autobiográfica sobre mis días en la universidad si él me decía por qué había destrozado *Communion*. Con bastante sinceridad, me respondió que había pensado que las críticas de *Five Legs* habían sido demasiado buenas. Había intervenido la envidia, que a menudo es un factor en juego en tan criminales asuntos.

Pero Graeme resultó bastante herido. Y el crimen no sirvió para aumentar las ventas.

Los días se acortaron. Llegaron las heladas. Yo iba y venía entre la granja y mi casa en la ciudad, pasando de caracol a mujer y viceversa mientras fingía no existir. Para calmar mi ansiedad, tejía una gran manta de cuadros rojos, morados y azules. Sin embargo, mi gata, *Patience*, que era de ciudad, no estaba acostumbrada a los prados silvestres. Llegaba cubierta de abrojos y se revolcaba en mi nueva manta. Me pasaba semanas enteras quitándole los abrojos. ¿Era una metáfora? ¿La vida con Graeme = tejido precioso + marañas?

Caía la nieve, silbaba el viento. Una pala, un saco de arena y una vela de emergencia se sumaron a los cables de arranque y las llaves inglesas en el maletero del coche granate. Yo nunca viajaba sin chocolatinas, por si nos quedábamos atascados en la tormenta y necesitábamos calorías instantáneas. Había muchas historias de coches que se habían salido de la carretera y habían acabado dentro de un ventisquero; los conductores habían mantenido las ventanillas cerradas y los motores en marcha para no pasar frío, y habían muerto asfixiados por el monóxido de carbono. Añadimos al kit dos pares de esquís y una manta de supervivencia. Con los años, los esquís nos resultarían muy útiles.

Mientras tanto, Graeme y yo continuábamos con nuestro trabajo en Anansi. Yo me encargaba de la lista de poesía, y también había emprendido la tarea de editar *Eleven Canadian Novelists*, la colección impresa de las entrevistas que Graeme había realizado para el programa de radio de la CBC *Anthology*, de Robert Weaver. Éste fue el primer libro de entrevistas con escritores canadienses. Una de las fotos de autores que hizo Graeme era posiblemente la mejor interpretación fotográfica de la oscuridad interior de Margaret Laurence. En la mía, aparezco mirando hacia abajo con expresión recatada. Me la hizo sin que me diera cuenta en un momento en que le estaba tejiendo un jersey con un trenzado gris azulado. Graeme nunca

encontraba jerséis con las mangas lo bastante largas, así que les añadí varios centímetros a los brazos. Aunque al principio el jersey le quedaba como un guante, con el tiempo se fue estirando, y estirando, y estirando. Él seguía dispuesto a llevarlo, pero tenía que remangarse tanto que parecía que llevaba unas gruesas esposas de lana.

La edición de *Eleven Canadian Novelists* no estuvo exenta de escollos. Las entrevistas estaban en cintas magnetofónicas que se habían entregado a una mecanógrafa para que las transcribiera. No sabíamos que era dura de oído. El nombre de la editorial, House of Anansi, se transcribió como «House of Nazis», y había distorsiones similares en todo el libro. Mi revisión del texto consistió en intentar adivinar qué era lo que los escritores habían dicho en realidad. El resultado final es como la reconstrucción de un yacimiento prehistórico hecha por un arqueólogo aficionado: así es más o menos como podría haber sido.

Teníamos un flujo continuo de visitantes en la granja. Scott Symons era uno de ellos. Formaba parte de una Antigua y Distinguida Familia de Ontario (ADFO), aunque él era la oveja negra. También era amigo de Graeme desde sus días de Rosedale, y había escrito un libro sobre mobiliario canadiense que Graeme admiraba (el mobiliario anglocanadiense era inhibido y puritano, mientras que el francocanadiense era exuberante, barroco y sensual; una patada en el trasero a las ADFO). Scott era autor de Jack el Pieza y había hecho una crítica elogiosa de *Five Legs*.

Graeme decía que Scott era muy listo. Muy perspicaz. Ante tamañas expectativas, hice todo lo posible por preparar la granja para recibirlo. Pero a Graeme le había faltado añadir que a Scott le desagradaban las mujeres, y cuando llegó quedó de manifiesto que yo le desagradaba de forma especial

porque le había echado el guante a Graeme. Al principio me interrogó sobre mi historial; luego me dijo que yo era una victoriana de «jardín de arbustos» (*bush garden*), su propio término para referirse a los inmigrantes ingleses como los Moodie: «The Bush Garden» era precisamente el título de uno de mis poemas sobre Susanna Moodie. Estaba claro que sabía poco de mí o de los victorianos. Intentaba escudriñar mi alma para adivinar y explotar mis debilidades, pero yo ya me había visto antes en ésas y guardaba mi alma bajo llave en una caja. Hizo correr la voz por Toronto de que yo estaba arruinándole la vida a Graeme y era una malísima persona. En eso se confabuló con Shirley Gibson. No había mucho que yo pudiera hacer para defenderme (ellos dos estaban ante su público, y yo no), así que fueron bastante eficaces.

Aquí debo decir que es posible que una persona sea heroica en algunos aspectos y un ser humano horrible en otros. Scott tenía esa naturaleza contradictoria. Era gay a tumba abierta, lo que denotaba un gran valor en aquella época. De hecho, era religiosa y cristianamente gay: el símbolo pictórico con el que se identificaba era un falo en llamas clavado en una cruz. Creía que todos los hombres eran homosexuales en secreto, excepto Graeme, al que había dado el apodo de «el Alce de Rosedale». Por otra parte, podía ser deliberadamente cruel y depredador, y se rebelaba de forma declarada contra las costumbres sexuales tradicionales. Cualquier varón de cualquier edad podía ser su presa, y ansiaba escandalizar a su propia clase social.

—Señora —le dijo en cierta ocasión a una mujer que se sentaba a su lado en una elegante cena celebrada en Rosedale—, ¿sabe lo que hago? Chupo pollas.

—Eso me interesa menos que saber si lo hace bien —respondió ella.

—Mi querido Scottie es un chico muy travieso —solía comentar su madre.

—¿Qué tengo que hacer para que me desaprueben? —se lamentaba Scott a Graeme.

Al final su amistad terminó cuando Scott escribió un artículo misógino que hablaba tanto de mí como de la autora Marian Engel. En cualquier caso, tiempo después, Graeme (fiel a su esencia) se sentiría culpable por no haber ido a visitar a Scott cuando su antiguo amigo, enfermo de demencia, acabó en una residencia. Scott no lo habría reconocido, pero aun así.

Otro de los visitantes de la granja era Larry Gaynor, que había llegado a nosotros a través de Dennis Lee. Larry había escrito una novela prometedora, pero excesivamente farragosa. Por entonces el propio Dennis empezaba a quemarse: demasiadas llamadas nocturnas de autores, demasiados asesinatos (el joven y brillante Harold Sonny Ladoo, de *No Pain Like This Body*) y suicidios (Russell Marois) y disputas: primero Dennis contra Dave Godfrey, y ahora Dennis contra Shirley Gibson, que intentaba echarle de Anansi. Así pues, pensó Dennis, quizá Graeme supiera qué podía hacerse con el libro de Larry.

Cuando menos, Graeme podía seguirle el ritmo a Larry con el alcohol. Los dos se quedaban despiertos hasta tarde, bebiendo, charlando, fumando y riendo. Tenían mucho en común. Yo, que era una mujer trabajadora, me iba a la cama como una niña buena.

Larry ya era una figura legendaria. Tenía una voz como la de Orson Welles, llevaba una larguísima barba, y le gustaba vestir al estilo motero, con especial predilección por el cuero. Como medía dos metros de estatura, no era raro que en los bares lo retaran hombres más bajos. «Cuanto más

grandes son, más dura es la caída», solían decirle, hinchando el pecho y estirando el cuello. «Claro, amigo», replicaba él con su voz atronadora. «Pero, cuanto más pequeños, más fácil es que caigan.» Su interpretación del machito era en parte una parodia exagerada, pero sólo en parte: si lo atacaban, devolvía el golpe. Tenía la boca más rápida del Oeste y pocas inhibiciones, aunque por norma compensaba la mordacidad con una amabilidad general, y en el fondo era como un empático peluche. También tenía un detector de sandeces de lo más práctico: como timador ocasional, él mismo había sido un auténtico profesional de la sandez.

Había nacido en Saint Andrews, Nuevo Brunswick, de unos padres que ya habían dejado atrás lo mejor de sus años fértiles. Él contaba que su madre había ido al médico convencida de que estaba entrando en la menopausia.

—Tengo excelentes noticias para usted, señora X —le dijo el médico.

—Es señorita X.

—En ese caso, tengo pésimas noticias para usted, señorita X.

Según Larry, su madre tenía forma esférica —«No sabías si estaba de pie o tumbada»—, por lo que no tenía nada de extraño que no hubiera sospechado que estaba encinta. «El viejo cabrón», contaba refiriéndose a su padre, «la dejó preñada, así que tuvieron que casarse». Los muy maduros recién casados debieron de quedarse atónitos al descubrir que habían traído al mundo a un precoz gigante.

Como ocurre con muchos niños altos, se esperaba que Larry actuara como si fuera mayor de lo que en verdad era. En consecuencia, pronto se metió en líos; y también aprendió pronto a salir airoso de ellos. Graeme solía decir que podías dejar a Larry en cualquier ciudad del mundo sin nada más que un puñado de monedas, y al anochecer tendría comida de sobra,

mucha bebida y un lugar donde dormir. Ingenio, agudeza, astucia callejera y astucia animal: ésas eran sus herramientas.

Al igual que Graeme, en la adolescencia había probado suerte en el Real Colegio Militar Saint-Jean. La constatación de que Larry no tenía madera de oficial se produjo durante un desfile de gala. Se suponía que los chicos debían coserse pesos de plomo en el interior de las perneras de los pantalones para que colgaran de manera uniforme, pero Larry no le vio mucho sentido. En su lugar, utilizó un par de toallas de mano enrolladas. Todo fue bien hasta que se inició la marcha y una de las toallas se cayó.

—¿Qué es eso?

—Es una toalla, señor.

—Recójala. Ya hablaremos más tarde.

Desde entonces Larry había sido muchas cosas, entre ellas feriante, «gorila» y tragafuegos, aunque dejó esto último después de prender fuego a los adornos de papel de una fiesta de cumpleaños infantil. También afirmaba que había sido sicario (en Cuba) y «rompepiernas» para cobradores de deudas mafiosos («Apoyas la pierna en un bordillo y saltas encima»). Como era un chanchullero, nunca sabías cuánto de todo eso podías creerte. Había vivido aquí y allá, y hecho esto y lo otro, parte de ello de naturaleza delictiva.

Su novela era un descontrolado y desmesurado galimatías. En la escena que recuerdo de forma más vívida, un corpulento adolescente le corta sin querer un testículo a otro chico con la cuchilla de su patín durante un partido de hockey. Pese a todos nuestros esfuerzos, no pudimos enderezar el libro, pero Larry se convirtió en un habitual. Inhalaba licor y humo de cigarrillos, y exhalaba historias. He aquí una:

Larry había decidido dejar este mundo. Y había reclutado a Walter, un tipógrafo de House of Anansi atontado por la maría, para que lo ayudara a

hacerlo. Él, Larry, metería la cabeza en el horno. Walter se sentaría al otro lado de una cortina para que la visión de Larry moribundo no lo angustiara, y redactaría su testamento tal como éste se lo dictara desde dentro del horno.

Él empezaba la función: «"Yo, Larry Gaynor, por la presente lego..." Este horno está sucio, ¿es que nadie lo limpia nunca?» Al poco, a Walter se le ocurrió que probablemente debería hacer algo, así que telefoneó a la línea de prevención del suicidio.

—Mi amigo tiene la cabeza en el horno —les dijo.

—¿Sigue hablando?

—Sí.

—Bueno, pues espere a que deje de hablar y cierre el gas.

Larry solía andar corto de dinero. Complementaba sus ingresos escribiendo novelas románticas sobre enfermeras bajo un seudónimo femenino. Durante uno de sus períodos de vacas flacas, recibí una llamada de mi cuñada Lenore. Mi hermano y ella se iban de viaje, la niñera contratada para cuidar de sus tres hijos se había puesto enferma, y ellos tenían que marcharse en dos días. ¡Era una emergencia! ¿Conocía a alguien?

—¿Qué tal un antiguo motero de dos metros, timador y tragafuegos, que escribe novelas de enfermeras? —le sugerí.

—¿Habla inglés?

Insensata de ella, mi cuñada le dio a Larry el número de su proveedor de aves de corral, Jack el de los Pollos, y le dijo que comprara lo que necesitase. Cuando regresó, descubrió que Larry había estado pidiendo pavos de dos en dos: uno para los niños y otro para él.

—La factura era kilométrica —me contó—. Pero al menos no tuve que preocuparme por los ladrones.

Los chicos tenían doce, diez y ocho años, y Larry les cayó muy bien.

A modo de entretenimiento, Larry les dejó leer la novela de enfermeras que estaba escribiendo, *Problemas en el paraíso*. También les enseñó a tragarse tenedores, a coserse botones y a apagar cigarrillos con la lengua. Los padres tenían algunas sorpresas aguardándoles a su regreso.

—Estás sentada a la mesa para cenar y tus hijos empiezan a comerse los cubiertos —me dijo mi cuñada—. Resulta un tanto inusual.

Durante la Reading Week, la semana de la lectura, en febrero, Graeme y yo partimos hacia la isla de Bequia. Nos había invitado Pat Parker, que había ido al instituto y a la universidad conmigo antes de irse a Londres, donde conoció a James «Son» Mitchell y se casó con él. (Más tarde, Son ejercería durante mucho tiempo como primer ministro de San Vicente y las Granadinas, y más tarde aún obtendría el título de «sir».) Marie Kingston —la mimo de la Bohemian Embassy— había salido a conocer mundo, se había pasado por Bequia para ver a Pat, y se había quedado allí. Pat, Marie y Son regentaban el Frangipani, un pequeño hotel y restaurante junto al puerto. Hacía poco que tenían electricidad, así que era bastante básico, pero ¿me apetecía ir?

A Bequia se llegaba vía San Vicente, adonde se llegaba a su vez vía Barbados. La compañía aérea era Leeward Islands Air Transport (LIAT), a la que los lugareños llamaban jocosamente «Luggage In Another Terminal», «equipaje en otra terminal». Mientras el pequeño avión de LIAT realizaba un descenso en picado para aterrizar de forma bastante brusca al pie de una alta montaña volcánica, me pregunté si aquel viaje no habría sido una decisión fatal. Desde San Vicente fuimos a Bequia por mar, en un ferry de transbordo rodado: entrabas por un extremo y salías por el otro. El hotel

Frangipani era encantador; el océano tropical bañaba la costa; las papayas maduraban de forma natural; y había nuevas aves que observar, como los zanates caribeños que nos robaban el desayuno y las magníficas fragatas que robaban el desayuno a otros pájaros.

Volvimos de nuevo el verano siguiente. Les había contado a mis padres que Jim y yo nos estábamos separando y que había un tal Graeme en mi vida. Sospecho que estaban conmocionados y horrorizados, aunque, como de costumbre, se mordieron la lengua. Aun así, sus reticencias me llegaron a través de mi hermana, a la que enviaron a decirme que aquel verano no querían la presencia adúltera de Graeme en la cabaña familiar.

Pues de acuerdo. Graeme tenía a los niños la mayor parte del verano, así que nos los llevamos a Bequia, donde todos lo pasaron muy bien. Shirley, por su parte, estaba indignada. Se suponía que Graeme no debía pasárselo bien, sobre todo cuando ella creía que eso costaba más dinero del que en realidad costaba, un dinero que debería gastarse en ella. Aunque Shirley y Scott Symons ya habían iniciado su campaña contra mí, desde ese momento dejé de representar los papeles de Concubina Menor y Trabajadora Incansable en su melodrama interior, y me convertí en un monstruo de colmillos afilados; pero un monstruo de colmillos afilados que debía darle dinero.

PELIGROSOS FORAJIDOS

En la penúltima etapa de la cruzada de Graeme para lograr que me fuera a vivir con él de forma permanente, había un santo grial. Era... —reverente pausa— la Excursión en Canoa. Ambos debíamos sentir lo mismo al respecto: tendría que haber excursiones en canoa en nuestras vidas. Pero no

a todo el mundo le gustan. Pueden ser desalentadoras, con fuertes vientos, lluvia, picaduras de insectos y mochilas que has de cargar en los «porteos», cuando transportas la canoa por tierra entre dos cursos de agua. Si podíamos sobrevivir juntos a una excursión de diez días, la relación tenía luz verde. Si no..., pero ¿cómo podría haber un no?

De modo que compramos (traducción: compré) una canoa de seis metros de color naranja con listones de cedro. Nos proveímos de una tienda de campaña, sacos de dormir, alimentos básicos y una botella de ron. A finales del verano subimos por la autopista 400 y aparcamos el coche en un área de descanso. No nos preocupaba que nos lo robaran, porque ¿quién iba a robar semejante tartana? Luego deslizamos la canoa por una recóndita rampa hasta un riachuelo y dejamos atrás la ribera cubierta de balsamina y zarzamora rumbo a la bahía Georgiana, en el lago Hurón.

Yo solía remar por la izquierda, así que nos vino que ni pintado que Graeme acostumbrara a hacerlo por la derecha. Brillaba el sol, y el viento no soplaba en exceso. Buscamos un lugar para acampar la primera noche y divisamos lo que parecía una punta rocosa, pero había un osezno ya algo crecido en ella, así que seguimos adelante.

Los relatos de las excursiones de acampada de otras personas resultan tan aburridos como los pases de diapositivas de sus viajes a París, así que voy a ahorrarme mis hazañas menos exitosas de búsqueda de comida (olvida las bellotas hervidas, ni te molestes con los diminutos cangrejos de río con sabor a barro) e incluso la ardua remada de una hora con el viento en contra que nos llevó a treinta metros del punto de porteo previsto. También me saltaré el momento en que nos quedamos sin ron; a Graeme no pareció importarle, así que quizá no era alcohólico, como yo había temido a medias. Graeme dejó de afeitarse alrededor del bigote, y yo cada vez tenía el pelo más sucio. Empezamos a apestar a humo de hoguera. A los ocho días

encontramos un montón de pedos de lobo: son setas muy sabrosas cuando se fríen en mantequilla o grasa de tocino, aunque hay que cortarlas por la mitad para asegurarse de no confundirlas con las letales *Amanita phalloides*, que se parecen a ellas cuando son jóvenes. Por desgracia, se nos había acabado tanto la grasa de tocino como la mantequilla. Divisamos una solitaria cabaña que parecía prometedora. Delante había un cuidado césped bordeado de piedras encaladas. Sus ocupantes estaban en casa: fuera ondeaba una bandera. Era una bandera estadounidense.

Sucios, tiznados, y con los dobladillos de la ropa hechos harapos, con los pañuelos rojos de pirata alrededor del cuello y las navajas visibles al cinto, llamamos a la puerta. Respondió una pareja de ancianos. Parecían alarmados: ¿éramos forajidos, o puede que unos psicópatas? «¿Por casualidad no tendrían un poco de grasa de tocino o de mantequilla de sobra?», les dijimos. «Pedos de lobo», añadimos.

Se sintieron tan aliviados de que no fuéramos a robarles y asesinarlos que nos dieron media panceta y una libra entera de mantequilla. Sonrieron con aire nervioso mientras cerraban la puerta.

La excursión en canoa fue un éxito.

26

Doña Oráculo

No podíamos quedarnos más tiempo en la granja alquilada. El propietario quería venderla, pero el precio era demasiado alto y el granero estaba a punto de derrumbarse por la viga que faltaba. Conduciendo por carreteras secundarias de grava, exploramos más al norte, donde las propiedades serían más baratas, y hojeamos las páginas de los periódicos locales.

Al final encontramos algo que podía servirnos. Estaba a unos treinta kilómetros de Alliston, una localidad con mercado que constituía el núcleo principal de toda la zona. Alliston albergaba un Festival de la Patata, porque era sobre todo eso lo que cultivaban las granjas situadas en las llanuras circundantes. En 1972 aún conservaba el carácter de los antiguos pueblos de Ontario.

La casa que estábamos considerando se hallaba en un terreno más elevado, y, por lo tanto, más frío y ventoso en invierno, y con el riesgo de sufrir heladas a finales de la primavera. Databa de 1835; era de tablones de madera de color blanco, del estilo georgiano de formas cuadradas que había precedido a las posteriores construcciones victorianas, más altas y de ladrillo, con una escalera central de madera pintada y sin enmoquetar. Tenía una sala principal, que se convertiría en el estudio de Graeme; una sala trasera, para invitados y proyectos que requirieran más espacio; una gran cocina comedor, y una pequeña despensa con fregadero y cocina eléctrica.

En el piso de arriba había un dormitorio para los niños y otro de matrimonio, con un diminuto y estrecho cuarto anexo al que sólo se podía acceder a través de éste. En otro tiempo debió de ser una habitación para bebés: aún conservaba una greca de papel pintado en colores pastel. Había también un armario en el pasillo, fuera del dormitorio; y, al otro extremo del pasillo, un enorme cuarto de baño que antaño debía de haber sido un dormitorio, con una bañera antigua pintada de color de hierro.

Había un sótano, al que se accedía desde la cocina por unas desvencijadas escaleras, que tenía una viga de soporte situada a escasa altura a un tercio del camino de descenso en la que Graeme se golpearía la cabeza tan a menudo que acabaría por dejarle una cicatriz. El sótano tenía el suelo de tierra y las paredes de adoquines, por los que cada mes de abril se filtraba la escorrentía del deshielo. En su origen este espacio se habría utilizado como bodega, para almacenar verduras durante el invierno, además de mantequilla, mermelada, jalea y conservas en vasijas y tarros. A la espalda del edificio había una cocina de verano con suelo de cemento que ahora se utilizaba como zapatero y trastero.

Delante de la casa se extendía un huerto de árboles de tronco nudoso (perales y manzanos), y una serie de ciruelos silvestres flanqueaba la cerca que se divisaba a lo lejos. Aquí el granero era sólido, con enormes vigas y tejado de hojalata. Y había algunos campos sin cultivar, unas cuarenta hectáreas en total.

El propietario nos dijo que nos daría una hipoteca. Parecía ansioso por quitarse de encima la propiedad. Yo detestaba las deudas en cualquiera de sus formas: había leído demasiadas novelas victorianas en las que alguien se arruinaba por pedir prestado y acababa con sus huesos en una cárcel de deudores. Como decía el señor Micawber en *David Copperfield*: «Renta anual de veinte libras, gasto anual de diecinueve y media; resultado,

felicidad. Renta anual de veinte libras, gasto anual de veinte y media; resultado, miseria.» Yo siempre tenía la sensación de que oscilaba al borde de la bancarrota, mientras que Graeme no parecía darle mucha importancia al dinero porque siempre surgiría algo. En cualquier caso, una vez que yo hubiera vendido la casa de la avenida Hilton, en Toronto, podría liquidar rápidamente la hipoteca.

La granja llevaba dos años deshabitada, sin más residente que una gata atigrada. Debía de ser una buena cazadora, ya que era corpulenta y musculosa. Era lo bastante rápida para cazar ardillas, y nos dejaba las entrañas en el umbral de la puerta como regalo. No es que sea un plato de gusto si vas descalzo —las entrañas de ardilla son resbaladizas—, aunque la intención era buena. Al principio me pregunté cómo se llevaría con *Patience*, la ingenua recolectora de abrojos de ciudad, pero solucionaron sus diferencias. Más tarde se les unió *Sparrow*: la recogieron los chicos, dio a luz debajo de la casa, y luego se asilvestró. Graeme llamó *Ruby* a la ruda gata residente. Solía venir a pasear con nosotros como si fuera un perro, con la esperanza de que levantáramos alguna pequeña pieza de caza para ella.

Cerramos la compra de la casa con el propietario. Podíamos mudarnos cuando quisiéramos, nos dijo. Probablemente preferiríamos hacerlo antes del invierno, ya que luego el camino de entrada podría quedar cubierto de nieve. (Así fue. Acabamos abriendo otro camino, que también se cubrió de nieve.)

Para comprar los muebles acudimos a ventas de objetos de segunda mano en granjas de la zona. Nos hicimos con una mesa de comedor y un juego de sencillas sillas de madera. También conseguimos un viejo horno de panadería con una encimera para mezclar y amasar, y dos tamices de harina incorporados. Con los años yo lo utilizaría para hacer un montón de pan y de pasteles. Teníamos un lavavajillas rudimentario que había que arrastrar

rodando hasta el fregadero y acoplar a los grifos. Nuestros escritorios eran sendos archivadores con tableros colocados encima, y nuestra primera cama fue un colchón en el suelo. En las ventas de segunda mano también encontramos varias colchas de confección manual, además de algunas vasijas de gres para guardar galletas y hacer ciruelas silvestres al brandi y otras delicias empapadas en alcohol.

Graeme pensó que sería un bonito toque decorativo instalar en el rellano de arriba tres muñecas que había rescatado de un vertedero. Eran viejas, con grietas y desconchones, y les faltaban los ojos. Años después nos enteraríamos de que a los niños les daban pavor, sobre todo después de ver una película sobre una muñeca asesina que cobra vida y persigue a una niña por todas partes rechinando los dientes. Una noche, cuando no estábamos en casa, atacaron a las muñecas con una escoba. A los chicos también les daba miedo el gran cobertizo en el que guardábamos el tractor: ¿seguro que dentro no vivía un monstruo? Cuando los mandábamos a recoger huevos del gallinero tenían que pasar por la puerta, que normalmente estaba abierta. Entonces echaban a correr hacia la luz de la casa, y no se sentían a salvo hasta que estaban dentro.

Antes de mudarnos tuvimos que levantar el suelo, que estaba medio hundido. Colocamos uno de linóleo en la amplia y destartalada cocina. En una de las ventas de segunda mano encontramos una cocina de leña con cuatro quemadores y un horno, y allí la pusimos. El tubo de salida de humos pasaba por un agujero del techo hasta una media chimenea instalada en el segundo piso, una práctica habitual en la década de 1830. De ese modo la casa podía aprovechar al máximo el calor: algo muy necesario habida cuenta de que en las paredes exteriores no había aislamiento. Tras un invierno de pura tiritona, hicimos insuflar material aislante entre las paredes exteriores y las interiores.

La casa era oscura además de fría. A fin de darle más claridad, contratamos a dos vecinos del pueblo para pintar las paredes de blanco. «Su casa está encantada, ¿eh?», nos dijeron: resulta que todo el mundo lo sabía. Uno de ellos nos contó que alguien había entrado en una habitación detrás de él, pero cuando se dio la vuelta no había nadie.

Descartamos tales especulaciones como meras habladurías. Pero entonces, una noche en que yo estaba fuera, apareció el fantasma. Graeme estaba medio dormido en nuestra habitación cuando oyó aproximarse unos pasos que parecían subir por la escalera central de madera. Quien los causaba llevaba botas o zapatos de suela dura, más de mujer que de hombre, le dio la impresión. No había oído llegar ningún coche, y sintió el escalofrío de rigor. Mientras, quienquiera que fuese debía de estar ya justo delante de la puerta del dormitorio, que se hallaba entornada. ¿Debía levantarse, encender la luz y abrir la puerta? O bien habría algo o alguien allí, o bien no habría nada ni nadie. «Sea lo que sea», pensó, «no tiene nada que ver conmigo». Se quedó dormido.

Me lo contó cuando volví al día siguiente. Consultamos a Frances Hand, que vivía carretera arriba; Frances podía oler la sangre en las escaleras antes de que alguien muriese, y nunca sentaba a trece personas a su mesa. La familia Hand llevaba en su granja desde mediados del siglo XIX: ella también sabía que nuestra casa estaba encantada. Nos dijo que le pusiéramos comida al fantasma; así nos dejaría en paz. Intentamos averiguar quién podía ser aquel espíritu, pero no logramos encontrar ningún registro de sucesos traumáticos. El propietario negó que tuviera conocimiento del fantasma, aunque más tarde acabaría admitiéndolo.

A lo largo de los años, varias personas más experimentaron la presencia del fantasma. Algunos lo oyeron subir las escaleras. Para otros, entraba en el dormitorio y lo atravesaba hasta el antiguo cuarto de bebés, reconvertido

ahora en mi sala de escritura. Una persona llegó a verlo: era una mujer con un largo vestido azul y la mirada triste. «¿Cómo puedo ayudarte?», le preguntó nuestra amiga al fantasma. La mujer se limitó a mirarla y pasó de largo.

Muchos años después, quienes entonces eran propietarios de la casa se pondrían en contacto con nosotros. También ellos habían visto al fantasma en cuestión: sí, era una mujer de expresión triste con un largo vestido azul. En cualquier caso, a Graeme le encantaba el fantasma, como le encantaba cualquier cosa que no pudiera explicarse.

En el granero había un gran montón de estiércol de vaca descompuesto: el augurio de un futuro huerto. En un espacio abierto detrás de la casa, Graeme y los chicos delimitaron un perímetro con una valla, cavaron una zanja de varios pies de profundidad, y la alambraron para mantener a raya a conejos y marmotas.

Allí planté lo siguiente:

Cebollas, rábanos, espinacas, acelgas, remolachas, lechugas, coles, coles de Bruselas, chirivías, zanahorias, calabazas, calabacines y otras cucurbitáceas, pepinos, maíz, espárragos, fresas, grosellas (rojas y blancas), grosellas espinosas (no fueron muy populares y pronto lo dejamos correr), ruibarbo, tomates, pimientos, guisantes, tirabeques, guisantes de olor, capuchinas, judías verdes, habas, y habichuelas y ayocotes, que se cultivaban en un trípode de cañas. Los agricultores locales nunca habían visto usar ese método, y se presentaban con un pretexto tras otro —«¿Ha visto a mi perro amarillo?»— para descifrar el misterio de las cañas; su propósito se hizo evidente cuando las plantas empezaron a trepar. Cubrimos

las hileras de hortalizas con paja, de la que también andábamos bien surtidos. Inconvenientes de este método: las babosas y la correhuela.

El huerto llevó inevitablemente a la adquisición de un congelador, y también a la elaboración de conservas y la deshidratación de productos. Teníamos un rudimentario secadero eléctrico donde hacíamos fruta deshidratada. Guardábamos las coles y las patatas en el sótano, junto con las zanahorias (almacenadas en una caja de arena), a las que les crecían cada vez más pelos conforme pasaba el invierno. Las chirivías se almacenaban en un agujero excavado en el exterior y revestido con paja, gracias a la práctica *Guía del agricultor primerizo*, que, sin embargo, tergiversaba lo fácil que resultaría todo esto.

También nos dedicábamos a la recolección de alimentos. En primavera cogíamos brotes de helecho a orillas del río Boyne. En los campos y zanjas con maleza encontrábamos dientes de león (verduras de primavera), bardanas (raíces) y verdolagas (que hacíamos al vapor, con mantequilla). Recogíamos las semillas rojas de los zumaques (para elaborar una especie de limonada) y la fruta de nuestros viejos perales y manzanos, además de ciruelas silvestres. Cortábamos las partes agusanadas de las manzanas y hacíamos tartas, compota y mermelada. Cada otoño, parte de las manzanas y peras se caían de los árboles y fermentaban en el suelo, y, cuando estaban en su punto de alcohol, una piara de cerdos de la granja de al lado, que estaba colina arriba, se escurría por debajo de la valla, se abría paso hasta nuestra huerta y se daba la gran juerga. Por la mañana volvían a casa dando tumbos. También venían vacas y se emborrachaban, pero eran más difíciles de ahuyentar.

Hacíamos cerveza, que podía explotar si no se consumía pronto: oíamos detonar las botellas en la bodega como disparos. Y elaborábamos vinos, que clasificábamos del cero al diez. Flor de espino: diez; blanco y ligeramente

efervescente. Melocotón: también un diez, y más fácil de hacer. Diente de león: nueve y medio, pero complicado, ya que sólo podían usarse las partes amarillas de la flor. Flor de saúco: también nueve y medio. Vino de remolacha: no era exactamente vino, más bien parecía un jarabe. Ruibarbo: cero, malo hasta decir basta; hay quien lo ha hecho con buenos resultados, pero no era nuestro caso.

Probamos con la sidra de manzana, machacando las manzanas de los árboles de delante: un éxito. Uno de nuestros percances fue la cerveza de jengibre: la dejamos demasiado tiempo, y, cuando abrimos la botella, todo el contenido salió disparado hacia el techo y luego cayó en forma de lluvia. Nuestro mayor error de fermentación fue el chucrut. Lo hicimos en el sótano, pero deberíamos haber utilizado el cobertizo del tractor: olía (y mucho) a zapatillas de correr medio podridas.

Los Hand, los vecinos que vivían carretera arriba, tenían una granja lechera, con un rebaño de raza Jersey. Aunque eran menores de edad, los chicos tenían permiso de Graeme para conducir el coche hasta allí y traer cubos de leche fresca. La densa nata ascendía a la superficie, y con ella hacíamos helado, crema batida y postres diversos. Por entonces no nos preocupaban las dietas cardiosaludables.

Graeme era un cocinero asiduo, brioso y experimental, pero también muy desordenado: después de una de sus incursiones culinarias, parecía que hubiera caído una bomba en la cocina. Con los años exploraría muchas tradiciones nacionales: mexicana, india, francesa, japonesa..., pero en aquel entonces estaba enfrascado en el libro de cocina *The Canadiana Cookbook* de Madame Benoît, apropiado para nuestra situación y decoración. Asados de cerdo, increíbles sopas y guisos, alubias al horno con manzanas y sirope de arce... Probaba todas las recetas. Su único fracaso culinario digno de mención fueron los callos. Olían tan mal que tuvimos que salir de casa.

Acabaron en el campo de atrás, donde alguna forma de vida animal debió de disfrutar de ellos.

Un momento gastronómico favorito: yo había atraído a un aspirante a biógrafo, un infortunado escritor de algún lugar de Estados Unidos que se pasó por la granja un día en que estábamos haciendo paté con hígado crudo. Tal como se aconseja, lo estábamos despachurrando con las manos mientras veíamos un partido de hockey en nuestro televisor en blanco y negro. «¡Dispara, y marca!», proclamó el locutor. «¡Hurra!», gritamos nosotros alzando las manos al aire.

Hígado por todo el techo. La biografía nunca llegó a escribirse.

EL ARCA DE GRAEME

Se nos acumulaban los perros. Uno de ellos era un hermoso perro de pintas azules cazador de mapaches que había aparecido en la casa después de que sus desaprensivos dueños lo abandonaran en el campo. Lo llamamos *Max*. Era muy amistoso, pero imposible de adiestrar, señal de que lo habían maltratado: si le decías que no a algo, simplemente se daba la vuelta y se orinaba. Durante un tiempo alojamos a un perro llamado *Toric* al que cuidábamos para Marylee Stephenson, una amiga pajarera. Y más importante aún: había un lobero irlandés que habíamos comprado tras dejarnos convencer por un psiquiatra forense llamado John Rich, el amigo de Graeme de los tiempos en que éste hacía campaña por el NDP en Toronto. John y su mujer criaban loberos, pero no todo el mundo quería perros tan grandes; en cambio, serían perfectos para nosotros. Se presentó con dos —*Finn* y *Bronwyn*—, aunque luego el veterinario mató a *Bronwyn* por accidente.

Finn tenía un carácter encantador, pero era enorme: de pie sobre las patas traseras, era más alto que Graeme. Los gatos solían comer con él de su mismo plato, y cuando hacía frío se alineaban junto a su lomo para calentarse. Era tan rápido que podía cazar marmotas. Los visitantes no deseados no podían llegar a nuestra puerta sin ser vistos porque *Finn* se acercaba a su coche y miraba dentro. Si se hubieran bajado, no los habría mordido: se habría limitado a derribarlos y a subírseles encima.

Nuestra teoría era que en la granja estaríamos libres de las distracciones de la vida en la ciudad y tendríamos más tiempo para la escritura. Pero nadie mencionó las distracciones de la vida en el campo.

Graeme enseguida trabó amistad con informantes locales, tras descubrir el café donde se reunían los granjeros de la zona.

—¿Qué clase de animales deberíamos tener? —le preguntó a un veterano.

—Ninguno —fue la respuesta. Y tras una pausa añadió—: Como tengáis ganado, se os morirá.

Eso no disuadió a Graeme. Él consideraba que, por una cuestión de principios, no debíamos dejar que las tierras agrícolas se echaran a perder. Nuestra granja debía funcionar como tal; y eso pese al hecho de que, aunque a ambos nos gustara navegar en canoa, y yo fuera una jardinera experimentada, ninguno de los dos sabía lo más mínimo de agricultura ni ganadería.

Con ayuda del adolescente Bruce Hand, de la granja lechera de carretera arriba, Graeme compró en subastas varias piezas de maquinaria anticuada —un tractor, una empacadora de heno, una grada, un rastrillador— y procedió a cultivar alfalfa. «La agricultura consiste en dar vueltas y más

vueltas hasta que algo se rompe, luego dar vueltas y más vueltas buscando la pieza para arreglarlo, luego arreglarlo, y luego dar vueltas y más vueltas hasta que se rompe otra cosa», se lo oía decir.

Y, ya que estábamos, ¿por qué no criar pollos? Visto desde la distancia, eran muchas las razones para no hacerlo, pero aun así lo hicimos. Graeme construyó un gallinero asimétrico, que pobló con una docena de gallinas y un gallo. (Con un gallo las gallinas eran más felices, nos dijeron, pero sólo uno, ya que, de lo contrario, habría guerras territoriales.) Tras una desafortunada y mortífera incursión —¿mapaches?, ¿un zorro?—, se levantó un cercado alrededor del gallinero y se estableció un toque de queda: por las noches se forzaba a las gallinas a meterse en el gallinero, y se las dejaba salir por las mañanas. Eso pareció sentarles bastante bien. Ponían huevos: huevos gigantes en primavera, con dos o tres yemas; luego de tamaño normal hasta que hacía calor; y después menos huevos y más pequeños hasta que refrescaba. Descubrimos una gallina en un tractor que estaba temporalmente fuera de uso: intentaba empollar varias docenas de huevos que otras más perezosas habían depositado debajo de ella. Con nuestro excedente de huevos alimentamos a los adolescentes y a los amigos que venían a verlos. Convertíamos los huevos en bizcochos y helados, los regalábamos, y hasta se los vendíamos a amigos indulgentes de la ciudad.

Un año tratamos de producir nuestros propios pollitos utilizando una incubadora, pero la tarea no resultó el coser y cantar que prometían las instrucciones. Había que mantener los huevos a una temperatura exacta, el nivel de humedad tenía que ser igualmente riguroso, y había que darles la vuelta a intervalos estrictos. Supimos que habíamos sido demasiado laxos cuando los huevos empezaron a eclosionar. Lo que salió fueron pollitos frankensteinianos, con cabezas descomunales o vientres enormes u otras malformaciones demasiado tristes para describirlas aquí. En lo sucesivo

optamos por obtener nuestros pollitos de lotes de productores que sabían lo que se traían entre manos.

Las gallinas eran fascinantes de observar, y agradecían que les arrojaras un perrito caliente cortado a pedacitos. Entonces se producían escenas de persecuciones: las gallinas son omnívoras, y les gustan mucho los trocitos de carne. Había un orden jerárquico entre ellas: la gallina de rango superior se llevaba la mayor parte de los trozos de perrito caliente; a la de rango inferir la suerte no le sonreía. Las gallinas no eran amables unas con otras, un hecho al que deberíamos haber prestado más atención.

Un invierno especialmente frío, Graeme descubrió que una de las gallinas tenía congelados varios dedos de una de sus patas. La llevamos dentro y la metimos en una caja de cartón para que pudiera recuperarse. Los dedos se ennegrecieron y se cayeron, dejando un muñón. Graeme le hizo entonces una pequeña pata de palo, con la que lograba desplazarse bastante bien. Vivía en la parte de la sala trasera donde solíamos tener el televisor, y le gustaba ver los partidos de hockey con nosotros. Cada vez que alguien marcaba un gol, saltaba y gritaba como hacíamos todos los demás. Los niños la llamaron *Long John Chicken* (en honor del personaje de *La isla del tesoro*); hasta se habló de ponerle un sombrerito de pirata y un parche en el ojo, y quizá incluso añadirle un loro, aunque esto último habría sido un exceso.

Entonces cometimos un error. Una vez curados los muñones de sus dedos, devolvimos a *Long John Chicken* al gallinero con sus congéneres, donde pensamos que se sentiría más a gusto. Por desgracia, a la mañana siguiente encontramos su cuerpo aplastado, después de que las demás la pisotearan hasta matarla. Una gallina con una pata de palo era una amenaza definitiva para el pensamiento grupal del resto.

—Parece un mantelito gallináceo —observó Graeme.

Nos echamos la culpa, pero lamentarse era inútil.

Las gallinas fueron sólo el principio. Poco después teníamos varios patos —con su propia alberca en la que nadar— y unas cuantas ovejas, además de cuatro vacas bastante huidizas que no sólo saltaban las vallas, sino que incluso se metían en la alberca y se zambullían para pasar bajo el alambre de espino que la atravesaba. Luego trotaban por la carretera y se mezclaban con las vacas de los vecinos, así que Graeme y los chicos tenían que ir a recuperarlas, con un riesgo considerable para sus vidas.

Una de las vacas se torció un tobillo, y llamamos al veterinario para que la tratara, pero la vaca no lo dejó acercarse. El veterinario reapareció en la casa, sudando y con la cara enrojecida.

—¡Esa [improperio] vaca corre más deprisa con tres patas que cualquier otra cosa con cuatro! —nos dijo.

—¿Y cómo vamos a tratarla?

—La única cura es pegarle un tiro en la cabeza y meterla en el congelador.

Y eso fue lo que acabó pasando. Les habíamos dicho a los chicos que no pusieran nombre a las vacas, pero ellos lo habían hecho de todos modos. Resultado:

—¿Es *Susan* a la que nos estamos comiendo?

Gracias a Paulette Jiles, una poeta de Anansi a quien yo había editado, nos hicimos con una pequeña yegua llamada *Bonnie*, un cruce de árabe y minero galés. Paulette era una experimentada amazona. Había visto a *Bonnie* en medio de un campo mojado, con los cascos sin recortar y los dedos vueltos hacia arriba como babuchas turcas, y se había horrorizado.

Nos pusimos manos a la obra para rescatarla, e hicimos que se le recortaran y herraran en condiciones los cascos.

Paulette dijo que me enseñaría a montar a *Bonnie*. Mi madre había sido una entusiasta amazona, y nuestra hija lo sería en el futuro, pero ese talento se había saltado una generación. Al final logré mantenerme sobre su lomo, aunque *Bonnie* tenía todo un repertorio de trucos: te rascaba contra una valla, se detenía de repente para arrancar un bocado de hierba, o daba vueltas en círculo.

No tardó en unírsele una yegua de mayor tamaño llamada *Shayna*, ya que pensamos que, si tenía una amiga, no se sentiría tan sola. Lo primero que hizo *Shayna* al llegar fue perseguir a los otros animales alrededor del establo con las orejas hacia atrás y enseñando los dientes, y acto seguido mordió a *Bonnie*. Luego se plantó en mitad del montón de heno, agachó la cabeza y empezó a comer. *Bonnie* se fue aproximando a hurtadillas, rodeando el establo sin hacer ruido y observando a *Shayna* a través de un agujero en la madera. A continuación se le acercó furtivamente por detrás, donde *Shayna* no pudiera verla; cuando estuvo lo bastante cerca se dio la vuelta, le arreó una coz en las costillas y salió corriendo.

La única ocasión en que *Bonnie* me derribó fue porque le di una palmadita en el cuello sin darme cuenta de que *Shayna* le había arrancado un trozo de crin. Pero a veces las dos eran amigas. Al final *Bonnie* acabaría saliendo malparada después de que ambas se escaparan una noche y se fueran de aventura por la carretera principal: murió atropellada por un conductor borracho; una tragedia que describo en mi relato «Caballo blanco», en *Desorden moral*.

Tuvimos, brevemente, una pareja de gansos. Una vaca pisó a uno de ellos, y siento decir que nos lo comimos.

También habíamos dado permiso a un apicultor local para que instalara algunas colmenas en nuestras tierras a cambio de miel. Graeme se interesó en el proceso, y empezó a ayudar al apicultor a rociar con humo a las abejas para tranquilizarlas antes de recolectar la miel. Como el apicultor no llevaba el pertinente casco protector de malla, Graeme, para no parecer un gallina, tampoco se lo ponía. Pero un día las abejas no se dejaron convencer y le picaron en tres sitios distintos de la cara. Se le puso la piel de color amarillo intenso y la cara redonda como un melón, y se le hincharon los párpados hasta convertir los ojos en meras rendijas. Estaba irreconocible, y tenía un aspecto espeluznantemente siniestro.

Aun así, partimos hacia Toronto para asistir a una fiesta literaria de tipo semibohemio. En la reunión había un joven que se las daba de poeta rebelde, llevaba una pistola de plástico colgada del cuello y se hacía llamar Doctor Muerte. Empezó a acosarme y a meterse conmigo, he olvidado por qué: por ser una asquerosa burguesa, por ser una feminista repelente, por ser una poeta de pacotilla, o por las tres cosas a la vez. «¡Largo!», le azucé, pero el Doctor Muerte no se largó. Entonces Graeme surgió de las sombras, con el rostro redondo y amarillo, y los ojos reducidos a su mínima expresión. Se irguió amenazador.

—Si no la dejas en paz, amigo, voy a hacerte mucho daño —gruñó con su mejor voz de cine negro.

El Doctor Muerte abandonó la fiesta.

¿Por qué tuvimos ovejas? Ni idea. Fue cosa de Graeme. Compró cuatro, una de las cuales murió muy pronto de cenurosis, un acontecimiento conmemorado en mi poema «Noviembre»:

La arrastraste hasta el establo
yo sostenía la linterna,
nos inclinamos sobre ella
como si estuviera naciendo.

La oveja cuelga boca abajo de la cuerda,
un fruto largo cubierto de lana y podredumbre.
Espera a que el carro de los muertos
la coseche.

Lúgubre noviembre,
ésta es la imagen
que inventas para mí,
la oveja muerta salió de tu cabeza, un legado:

mata lo que no puedas salvar
lo que no puedas comer tíralo
lo que no puedas tirar entiérralo

lo que no puedas enterrar regálalo
lo que no puedas regalar debes llevarlo contigo,
siempre es más pesado de lo que creías.

Las ovejas no son muy listas, a diferencia de las cabras. En primavera Graeme tuvo que sacar a una de la alberca toda empapada: se había metido por una ignota razón ovejil y se había enredado en un trozo de alambrada que discurría bajo el agua. Las ovejas no paraban de hacer ese tipo de cosas.

Además, se creían caballos, y seguían a *Bonnie* de un lado a otro como si fuera la líder de su rebaño.

A finales del invierno una de las ovejas tuvo trillizos. Rechazó al más canijo de la camada. Llevamos al cordero dentro, medio muerto, y siguiendo el consejo de Frances Hand lo envolvimos en una toalla, lo pusimos un rato en el horno tibio y lo reanimamos con brandi. Lo alimentamos con un biberón y lo instalamos en el cuarto de atrás con un poco de paja. Durante el día lo dejábamos entrar en la cocina, donde correteaba de un lado a otro, resbalando y deslizándose por el linóleo, y meándose en el suelo. Intenté ponerle un pañal hecho con una bolsa de plástico con un forro, pero fue un fracaso.

Creció. Ahora era un joven carnero. Aunque, como se había criado entre personas, se creía una persona. Le gustaban las mujeres, pero cuando lo llevamos al corral para que pudiera unirse a las demás ovejas, atacaba a cualquier hombre que se pusiera a su alcance, bajando la cabeza y embistiendo. Graeme lo golpeaba en la testa con un tablón, pero él lo interpretaba como un desafío masculino. Retrocedía, sacudiendo la cabeza, y embestía de nuevo.

Tomamos la triste decisión de meterlo en el congelador antes de que hiriera de gravedad a alguien. No estábamos en disposición de sacrificarlo nosotros mismos, así que lo llevamos al matadero local, un lugar que parecía sacado directamente de una película de terror. El carnero iba en el maletero del coche, que se había quedado atascado. Intentando ignorar los barriles con cabezas de vaca en salmuera que había en el interior del edificio, expliqué nuestra misión y nuestro dilema a un personaje vestido de cuero, con un delantal ensangrentado, calvo y sin cuello, que parecía un verdugo isabelino. Salió con una palanca, abrió el maletero, y nuestro carnero desapareció entre las sombras.

Reapareció al día siguiente, pulcramente troceado en forma de piernas y chuletas de cordero. ¿Se me saltaron las lágrimas? Sí. Pero me comí las chuletas.

Cada gallo tiene su propio carácter: algunos son mansos; otros, moderadamente agresivos. Y luego están los Locos Alfa.

Uno de nuestros gallos era del tercer tipo. Podía distinguir entre una persona que llevara un palo y otra que no lo llevara. Si te acercabas lo más mínimo a él con pantalones cortos y sin un palo en la mano, batía las alas, se abalanzaba sobre ti, y te clavaba las garras y los espolones en las piernas desnudas. Era muy rápido y muy sigiloso. Los ataques podían venir por la espalda.

Su tarea era proteger a las gallinas, pero éstas eran un hatajo de irresponsables que vagaban de un lado a otro en busca de gusanos, y él siempre estaba intentando agruparlas. De vez en cuando soltábamos a las gallinas en el huerto para que lo limpiaran de bichos y babosas, y eso era una auténtica pesadilla para el pobre gallo. Si fuera humano, les habría gritado: «¡VOLVED AQUÍ, ESTÚPIDAS! ¿ES QUE NO HABÉIS OÍDO HABLAR DE LOS ZORROS?» «¡Cloc, cloc, cloc!», se dirían unas a otras, sin prestar atención a su amo y señor. El supermercado del jardín era demasiado seductor para ellas, y las babosas demasiado tentadoras.

A las gallinas les gustaba pasar el rato con las ovejas cuando estaban en el establo comiendo pienso. Ellas espigaban las sobras, y se comían las semillas que contenía la caca de oveja. Eso volvía loco al gallo alfa: veía a las ovejas como amenazas, igual que le sucedía con cualquier otro ser vivo, y le resultaba imposible mantener juntas y protegidas a las gallinas.

Un día estaba intentando reunirlas —se habían separado en dos grupos, y el gallo corría de un lado a otro entre ambas facciones como el jefe de filas de un partido político cuestionado por una rebelión, cacareando y prodigando picotazos— cuando apareció Graeme con un cubo de agua y empezó a caminar entre los dos grupos de gallinas. La aparición de aquel coloso fue demasiado para el gallo. Con un grito angustiado, dio un salto en el aire, lanzó un grito ahogado y cayó muerto.

Temiendo una enfermedad, lo llevamos al veterinario.

—Ha muerto de ira —dictaminó el veterinario tras examinar la cara roja y congestionada del gallo.

—En ese caso, ¿podemos comérnoslo? —preguntó Graeme.

—No veo por qué no.

Sacamos la receta de la *cock-a-leekie*, una sopa tradicional escocesa de pollo y puerros. En aquella época éramos unos insensibles: comíamos de todo, porque el que guarda encuentra, y mejor nosotros que algún mapache aprovechado. Además, sabíamos por experiencia que una gallina enterrada no tardaría en volver a desenterrarse: los chicos se habían encargado de inhumar a una gallina muerta que parecía haber optado por el suicidio encerrándose dentro del cubo de basura metálico en el que Graeme guardaba el pienso. Al allanar la tierra, la gallina había emitido un cloqueo sobrenatural desde el subsuelo: ¡terror! Sólo aire expulsado, había dicho Graeme a los chicos. Pero el ave reapareció por la mañana, ahora más sucia y maloliente, gracias al perro *Max*. Nuevo entierro y nueva reaparición; ésta, más apestosa que la anterior. Al final los chicos se subieron a un árbol y dieron a la gallina una sepultura aérea, como una putrefacta ofrenda a los dioses. Esta vez atrajo a los cuervos.

En los veranos llevábamos a los chicos a la cabaña de madera familiar en el norte de Quebec, dado que mis padres habían cedido y habían aceptado que viviera en pecado con Graeme. Metíamos a los niños en la gran canoa naranja, y remábamos con ellos y nuestras provisiones los kilómetros que nos separaban de la cabaña, porteando la canoa por un atajo, capeando tormentas y desafiando las olas.

Pescábamos. Descubríamos sin querer nidos de avispas. Cortábamos leña. A Graeme le encantaba el lugar: le recordaba a sus días de excursión en canoa en el campamento de verano. Freía montones de tortitas en grandes planchas, preparaba huevos con beicon para todos, cocinaba guisos a fuego lento. Yo contribuía con tartas de arándanos y ruibarbo cocidas en el horno de leña. Varios amigos cuidaban de los animales de la granja mientras estábamos fuera, y uno de ellos vio al fantasma dentro de la casa mirando por la ventana. Más tarde supimos que había sustancias psicodélicas de por medio.

En la granja solíamos tener muchos invitados. En primavera, verano y otoño salían a dar una vuelta por el campo y se dejaban caer por allí. Acababan quedándose a comer. Luego se iban a pasear por el campo de atrás, y, mira tú por dónde, aún seguían allí para la cena. Después se hacía demasiado tarde o habían bebido demasiado para volver a casa, así que se quedaban a pasar la noche. Se marchaban tras un desayuno abundante y tardío, no sin decirnos lo relajante que les resultaba estar en el campo. Lavábamos los platos, hacíamos la colada e intentábamos ponernos a escribir de nuevo.

En cierta ocasión hice de canguro de los gemelos de nueve años de Marian Engel para que ella pudiese trabajar en *Oso*, la novela que tenía entre manos. Saqué a relucir mis dotes de monitora de campamento, y conseguí que los gemelos montaran un espectáculo de marionetas de *Los*

tres cerditos, con una gran caja de cartón como escenario. Fue un éxito, aunque la búsqueda del tesoro que también organicé resultó un fiasco, ya que encontraron todas las pistas en cinco minutos. Los puse a trabajar recogiendo huevos del gallinero, lo cual —según supe después— los asustó un poco. Y de paso se les cayeron los huevos.

A pesar de todos los alimentos que cultivábamos y recolectábamos, había que comprar provisiones y pagar facturas. Las actividades agropecuarias siempre daban pérdidas: no conocía a ningún pequeño granjero de la zona que no tuviera un segundo empleo. Nosotros hicimos algunos trabajos como guionistas *free lance* de cine y televisión, a veces juntos, a veces por separado. Yo, por ejemplo, escribí una obra para la CBC titulada *The Servant Girl*, basada en la trama policíaca del segundo libro canadiense de Susanna Moodie, *Life in the Clearings*. También hice algunas lecturas mal pagadas, sobre todo en universidades de Estados Unidos. Graeme tuvo varios trabajos esporádicos: escritura creativa por aquí, escritor residente por allá... Asimismo, ambos cobrábamos cheques por derechos de autor, aunque no eran cuantiosos. El dinero de Graeme iba a parar a Shirley, aunque nunca era bastante para ella. El mío sustentaba a nuestra familia.

Pensamos en distintas formas de llegar a fin de mes. En un momento dado, Graeme propuso un plan para ganar dinero vinculado a la comida: escribiría un libro de cocina titulado *Come barato pero bien*. La receta típica: una sopa hecha con vainas de guisantes y peladuras de zanahoria, a la que se añadía una taza de nata montada y una botella de champán. Al señalarle que el champán no era un producto de saldo que digamos, preguntó: ¿y si fuera de una marca barata?

Uno de mis guiones de televisión se basaba en los niños Barnardo: huérfanos y sin hogar, enviados desde Inglaterra hasta Canadá por una organización benéfica y acogidos por familias de granjeros. *Heaven on*

Earth, se llamaba. Escribí el guión en colaboración con el director de cine Peter Pearson. Peter y yo utilizamos un conjunto de materiales de la vida real recopilados a través de un anuncio de periódico: ¿había algún descendiente vivo de aquellos niños?, ¿tenía historias que contar? Esperábamos obtener quizá una decena de respuestas, pero recibimos más de seiscientas. Algunas contaban historias felices, con familias amables y éxitos futuros, pero muchas otras no: trabajo infantil, maltratos físicos, violaciones, suicidios...

Creamos una trama que fuera representativa, basada en cinco niños ficticios. Cuando finalmente se rodó para televisión, en 1987, una de las estrellas fue la actriz infantil Sarah Polley. Mucho tiempo después esta última reaparecería en mi vida, convertida en creadora y directora.

COMUNIDAD DE SUEÑOS

Mientras tanto, Graeme andaba atareado en crear el Sindicato de Escritores de Canadá, al que poco después seguiría el Fondo de Escritores. Aunque más tarde también yo contribuí a gestionar ambas organizaciones, y a finales de la década de 1970 fui presidenta del sindicato, ninguna de ellas fue en absoluto idea mía. Eran proyectos de Graeme, el tipo de cosas que a él se le daban bien.

El sindicato se creó porque por entonces pocos de los prosistas de Canadá se conocían entre sí, y pocos sabían lo bastante sobre contratos, en particular sobre los derechos que tenían y lo que se les debía pagar: ¿qué normas había al respecto? Así que Graeme, el gallo alfa, agrupó a los escribas. Las primeras reuniones tuvieron lugar en casa de Marian Engel, en Toronto. Como explica Andreas Schroeder: «Mantuvimos varios encuentros

en el porche trasero de Marian Engel. Nos emborrachábamos un poco, y eso contribuía al optimismo.» Seis meses después se celebró una conferencia fundacional, en la que, pese a sus reticencias, Margaret Laurence fue elegida presidenta interina. Alma Lee, una hippy escocesa de cabello rizado que más tarde fundaría el Festival de Escritores de Vancouver, asumió el cargo de directora ejecutiva. Jack el Pieza profetizó que el sindicato fracasaría, ya que los escritores siempre andaban a la greña y eran incapaces de ponerse de acuerdo en nada; pero en esto se equivocó.

Entre las inquietudes profesionales del sindicato se incluían los derechos de remuneración por préstamo público —pagar a los autores por el uso público de su obra en bibliotecas—, el desarrollo de un contrato mínimo estándar, y el problema de la ausencia casi total de literatura canadiense en las escuelas. En un momento dado llegamos a hacer piquetes en el Parlamento porque los excedentes de impresión producidos en Estados Unidos se vendían en Canadá a precio de saldo, sin que los escritores se beneficiaran lo más mínimo. Conseguimos reunirnos con el Ministerio de Consumo y Asuntos Corporativos. La respuesta del ministro fue: «¿Es que no quieren que los lectores tengan libros baratos?» Entonces, como ahora, muchos pensaban que no había que pagar a los escritores porque disfrutaban haciendo lo que hacían. (Según esa norma: director de banco, ¿le gusta su trabajo? Pues no hay dinero para usted.)

A raíz de un altercado producido en el Sindicato de Escritores se creó el Fondo de Desarrollo de Escritores. Graeme describe así el acontecimiento en su conferencia Margaret Laurence:

> Durante una reunión del Consejo Nacional celebrada en Vancouver, el responsable provincial de desarrollo curricular nos dijo que le encantaría que se enseñara literatura canadiense en las escuelas, pero que no la había. Perplejos, los miembros del Consejo decidieron crear un «Proyecto de formación de profesores y escritores» [...] Se formaron cinco grupos de trabajo [de profesores] [...] que elaboraron diez guías [...] Cuando informamos a la Junta General Anual [del sindicato], tuvo lugar una apasionada revuelta porque en las guías no se había incluido a todos los miembros [...] Así que algunos de nosotros, en particular David Young, Alma Lee y yo mismo, nos dispusimos a crear el Fondo de Desarrollo de Escritores [...] Todos hicimos lo que pudimos para recaudar dinero. Más de cuarenta mil ejemplares [de las guías se vendieron finalmente], la mayoría de ellos destinados a profesores de Lengua y Literatura de instituto. Cuando David y yo lo rememorábamos hace poco tomando una copa, él definió aquel proceso como una nube de humo y espejos, y todo ello salía de mi boca. Pero hubo muchas bocas involucradas... y muchas palabras. Quizá ninguna fue más significativa que una cita de André Malraux [...]: «La mente sugiere la idea de una nación», decía, «pero lo que da a esa idea su fuerza sentimental es una comunidad de sueños».

A fin de recaudar fondos para el naciente Sindicato de Escritores, el 9 de mayo de 1977 organizamos un espectáculo nocturno al que llamamos *The All-Star Eclectic Typewriter Revue*, «revista ecléctica de primeras figuras de la máquina de escribir», definido como «una velada de teatro aficionado y prosa profesional» y celebrado en el Centro St. Lawrence. Agotamos las entradas, posiblemente porque nadie sabía qué podía salir de allí.

La velada fue una mezcla de seriedad y payasadas. El popular historiador Pierre Berton hizo su numerito recitando «The Shooting of Dan McGrew», de Robert W. Service, el poeta de la fiebre del oro de Klondike. Rudy Wiebe y Andreas Schroeder cantaron unos hermosos himnos menonitas. La novelista Hélène Holden hizo una versión de «Mac the Knife» llamada «Jack the Knife», en la que apareció Jack «el Navaja» McClelland ataviado con una capa y un par de colmillos de vampiro de cera.

Yo misma formé las Farley Mowat Dancers: seis escritoras, todas bajitas como Farley, y todas con barba estilo Farley. Hicimos dos números: «Perdidos en el desierto helado», el título de uno de los libros infantiles de Farley, en el que llevábamos abrigos de piel, gorros de piel y raquetas de nieve; estas últimas fueron un error de cálculo mío, ya que las raquetas de nieve en un escenario de madera son resbaladizas y podría haber matado a alguien. El segundo número fue un baile escocés: terminamos levantándonos todas el kilt y revelando las letras F-A-R-L-E-Y escritas en la parte trasera de nuestros bombachos. (A Farley le encantaba levantarse el kilt.)

También dirigí un *sketch* titulado «La mafia literaria de Toronto». Tal expresión era entonces de uso común, y aludía en particular a Douglas Marshall, del *Toronto Star*; William French, de *The Globe and Mail*; y Robert Fulford, del *Saturday Night*. Los tres participantes se vistieron con camisas negras y corbatas blancas al estilo mafioso, añadiendo un sombrero de fieltro para Bob, «el Fulfordrino». Los convencí para hacer esta travesura diciéndoles a cada uno de ellos que los demás ya habían accedido a participar. Recitar sus textos individuales no fue un problema, pero el chachachá que debían bailar se topó con un escollo: Bob no tenía el menor sentido del ritmo.

«Sólo tienes que balancearte hacia delante y hacia atrás mientras los otros dos bailan el chachachá a tu alrededor. Lo clavarás. La sala se vendrá abajo», le dije.

Y así fue.

Durante todo ese tiempo yo había estado trabajando en la que sería mi tercera novela, *Doña Oráculo*. En ella la heroína finge su propia muerte para desaparecer de su vida anterior (más o menos lo que yo había hecho, salvo la parte de la muerte), y lleva una doble vida como escritora (también más o menos lo que yo había hecho): por un lado, una grave poetisa mística; por otro, y bajo otro nombre, una exitosa autora de relatos románticos. El hecho de que el libro se incline más hacia la comedia que hacia el melodrama se debe en parte a Dennis Lee, que fue uno de los primeros lectores en su forma manuscrita y quería que fuese más divertido y exagerado de lo que originalmente era. Se presentó en la granja provisto no sólo de esa opinión, sino también de otra sobre otro asunto: había descubierto un álbum asombroso, *Astral Weeks*, de un joven y fabuloso cantante nuevo llamado Van Morrison. Teníamos que escucharlo.

En *Doña Oráculo*, la heroína se transforma de una muchacha obesa en una esbelta, convirtiéndose así físicamente en su propia doble secreta. De pequeña yo había leído *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, la famosa historia de transformación corporal de Robert Louis Stevenson, por no hablar de aquellos primeros cómics de superhéroes en los que un hombre trajeado se mete en una cabina telefónica y reaparece con mallas de forzudo de circo y una capa de mago, además de enormes músculos. También había visto muchos anuncios en formato viñeta tanto de adelgazamiento (para mujeres) como de culturismo (para hombres). ¡Podías convertirte en una

persona nueva por completo! Otra fuente de inspiración fue una carta que vi publicada en la sección de consejos de un periódico. Su autora decía que había engordado como una forma de lograr aislamiento y protección, una idea novedosa para mí. Si se invertía el proceso, de gorda a delgada, ¿se sentiría la persona en cuestión más vulnerable y expuesta?

La metamorfosis de *Doña Oráculo* suscitaría diversas preguntas tras mis lecturas públicas de la obra: «¿Cómo lo ha hecho para perder tantos kilos?» Notaba la decepción del público cuando les decía que no era mi caso: lo que querían era la receta milagrosa para perder peso. En todas y cada una de las novelas que he escrito he tenido que explicar: «Es ficción. Lo pone en la cubierta. "Ficción" significa "No literalmente cierto".» Los dramaturgos no tienen ese problema: sus espectadores son conscientes de que están mirando a un escenario y de que quienes se mueven sobre las tablas son actores, que Hamlet no está muerto de verdad, que Ofelia no se ha ahogado. Ilusión frente a realidad, el arte frente a la vida: una cuestión que se plantea con frecuencia. Y luego están las ilusiones «reales», que es a lo que aspiran los escritores de ficción y los estafadores.

Sea como fuere, tras completar *Doña Oráculo*, yo no tardaría en poner en práctica el proceso de adelgazamiento a la inversa.

27

Days of the Rebels

¿Hubo problemas en el paraíso? Por supuesto. Siempre los hay.

Como ya he señalado antes, Graeme tenía una relación más bien laxa con el dinero. No el que recaudaba generosamente para causas colectivas, como el Sindicato de Escritores (en ese aspecto era estricto), sino el suyo propio, y sobre todo el que pudiera deber a otros. Cuando las tarjetas de crédito irrumpieron en el mercado, las entidades bancarias ampliaron su alcance enviando por correo tarjetas con límites de hasta mil dólares, cometiendo la imprudencia de enviarle una a Graeme, que se apresuró a agotar el crédito. Graeme entró entonces en un interminable juego de «cóbrame si puedes». Cada mes pagaba los míseros intereses que debía, pero eso no era suficiente para el banco, que al final puso su deuda en manos de un cobrador.

Después de que el cobrador se dedicara a gritarle por teléfono, Graeme le dijo con su mejor voz militar:

—Sí, señor, comprendo que su trabajo es intentar que pague, pero no hay necesidad de ser grosero. Si no fuera por personas como yo, usted no tendría trabajo.

Pausa. El cobrador seguiría llamando una vez al mes, pero siempre se mostraría muy educado.

Para alguien de mi talante, ahorradora hasta extremos dignos del dickensiano Scrooge, ese drama de impago de facturas resultaba aterrador,

como una representación del Grand Guignol con cabezas cortadas y vísceras desperdigadas por el escenario; pero (con la misma intensidad) también me parecía horrorosamente divertido. ¡Menudo descaro!

No sería tan divertido unos años después, cuando Graeme se olvidó de pagar su impuesto sobre la renta durante dos ejercicios; y aún menos muchos años más tarde, cuando redactó su propio testamento. El testamento en sí era peculiar y bastante entretenido. Debió de pensar que había hecho algo inteligente al prescindir de abogados, pero el caso es que sólo obtuvo la firma de un testigo. En un testamento se requieren dos, así que me tocó a mí pasar por todo el proceso de autentificación.

El lado bueno de no ser como Scrooge: cuando una de las directoras ejecutivas que habíamos contratado en el Fondo de Escritores tuvo una crisis nerviosa que la llevó a meter, literalmente, los impagos debajo de la alfombra, Graeme se mostró comprensivo con ella. Ese comportamiento entraba, para él, en el ámbito de lo perdonable.

Una vez que conseguimos rascar aquí y allá el dinero suficiente, decidimos remodelar el desnudo cuarto trasero de cemento de nuestra casa, el antiguo hogar del cordero, para convertirlo en una sala de estar, con un sofá, estanterías de libros, un tocadiscos y una estufa de hierro. En el lado sur, de cara a la alberca, habría un soleado porche. Eso nos permitiría tener plantas de interior.

Un día se me acercó un simpático joven que nos escuchó hablar del plan en la tienda de suministros agrícolas donde comprábamos el pienso para las gallinas; me dijo que era contratista, y que le encantaría hacerse cargo del trabajo. Hoy por hoy pediría referencias, pero nunca antes había tratado con un contratista. Hicimos un primer pago y empezó a trabajar en el proyecto.

Luego el trabajo se interrumpió. Volvió a reanudarse. Se interrumpió de nuevo. Tras sus intervalos de invisibilidad, el contratista reaparecía diciendo que tenía una terrible jaqueca. Yo le preparaba un café y le llevaba una pastilla para el dolor de cabeza.

Preguntando por ahí, descubrimos que el nuestro no era el único proyecto en el que estaba trabajando: cobraba los anticipos de sus últimos clientes y usaba ese dinero para terminar los proyectos de los anteriores... salvo que, de hecho, no los terminaba. Estaba atrapado en una interminable espiral de déficit. Cuando desapareció una vez más, varios de sus trabajadores, que no habían cobrado, decidieron seguirle la pista. Alguien propuso utilizar un bate de béisbol. Al volante de sus variopintos vehículos, lo persiguieron arriba y abajo del municipio y más allá de sus límites, deteniéndose en las granjas para obtener noticias: «¡Acaba de irse por allí!» Espero que no lo atraparan. En cualquier caso, desapareció de nuestras vidas, y contratamos a otro para que terminara el trabajo. Volví a verlo fugazmente años después: trabajaba en la tienda de piensos y fingía no ser quien era.

Había otra dificultad en el paraíso, ésta de mayor envergadura. A mí me causaba angustia. Era la siguiente:

> *Querida consejera sentimental:*
> *Mi problema no es tan apasionante como su éxito número uno —si hay que colocar el rollo de papel higiénico con el papel asomando por arriba o por abajo— o su número dos —la eterna disputa sobre si hay que verter primero la leche o el té en la taza—, pero espero que de todas formas pueda ofrecerme algún consejo.*

Ésta es mi situación. Tengo un devoto compañero que es maravilloso en muchísimos aspectos. Le encanta cocinar, tiene un montón de energía, está consagrado al servicio público de un modo entrañablemente idealista, es divertido, le gusta la música y sabe remar en canoa. Vivimos en una granja, de la que él disfruta mucho.

Sin embargo, mi compañero viene con su propia maleta a cuestas, en forma de una esposa separada desde hace tiempo pero de quien aún no está divorciado. Ella le envía a sus dos hijos adolescentes cada vez que le conviene, pero avisa con muy poca antelación y a mí no se me informa de los planes hasta después de haberlos decidido. En esos momentos a mi pareja se le olvida que la casa en la que vivimos es también mi casa —de hecho, yo soy la única propietaria, aunque no hablo de ello— y que se me debería consultar. Por supuesto, nunca diría que no. Pero me duele que se me borre sin más de la existencia de ese modo. «Pregúntame primero», le digo, pero él se olvida. ¿Acaso no me escucha porque no grito y doy voces o lloro y gimoteo? O tal vez cree que la esposa está al borde del colapso psicológico —no es descartable, ya que sufre cada vez más ataques de pánico repentinos, desmayos, hipertensión arterial y estados de ánimo depresivos—, y no desea provocar tal suceso. Mientras tanto, ella juega al doble juego de «Llévate a los chicos»-«Dame más dinero para los chicos», aunque los chicos pasan más tiempo despertándose y comiendo con nosotros que con ella.

Parece que todo gira en torno al dinero. Un ejemplo: mi pareja pensó que sería divertido que los dos adolescentes aprendieran a conducir el tractor, dar de comer a los animales y demás. Para que se sintieran adultos, propuso que les pagáramos, cosa que hicimos, después de que Graeme y los chicos hubieran negociado el sueldo.

Acto seguido, recibimos una carta de la esposa acusándonos de explotación infantil.

Al mismo tiempo, sé a ciencia cierta que esa esposa ha estado difundiendo mentiras malintencionadas sobre mí en los círculos editoriales (soy escritora). Que soy horrible, que influyo en mi pareja para que le dé a ella menos dinero del que le corresponde, que le he robado un dinero que es suyo, y cosas por el estilo. Ha llegado a mis oídos tanto de editores que conozco como de los miembros que frecuentan algo llamado «Club de Amantes del Libro», un almuerzo que agrupa a profesionales del sector, y del propietario de la librería pancanadiense Longhouse Books, el centro de todos los cotilleos literarios. Cuando informé a mi pareja de esta campaña de difamación contra mí, se limitó a no darle crédito. «Ella no haría eso», me dijo. Puedo entender su deseo de absolver a la madre de sus hijos de cualquier sospecha de comportamiento turbio, aunque él mismo haya sido víctima de un buen número de tales comportamientos; pero su incapacidad de creerme resulta irritante.

No sólo eso: la esposa se niega a seguir adelante con su divorcio. Por supuesto, mi compañero podría continuar por su cuenta —hay varios implicados en relaciones amorosas con ella a quien él podría citar en un juicio de divorcio como copartícipes del adulterio—, pero, caballeroso como es, lo está evitando. Creo que las reticencias de su esposa tienen que ver con el dinero; sin embargo, aunque él le da la mayor parte de lo que ingresa (que no es mucho), para ella nunca es suficiente.

Para complicar aún más las cosas, a mí me gustaría tener hijos. Tras haber pasado años pensando que las escritoras debían dedicarse por completo a su arte y no podían permitirse tener familia, ahora he

arrojado esa creencia por la ventana. He ahorrado para tener un bebé, y tengo previsto aceptar únicamente algunos trabajos literarios durante sus primeros años. Pero mi pareja me da largas: no quiere disgustar a la esposa problemática, se justifica, dado que eso afectaría a los niños. No obstante, yo sigo cumpliendo años. En mis momentos más sombríos creo que la esposa está alargando el divorcio para impedirme procrear.

Sí, he arrastrado a mi compañero a hacer terapia conmigo. Me han dicho que sufre «disonancia cognitiva». Cito textualmente: «La disonancia cognitiva es un fenómeno psicológico que se produce cuando una persona sostiene dos creencias contradictorias a la vez.» Por un lado, soy el amor de su vida y desea complacerme. Por otro, no quiere afectar negativamente a sus hijos.

¿Qué debo hacer?

Atentamente,

Una desconcertada

Querida desconcertada:

Simplemente vaya a lo suyo. Deje que los demás se ocupen de sus propios problemas. Haga lo que quiera y viva con las consecuencias. Si sus deseos son lo bastante firmes, sea cual sea la forma que adopten, su pareja lo aceptará. En cuanto a la esposa, ella simplemente tendrá que asumir la realidad, aunque, por lo que usted dice, puede que le cueste hacerlo.

Le deseo buena suerte.

Su consejera sentimental

Nueve meses después, con la colaboración de Graeme y la ayuda de un termómetro basal para controlar la ovulación, estaba embarazada. Descubrí la emocionante nueva en septiembre, mientras estaba en Tuktoyaktuk. Era mi primer viaje al norte del círculo polar ártico, y también mi primer encuentro con los encantadores pingos: grandes burbujas de hielo huecas, en una de las cuales los lugareños habían creado una pista de patinaje. Al ver que daba positivo en el test, me preocupé por la falta de ácido fólico en el norte (allí no se cultivan muchas hortalizas verdes precisamente), y me hice con unas cuantas pastillas de suplementos vitamínicos.

Estaba en una gira norteña de lecturas poéticas a cuatro voces un tanto disparatada, que incluía Yellowknife, Fort Smith y Hay River. Graeme se nos unió para hacer una parte del trayecto, junto con un guía que podía ver el aura de las personas: la mía era iridiscente y destellante, dijo, a diferencia del envidioso marrón turbio de una de las poetas que me había precedido. Es bueno ser iridiscente y destellante cuando estás embarazada: y así era como me sentía.

Nuestro coche tuvo un pinchazo en la carretera de grava que unía Fort Smith y Hay River, y Graeme siempre recordaría el inmenso silencio que nos rodeó cuando se apagó el motor. Así debía de ser hace cientos de años. A lo largo de esa carretera había una pequeña cabaña más o menos cada kilómetro y medio, con una estufa, leña y cerillas. En caso de que tu coche se averiara, apenas tendrías que caminar alrededor de un kilómetro para llegar al calor.

Antes de este viaje y durante varios meses, mi hermana había estado viviendo con nosotros. Ruth siempre había sufrido ligeras depresiones. Tras desarrollar una dolencia digestiva, la habían enviado a un loquero, que

había decidido que tenía esquizofrenia, pero no era esto lo que le había dicho. En su lugar, le había contado que los síntomas «tipo zombi» que experimentaba formaban parte de su «enfermedad», no de los efectos secundarios de sus pastillas. Mi hermano y mi cuñada fueron a consultarle, y él creyó que eran sus padres. A Graeme y a mí nos dijo que Ruth tendría que vivir permanentemente con nosotros porque era incapaz de arreglárselas de otro modo, pero que no debían decirle que era esquizofrénica porque eso sería muy perjudicial; además, nunca mejoraría. Nada de todo eso era una gran noticia, que digamos: ahora yo iba a tener responsabilidades adicionales, además del bebé que venía en camino. Mientras tanto, le dijo a mi hermana que no había problema en que condujera desde la granja hasta Toronto para sus citas, aunque con la medicación que le había recetado no debería conducir en absoluto.

No tengo ni idea de por qué el loquero se comportó así. ¿Fue simple incompetencia? ¿Tenía él mismo un brote psicótico? ¿Estaba llevando a cabo algún extraño experimento propio de una película de terror?

Graeme y yo empezamos a sospechar. Consultamos a un viejo amigo de Graeme, el doctor Federico Allodi, que se había marchado de España en tiempos de Franco y había creado el Centro Canadiense para Víctimas de Tortura. Nos dijo que él no creía que mi hermana fuera esquizofrénica, en absoluto. ¿Y lo del comportamiento «tipo zombi»?, le preguntamos. Nos explicó que era por la medicación. Él tenía por costumbre tomarse primero todas las pastillas que pudiera recetar para comprobar cómo le afectaban. «Te pones justo así», nos dijo haciendo una imitación perfecta de mi hermana en estado drogado.

Cuando Ruth dejó la medicación, se puso roja de ira. Aquel inútil le había jodido la vida por completo. Estaba considerando la posibilidad de suicidarse, un efecto secundario habitual cuando se dejan de tomar tales

fármacos. Incluso había llegado a hacer un intento, aunque se había frenado. Cuando Graeme le pidió que prometiera que no iba a volver a hacerlo, ella se negó, así que fuimos los tres a la consulta de otro psiquiatra en Toronto, y allí la ingresaron en el Centro de Adicciones y Salud Mental, al considerarla un peligro para sí misma.

—¿Por qué intentaste hacerlo en mi casa —le pregunté tiempo después —, y no en la de mamá y papá?

—Porque tú habrías sido capaz de afrontarlo, y ellos no.

Que te consideren alguien competente tiene su precio. Más tarde todavía me diría que en realidad fue porque le daba miedo conducir. Después de varios meses, se tranquilizó lo bastante como para salir del centro, aunque desde entonces sigue enfadada por el episodio. Es escorpio, como yo; somos rencorosas. No es algo que recomiende, ni que admire de mí misma. ¿El psiquiatra era un granuja o un necio? A veces los necios son los que más dinero ganan.

Como colofón, mientras escribía este capítulo descubrí que la historia tenía más implicaciones. (¿Cómo? Se llama «leer las cartas de los muertos».) Hete aquí que el loquero de la esposa no divorciada de Graeme en aquella época no era otro que... ¡Sí! ¡El mismo! Si esto fuera una película —una película de Hitchcock—, los dos se habrían confabulado para destruir a mi hermana como una forma de torturarme. Pero seguramente eso sería demasiado turbio. (Aunque, cada vez que digo «seguramente eso sería demasiado turbio», por norma resulta no serlo.)

Cuando estaba embarazada de cuatro meses —durante las Navidades de 1975 y principios de enero del año siguiente— viajamos a México, uno de los lugares favoritos de Graeme desde que vivió en Oaxaca a comienzos de

la década de 1960. Ciudad de México todavía era una urbe espaciosa y relativamente poco contaminada. Nos alojamos en hoteles pintorescos aunque baratos, entre ellos un monasterio reconvertido. En Mérida me picaron las pulgas por sentarme en un banco de un parque frecuentado por perros.

Después cogimos el trenecito que aún circulaba hasta Palenque y visitamos Chichén Itzá. Graeme tenía claustrofobia y yo acrofobia, así que él me ayudó a subir a las pirámides y yo lo ayudé a meterse dentro. Los chicos se unieron a nosotros, aprovechando sus vacaciones escolares, y descubrimos cucarachas gigantes en la ducha. También fuimos a observar aves. Lo más destacable: nuestro primer tucán. En un banco de un parque vimos un cartel que decía que se detendría a cualquiera al que se encontrara sentado de forma indecorosa. (¿Qué era «sentarse de forma indecorosa»?) Y en una iglesia vimos otro cartel en el que se advertía que había que tener cuidado con las ancianas que afirmaban estar en contacto directo con la Virgen María, consejo que he seguido desde entonces.

De regreso en la granja, empecé a coser y a tejer. Ropa premamá para mí, prendas de punto para el bebé. Mi madre me regaló una blusa premamá con un estampado plagado de aes. ¿Qué significaba? ¿*A* de ahínco? ¿*A* de admirable? ¿*A* de Atwood? Yo se lo agradecí.

Entonces, el 26 de abril de 1976 —tres semanas antes de que naciera el bebé—, el poeta John Thompson murió de manera repentina a la edad de treinta y ocho años, en circunstancias misteriosas, como dicen las novelas policíacas. Yo había editado en Anansi el primer libro de poemas de John, *At the Edge of the Chopping There Are No Secrets* (1973). Entonces escribí: «No es que Thompson vea más allá de la fisicidad de su mundo: ve a través de él y por su luz.» Originario de Inglaterra, John vivía y enseñaba en Nuevo Brunswick desde 1966. No sólo era un excelente poeta, sino también

un hombre atractivo; pero, por desgracia, también era alcohólico, y había sufrido brotes de paranoia y depresión.

John fue uno de los últimos poetas para los que hice de editora en Anansi: Shirley nos había dicho tanto a Graeme como a mí que ella ya no podía seguir trabajando si continuábamos vinculados a la empresa, así que, si no nos íbamos nosotros, dimitiría. De esa misma forma se deshizo de varios otros colaboradores de Anansi, aunque se equivocó al intentarlo con Ann Wall, que por entonces era la principal accionista. (Por cierto, hubo un extraño período durante el cual el marido de Ann quería que la editorial publicara únicamente libros de ajedrez sólo porque a él le gustaba.) Ann le respondió a Shirley: «Vale, vete si quieres. Yo me quedo.»

¿De qué había muerto John? Jim Polk ha dicho que fue «una mezcla brutal de barbitúricos y licor». Proliferaron los rumores: fue un suicidio, o bien un accidente porque tomaba disulfiram aunque bebía de todos modos y se atragantó. Había terminado su segundo libro, una brillante obra titulada *Stilt Jack*, pero mientras tanto su casa de Nuevo Brunswick se había incendiado y reducido a cenizas. Él no estaba allí cuando ocurrió, ya que durante su año sabático había estado viviendo con Shirley en Toronto. En la granja habíamos cruzado los dedos: quizá Shirley fuera más feliz ahora que vivía con John; había escrito varias cartas a Graeme contándole lo bien que se lo pasaban John y ella. Se había hablado incluso de que Shirley se mudara a Nuevo Brunswick y se llevara consigo a los chicos. Sin embargo, aunque John era un tipo agradable cuando estaba sobrio, como borracho tenía un comportamiento mezquino y asustadizo. Los chicos nos preguntaron si, en el caso de que Shirley se mudara a Nuevo Brunswick, ellos podrían venir a vivir con nosotros. Por supuesto que sí.

Cualquier plan de futuro con John se esfumaba ahora inevitablemente, aunque es posible que Shirley ya hubiera tenido sus dudas con respecto a

irse a vivir a una casa aislada en medio del campo (ella odiaba el campo), con un depresivo grave que luchaba con su alcoholismo, por muy poeta estelar que fuera. Shirley volvía a hallarse postrada, como lo había estado cuando Russell Marois se quitó la vida.

LOS TRABAJOS DE HÉRCULES

Una conversación telefónica con Jack:

JACK: Publicaremos tu novela en mayo.
YO: Jack, en mayo voy a tener un bebé.
JACK: ¡Genial! ¡Filmaremos en la sala de partos!
YO: ¿Y qué pasa si muero al dar a luz?
JACK: ¡Qué fantástica publicidad!

Él sólo bromeaba a medias. Al final acordamos publicar en otoño.

A primeros de mayo (el apogeo de la migración aviar), cuando estaba embarazada de nueve meses, fuimos con los chicos a observar aves a Point Pelee, a orillas del lago Erie, la principal área de migración primaveral en Canadá. La observación de aves era ahora una parte importante de nuestras vidas, e iba a adquirir un papel aún más preponderante en ella. Llevábamos años yendo a Pelee en mayo, y que yo estuviera a punto de dar a luz no era motivo para dejar de hacerlo. Yo llevaba un bastón; me flojeaba una pierna por culpa de un esguince de ligamentos, así que iba cojeando, y me detenía de vez en cuando para observar el vuelo de unos carpinteros de cabeza roja o una reinita gorjinaranja. Se me acercó un pajarero como nosotros:

OBSERVADOR DE AVES, UN DESCONOCIDO: Disculpe, ¿no es usted Margaret Atwood?

YO: Hoy no.

Ser «famoso» (aunque sea sólo un poco, como lo era yo entonces) no debería ser una ocupación de veinticuatro horas al día, pero lo es. ¿Cuántas veces no me habrán tendido una emboscada en un lavabo de mujeres? No suelo decir «hoy no», pero la migración primaveral es sacrosanta.

Me había dado cuenta de que no sería capaz de gestionar al bebé, la correspondencia literaria y la vida en la granja. Ya contaba con una contable y mecanógrafa ocasional, Donya Peroff (que mecanografió todas mis novelas desde *Doña Oráculo* hasta *Ojo de gato*), pero ahora iba a necesitar ayuda extra. Decidimos contratar a alguien que entendiera de granjas y que pudiera ocuparse también de la creciente correspondencia y quizá de las gallinas, sobre todo cuando Graeme no estuviera, mientras yo me dedicaba al bebé.

Pusimos un anuncio y apareció la candidata perfecta. Carlyn Moulton era una veinteañera muy brillante, recién graduada en el Colegio Bíblico de Ontario (así pues, culta), que se había criado en una granja del valle del Ottawa (así pues, entre animales y tractores). Poco sabíamos que con el tiempo llegaría a ser estudiante de posgrado en Teología, Historia y Filosofía en la Universidad de Toronto, empresaria, productora de televisión, una de las fundadoras del Colectivo Femenino de Creación Cultural de Toronto, y formadora en periodismo de investigación para la Universidad de Carleton y la CBC. También fundaría la Galería Oeno, hoy por hoy una de las principales galerías de escultura y arte contemporáneo de

Canadá. Tiempo después saldría del armario, algo de lo que sus padres, fundamentalistas religiosos, nos culparían a nosotros. Pero nosotros no habíamos hecho nada, salvo que cuentes nuestras novelas de Henry James, que Carlyn devoró en unas semanas en las que estuvimos fuera.

Forjó un vínculo fraternal con Matthew, el hijo mayor de Graeme (ambos tenían en común el recalcitrante tractor), y se adaptó bien a la vida de la granja, los huevos, el estiércol y demás. Si los testigos de Jehová conseguían burlar la vigilancia del perro *Finn*, les azuzábamos a Carlyn: en cuestión de temas bíblicos podía superar a cualquiera.

No disponíamos de imágenes fetales por ultrasonidos, así que no sabíamos si el bebé era niño o niña. Graeme puso en práctica un truco de sabiduría popular que conocía. Se suspende una aguja colgada de un hilo sobre el vientre de la embarazada: si oscila de un lado a otro, es niño; si se mueve en círculo, es niña. La aguja se movió en círculo: niña. (Mi Novio Muy Simpático diría más tarde que, de haber sido niño, habría habido un auténtico duelo entre las feministas.)

Graeme y yo asistimos a una clase prenatal para futuros padres y madres, donde nos proyectaron una película en la que se veía nacer a un bebé gigantesco. Los demás progenitores se pusieron de color verde pálido por el susto, sobre todo los futuros papás. También fui a una clase en la que aprendías a respirar profundamente y a contar tiempos, además de visualizar números en distintos colores: la era del éter había pasado, y ahora se prefería el parto natural.

El día anterior a la fecha prevista, yo estaba a cuatro patas escuchando a Beethoven y fregando el suelo recién embaldosado de la ampliación de nuestra sala de estar, un truco infalible para provocar el parto. Aquella

noche hubo tormenta, igualmente infalible. Por la mañana nos dirigimos al Hospital Universitario para Mujeres, donde se hallaba mi ginecólogo-obstetra. (Nota: el hospital se llama así porque se fundó en una época en la que a las mujeres no se les permitía entrar en otras facultades de medicina.)

El parto no estaba muy avanzado, dijeron, así que podía ir a comer. Opté por unas chuletas de cordero. Luego estuve leyendo *Los trabajos de Hércules*, de Agatha Christie, mientras el bebé se tomaba su tiempo. (La elección del título no fue premeditada, por más que en inglés «trabajo» y «parto» compartan un mismo término.) Cuando llegó la hora, me estaba arrepintiendo no sólo de las chuletas de cordero, sino también de mi decisión de renunciar a la anestesia. Mientras me llevaban en silla de ruedas por el pasillo hacia la sala de partos, nos cruzamos con el anestesista, que iba en dirección contraria. «¡Vuelva aquí!», le grité, sin éxito.

A Graeme no le habían permitido asistir al nacimiento de sus otros hijos (antes de los años setenta, a los hombres se les relegaba a la sala de espera, no fuera que se desmayaran), pero los tiempos habían cambiado, así que, tras ponerle la indumentaria apropiada, se colocó a mi cabecera. El bebé nació a las siete de la tarde, pero él estaba tan excitado que no pudo pegar ojo en toda la noche. Era una niña, tal como había predicho. La llamamos Eleanor, que es como yo me habría llamado si mi madre se hubiera salido con la suya. Siempre me había gustado ese nombre: Leonor de Aquitania, Eleanor Roosevelt... Traducción: «luz resplandeciente». Como segundo nombre le pusimos Jess (ése lo eligió Graeme) y así se la conocería en adelante.

Mientras yo descansaba en el hospital a la mañana siguiente, exhausta y dolorida, sonó el teléfono. Era el gran Larry Gaynor.

—Hola, despampanante y sexy señora —me dijo—. ¡Ahora mismo voy para allá y me meto en la cama contigo! —Enorme carcajada.

—Gracias —dije yo. Justo lo que necesitas después de dar a luz.

Graeme estaba tan eufórico que inventó una nueva receta llamada «Langosta a la Eleanor», hecha en un hornillo con nata y champán. Presa del entusiasmo, invitó a una multitud a cenar para recibirnos a nuestro regreso, así que en medio de mi aturdimiento posnatal me encontré haciendo mousse de chocolate para diez personas.

Justo después del nacimiento de la pequeña Eleanor Jess, un día Graeme abrió la puerta y se encontró con que había nevado: era mediados de mayo. Según él, exclamó:

—¡Santo Jesús viejo calvo de ojos azules!

Entonces se dio cuenta de que Carlyn la religiosa estaba justo detrás de él.

—¡Ups, lo siento! —se excusó.

—No pasa nada —le dijo Carlyn—. Yo no me meteré con los tuyos si tú no te metes con los míos.

Como es normal en los nacimientos de princesas, varias Hadas Buenas vinieron a otorgar sus bendiciones. Mi hermana había venido a verme al hospital, trayendo como regalos una pastilla de jabón y un cómic del Capitán Canuck. Cito: «No me gustan los bebés, pero éste sí me gusta.» También había venido mi madre; mis padres iban a convertirse en devotos abuelos, por más que esta mujer de letra escarlata careciese de certificado de matrimonio.

YO: Se me está cayendo el pelo.

MI MADRE: ¡Ah, sí!, yo me quedé prácticamente calva después de tenerte.

(*Es un desequilibrio de los niveles de cobre; vuelve a crecer.*)

Mi amiga Beverly Hunter de la época de Canadian Facts, madre de cuatro hijos, llegó con un montón de toallas y un baúl de conocimientos. Susan Milmoe y Judy Wright vinieron en coche desde Cambridge, cargadas con langostas. Con ellas venía también David Staines, compañero de estudios de Jerry Buckley, mi antiguo profesor de Literatura Victoriana. Frances Hand, la vecina de la granja lechera, se presentó y declaró que el bebé era «sólido». Yo le había oído decir de otro bebé que no había decidido si quería estar en esta tierra, pero el nuestro sí lo había decidido. Era una pequeña tauro: tienden a estar firmemente ancladas.

Cuando tenía tres meses, Jess subió a los bosques siguiendo la tradición familiar. Oía el canto de los somormujos y veía la televisión de los árboles (las hojas en movimiento), que la adormilaba. Se bañaba en la palangana, como mi hermana cuando era pequeña. Celebramos allí el cumpleaños de Graeme, como solíamos hacer. Yo decoré una tarta horneada en la cocina de leña con objetos que había encontrado: pequeñas piñas, ramitas de gaulteria, capuchinas del jardín... El nuestro volvía a ser un hogar alegre.

ARRIBA EN EL ÁRBOL

Doña Oráculo se publicó en el otoño de 1976. No recuerdo nada al respecto. Debí de hacer algo en materia de publicidad (hay fotos de ello), pero lo tengo en blanco.

No era tan tonta como para pensar que podría escribir una novela en los dos años siguientes al nacimiento de mi hija. No es que estuviera demasiado cansada; simplemente no me interesaba demasiado: era mucho más importante el bebé. ¿Qué era eso de escribir, y por qué le dedicaba tanto tiempo?, me preguntaba mientras deambulaba por los campos con la niña

en el portabebés. En mi memoria, durante ese período siempre brillaba el sol, aunque como es lógico no era el caso: de hecho, un minitornado arrancó parte del tejado metálico de nuestro granero, que vino volando por los aires hacia nosotros antes de aterrizar en la alberca.

Pese a mi falta de celo literario, seguí trabajando en tres pequeños proyectos que no me exigían demasiada concentración. El primero era un libro infantil que estaba escribiendo, ilustrando y —gracias a mi antigua habilidad para hacer carteles— también rotulando. Me lo había encargado Jack el Pieza. Por entonces, en Canadá, la publicación de libros infantiles todavía estaba en pañales, pero, como en muchas otras cosas, Jack se anticipaba al futuro.

El libro llevaba por título *Arriba en el árbol*. El texto rimaba, tenía dibujos muy sencillos y una letra de gran tamaño; estaba destinado a lectores muy jóvenes. Como Jack se arriesgaba al publicarlo —¿quién sabía si habría mercado?—, sólo utilizaríamos la impresión a dos tintas para recortar gastos. Elegí el rojo y el azul, que, al combinarse, daban un tercer color: un extraño tono de marrón. El libro acabó saliendo en la primavera de 1978: lo retrasamos para hacer sitio en el otoño de 1977 a *Chicas bailarinas*, mi primera colección de relatos cortos. No hizo falta mucho esfuerzo: los textos ya estaban escritos.

El segundo proyecto era la continuación de una tira cómica publicada en una revista de izquierdas llamada *This Magazine*. Mi amigo Rick Salutin, de White Pine, me convenció de ello, dado que era miembro del colectivo que hacía la revista. Mi cómic, *Kanadian Kulchur Komics*, era una traviesa sátira: la protagonista era una antisuperheroína canadiense perennemente pesimista llamada Survivalwoman, que lleva raquetas de nieve y no puede volar. Suele sentarse en la acera con una nube negra sobre su cabeza. Publiqué la tira bajo un seudónimo, Bart Gerrard, que había sido

caricaturista de prensa a principios del siglo XX. Mi tira se cachondeaba de casi todo, incluida yo misma, Estados Unidos, Canadá, el feminismo (personificado en Womanwoman, una superheroína empeñada en cambiar el término inglés para designar las bocas de alcantarilla: *manhole*, literalmente «agujero de hombre»), y las inquietudes culturales canadienses. Si en todo esto detectas reminiscencias de Shakesbeat Latweed, no te estarás equivocando.

Kanadian Khultchr Komix - Bart Gerrard // SURVIVALWOMAN, mientras contempla el universo, recibe una visita... / ¡Hola! *¡Bonjour!* ¡Soy del GRUPO DE TRABAJO DE UNIDAD NACIONAL! // ¡Creemos que, como SÍMBOLO NACIONAL, resulta usted demasiado sombría! ¿Qué le parecería una imagen más optimista... un poco más glamurosa... más SEXY... más ELEGANTE? / ¿De qué va esto?, ¿una nueva crema para las espinillas? / rojo – blanco / azul / rojo / Esto es lo que hemos PREPARADO para usted... Lo llamamos el Sueño Canadiense... ¿Dinámica, verdad? // Bueno... sí... pero ¿qué pasa con esas BARRAS y ESTRELLAS? / ¡Venga... no hay que ser tan estrictamente chovinista! Nosotros los LIBERALES no nos preocupamos por ese tipo de DETALLES MENORES... Además, las barras y estrellas son muy UNIFICADORAS...

El tercer proyecto era otro salto al vacío de Jack el Pieza, cuyas ambiciones siempre apuntaban muy alto: esta vez iba a publicar un conjunto de numerosos volúmenes, un «Patrimonio ilustrado de Canadá». Cada volumen sería de un autor distinto. Los textos no serían muy largos. Y me aseguró que McClelland & Stewart proporcionaría las ilustraciones y la investigación. Sería pan comido.

Acepté ocuparme del período de 1815 a 1840. El volumen se titularía *Days of the Rebels*, dado que ese lapso de veinticinco años incluía la Rebelión de 1837, que tenía como objetivo la ruptura con Gran Bretaña y la formación de una república. La lideró un agitador y reformista bajito y pelirrojo llamado William Lyon Mackenzie, acérrimo opositor al dominio colonial y a los privilegios políticos y sociales del hermético *establishment* conocido como «Pacto de Familia».

Este librito resultó mucho más difícil de escribir de lo que yo había previsto. En el pasado había sido rápida a la hora de trabajar como escritora a sueldo; pero ahora me veía obstaculizada por el hecho de tener el cerebro en modo bebé, así como por la falta de conocimientos, aunque sabía un poco sobre la época gracias a *Los diarios de Susanna Moodie*: tras el fracaso del levantamiento, William Lyon Mackenzie había escapado por el lago Ontario disfrazado con ropa de mujer, aunque había regresado años después, diciendo que la república estadounidense era mucho más corrupta de lo que creía. En cualquier caso, escribir el libro requirió un trabajo enorme. Carlyn me echó una mano, rebuscando entre tomos polvorientos en la biblioteca. La obra de Rick Salutin *1837* también fue de ayuda. En la última escena, dos hombres a punto de ser ahorcados mantienen una última conversación.

Uno de ellos dice:

—Hemos perdido.

El otro le responde:

—No. Sólo que aún no hemos ganado.

Un buen ejemplo de cómo terminar un desastre con una nota de optimismo.

Aunque el proceso de escritura fue como vadear un pantano, al final el esfuerzo mereció la pena. Cuando llegué a *Alias Grace*, casi veinte años después, ya tenía gran parte del bagaje que iba a necesitar.

Yo creía que los bebés debían pasar cierto tiempo al aire libre, pero no podíamos dejar a Jess desatendida fuera de la casa por temor a un ataque de nuestro pavo real. Varios años antes, Graeme me había regalado un par de ellos por mi cumpleaños. Había pasado por una granja de pavos reales, y (sonrisa avergonzada) no había podido resistirse.

Los pavos reales son una especie de clima frío, y a los nuestros les sentaban bien los inviernos. Jugueteaban con las ovejas y las vacas, alegraban el entorno, lanzaban gritos espantosos que aterrorizaban a nuestros huéspedes nocturnos, y dormían posados en las vigas del techo del granero. Debían de sentirse seguros allí arriba, pero una noche una comadreja mató a la pava. Le cortó el cuello y se bebió la sangre. Las granjas no son aptas para aprensivos.

Deberíamos haberle proporcionado otra pava al macho viudo. El afligido pavo entró en celo, y empezó a contonearse y a agitar su hermosa cola moviéndola como si fuera un abanico. Normalmente se habría exhibido ante una hembra de su especie, pero no había ninguna, así que en su lugar se exhibía ante las gallinas. Cuando veía que éstas no mostraban interés, las mataba. Lo pillamos con el pico ensangrentado y encerramos a las gallinas. Su siguiente objetivo fueron las hembras de los patos, pero apenas veían

dirigirse hacia ellas a aquel lujurioso exhibicionista vestido con colores estridentes, escapaban a la alberca.

Entonces el pavo hizo un descubrimiento trascendental: ¡había otro pavo! Vivía justo al otro lado de la puerta de cristal del invernadero. Aquella visión lo sacó de sus casillas. Emitiendo fuertes gritos de desafío, se hacía caca en el porche —cacas sorprendentemente grandes, parte del ritual propio de la refriega—, y se lanzaba volando con todas sus fuerzas hacia su odiado rival, sólo para acabar dándose un porrazo contra el cristal. ¡No importaba! ¡La próxima vez lo conseguiría! Más chillidos, más cacas, más porrazos. Para evitar que se descalabrara, apoyamos una puerta contra el cristal para que no pudiera ver su reflejo. Pero eso no lo disuadió. Sabía que el malvado segundo pavo se ocultaba en algún sitio en el interior de la casa. Acechaba todo el perímetro, asomándose por cualquier ventana que pudiera alcanzar. Resultaba inquietante estar sentados a la mesa, comiendo tan tranquilos, y de repente ver un largo cuello rematado por una cabeza diminuta que se alzaba como un periscopio y giraba de un lado a otro mostrando unos ojos de loco que escudriñaban el interior con mirada asesina, obsesionados en la destrucción. Pero ¿qué podía hacerse al respecto? ¿Estaba ya tan ido que destrozaría a cualquier pava que se nos ocurriera ponerle por delante?

Una mañana descubrimos que ya no estaba. Tampoco había ningún cadáver. ¿Qué fue de él? ¿Andaba errante por los páramos, como Heathcliff o el desquiciado rey Lear? ¿O sencillamente se había hartado de nosotros y había vuelto volando al criadero de donde provenía? ¿O alguien lo había matado, y el asesino había arrastrado el cadáver hasta la maleza y se lo había comido? No encontramos plumas que nos dieran una pista.

CASI PERDEMOS A GRAEME, OTRA VEZ

Cuando el bebé aún no tenía cinco meses, a *Finn* se le engancharon las patas traseras en una alambrada. Graeme salió con el cortador de alambre para soltarlo y, presa del pánico, el animal se aferró al elemento de apoyo más cercano, la cabeza de Graeme, con sus grandes dientes de lobero. Graeme terminó de cortar el alambre, y luego cogió el coche y se dirigió al hospital (a unos treinta kilómetros de distancia) con la sangre cayéndole a borbotones. *Finn* no le había mordido en la yugular por centímetros. Después el perro se sintió muy culpable y estuvo siguiendo a Graeme durante semanas con expresión abatida.

Así que ahí estaba yo, en una granja, lejos de cualquier ayuda, con un bebé y un hombre que no era inmortal por mucho que a veces ambos pensáramos que lo era. De pronto empezaron a surgir un montón de «y si...». «Se acabó. Voy a aprender a conducir», declaré.

James Reaney, el distraído poeta y dramaturgo al que conocía desde hacía años, fue mi inspiración. Había tomado clases de conducir, y habíamos salido juntos a dar una vuelta en coche. No paraba de hablar consigo mismo en voz alta: «Ahí viene un cruce. Un stop. ¡Stop! Mira a la izquierda, mira a la derecha. No viene nadie. Cruza. ¡Bien! ¡Hemos cruzado!» Si él podía hacerlo, yo también. Así podría llevar en coche al hospital de Alliston a las víctimas de mordeduras de perro y a cualquier otra persona en estado grave.

Mi madre cuidaba de su querida nueva nieta mientras yo aprendía a conducir con un profesional con hielo en las venas: cuando mi poca maña al volante ponía a prueba sus nervios, mascaba chicle muy deprisa; cuando lo hacía bien, mascaba más despacio. Tomé el menú completo: conducción defensiva, derrapes en nieve, hielo negro... Hubo algunos episodios poco tranquilizadores para la familia, como la vez que conduje nuestro camión

cuesta abajo hacia la casa con los dos adolescentes gritando: «¡El freno de mano!» Pero, a pesar de los contratiempos, me saqué el carnet.

Me compré un BMW de segunda mano. Según mi hermana, era una conductora tan precavida que suponía un peligro, ya que siempre iba pendiente de que apareciera un posible borracho que estuviera a punto de chocar conmigo. Una vez me metí en la cuneta, pero fue en una carretera secundaria y volví a salir. También tuve una aventura en la Gardiner Expressway, una autopista de varios carriles que canaliza el tráfico a gran velocidad hacia Toronto: algo llamado «alternador» dejó de funcionar. Pero sobreviví.

Iba y venía en mi cochecito a Toronto para mis asuntos de negocios. Pero luego, una vez que nos mudamos de nuevo a la ciudad y hubo menos necesidad de conducir, alguien me robó la cartera con mi carnet de conducir en un probador de Macy's durante una visita a Nueva York, y ya no volví a renovarlo. Incluí el incidente del robo de la cartera en *Ojo de gato*, mi novela de 1988. Todos salimos ganando: el ladrón se quedó con mi cartera, y yo con un par de párrafos.

ENTRA EN ESCENA O. W. TOAD

Seis meses después de que naciera Jess, constituí una empresa llamada O. W. Toad. Consideré otros nombres posibles —¿Artículos de Papelería Acme?—, pero ya estaban cogidos. O. W. Toad es un anagrama de mi apellido, además de una referencia indirecta al personaje del Señor Sapo (*toad* en inglés) de *El viento en los sauces*, célebre por su poca pericia al volante. Y, además, no había ninguna otra empresa con ese nombre.

La constitución de la empresa se hizo por consejo de mi contable, el tío Harry (que era tío de Charlie Pachter), un atildado anglófilo canadiense, siempre vestido con terno, que hablaba como un personaje de P. G. Wodehouse. Cuando empecé a cobrar por mis escritos, pero no sabía cómo hacer la declaración de la renta, metía todos mis papeles en una caja de zapatos y se los enviaba al tío Harry. Decía que yo era más organizada que la mayoría de sus otros clientes, lo que me llevaba a cuestionarme la sensatez de éstos. Ahora el tío Harry creía que, con varios libros publicados, unas cuantas editoriales no canadienses, y más libros en camino, pronto ganaría lo suficiente para justificar la constitución de una sociedad. Ésta sería la titular de mis derechos de autor; y, a diferencia de mí, viviría para siempre. Yo tenía mis dudas acerca de elegir O. W. Toad como nombre, pero él me dijo: «Al menos nadie lo olvidará.»

El tío Harry y yo fuimos a abrir una cuenta bancaria para la empresa. El empleado del banco se armó de valor y nos preguntó a qué se dedicaba exactamente O. W. Toad Ltd. Se lo explicamos.

—¡Margaret Atwood! —gritó—. ¡A mi mujer le encantan sus libros!

(Ojalá me dieran cien dólares por cada hombre que me ha dicho lo mismo, queriendo decir en realidad: «Pero yo no leo nada de eso, y antes me pegaría un tiro.»)

EMPLEADO DEL BANCO: ¡Mi mujer es una gran admiradora de *El ángel de piedra*!

YO (*un poco fríamente*): Ése es de Margaret Laurence.

EMPLEADO DEL BANCO (*ruborizado*): Mi mujer me va a matar.

Más tarde recibí una carta de la Agencia Tributaria Canadiense, en la que me preguntaban si existía de verdad un señor Sapo (Mr. Toad) que diera

nombre a la sociedad. Al menos había una mente inquisitiva que deseaba saberlo.

A lo largo de los años me han regalado muchísimos sapos: sapos que se movían al darles cuerda, sapos de peluche, sapos de cerámica, sapos de madera, cajas decoradas con sapos, fotos de sapos enmarcadas, abalorios en forma de sapo, sapos a los que se les salían los ojos al estrujarlos... ¿Son parientes míos? Y si hubiera sabido que iba a ser tan clamorosamente famosa, y que el nombre de la empresa aparecería en el interior de cada uno de mis libros, ¿la habría llamado así? Puede que no. Pero tal vez sí.

Desde que me enredé con películas y contratos extranjeros, también necesitaba un abogado. Había probado con varios de ellos. Luego, a través del tío Harry, encontré a Rosalie Abella, que tenía un despacho contiguo al suyo. Rosie y yo nos hicimos amigas al instante; también teníamos un asombroso parecido: la baja estatura, el pelo oscuro y rizado (en aquella época ella llevaba permanente), y la nariz (clásica, me gusta pensar). Gracias a ese parecido, una vez se hizo pasar por mí en un avión: «El hombre que se sentaba a mi lado me preguntó de dónde sacaba la inspiración para mis libros. Tuvimos una larga conversación sobre el tema.» Estaba más que preparada para ello, puesto que era una de las lectoras anticipadas de mis novelas en curso. Me gusta contar con lectores beta que no formen parte del mundo editorial, ya que no evalúan el potencial de mercado, sino simple y llanamente si la obra es amena.

Sin embargo, Rosie, que tenía dos hijos pequeños, pronto dejó la abogacía para convertirse en juez de familia. Los horarios eran estables, sin llamadas frenéticas en mitad de la noche. Más tarde llegaría a ser magistrada del Tribunal Supremo, conocida por la solidez de los principios

en los que fundamentaba sus decisiones. Como hija de supervivientes del Holocausto, era muy consciente de los derechos humanos y de los horrores que podía acarrear su supresión. También era aficionada a las comedias musicales y coleccionista de extravagante moda *kitsch*. En cierta ocasión en que me presentó en una reunión de abogados, lo hizo ataviada con un vestido sin tirantes y una pajarita tachonada de pedrería. «A mi marido le encantan sus libros», dijo suscitando risitas avergonzadas entre los abogados varones.

El tío Harry me encontró un abogado sustituto: Michael Bradley, un experto en derecho corporativo de un gran bufete. Había intimado con Harry porque ambos se habían involucrado en un proyecto relacionado con una película que se iba a rodar en China. Yo no tenía muy claros los detalles del plan, y posiblemente ellos tampoco. Michael era lo que otros hombres llamarían «un tío legal»: un padre de familia normal y estable. Su padre era más de mi cuerda: se trataba de un pianista y musicólogo profesional que de joven había tocado en los bares de carretera donde Al Capone solía hacer negocio con las licoreras canadienses durante la ley seca. La bebida entraba clandestinamente en Estados Unidos en compartimentos ocultos en automóviles y flotadores de hidroaviones, y utilizando asimismo un cable de polea que discurría bajo el río Detroit.

Michael no sabía nada del negocio editorial, pero se sumergió en el desconcertante mundo de los contratos de edición con energía y cierta dosis de horrorizada incredulidad. («¡No puedes firmar eso!» «¿Quién ha escrito esto?») Tenía un permanente temor a que alguien me demandara. El mundo de la escritura en general le resultaba extraño, pese a tener un padre cuasibohemio. Un día me dijo, con toda inocencia:

—Supongo que Donwoods —un conocido pero discreto y caro centro de desintoxicación para alcohólicos— está lleno de gente de tu profesión.

—No, Michael —le respondí—. Está lleno de gente de la *tuya*. Nadie quiere a un abogado borracho. Ni a un neurocirujano. Ni a un dentista —añadí—. Así que esa gente tiene que ocultar sus adicciones. Pero, en mi profesión, ser adicto a algo es prácticamente una tarjeta de visita: Dylan Thomas, William Burroughs, John Berryman, Faulkner... La gente espera que los escritores y artistas sean disfuncionales.

Es así de cierto. ¿Qué clase de artista genial eres si no estás un poco trastornado?

En los veranos, Larry Gaynor volvía a encarnar su personaje de feriante, montando una «caseta» en las ferias y parques de atracciones locales. En su caseta, se suponía que debías lanzar una pelota y derribar un muñeco de peluche de aspecto desquiciado. Cuando trabajaba cerca, se alojaba en el destartalado remolque que Scott Symons había dejado en nuestra granja, y usaba el baño de la casa.

Una mañana me estaban entrevistando para una revista. Había venido a casa un reportero con su magnetófono, acompañado de un fotógrafo. Graeme estaba fuera. Los tres estábamos sentados tomando café, siguiendo el acostumbrado ritual de las entrevistas, cuando Larry entró con paso airado y se dirigió al teléfono de la pared.

—¡Klara! —gritó al auricular. Klara era su novia, que vivía en la ciudad —. ¡Klara! ¡Tengo ladillas!

Los periodistas dieron un respingo. Graeme no sólo tenía otra mujer a la que estaba llamando por teléfono delante de mis narices, sino que encima ¡tenía ladillas! ¿Cómo es que yo estaba tan tranquila?

—¡Pues no lo sé! —rugió Larry—. Estaba en la ducha mirándome unas pecas ¡y se MOVÍAN!

—¿Quieres café? —le pregunté. Entonces me fijé en la expresión a la vez excitada y escandalizada de los dos periodistas—. ¡Vaya! —les dije—. ¡Creen que éste es Graeme! No, él es Larry.

Aún mejor, debieron de pensar: ¡yo tenía a otro hombre a mi disposición en ausencia de mi cónyuge!

Larry los miró con el ceño fruncido.

—¿Tenéis algún problema? —les dijo, en su mejor estilo motero.

CASI PERDEMOS A GRAEME, UNA VEZ MÁS

En diciembre de 1976 David Staines había venido a vernos a la granja, trayendo consigo más langostas de Boston, como había hecho varias veces antes. (Él afirma que fui yo quien lo convenció para que volviera a Canadá, donde acabó convirtiéndose en un estimado experto en literatura canadiense.) Hacía frío, así que teníamos encendidas todas las estufas de leña. Entonces empezó a salir humo del techo de la sala de estar.

Hubo alarma, pero no pánico. Graeme cogió una escalera y subió al entretecho. Al parecer, los instaladores de estufas empleados por el fallido contratista habían cometido un error casi fatal. La salida de humos que subía por el tejado no estaba aislada, y el tubo caliente estaba en contacto con una viga de madera, que había empezado a arder. Salía una nube de humo. David y yo empezamos a ir y venir de la cocina con cubos de agua, que subíamos hasta Graeme. Se oían toses. ¿Qué haríamos si Graeme se desmayaba allí arriba y el techo estallaba en llamas?

Al final el fuego se extinguió y Graeme salió arrastrándose, bastante ahumado. De momento estábamos a salvo: nuestra casa no se había quemado en pleno invierno como la de Susanna Moodie. Graeme había

vuelto a sobrevivir por los pelos. Pero, como siempre decía Frances Hand, esas cosas vienen de tres en tres. ¿Qué peligro sería el siguiente?

28

Nada se acaba

Querida consejera sentimental:
Quisiera consultarle acerca de las Tres Señoras Gibson, que parece el título de una aventura de Sherlock Holmes. Permítame explicarme.

Seguí su anterior consejo, y ahora tengo una niña encantadora. Además, por fin salió adelante el divorcio de mi pareja: puede que la ex esposa decidiera que su resistencia era inútil, dado que ya no podía impedir que me reprodujera. Aunque jugó una última carta monetaria, eso sí: en aras del «futuro de los chicos», acabamos —acabé— comprando una casita en Alliston como inversión, con el objetivo de alquilarla y más tarde venderla para financiar la enseñanza superior de los chicos. Un chantaje, pero ¿qué podía hacer?

No obstante, ha surgido un nuevo problema. Una vez divorciado Graeme, yo había supuesto que nos casaríamos y que el bebé ya no suscitaría recelos ni preguntas cada vez que, por ejemplo, cruzáramos una frontera internacional. Sí, es cierto que ahora, hacia el final de una década de 1970 caracterizada por el activismo feminista, las posturas al respecto se están moderando, pero no en todas partes. En muchos países, quienes examinan mi pasaporte probablemente piensan que soy una fulana.

En lo que concierne al matrimonio, nunca hay que dar nada por supuesto. Graeme ha anunciado ahora que no quiere casarse porque ya ha conocido a tres señoras Gibson —su madre, su madrastra y su ex mujer— y no quiere crear otra. Yo podría interpretar eso como una especie de cumplido: no desea añadirme a la suma de ambiguas señoras Gibson porque a mí me ve con mejores ojos, y a su manera eso resulta de lo más hilarante.

Esa decisión suya me ha puesto en un aprieto. Ahí estoy yo, alabada por las feministas como un modelo por mi valentía al tener un bebé «fuera del matrimonio», y también por resistirme al perverso intento patriarcal de imponerme un apellido de casada contra mi voluntad, cuando nada de eso ha sido idea mía en absoluto. Sin embargo, no puedo decirlo en voz alta: dos de las señoras Gibson viven aún, y difundir las opiniones de Graeme sobre la inconveniencia de una nueva señora Gibson no mejoraría las relaciones con las vivas. Detesto que me den cinco estrellas doradas por mi valiente soltería, es como si te dieran un premio en un concurso al que no te has presentado, pero no puedo hacer nada al respecto sin añadir más complejidad a una ecuación ya de por sí compleja. Eso me irrita, y el resentimiento me consume. Estoy enfurruñada y amargada. Sin duda son preferibles los arrebatos de cólera seguidos de un rápido decrescendo, pero soy como soy, y una cierta sensación de frialdad ha invadido nuestro hogar.

Graeme es un auténtico especialista en mirarse el ombligo. Él mismo constituye su principal objeto de contemplación. Ésa es una de las cosas que reveló la lectura de su mano, y una cualidad que valoro en él, dado que implica que nunca mete las narices en mis escritos, porque está demasiado enfrascado en los suyos. No lee nada mío hasta

que se publica, ni le interesa demasiado el tipo de cosas que produzco. Aun así, parece encantado de que me centre en mis propios proyectos, a pesar de mi ocasional (mi habitual) incomparecencia en el momento exacto en que está lista una de sus cenas amorosamente preparadas debido a que estoy absorta en mi propia verborrea.

Sin embargo, ha notado la creciente frialdad y ha adivinado su causa. Ha intentado calmar mi amor propio herido proponiéndome matrimonio, pero ¿quién querría casarse con alguien que en realidad no quiere casarse contigo, por absurdo que sea el motivo? También me ha regalado una de sus posesiones más preciadas: una pequeña y antigua talla inuit de una comadreja blanca que hasta lleva sus bigotes negros incrustados. Dice que es una Comadreja de Compromiso, en lugar de un anillo de compromiso, aunque también ha terminado regalándome uno.

La Comadreja de Compromiso resulta de lo más conmovedor, pero no es algo que pueda explicarse así como así, por ejemplo, en entrevistas de prensa («¿Una qué de compromiso?»). Parece que tengo que hacerme pasar por una rígida ideóloga antimatrimonio, pero eso va en contra de la verdad del asunto.

Me disgusta verme atrapada en este ridículo callejón sin salida. Me corroe por dentro. ¿Debería producirse una escena apocalíptica en la que me despoje de mi sonriente máscara para revelar a la arpía enfurecida que llevo dentro? ¿Debería largarme? ¿Con una niña pequeña? No es tan fácil; además, ¿por qué habría de fastidiarle la vida a la niña alejándola de un padre que la adora tanto como yo? Y si me voy, ¡qué razón tan inmadura para hacerlo!

Supongo que lo que de verdad me molesta es —como suele decirse — ver tan limitada mi capacidad de acción. También la sensación de

haber sido engañada al comprar como seguro un lingote de oro que resultó no ser oro, aunque la compra surgiera de mis propias suposiciones. ¿Alguna vez hablamos realmente sobre el futuro, más allá de la convicción de Graeme de que sería para siempre y maravilloso?

¿Podría decirme cómo salir de mi estado de agitación y volver a recuperar una vida de calidez y compañerismo?

Atentamente,

Irritada y Mortificada

Mi querida Irritada:

¡Ja, ja, ja!... Discúlpeme mientras recompongo mi expresión. Lo siento. Debo tomarme esto en serio.

¡Ejem!

¿De verdad cree que ése es un problema de los que te destrozan la vida? ¿En comparación con las mujeres asesinadas que aparecen en contenedores de basura y con todo lo que pasa en el mundo? ¡Lea los periódicos!

Me parece que su elección es sencilla. ¿Quiere a ese tipo bienintencionado pero egocéntrico? Si no es así, váyase. Pero si se va sólo porque se siente agraviada, parece una mezquina razón para privar a una hija de un padre devoto. Si lo quiere, quédese. Amor vincit omnia, *por citar a un buen puñado de gente, y yo diría que una Comadreja de Compromiso compensa muchas otras deficiencias. En todo caso, ¿quiere que la temida ex esposa ría la última y le suelte al pobre hombre un «te lo dije» a la cara? Si usted le pisotea el corazón como el ojo arrancado en* El rey Lear, *ella gana.*

En cuanto al enfurruñamiento, le sugiero que haga un viaje alrededor del mundo. Hace maravillas con los enfurruñados.

Atentamente,

Su consejera sentimental

Y eso fue lo que hicimos.

LA VUELTA AL MUNDO EN UNOS POCOS DÍAS

A comienzos de febrero de 1978, y obedeciendo a mi consejera sentimental, iniciamos un viaje alrededor del mundo. En realidad, fue obedeciendo a una invitación del Festival de Adelaida, en Australia. Graeme sentía un cariño especial por Australia, ya que su madre era de allí y él tenía unos primos australianos muy queridos. No había vuelto desde que era adolescente. Tenía muchas ganas de ir.

Yo había viajado con Jess desde su nacimiento, llevándola conmigo a diversos eventos literarios en Canadá y Estados Unidos; pero se trataba de viajes cortos, mientras que ir a Australia eran palabras mayores. Descubrimos que podíamos conseguir billetes para dar la vuelta al mundo por un módico precio, deteniéndonos a lo largo del trayecto. El viaje empezaría en París, y de allí iríamos a Venecia, Teherán, Kabul, Nueva Delhi y Agra, Singapur, Perth, Adelaida, y luego de vuelta vía Fiyi y Hawái. Pensamos que las escalas ayudarían a nuestra hija, que ahora tenía veinte meses, a adaptarse a los cambios de horario. Debíamos de estar locos.

Mi padre me dijo: «No vayáis a Afganistán. Allí va a estallar la guerra.» En efecto, seis semanas después de nuestra visita, el presidente Daud y su familia serían asesinados, lo que pondría en marcha una secuencia de

acontecimientos que ha durado hasta hoy. ¿Cómo podía predecir mi padre tal cosa, dejando aparte sus lecturas de historia universal? «En palabras de Alejandro Magno: "Afganistán es un lugar en el que es fácil entrar pero del que es difícil salir"», añadió, «como estoy seguro de que ya sabes». Tenía la costumbre de decirles a los demás que estaba seguro de que sabían cosas que en realidad no sabían: era su forma de informarles sin criticar su inteligencia.

«¿De qué está hablando?», nos dijimos Graeme y yo el uno al otro. No había rumores de guerra a la vista, así que allá que fuimos. Graeme tomó notas durante todo el viaje, y luego las usó para escribir un artículo destinado a generar algo de dinero que se publicó en la revista femenina *Chatelaine* —«Viajes de un hombre de familia»—, y que se centraba en las alegrías y fatigas de un padre que viajaba con una niña pequeña mientras la madre (yo) hacía labores literarias. Dichas labores se iniciaron en París, donde Grasset acababa de publicar *Resurgir*, tras una disputa entre los traductores francés y quebequés sobre los detalles de la campiña del Escudo Canadiense y las sutilezas del vocabulario. «¡Pero esto no es francés!» «Monsieur, son los bosques septentrionales de Canadá, ¡no el Bois de Boulogne!» En París también acabé con un ojo morado tras un contratiempo con un libro de cuentos en manos de un bebé a la hora de acostarse, y llegué a Irán con un parche negro de pirata. Aun así nos dejaron entrar, aunque tuvimos algunos problemas con la reserva del hotel, debido —según comprendimos más tarde— al hecho de no haber sobornado al empleado de facturación.

Pese al auge económico de Irán y la multitud de hombres de negocios a los que se veía haciendo tratos en los vestíbulos de los hoteles, saltaba a la vista que la población de Teherán estaba malhumorada. Graeme (siempre más perceptivo que yo) sufría terribles pesadillas con la policía secreta del

sha, que tenía una reputación brutal. Almorzamos con Ken Taylor, el juvenil embajador canadiense.

—¿Qué le parece Teherán? —le preguntamos, interrumpiéndonos sólo para rescatar a nuestra hija, que había tropezado en el estanque de peces de colores.

—Está bien —nos dijo—, pero no ocurre gran cosa.

Ocho meses después, mientras el sha huía y una violenta revolución barría Irán, Ken arriesgaba la vida y alcanzaba fama de héroe internacional al orquestar el llamado «subterfugio canadiense»: una operación para ocultar a seis miembros de la embajada de Estados Unidos en la de Canadá y luego sacarlos de allí haciéndolos pasar por miembros de un equipo de rodaje canadiense.

En su artículo de *Chatelaine*, Graeme no mencionó a los dos hombres que aparecieron mientras tomábamos el té en la terraza del hotel en Kabul. Eran de la embajada de Canadá en la India, y buscaban a un canadiense que había desaparecido en el sistema penitenciario afgano y del que me temo que nunca más se supo. Pero tomó nota de la actitud afectuosa hacia los niños que descubrimos en Irán, Afganistán y Singapur. También dejó constancia de cómo teníamos que apretujarnos en los cuartos de baño llenos de espejos de los hoteles para poder escribir porque fuera, en la habitación, había una niña durmiendo. Describió la belleza del paisaje afgano; la rara naturaleza del abarrotado zoo de Kabul, donde un único ojo de elefante asomaba por un agujero en la madera, y a las mujeres cubiertas de ropa de pies a cabeza, pero con zapatos a la moda asomando por debajo de los dobladillos.

En el mercado compré un chador (una larga prenda femenina con una abertura de malla para poder ver) y probé a ponérmelo. Por dentro resultaba sofocante, y la visión era limitada. A los comerciantes les resultaba

divertido ver a una occidental con ese atuendo: por entonces las relaciones con los visitantes extranjeros eran bastante amistosas, aunque poco antes se había fusilado a dos mujeres británicas por llevar escandalosos trajes de baño mientras nadaban en un lago donde creían pasar inadvertidas. No había imágenes públicas de mujeres. Conocimos a un joven traductor que le enseñó a Graeme el álbum de fotos de su boda: no aparecía ni una sola mujer, ni siquiera la novia. Aun así, a mí nunca me molestaron por no ir totalmente cubierta: había normas distintas para los extranjeros, y además era invierno y llevaba un abrigo con capucha, de manera que mi desvergonzado cabello permanecía oculto.

Hicimos un viaje en coche de Kabul a Yalalabad por una carretera de dos carriles que zigzagueaba a través de las montañas, una ruta que reproducía la retirada británica del siglo XIX, en la que perecieron todos excepto un hombre que sobrevivió para contarlo. Era fácil ver por qué les había ido tan mal: lo único que tenían que hacer los afganos era ascender por la ladera hasta situarse por encima de las tropas, y desde allí dispararles y lanzarles piedras. Tras varios milenios de invasiones, incluida la de Alejandro Magno, los afganos habían desarrollado unas excelentes habilidades defensivas.

Los bordes de la carretera estaban plagados de coches que había ardido tras despeñarse. Eso resultaba alarmante.

—¿Por qué va tan rápido? —pregunté al conductor.

—Tenemos que volver antes de que anochezca, por los bandidos —respondió.

Aun así, aminoró la marcha cuando nuestra hija pequeña vomitó su zumo de naranja sobre la tapicería.

En Yalalabad había arqueólogos afganos desenterrando estatuas de budas con rasgos griegos: Afganistán fue durante largo tiempo una encrucijada

cultural y política. En aquel momento Kabul albergaba tres enormes embajadas: las de la Unión Soviética, China y Estados Unidos. Cada uno de estos tres países pretendía ser la potencia dominante allí, y todos ellos colmaban de regalos al régimen de Daud. Pero controlar Kabul distaba mucho de permitir controlar Afganistán: los caudillos militares y los jefes tribales gobernaban sus propios territorios, y nadie sabía cuánta gente vivía de hecho en el país, ya que muchos iban y venían a través de las montañas que lindaban con Pakistán. Cuando la Unión Soviética se involucró en la guerra civil de 1978, ya cabía esperar que la aventura no acabaría bien para ellos. Lo mismo con Estados Unidos. Alejandro Magno estaba en lo cierto: de Afganistán es difícil salir.

Tras la publicación de *El cuento de la criada*, la gente me preguntaba a menudo si el libro se había «inspirado» en mi experiencia con el trato que se daba a las mujeres en Irán y Afganistán. «Sólo en parte», respondía yo: al llamado Occidente no le faltan sus propias fuentes de inspiración para tales cosas, aunque han adoptado una forma distinta.

Volamos de Kabul a Nueva Delhi en un avión de la Unión Soviética: asientos incómodos, y airadas y voluminosas azafatas embutidas en uniformes con minifalda diseñados en los años sesenta. Cuando nos ordenaron que comprásemos una *matrioshka* de madera —«¡Tú compra!»—, nos apresuramos a obedecer por temor a que nos tiraran por la ventanilla. Eran muy musculosas. En Agra, donde fuimos a ver el Taj Mahal, Jess aprendió a subir escaleras rodeada de devotas muchachas vestidas con saris de vistosos colores. Fue allí donde se nos acabaron los pañales desechables. El hotel se mostró dispuesto a ayudar y nos proporcionó unos trozos cuadrados de tela confeccionados cortando una sábana; por desgracia, estaban almidonados. En Singapur, las camareras del restaurante fueron igual de atentas con nuestra niñita rubia de cabello

rizado. ¿Podían llevársela consigo a la cocina para enseñársela a las demás? Por supuesto. Nos llegaron gritos y risas de asombro. Cuando nos la trajeron de vuelta, todos estaban encantados, incluida ella. «¿Le enroscas el pelo?», me preguntaron.

Una vez en Australia, Graeme se vio rodeado de una compasiva solidaridad por parte tanto de las mujeres como de los hombres porque le tocaba «cuidar de la cría» mientras yo estaba en escena. ¡Qué degradante tener una esposa que interviene en actos públicos! Regresamos a Canadá cruzando el Pacífico. Lo que recuerdo de Fiyi, aparte del buen humor y el trato amable que daban a los niños, es un viaje en barco que hicimos remontando el río. En el barco había un australiano hasta arriba de cerveza que le estaba enseñando al piloto fiyiano esta canción:

Soy una maleta, soy una maleta, soy una maleta, ésa es mi virtud.
Pero prefiero ser una maleta que ser un saco viejo como tú.

Ahora que yo misma soy un saco viejo, no me hace tanta gracia como entonces.

El viaje alrededor del mundo dejó atrás el dilema de las Tres Señoras Gibson, o eso creí al principio. Cuando volvimos a la granja, descubrimos que el granjero de al lado, a quien habíamos dejado al cuidado de las tres vacas que nos quedaban, se las había comido. Él también había partido hacia destinos ignotos, ya que su mujer se había fugado con el profesor de música del instituto y su propio negocio agrícola se había ido a pique. Acudimos a los tribunales para que se nos restituyera el valor de las vacas, y nos enteramos de que en realidad la granja no era de su propiedad, sino

del tacaño de su padre. Al juez del condado la situación le resultó cómica, y apenas pudo mantener la compostura.

—Ayúdenme a entender el asunto. —Reprime una risita—. ¿Esa persona se ha comido sus tres vacas?

—Sí, señoría.

—Ya veo. —Pausa mientras intenta controlarse—. ¿De verdad se las ha comido? ¿Tres vacas enteras? ¡Debía de estar hambriento!

—Bueno, de una manera u otra se ha deshecho de ellas, señoría. Parece que ya no están vivas.

Ganamos.

Tras una primavera y un verano en la granja y en los bosques del norte, en el otoño de 1978 cruzamos el Atlántico en el *Queen Elizabeth 2*. No había nada que le gustara más a Graeme que los barcos, así que estuvo más que dispuesto. Para pagar parte de nuestros gastos, escribí un artículo sobre el viaje para la revista *Toronto Life*. Recorrí diligentemente todas las instalaciones del barco, tomando notas sobre las interminables comidas, la pista de atletismo con sus corredores jadeantes y resollantes, las máquinas tragaperras y las mesas de blackjack, y los espectáculos en vivo con bailarinas piernas en alto. Hubo una fiesta de disfraces con una temática de la moda de los años veinte, para la que improvisé mi propio disfraz. Sin embargo, cuando mi artículo apareció en la revista, lo ilustraron con un dibujo del barco poblado de personajes de dibujos animados lo más parecidos a Mickey Mouse en la versión más primitiva y ratonil que uno pueda imaginar. Para quienes no estén familiarizados con el argot, «mickey mouse» equivale a deplorablemente pasado de moda. Estaba claro que los jóvenes editores de la revista creían que eso de los viajes trasatlánticos

estaba obsoleto: sospecho que me habían embaucado para que escribiera sobre ello y así poder reventarlo.

Nos detuvimos en Londres para ver al hermano de Graeme, Alan. Se había graduado en la escuela de teatro Bristol Old Vic con las mejores notas, pero como medía casi dos metros y hablaba inglés con acento canadiense, los únicos papeles que conseguía eran de gigante, criminal o idiota, así que había optado por hacerse director de cine y televisión. En ese puesto, su estatura era una ventaja: nunca tenía que levantar la voz. Almorzamos con Alan y su esposa Kate, y el poeta Ted Hughes y su esposa Carol. Ted era el viudo de Sylvia Plath, cuyos poemas me habían impresionado tanto en 1963; su segunda compañera, Assia, se había quitado la vida, igual que Sylvia. Alan se había lanzado a relatar su estancia en Bristol, mencionando el conocido puente colgante de Clifton, «desde donde saltaban las damas victorianas», hasta que cayó en la cuenta de que el suicidio podría no ser el tema favorito de Ted. «Pero sus faldas se abrían como paracaídas y simplemente descendían flotando», improvisó entonces. (Esto ocurrió de verdad en un caso.) Ted pareció no percatarse, y siguió almorzando tan tranquilo.

En aquel viaje también me reuní con mi agente inglesa, la imponente Vivienne Schuster, de John Farquharson, un pequeño bufete adscrito a los Inns of Court de Londres. Phoebe la Agente había comprendido que el mundo entero era demasiado para ella: en adelante se limitaría a vender mis libros en Norteamérica, mientras Vivienne y su socia, Vanessa, se encargaban de Inglaterra y de todo el resto. Al principio estas últimas tuvieron un éxito relativamente moderado, pero luego sería clamoroso. «Ahora mismo la magnitud de su fama me resulta un tanto difusa», me había dicho un curioso hacía poco. «No pasa nada, cielo», pensé yo: también a mí me resultaba un tanto difusa. Sí, había publicado tres novelas

y varios relatos, y media docena de libros de poesía, pero no es que brillara en todo mi esplendor que digamos.

Nuestro destino final era Escocia, porque Graeme había sido el primer canadiense elegido para el programa de intercambio de escritores escoceses y canadienses creado por el Consejo Canadiense de las Artes y el Consejo Escocés de las Artes. El programa acabaría fracasando porque Canadá no supo entender que la razón por la que los escritores escoceses podían querer participar era conocer a otros escritores, y también a editores. La mayoría de ellos estaban en Toronto y Vancouver, pero Canadá, obligada como siempre a lidiar con el descontento regionalista y la pretensión igualitaria, envió a los escritores escoceses a lugares de los que sólo los propios canadienses habían oído hablar, como Fredericton, en Nuevo Brunswick.

Los escoceses, en cambio, se emplearon a fondo. La versión que daba Graeme de su generosidad era que nunca tuvo que pagarse sus primeras copas. El Consejo Escocés nos había alquilado un piso en la Ciudad nueva de Edimburgo, un área situada en el extremo opuesto del puente Dean con respecto al castillo. Se hallaba en Randolph Crescent, que contaba con su propio parque y ya entonces se consideraba de lo más pijo. Sin embargo, aún no había llegado la calefacción central: el vestíbulo era tan húmedo y frío que crecía musgo en las paredes. Solíamos atravesarlo a la carrera de camino a las habitaciones, que eran más cálidas. Hasta cogí bronquitis.

Cada una de las habitaciones tenía un radiador de aceite caliente que se enchufaba a una toma eléctrica. En la habitación principal, donde yo escribía, podía elegir entre dos combinaciones posibles: el calentador eléctrico y la máquina de escribir eléctrica (pero sin luz), o la luz y la máquina de escribir (pero sin calefacción). La mayor parte del tiempo

elegía la segunda opción, y escribía con los dedos helados envuelta en un edredón, y haciendo alguna que otra pausa para enchufar el calefactor y añadir algo de calor al aire gélido.

Graeme vivía sus aventuras. Los escoceses lo llevaron a un partido de fútbol de galeses contra escoceses, en el que tenías que calzar botas de goma porque no había lavabos, se bebía mucha cerveza y a mitad de partido corrían ríos de pis. Los escoceses agitaban cardos de cartón; los galeses, puerros, también de cartón. («¿Y qué agitan los ingleses?», le pregunté a un escocés. «Ejemplares del *Times*», fue su respuesta.) Los galeses ganaron, se emborracharon y se tumbaron en las aceras cantando en armonía. Los escoceses perdieron, se emborracharon y se empujaron unos a otros debajo de los autobuses. Los escoceses siempre han tenido fama de luchadores: en la Primera Guerra Mundial, los alemanes los llamaban «las damas del infierno», por las faldas, y «los enanos venenosos», porque eran bajitos pero letales. Lo último que querías era que un grupo de escoceses saltara a tu trinchera porque podía ser la última cosa que desearas en tu vida.

A Graeme lo enviaron a varios lugares remotos para visitar escuelas, entre ellos las Shetland, donde asistió al Up Helly Aa, un festival vikingo del fuego, que culminó con la quema de un barco funerario. Al principio todo estaba oscuro. Luego las luces iluminaron un espectáculo de grupos de hombres disfrazados marchando por las calles. Graeme esperaba vikingos, y de hecho los había; pero también había grupos de Mickey Mouse, el Pato Donald y Elvis Presley. ¿Qué significaba aquello?

Yo también compartí la experiencia panescocesa. Rick Salutin y yo hicimos un viaje en coche por las costas occidental, septentrional y oriental del país. Seguía tosiendo, y solía meterme en los baños de los *bed and breakfast* para hacerlo, pero la tos viajaba por los sistemas de tuberías al

resto de las habitaciones. Ceños fruncidos en el desayuno: estaba claro que sabían quién era la que tosía.

Por el camino vimos varios menhires, algunos de ellos ya volcados. Rick se sentó en uno. Luego se levantó.

—¿Qué es eso que tengo en la parte trasera de los pantalones? —me preguntó.

—Antes era una babosa —respondí.

El gran Larry Gaynor vino a vernos a Edimburgo aprovechando que tenía tiempo libre. Nosotros nos habíamos unido a algo llamado «Mamás y Peques»: una mesa de arena, plastilina, un rincón de lectura, juegos... Las mamás traían galletas y preparaban té para aliviar el tedio. Una semana Larry se ofreció voluntario para colaborar en Mamás y Peques. Las mamás se alegraron de verlo, ya que los niños pequeños pueden resultar un poco aburridos. ¿Qué actividad le gustaría supervisar a Larry? Eligió el rincón de lectura. Rodeado de un entusiasta grupo de caritas, y espiado por las mamás, se zambulló en el libro infantil que tenía a su disposición, modificando el argumento a su antojo. «Una mañana brillante y soleada, el Conejito Bun-Bun bajó al Dingly Dell y se sirvió un gran vaso de whisky. "¡Glu, glu, glu!", hizo el Conejito Bun-Bun. "¡Sigamos bebiendo!"» Todas las mamás prestaron atención de inmediato: aquello era algo nuevo. Se acercaron tímidamente, con los ojos brillantes.

Todas las sesiones de Mamás y Peques terminaban con todos nosotros en pie formando un círculo y cantando y escenificando una canción. Era algo así:

Levántate como si fueras un castillo.

Agáchate como un pequeño ratoncillo.
Piensa que eres un tambor que va a sonar,
y ¡rataplán-plan-plan!, ponte a tocar.

Larry ocupó animosamente su lugar en el círculo. «Levántate como si fueras un castillo...» Larry alzó los brazos, y también se alzó su jersey de lana, dejando al descubierto su gran barriga peluda. Muda impresión entre las mamás.

«Agáchate como un pequeño ratoncillo...» Larry hizo el esfuerzo. Con un sonido desgarrador, sus pantalones se abrieron por detrás.

Durante varias semanas después de aquello, las mamás me preguntaban con voz lastimera: «¿Dónde está tu corpulento amigo canadiense? ¿Cuándo va a volver?»

Durante todo ese tiempo yo había estado escribiendo mi novela *Life Before Man* (publicada en español como *Nada se acaba*). Quería llamarla «Líneas de sangre», pero ese título ya se había utilizado en relatos policíacos y libros sobre caballos. Llegamos a considerar hasta quince títulos distintos: o das con el título apropiado casi de inmediato, o bien escribes una lista de todos los títulos posibles y luego empiezas a eliminar. ¿Por qué «la vida antes del hombre»? Uno de los narradores es una paleontóloga especializada en dinosaurios. Entraban en juego todas las veces que había recorrido el Museo Real de Ontario de pequeña.

En primavera ya había terminado la novela, y quería enviársela a Phoebe la Agente. Ella se ocuparía de las editoriales; a excepción de McClelland & Stewart, ahora eran distintas. La elegante e inteligente Nan Talese, que había estado trabajando con Dan Green en Simon & Schuster, había

abandonado el barco no hacía mucho, después de que la reclutara Houghton Mifflin. Poco antes, Phoebe la Agente había tenido una trifulca terminal con André Deutsch, y Diana Athill había sido incapaz de reparar el daño. Phoebe me había llevado a la alta y hermosa ex modelo neozelandesa Liz Calder, por entonces en Jonathan Cape. Liz fue una de las primeras mujeres jóvenes contratadas para desempeñar un alto cargo en una editorial británica consolidada. Pronto la seguiría una auténtica oleada.

Mientras tanto en el Reino Unido, donde hasta el momento mis novelas sólo habían aparecido en tapa dura, un nuevo equipo había adquirido los derechos de edición en rústica. Virago Press era una pequeña empresa abiertamente feminista dirigida por la formidable y dura australiano-libanesa Carmen Callil, junto con la prudente y comedida Harriet Spicer, la apasionada activista Ursula Owen, y la canadiense guapa, rubia, discretamente decidida y con mucho tacto Lennie Goodings. Yo había ido a verlas a su oficina del Soho, situada encima de un sórdido salón de masajes. Allí, una serie de hombres con gabardina te observaban al subir las escaleras, esperando o temiendo que fueras una de las masajistas.

La oficina ocupaba una gran sala, donde se realizaban todas las operaciones.

—Carmen —pregunté—, hay muchas editoriales nuevas que han quebrado. ¿Cómo es que vosotras no?

—Aquí lamemos nuestros propios sellos —me respondió.

Traducción: que todo el mundo hacía de todo, incluso fregar. Lennie Goodings escribiría más tarde unas memorias tituladas *A Bite of the Apple*, en las que da a entender de la forma más discreta que las cosas podían ponerse tensas entre ellas. Lágrimas en el lavabo.

Entre otras novedades editoriales, ahora yo no sólo contaba con una editorial noruega, sino también con una alemana. Un joven editor, el doctor

Arnulf Conradi, acababa de llegar al Departamento de Traducción de Claassen. En su escritorio había una pila de libros nuevos. Eligió uno al azar. Era *Resurgir*. «¡Hay que publicar este libro!», exclamó.

Y así lo hicieron.

Con el fin de preparar mi primera gira de promoción en Alemania, contraté a un joven germano que estudiaba en la Universidad de Edimburgo para que me ayudara a repasar mi pésimo alemán. Al final de nuestras clases, me dijo, rojo a más no poder:

—¿Le parece bien que le haga una pregunta personal?

—Por supuesto —respondí pensando: «¡Oh, no!, ¡ha sucumbido a mis encantos místicos! Debo ser amable pero rotunda.»

—¿Hay alguna posibilidad...? ¿Sería posible...? Sé que es mucho pedir...

«Allá vamos. He de evitar que caiga de rodillas», pensé.

—¿Cree que tal vez yo podría comprar un poco, un trocito muy pequeño de tierra virgen en Canadá?

—Desde luego —respondí suspirando aliviada—. Hay un montón.

Es sabida la caprichosa afición de los alemanes a los espacios naturales canadienses.

También había contratado a un joven estudiante de Historia Canadiense llamado Peter Boehm para que me ayudara en la verificación de datos de *Nada se acaba*. Más tarde Peter se convertiría en diplomático y se cruzaría de nuevo en mi camino, pero por entonces él regresaba a Toronto para pasar las Navidades, y yo no. Le di una lista de preguntas. ¿Hay una cabina telefónica en tal esquina? Si no, ¿la había en 1970? La novela tenía tres protagonistas: un hombre con pareja y varios hijos; su esposa separada, que tiene otros intereses románticos, y la joven paleontóloga que se enreda con ellos. Cada uno cuenta su versión de la historia. Cuando se publicó la novela, creó algunos problemas a aquellos miembros del Club de Amantes

del Libro de Toronto que escribían reseñas, dado que Shirley era miembro del club.

—Ha sido mucho más amable con Shirley en ese libro de lo que ella ha sido con usted —me dijo uno de ellos.

—Es ficción —respondí yo.

Una vez que Peter Boehm y yo hubimos verificado todas las cabinas telefónicas, llevé el manuscrito a la oficina principal de correos de Edimburgo para enviárselo a Phoebe la Agente en Nueva York por correo aéreo preferente.

—No puede hacer eso —me dijo el empleado de correos, un hombre de mediana edad.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Sale demasiado caro.

Me había catalogado como una estudiante sin un céntimo. Me pasé media hora explicándole lo que contenía el paquete y por qué debía viajar rápido, hasta que cedió y me permitió pagar la tarifa más alta. Con toda la amabilidad, él intentaba ahorrarme dinero, ya que era obvio que una despistada muchachita norteamericana como yo desconocía el valor de una libra.

En Edimburgo presenciamos tres acontecimientos dignos de mención. Primero: la nieve. Sólo nevó unos centímetros, pero lo suficiente para paralizar la ciudad, sobre todo cuando los *gritters* (aquellos cuyo trabajo consistía en esparcir arena sobre la nieve) se declararon en huelga. «Aquí casi nunca nieva, pero cuando lo hace los *gritters* siempre se declaran en huelga. Si no, nunca tienen la oportunidad.» Segundo: los camioneros también se declararon en huelga, lo que interrumpió el suministro de

verduras frescas y otros alimentos. Nos vimos limitados a consumir coles de Bruselas, productos de panadería (los escoceses adoraban sus *scones*) y salmón; Graeme improvisó muchos platos a base de salmón y coles de Bruselas. Y tercero: el túnel ferroviario entre Edimburgo y Londres se derrumbó matando a dos trabajadores. Eso nos hizo sentirnos aún más aislados, con un suministro menguante de coles de Bruselas.

Aileen Christianson vino a una de las cenas a base de coles de Bruselas y salmón. Trabajaba en la Universidad de Edimburgo, iba de un lado a otro en bicicleta con un casco de cuero, y era voluntaria en un centro de asistencia a víctimas de violación. También le proporcionó a nuestra pequeña algo que esta anhelaba: una trenza. Era una trenza de lana que se ataba alrededor de la cabeza. Jess estaba encantada.

Aileen resultaría esencial para la escritura de mi novela *Alias Grace*, pero aún faltaban quince años.

VUELVO A SER YO

Querida consejera sentimental:

Siento molestarla. Soy consciente de que ya ocupa su tiempo con mejores amigas que se emborrachan y vomitan en las bodas, suegras controladoras que reorganizan los cajones de lencería de sus nueras y fetichistas de los pies que temen practicar abiertamente su afición en el metro, pero hay otro asunto que se ha arrastrado fuera de la purulenta ciénaga de mi psique y está reclamando atención.

Hemos vuelto a la granja después de Escocia y he sacado el tema de un segundo hijo. A mí me gustaría tener otro, pero Graeme dice que tiene más que de sobra con tres: lleva haciendo de padre desde que

tenía veinticinco años, y ahora tiene cuarenta y pico. Ya no tiene tanta energía. Así que nones.

Estoy decepcionada. Siempre he pensado que dos hijos era el número perfecto para mí. Me siento resentida y poco respetada, como privada de algo. Podría quedarme embarazada subrepticiamente, por así decirlo, pero eso sería muy deshonroso. De todos modos, no estoy segura de poder permitirme dos: ninguno de nosotros tiene trabajo, y, como ya sabemos, yo perdería el interés por escribir durante un par años, por lo que veríamos disminuir peligrosamente nuestros ingresos.

De nuevo ha invadido nuestro hogar una cierta sensación de frialdad, y me siento cada vez más inquieta. ¿Estoy siendo poco razonable? Sí, seguramente, pero parece que no puedo evitar sentirme así.

Angustiosamente,

Fastidiada y Afligida

Mi querida Fastidiada:

¡Por el amor de Dios! ¡Considérese afortunada! Algunas personas no son conscientes de cuándo les van bien las cosas. Muchas darían lo que fuera por tener su suerte en cuestión de hombres. Cálmese. Valore a su hija. Y cómprese otro gato.

Su consejera sentimental

Intenté calmarme, pero era más fácil decirlo que hacerlo. No obstante, sí valoré a mi hija. Aunque no me compré otro gato.

Aquí viene la parte aterradora.

Desde hacía cierto tiempo, Graeme era consciente de que tenía una úlcera duodenal, pero, según él, no quería ir al médico porque le dirían que no comiera, bebiera ni fumara cosas que él deseaba comer, beber y fumar. Lidiaba con los períodos de malestar estomacal, confiando en que se arreglaría. Tenía una gran tolerancia al dolor.

La otra versión: Graeme estaba intensamente conectado a todas las facetas de su vida. Lo físico, lo emocional y lo intelectual estaban unidos. Parecía capaz de hacerse sentir mejor cuando estaba enfermo, y viceversa. ¿Acaso mi mudo distanciamiento fue la causa de su enfermedad? No hay que descartarlo. En cualquier caso, después de los acontecimientos que estoy a punto de describir, yo no me habría ido a ningún sitio de forma inmediata: la Señora Arreglalotodo y su tendencia a hacer de Florence Nightingale no lo habrían permitido.

En noviembre de 1979, después de que se publicara *Nada se acaba*, me encontraba en Windsor, Ontario, celebrando un evento editorial para South Shore Books. Cuando más tarde regresé al hotel, tenía una llamada de un número desconocido. Llamé de vuelta y contestó Peter Pearson, mi colaborador en la producción de guiones cinematográficos y en aquella época también nuestro vecino de al lado. Habían ingresado a Graeme en el hospital de Alliston, en aquel preciso instante se hallaba en quirófano. Se le había perforado la úlcera duodenal, expulsando ácidos estomacales a la cavidad abdominal. Había conseguido acostar a Jess y después se había acurrucado detrás del sofá: le dolía a rabiar, y ésa era la única postura en la que sentía cierto alivio. Había intentado telefonear para pedir ayuda, pero las personas con quienes compartíamos la línea colectiva habían descolgado: no les gustaba que su teléfono sonara tanto por nuestra culpa.

Por suerte, nuestra niñera interna, Leanne Hayes, bajó las escaleras y encontró a Graeme. Debía de ser vidente. De hecho lo es, y más tarde se ganaría la vida leyendo las cartas como profesional. Leanne tampoco pudo llamar por teléfono. Como no sabía conducir, corrió valerosamente casi medio kilómetro carretera arriba, bajo la lluvia y en la más absoluta oscuridad, hasta la granja vecina. Peter había alquilado la casa del desaparecido granjero devorador de vacas, donde vivía con su mujer y su hijo pequeño. Llamó a una ambulancia y luego acompañó a Graeme al hospital. Ahora aguardaba el resultado de la operación que se estaba llevando a cabo en aquel mismo momento. Se había salvado de milagro: una hora más, y habría muerto. Peter volvería a llamarme cuando terminara la intervención.

No había nada que yo pudiera hacer: a aquellas horas de la noche no había forma de salir de Windsor, Ontario. Ni aviones, ni trenes, ni autobuses. Llené la bañera de la habitación del hotel, me metí dentro y esperé.

29

Daño corporal

Pasé más de una hora metida en la bañera de la habitación del hotel de Windsor hasta que Peter volvió a llamar. Graeme seguía con nosotros en esta tierra, me dijo, aunque no estaba consciente y tenía un peculiar tono verdoso. No serviría de nada que yo intentara llegar a Alliston en plena noche: debía continuar con lo mío y aparecer cuando Graeme estuviera despierto y pudiera reconocerme.

Al día siguiente asistí medio sonámbula a otro evento editorial celebrado en la librería A Different Drummer Books, en Burlington. ¿Qué podría necesitar Graeme en el hospital, además de un cepillo de dientes?, le pregunté a Peter. Una bata, me dijo. Pero ¿de qué talla? Por fortuna, uno de los dueños de la librería era muy alto, así que me lo llevé de compras conmigo y él se probó las prendas.

—Creo que a su marido le gustará ésta —sugirió el dependiente.

—No, no, éste no es mi marido —repliqué.

El tipo me miró con cara rara: ¿por qué estaba comprando una bata con un hombre que no era mi marido?

Graeme pasó seis semanas en el hospital. Como cabía esperar, desarrolló pleuresía y neumonía. Hubieron de clavarle una cánula para liberar el líquido que rodeaba sus pulmones: eso le resultó interesante. («Como si fuera un barril de cerveza», comentó.) Eve Zaremba, una vieja amiga

polaca de Graeme vino a la granja para ayudarme, cortando leña, alimentando a los animales y salvando la situación en general. Yo me desplazaba a Alliston en mi pequeño coche azul con nuestra hija de tres años y medio. Graeme estaba débil pero tranquilo, ya que le administraban un potente analgésico narcótico. Fui consciente de su potencial narcótico cuando lo encontré sumido en una especie de éxtasis contemplativo.

—¡Mira ese cuadro de la pared! —me dijo—. ¡Qué profundidad! ¡Qué sentido!

El cuadro era una mediocre representación de un anodino camino rural, parduzco y embarrado.

—¿Qué te han dado? —le pregunté.

—Demerol —respondió—, ¡y es una maravilla!

Se lo recomiendo a los críticos de arte.

Graeme dejaba que Jess se comiera su gelatina y sus natillas, que a ella le encantaban, ya que en casa no solía comer ese tipo de cosas. Él le enseñó la cicatriz que tenía donde le habían cosido y le aseguró que todo iba bien. Aquél se convertiría para ella en el primer recuerdo de su padre: dulces caprichos en un hospital, pero también un cuerpo cosido y una tenue atmósfera de peligro. Durante varios años, después de aquello, se dedicó a entrar sigilosamente en nuestra habitación por las noches para asegurarse de que seguíamos respirando.

Cuando Graeme volvió por fin a casa, estaba bastante débil.

—¿Qué te apetecería comer? —le pregunté.

—Un bol de gelatina de lima —me respondió.

En condiciones normales habría salido corriendo despavorido ante semejante propuesta.

—Aún no estás bien del todo —sentencié.

En los meses siguientes, mientras Graeme se recuperaba, se hizo evidente que ya no podíamos seguir en la granja. Habíamos añadido una entrada y una lavadora, habíamos construido una cabaña para escribir que ambos compartíamos, y a los dos nos encantaba esa vida en muchos aspectos, pero Graeme ya no tenía la vitalidad de costumbre y no estaría en condiciones de afrontar lo que la granja comportaba, al menos durante un tiempo. El factor decisivo fue la escuela: ahora nuestra hija quería asistir a una. Había formado parte de un pequeño grupo de juego dirigido por Suzanne Vachon Pearson, esposa de Peter y madre de la amiguita de Jess, De Beauce, pero los niños se estaban haciendo mayores. Para asistir a una escuela de verdad Jess tendría que pasar un par de horas al día en un autobús escolar. Y eso no parecía divertido, ni siquiera saludable.

A Graeme aún le quedaba parte de su estancia en Escocia, no había agotado el año completo que cubría la beca, así que, cuando estuvo lo bastante bien para viajar, se dispuso a cruzar el océano para concentrarse un tiempo en la escritura. Estaba trabajando en la novela que se convertiría en *Movimiento perpetuo*, ambientada en el siglo XIX en una granja muy parecida a la nuestra, con una casa de campo casi idéntica. El libro pone de relieve las ilusiones y los autoengaños (un tema gibsoniano), pero añadiendo pecados contra la naturaleza como la matanza masiva de palomas migratorias.

El protagonista de la novela, Robert Fraser, está convencido de que puede construir una máquina de movimiento perpetuo. El movimiento perpetuo era una inquietud propia de la época: si inventaras una máquina que funcionase eternamente sin ninguna aportación de energía adicional, ¡imagínate la fortuna que ganarías! Robert se enfrasca tanto en ese proyecto que descuida a su familia. También había muchas otras cosas en la novela: historias fantásticas de las que solían oírse en las comunidades rurales, y

hechos reales, como el descubrimiento de un gigantesco hueso de mamut enterrado. ¿Era la máquina de movimiento perpetuo una metáfora de la propia escritura de Graeme, especialmente del estilo obsesivo de *Five Legs*?

Graeme pasaba gran parte de su tiempo en Escocia en la isla de Skye, donde acudía a saraos locales de canto y baile popular, veía caer bajo la lluvia a las ovejas afectadas de cenurosis, y me escribía cartas melancólicas. Mientras tanto, yo investigaba el mercado inmobiliario de Toronto: si teníamos que mudarnos, necesitaríamos un sitio donde vivir. Graeme no quería que vendiéramos la granja (durante varios años seguiría soñando con volver), así que nos iba a tocar alquilarla. Y, por lo tanto, no podíamos comprar nada que resultara desorbitado en Toronto.

Una vez más, Charlie Pachter acudió al rescate. En 1980 ya estaba completamente en modo renovación de viviendas: compraba propiedades abandonadas en la zona degradada de Queen West, cerca de Grange Place —donde vivía ahora—, y las convertía en atractivas moradas. Incluso había abierto un restaurante de moda llamado Gracie's, en el que cada sala tenía un aspecto basado en un área distinta de Toronto. Una de ellas estaba amueblada con objetos desechados de casa de sus padres, incluidas aquellas lámparas de su madre que él mismo había decorado con lana de acero unos veinte años antes. Resultaba que Charlie disponía de una casa adosada en Sullivan Street, Chinatown, cerca de la Galería de Arte de Ontario, que podía encajarnos: tenía tres plantas, dos dormitorios, y un diminuto espacio de trabajo en la tercera planta para mí. Tras examinar otras opciones, me la quedé. Le dije a Charlie que tendría que haber dos cuartos de trabajo, así que añadió otra habitación en la parte trasera.

Al mismo tiempo, Charlie se había embarcado por fin en su asombrosa edición en serigrafía de *Los diarios de Susanna Moodie*. Hablando de la primera vez que leyó el libro, escribió: «Fue un momento decisivo. Me

quedé tan atónito por su belleza y su poder que comprendí que todos los anteriores infolios de Atwood que yo había hecho hasta entonces debían de ser un ensayo de esto.» Tenía hechos los prototipos de las ilustraciones desde 1970; las treinta imágenes se completaron en el plazo de un año, pero por entonces no había ningún editor dispuesto a asumir la publicación, y tampoco pudo lograr una subvención del Consejo Canadiense de las Artes para hacerlo por su cuenta. (De hecho, nunca consiguió subvención alguna: el único dinero que sacó del Consejo fue cuando vendió sus cartas de rechazo.) Pero en 1980 trabajó con dos grabadores españoles para producir ciento veinte ejemplares de una edición en caja. Desde entonces se han editado varias versiones, pero nada puede repetir la fuerza del color de los originales serigrafiados.

Aquella primavera yo estaba haciendo una gira un tanto desordenada por Estados Unidos para promocionar *Nada se acaba*. Di un breve salto a Los Ángeles, donde Phoebe la Agente me llevó a vivir una aventura local, tal como le gustaba hacer y seguiría haciendo a lo largo de los años cada vez que yo pasara por allí. En una ocasión fue bailar en una discoteca; otra, patinar en una pista cubierta: nos atamos los patines y nos lanzamos trastabillando a la pista de cemento, sólo para encontrarnos con que unos jóvenes atléticos ataviados con sombreros de Mercurio con alas de satén de color rosa pasaban zumbando junto a nosotras, patinando *hacia atrás*, a la velocidad de la luz. «¡Phoebe, tenemos que salir de aquí!», exclamé jadeando mientras nos aferrábamos a la barrera de seguridad. «¡O no lo contaremos!»

Esta vez fue un jacuzzi exprés. Pagabas, entrabas en un cubículo y te metías en la burbujeante bañera, donde podías poner música y pedir

bebidas. Estábamos borboteando tan felices cuando de pronto ambas tuvimos el mismo pensamiento: ¿quién había estado allí justo antes que nosotras, y *qué había estado haciendo*? Al instante salimos disparadas de la bañera como corchos de una botella de champán.

Phoebe decidió acompañarme en el trayecto al aeropuerto para mi vuelo de regreso, y menos mal que lo hizo. La limusina se averió: empezó a echar humo. Dado que por entonces aún no había teléfonos móviles, nos bajamos y nos pusimos a hacer autostop. En la autopista de Los Ángeles, en hora punta, las posibilidades eran escasas, y ya me estaba resignando a perder el vuelo cuando apareció un taxi y se detuvo. Subimos. El asiento trasero estaba embadurnado de glaseado de chocolate: el conductor acababa de llevar una tarta gigante a la Mercedes-Benz. Phoebe reconoció el acento neoyorquino del taxista.

—Apuesto a que no puede llevarnos al aeropuerto en veinte minutos —le dijo.

—¿Ah, no? Espere y verá.

Y para allá que nos fuimos.

Llegué a tiempo para subir al avión. Después de tanto estrés, Phoebe pensó que me iría bien un tranquilizante, así que me dio uno para que lo tomase cuando estuviera a bordo. Era Quaalude, un fármaco en boga por entonces, pero que yo desconocía. Me relajé mucho. A la media hora de vuelo, dimos media vuelta y regresamos al aeropuerto: algo le ocurría al motor. Tras aterrizar, salí dando tumbos. ¿Qué podía hacer? Ya era bastante tarde, y al día siguiente tenía una cita importante en la granja. Logré encontrar un vuelo vía Vancouver y Chicago. Cuando nos aproximábamos al aeropuerto, los auxiliares de vuelo empezaron a arrancar la moqueta del pasillo.

—¿Qué están haciendo? —pregunté en tono despreocupado, todavía en estado de relajación.

—Las ruedas no bajan —me dijeron—, así que tenemos que echarlas abajo desde dentro.

«Es bueno saber de mecánica», pensé. «¿Estoy a punto de morir?», pensé también. Pero no estaba demasiado preocupada: la pastilla cumplió lo prometido.

Llegué a la granja a tiempo para mi cita, que era con el fotógrafo neoyorquino Tom Victor. Se trataba de una sesión para la revista *People*, una de las máximas aspiraciones en las listas de deseos de los publicistas. Yo ya había trabajado antes con Tom en Nueva York, pero me dijo que para aquella sesión prefería venir a la granja. Perfecto, le dije; pero se me olvidó añadir que habría un par de metros de nieve. Así que ahí estaba Tom, con sus zapatos de ciudad y dando brincos con la nieve hasta las rodillas. Aún recuerdo el consejo que me dio: «Nunca hagas una sesión de fotos nada más levantarte; estarás hinchada.» Y también: «Tu lado bueno es el izquierdo.» Sigue siendo cierto.

Tom y yo mantuvimos una relación de amistad por correspondencia durante un tiempo, pero de repente ésta se interrumpió. ¿Qué había ocurrido? Pregunté por ahí. Tom se había visto arrasado por la primera oleada de sida, cuando muchas personas con talento artístico, en su mayoría hombres homosexuales, murieron por legiones. Eso fue antes de que se dispusiera de ningún tratamiento eficaz. Supuso un fuerte impacto para muchos de nosotros.

Graeme y yo dejamos la granja aquel verano. Fue un momento triste para mí, aunque aún más para él: había disfrutado dando de comer a los animales en las heladas mañanas de otoño, cortando leña, empacando heno y todo lo demás. Pero, dado que no vendíamos la granja, podía distanciarse de ella poco a poco. Yo sabía que echaría de menos mi huerto, que dudaba que alguien más estuviera dispuesto a cuidar. Echaría de menos recolectar brotes de helecho a orillas del río Boyne. Echaría de menos el canto de las ranas en primavera, y los grillos en otoño. Sin embargo, aquella campiña ya estaba cambiando. Las granjas se estaban convirtiendo en lugares adonde escapar los fines de semana, no tardaría en construirse una planta de Honda en Alliston, y en cuestión de uno o dos años los tipos de interés se dispararían hasta el veinte por ciento, llevando a la bancarrota a las viejas familias de granjeros a las que se había convencido para pedir préstamos. Los menonitas sobrevivieron, puesto que no pidieron créditos para comprar nuevos tractores. Durante muchos años después de nuestra marcha tuve sueños relacionados con la granja: la casa se derrumbaba o se veía amenazada, o había extraños viviendo allí. Al fin y al cabo, no dejaba de ser una casa encantada. Había algo sombrío en ella.

Trasladamos nuestras pertenencias a la ciudad por etapas. Jess y yo nos quedamos en la casa de Toronto mientras Graeme iba y venía con el camión verde. Como es natural, corrió el rumor de que nos estábamos separando. Pero era justo lo contrario.

Vivir en una casa adosada del siglo XIX tenía algunos inconvenientes: las paredes del sótano eran permeables, y entraban cucarachas. Yo esparcía bórax por los zócalos para que se lo comiesen y reventaran. Les gustaba meterse en el lavavajillas cuando estaba caliente y depositar allí sus huevos.

Cuando se ponía en marcha, salían a toda prisa en fila india por el tirador de la parte superior, y yo las liquidaba una a una.

Una noche en que Graeme estaba fuera y Jess dormía, oí un correteo bajo el fregadero de la cocina. Eché un vistazo: era una rata gigantesca. Cerré la puerta y fui en busca de un arma. Lo único que encontré fue un aerosol de un líquido fijador de acuarelas: en la parte frontal tenía una etiqueta en la que se advertía de su toxicidad. Abrí la puerta una rendija y rocié el aerosol. Esperé un poco, y miré dentro.

La rata no estaba inconsciente, como yo esperaba. Lejos de ello, estaba totalmente colocada. Con los ojos desorbitados, salió disparada, corrió a escalar parte de la puerta de cristal de la cocina, cayó al suelo, y se fue chillando al sótano. No volvimos a verla.

Habíamos matriculado a Jess en un jardín de infancia con directores de la New Age. Aquel invierno empezó a picarnos el cuero cabelludo. «Debe de ser la sequedad del clima», pensé, hasta que llegaron noticias de la escuela: todos tenían piojos. También yo los tenía, y recurrí al champú prescrito. Mientras intentaba quitar las liendres y desenredar el largo cabello rizado de Jess, concebí *Princess Prunella and the Purple Peanut*, mi primer libro infantil aliterativo, como una forma de distraerla. El cacahuete empezó siendo una espinilla púrpura (una *purple pimple*), pero Anna Porter —que por entonces tenía su propia editorial, Key Porter, y a instancias de la cual había escrito el relato— pensó que aquello podría ofender a quien tuviera espinillas púrpura, así que el objeto púrpura pasó de animal a vegetal.

Jess se moría de ganas de tener un gatito. Lo habíamos ido aplazando con la excusa de que eso era imposible con nuestro ratón en casa: el ratoncillo lo había elegido mi hermano al azar de una jaula llena de ratones experimentales, y se lo había regalado a nuestra hija. Aunque había escapado de la centrifugadora, el animal no se mostraba agradecido ni resultaba satisfactorio como mascota: mordía a la gente, no paraba de dar vueltas en su rueda de ejercicios, y generaba malos olores.

Un día vinieron a casa dos niños pequeños. Se quedaron observando el ratón.

—Este ratón está muerto —dijeron.

—No, no lo está —dijo Jess.

—Sí, lo está.

Lo estaba.

Pensé que habría lágrimas, pero no hubo ni una. Se dio sepultura al animal en nuestro pequeño jardín trasero, con algunos cánticos. Se le oyó chillar en el aire de camino al cielo. Volvimos a abrir la tumba: ¡no estaba! En realidad, explicó Graeme, había caído tierra encima y lo había tapado. Siguiente pregunta: ahora que el ratón estaba muerto, ¿podíamos tener un gatito? No había escapatoria. Graeme dijo que deberíamos tener dos, para que pudieran jugar entre ellos.

Uno de los gatitos era negro y de pelo corto; el otro, gris y de aspecto esponjoso. Jess les puso nombres muy apropiados: *Blackie* y *Fluffy*, y les ponía vestiditos y gorritos de muñeca. Se suponía que no debían salir a la calle con ese atuendo por temor a que pudieran estrangularse con el cordón del gorrito, pero a veces se escapaban y se podía ver a *Blackie* saltando de tejado en tejado con su vestidito puesto.

Pronto quedó claro que yo no iba a poder escribir en el pequeño cubículo del tercer piso. El problema no era el tamaño: ya estaba acostumbrada a los espacios pequeños. Lo malo es que no había puertas, los ruidos de abajo subían por el hueco de la escalera, y quienquiera que entrara en nuestro dormitorio tenía que pasar justo por detrás de mí, así que me desconcentraba.

Durante un tiempo alquilé un espacio en un edificio en Queen Street West. A simple vista me pareció perfecto, pero en el bajo había una tienda llamada Ring Audio que vendía altavoces y tocadiscos, y su sala de audición estaba justo debajo. Así, mientras yo me sumergía profundamente en lo que fuera que estuviera escribiendo, ascendía por los radiadores el final de la *Obertura 1812*, cañones incluidos, o Aretha Franklin cantando sus notas más agudas. Con el tiempo terminé comprando una casita en la avenida Manning, a media hora a pie andando a paso rápido por Queen Street. Dividí la casa, alquilé el piso de abajo y yo escribía en el de arriba del todo, un espacio abierto y luminoso. En el segundo piso había una pequeña cocina, una estancia que utilizaría como despacho la primera ayudante a tiempo parcial que contraté en Toronto (Melanie Dugan, una amiga de mi hermana), y un salón que, si no estaba encantado, poco le faltaba: nadie quería entrar allí nunca.

Un día vino a vernos George Payerle, al que conocíamos desde sus primeros días como joven escritor en Anansi. Había sido miembro fundador del Sindicato de Escritores de Canadá, y era un hombre corpulento, barbudo, franco y emotivo al que daban ganas de abrazar. Marian Engel diría más tarde que había pensado en él al escribir *Oso*.

George estaba hecho polvo. Acababa de volver de un demoledor encuentro con Margaret Laurence: iba a botella y media de whisky al día, y eso era demasiado. Todos sabíamos que Margaret bebía: por las mañanas se mostraba dulce y alegre, pero conforme avanzaba el día se iba emborrachando y escribía cartas furibundas, y luego hacía llamadas telefónicas aún más furibundas en plena noche.

—No creo que podamos hacer nada al respecto —le dije a George.

—Algo debemos hacer —imploró él—, o tendremos las manos manchadas de sangre.

Ésa era una idea espantosa: en aquel entonces a Margaret se la consideraba poco menos que una santa en Canadá. *El ángel de piedra*, que yo había leído cuando se publicó en 1964, había sido un libro innovador. Se la tenía por una especie de madre protectora. ¿Cómo impedir que muriera alcoholizada?

Aun convencida de que era un error, cogí el teléfono y ofrecí nuestra ayuda a la hija de Margaret, Jocelyn. «Mamá es una borracha», me dijo. «No puedes cambiar eso.»

Jocelyn le mencionó mi llamada a Adele Wiseman, la mejor amiga de Margaret, y ésta a su vez se lo contó a Margaret. Las dos tenían una lista negra de malas personas, y yo pasé a encabezarla. Margaret nunca se me enfrentó directamente, pero hizo una serie de llamadas injuriosas sobre mí a otra gente, diciéndoles lo malvada que era. Además, estaba enfadada conmigo porque me había negado a escribir dos elogiosos artículos sobre su novela *The Diviners*, pensando que bastaba con uno. Aun así, cuando le diagnosticaron cáncer y dejó de beber, volvió a ser la Amable Margaret, y se reconcilió conmigo.

EL ESCRITOR Y LOS ENTUERTOS HUMANOS

Justo un año después de habernos mudado a la casa de Sullivan Street, nos vimos participando en un congreso celebrado en Toronto a beneficio de Amnistía Internacional bajo el título de «El escritor y los derechos humanos». Asistieron muchos escritores de renombre internacional, como Eduardo Galeano, Wole Soyinka, Nadine Gordimer y Susan Sontag. El gobierno de Pinochet (1973-1990) continuaba encarcelando, torturando y asesinando en Chile; el Muro de Berlín se mantenía en pie; los generales argentinos (1976-1983) seguían al mando, y al final de su reinado treinta mil personas habrían muerto asesinadas por ellos. Una de las señas de identidad de estos últimos era el robo de bebés: si decidían eliminar a una embarazada, la mantenían con vida hasta que nacía el bebé y luego arrojaban a la madre al océano desde un avión, y entregaban a la criatura a algún general o afiliado. Así, era el asesino quien acababa criando al hijo de una madre asesinada. Mi conocimiento de estos hechos tendría una influencia directa en *El cuento de la criada*.

En mi propio discurso de apertura, dije:

El tema que nos ha reunido aquí adquiere mayor relevancia a medida que los gigantes de este mundo se van aproximando cada vez más a una confrontación violenta y fatal. En términos generales, es éste: ¿cuál es la responsabilidad del escritor, si es que la tiene, ante la sociedad en la que vive? La cuestión no es nueva: nos acompaña al menos desde los tiempos de Platón; pero, de manera creciente, las respuestas de los gobiernos del mundo han adoptado la forma de una amputación: de la lengua, del alma, de la cabeza.

Un hecho indisolublemente unido al acto de Amnistía era nuestra participación en el PEN Club, una organización internacional de escritores que agrupa a poetas, dramaturgos, editores, ensayistas y novelistas. La filial canadiense de la entidad había sido bilingüe y tenía su sede en Montreal, pero, a raíz del movimiento separatista, los francófonos querían una sección exclusivamente francesa, de modo que se había optado por trasladar la sección anglófona a Toronto bajo el nombre de PEN Canadá. Me habían pedido que la dirigiera e, inocente de mí, yo había aceptado, creyendo que había algo que dirigir. En realidad no tenían dinero ni personal y apenas había miembros fuera de Montreal. Pedí ayuda a un viejo amigo de Graeme, el dramaturgo Eugene Benson. Armados con tan sólo unos sellos de correos y nuestros teléfonos, Gene, Graeme y yo nos pusimos a buscar afiliados, haciendo especial hincapié en los «escritores en prisión», es decir, personas a quienes se había encarcelado por sus escritos. Una vez que contáramos con afiliados, necesitaríamos recaudar algo de dinero, pero aún no habíamos resuelto esa parte.

PEN Canadá no era la única organización para la que yo ayudaba a recaudar fondos. Recientemente, mientras hacía *döstädning* (o «limpieza sueca de la muerte»), me encontré con un molde de yeso de mi cara. No recuerdo por qué me lo hicieron, aunque sí recuerdo la experiencia: tendida en una mesa, con la cara cubierta de vaselina y unas pajitas en las fosas nasales, esperando a que aquello se endureciera.

Tenía varias copias y utilicé una de ellas para una causa noble. Jack el Pieza, ahora presidente del Fondo de Escritores, había decidido rescatar dicha entidad de su precaria situación financiera organizando Grandes Cenas Literarias (en las que siempre se acababa perdiendo dinero). Un año

Graeme y yo no pudimos asistir, así que hice una efigie de mí misma: un maniquí de modista, un largo vestido negro que conservaba de los años setenta, botas victorianas, peluca, y la cara de escayola sujeta en la parte delantera. Equipé a mi doble con una grabadora que, al pulsar un botón, reproducía mi voz con frases como «¡Qué buen tiempo hace!» y «Muchas gracias». La impostora se sentaría a la mesa y la gente podría acercarse a hablar con ella. Jack la subastó al final de la velada. La compró un hombre que había tomado una copa de más: se la echó al hombro y la metió en el asiento de atrás de su coche, boca abajo, con los pies en alto. Se fue, pero en su camino le dio el alto la policía, que había visto las piernas y creyó que estaba secuestrando a una mujer.

Durante todo ese tiempo debía de estar escribiendo, ya que veo que publiqué mi quinta novela, *Daño corporal*, a finales de 1981. Debí de terminarla muy deprisa después de volver de Escocia en la primavera de 1980, y entregarla en la primavera de 1981, lo que significa que me llevó un año. Mi primera novela, *La mujer comestible*, se escribió en menos tiempo.

La novela estaba ambientada en una isla muy similar a San Vicente, donde Graeme y yo habíamos estado ya muchas veces. La trama contenía varios acontecimientos sombríos y en parte basados en hechos reales que habían sucedido en la zona. El contrabando de loros, por ejemplo: había un vigoroso tráfico ilegal. O las convulsiones políticas. La información sobre los loros de San Vicente la obtuve del doctor Kirby, ornitólogo y amigo de James «Son» Mitchell, quien fue a su vez mi fuente sobre la situación política. El propio Son me habló de un proyecto de ley del gobierno de San Vicente que permitiría detener a alguien si se sospechaba que estaba a punto de cometer un delito, algo que podría desembocar fácilmente en

detenciones masivas de enemigos políticos. En aquel momento Son estaba en la oposición; aún no había llegado a primer ministro.

Son me habló de todo esto en su pequeño barco, en el que él, Graeme, nuestra hija, la tripulación y yo navegamos por las Granadinas hasta llegar a Granada. Lo más prudente era no desembarcar, nos dijo, ya que allí se había producido una revolución marxista-leninista en 1979. También me dijo que debería escribir una novela sobre algunas de las cosas que me había estado contando, y lo hice. Mi editora estadounidense me aseguró que tres años antes nadie habría aceptado publicar *Daño corporal*, ya que en la novela aparecía una superviviente de cáncer, que por entonces era una enfermedad tabú. En cambio ahora, añadió, el tema era más o menos permisible, y al menos mi heroína no tenía un cáncer terminal.

En Canadá Jack el Pieza había llegado a un acuerdo con Jack Cole, director de una cadena de tiendas que vendía artículos de papelería, guías literarias «Coles Notes» para estudiantes, calendarios de la Bella Canadá y libros de bolsillo. Cole se había mofado del concepto de lo que hoy se llamaría «ficción literaria»: él, decía, sólo quería vender libros que la gente comprara. Jack el Pieza lo convenció para que probase con las obras de ficción en tapa dura, y así fue como me encontré en una tienda Coles, ubicada en un centro comercial de la periferia residencial de Winnipeg, un martes por la tarde. Allí no había nadie; ni siquiera había nadie en el centro comercial. Me senté ante mi mesita con mi modesta pila de libros no deseados, rechazados. Por fin asomó un hombre por el pasillo central. Caminó. Siguió caminando. Estaba entrando en la tienda. ¡Al fin!: un cliente. Se acercó a mi mesa.

—¿Sí? —saludé esbozando una sonrisa.

—¿Sabe dónde está la cinta adhesiva? —preguntó.

—Creo que al fondo.

En el Reino Unido fui en tren a Manchester y Glasgow con Lennie Goodings, de Virago. En el escaparate de la librería de Manchester me encontré codo con codo con Margaret Thatcher. El acto en la librería fue sorprendentemente bueno; la cena, memorablemente horrible. Llovió. En Glasgow el evento en la librería pasó casi desapercibido. También llovió.

En el tren Lennie me contó que en sus años en la universidad había estado a punto de ahogarse mientras descendía los rápidos del remolino del Niágara en una gigantesca balsa de goma. Era un recorrido turístico de prueba, había llovido mucho, y se habían abierto las compuertas de las cataratas para bajar el nivel del agua del lago Erie, algo que los operadores turísticos ignoraban. Los rápidos fluían al doble de su velocidad habitual, y la balsa volcó: cuatro personas quedaron atrapadas debajo y murieron ahogadas. Lennie salió despedida y se encontró girando bajo el agua. «Me niego a morir de una forma tan estúpida», se dijo a sí misma. Sacando fuerzas de flaqueza, consiguió llegar a la orilla, maltrecha y cubierta de sangre, y se arrastró hasta una playa. Una pareja de mediana edad paseaba a su perro.

—Perdonen —dijo Lennie—, ¿éste es el lado canadiense o el estadounidense?

Lo que más le preocupaba era que no llevaba encima su pasaporte. ¿Cómo iba a volver a casa?

—El canadiense —respondió la pareja, y siguió paseando al perro.

¡Canadienses! Siempre tan formales. Con permiso de Lennie, convertí toda la historia en un relato breve que titulé «The Whirlpool Rapids». Es toda cierta.

En uno de nuestros viajes por el Caribe fuimos a Trinidad, donde se halla el Centro de Naturaleza Asa Wright, famoso entre los observadores de aves. Divisamos multitud de colibríes, y el campanero barbudo, y pudimos atisbar el baile de los saltarines barbiblancos en sus zonas de cortejo. Jess, que acababa de cumplir cuatro años, nos acompañaba. Los conocimientos ornitológicos de Graeme pronto superaron a los míos, ya que los niños pequeños tienen una conocida intolerancia a quedarse quietos, sobre todo cuando los mayores están observando con prismáticos unas pequeñas cositas marrones invisibles a simple vista. («¿Dónde está?» «En aquella rama, no tiene pérdida.» «¿Qué rama?» «Aquélla, justo la que tienes delante.» «Tengo veinte ramas justo delante...» Si ese tipo de cosas ocurren entre adultos, imagina lo frustrante que resulta para un niño.) Así que Graeme se iba a observar aves, y yo me dedicaba a las actividades infantiles.

Pero había una experiencia de observación de aves que sí podíamos disfrutar en familia —sin vadear pantanos, sin arañazos de arbustos, sin niguas ni hiedra venenosa, y con pájaros lo bastante grandes y coloridos como para que un niño pequeño participe—: el paseo vespertino en barca por el río Caroni, bordeado de mangles, en el pantano y santuario de aves homónimo. Cuando cae la tarde, cientos y cientos de ibis escarlata vienen volando para posarse en las islas de una gran laguna, con el sol poniente iluminándolas como adornos de un árbol de Navidad. Es un espectáculo sobrecogedor, y si un día tienes la oportunidad de presenciarlo, lo recordarás el resto de tu vida. Eso sí, siempre y cuando sobrevivas al viaje. Una posibilidad que se puso en duda poco después de partir.

Hoy no ocurriría tal cosa: volvimos después varias veces, y los barcos de hoy en día son sólidos, de metal o fibra de vidrio, y más que aptos para navegar. Pero en aquella época los barcos eran largos, bajos y de madera, y

el nuestro además era bastante viejo. A los diez minutos de zarpar chocamos con un tronco sumergido, y la embarcación semipodrida empezó a hacer agua.

Más que una filtración, era un agujero. No es que el barco rezumara agua, sino que ésta salía a borbotones. El piloto de la embarcación no quiso retroceder, calculando que podíamos llegar, observar los ibis escarlata y volver antes de que sus pasajeros se hundiesen hasta las axilas en el agua del pantano de Caroni. Puede que se mojaran las piernas, pero el barco seguiría a flote y él cobraría sus honorarios. Nosotros no éramos tan optimistas sobre la posibilidad de un regreso seguro. Graeme y yo nos lanzamos a achicar agua usando latas de refresco, pero no podíamos sacarla al mismo ritmo al que entraba. Empezaba a dar igual si era preferible continuar o dar media vuelta: seguramente nos hundiríamos de todos modos.

Entonces, una de nuestras compañeras de viaje se ofreció voluntaria. Era una mujer menonita jovial y corpulenta; dijo que se sentaría sobre el agujero, tapándolo con su trasero. Así lo hizo, y la brecha quedó temporalmente cerrada. Siguió sentada sobre el agujero de la barca durante el avistamiento de los ibis escarlata (que resultó tan espectacular como esperábamos) y luego durante todo el camino de regreso al embarcadero, mientras el río iba sumiéndose en la oscuridad. La mujer (o al menos una parte de ella) debió de pasar bastante frío. Eso era llevar a un nuevo nivel los ideales menonitas de servicio a la comunidad. Una vez que llegamos al embarcadero, ayudamos a nuestra rescatadora a salir de la barca, chorreando por detrás. Le dimos las gracias y la aplaudimos. «¡Qué mujer!», exclamó Graeme con entusiasmo.

Aquélla era una de sus mayores formas de elogio.

En febrero de 1981 las redadas de los baños públicos conmocionaron a la ciudad de Toronto. Por entonces la actividad gay aún era ilegal, así que a la policía de Toronto no se le ocurrió otra cosa que irrumpir de manera simultánea en cuatro baños públicos y llevarse detenidos a cuantos hombres desnudos encontró dentro. Hubo una gran manifestación de protesta; quizá los torontonianos hacían suyas por fin las palabras que había pronunciado Pierre Trudeau en la década de 1960: «No hay lugar para el Estado en los dormitorios de la nación.» Tal como yo lo veo, éste era un tema de derechos civiles. Cuando la gente habla del «imperio de la ley», olvida añadir que las leyes deben ser justas y equitativas. Las leyes de Núremberg que promulgó Hitler no dejaban de ser leyes; los simulacros de juicio orquestados por Stalin no dejaban de ser juicios. Pero ni lo uno ni lo otro fue justo ni equitativo, como tampoco lo eran las leyes antigay que permitían al Estado violar espacios privados y consensuales. A instancias de Charlie Pachter y el fantasma del poema sobre la Revolución húngara que escribí en secundaria en 1956, presté oídos a esa voz interior de Amnistía Internacional que llevaba dentro desde hacía largo tiempo y hablé en la manifestación.

A menudo vienen a pedirme que apoye Causas Justas. Eso les ocurre a los escritores en todas partes, por dos razones. Para empezar, no puedes escribir una novela sobre las gentes de una sociedad sin dejar constancia de los grados de desigualdad presentes en ella. Y en segundo término, si eres un escritor independiente, nadie puede despedirte; tienes una libertad de expresión de la que no disponen quienes responden ante un patrón. Por ese mismo motivo, los escritores también suelen contarse entre los primeros encarcelados, exiliados o asesinados por los regímenes represivos: simplemente resultan demasiado gruñones y bocazas.

Así que ahí estaba yo, en la manifestación contra las redadas en los baños públicos. «¿Qué tiene la policía contra la higiene?», pregunté. Nada como una ingenua heterosexual formulando una sencilla pregunta.

A finales de la primavera de 1983 llevamos a mis ya no tan jóvenes padres, Margaret y Carl, a las Galápagos. Jess tenía entonces siete años; Carl, setenta y siete. Mis padres necesitaron muchos parches de escopolamina para no marearse en el barco. El viaje lo había organizado Marylee Stephenson, la dueña de *Toric*, el perro al que habíamos estado cuidando en la granja. Marylee era una apasionada pajarera y fotógrafa de la naturaleza, y habíamos ido a menudo a observar aves con ella. Aparece representada, vía personaje interpuesto, en un relato mío titulado «En busca de la orquídea».

El barco era un pequeño motovelero en el que sólo viajábamos doce invitados. Los camarotes eran diminutos y calurosos, y Graeme optó por dormir en la mesa de mapas del piso de arriba, donde hacía más fresco. El guía era un tipo mágico llamado Pépé Salcedo, que lo sabía todo, y que llevó a nuestra hija a nadar alrededor de un arrecife de coral y le abrió un erizo de mar, además de hacer aparecer bancos de peces tropicales a su paso.

Fue en las Galápagos donde Darwin tuvo su gran visión de la evolución adaptativa. Las diversas especies de pinzones de las Galápagos (los «pinzones de Darwin») tenían cada una un pico específicamente adaptado a lo que comían. Carl estaba en una nube: los pies de Darwin debieron de pisar aquella misma playa. Los pájaros eran mansos, y se posaban en la de cabeza Carl. Aún se sintió más extasiado cuando, de regreso en el continente, en Ecuador, vimos un bosque nuboso a medio camino de Quito,

lleno de enormes mariposas morfo de color azul y gigantescos saltamontes longicornios. Y en lo referente a los escarabajos, Carl no salía de su asombro. «Nunca pensé que vería algo así», decía cada vez que aparecía ante nuestros ojos un nuevo tesoro. Mientras, mi madre brincaba tan contenta por la parte superior de una cascada: se lo estaba pasando en grande. Aquel viaje era la prueba de que aún conservaba parte de su energía.

De pronto, una inquietante nota de advertencia:

—Deberías vigilar a tu padre —me dijo Pépé—. Hay algo que no va bien del todo.

—Quizá sean los parches contra el mareo —sugerí.

—No. Es más que eso.

Aquel verano, en el lago, reconstruimos el embarcadero: se encargaron de ello mi hermano y Graeme, con Carl supervisando la operación. También estaba allí un cineasta australiano llamado Michael Rubbo, que me había convencido para que le dejara hacer un documental sobre mí. Para engatusarme, me había dicho tres cosas: 1) no será la típica película sobre un escritor (ahí está mi máquina de escribir, ahí estoy yo fumando en pipa, ahí está mi biblioteca...); 2) si me dejas hacer la película, nadie volverá a pedírtelo en mucho tiempo; 3) te gustará tener el metraje de tus padres... más adelante. Las tres cosas se cumplieron.

Resulté ser un tema frustrante para Michael. Quería que los llevara a él, a su ayudante de dirección y su pesado equipo en una excursión en canoa, que él filmaría. Un plan más bien discutible: no sólo porque los bosques canadienses le parecían «escalofriantes», sino porque además tampoco había remado nunca.

—Michael, no —le dije—. No sobrevivirás.

Además, él tenía la idea de que todas las crisis de mis novelas provenían de traumas infantiles, o bien de mi oscuro y profundo inconsciente freudiano. Le hablé de la historia que había tras cada novela, de las observaciones de la vida real y de las condiciones sociales que entrañaba, aunque no sirvió de nada. No quería creerlo.

—Vale —le dije al final—. Si por ti fuera, ¿qué te gustaría?

—Que tuvieras una crisis nerviosa y empezaras a dar gritos —me respondió—. Así podría filmarlo.

—No es probable que eso ocurra —le dije yo.

Cuando Michael terminó de filmar, le dio por hacer un pequeño baile a modo de celebración en el bosque, y se golpeó el pie contra un árbol.

—¡Me he roto el tobillo! —gritó.

—Ve al extremo del embarcadero y mete el pie en el agua —le indicó Graeme—. Allí se está más fresco.

—Eso no es verdad —le dije a Graeme, mientras Michael se alejaba cojeando obedientemente.

—Ya lo sé. Sólo quería ver si podía andar.

Fuera como fuese, ahí está mi madre en *Once in August*, haciendo una tarta de manzana como solía. Nunca fui consciente del fuerte acento del valle de Annapolis que tenía hasta que la vi en la película.

MARÍA, REINA DE ESCOCIA, SABOTEA MI NOVELA

Graeme y yo queríamos tomarnos un tiempo para escribir en algún lugar de Inglaterra que también fuera importante en el ámbito de la observación de aves. Tras investigar un poco, nos decidimos por la costa norte de Norfolk,

donde había marismas, pantanos, puestos de observación y aves que el viento del mar del Norte traía directamente desde Siberia.

Pero ¿cómo encontrar una casa en alquiler? «Pregúntale a Xandra», me dijo Liz Calder, mi editora en Jonathan Cape. «Tiene una antigua casa parroquial en Norfolk.»

Xandra Bingley era lectora de Cape: leía los manuscritos que llegaban a la editorial, los evaluaba y luego hacía la recomendación pertinente, como uno de los monologuistas de su propia colección de relatos, *Strangers Who Talk*. Tenía lo que los marchantes de arte llamarían «buen ojo», que en el mundo editorial se traduce a veces como «buen olfato». Xandra nos invitó a alojarnos en su antigua vicaría de Norfolk y nos ayudó a encontrar otra para nosotros. También me ayudó a conseguir una máquina de escribir de segunda mano, en la que a veces se atascaba la letra *L*, dando lugar a frases de lo más curioso. (Otras veces era la *N*.)

Xandra había crecido durante la guerra en una granja aristocrática, con una madre aficionada a los caballos. («Creía que yo era un poni y que se me podía adiestrar como tal.») Era ingeniosa, amable y servicial, pero con un toque de... no lo llamaré «extravagancia»; digamos «originalidad». En su juventud había trabajado para el MI5, la inteligencia británica, en un puesto administrativo, aunque la habían entrenado a la manera de la organización. («Puedo matar con los pulgares.») En los años sesenta llevaba botas gogó blancas y tuvo un breve *affaire* con Henry Kissinger. Luego se había casado con el vástago de una familia de la nobleza británica que escribía poesía. El matrimonio no había durado.

La antigua vicaría que alquilamos había sido en el siglo XIV un hospital de leprosos regentado por monjas, aunque sólo quedaban fragmentos del edificio original. Estaba en la aldea costera de Blakeney, cerca de Cley, cuyo nombre al parecer se pronunciaba «Clay» o «Cliy» según fuera tu

clase social (pero ¿a cuál correspondía cada caso?). Como nosotros éramos canadienses, no teníamos clase social, y podíamos hablar con cualquiera sin que nos tacharan de esnobs pretenciosos o de lumpenproletarios. Blakeney había sido durante siglos un próspero puerto ligado al comercio a través del canal de la Mancha, pero el comercio había decaído y el río se había llenado de sedimentos. Ahora la iglesia resultaba excesiva para el tamaño de la población. Nuestra vicaría tenía una sala de estar, un comedor en el que nunca comimos, una cocina y varios dormitorios. La casa era fría —cuando soplaba el viento del mar del Norte las alfombras ondulaban, aun con las ventanas cerradas—, y, según los lugareños, también estaba encantada. Se decía que había una mujer sin cabeza en la cocina, unas monjas en el salón y un alegre caballero en el comedor. La casa pertenecía a un auténtico vicario que vivía en Londres, y tuvimos ocasión de preguntarle por los fantasmas. «¡Ja, ja!» Rió. «¿Ya les han venido los del pueblo con sus historias?»

Añadió que él no daba ninguna importancia a lo de la mujer sin cabeza, ya que sólo la había visto un estadounidense que andaba buscando a sus antepasados, «y ya saben cómo son». No tenía opinión formada sobre el alegre caballero, pero su madre había visto una vez a las monjas en el salón. Graeme decía que él «casi» las vio, que sintió que iban a hacerse visibles en cualquier momento.

Sí que recibimos de hecho la visita de un alegre caballero. Había salido del pub cercano para hacer sus necesidades entre los arbustos, se había perdido y se había encontrado en nuestro comedor. Le aclaramos las cosas, y desapareció tambaleándose en la noche.

También alquilamos una casita de pescadores de piedra (de dos plantas, con dos habitaciones en cada una) para utilizarla como mi espacio de escritura. Tenía un suelo de losa que siempre estaba frío. La calefacción

venía de los fogones de la cocina y de una pequeña chimenea ubicada en el cuarto donde yo escribía; se suponía que se alimentaba con una mezcla de leña empapada y carbón, pero nunca llegué a cogerle el tranquillo. Me sentaba a escribir con un montón de jerséis y los pies en el suelo, aporreando la máquina para desatascar la *L* o la *N*. Luego volvía corriendo a la vicaría a tiempo para la diversión extracurricular y apoyaba los pies en la base de la chimenea, donde Graeme tenía encendido un alegre fuego. Me salieron sabañones en los dedos de los pies. Eso es lo que pasa cuando tienes los pies muy fríos y se calientan demasiado rápido, lo que hace que los capilares se revienten. Los dedos te pican mucho y se ponen morados. Ayuda ponerse Vicks VapoRub.

Andaba por entonces con una novela entre manos. Tenía demasiados personajes y abarcaba demasiadas épocas, y además no acababa de dominar del todo la trama, así que empecé a dedicar cada vez menos tiempo a trabajar en ella, y más a leer novelas históricas que me dejaban los veraneantes. El personaje de María, reina de Escocia, entrañaba para mí una fascinación inagotable. ¿Sabías que, cuando le cortaron la cabeza y el verdugo intentó levantarla para exhibirla, se le desprendió la peluca roja? ¿Y que su perrito corrió a meterse bajo las faldas del cadáver y no quería salir? Curiosamente, los escritores románticos nunca incluyeron tales detalles. Luego estaba *Gay Lord Robert*, de Jean Plaidy, que tenía como protagonista a Robert Dudley, conde de Leicester, uno de los favoritos de la reina Isabel I de Inglaterra. Es posible que Robert hiciera empujar escaleras abajo a su esposa Amy para poder casarse con la reina; pero, si ése era el plan, no salió bien. Mientras tanto, Graeme tenía problemas similares con su propia novela. Debían de ser los espíritus de las monjas.

Aparte de no escribir, dedicamos mucho tiempo a la observación de aves. Con la marea baja se extendían hacia el Atlántico Norte vastas marismas de duro cieno, y a través de ellas fluían pequeños riachuelos que el agua del mar formaba guiada por la gravedad. Una mañana íbamos caminando los tres por las marismas con nuestras botas de goma (las botas de agua de color verde tan apreciadas por los ingleses) cuando llegamos a uno de aquellos riachuelos. Las botas de Graeme eran lo bastante altas para poder vadearlo, pero las de Jess y las mías no, así que nos llevó a ambas a cuestas.

Un solitario observador de aves inglés contemplaba la escena. «¡Bueno, supongo que los hombres aún servimos para algo!», dijo con voz huraña.

A las pocas semanas recibí un mensaje para que llamara a casa. Mi padre había sufrido un derrame cerebral cuando entraba en la autopista 401 desde la rampa de acceso de Avenue Road. El coche había atravesado seis carriles antes de chocar contra el guardarraíl. Mis padres se habían quedado allí sentados; mi padre aturdido, y mi madre frenética: ella no sabía conducir y no tenían forma de pedir ayuda. Por suerte, un amable joven acudió al rescate, y de algún modo logró pedir una ambulancia. Creían que el derrame no había sido muy grave, pero quizá no fuera el primero. ¿Era posible que ya hubiese estado sufriendo pequeños derrames durante nuestro viaje a las Galápagos? Parecía probable.

Me enteré de todo esto plantada en un frío teléfono público cerca de nuestra casa de Blakeney. El propietario le había puesto un candado al teléfono: podías recibir llamadas gratis, pero no hacerlas. Alguien utilizaba la cabina telefónica para almacenar patatas, así que tuve que trepar por encima de ellas para introducir las monedas.

Varios días después pude hablar con mi padre. Por lo visto le habían examinado el cerebro. «No hay nada ahí dentro», dijo. Soltó una carcajada. Parecía estar bien; aunque, como sucede a menudo con este tipo de cosas, nunca volvería a estar tan bien como antes.

Mi hermano, el neurofisiólogo, que estaba adscrito al Hospital General de Toronto, me dijo:

—Conozco a los tipos del cerebro, así que, si alguna vez le pasa algo al tuyo, llámame a mí primero.

—Si alguna vez le pasa algo a mi cerebro —le respondí—, no seré capaz de acordarme de llamarte antes a ti.

30

El cuento de la criada

A principios de 1984 mi diario me muestra a mí misma oscilando entre la fe en la novela que estaba escribiendo —con el título provisional de «Excéntricos mayas»— y la confusión al respecto. Ya había intentado llevar un diario antes, pero no se me daba bien. ¿Para qué servía un diario?, me preguntaba. Si se trataba de mis pensamientos y emociones más íntimos, mejor que no quedaran registrados. Y dejar constancia de épocas trascendentales o peligrosas, como la peste negra o las purgas de Stalin, puede que resultara útil para los historiadores más adelante, pero no para quien lo escribe: tales relatos suelen interrumpirse a mitad de frase cuando su autor sucumbe a los microbios o lo detiene el KGB. Los diarios de prisión no carecen de interés, pero yo no estaba en la cárcel. ¿Vida cotidiana? «Salí a dar un paseo.» ¿Por qué iba a querer inmortalizar eso?

Aun así, en Blakeney empecé a llevar un registro para animarme a mí misma mientras escribía la novela. Contaba las páginas: «Tres escritas, dos mecanografiadas, cinco desechadas», etcétera. Primero escribía varias páginas en mi cursiva semilegible, y luego mecanografiaba lo que había escrito, intentando descifrar mis propios garabatos. Guardaba mi lista de páginas en la parte de atrás del diario, mientras utilizaba la de delante para anotar detalles de la vida cotidiana. Por ejemplo, nuestra visita a Black

Sheep, unos grandes almacenes consagrados a la lana, donde compramos un disco de ovejas cantando «Bee, Bee, Ovee-ja Negra», que en la cara B incluía la parte final de la *Obertura 1812* interpretada con cacareos de gallinas y mugidos de vacas. También dejaba constancia de accidentes menores (todos cogimos lombrices intestinales) e interacciones con fantasmas. Al menos uno de nuestros numerosos visitantes tuvo una experiencia aterradora en una cripta.

En febrero ya tenía escritas más de doscientas páginas. También tenía el pálpito de que no hacía más que dar palos de ciego. Ya había vivido antes esa misma experiencia con la desesperante *La cabaña de la naturaleza*: arrastrar la piedra rodando colina arriba, correr tras ella mientras se precipita colina abajo, volver a arrastrarla de nuevo. Un trabajo laborioso, pero que no llevaba a ninguna parte. En los cuentos populares no faltaban este tipo de tareas: acarrear agua del pozo en una bota con un agujero, adivinar los nombres de unos extraños hombrecillos traviesos... aunque eso también puede ocurrir en la vida real. Mi recelo hacia mi propia novela iba en aumento. Otra asomaba ahora para reemplazar el desaguisado con el que me había estado machacando durante tanto tiempo.

«¿Quién soy?», preguntaba el nuevo libro.

En efecto, ¿quién?

Como ya he dicho, hay dos antiguos dioses griegos relacionados con el arte: Apolo, al que invocas para que te ayude con la armonía, la belleza y el dominio de la lira; y Hermes, el embaucador, patrón de los ladrones, revelador de secretos y abridor de puertas. Es a Hermes a quien invocas cuando te has dado de cabeza contra un muro de piedra. Sacrifiqué un

huevo. No me defraudó. La puerta oculta giró hacia dentro, revelando un misterio encerrado en un enigma.

—¿En serio? —inquirí a la cautelosa deidad de pies alados.

—Tú has preguntado —me dijo sonriendo ambiguamente—. Ésa es la respuesta.

—¿No pensará la gente que estoy mal de la cabeza?

—Ya lo piensa de todos modos. No le des más vueltas.

La novela por la que me decanté era una que había estado considerando de forma intermitente desde 1981. Había hecho un primer intento en mi cuarto de escritura de la avenida Manning, pero la había aparcado porque me parecía demasiado rara, incluso para mí. ¿Un futuro Estados Unidos convertido en una teocracia totalitaria? Imposible. Sin embargo, de algún modo la idea del libro se había quedado ahí.

Al principio se titulaba *Defred* (*Offred*, en inglés). Es el nombre que le dan a mi protagonista cuando se alista a la fuerza en las filas de las Criadas: mujeres fértiles, divorciadas y, por tanto, pecadoras en un sentido bíblico, asignadas a hombres mayores de la élite con el fin de darles hijos a ellos y a sus esposas, tal como hacen las criadas de Raquel y Lea en la Biblia. A Defred le cambian el nombre al asignarla a un Comandante llamado Fred (aquí «Comandante» tiene un sentido similar al del título religioso de «comendador de los creyentes»). En ningún momento se nos dice cuál es su auténtico nombre, aunque más adelante los lectores y los guionistas de la serie de televisión decidirían que se llama June, porque de todos los nombres que susurran las Criadas en el primer capítulo, «June» es el único que no vuelve a salir en el libro. En cualquier caso, estoy contenta con la elección de los lectores: tiene sentido.

Llegué al nombre de Defred (Offred) escribiendo un montón de nombres de pila masculinos y anteponiéndoles el prefijo «de» (*of* en inglés). Hay varios idiomas en los que los apellidos se forman de manera similar: por ejemplo, en algunos se añade el sufijo *son* («hijo»), como en «Anderson»; en otros se antepone *De*, *Von* o *Van*, lo que puede hacer referencia a un nombre o a una familia, y a menudo guarda relación con la nobleza; también están *Mac* y *Fitz*, que significan «hijo de». Tales prefijos y sufijos denotan ascendencia por línea masculina.

Pero «de» tiene más significados: puede aludir al lugar donde naciste o de donde procedes, o de quién eres. En «Defred» se trata básicamente de esto último: una Criada es propiedad temporal del hombre cuya descendencia se espera que engendre. Y en este caso, a diferencia de otras opciones como *Ofbob*, *Ofarthur* u *Ofkevin*, al inglés *Offred* sólo le falta una *e* para convertirse en *offered*, participio de «ofrecer», ligado (en el contexto bíblico y en otros) a las ofrendas hechas a las deidades, incluidos los sacrificios animales y humanos: «Cuando alguno de vosotros hace ofrenda a Jehová...»

A diferencia de mí, Defred está muy interesada en llevar un diario. Escribe su diario en un lugar seguro, que puede ser temporal o no, y lo esconde por si la persiguen o la descubren. Es un diario de prisión y —como en los relatos de la peste negra— un registro de una catástrofe masiva vivida por una persona. Como el diario de Robinson Crusoe, constituye asimismo una descripción de las rutinas cotidianas. También tiene algo en común con los textos *samizdat* que se introducían de manera clandestina en Occidente durante la Guerra Fría, una literatura que no podía publicarse oficialmente, pero que pasaba en privado de mano en mano, como con el *Kaputt* de Malaparte, por ejemplo, que sin duda habría causado problemas a su autor de haber sido interceptado. En algún lugar de mi mente también

pensaba en los mensajeros de Job, que acuden corriendo a él para informarle de que sus riquezas han sido destruidas y todos sus hijos han sido asesinados: «Sólo yo escapé para darte la noticia.» Para que una historia sobreviva, debe pasar a otro narrador. Ahí es donde entran en juego la prohibición y la quema de libros: rompen la cadena.

Defred está enviando un mensaje al futuro, pero ¿quién lo leerá?, y ¿le resultará inteligible? Supongo que algunos de esos mismos modelos y cuestiones le rondaban por la cabeza a George Orwell en los años cuarenta, mientras creaba al Winston Smith de *1984*, tan tentado por el papel crema y la pluma y la tinta hasta el punto de sumirse en su escritura autodestructiva. «¿Para quién será?», se pregunta. Si es para el presente, nadie podrá leerlo, y si es para el futuro, nadie lo entenderá. Luego está el relato de su vida y su época escrito por el emperador Claudio de Robert Graves en su saga de dos volúmenes de la década de 1930: *Yo, Claudio*, y *Claudio el dios y su esposa Mesalina*. Claudio quiere dejar constancia de la verdad de lo que ocurría realmente en las primeras décadas del Imperio romano: alguien debería saber por fin cuán horribles personas eran sus parientes. Él es consciente de que existe un alto riesgo de que su voz de papel *post mortem* sea destruida, o de que nunca lleguen a encontrarla; pero es el riesgo que corren quienes escriben estos diarios, y también Defred.

HISTORIA SOBRE EL ORIGEN N.º 1

En repetidas ocasiones —sobre todo desde las elecciones estadounidenses de 2016 y 2024—, me han preguntado cómo se me ocurrió una idea tan inconcebible... aunque la idea se ha ido haciendo menos inconcebible por momentos.

Un día de 1981, poco después de la elección de Reagan en 1980, cuando ya vivíamos en Sullivan Street, celebramos una fiesta en casa a la que acudió Eve Zaremba, aquella vieja amiga de Graeme. Por entonces ella formaba parte del colectivo feminista que editaba la revista *Broadside*, de modo que estaba muy atenta a todo lo relacionado con la situación de las mujeres. Su atención se había intensificado especialmente desde que escapó de Polonia durante la toma del poder de los nazis y presenció los efectos del gobierno soviético del telón de acero en dicho país. En un momento en que ambas estábamos junto a la mesa del comedor, me preguntó si sabía que en Estados Unidos la derecha religiosa estaba en auge como fuerza política, y si era consciente de que pretendían empujar a todas las mujeres de vuelta al «hogar»; tenerlas descalzas y embarazadas en la cocina.

«¿Y cómo pretender embutirlas ahí?», reflexioné. «¿Ahora que las mujeres tienen su propio trabajo y su propio dinero?» Respuesta sencilla: quitándoles el trabajo y el dinero.

HISTORIA SOBRE EL ORIGEN N.º 2

Nunca había escrito una novela de ciencia ficción ni de ficción especulativa. ¿Cuál es la diferencia entre ambas? El abuelo de la ciencia ficción es H. G. Wells, con sus alienígenas marcianos caníbales de enormes cerebros invadiendo la Tierra; una hipótesis muy poco probable. El abuelo de la ficción especulativa es Julio Verne, con sus submarinos y sus viajes en globo alrededor del mundo, cosas que en su época se consideraban sumamente posibles. También *1984* es sumamente posible. Como lo es *El cuento de la criada*. Ambas son ficciones especulativas.

Yo había leído un montón de textos sobre utopías, literarias y reales, anteriores al siglo XIX y escritos a lo largo de éste, cuando la gente pensaba que el mundo podía mejorarse mucho con nuevas tecnologías y sistemas de gobierno. También había leído un montón de textos sobre distopías escritos en el siglo XX, en el que «utópico» se había convertido en un término peyorativo. Las utopías habían pasado de moda tras la Primera Guerra Mundial y las matanzas en las trincheras, y sobre todo después de la Segunda, que había matado a más gente aún, y en la que dos de los principales combatientes, Alemania y la Unión Soviética, eran utopías que se habían ido a pique.

Yo era una adolescente en los años cincuenta, la edad de oro de Ray Bradbury, John Wyndham, *La muerte de la hierba* de John Christopher, y otros. Había leído *1984* en una versión barata de bolsillo con mucho escote en la cubierta. Había leído *Yo, robot*. Incluso había leído *La isla de los pingüinos* de Anatole France. El caso es que conocía el género, y también sus escollos. En mi librito sobre la ciencia ficción y la ficción especulativa titulado *In Other Worlds* he afirmado que las utopías y las distopías van siempre de la mano: toda utopía alberga una pequeña distopía: el espantoso estado de la sociedad antes de la implantación de la utopía, el espantoso estado en el que podría recaer, el estatus de exiliado o de no viviente de quienes discrepan del régimen... Y toda distopía alberga una pequeña utopía: un pasado que se recuerda como dorado, un rincón o una puerta por donde es posible escapar... Denomino «ustopía» a este género bifronte.

Lo característico de la ustopía es un período de caos que ha permitido hacerse con el poder a una administración fuerte y capaz de asumir el mando. Suele haber una narración incrustada que explica cómo se ha llegado al actual estado de las cosas, y también el pensamiento subyacente. Pero sobre todo, una ustopía, como cualquier otra ficción, debe ser

coherente con sus propios axiomas: «A» no puede ser a la vez ella misma (por ejemplo, un mundo de repollos parlantes) y «No A» (un mundo en el que todos los repollos son simplemente ensalada de repollo en bruto). ¿Estaría yo a la altura de tales desafíos?, me preguntaba.

HISTORIA SOBRE EL ORIGEN N.º 3

Anteriormente, en el capítulo titulado «*El cuento de la criada*, la precuela», mencionaba a Perry Miller y su curso sobre la teocracia puritana del siglo XVII en Nueva Inglaterra. A ello añado: *Ex nihilo nihil fit*, nada procede de la nada. El pensamiento teocrático puritano no desapareció del todo durante la Ilustración del siglo XVIII. Ninguna nación surge de cero: cuando querían construir una pirámide más grande, los aztecas y los mayas no derribaban la que había, sino que construían la nueva encima; los zares rusos contaban con una extensa red de policía secreta, y, tras la revolución, la Unión Soviética se limitó a mejorarla; y la lista podría seguir.

Así que, en respuesta a la pregunta que me formulé: si Estados Unidos fuera una dictadura totalitaria, ¿qué forma adoptaría?, ¿qué bandera ondearía?, decidí que sería una teocracia supuestamente cristiana, con la Biblia alterada y citada de modo que se adaptara a los fines del régimen. Añado que la esencia del cristianismo no tiene nada que ver con la Gilead de *El cuento de la criada*: ni hablar de amar al prójimo como a uno mismo, ni hablar de tratar a los demás como te gustaría que te trataran, ni hablar de que el reino de Dios está dentro de ti. Sólo simple y llanamente hambre de poder y represión farisaicas.

A finales de marzo de 1984 nos trasladamos de la fría casa parroquial de Blakeney a Berlín Occidental. Me habían invitado a acudir allí con una beca del DAAD, el Deutscher Akademischer Austauschdienst, o Servicio Alemán de Intercambio Académico para personas de otros países. Nosotros sospechábamos que su objetivo era seducir a académicos y artistas para que se trasladaran a vivir en Berlín Occidental, donde la gente se sentía aislada. Por entonces había montones de pisos vacíos, no había mucha gente que quisiera vivir allí: parecía un lugar demasiado precario, rodeado como estaba por el impenetrable Muro de Alemania Oriental. Todos los domingos las Fuerzas Aéreas germano-orientales producían estampidos sónicos, para hacernos saber que estaban en guardia.

Había un número desproporcionado de ancianas airadas, sin duda supervivientes de esposos fallecidos, y también de las violaciones masivas que se habían producido cuando los rusos irrumpieron en Berlín al final de la Segunda Guerra Mundial. (La guerra permite la violación masiva —demasiada tentación, ninguna restricción legal que pueda imponerse en la práctica, y, en cualquier caso, el objetivo es el enemigo—, pero la brutalidad rusa fue premeditada y extrema: se violaba a cualquier tipo de mujer, incluidas niñas pequeñas y abuelas; y además muchas de ellas fueron asesinadas.) En Berlín Occidental también había un número desproporcionado de hombres jóvenes, dado que allí no había servicio militar obligatorio. Pero, en cambio, había muy pocas familias jóvenes. Así pues, el DAAD tenía mucho donde elegir a la hora de seleccionar los alojamientos para sus artistas invitados.

A nosotros nos asignaron un apartamento en un segundo piso cerca del centro, en Helmstedter Straße. La calle había sufrido bombardeos, de manera que en ella se alternaban las viviendas nuevas y viejas. Nuestro piso estaba en uno de los bloques más antiguos. Cuando vi la película *M, el*

vampiro de Düsseldorf, de Fritz Lang, protagonizada por Peter Lorre en el papel de un asesino de niños, reconocí de inmediato el lugar en el que la angustiada madre espera a su pequeña: está en el balcón trasero, que se usa para tender la colada. Nuestro apartamento tenía uno idéntico. También teníamos una sala de estar, un comedor, una cocina, un dormitorio pequeño y otro más grande, y otra pequeña estancia que quizá hubiese albergado en su día a una criada. En la sala de estar había una gran caja fuerte de metal. ¿Quiénes habían vivido en aquel piso antes de la guerra? ¿Qué guardaban en la caja fuerte?

Alquilé una máquina de escribir eléctrica con teclado alemán, lo cual no supuso un impedimento mayor de lo que lo habría sido si yo hubiera estado acostumbrada a mecanografiar al tacto. Trabajaba en la mesa del comedor cuando no la utilizábamos como tal. *Offred* —que pronto se convertiría en *El cuento de la criada*— empezaba a gestarse vagamente. Hasta ahora sólo era un presagio: una posibilidad de una posibilidad.

Exploramos la ciudad, fuimos a los museos, visitamos las galerías de arte... Jess y yo nos hicimos perforar las orejas: ella llevaba tiempo dando la lata con el tema, y yo le había dicho que no podría hacérselo hasta que fuera consciente de que le iba a doler (y, por tanto, nada de quejas) y de que tendría que ocuparse ella de cuidarse los piercings. Yo me lo hice al mismo tiempo para poder calibrar el nivel de dolor. Fuimos a KaDeWe (los mayores grandes almacenes de la ciudad), y allí nos engrapó las orejas una enorme valquiria rubia. Dolió mucho. Ninguna de las dos nos quejamos.

Por entonces yo estaba leyendo la novela *Mefisto*, de Klaus Mann —sobre el ascenso al poder de los nazis—, y repasando mi alemán con la ayuda de una estricta tutora: «¡Eso lo oirás en la calle, pero no lo digas! ¡Está mal!» Sin embargo, yo quería saber más que nada lo que se decía en la calle. Así que copiaba anuncios de los trenes subterráneos del U-Bahn y

palabras que me resultaban extrañas (como *fußpilz*, literalmente «seta del pie», pero que en realidad significa «pie de atleta»), y conseguía que ella me ayudara a traducirlas. Jess aprendió muy pronto alemán, ya que los niños son como esponjas para las lenguas extranjeras, y yo la enviaba de compras con Graeme para que pudiera traducir. Aquello le vendría muy bien cuando más tarde se pusiera a estudiar alemán en serio.

¿Quién podría resistirse a echar un vistazo o dos, o tres, detrás del telón de acero? Nosotros no. Siendo canadienses, para nosotros fue fácil ir a Berlín Este, pero no lo era para los alemanes. Cogimos el S-Bahn, pasamos por varias estaciones de metro cerradas, y sufrimos los gruñidos de los ariscos guardias germano-orientales en la frontera, donde nos vimos obligados a cambiar moneda occidental por marcos de Alemania Oriental, que no podían volver a cambiarse. No había nada en lo que pudiéramos gastar nuestro dinero oriental excepto en helados (peculiares), chocolate (asqueroso) y obras de Marx y Lenin. Los berlineses orientales solían poner de su parte cuando les preguntabas cómo llegar a un determinado lugar, pero por lo demás mantenían las distancias, y no era para menos: hoy sabemos que una de cada cincuenta personas era un espía dispuesto a delatar a sus vecinos, por lo que relacionarse con occidentales podía ser peligroso para su salud. En cambio, para los *ossis* (orientales) no suponía un riesgo hablar con los niños, razón por la cual nuestra hija fue objeto de numerosas sonrisas y pellizcos en la mejilla: *«Ach, die kleine Engel! Wie süß!»* («¡Ay, el angelito! ¡Qué mona!») Eran mucho más amables con los niños en Berlín Este que en la zona Oeste, donde las ancianas airadas tendían a apartarlos a empujones.

La embajada canadiense nos invitó a viajar a Checoslovaquia en un intercambio cultural. Nos alojamos en un «buen» hotel. Cuando nos mostraba la habitación, el botones nos hizo un gesto indicando silencio —se llevó el dedo a los labios— y señaló la lámpara de araña, lo que significaba que tenía un micrófono. Luego nos hizo señas para que nos acercáramos al pasillo. «¿Quieren cambiar moneda?», susurró.

En Praga, Graeme fue en pos de Franz Kafka, cuya obra había prohibido el régimen: con sus gobiernos absurdos, y sus castigos brutales y arbitrarios, Kafka se acercaba peligrosamente a la realidad. Si mencionábamos su nombre, la gente salía corriendo. Se rumoreaba que había un joven que aparecía por las esquinas el día del cumpleaños de Kafka y leía fragmentos de su obra, pero las autoridades debían de pensar que padecía una enfermedad mental, porque nadie lo había detenido. Graeme tenía una lista de los lugares donde había vivido Kafka. En uno de ellos se celebraba una ruidosa fiesta: «Aquí no hay rastro de Kafka; adiós, muy buenas.» En otra había montado un andamio que conducía a una ventana del segundo piso en la que brillaba una misteriosa luz. Graeme subió: en el interior de la estancia había un hombre enorme durmiendo en un sofá, con un televisor con la pantalla en blanco que emitía un resplandor azulado. Todo muy kafkiano.

En Praga conocimos a mi traductora, Dana Hábová, y a su marido Veroslav. Aunque ambos se mostraron muy discretos, de manera indirecta nos facilitaron mucha información. No nos expresábamos con libertad ni en los coches ni en los espacios interiores —donde presumiblemente había micrófonos—, sino tan sólo cuando estábamos al aire libre. Un tema bastante tabú era el de la contaminación. En invierno Praga quemaba hulla, lo que producía niebla tóxica y era perjudicial para la salud, de modo que si en la temporada invernal podías llevarte a tus hijos fuera de la ciudad, tanto

mejor. Asimismo, se sabía que las verduras que vendía el gobierno estaban impregnadas de sustancias químicas de naturaleza tóxica, por lo que más valía que conocieras a alguien del campo. Veroslav era historiador del cine, y vimos el original de *Los tres cerditos* en la filmoteca. Algo bastante inocuo, podría pensarse, a menos que el Lobo Feroz fuera una metáfora del Estado Feroz.

Más adelante la gente me ha preguntado: ¿de verdad no percibí el resentimiento, el espíritu de rebeldía, el deseo de liberación que debía de estar fermentando y a punto de estallar cuando cayera el telón de acero? También me han preguntado, a propósito de *El cuento de la criada*: «¿Por qué no protestaban, se manifestaban o hacían huelgas?» La respuesta es la misma en ambos casos: quien se hace tales preguntas no entiende los totalitarismos. Éstos aplastan cualquier signo de resistencia. La palabra clave aquí es «total». Todo el mundo lleva una máscara.

En el hotel de Praga le dije a Graeme:

—¿Por qué hay tantas mujeres solas, guapas y bien vestidas, sentadas en el bar?

Me lanzó una mirada compasiva: ¿cómo podía ser tan ingenua?

—Para atrapar a hombres de negocios extranjeros —me respondió.

Una de ellas lo había intentado con él. Doble error: para empezar, como hombre de negocios era un auténtico desastre; y además, las mujeres bien vestidas, guapas y dispuestas a atrapar a hombres en los bares no eran su tipo. Hubiera preferido lanzarse a un cenagal lleno de cocodrilos.

También nos llegó una invitación de la embajada canadiense para viajar a Polonia. Era la temporada de las fresas, pasada ya la de los espárragos, así que Varsovia estaba inundada de ellas. También estaba inundada de gente que andaba a hurtadillas en busca de divisas, ya que resultaban muy útiles

en el mercado negro. Paramos un taxi y el taxista nos preguntó: «¿Dólares?» «¿Eslotis?», respondimos nosotros. El taxi siguió su camino.

¿Qué podíamos comprar con los fajos de eslotis que nos habían pagado las editoriales polacas por las traducciones de nuestras novelas? Como en Checoslovaquia o en Alemania Oriental, no se podían cambiar por moneda occidental. Por fortuna, los polacos tenían más cosas que ofrecer que los germano-orientales. Adquirimos unos preciosos carteles; un icono muy bien hecho, aunque falso (la exportación de iconos auténticos estaba prohibida), y algunas joyas un tanto extravagantes: un gran escarabajo de plata con una cadena, y una concha de caracol en un enrevesado engaste también de plata. Fuimos a ver una exposición de libros infantiles.

—¿Por qué hay tantos libros infantiles tan bellamente ilustrados? —pregunté.

—Piénselo —me respondieron.

También nos llevaron a ver el sindicato estatal de escritores. Mientras tomábamos un café (malo), nos preguntaron:

—¿Les interesa algún *samizdat*?

—Por supuesto —contestamos.

—Un segundo.

Volvieron con los *samizdat*. Los distribuían en el mismo local, ante las narices de las autoridades. Lógicamente, no podíamos leerlos, ya que estaban en polaco, pero entendimos el gesto simbólico.

Tras haber sido invadidos por uno y otro lado durante siglos —véase la épica novela de 1884 *A sangre y fuego*, de Henryk Sienkiewicz—, los polacos tienen fama de asumir riesgos. Y en Polonia había una base de poder alternativa, demasiado grande para exterminarla por completo: la Iglesia católica. Tuvimos ocasión de presenciar una procesión religiosa celebrada justo después de que se encontrara el cuerpo de un sacerdote asesinado en el

río Vístula. Fue una larga procesión, con un montón de sacerdotes y monjas de rostro ceñudo y desafiante.

«Este lugar será de los primeros en desmoronarse», pensé. Ya se veían las grietas en el muro. Aún habrían de pasar otros cinco años, pero, en efecto, el partido sindical Solidaridad obtendría una victoria aplastante en junio de 1989, seis meses antes de que los comunistas fueran expulsados de Checoslovaquia y cayera el Muro de Berlín.

Durante casi dos meses no escribí nada en mi diario. El 5 de abril anoto que estamos en Alemania y que ya completaré más tarde la entrada (cosa que no hice). El 26 de mayo anoto que tanto Graeme como yo tememos el viaje de regreso: «Ni G. ni yo tenemos ganas de volver a Canadá. Se cierne como una especie de pozo negro. Es probable que M. [Marian Engel] se esté muriendo... Mi novela se ha dividido en dos partes y no estoy segura de cuál de los dos caminos tomar. La sola idea de publicar algo induce a una especie de parálisis. ¿Por qué someterse a ello?» Entre el 26 de mayo y el 29 de julio de 1984 no aparece nada en el diario. Después, una nota críptica: «Beber más agua. Belladona (puente). Envejeciendo.» «Beber más agua» es una nota personal para mí misma. «Belladona (puente)» debe de significar que ya estaba pensando en *Ojo de gato*, que escribiría en 1987 y 1988, inicialmente titulada *El barranco*, y donde aparece la belladona. ¿«Envejeciendo»? ¿Era yo quien envejecía, o alguien en una novela?

El 12 de septiembre, tras pasar el verano de vuelta en Canadá, en isla Galiano, frente a la costa oeste, anoto: «Quiero volver pronto a "Offred".» Para entonces la novela ya tenía setenta y tres páginas, además de un montón de notas. Poco después el título pasó a ser *El cuento de la criada*. ¿Por qué «cuento»? Un homenaje a Geoffrey Chaucer. Además, un cuento

es distinto de una historia o un reportaje. Y puede implicar cierta dosis de fabulación, como, por ejemplo, en la expresión «cuento chino». Ciertamente la historia parecía un cuento chino allá por 1984: no había duda entonces de que Estados Unidos era el líder del Mundo Libre. Puede que ahora no haya tanto de fabulación en el cuento.

A principios de 1985 viajamos a Tuscaloosa, Alabama. Yo había aceptado un puesto de profesora invitada: de escritura creativa y un curso de literatura canadiense al que di el título de «La novela gótica del sur de Ontario»: Robertson Davies, Alice Munro, Marian Engel, Graeme Gibson, James Reaney... todos de la región de Ontario que llamábamos «Sowesto» (acrónimo de «Southwestern Ontario»), entre London/Stratford y Windsor y la orilla sureste del lago Hurón; por entonces, una región conocida sobre todo por los letreros de las carreteras que advertían PREPÁRATE PARA AFRONTAR TU SINO y por la matanza de los Black Donnelly. A los estudiantes de Alabama les encantaban aquellos libros: secretos retorcidos, cotilleos y escándalos de provincias, fantasmas, tontos de pueblo, enemistades y asesinatos... todo ello les resultaba familiar.

Nos moríamos de ganas de ver las aves de aquella zona, como por ejemplo el grande, lento, sabroso y raro carrao. Graeme descubrió que, si seguíamos las instrucciones que nos habían dado nuestros colegas, la observación de aves no entrañaba ningún riesgo. Tenías que aparcar el coche junto a una zona de bosque prometedora. Luego tocaba esperar. En breve aparecería una camioneta. Dentro habría una escopeta. El conductor te preguntaría, con cierta educación, qué hacías allí. Una vez que se lo hubieras explicado, te daría permiso para entrar. Si entrabas en el terreno sin dicho permiso, te arriesgabas a que te dispararan por intruso.

La situación se resumía en una simpática cancioncilla que cantaban los niños en la escuela:

Esta tierra es mi tierra, esta tierra no es tuya.
Yo tengo escopeta, tú no tienes ninguna.
Te vuelo la cabeza si no desapareces.
Porque toda esta tierra sólo a mí pertenece.

En cuanto llegamos, la gente nos dijo con orgullo:

—Tuscaloosa, Alabama, es la capital estadounidense del asesinato.

—¡Vaya! —exclamamos nosotros—. ¡Quizá deberíamos volver a casa ahora mismo!

—No se preocupen. Sólo disparan a la familia.

(Cuando luego fuimos a Mobile, también nos dijeron: «Mobile, Alabama, es la capital estadounidense del asesinato.»)

—No vayan en bicicleta por aquí —nos advirtieron—. La gente creerá que son comunistas y los echarán de la carretera.

—¿Dónde están todos los negros? —preguntamos, al no haber visto a ninguno.

—¡Ah!, están todos al otro lado de la ciudad.

En un momento dado, entre el ligero descenso de temperaturas por debajo del punto de congelación (sirenas de camiones de bomberos, advertencias de mantenerse fuera de la carretera) y el tornado que se aproximaba (sirenas de camiones de bomberos, advertencias de mantenerse fuera de la carretera), llegó a la población la Conferencia de Mujeres del Sureste, incluidas monjas lesbianas y todo lo que tu palpitante corazón feminista pudiera desear.

—Pero ésta es la cuna del Ku Klux Klan —dije yo—. ¿No les preocupa?

—Las noticias van despacio en el Sur —me contestaron.

En efecto, entraron y salieron de la ciudad antes de que nadie se enterara.

En febrero de 1985 nuestra vieja amiga y cofundadora del Sindicato de Escritores, Marian Engel, murió del cáncer que padecía desde finales de los setenta. Dijimos adiós a su voz inteligente y sabia. Luego se me apareció en sueños para tranquilizarme: «No pasa nada», me dijo refiriéndose a la muerte. «Simplemente te vas apagando, como un televisor.» En aquella época la imagen se iba encogiendo hacia la parte central del aparato antes de desaparecer. Más tarde escribí en mi diario: «Ver mi artículo sobre Marian en *Saturday Night* con una maravillosa foto de ella (saltando) en París me hizo darme cuenta de nuevo de cuánto la echo de menos.»

Fue en Tuscaloosa donde conocimos a Valerie Martin, una novelista originaria de Nueva Orleans que también era profesora invitada en la Universidad de Alabama. Las dos teníamos hijas más o menos de la misma edad, así que se estableció un vínculo. Valerie era inteligente, divertida y franca, y ha seguido siendo mi amiga desde entonces. En abril terminé *El cuento de la criada*. Me preocupaba: seguramente me acusarían de ser anticristiana, una malvada feminista y una hereje con respecto a la religión de Estados Unidos, tierra de la democracia. Valerie fue la primera lectora.

—Creo que voy a tener problemas —le dije.

—Yo creo que vas a ganar mucho dinero —replicó ella.

Le envié la novela terminada a Phoebe la Agente. Le entusiasmó. En Canadá fue a McClelland & Stewart. Me imaginé a Jack el Pieza tomándose cuatro o cinco whiskies mientras la leía: si ya creía que yo estaba medio

loca, debió de pensar que aquello se lo confirmaba. En el Reino Unido, Jonathan Cape y Liz Calder la aceptaron sin rechistar. En Estados Unidos, en cambio, el asunto resultó más complejo. Por contrato, Simon & Schuster tenía el derecho de adquisición preferente, pero no aceptó el precio que pedía Phoebe, así que ésta sacó el libro a subasta a ciegas. La ganadora fue Nan Talese, que ahora estaba en Houghton Mifflin; había sido mi editora cuando trabajaba codo a codo con Dan Green, en la época de *Resurgir*, y llevaba tiempo queriendo recuperarme como autora. Sabe Dios lo que debió de pensar del libro una vez que lo hubo leído, ya que ella tenía predilección por las sagas familiares y la ficción histórica. Se podría argumentar en favor de *El cuento de la criada* en ambos aspectos, aunque estaría cogido con pinzas. Fuera como fuese, Nan ofreció un precio que nadie pudo superar.

La década de 1980 no era una época en la que predominaran las utopías literarias, ni tampoco las distopías que digamos. ¿Cómo iba a vender aquel libro?, debió de preguntarse Nan. Pero, fiel a su naturaleza inquebrantable, se puso manos a la obra con una sonrisa. Suya sería la idea de la icónica cubierta de Fred Marcellino: las dos criadas con sus vestidos de Caperucita Roja, sus cestas y sus tocados mientras proyectaban sombras lobunas en el alto muro de piedra que tenían detrás. Por entonces ese tipo de muros llevaban inevitablemente a pensar en el Muro de Berlín.

COMPRAMOS UNA VIVIENDA DE CULTO

En verano compramos una casa nueva, más al norte y cerca de la universidad. La encontramos conduciendo de un lado a otro por las calles y mirando los letreros de SE VENDE. Tuvimos un buen presentimiento con respecto a la casa, y no nos decepcionó: no estaba encantada, y no tenía

ratas ni cucarachas. Resultó que había pertenecido a una gran secta, llamada Therafields, que había regentado una granja ecológica —la limpiabas de malas hierbas como parte de tu «terapia», y pagabas por el privilegio de hacerlo— y había comprado muchas casas antiguas en el barrio del Anexo, que luego restauraba, también como parte de la terapia. (Ninguna de aquellas personas era profesional: «Ajá», exclamó el electricista que contratamos para arreglar el cableado. «Esto es un trabajo de aficionados.») La secta había comenzado como un refugio provisional para ex sacerdotes y monjas, antes de que se hiciera cargo de ella una mujer carismática que no tenía formación profesional en terapia, pero que por lo visto resultaba muy convincente.

En torno al último medio siglo, la calle había experimentado un declive desde su apogeo burgués en 1911. En las décadas de 1960 y 1970 había llegado a albergar hasta tres sectas, además de un centro de reinserción del Ejército de Salvación. También tenía varias casas de huéspedes, y al menos una prostituta. «¡Ah!», dijo un vecino, «usted es la otra persona que coge tantos taxis».

Unos años atrás la secta se había disuelto, aunque no antes de que el hijo de la lideresa, que dirigía la escuela del grupo, hubiese acabado entre rejas por abuso sexual a menores. La hija de la lideresa había adquirido la casa, la había dividido en dos partes, y seguía viviendo en ella con su antiguo marido, el hijo adolescente que había tenido con él, la nueva novia del ex marido en cuestión, su segundo marido, y otros dos hijos, uno de ellos de éste, y el otro de «un carpintero». Obtuvimos esta información de un antiguo miembro de la secta y contratista al que habíamos recurrido porque era el único que sabía por dónde pasaban las tuberías.

«¿El carpintero también vivía en la casa?», le pregunté. No lo sabía con certeza.

En esta casa los dos teníamos un sitio donde escribir y, como disponía de una entrada independiente que daba a dos habitaciones del sótano que podían utilizarse como despachos, yo podría dirigir la parte comercial de O. W. Toad en el mismo edificio donde trabajaba. Hicimos muchas reformas y reparaciones: quitamos la peluda moqueta naranja que estaba clavada por todas las paredes; arreglamos el suelo del cuarto de baño, que se había instalado sin la necesaria viga de soporte sobre el espacio donde antes se hallaba una antigua escalera trasera; hicimos algo con la autopista de ratones que subía por el tubo del radiador de la cocina sin aislante alguno... Nos deshicimos de la mohosa moqueta de interior-exterior que estaba encolada al suelo del sótano, y eliminamos el pequeño y maloliente lavabo incrustado en el recibidor. Pero Roma no se construyó en un día, y tampoco lo hizo la ampliación de nuestra cocina, el estudio destinado a Graeme, que había sido un patio exterior en el segundo piso, ni la sala de escritura, más grande, para mí.

Con el tiempo convertimos el jardín —un corral para perros yermo y lleno de maleza— en el oasis sombreado y fértil que es hoy. Ahora florecen los narcisos en lo que antaño fue un erial arenoso. Aunque perdimos el viejo y solitario ciruelo por culpa del nudo negro. No hay rosa sin espinas.

El cuento de la criada apareció en el otoño de 1985 en Canadá, y en la primavera de 1986 en Estados Unidos y el Reino Unido. Las críticas y las entrevistas difirieron en los tres territorios.

Reino Unido: un relato ameno (habían tenido sus guerras civiles religiosas en el siglo XVII, habían sobrevivido al puritano y autocrático Oliver Cromwell, y no tenían intención de repetir la experiencia).

Canadá: nerviosos, como siempre. «¿Podría ocurrir aquí?»

Estados Unidos: por un lado, «No seamos ilusos. Somos la principal democracia liberal del mundo; aquí nunca podría ocurrir algo así»; por otro, «¿Cuánto tiempo nos falta?»

Antes de saber que *El cuento de la criada* se publicaría en Estados Unidos a comienzos de primavera, yo había aceptado una breve estancia como profesora invitada en la Universidad de Nueva York. Mi vida se convirtió en una auténtica locura: estar en Nueva York, dar clases, salir de gira, ir y volver a Toronto los fines de semana... Estaba exhausta. Mientras tanto, el padre de Graeme había muerto a principios de enero, y su hermano Alan estaba muy enfermo, así que también él estaba exhausto. Yo daba mi curso sobre «La novela gótica del sur de Ontario», el mismo que había dado en Tuscaloosa. A diferencia de los alabamianos, los neoyorquinos se mostraban perplejos.

—¿De verdad Canadá está hasta arriba de maníacos e idiotas? —preguntaban.

—Mirad por la ventana —les respondía yo—. También hay montones aquí en Nueva York. Pero... no son parientes vuestros.

El cuento de la criada había vendido unos miles de ejemplares en el Reino Unido tras su publicación, pero, para consternación de los editores, luego las ventas se habían estancado. Entonces la novela fue preseleccionada para el Premio Booker en el otoño de 1986, y empezó a venderse de nuevo. Y ya no ha dejado de hacerlo. Sin duda ha aterrorizado y corrompido a generaciones de jóvenes; es muy «enseñable», me dicen, y suscita mucha «discusión».

El Booker era entonces una institución aún más importante de lo que es hoy. En los programas de radio del Reino Unido había gente que hacía

apuestas, no tanto sobre los libros preseleccionados en sí como sobre los jueces. En aquella época era raro que se nominara a una mujer, y mucho menos a una canadiense, así que mis editores estaban locos de contento. Hubo una cena de gala que a Graeme y a mí nos resultó muy entretenida, como pueden serlo las ceremonias de entregas de premios cuando sabes que no tienes ni la más remota esperanza de ganar. Corrió el alcohol, y las enormes cámaras de televisión de la época filmaron los guisantes verdes y las zanahorias anaranjadas que salpicaban por doquier los manteles blancos. El irónico y barbudo Robertson Davies, mi compatriota canadiense, también estaba preseleccionado por *Lo que arraiga en el hueso*; ambos intercambiamos una mirada compungida mientras nos encogíamos de hombros. Finalmente ganó Kingsley Amis, por *Los viejos demonios*, y dijo que iba a gastarse el dinero en comprar cortinas nuevas para la ventana de la cocina. Davies comentó: «Los ingleses son muy amables con sus viejos artistas.»

El cuento de la criada sí obtuvo otros galardones: el Governor General's Award de 1985, el primer Premio Arthur C. Clarke, y el Premio al mejor Libro de Ficción de *Los Angeles Times*. Este último fue especialmente significativo para mí, ya que el redactor de temas editoriales del periódico era Jack Miles, que había sido sacerdote jesuita y poco después escribiría *Dios: una biografía*, que sería uno de mis libros favoritos sobre la Biblia. Tuve la sensación de que él había entendido mi libro.

En mi diario escribí: «Me excedí con los discursos, hice la promesa habitual de no volver a hacerlo... Me siento como si me hubieran vaciado. Pero funcional.» Y también: «Arañas viuda negra. Polio en verano. Piscinas públicas. Enfermedades contraídas en los retretes. Los penes contienen semillas.»

Ya estaba dándole vueltas a la que sería la novela *Ojo de gato*.

31

Ojo de gato

En algún momento de la década de 1990 iba en un tren por Irlanda con Graeme. Él se había quedado dormido mientras yo escuchaba la conversación sobre literatura que mantenían cuatro mujeres irlandesas sentadas al otro lado del pasillo. La literatura siempre ha sido relevante en Irlanda: en aquella época Aer Lingus, la aerolínea nacional del país, llevaba nombres de escritores irlandeses entretejidos en la tapicería de sus aviones y uno podía acabar sentado sobre James Joyce u Oscar Wilde, de modo que me interesaba mucho oír lo que iban diciendo. Para mi sorpresa, y posterior decepción, estaban hablando de mis libros.

—He leído el último —dijo la primera de ellas.

—A mí me ha parecido un poco largo —añadió la segunda.

—Sí, es un poco largo —suscribió la tercera.

Nunca supe lo que dijo la cuarta porque justo en aquel instante me vi afectada por un grave caso de intoxicación alimentaria y tuve que ir corriendo al baño, donde pasé encerrada y entre violentos vómitos el resto del viaje. Fue el zumo de zanahoria del hotel: eran los inicios del zumo de zanahoria en Irlanda, y saltaba a la vista que aún no se dominaban los fundamentos. Al llegar a Dublín bajé tambaleándome al andén, vomité de nuevo, y me desplomé sobre un charco anaranjado. Los amables irlandeses se agruparon a mi alrededor, y en lugar de robarme el bolso dijeron cosas

como «¿Es que ha tenido un infarto?» y «¡Jesús, María y José! ¿Llamamos a una ambulancia?». Mientras tanto, Graeme se había despertado de golpe y, al ver que yo había desaparecido, deambulaba por la estación buscándome.

Desde entonces nunca he perdido de vista los comentarios de las lectoras del tren irlandés. «Un poco largo.» Sí, la década de los noventa y los años inmediatamente anteriores y posteriores marcaron para mí la Era de los Grandes Libros. De algún modo, mis libros se alargaban: no puedo creer cuántas palabras llegué a segregar en un período tan corto de tiempo. «¡Otro voluminoso y pesado libraco! ¡Siempre garabateando, garabateando y garabateando!, ¿eh, señor Gibbon?», como le comentó el duque de Gloucester al eminente historiador.

Desde principios de la década de 1970 teníamos la costumbre de ir a Point Pelee para ver la migración de primavera. Pelee es un punto clave en la ruta de las aves migratorias: se reúnen en la costa de Ohio y se agrupan para cruzar el lago Erie, deteniéndose en Pelee durante su espectacular migración primaveral. Al principio acampábamos en el propio parque, en un sitio llamado Mrs. Happy's Campground, una zona pantanosa situada demasiado cerca de una salida de alcantarillado, pero magnífica como punto de avistamiento de la polluela sora. Cuando los responsables del parque prohibieron acampar, optamos por alojarnos o bien en el motel Wigle's, o bien en el Adams Golden Acres, un motel en las afueras de Kingsville. No sólo frecuentábamos la propia punta de tierra, sino también las siempre productivas lagunas de aguas residuales, tan queridas por las aves limícolas y zancudas.

Entonces nuestra colega pajarera Marylee Stephenson nos dijo que podíamos alojarnos en Isla Pelee, en la granja medio en ruinas e infestada de mapaches de Shaughnessy Cohen, un amigo suyo de Windsor (que poco después se convertiría en diputado). La idea nos pareció estupenda, ya que Point Pelee se estaba llenando de fotógrafos de aves dispuestos a todo que no dejaban que nada se interpusiera en su camino, y menos nosotros. Isla Pelee era un terreno fértil para las aves, con muchos menos fotógrafos. Se llegaba allí tomando un pequeño transbordador, a menos que hubiera tormenta y las olas fueran demasiado altas. Ese extremo del lago Erie es la capital de las tormentas de Canadá, y el Erie es el lago menos profundo (de vez en cuando tienen que dragar el canal de navegación), por lo que las olas pueden alcanzar una gran altura, y hacerlo muy deprisa. Asimismo, los bajíos pueden cambiar de ubicación. De entre todos los Grandes Lagos, el Erie es el que cuenta con un mayor número de naufragios en el siglo XIX.

La granja acabó teniendo demasiada caca de mapache para nuestro gusto, así que en 1987 Graeme y yo nos pusimos a buscar una vivienda propia. Nuestro agente inmobiliario era Starr Hamel, un veterano de las Fuerzas Aéreas de la Segunda Guerra Mundial que conocía bien la isla.

—¿Qué están buscando? —nos preguntó.

—Algo apartado —respondimos.

—Vengan conmigo.

Nos condujo por una sinuosa y recóndita pista forestal a través de un bello y frondoso bosque caducifolio, del tipo conocido en Canadá como «carolino», y un afloramiento del llamado «alvar», un hábitat natural que se asienta sobre un lecho calcáreo. Graeme y yo íbamos pensando lo mismo: «Me da igual cómo sea la casa, ¡nos la quedamos!» Y menos mal, porque Starr no tenía la llave. La casa era prefabricada. Nos asomamos por las ventanas. Starr nos dijo que había sido la guarida de unos tipos que la

utilizaban como refugio cuando iban de pesca. No había el menor rastro de que por allí hubiese pasado alguna esposa. Cerramos el trato.

Cuando tomamos posesión de la casa, resultó que estaba en peores condiciones de lo que habíamos pensado. El sistema de depuración de agua descargaba en el subsótano, así que brotaban hongos en el enmaderado. No había un suelo de obra, y el lugar era un hervidero de arañas, que entraban por las grietas donde deberían estar los zócalos. Había abejas en el interior de las paredes. Los pájaros carpinteros agujereaban los tablones exteriores de madera, y las ardillas rojas agrandaban los agujeros, se metían dentro y correteaban por encima de nuestras cabezas. Clavamos parches metálicos sobre cada uno de los agujeros, pero los carpinteros se limitaban a hacer otros nuevos justo al lado. También había ratones. Y más ratones. Y ratones nuevos. De vez en cuando aparecía una piel de serpiente: la había dejado tras de sí algún ejemplar que había entrado en busca de ratones y luego había mudado la piel en el suelo de la cocina.

Aun así, estábamos eufóricos. Graeme tenía ahora un lugar donde, al menos durante tres de las cuatro estaciones, podía cortar leña y solazarse en la naturaleza. Yo disponía de un sitio tranquilo para escribir, donde la gente no me llamaría por teléfono, o, si lo hacía, era probable que la línea no funcionara. Ya había algunos muebles en la casa, y los incrementamos acudiendo a ventas de objetos de segunda mano y al vertedero local, que entonces funcionaba como un mercado de intercambio de mobiliario.

Poco después de mudarnos, Shaughnessy Cohen, el del santuario de mapaches, vino corriendo un día.

—¿Sabéis qué dicen los lugareños? —preguntó sin aliento.

—¿Qué?

—¡Dicen que Margaret Mead acaba de comprar una casa en la isla!

Margaret Mead llevaba diez años muerta.

Una vez que supieron quién era yo y dónde vivía, los vecinos de la isla se mostraron muy discretos. Los turistas les preguntaban:

—¿Vive por aquí Margaret Atwood?

—¿Margaret qué? —respondían.

O bien:

—Creo que es por allí abajo, en la otra punta de la isla.

Yo no les pedía que contaran esa trola; era iniciativa suya. Costumbres rurales.

SOBRE LA FAMA: UNA DIGRESIÓN

Mientras escribía estas memorias y según las leían mis primeros lectores, uno de ellos no dejaba de preguntarme: «Pero, en este punto, ¿cómo de famosa eras?» «¿Y aquí?» Como bien saben todos los que han leído *La casa de la fama* de Chaucer y las columnas sobre tendencias de moda en los medios de comunicación, la fama es una cualidad imprecisa. El héroe de ayer es el villano de hoy, el nombre más conocido es hoy un don nadie. Famosa ¿para quién?, famosa ¿comparada con quién?, famosa ¿por qué? No todo el mundo lee libros, y no todos los lectores leen ficción. Como cabe deducir de mi anécdota sobre Margaret Mead, yo ya era algo famosa fuera de los círculos literarios, lo bastante como para que la gente supiera que había una Margaret conocida por ahí, aunque no estuvieran muy al tanto de los detalles. Pero no era Elvis Presley. La idea de que *El cuento de la criada* me lanzó al estrellato internacional es falsa: el libro iría adquiriendo renombre poco a poco. Yo no jugaba en la misma liga que Elizabeth Taylor. Ni jugaré nunca.

Cuando tenía un día torcido y refunfuñón, mi hija adolescente me decía: «¿Es que hoy nos sentimos un poco famosas? Me parece que sí, que nos sentimos un poco famosas. ¡Hora de la siesta!» En efecto, la fama tiene algo de absurdo. Pero es mejor que la alternativa, que es tener un patrono.

Graeme siempre decía que no te aceptaban en un sitio nuevo a menos que corriese alguna historia sobre ti, y que, al menos en Canadá, cuanto más ridícula fuera esa historia, mejor. He aquí la que pronto empezó a circular sobre él.

Yo estaba fuera, dando charlas o vendiendo libros. No habíamos conseguido echar a las ardillas que se colaban en el techo por los agujeros de los pájaros carpinteros. Las ardillas pueden roer los cables eléctricos y provocar incendios: hay que sacarlas sí o sí. Para tal propósito, Graeme se había subido al tejado, dispuesto a golpearlo con una cadena hasta que los animales salieran corriendo despavoridos; a continuación cerraría el agujero de ese año. Pero la escalera se cayó, y él se quedó varado en el tejado. Le pareció un poco tonto gritar «¡Socorro!», así que en su lugar decidió gritar «¡Holaaa!». Pero estábamos en mitad del bosque. «¡Holaaa! ¡Holaaa!»

Era octubre. El sol se pondría en breve. Empezaba a hacer frío. Al final alguien lo oyó, soltó una carcajada, se acercó, volvió a colocar la escalera y lo rescató. En cuestión de un par de horas la historia circulaba por toda la isla; incluso había llegado a Florida, donde estaban de vacaciones algunos de los isleños. «¿Eras tú quien gritaba "¡Holaaa!" desde lo alto de su tejado?», le preguntaron en la cooperativa.

Sí. Era él. Allí estaba.

Al final hicimos (Graeme hizo) lo siguiente con el tema de las ardillas. De nuevo, yo estaba fuera. Graeme llenó el dispositivo de flujo de aire

inverso de nuestra vieja aspiradora con pimienta de cayena picante y la insufló en la zona del techo por donde correteaban. Las ardillas salieron dando tumbos, con los ojos rojos y jadeantes. Selló el agujero. Aquella noche una de las ardillas —sumando dos más dos— trepó hasta la ventana del dormitorio del segundo piso y empezó a emitir fuertes chillidos justo al lado de la cabeza de Graeme. «Pensé que iba a abrirse paso a través de la mosquitera y comerse mi cerebro», diría más tarde.

Durante años, después de aquello, las ardillas estuvieron chillando a Graeme cada vez que lo veían. También enseñaron a hacerlo a sus crías. Chillar a Graeme se convirtió en un meme cultural para ellas. Mientras tanto, yo tuve que reubicar mi cuarto de escritura, ya que el que había estado utilizando quedó inundado de pimienta de cayena.

Graeme no tardó mucho en involucrarse en las actividades de la isla. Varios años antes había hecho allí una lectura de una novela suya, en el bar del motel Westview; los instigadores fueron Paul Vasey, que tenía un programa de radio en Windsor, y Ron Tiessen, yerno de nuestro agente inmobiliario. Ron se había criado como menonita, cosa que puede hacer a una persona cortés, decidida, táctica, realista cuando no francamente irónica, y consagrada al bien público. Era como estar en el ejército, excepto quizá por el aspecto cortés. (Graeme soltaba muchos más tacos que Ron, a quien jamás le oí ninguno.) En poco tiempo Graeme y Ron andaban urdiendo sus propios planes. Ron sabía más que nadie de la historia y la biología de la isla: los hallazgos prehistóricos, la guerra de 1812, el terraplenado de las tres islas originales en el siglo XIX para formar una gran isla... Y la ley seca, durante la cual Pelee no sólo era un punto de partida para el contrabando de licor hacia Estados Unidos, sino también el destino de las víctimas de las

guerras de bandas de Al Capone asesinadas y arrojadas al río Detroit. Llegaban tantos cadáveres arrastrados por la corriente que los isleños tuvieron que edificar una estructura de hielo donde almacenarlos hasta que pudieran ser enterrados. Los lugareños estaban indignados: «¿Por qué tenemos que enterrar nosotros a esa gente? ¡Ni siquiera sabemos quiénes son!»

Ron había puesto en marcha un Centro de Patrimonio donde los visitantes podían explorar esas y otras maravillas del pasado. Ron y Graeme (conmigo como débil apoyo y Lynn Tiessen como asesora) organizaron un festival de aves llamado Springsong, en beneficio del centro, pero también de la isla, ya que la gente iniciaba antes la temporada y se alojaba en los *bed and breakfast*. Había una competición de aves ecológica (consistía en avistar el mayor número de pájaros en veinticuatro horas sin usar vehículos motorizados, y tenía por premio la Copa Botham, llamada así por un antiguo botánico de Pelee, y un lote de vino de la isla), y también una competición convencional, en la que se podían utilizar coches, y cuyo premio era un pollo de goma y la oportunidad de cantar en el coro de los pollos de goma, que yo dirigía. El maestro de ceremonias del evento siempre ha sido Paul Vasey, que está a la altura de cualquier emergencia. Un año en que el transbordador dejó de funcionar, subastó una docena de naranjas entre los invitados presentes. Nos fue bastante bien.

Como no todos los cónyuges de todos los observadores de aves están dispuestos a pasar la noche agazapados en una fría zanja, bajo la lluvia y escuchando al escurridizo autillo, también proporcionamos un Escritor Honorario, cuya tarea consiste en hacer una breve lectura en la cena del sábado y a continuación una prolongada firma de libros. La lista de escritores que han participado es tan larga como distinguida. También hay un Pajarero Honorario, que da una charla el domingo por la mañana. El

evento viene celebrándose desde hace más de veinticinco años, y siempre se agotan las entradas. También ha contribuido a zanjar la disputa entre los isleños que querían atropellar a los raros ejemplares de culebra corredora azul y los que querían protegerlos.

Los logros de Ron en Pelee son numerosos y variados: impulsó una granja ecológica durante un tiempo; consiguió que se instalaran pasarelas en los dos parques, Fish Point y Lighthouse Point; convenció a gente para que donara importantes hábitats a Nature Conservancy... Poco después se añadió una organización ornitológica: el Observatorio de Aves de Isla Pelee, dirigido inicialmente por Grae (Graeme el Joven, el segundo hijo de Graeme, dedicado entre otras cosas al anillado de aves) y más tarde por su esposa, Sumiko Onishi.

En 1987 preparé *The Canlit Foodbook* para financiar el PEN Canadá y fundar el Premio Marian Engel para escritoras consagradas en el marco del Fondo de Desarrollo de Escritores. Eugene Benson, Graeme y yo habíamos logrado sacar adelante el PEN Canadá durante dos años, pero luego Timothy «Tiff» Findley había asumido la presidencia. El número de miembros había aumentado y, como señalaba Tiff, necesitábamos un director ejecutivo. Eso implicaba que debíamos recaudar dinero para pagar una nómina.

Para *The Canlit Foodbook* busqué fragmentos literarios en los que apareciera gente comiendo cosas, a menudo desagradables, y los ordené en función de las comidas (desayuno, almuerzo, té de la tarde, cena y demás), hasta terminar con el canibalismo. Luego pedí a un puñado de escritores sus recetas favoritas. Algunas eran deliciosas; otras, cuestionables. Una empezaba con una trucha ártica congelada y una motosierra. Algunos autores ni siquiera sabían hervir un huevo. La receta de Rick Salutin era de

tostada, lo único que sabía cocinar por entonces («Pones la rebanada de pan en la tostadora...»). Michael Ondaatje —cuyo poema era «Jalea de rata»— me ofreció una receta de pomelo: cortas el pomelo por la mitad; luego cortas cada gajo; opcionalmente puede añadirse una cereza confitada.

Yo misma ilustré *The Canlit Foodbook*; así resultaba más barato. «Jalea de rata» está adornado con ratones, en honor de los que Farley Mowat se comía enteros para demostrar lo nutritivos que eran, tanto para los hombres como para los lobos.

Jalea de rata Ondaatje, con guarnición de ratones Mowat

Gracias al dinero que ingresamos con el libro, el PEN Canadá cobró impulso. Graeme asumió la presidencia y empezó a planificar la celebración

del congreso del PEN Internacional en Toronto y Montreal en el otoño de 1989. Eso requería mucha organización y mucha recaudación de fondos en poco tiempo. Los compinches de Graeme en el proyecto eran John Ralston Saul, que más tarde se convertiría en director del PEN Internacional, y Greg Gatenby, que era el fundador y director artístico del Festival Internacional de Autores de Toronto. ¿Serían capaces de sacarlo adelante en menos de dos años?, me preguntaba yo; y también se lo preguntaban muchos otros.

EL BARRANCO

Nuestro refugio de Pelee era un magnífico lugar para escribir. Durante los quince años en los que pasamos allí una tercera parte del tiempo, no fallé en la escritura ni un solo día. El primer libro relativamente largo que siguió a *El cuento de la criada* fue *Ojo de gato*, que se centraba en el comportamiento sádico de aquel grupo de niñas de nueve años del que ya te he hablado antes, a finales de la década de 1940. Había empezado y abandonado el libro en 1964, pero ahora estaba dispuesta a intentarlo de nuevo, y durante varios años me esforcé en trabajar en él. Jess me señala que el inicio de este período coincide con la época en la que también ella tenía nueve y diez años, una edad en la que las niñas son especialmente propensas a las camarillas y los juegos de poder. Dice que yo estaba muy atenta y «dedicabas mucha energía a asegurarme que no tenía que hacer lo que decían los otros niños».

La novela en la que trabajaba empezó llamándose *El barranco*, por el peligroso abismo que cruzan las niñas por un puente de madera medio podrido en su camino de la escuela a casa. Luego cambió a *Ángeles destructores*, por el nombre con el que se conocen coloquialmente en inglés

algunas atractivas pero letales especie de amanita. Su título definitivo hace referencia al ojo de un depredador que puede ver en la oscuridad, pero también al nombre de una canica de cristal muy apreciada por los niños de mi generación. Alude asimismo al tercer ojo, el ojo invisible que proporciona visión interior. *Resurgir* se tituló primero *El ojo de la frente*, y yo ya había escrito varios poemas y relatos muy breves sobre este fascinante ojo. Los ojos, estar a punto de perder un ojo, ver sin ver... «Ciego en Gaza, atado a la rueda, con los esclavos», como dice Milton de Sansón. Era una historia de venganza, aunque una venganza que destruye a quien la busca. La novela que yo estaba escribiendo también bordearía esa misma idea. Para no perecer, ¿debemos perdonar a nuestros torturadores? ¿Cuántas veces? ¿Setenta veces siete, como diría Jesús? ¿Puedes perdonar sin olvidar también? Pero ¿y si no puedes olvidar?

Escribí una parte de *Ojo de gato* en Isla Pelee y otra parte en Toronto. Durante la fase de escritura también pasamos un tiempo en Australia: fue el otoño de 1987, que era primavera allí abajo. Me había llegado una invitación para ocupar el puesto de profesora visitante en la Universidad Macquarie, y como a Graeme le encantaba Australia y era incapaz de resistirse a cualquier oportunidad de ir allí, habíamos aceptado. Nos proporcionaron una agradable vivienda en Newport Beach, al norte de Sídney. Jess trabó amistad con un grupo de revoltosas chicas australianas de su edad, con las que compartió correrías. Uno de sus juegos favoritos consistía en lanzarse cuesta abajo en lo que antaño podría haber sido un cochecito de bebé, entre gritos de júbilo. Una experiencia más positiva de esa fase de la niñez de la que yo misma había vivido.

El entorno era idílico, y bastante poco canadiense. Las fresias crecían silvestres, y dos cucaburras venían todos los días al porche trasero a por las bolas de carne picada que podíamos darles, según nos habían dicho; se

lanzaban sobre la barandilla del porche en cuanto depositábamos su ofrenda, debíamos tener cuidado con los dedos. Fue en este escenario semitropical donde escribí las escenas más frías, nevosas, deprimentes y dolorosas de *Ojo de gato*.

Debido a un par de malas apuestas que había hecho la empresa, Jack el Pieza había vendido McClelland & Stewart en 1985. Avie Bennett, empresario, promotor de centros comerciales en Canadá y filántropo, estaba ahora al frente de ella. La fiesta de lanzamiento de *Ojo de gato*, en el otoño de 1988, tuvo lugar en lo más alto del hotel Park Plaza, y en ella se obsequió a los invitados con unas bolsitas de terciopelo llenas de canicas «ojo de gato». Fue un toque al más puro estilo de Jack el Pieza. Pero sin Jack.

El congreso de 1989 del PEN Internacional había de celebrarse en Canadá en el mes de septiembre. Sería trilingüe: francés, inglés y (reconociendo a México como país norteamericano) español. Fieles a una promesa anterior, el PEN Canadá y el PEN Quebec habían recaudado el dinero necesario para recibir a los delegados de varios países que normalmente no estarían representados al no poder costearse el viaje. El congreso se celebraría tanto en Toronto como en Montreal, con un viaje en tren entre ambas ciudades sufragado por la gente del ferrocarril, que incluso había suministrado gorras de maquinista con el logotipo del PEN CLUB. Yo estaba deseando que llegara ese viaje en tren, aunque, por desgracia, el destino querría que me lo perdiera.

La fecha de lanzamiento de *Ojo de gato* en el Reino Unido fue el 1 de febrero de 1989. En la fiesta editorial de Londres corría un rumor: *Los versos satánicos* de Salman Rushdie estaban suscitando ira en los círculos

musulmanes por su retrato satírico de la historia del islam. El 14 de febrero el ayatolá Jomeini, líder supremo de Irán, promulgó la hoy famosa fetua en la que decretaba la muerte de Salman. Más tarde, mi editor noruego, William Nygaard, fue tiroteado (aunque sobrevivió), y el traductor japonés de Rushdie, Hitoshi Igarashi, murió asesinado.

Graeme, como presidente del PEN Canadá, se pronunció en defensa de la libertad de expresión e incluso fue a Montreal para hablar con varios líderes musulmanes canadienses, muchos de los cuales habían amenazado de muerte a Rushdie. Graeme fue la única personalidad canadiense que alzó la voz en público; ni políticos —aunque algunos de ellos le dijeran «buen trabajo» en privado—, ni líderes religiosos, ni líderes sindicales. La gente era presa del pánico porque nunca antes había ocurrido nada parecido. Pero Graeme pensaba que, si te escondías debajo de una piedra, el otro bando habría conseguido intimidarte.

Mientras tanto, yo estaba de gira por Estados Unidos, entrando y saliendo de emisoras de radio y librerías que habían recibido amenazas de bomba. Su postura era la misma que la de Graeme. Recuerdo en particular la Elliott Bay Book Company, que me organizó un acto a pesar de las considerables presiones. Asistieron varios estudiantes musulmanes. «Por favor, no nos confundan con lo que está pasando», dijeron entre lágrimas.

En septiembre se celebró el congreso del PEN Canadá según lo previsto. Citando las palabras publicadas en el sitio web de la entidad: «Fue uno de los mayores encuentros en la historia del PEN, el primero en lograr la paridad de género entre los delegados, el primero en acoger a escritores del tercer mundo, y también fue el congreso del PEN con mayor integración racial.» El viaje en tren de Toronto a Montreal, según me contaron, resultó de lo más entretenido, y fue una gran experiencia a la hora de fortalecer lazos. Yo no iba en el tren porque aquella mañana, al levantarme, descubrí

que uno de mis globos oculares, sólo uno, se había vuelto amarillo brillante y algo gelatinoso. ¿Por qué? Nunca lo supe. Estuve a punto de ir al médico, pero al día siguiente el ojo volvió a la normalidad, y yo me reincorporé al congreso en Montreal.

Ojo de gato fue nominada al Premio Booker, y Graeme y yo asistimos a la cena en Londres. Yo misma me había hecho un top elástico, sin tirantes y decorado con lentejuelas plateadas para llevarlo debajo de una chaqueta negra, pero no estaba del todo acabado y lo había sujetado por detrás con unos grandes imperdibles. Estoy segura de que el acto fue fascinante, aunque a mí lo que me preocupaba era: ¿se soltaría mi elástico top plateado de sus imperdibles y saldría disparado por la sala?

En cualquier caso, mi top plateado resultó inútil: «Atwood no logra ganar el Booker», como acostumbraba a decir ahora la prensa canadiense. Sin embargo, ningún premio literario depende de tu propia participación activa: no es una competición deportiva, así que no es que no «logres» ganarlo, exactamente. Es algo más parecido al premio al Mejor Cerdo de la Feria: el cerdo se queda ahí plantado luciendo gordura mientras alguien le cuelga una cinta. Lo que sí recibí fue un bonito ejemplar encuadernado a mano de mi propio libro.

Me llegó mucha correspondencia relacionada con *Ojo de gato*. Parte de ella era de mujeres que de niñas habían tenido experiencias similares, o aún peores. Otras cartas eran de padres cuyas hijas estaban pasando por calvarios parecidos en aquel momento, lo que hacía que sus progenitores se sintieran impotentes: «Búscate nuevas amigas», «Es que ésas son mis amigas». Una mujer me contó que ella misma había sido una acosadora y que se portó tan mal con su víctima que ésta se vio obligada a dejar la

escuela. Cuando la madre le dijo: «¿Por qué le has arruinado la vida a mi hija?», no se le ocurrió otra razón que el pecado original; así que se había convertido al catolicismo.

Algunas de las cartas eran de hombres que me contaban: «Por fin entiendo lo que les pasaba a las chicas cuando yo estaba en cuarto curso.» Y todavía me encuentro con lectoras adultas que me dicen: «Me encantó *Ojo de gato*», y a continuación se echan a llorar. Yo sigo respondiéndoles: «Así que conociste a una Cordelia.» Asienten entre lágrimas. Ese tipo de heridas y traiciones calan muy hondo.

Lo último que puedo decirte sobre *Ojo de gato* es que los estudiantes del Victoria College, de la Universidad de Toronto, mi antigua *alma mater*, le pusieron ese nombre a su publicación: The Cat's Eye. Eso *sí* que es un logro.

32

La novia ladrona

Después de terminar *Ojo del gato*, me preguntaba por los personajes femeninos de mis libros. Es cierto que, debido a mi experiencia y observación personales, no me creía eso de que ser mujer implicara ser superbuena, moralmente superior a los hombres en todas las ocasiones, pero, por otro lado, ¿no debía permitirse que de vez en cuando las mujeres se comportaran bien con otras mujeres? Porque ésa también era mi experiencia personal. Tenía muchas amigas excelentes y dignas de confianza. ¿Resultarían demasiado zalameras como personajes de ficción? Jane Austen no miraba hacia otro lado ante el mal comportamiento femenino (como, por ejemplo, Lucy Steele en *Sentido y sensibilidad*), pero tampoco rehuía los modelos de amistad leal.

¿Cuál fue el catalizador de *La novia ladrona*? Creo que de hecho fueron dos comentarios casuales. Uno lo hizo un amigo literato, que dijo de pasada: «No hay mujeres embaucadoras.» Eso me dio que pensar. ¿Acaso él creía que las mujeres eran demasiado angelicales para ser embaucadoras, o bien creía que eran demasiado estúpidas para idear timos convincentes? Yo discrepaba, puesto que había conocido a varias de esa calaña: mujeres que fingían tener cáncer para sacar dinero a sus amigos; mujeres que fingían tener una cualificación de la que carecían; mujeres que mentían, engañaban y difamaban. Dado mi interés en la falsedad y lo ilusorio, busqué otros

ejemplos en los periódicos, y no sólo encontré más falsas enfermas de cáncer, sino también falsas Anastasias de varios tipos que afirmaban ser miembros de la realeza, y una mujer que se hacía pasar por general del ejército portugués y a la que llevaban en limusina todas las mañanas a pasar el día Dios sabe adónde. También conocía una de las principales reglas populares sobre brujas y vampiros: no pueden entrar en tu casa a menos que los invites, y a menudo consiguen entrar haciéndose pasar por otra persona.

El segundo comentario casual lo hizo una amiga cuyas dos hijas pequeñas habían decidido que todos los habitantes de su universo imaginario eran niñas. Winnie-the-Pooh era una niña, Papá Noel era una niña, y todos los personajes de sus libros de cuentos, villanos incluidos, también eran niñas. ¿Cómo funcionaría eso?, me pregunté.

El argumento de *La novia ladrona* gira en torno a una nueva versión del cuento de hadas de los Grimm «El novio ladrón». En esta truculenta historia, un siniestro pretendiente atrae a las doncellas a su guarida en el bosque. Él y su banda de ladrones son caníbales: matan a las doncellas y se las comen. Pero una doncella, que está prometida al novio ladrón sin saber que un devorador de doncellas, al final termina burlándolo. Para ello cuenta con la ayuda de una anciana. Atención a las ancianas de los cuentos: o echan una mano o son brujas. O, como Baba Yagá, ambas cosas. Ahora que yo misma soy una anciana, lo entiendo perfectamente.

Las narradoras de mi novela serían tres leales amigas; cada una de ellas tiene un encuentro con el novio ladrón, que aparece en forma femenina según el reparto exclusivamente femenino exigido por las dos niñas: se transforma así en la novia ladrona. Según mi hermana, pregunté a varias amigas qué era lo peor que podía hacerles otra amiga. Todas respondieron: «Robarme a mi chico», o, en algunos casos, «a mi chica». Me proponía escribir una novela en la que la embaucadora es una *femme fatale* llamada

Zenia, posiblemente una psicópata, con tendencias cleptómanas y emocionalmente vampíricas. Consigue entrar en la vida personal de las tres amigas contándoles historias acerca de sí misma que apelan a sus miedos, deseos y debilidades individuales. Una vez dentro de sus corazones, mentes y hogares, intenta robarles a sus maridos o sus novios en una demostración de poder, y de hecho logra robarles a dos de ellos. Luego desaparece, para reaparecer bajo una apariencia distinta.

Cuando estuve en Inglaterra «por el libro», como suele decirse, pregunté a un grupo de lectoras cuál de los cuatro personajes era su favorito. Todas votaron por la malvada Zenia.

—¿Por qué? —pregunté yo.

—Porque las mujeres están cansadas de ser siempre buenas —fue la respuesta.

He aquí la clave: las mujeres son seres humanos, no un ideal universal; las hay de muchas formas, edades, países de origen, culturas y grados de bajeza moral; algunas son francamente maliciosas. Nada de lo cual justifica negarles todos sus derechos humanos, como tampoco hay que rescindir los de todos los hombres por el mal comportamiento de algunos.

Al igual que con *Ojo de gato*, recibí muchas cartas de lectores de *La novia ladrona*. Algunas eran de mujeres. Decían: «Conocí a una mujer así, y casi destroza nuestro matrimonio.» Otras eran de hombres. Decían: «Conocí a una mujer así, y casi destroza nuestro matrimonio. ¿Por casualidad no sabrá usted dónde vive ahora?» Los hombres tampoco quieren ser siempre buenos.

Volví sobre el tema de *La novia ladrona* en un breve relato que escribí para la revista canadiense *The Walrus* en 2012. Se titula «Sueño con Zenia,

la de los colmillos rojo brillante». Zenia está muerta, como al final de la novela original. Las tres amigas se han hecho mayores. La excéntrica Charis empieza a soñar con Zenia, y decide que se ha reencarnado en su propia perra, *Ouida*; una perra muy útil, puesto que se deshace del novio timador de Charis. ¿Es posible (piensan las tres amigas) que en realidad Zenia les resultara útil desde el principio, librándolas de hombres de los que más valía alejarse? ¿Han perdonado a Zenia? ¿Alguna vez es demasiado tarde para la redención? No, si puedes reencarnarte en un perro.

Escribí buena parte de *La novia ladrona* en Francia. Graeme y yo habíamos decidido que pasaríamos aquel año en el extranjero dedicados a la escritura. Jess iba a cumplir los quince y dejamos en sus manos la elección del país. Creíamos que elegiría Inglaterra o Australia, pero, en cambio, nos dijo que quería ir a Francia, vivir en una pequeña población donde nadie hablara inglés, asistir a un liceo y regresar como una auténtica bilingüe. Había estudiado francés en el colegio, pero eso no te prepara para la vida francesa real, porque nunca te enseñan las palabrotas.

—Al principio será duro —le advertimos.

—Ya lo sé —nos respondió.

Y en efecto lo fue: seis semanas de infierno; pero luego, una vez aprendidos el argot y el lenguaje corporal, siguieron ocho meses de paraíso. Desarrolló toda una vida francesa de la que nosotros sabíamos poco: montar en escúter, beber expresos en los cafés, traducir la letra de apetecibles canciones pop americanas e inglesas, explicarles *Dallas* a los otros chicos, y realizar el tipo de trucos tontos habituales en los campamentos de verano de Canadá, pero desconocidos en Francia, donde se valora el ingenio a costa de los demás, pero resulta incomprensible divertirse poniéndose en ridículo

uno mismo. Un ejemplo de su repertorio: si te dibujas unos ojos en la barbilla, te tumbas en una mesa de modo que la cabeza te quede al revés, te cubres la parte superior de la cara y te pones a hablar, parecerás una especie de extraño tiburón. *«Fais* ça *encore! Fais* ça *encore!»*, clamaban los adolescentes franceses. Pero ellos no lo hacían.

A Graeme le tocó elegir la región de Francia. Escogió el sur porque no quería tener que coger una pala y ponerse a quitar nieve. Estudiamos los anuncios de alquileres de *The Globe and Mail* y encontramos una casa al sur del valle de Luberon, entre Aix-en-Provence y Aviñón. Era un territorio de herejes: los cátaros, los valdenses y los hugonotes habían sido fuertes allí, y luego —durante la Segunda Guerra Mundial— los maquis, que deben su nombre a las pedregosas tierras altas cubiertas de matorrales y perfumadas de romero donde se reunían los combatientes de la Resistencia.

La casa que alquilamos se hallaba en un pueblo llamado Lourmarin, donde está enterrado Albert Camus. La vivienda sólo estaba disponible para los tres primeros meses de nuestra estancia prevista, pero la casera tenía otra que serviría para los tres siguientes, además de un amigo al que se podría convencer para que pusiera su casa a nuestra disposición el resto del tiempo. Aprovechamos la oportunidad.

La primera casa estaba justo al lado del campanario. ¡Talán! ¡Talán! ¡Talán! Pero tenía un patio exterior perfecto para septiembre y octubre, donde nos comíamos los excelentes cruasanes de la panadería cercana. También fue aquí donde aprendí a hacer helado de lavanda y profiteroles con salsa de chocolate. La segunda vivienda estaba en una calle secundaria llamada rue du Panier, o «calle de la cesta»: un nombre tan romántico en francés, y tan prosaico al traducirlo (como muchas otras cosas). Fue aquí donde monté el *collage* que serviría de cubierta para mi librito de relatos

superbreves *Good Bones*, a partir de ejemplares de la edición francesa de la revista *Vogue*.

También aquí tuvimos nuestra primera experiencia con la trufa silvestre. Fuimos a la Feria de la Trufa de Rognes: pan y salchichas artesanales, quesos locales, pinturas murales de perros y cerdos truferos, y, en una hilera de mesas, los vendedores de trufas, cada uno de ellos con una impenetrable chaqueta de punto con olor a oveja, y cada uno de ellos con una balanza y una bolsa de plástico delante.

—Disculpe, señor —le dije en mi mejor francés a uno de los vendedores —, pero nunca he comprado una trufa. ¿Podría recomendarme una, por favor?

Me miró de arriba abajo, calculando cuánto iba a apoquinar, y luego metió la mano en su bolsa de plástico.

—Creo, señora, que esta trufa en concreto sería perfecta para usted — dijo.

Sacó una algo más pequeña que una pelota de tenis, la pesó en la balanza y nos indicó el precio. Ochenta pavos. Una ganga.

Nos llevamos a casa la trufa, que llenó el coche con su aroma. La pusimos en un cuenco tapado, junto con unos huevos con cáscara. También llenó la casa de su aroma. A la mañana siguiente hicimos huevos revueltos, a los que añadimos unas lascas de trufa, y nos sentamos a desayunar con rostro atento y reflexivo. Fue una experiencia en tres niveles: nota de cabeza, nota de corazón y nota de fondo; cada una de ellas sutilmente distinta de las demás, como ocurre con los vinos y los perfumes. Los productos de triple nota son una especialidad francesa; por eso se les da tan bien la lencería.

La tercera vivienda que alquilamos era propiedad de un excéntrico irlandés llamado John O'Keeffe. Había estado en la Marina británica

durante la Segunda Guerra Mundial, y luego había trabajado en publicidad en Norteamérica: suyo era un conocido eslogan relacionado con el tinte para el cabello que rezaba: «Sólo su peluquero lo sabe con certeza.» La casa de John había pertenecido a un cazador de lobos en la época en que aún había lobos en la zona, estaba decorada con motivos lobunos, y tenía un lobo disecado en el vestíbulo. Hago un retrato suyo y de su amigo François Paillard, que había formado parte de la resistencia durante el régimen de Vichy, en mi relato «Dos hombres muy quemados», incluido en *Perdidas en el bosque*.

Allí escribía en un precioso escritorio antiguo. Me destrozaba la espalda, pero merecía la pena cada espasmo.

CARL OLVIDA COSAS

Regresamos a Canadá al final del trimestre escolar de primavera. En casa de mis padres no iban bien las cosas. Carl no había vuelto a ser el mismo desde su derrame de 1983, cuando vivíamos en Blakeney. Y ahora una angina de pecho lo había devastado. No padecía demencia, pero tampoco tenía ya su prodigiosa energía de antaño.

Entonces, en la primavera de 1992, sufrió otro derrame cerebral. Éste fue grave: perdió varios tramos de la memoria a largo plazo y toda la memoria a corto plazo. Yo salía de la habitación, volvía a entrar y él me decía cosas como «Ya llevaba mucho tiempo sin verte», o también «¿Cómo has envejecido tanto?» (una buena pregunta) y, hablando de nuestra hija, «¿Cómo ha crecido tanto de repente?». Había perdido la visión en la mitad de cada ojo. No sabía dónde estaba, aunque no dejaba de intentar averiguarlo. «En algún lugar cerca de Toronto», solía decir. Siempre

pensaba que era octubre, y le preocupaba tener suficiente leña cortada para el invierno.

—Al menos no hay osos —comentaba.

—Sí, no hay osos.

Me mudé a casa de mis padres durante un tiempo para tratar de averiguar qué podía hacerse, sobre todo por mi madre, que pretendía arreglárselas sola, ya que siempre había estado radicalmente en contra de tener «asistencia». Casi mata a las dos mujeres que intentaban duchar a mi padre.

Fuimos a ver residencias de ancianos; de una de ellas salió blanca como el papel. «¡Pero si está llena de viejos!», exclamó. Mientras nosotras lidiábamos con ese problema, Carl, siempre considerado, lo resolvió por su cuenta desarrollando una insuficiencia cardíaca congestiva. Lo llevaron al hospital Sunnybrook, donde pensábamos que iba a morir. Yo me senté a esperar con mi madre. «No pienso ponerme a llorar porque, como empiece, no habrá quien me pare», me dijo.

Carl no dejaba de preguntar por mi hermano, pero él estaba fuera, en Europa. Para cuando Harold llegó, la crisis inmediata había pasado. Carl no iba a marcharse hasta que todos estuviéramos allí.

Como estaba demasiado débil para volver a casa, lo trasladaron a la unidad de cuidados paliativos del hospital Toronto Grace. Nuestra madre iba a diario: se sentaba a su lado y le ponía música de Beethoven, su compositor favorito. Yo no entendía muy bien por qué lo hacía: ¿por qué ir todos los días? Seguramente con un par de veces a la semana ya estaba bien. Pero ahora lo entiendo.

Pese a las crisis familiares, fuera la vida seguía su curso. Graeme y yo habíamos mantenido nuestra actividad en el PEN, que por entonces

acostumbraba a organizar galas para recaudar fondos en las que actuaban escritores, como en la *The All-Star Eclectic Typewriter Revue* de 1977. En una de ellas canté con Robertson Davies un dueto titulado «Cualquier cosa que puedas escribir, yo puedo escribirla mejor», cuya letra compusimos entre los dos. Yo utilicé mi voz chillona del musical *Annie Get Your Gun*, mientras que Rob desafinaba de lo lindo. Tras el número, Graeme comentó mirando al techo: «¿No es curioso que a la gente le encante ver como a otros que hacen algo muy bien se les da de pena otra cosa?» No le faltaba razón.

Para la gala del PEN Canadá de 1992 planeamos cerrar el primer acto con un espectáculo de música country interpretado por un trío de eminentes escritores canadienses: Paul Quarrington, que sabía cantar y tocar la guitarra; Tiff Findley, que no sabía; y yo, que andaba ahí ahí. Íbamos a interpretar un popurrí de canciones, con títulos como «Si tuviera las alas de un agente», «Calles de Toronto» (con un joven escritor moribundo tras haber perdido su beca), o «Escritores fantasma en el cielo», entre otras. Tiff tenía pánico escénico.

—¡Lo voy a hacer fatal!

—De eso se trata —le dije yo.

Lo superamos, y nos estábamos quitando los bigotes y los sombreros vaqueros cuando llegó la noticia. Cuando se cerró el trascenio, advertimos la presencia de agentes secretos que hablaban a los puños de sus camisas. Salman Rushdie había permanecido oculto y apenas se había dejado ver desde la fetua, pero había entrado en territorio canadiense sin hacer ruido y de forma clandestina gracias a la labor de un equipo dirigido por Louise Dennys, entonces presidenta del PEN Canadá, y ahora estaba allí, en el teatro. «Y, por cierto, Margaret, lo presentarás tú al principio del segundo acto.» Como dicen en los cómics: «¡Glups!» Pero lo hice, y Salman

Rushdie salió al escenario entre los enfervorizados aplausos de un público atónito, e incluso *apareció* Bob Rae, primer ministro de Ontario, para darle la bienvenida y un abrazo. La prensa lo anunció como «el beso que se oyó en todo el mundo»; el primer jefe de gobierno que tuvo agallas para aparecer con él en público; como también dicen en los cómics: «¡Uf!»

CARL SE VA

Nos dijeron que Carl estaba débil pero estable, así que justo después de las Navidades (no muy alegres) llevé a Jamaica a nuestra pequeña familia, junto con una amiga de Jess cuya madre estaba muy enferma. En el aeropuerto empezó a dolerme la garganta —un resfriado, pensé—, pero poco después de llegar a Jamaica me di cuenta de que era escarlatina. Pasé mucho tiempo vomitando en la bañera y contemplando una palmera por la ventana, convencida de que acabaría enterrada debajo. También soñé mucho: mi padre se alejaba de mí, descendiendo en canoa por el río Ottawa.

El río Ottawa de noche

Con luna llena sueñas más.
Sé dónde estoy: el río Ottawa
muy arriba, donde lo cruza la presa.
Una vez, en plena tormenta, en el agua fría y ancha
río arriba, dos largas canoas llenas
de niños volcaron, y todos se tomaron de las manos
y cantaron hasta que el frío alcanzó su corazón.
Supongo que en nuestra vigilia eso es lo mejor

a lo que podemos aspirar, si piensas en ese momento
prolongado durante años.
Una vez, mi padre
y yo remamos siete millas
en un lago cerca de aquí
de noche, con los árboles como un manto
de crin negra, y las olas apenas agitándose.
A la luz de la luna el camino adelante era claro
y a la vez incierto. Yo tenía veinte años
e impaciencia por llegar, pensando
que tal cosa existía.
Nada de esto
está en el sueño, por supuesto. Sólo los gruesos bordes cuadrados
de la presa, y hacia el este
los oteros de serrín de la fábrica, brillando tan blancos
como dunas. A la izquierda, quietud; a la derecha,
los remolinos de espuma de los rápidos
sobre filos de rocas y troncos; y debajo de eso mi padre,
alejándose río abajo
en su bote, tan diestramente
aunque muerto, lo recuerdo ahora; pero ya no tan viejo.
Lleva su sombrero gris, y evidentemente
ve de nuevo. Ahora sí,
ya está a la vuelta de la esquina. Se dirige finalmente
al mar. No al real, con sus ballenas enfermas
y sus manchas de petróleo, sino al otro mar, donde aún se puede
arribar seguro.

Sólo un sueño, pienso, al despertar
al sonido de la nada.
Nada no. Lo oí: era una playa, o costa,
y alguien a lo lejos, caminando.
Ningún lugar familiar. Un lugar donde ya he estado.
Siempre toma mucho tiempo
descifrar dónde estás.

Cuando tengo ese tipo de sueños, suelen ser una advertencia.

Para que pudiéramos viajar, un médico jamaicano me puso una inyección; nadie más de nuestro grupo había contraído la enfermedad. En cuanto entramos en casa sonó el teléfono.

—Ven corriendo al hospital —me dijo mi hermano—. Ya he visto antes la muerte, y es esto.

Carl había empeorado de forma repentina y estaba en coma.

—¿Alguno de ustedes estaba fuera? —nos preguntó la enfermera cuando se reunió la familia en la habitación: Harold y Lenore, Ruth, nuestra madre, Graeme y Jess.

—Yo —le dije.

—La ha estado esperando —añadió.

Murió poco después.

Nuestros padres habían caído en las redes de un vendedor puerta a puerta de incineraciones y urnas a precio rebajado, por lo que, tras el funeral, la familia tuvo que recorrer varios kilómetros hacia el norte hasta llegar a la pequeña y sombría instalación donde se prestaban tales servicios: Dios nos libre de malgastar el dinero. Pero, tras pasar por aquella experiencia,

nuestra madre nos dijo: «¡Yo no pienso ir ahí!» Así que trasladé a Carl al cementerio de Mount Pleasant, donde nuestra madre podía visitarlo, y le prometí que la pondríamos junto a él. En aquel momento también me hizo jurar, por mis muertos, que no permitiría que la ingresaran en una residencia. Quería quedarse en su casa hasta el final.

En la portada del diario que empezó a llevar en 1997 para recordar qué poner en sus cartas semanales a sus queridas hermanas, nuestra madre pegó un breve texto con cinta adhesiva: «Este proyecto rinde homenaje al doctor Carl Atwood. Fue durante mucho tiempo miembro de la junta directiva de Elsa Canadá y miembro del Club Sierra. Era un hombre extraordinario, con intereses y conocimientos amplios y variados. Era un naturalista en el más puro sentido de la palabra: era leñador, piragüista, botánico, entomólogo, mastozoólogo, geólogo y silvicultor. El proyecto continúa su visión de proteger el hábitat natural de Canadá.» No sé muy bien cuál era «este proyecto», ya que hubo varios. Nuestra familia creó una Cátedra Carl Atwood, reconvertida ahora en el Coloquio Atwood de Ecología y Evolución que se celebra anualmente en la Universidad de Toronto. La última conferencia a la que asistí corrió a cargo de un especialista en parásitos de peces que concluyó su presentación con un vídeo de sí mismo cocinando y comiéndose una sanguijuela. Justo el tipo de cosas que Carl habría apreciado.

También habría apreciado el comentario de Jerry St. Denis, un hombre de la comunidad algonquina del lago Wolf originario de Abitibi, Quebec, que ayudó a Harold a levantar el suelo de nuestra cabaña de madera cuando —después de cuarenta años— empezaba a hundirse. Cari lo había construido sin usar herramientas eléctricas, sólo con un hacha. Jerry, que sabía de madera y de hachas, acarició con mimo uno de los troncos. «¡El muy cabrón no fallaba un golpe!», exclamó.

33

Alias Grace

El 17 de enero de 1994, en el marco de la campaña promocional de *La novia ladrona*, partí hacia Nueva York. Nan Talese, que por entonces tenía su propio sello en Doubleday, había logrado meterme con calzador en el show de *Charlie Rose*, un programa televisivo muy apreciado por las estrellas de cine y los expertos. Luego tomaría un vuelo nocturno a Los Ángeles, donde haría escala para poner rumbo a Santa Bárbara, donde daría una conferencia. Phoebe la Agente se reuniría allí conmigo.

En el aeropuerto Pearson de Toronto se me ocurrió echar un vistazo a una pantalla de televisión. Había habido un gran terremoto en Los Ángeles, y parte de la autopista de Santa Mónica se había hundido. Phoebe la Agente vivía en Santa Mónica. ¿Estaría bien?

Grabé el programa con Charlie Rose, al que causé una cierta alarma. Intentamos ponernos en contacto con Phoebe, pero se habían caído las comunicaciones con Los Ángeles y mi vuelo se había cancelado. Reservé otro a San Francisco, lo que me permitiría conectar con Santa Bárbara, y la publicista Marly Rusoff y yo nos quedamos a dormir en casa de Nan Talese. Al levantarnos por la mañana lo encontramos todo cubierto de hielo. Llamamos a un taxi, pero el taxista se lo pensó dos veces y se alejó a toda pastilla. Marly cruzó corriendo la calle hasta un hotel que había cerca, vestida con el albornoz y las zapatillas de Nan, y allí atrapó otro taxi para

mí: se plantó al lado para evitar que escapara. Resultó que era el primer día de trabajo del taxista. Nos dirigimos hacia Kennedy, aunque él no parecía saber dónde estaba. En la autopista, los camiones nos adelantaban a toda velocidad, salpicándonos de nieve fangosa. Como los limpiaparabrisas no funcionaban, se detuvo, paró el motor y salió con un trapo y una botella de limpiacristales, pero bloqueó las puertas, así que ni él podía entrar, ni yo salir. El taxi tenía una barrera de plexiglás entre los asientos de delante y atrás para evitar que los pasajeros asesinaran al conductor, pero ésta disponía de una abertura rectangular por la que se le podía dar el dinero. Utilizando las habilidades que había aprendido de adolescente para acceder al contenido del buzón de casa, logré introducir el brazo en sentido diagonal por la abertura hasta desbloquear la puerta del conductor.

Una vez en Kennedy, me dirigí a toda prisa al mostrador de facturación. Me dijeron que el vuelo estaba a punto de despegar, pero que si corría muy rápido podría llegar a tiempo. Esprinté hasta la puerta de embarque y bajé por la rampa. La puerta del avión aún estaba abierta. Tan ágil como un caballero que salta el foso mientras se alza el puente levadizo, me deslicé en el interior. «Vaya...», dijeron las azafatas. «Ya hemos reasignado su asiento preferente, pero quedan tres asientos libres en la parte de atrás. De todas formas, seguro que tampoco le apetece hablar con todos esos aburridos de la clase *business*.»

Error, pero daba igual.

En el hotel de Santa Bárbara me esperaba Phoebe la Agente.

—¡Estábamos muy preocupados por ti! —exclamé al verla—. ¡Por lo del terremoto!

—¡Ah!, ¿ha habido un terremoto? —preguntó—. No sabía por qué mi cuenco de pétalos de rosa se había caído de la repisa de la chimenea.

EL RETORNO DE GRACE

Estaba en Zúrich, alojada en un viejo hotel llamado Schwan. Como era habitual entonces, el hotel tenía un precioso papel de escritorio. Empecé a escribir en una hoja que llevaba un cisne en la cabecera. Una mujer caminaba mirándose los pies. Brotaban imposibles flores rojas de un sendero de grava. Luego había un sótano, y otra mujer de rodillas, con la sangre corriéndole por el rostro.

«¿Qué es esto, pues?», me pregunté. «¿Y quién es ella?»

Mis novelas suelen empezar así: con una escena, una imagen, unas pocas palabras. La escena inicial suele trasladarse a otra parte de la obra. *El cuento de la criada*, por ejemplo, comenzaba con la escena del ahorcamiento en grupo, pero esa parte acabó desplazándose hacia el final del libro. En *Alias Grace*, en cambio, la primera página siguió siendo la primera página.

¿Quién observaba las flores rojas brotar de entre la grava? ¿Y eran las mismas flores rojas que aparecían en *Los diarios de Susanna Moodie*, cuando iba a visitar el manicomio y contemplaba el pabellón cerrado? Decidí que tenía que ser Grace Marks, cuya historia había conocido inicialmente en el segundo libro de Susanna Moodie, *Life in the Clearings*.

En 1843 habían muerto asesinadas dos personas en la pequeña localidad rural de Richmond Hill, Ontario: Thomas Kinnear, un terrateniente de origen escocés, y su ama de llaves, Nancy Montgomery. Los encontraron en el sótano de casa de los Kinnear. A Thomas le habían pegado un tiro, mientras que a Nancy la habían golpeado en la cabeza, probablemente con un hacha, y después la habían estrangulado. Susanna Moodie decía que luego habían cortado el cuerpo de Nancy en cuatro partes, aunque yo eso no me lo creía: lleva tiempo cortar un cadáver, y además ¿para qué molestarte

cuando lo que quieres es huir de la escena del crimen, y más teniendo en cuenta que el cuerpo se encontraría en el sótano de todos modos?

El mayordomo, James McDermott, y la criada para todo, Grace Marks (una muchacha de dieciséis años), habían robado la carreta y los objetos de valor de Kinnear, y parte de la ropa de Nancy, y habían tomado un vapor de ruedas desde Toronto hasta Lewiston, en Estados Unidos. Fueron perseguidos, capturados y devueltos a Canadá para ser juzgados. En el juicio llegó a agolparse tanta gente en la sala que el suelo acabó hundiéndose. Los dos acusados fueron declarados culpables de asesinato, y ahorcaron a McDermott poco después. A Grace le conmutaron la pena por cadena perpetua, ya que se decidió que había sido una espectadora asustada más que otra cosa, y la trasladaron al recién construido Penal de Kingston. Sin embargo, en el cadalso, McDermott dijo que Grace lo había ayudado a estrangular a Nancy Montgomery. Las confesiones *in articulo mortis* siempre son ciertas. ¿O no?

Ésa era la cuestión que me planteaba ahora. Parecía que Grace creía que yo no la había retratado con fidelidad en *The Servant Girl*, la obra que había escrito a comienzos de la década de 1970 para la televisión, y quería que le echara otro vistazo. ¿Qué había pasado por alto?

Pues bastantes cosas, como tendría ocasión de descubrir. Para escribir la obra televisiva que me había encargado George Jonas, uno de los poetas a los que edité en House of Anansi, tan sólo me había basado en la versión de Moodie, en la que Grace era la instigadora. James McDermott, el mayordomo, había cometido físicamente el asesinato, pero, según Moodie, Grace lo había incitado a ello movida por su amor por Kinnear y sus celos de Nancy, la amante. Había engatusado al mayordomo con promesas de favores sexuales, pero cuando, muerta Nancy, James descubrió que en realidad era a Kinnear y no a él a quien Grace deseaba, mató también al

terrateniente. Susanna Moodie había visto a Grace en la cárcel de Kingston; por entonces se podía ver a los presos como a animales en un zoo. Más tarde se dictaminó que Grace no estaba en su sano juicio y la trasladaron al recién construido manicomio de Toronto, donde Moodie volvió a verla, tras lo cual declaró que ahora estaba loca de atar. Moodie termina su relato convencida de que en realidad Grace siempre había sido una demente, que eso explicaba sus acciones, y que Jesús la perdonaría una vez que llegara al cielo.

Pero el hecho de que Grace apareciera en el papel de escribir del hotel Schwan sugería que ahí no acababa la historia. Como decía Gwendolyn MacEwen en su poema «Pinos oscuros bajo el agua»: «Hay algo ahí abajo, y quieres que te lo cuenten.» Mi hermana Ruth actuó como investigadora principal del caso, rebuscando entre los archivos de la cárcel de Kingston —los que habían sobrevivido a un incendio— y los relatos de los periódicos de la época, incluida una supuesta confesión de Grace en la que decía que le había pedido a McDermott que no matara a Nancy dentro de la casa porque acababa de fregar el suelo. Ruth también buscó en los archivos del manicomio, y encontró una carta sobre Grace dirigida a la penitenciaría: Grace no estaba loca, decía el director; y, por favor, dejen de enviarme a todos estos falsos dementes.

Ruth y yo localizamos varios relatos de testigos, pero se contradecían entre sí. La casa estaba pulcra y ordenada; no, estaba hecha un caos. Grace era hermosa y rubia; no, era pelirroja. Y era alta; no, baja. Estaba enamorada de Kinnear; no, él estaba enamorado de ella. Encontramos las notas del juez, que resultaban indescifrables. Examinamos el cementerio presbiteriano de Richmond Hill, donde se sabía que estaban enterrados Nancy y Kinnear. Había un impresionante monumento a un tal Thomas Kinnear, pero aquel hombre tenía más de setenta años cuando murió, así

que no parecía plausible que hubiera podido ser el centro de un apasionado triángulo amoroso. Luego descubrimos que a Kinnear y Nancy los habían enterrado juntos, colocando el cuerpo de ella en sentido horizontal bajo los pies de él, como una alfombra. (Obviamente no podían estar uno al lado del otro, ya que no se habían casado.) Se había rodeado cada tumba de una valla: la de él blanca, la de ella negra; un doble rasero en el mundo de la decoración funeraria. Pero a finales del siglo XIX aquellos delimitadores de madera se habían podrido, y las autoridades parroquiales los habían quemado. Nancy y Kinnear seguían en el cementerio, pero ¿dónde, exactamente? ¿Cómo puedes contar la historia de alguien sin saber cuántos años tenía?

Aileen Christianson, a quien habíamos conocido en Escocia allá por 1979, acudió al rescate. Logró dar con Kinnear: tenía poco más de cuarenta años cuando murió, y era el hermanastro menor de Charles Kinnear, que se las había arreglado para figurar en el *Burke's Peerage*, el prestigioso libro de genealogía de la aristocracia de Gran Bretaña e Irlanda. Charles había registrado la muerte de Thomas el mismo año en que éste había emigrado a Canadá y no se hacía mención alguna del asesinato, puesto que morir asesinado se consideraba deshonroso. Saltaba a la vista que Thomas era lo que se conocía como un «remesero», es decir, alguien a quien la familia pagaba para que permaneciese fuera de Gran Bretaña. Supuse que tuvo algún problema de faldas. (Nancy estaba embarazada en el momento de su muerte.)

También intentamos localizar a la familia Marks. Eran irlandeses protestantes, no católicos: la mayoría de los emigrantes irlandeses anteriores a la Gran Hambruna habían sido protestantes. ¿Cuántos hijos tuvieron? Muchos. Pensamos que el señor Marks no habría viajado con tantos hijos y sin la compañía de una esposa; sin embargo, en el censo de

Toronto del año de su llegada no aparecía ninguna esposa. Posiblemente muriera en el barco, como les ocurrió a muchas, y así lo plasmé en la novela. Con respecto al material censal, y la información sobre el carácter y el aspecto de Toronto en aquella época, contamos con la ayuda del historiador Ramsay Cook. También pude recurrir al trabajo que yo misma había realizado en *Days of the Rebels: 1815-1840*, la historia parcial de Canadá que había escrito para Jack el Pieza. Grace había llegado poco después de la Rebelión de 1837, cuyos efectos todavía se dejaban sentir, con los reformistas asumiendo el papel del pueblo llano y los conservadores el de la clase terrateniente.

¿Fue Grace quien instigó el crimen, como pretendía la prensa conservadora: una mujer malvada y manipuladora que había ayudado a matar a Nancy movida por una mezcla de celos y arrogancia? ¿O era una tímida e inocente muchacha que actuó bajo las amenazas de McDermott y se vio obligada a huir con él, como creía la prensa reformista? Una vez ahorcado McDermott, Grace fue la única de los cuatro habitantes de la casa de los asesinatos que quedó con vida, y nunca lo aclaró. Tras la publicación del libro, descubrimos su nombre en el cuestionario de «salida» que había firmado al abandonar el penal en 1867 (el año en que se fundó la Confederación Canadiense) en virtud de una amnistía general. Cuando le preguntaron qué la había llevado a la cárcel, no dijo que lo hubiera hecho, pero tampoco lo negó. Se limitó a decir: «Haber trabajado como empleada en el mismo hogar que un sinvergüenza.» Muy cautelosa.

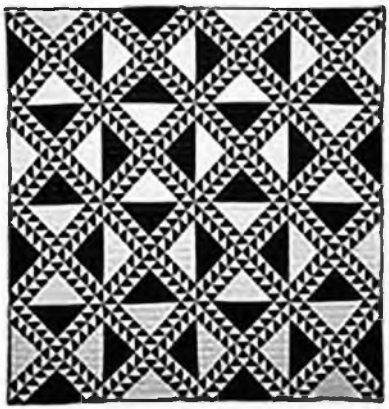
Yo me proponía escribir un libro que no contradijera ninguno de los dos relatos dispares. Con respecto a si Grace asesinó a Nancy o no, había pruebas en ambos sentidos. Había avanzado un centenar de páginas del libro; mi narrador era una voz en tercera persona que representaba a Grace. Estábamos de nuevo en el sur de Francia. De camino a un evento en París

en tren me entró un terrible dolor de cabeza, y al mismo tiempo comprendí que tenía que descartar gran parte de lo que había escrito: es difícil tener a un narrador artero en tercera persona, a menos que demos por hecho que el narrador (el autor) nos está mintiendo. En cambio, un narrador en primera persona puede mentir, y ocultar, y omitir cosas, y con frecuencia lo hace. Cuando se cuenta una historia, siempre hay un oyente, declarado o implícito; y siempre hay una razón por la que se le cuenta la historia a ese oyente.

Volví a empezar, esta vez con Grace hablando en primera persona, y todo fue mejor. También aparece una voz en tercera persona: la de Simon, un joven «alienista» interesado en las teorías prefreudianas de la mente y el inconsciente, a quien contratan los partidarios de Grace para tratar de demostrar su inocencia. Él escucha la narración oral de Grace, quien, obviamente, presenta sus propios actos bajo el sesgo más favorable, y nosotros escuchamos su relato interior. Ambos difieren en cierta medida, como te puedes imaginar.

Las diversas partes de *Alias Grace* toman su nombre de distintos patrones de acolchado. El acolchado o confección de edredones era una importante actividad para las mujeres de Ontario en aquella época, y los nombres de los patrones resultaban muy sugerentes, en tanto que brindaban posibles asociaciones que cada uno podía establecer a su antojo. Después de que Ruth y yo examináramos las investigaciones sobre los patrones del siglo XIX y yo eligiera los que me parecían más apropiados, Ruth dibujó los diseños que aparecen antes de cada sección: «El borde dentado», «El camino pedregoso», «Corazones y mollejas», «La dama del lago». Este último no se llama así por el poema homónimo de sir Walter Scott, muy conocido por entonces, sino por un famoso barco de vapor de ruedas que a su vez tomaba el nombre del poema. Al principio yo no lo entendía —no había nada en el

patrón de acolchado que recordara a una dama—, pero, cuando sabes lo del vapor de ruedas, resulta obvio. ¿Ves las ruedas de paletas del barco? (fíjate en las formas romboidales compuestas por cuatro cuadrados y verás las paletas blancas girando en un movimiento de rotación).



Dibujado por Ruth Atwood

En la primera edición del libro se confundieron los diseños de «El cajón secreto» (¿qué secreto guardaba?) y «La valla en zigzag» (¿representaba a una serpiente?, ¿y quién era?), pero nadie pareció advertirlo, y corregimos el error en la edición siguiente.

Además de los patrones de acolchado, cada sección se inicia con dos citas: una procedente de las pruebas y relatos documentales reales, y otra de la poesía imaginativa o la ficción de la época. Por algo yo había sido especialista en literatura victoriana. Uno de los aspectos más fascinantes de Grace Marks era el modo en que actuaba como una especie de lienzo en blanco sobre el que muchas personas —muchos hombres, porque todos los autores excepto Moodie eran hombres— proyectaban sus ideas sobre las

mujeres. Por ejemplo, Grace era una debilucha: se desmayó en la sala de justicia, lo que jugó a su favor. En cuanto a Susanna Moodie, mi teoría es que convirtió a Grace en la instigadora del crimen porque ése era el papel protagonista. A Moodie le gustaba situar a las mujeres en el centro de la acción, y, si Grace no podía ser la instigadora, quedaría relegada al papel de víctima temblorosa sobre la que otros actuaban, en lugar de actuar ella por iniciativa propia.

Elegí el cuadro para la cubierta: el retrato que Dante Gabriel Rossetti había hecho de su modelo, amante y luego esposa, Elizabeth Siddal, un retrato que empezó antes de que ella se quitara la vida y terminó después de aquello. La muchacha exhibe un rostro apropiadamente inexpresivo, como de muerta en vida, que me pareció perfecto para ilustrar el libro. Se diría que está en trance, y de hecho Grace entra en trance en la novela... ¿o no? A mediados y finales de la época victoriana se produjo el apogeo del espiritismo: sin duda los muertos podían hablar a través de médiums. Muchos de ellos eran fraudulentos, pero siempre existía la posibilidad (la esperanza, el temor) de que algunos fueran auténticos. La señora Moodie y su hermana, Catharine Parr Traill, participaban en sesiones espiritistas con mesas danzantes y utilizaban una primitiva *ouija* con una flecha que señalaba las letras.

En la primavera de 1996 la novela estaba terminada. Graeme y yo pasábamos unos meses en Irlanda, en la región de Cork Oeste, cerca de un pueblecito llamado Newmarket en inglés y Áth Trasna («vado a través del río») en gaélico. Nos contaron una historia posiblemente apócrifa: que el verdadero nombre del lugar era «playa apestosa». Mucho tiempo atrás se había librado una feroz batalla junto al angosto estuario de Áth Trasna, y los cadáveres habían quedado abandonados en la playa. Bajó la marea y los arrastró al mar. Luego, al subir, los devolvió de nuevo a la orilla. Tras

repetirse varias veces ese ciclo, la playa se convirtió en un lugar muy apestoso.

El mercado local de la zona se hallaba en Skibbereen, una de las poblaciones más afectadas por la Gran Hambruna irlandesa. Un día, mientras estábamos comprando, vimos un furgón blindado y a un grupo de policías fuertemente armados en la puerta de un banco.

—¿Ha habido un atraco? —preguntamos.

—No, no, siempre hacen eso —nos aclaró nuestro informante—. Es por el IRA. Les gusta asaltar los transportes de dinero.

Por entonces el IRA aún seguía activo. Mientras nosotros estábamos allí, hicieron estallar una bomba en la zona portuaria de Londres; más tarde supimos que los planes del atentado se habían urdido a sólo treinta kilómetros de donde nos alojábamos.

Mi madre aún conservaba su espíritu de aventura y vino a visitarnos; y en la misma época murió en Toronto nuestro querido gato *Blackie*, el que allá por 1981 solía saltar de tejado en tejado con un vestidito de muñeca. Se lo rememora en el cuento «Morte de Smudgie», incluido en *Perdidas en el bosque*. (Sí, es cierto que escribí una versión gatuna de la «Morte d'Arthur» de Tennyson, y es cierto que mi hermana metió a *Blackie* en el congelador para que yo pudiera darle un funeral de Estado a mi regreso.)

Luego llegó la hora de revisar las galeradas del manuscrito de *Alias Grace*, que me remitió mi editora canadiense, Ellen Seligman, de McClelland & Stewart, con la ayuda de Nan Talese (Doubleday) y de Liz Calder (ahora en Bloomsbury). Eso era antes del correo electrónico: tenía que mandarse el manuscrito en papel por envío urgente; pero nuestra casa no tenía una dirección oficial, de modo que acordé con la empresa de mensajería que señalaría mi ubicación colgando un paño de cocina en un arbusto espinoso en el exterior. Eso funcionó de perlas.

Mi momento favorito de la gira de promoción de *Alias Grace* fue con Studs Terkel, un enérgico radical de los años treinta que tenía un programa de entrevistas radiofónicas en profundidad en Chicago. Yo había hecho mi primer programa con Studs en 1976, cuando estaba embarazada de seis meses, y le tenía mucho afecto. Él siempre se leía los libros, y acudía a sus entrevistas con un ejemplar lleno de páginas con las esquinas dobladas, notas adhesivas y textos resaltados con lápices de colores.

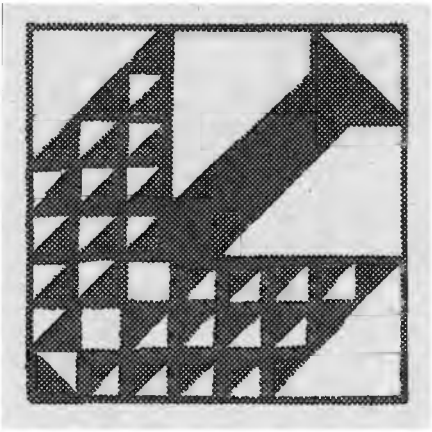
Alias Grace se inicia con una balada callejera como las que se popularizaron en el siglo XIX: así era entonces como mucha gente se enteraba de las noticias. La balada relata los asesinatos y el juicio, y termina con la piadosa esperanza de Moodie en la redención *post mortem* de Grace.

—Margaret, Margaret... —me espetó Studs—. ¿De dónde has sacado esa balada? He buscado y buscado, y mi amigo, que es una autoridad en baladas callejeras canadienses, ¡tampoco ha podido encontrarla!

—Studs —le dije yo—, me la he inventado.

Alias Grace fue preseleccionada para el Premio Booker, pero no lo ganó. La presidenta del jurado era Carmen Callil, antaño en la editorial feminista Virago Press, que anunció en su discurso que ya habíamos tenido una buena dosis de antiguas colonias y de países celtas, y que ya era hora de que lo ganara un varón inglés. Por entonces, la novelista Beryl Bainbridge y yo competíamos por ver cuál de las dos podía ser nominada al Booker más veces sin llegar a ganarlo. Hasta la fecha, íbamos a la par.

Recibí mucha correspondencia sobre *Alias Grace*. Algunos de sus autores querían saber si eran parientes de Grace (poco probable). Varios fans confeccionaron el edredón que hace ella al final del libro —«El árbol del paraíso»—, y me enviaron fotos y, en algunos casos, el edredón propiamente dicho.



Dibujado por Ruth Atwood

Tuvimos varias propuestas cinematográficas, entre ellas una de una joven Cate Blanchett, pero se quedó embarazada y el proyecto se desvaneció. Una misiva especial fue de una actriz de dieciocho años, pero ya muy conocida, llamada Sarah Polley. De niña había protagonizado *Heaven on Earth*, el telefilme que yo había escrito con Peter Pearson sobre los huérfanos Barnardo. Sarah contaba que había leído *Alias Grace*, había quedado completamente fascinada, y quería convertirla en una película. Lo haría al cabo de dos décadas.

Varios años antes, a instancias de Matthew, yo había comprado una casa para que Shirley Gibson viviera en ella. El casero de su anterior apartamento lo necesitaba para ampliar su propia familia. Durante un tiempo Shirley estuvo viviendo a disgusto en otro piso: no estaba separado del resto de la casa y los demás inquilinos pasaban demasiado cerca de su puerta.

«No lo hagas», me había dicho Graeme, pero Shirley no daba tregua a los chicos. Matthew y yo aprovechamos un viaje de Graeme y, sintiéndonos como traviesos delincuentes, buscamos una casa adecuada, cuyo precio pudiera permitirme. Por entonces el mercado inmobiliario estaba difícil, pero, con la ayuda de Fanny Silberman, la madre de Rosie Abella —que me había ayudado en la compra de mi propia casa—, encontramos una vivienda de tres dormitorios en la zona residencial de Cabbagetown que yo podía asumir. Shirley me pagaría un alquiler simbólico. La gente se sorprendía de mi buen corazón, pero no se trataba de eso: yo sólo quería quitársela de encima a los chicos, que estaban preocupados a todas horas.

Una vez que se hubo mudado, Shirley bombardeó a mi asistente ejecutiva de entonces, la imperturbable Sarah Cooper, con una letanía de quejas. Lo que de verdad quería, me dijo Fanny, era una casa más grande que la que teníamos Graeme y yo. Con el tiempo se había vuelto cada vez más paranoica y había empezado a negarse a tomar su medicación para la hipertensión. Al final su ansiedad creció hasta tal punto que ya no podía vivir sola en la casa, e instalar un sistema de alarma no haría sino aumentar su ansiedad. De modo que se decidió que se trasladara al Albergue de las Artes Escénicas, donde podría sentirse más segura.

Fanny se comprometió a vender la casa mientras Graeme y yo viajábamos por Europa para promocionar *Alias Grace*, y para ello organizó una jornada de puertas abiertas. El día señalado llamó al timbre, pero no hubo respuesta. Entonces telefoneó a Matthew, que fue a la parte de atrás y miró por la ventana de la cocina. Shirley estaba tendida en el suelo. Matthew rompió la ventana, cortándose y chorreando sangre por todas partes, y entró: Shirley estaba muerta.

«Nunca había visto nada tan terrible», declaró Fanny, lo cual debería habernos alertado del hecho de que se le estaba yendo la cabeza, como

pronto se haría patente. Fanny era una superviviente de Auschwitz: había visto un montón de cosas mucho más terribles. (En mi relato «Las entidades», incluido en *Desorden moral*, Fanny se llama Lillie; es mi pequeño tributo a una persona excepcional.)

Fanny siguió mostrando la casa, pero decía que era sombría.

—Fanny, ¿crees que Shirley la ha embrujado? —le pregunté (aunque Graeme dijo que «Shirley nunca haría algo tan vulgar»).

—Tú lo sabes todo —me respondió Fanny enigmáticamente.

A través de canales arcanos me hice con varios exorcistas de los del cristal y el incienso. No les dije nada. Examinaron toda la casa.

—Ahora no hay nada —declararon—, pero alguien murió aquí —añadieron señalando el suelo de la cocina.

Yo les confirmé que, en efecto, así era.

—Debía de querer una salida rápida —me dijeron—. Esto es un portal por donde los entes entran y salen.

—¿Creen que podrían pedirles que cerraran el portal y lo trasladaran al patio de atrás? —pregunté yo.

Pensaban que era factible. Hicimos algunas danzas levógiras acompañadas del tintineo de unas campanillas, y dejamos ramitas de salvia en los cajones de la cocina. Graeme se negó a tener nada que ver con tales procedimientos. Esperó fuera, en el coche, fumando cigarros.

Al final vendí la casa a unos amigos de Matthew: dos diseñadores gais que tenían un gato. Les hice un buen precio, por si todavía quedaba algún ente.

34

El asesino ciego

Margaret, nuestra intrépida madre, había declarado que quería seguir viviendo hasta el año 2000, «para ver qué pasa». Por entonces ya no veía gran cosa, aunque aún distinguía las luces brillantes. En Nochevieja Ruth y yo lanzamos algunos fuegos artificiales en el patio trasero para ella. Mi hermana se encargó de encenderlos, pero funcionaron mal y prendieron fuego al denso montón de maleza seca que había allí. Ruth empezó a bailar alrededor del fuego, intentando evitar que las llamas la alcanzaran, mientras las apagaba a pisotones.

—¿Puedes ver eso, mamá?

—Sí. —En efecto, algo veía: nos dijo que era un espectáculo bastante bueno.

Había ido menguando poco a poco. A los setenta y cinco años dejó el baile sobre hielo —valses, tangos, foxtrots— por temor a caerse y romperse un hueso. Siempre había sido una gran nadadora, pero también lo dejó. A los ochenta y cuatro anunció que ya no volvería a encaramarse a su tejado para quitar las hojas de los canalones. «¡¿Dices que hasta ahora has estado haciendo *qué*?!» Poco después, mientras trabajaba en el jardín, se cayó en el pozo de ventana y tardó cuatro horas en salir. Me lo contó al día siguiente.

YO: ¿No llevabas encima el botón de alerta médica?

ELLA: Olvidé pulsarlo. (*Traducción: puedo cuidar de mí misma.*)

YO: ¿Por qué no me llamaste?

ELLA (*bastante ofendida*): ¡Pero si estaba fuera!

Sufría glaucoma, y a pesar de ello escribía un diario desde enero de 1997. El 23 de octubre de 1998 estaba desenterrando las tomateras y ocupándose de su pila de compost. El 24 de octubre dice: «No veo lo bastante para leer y escribir. Peggy me ha llamado por teléfono y se lo he dicho. Está haciendo gestiones para conseguir pronto una cita con (indescifrable).» El 25 de octubre el diario se interrumpe, pero no antes de que escribiera: «Hemos comido al aire libre. Graeme nos ha hecho una comida deliciosa.» La última palabra que aparece es «Matilda». No tengo ni idea de quién o qué era.

Para entonces (ignorando sus protestas) le habíamos conseguido asistencia diaria. Eso fue después de que descubriéramos que el horno de microondas estaba carbonizado porque se había incendiado. También había estado sufriendo varios accidentes isquémicos transitorios, pequeños derrames que no podían verse en un escáner y que supuestamente no causaban daños permanentes. Pero, con la mujer que la asistía, aún podía salir a pasear.

En junio de 1999 le organizamos una fiesta por su noventa cumpleaños en el patio trasero. Tuvimos marquesinas por si llovía, globos, tarta y toda la historia. Vino gente de aquí y de allá. ¿Lo disfrutó? Tal vez. Siempre hay algo triste en este tipo de celebraciones. El largo adiós, como decía Raymond Chandler.

Yo había estado garabateando una novela titulada *El asesino ciego*. Había partido de la idea de escribir sobre las generaciones de mi abuela y de mi madre —entre ambas abarcaban todo el siglo XX, una época tumultuosa y llena de cambios, incluidas las dos guerras mundiales, la llegada del teléfono, el automóvil, el cine, la radio, la televisión y los inicios de internet —, pero ambas mujeres eran demasiado afables para que yo las metiera en una novela.

La empecé tres veces. La primera vez la anciana protagonista había muerto, y su pariente más joven descubría su historia a través de unas cartas que hallaba en una sombrerera en su desván. «No, eso no funciona, y además resulta demasiado previsible: ya hemos visto demasiados escondrijos de cartas en desvanes», pensé. Fuera la sombrerera. A continuación probé con una anciana esquiva y testaruda que aún vivía. La sombrerera se transformaba en una maleta que guardaba un álbum de fotos, y dos reporteros o historiadores entrometidos, una mujer y un hombre, intentaban sonsacarle su historia a la anciana, en especial lo referente a su hermana muerta: ¿asesinato o suicidio? Pero los dos jóvenes iniciaban una aventura, a pesar de que el hombre estaba casado y tenía gemelos. La pareja adúltera no tardó en apoderarse del libro, así que tuvieron que exiliarse a un cajón donde pudieran fornicar y dramatizar su situación a placer.

¿Qué hacer? Al final dejé que mi protagonista, la anciana Iris Chase, hablara por sí misma. «Diez días después de terminar la guerra mi hermana Laura se despeñó con el coche desde un puente», empieza diciendo. Su narración en primera persona se alterna con otras dos historias: una compleja novela titulada «*El asesino ciego*, por Laura Chase», y varias noticias de periódicos y revistas que informan sobre los acontecimientos que está describiendo Iris y que chocan con su propia versión de ellos. Tras estudiar el estilo, el contenido, el vestuario a la moda, los colores de la

época y las noticias de prensa, me inventé todos esos reportajes salvo uno: el de la revista *Mayfair* de julio de 1936. El fragmento correspondía a una columna de viajes repleta de adjetivos y obsesionada con la alta costura que describía una travesía trasatlántica en las cubiertas superiores del *Queen Mary*. Curiosamente, parece el más artificial de los extractos.

La estructura del libro es la de un juego de muñecas rusas. Los extractos de periódicos y revistas nos presentan la historia desde fuera. La narración de Iris Chase es la siguiente capa, que contradice a la primera y relata su propia versión de la historia de su familia: próspera a principios de siglo, cuando en Ontario abundaban los negocios pequeños pero florecientes en pueblos pequeños pero florecientes, y luego venida a menos durante la Primera Guerra Mundial, la década de 1920 y más tarde la Depresión. Mediante un acuerdo comercial, Iris se casa con un hombre rico pero despiadado: él obtiene prestigio social y ella saca de apuros a su familia. A su hermana menor, Laura (una muchacha idealista), ese arreglo le resulta demoledor. Entonces Laura despeña el coche de Iris desde el puente de St. Clair y muere en la caída. ¿Por qué?

La tercera capa, la más interior, es la historia de la novela *El asesino ciego*. Una mujer casada originaria de una familia acomodada tiene una aventura en un barrio de mala fama de Toronto con un izquierdista de la década de 1930 resentido por la clase a la que ella pertenece. Se ha ganado la vida a duras penas escribiendo para «revistas baratas» de ciencia ficción, como hizo en sus inicios Ray Bradbury, y empieza a hablarle a su amante de la historia que tiene entre manos, ambientada en el planeta Zicrón, y protagonizada por un hombre al que se le da muy bien asesinar porque puede «ver» en la oscuridad. El trasfondo más profundo de esta situación probablemente fuera el relato de H. G. Wells «El país de los ciegos»: un explorador encuentra una especie de Shangri-La donde nadie tiene ojos, y

cree que puede gobernar a sus habitantes porque puede ver. Pero él sólo puede ver a la luz del día, mientras que sus potenciales súbditos se desenvuelven igual de bien en la oscuridad. Su amada le dice que no puede casarse con él hasta que le quiten esas dos feas protuberancias de la cara, y él se apresura a escapar antes de que los lugareños le arranquen los ojos. Como ves, yo tenía muy presente el tema de la ceguera, puesto que me enfrentaba a ella a diario conforme a mi madre le iba fallando la vista.

El modelo en el que basé el «libro dentro de un libro dentro de otro libro» que es «El asesino ciego» —una obra con tintes sexuales vilipendiada en Canadá por obscena tras su publicación después de la muerte de Laura Chase— fue la novela *En Grand Central Station me senté y lloré* (1945), de Elizabeth Smart, inspirada en su romance con el poeta británico George Barker. La madre de Smart, un personaje de la alta sociedad, creyó que la novela la desacreditaba, de modo que utilizó su influencia política para lograr que se prohibiera, y luego localizó todos los ejemplares que pudo encontrar en Canadá y los quemó. Yo quería reproducir una cita de Smart entre las de la portadilla del libro, pero no obtuve respuesta del organismo que controlaba los derechos de autor, así que, en lugar de ello, utilicé la inscripción de una urna funeraria cartaginesa, de mi propia cosecha. (Hasta donde yo sé, sólo una persona detectó la falsedad.)

He aquí la descripción de *El asesino ciego* que aparece en la solapa interior de la sobrecubierta de la edición original, un texto que sirve tan bien como cualquier otro para transmitir su talante:

> *El asesino ciego* describe un arriesgado romance en los turbulentos años treinta entre una joven adinerada y un hombre fugitivo. Durante sus encuentros secretos en cuartos alquilados, los amantes urden una fantasía de literatura barata ambientada en el planeta Zicrón. Conforme

la historia inventada se complica a través del amor, el sacrificio y la traición, también lo hace la real.

CÓMO DOY NOMBRE A MIS PERSONAJES

¿Por qué Iris Chase se llama Iris Chase? ¿Por qué Laura se llama Laura? Hace poco hablaba en un almuerzo de la forma en que doy nombre a mis personajes, y mi compañera de mesa me dijo: «Deberías incluir eso en tus memorias.» Así que aquí está:

1. Considero el año en que nace el personaje, y dónde. Ciertos tipos de nombres han sido más comunes en determinados años y lugares. Los nombres bíblicos abundaban en los círculos puritanos del siglo XVII: Ezequiel, Jeremías, Hefzibah; mientras que los anglosajones y los latinizados (Cedric, Una) eran populares en la Inglaterra del XIX. Pero los nombres pueden pasar de moda y perder popularidad en favor de otros más novedosos. Y, a su vez, los nombres desaparecidos pueden volver o no. Hoy en día, por ejemplo, ya no hay Marjories, y las Robyn son cada vez menos; Sarah y Jessica han ido desapareciendo, pero Lily y Amelia han vuelto tras haber estado ausentes a mediados del siglo XX.
2. Las gemas y las flores tuvieron su turno en la primera parte del siglo XX, cuando nacen Iris y Laura.
3. ¿Qué significa un nombre en realidad? Después de haber dedicado mucho tiempo a examinar los nombres de las novelas decimonónicas —Scrooge, Gradgrind, Heathcliff, Linton—, siempre busco aquellos cuyo simbolismo espero plasmar. Iris es la mensajera griega de los

dioses; de ahí que resulte un nombre apropiado para una mensajera que lleva la verdad de un reino (el pasado, el de los muertos) a otro. Laura procede de «laurel», sagrado para Apolo desde su inoportuna persecución de la ninfa Dafne, quien en algunas versiones del mito se transformó en un árbol de laurel. En este aspecto, hay libros y sitios web que son de gran ayuda. También lo son los nombres de santos. Si hablamos del nombre de un santo o una santa, ¿qué auspicia exactamente? Por ejemplo, podrías llamar a un personaje Afra, sólo para descubrir que santa Afra es la patrona de las prostitutas penitentes, algo que quizá no encaje con el personaje que estás creando.

4. A menos que se trate de dos gemelos, no incluyo en una misma novela dos nombres con la misma inicial: el lector tendrá problemas para distinguir a Marion de Millie y a Joe de Josh. Lo mismo ocurre con el color del cabello.
5. También los apellidos deben considerarse con atención. *Chase* resulta ser uno de los apellidos que surgen en mi árbol genealógico, pero en inglés también significa «caza» y, por libre asociación, puede aludir de manera indirecta a la cualidad de «casto» (*chaste*) y a la «castidad» (*chastity*).

Por supuesto, uno siempre puede limitarse a llamar a todo el mundo John y Mary, y no complicarse la vida, como hice yo misma en mi relato breve «Finales felices».

El asesino ciego se publicó en el otoño de 2000. El entonces director de *Saturday Night*, John Fraser, que había definido *La novia ladrona* como una

«nueva novela con mala baba de Margaret Atwood» en la portada de su revista, afirmó que *El asesino ciego* hablaba de su familia.

—¡No lo dirás por Richard! —le dije yo mencionando al peor hombre del libro.

—Ven al club y te enseñaré a tres Richard —me respondió.

—¡No lo dirás por Winifred! —añadí nombrando esta vez a la espantosa hermana de Richard.

—Winifred es mi tía.

Parece que al menos había tocado algunas fibras sensibles. Hice un prelanzamiento de la novela en Whitehorse, Yukón, a nuestro regreso de un viaje a los páramos de las montañas Mackenzie, una remota extensión mesetaria de los Territorios del Noroeste que, debido a su altitud, reproduce las condiciones de la tundra al norte del Círculo Polar Ártico. Whitehorse es un punto de partida para excursiones en canoa y expediciones por la naturaleza, además de un refugio para artesanos, y personalmente me gusta mucho. Allí abundan las excentricidades, incluso entre la vida silvestre. Por ejemplo, al ayuntamiento decidió instalar farolas sensibles a la oscuridad que se encendieran tras la puesta de sol: los cuervos de la zona se dieron cuenta de que durante el día podían posarse en los sensores, hacer que las luces se encendieran, y calentarse el trasero a costa del contribuyente. ¡Muy listos los cuervos!

Durante mi estancia en Whitehorse, desayuné con cuatro mujeres piloto de avioneta. Me dieron la siguiente receta: 1) guarda la pelusa de la secadora; 2) guarda los cabos de las velas; 3) guarda las hueveras de papel prensado; 4) mete la pelusa en los compartimentos de los huevos; 5) derrite los cabos de las velas y vierte la cera líquida sobre la pelusa; déjalo enfriar, y luego córtalo en forma de cubitos. «¡Tendrás las mejores pastillas para encender fuego que hayas visto nunca!» Llevo haciéndolo desde entonces:

las pastillas arden estupendamente, y se han hecho muy populares entre aquellos de mis parientes que tienen estufas de leña.

Sin embargo, en esa época ocurrió algo malo en el mundo editorial. Apareció una pésima crítica en *The New York Times*: su autor era amigo de la novelista Mary McCarthy en 1986 (cuando ella escribió una reseña negativa de *El cuento de la criada* en el mismo periódico) y estaba claro que me miraba con los mismos malos ojos. *El asesino ciego*, aseguraba él, era una novela terrible. ¿Cómo había podido escribirla? Debería sentirme avergonzada. Y otras cosas por el estilo.

No se me da muy bien sentirme avergonzada, y menos aún tras haber sobrevivido al particular baño de ácido que experimenté con aquellas desagradables preadolescentes en 1949. («¡Vete a escupir a la vía, mamarracho!», fue mi meditada respuesta. Lo de «vete a escupir a la vía» era un graeme-gibsonismo que yo he interiorizado.) En cambio, los editores estadounidenses optaron por esconder la cabeza bajo el ala o mirar hacia otro lado, como es su costumbre cuando las cosas van embarazosa y públicamente mal. Entonces *El asesino ciego* ganó el Premio Booker. «¡Vaya!», pensé. «Ya no tendré que lidiar con periodistas que me pregunten por qué no he ganado el premio, sino sólo con los que me dirán por qué no tendrían que habérmelo dado.»

Cada Navidad yo solía dibujar un *Book Tour Comix* sobre la última gira de promoción y enviárselo a mis editores, así que dibujé éste:

El cómic de la gira de promoción- N.º 4.397: El ase ciego
Agosto de 2000: nuestra heroína se pone en marcha... / ¡La próxima vez no escribiré un libro tan [*@!*] pesado! / El tocino ciego // ¡Debut en Whitehorse, Yukón! / Leeré el primer capítulo de *Hasta un ciego lo vería*... // Todo va bien, hasta que un crítico se expone en el *N. Y. Times*... / ¡Me río yo de este libro! / ... aterrorizando a los editores... / El estoicismo siempre viene bien... / Mary McCarthy escribió una mala crítica de El cuento de la criada… / y luego se murió. / ... y también el mal gusto. // perseguida por los chicos del National Post, todos de doce años... / ¡Qué monos! / ¡Mala crítica! ¡risita! ¡burla! / ¡Ji, ji! / ... con pajarita y espuma para el pelo. Ser mundialmente famosa en Canadá tiene su gracia. // Se suceden los acontecimientos... / Ha ganado el Premio Hooker. / ¡Imagínate! / ... dando lugar a chismorreos... // ... y entrevistas... / ¿Cómo escribió El homicida tuerto? / Con un lápiz. / ¡Ojalá estuviera en deportes! // ... y, finalmente, de vuelta en el escritorio... / Llamadme Ismael. / No, creo que esto ya se ha hecho... // M. Atwood 2001.

Ahí se resumía todo. Fuera como fuese, los editores estadounidenses se recuperaron de su susto inicial después de ver las cifras de ventas.

¿Fue divertido ganar el Booker? Mentiría si dijera que no lo fue; pero, siendo canadiense como soy, y sabiendo que la celebración sin paliativos de los propios logros constituye una grave violación de la etiqueta, añadiré que me equivoqué de zapatos y me pellizcaban los dedos de los pies, y que, cuando me preguntaron cuál había sido la principal influencia en mi obra, respondí que fue un libro infantil titulado *El cuento de Jemima Pata-de-charco*, de Beatrix Potter. ¿Por qué esperar a que otros te pongan en ridículo? Mejor adelantarse y hacerlo una misma.

Lo mejor del caso fue que me reencontré con mi primera editora inglesa, Diana Athill, antaño en André Deutsch. Le di las gracias públicamente en televisión, ella lo escuchó, y nos reunimos. Luego nos mantuvimos en contacto hasta su muerte, que le llegó a una edad muy avanzada; Diana escribió varios libros maravillosos sobre su infancia y sus días en el mundo editorial: *Stet (vale lo tachado)*, *Yesterday Morning* y *Antes de que esto se acabe*.

Perdí mi apuesta con Beryl Bainbridge. Pero ella recibió el título británico de Dame y una recompensa póstuma. La página web del Premio Booker reza: «Beryl Bainbridge, fallecida en 2010, fue una auténtica heroína del Premio Booker. Aunque fue preseleccionada cinco veces para optar al Premio, nunca llegó a ganarlo. Esto se corrigió en parte en 2011, cuando, tras una votación pública, su novela *Master Georgie*, preseleccionada en 1998, ganó un premio único: el Premio Booker de Beryl.»

Como los canadienses son propensos a ofenderse por el éxito de otros canadienses, yo sabía que sólo era cuestión de tiempo que alguien hiciera sangre. Anduve mirando por encima del hombro, pero el golpe vino de donde menos lo esperaba. Mi editorial canadiense me había insistido para que concediera una entrevista al periódico nacional, *The Globe and Mail*, y

finalmente accedí a hacerla con una reportera a quien no conocía. Se llamaba Jan Wong. Yo ignoraba que había sido estudiante en China durante la Revolución Cultural, y que, según su propio relato, la había apoyado y había denunciado a su compañera de piso a los Guardias Rojos. Cuesta que alguien abandone el hábito de traicionar a la gente, derrocar a la clase dirigente o apuñalar a cualquiera que perciba como un objetivo injustamente magnificado, una vez que ha probado la sensación de poder que tales puñaladas pueden llevar aparejadas.

En cuanto nos sentamos a comer, la señora Wong anunció que ella no probaría bocado. Como yo había leído «Alí Babá y los cuarenta ladrones», sabía que negarse a compartir el pan con un compañero de mesa era una mala señal. Mi sentido arácnido se despertó, pero en realidad no necesitaba sentido arácnido alguno para detectar la hostilidad que Wong radiaba por todos sus poros. Empezó a hacerme preguntas personales indiscretas, y yo empecé a esquivarlas. Me abstuve de decirle «Eso a ti no te importa un carajo», pero me costó lo mío. «¿Y su hija?», preguntó. Ése no era un tema del que yo estuviera dispuesta a hablar: los niños y los jóvenes deben estar protegidos de la notoriedad de sus padres en la medida de lo posible. Me fui del restaurante en cuanto pude.

El artículo resultante fue aún peor de lo que había esperado. Además de decir que mi afición favorita era hornear tartas en mi sombría cocina —Wong nunca había estado en mi cocina, que estaba claro que no tiene nada de sombría—, añadía que sabía en qué estaba pensando cuando me negué a hablar de mi hija adolescente con ella: me preocupaba el tema de los posibles secuestros y rescates; y, por cierto, a mi hija se la podía encontrar en McGill.

Presa de algo parecido al pánico, telefoneé a Jess. Le dije: «No te preocupes, pero... y además, tampoco he dicho nada de todo eso. Yo no

pensaba en absoluto en esas cosas. Sólo estaba preguntándome cómo escapar de alguien tan horrible.» No obstante, ahora sí que estaba inquieta: por entonces tenía algunos acosadores en mi vida, y digamos que algunos fans masculinos excesivamente entusiastas. Uno de ellos había decidido que Dios había decretado que fuera su novia. (Se echó atrás después de que Graeme le escribiera una severa requisitoria de cese y desistimiento afirmando su propio derecho preferente.) Otro tenía la costumbre de dejar magdalenas con un trozo mordido en el porche de mi casa. ¿Quién sabe qué ideas les metería Wong en la cabeza?

Graeme y yo escribimos al *Globe*, señalando que: 1) la afirmación de Wong era una repugnante fantasía, ya que ella no leía la mente, y menos aún la mía; 2) su ocurrencia había puesto en peligro a una joven, y 3) no sabía nada de nuestra cocina. Pero no podíamos pedir al periódico una retractación pública, ya que eso no haría sino llamar aún más la atención sobre el pasaje amenazador. En el *Globe* se produjo una acalorada discusión entre bastidores, que enfrentó a hombres que blandían la «libertad de expresión» y mujeres que argumentaban que «no es libertad de expresión contar ese tipo de peligrosas mentiras». Wong, por su parte, le restó importancia a la preocupación: ese tipo de cosas no ocurrían en Canadá, afirmó. Poco sabía al respecto, obviamente. Una cosa son los comentarios petulantes —aquí mismo el lector puede ver algunos—, y otra muy distinta las mentiras descaradas.

35

La trilogía MaddAddam

A comienzos de la primavera de 2001, con el propósito de recuperarnos del estrés que trajo consigo la publicación de *El asesino ciego*, Graeme y yo nos embarcamos en un épico viaje por Canadá occidental, Nueva Zelanda, Australia y Japón, donde combiné las entrevistas y promoción de mis libros con la observación de las aves y las visitas a los templos. Eleanor Cook y Ramsay Cook, el historiador que tanto me había ayudado con *Alias Grace*, nos acompañaron por el norte de Australia y Japón. Ramsay tenía una condecoración nipona, la Orden del Tesoro Sagrado, por sus estudios históricos sobre la relación entre Canadá y Japón.

Durante este viaje empecé a escribir *Oryx y Crake*. Nos encontrábamos en Arnhem Land, en el extremo norte de Australia, la parte más tropical, donde viajamos en avioneta a un paraje del Parque Nacional de Kakadu al que no se podía llegar por carretera. Nos alojamos en Davidson's Arnhemland Safaris, un camping bien montado y dirigido por Max Davidson, un tipo entrado en años y tan amante de la naturaleza como mi padre, que había llegado a un acuerdo con los aborígenes propietarios de aquellas tierras. El campamento era muy básico: dormíamos en tiendas de campaña y nos duchábamos en cubículos al aire libre, bajo el escrutinio de saltamontes gigantes, mantis e insectos palo. Nuestro guía fue el propio Max, quien nos mostró pinturas rupestres de cincuenta mil años atrás y nos

enseñó qué plantas eran comestibles. Comíamos el pescado de la zona, incluyendo el barramundi, una especie que se transforma de macho a hembra cuando alcanza determinado peso. Max también nos dio consejos que más valía tener en cuenta en relación con los cocodrilos: nunca hay que cepillarse los dientes en el mismo punto de la orilla del río, pues la segunda vez te encontrarás con que el cocodrilo está apostado a tus espaldas, listo para empujarte al agua y dejar tu cuerpo bajo el tronco de un árbol para que se ablande y macere bien antes de proceder a devorarte.

—La gente de por aquí nunca cambió su forma de vivir —nos explicó Max—, porque no les hizo falta. Aquí tenían todo cuanto necesitaban.

Lo que me llevó a pensar: los seres humanos de hoy en día, ¿qué es lo que necesitamos?, ¿qué es lo que nos mueve y nos hace albergar unas ansias tan infinitas como contradictorias que nos llevan a destruir la biosfera a fin de hacerlas realidad? Si se eliminaran algunas de nuestras necesidades fundamentales —la carne de animales domesticados, el alimento de origen agrícola, la vestimenta, la competitividad a la hora de tener una pareja sexual, la agresividad que mostramos al invadir o proteger un territorio—, ¿desearíamos otras cosas? Y en nuestra era del corte y empalme génico CRISPR, ¿hasta qué punto resultaría fácil alterar nuestras necesidades fundamentales?

Dejamos a Davidson y fuimos a observar las aves en Cassowary House, en el extremo septentrional de Queensland. Los casuarios, que con sus rojas carúnculas, cabezas azuladas y garras mortíferas llevaban a pensar en unos dinosaurios enloquecidos, deambulaban por el suelo y comían los plátanos que la gente rebanaba y dejaba a su alcance. ¿Hasta cuándo podrían seguir sobreviviendo en la Tierra? La vida humana moderna estaba en su contra. Por no hablar de las polluelas de cuello rojo, escurridizas entre la maleza; si el bosque tropical se desecaba, desaparecerían. Y así fue como se me

apareció la novela que después se llamó *Oryx y Crake*. Se me apareció, sí. Manifestándose en forma de triángulo. Suena delirante, pero fue lo que pasó.

De mi diario: «Isla Pelee, 10 de mayo de 2001. He escrito la primera página de *Emu y Crake*, a partir de una idea que tuve en marzo, tras haber estado haciendo anotaciones en abril.» Y más adelante, a finales de ese mismo mes de mayo: «he hecho anotaciones y escrito algunas páginas de lo que ahora es *Oryx y Crake*. El título lo he cambiado en Hay-on-Wye» (población en la frontera con Gales, donde Peter Florence puso en marcha el Hay Festival of Literature & Arts en 1988). Creo que decidí cambiar el título porque las vocales de *Emu* eran demasiado suaves, y porque *Oryx* sonaba mejor gracias a su *X* puntiaguda, su áspera *R* y su *Y* enigmática.

Continué escribiendo en los páramos de las montañas Mackenzie, no lejos de la Canol Road, un escenario que mucho después utilicé en *Maddaddam*. Y seguí haciéndolo en el curso del primero de muchos viajes por el Ártico canadiense. Avancé con rapidez, hasta llegar al final de la séptima parte, cuando el protagonista se dispone a emprender su viaje al elitista complejo fortificado con acceso restringido en el que creció, en busca de alimentos en lata olvidados entre las ruinas del lugar, y...

Septiembre de 2001. Me encontraba en el aeropuerto Pearson de Toronto, sentada y a la espera de embarcarme con destino a Nueva York, para la presentación de la edición de tapa blanda de *El asesino ciego*. Me distraía haciendo punto; los viajeros aún no tenían miedo de que los mataran con agujas de hacer punto a bordo del avión. De pronto, Gerry Caplan, mi viejo amigo desde los días del campamento White Pine, se acercó y me dijo:

—Hola, Peg. No vamos a salir para Nueva York.

—¿Por qué no? —pregunté.

Señaló una pantalla de televisión, en la que volvían a reproducir las imágenes de un avión que se estrellaba contra el World Trade Center. De donde brotaban lenguas de fuego.

—Por Dios santo... —musité—. Uno de los pilotos ha debido de sufrir un infarto, habrá sido un trágico accidente.

Gerry y yo cambiamos nuestros billetes. Y entonces un segundo avión se estrelló contra el otro rascacielos. Era evidente que no se trataba de un accidente. Me fui a casa, donde Graeme, blanco como el papel, se sintió de lo más aliviado al verme: había escuchado lo sucedido por la radio y temía que mi vuelo hubiera despegado. (Más tarde se rumoreó que precisamente en ese vuelo se encontraron unos cúters, tan adecuados para cortar la yugular.) La historia ni por asomo se había acabado, en contra de lo que se sostenía en los años noventa. No todo iba a ser paz y comercio en adelante. Fueron llegando los detalles: había sido un ataque muy bien planeado.

Todo indicaba que las giras promocionales de mis libros quedaban en suspenso. Paralizada como todo el mundo, dejé de escribir, mientras Graeme y yo nos dedicábamos a devorar las noticias sobre el atentado a las Torres Gemelas. Al final retomé la escritura. «He dedicado algo de tiempo a mi nueva novela, pese a la sensación de futilidad y apatía que me ha dejado el desastre de las Torres Gemelas y el presentimiento de lo que va a seguirle.»

Oryx y Crake estaba narrada desde la perspectiva de un personaje masculino. Harta de que me preguntaran por qué «siempre» escribía sobre mujeres, le di la vuelta a la tortilla. (Con el resultado de que todos se apresuraron a preguntarme por qué no había contado esa historia desde un punto de vista femenino.) El personaje principal, Jimmy/Hombre de las Nieves, cree ser el último ser humano real vivo después de que su amigo

Crake aniquilara a la humanidad con un virus creado en un laboratorio. A continuación Crake había matado a Oryx, la mujer a la que ambos amaban, y acto seguido él mismo había muerto a manos de Jimmy. Ahora Jimmy vive en compañía de las criaturas a las que Crake dio vida: unos seres que no tienen la gran mayoría de nuestros deseos y necesidades, que no visten ropas, que son veganos y se nutren de hojas, que se aparean en época de celo —cuando algunas zonas de su cuerpo cambian de color, como los mandriles—, con múltiples parejas, como los gatos, y que ronronean para sanar las heridas.

Como yo no era un hombre joven, hice lo que siempre hago: consultar a los expertos. En este caso, el experto era un joven conocido mío. Leyó el manuscrito tomándose su tiempo, poniendo especial atención en el punto de vista masculino.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté.

El muchacho lo pensó largamente.

—Bueno, pues... Bueno, pues... —Hizo una pausa y agregó—: ¿Y tú esto cómo lo sabías? —Y me dio dos consejos concretos—: No se dice «qué coños», sino «qué coño». —Seguido por—: No es así como uno se lía un porrito.

Entre mis editoras, las reacciones a *Oryx y Crake* fueron diversas. Nan Talese, que no era muy fan de la ciencia ficción que digamos, hizo lo que pudo con el libro, si bien la primera cubierta que propuso —un torso azulado con un ramillete de delicadas flores blancas en lo alto— llevaba a pensar, según una opinión malvada, en el anuncio de un producto de higiene femenina. Nan finalmente se decidió por duplicar una Eva de estilo renacentista con una manzana y unir ambas mitades. Ellen Seligman, de M&S, se decantó por una portada de barro cuarteado con la sombra de Jimmy, que reflejaba bien su soledad pero no el exuberante crecimiento

natural que seguía a la eliminación de nuestra especie. La edición que Liz Calder publicó en Bloomsbury mostraba a un Oryx pixelado en la cubierta y a un Crake similar en la contra, ambos con los ojos verdes. Todas estas portadas eran más propias de un libro de ficción «literaria» que de uno de ciencia ficción «de género». Pero ¿por qué no ambos? Siempre me lo he preguntado.

Mientras *Oryx y Crake* avanzaba en el proceso de edición, salió publicado mi librito *Negotiating with the Dead: A Writer on Writing*. No se trataba de un manual, sino que se centraba en la esencia de la escritura y en quién crees ser como escritor, así como en lo que otros creen que eres: ¿una chamana, una persona sabia, una animadora, una payasa, una engreída llena de afectación, una impostora, Sigmund Freud, una heroína trágica y romántica, una borracha sin remedio? Este libro surgió a partir de seis charlas Empson que había pronunciado en la Universidad de Cambridge en 2000. Las llamaron así en honor de William Empson, autor del clásico *Siete clases de ambigüedad* (obra escrita antes de cumplir los veintidós años), que fue expulsado de esa misma universidad por tener profilácticos en su cuarto.

Me recomendaron que las charlas fuesen de interés para los alumnos, profesores y la opinión pública en general, así que el abanico de referencias era amplio: de Milton a Ray Bradbury, George Eliot, Alice Munro, Flaubert, Valerie Martin, Virginia Woolf, Stephen King, Dante y muchos otros. En el año 2001 la Universidad de Cambridge me concedió el título de doctora *honoris causa*, probablemente movida por el remordimiento por haberme hecho trabajar tanto. Mi amiga Xandra Bingley, de la época de Blakeney,

estuvo allí —nadie más indicada para compartir un té con fresas en una carpa llena de ricachones ingleses—, y su recuerdo es éste:

> Presentaron a Jess al príncipe Felipe de Edimburgo, rector honorífico, como la hija de Graeme. El príncipe reparó en la insignia con la bandera canadiense que Graeme llevaba prendida en el ojal y dijo: «He visto que hay otra persona de Canadá. Ah, aquí la tenemos.» [*Se refería a mí.*] «¿Ya os habíais visto antes?», preguntó. Jess se lo quedó mirando y dijo: «Por lo menos tienen que haberse visto una vez.» [*Hizo una pausa.*] «Son mis padres.» El príncipe puso cara de sorpresa, echó la cabeza atrás y soltó una estruendosa carcajada.

La caída de las Torres Gemelas desencadenó, entre 2003 y 2011, la guerra de Irak, por mucho que éste nada tuviera que ver con la destrucción de los rascacielos. Oficialmente, la contienda tenía por finalidad «privar a Irak de sus armas de destrucción masiva, acabar con el apoyo de Sadam Husein al terrorismo y liberar al pueblo iraquí». Durante los preparativos para la invasión, antes de que los cazadores de armas de destrucción masiva se volvieran con las manos vacías, en Toronto tuvo lugar una manifestación en la que alguien declaró que George W. Bush y su camarilla de maleantes suponían la mayor de las amenazas a la paz mundial. Margaret Wente, una articulista en *The Globe and Mail* que llevaba años atacándome (me acusaba de albergar unas opiniones que yo no tenía y luego me fulminaba por ellas), publicó una columna en la que afirmaba que yo estaba en la manifestación y que eso de «maleantes» había sido cosa mía.

No era cierto: no fui a la manifestación; en ese momento estaba cortándome el pelo, como la peluquera podía corroborar. Graeme y yo

escribimos tres cartas de protesta al *Globe*, pero no recibimos respuesta, de modo que hablé con Clayton Ruby, un abogado que llevaba siglos defendiendo a escritores, al que conocía desde la época de Anansi. Ruby amenazó al periódico con una querella por difamación, noticia que filtré al rival del *Globe*, el *National Post*, causándoles gran regocijo. Recibí una llamada del director del *Globe*: ¿cómo podía haber sido tan cruel? Mencioné las cartas enviadas y sin respuesta, y el hombre me dijo que el responsable de la sección de cartas al director había estado de vacaciones. (¿Durante tres semanas seguidas? ¿Sin dejar a otro al cargo de la sección?) El director sugirió que quedásemos para comer. Indulgente como soy, acepté.

A mitad de la comida, Graeme se presentó en el restaurante tras una de sus locas escapadas, desaliñado y vestido con una chaqueta de cuero negro.

—Aquí llega Graeme —anuncié—. Se nos unirá a los postres. Tiene adiestramiento como francotirador.

Un tenedor cayó sobre un plato.

—Tengo que irme —dijo el director.

Los del *Globe* publicaron una rectificación, impresa en un cuerpo diminuto. Estas maniobras no me congraciaron con Margaret Wente, quien siguió atacándome. Tiene su gracia eso de ser la malvada amiga imaginaria de otra persona.

Curiosamente, más tarde cambió un tanto de opinión. En un artículo que *The Globe and Mail* publicó en 2018 con el título «Margaret Atwood es un monstruo chupasangre», la periodista replicó el aluvión de epítetos negativos con que me bombardeaban en la red por mi defensa de la presunción de inocencia y los procedimientos legales, y, aunque posiblemente Wente se lo pasara bomba al recopilar tales insultos, respaldó

mi punto de vista sobre la importancia de las leyes en una democracia. Quien no se consuela es porque no quiere.

Oryx y Crake salió publicado a comienzos del verano de 2003; no es la mejor época para lanzar un libro serio. La fecha de publicación tal vez fue una artimaña editorial para que dejara la ciencia ficción y volviese a escribir novelas históricas: oscuros son los caminos de los editores, y retorcidas sus mentes... Sin embargo, el libro superó todas las expectativas. Fue nominado a muchos premios, incluyendo nuevamente el Booker, pero yo había tenido demasiada suerte en los últimos tiempos como para que alguna de esas nominaciones llegase a buen puerto. La novela no tardó en reunir a su alrededor un nutrido club de fans formado por biólogos. Según mi hermano Harold, neurofisiólogo, incluso empezaron a usar el nombre de Crake como verbo, son el sentido de «darle un giro inesperado al corte y empalme génico». Comenzó a correr una expresión entre ellos: «Crakéalo, nena.»

Harold también me dio su propia opinión sobre el libro.

—Diría que todo lo relacionado con el sexo te ha salido muy bien —dijo tras meditarlo—. Pero eso de los ronroneos no acaba de convencerme.

Aun así, la ciencia terminó por darme la razón: los ronroneos tienen idéntica frecuencia que los ultrasonidos, y se ha demostrado que en los gatos tienen propiedades autocurativas. ¿También funcionan en el caso de los seres humanos? Si es así, ¿hasta qué punto? ¿Y para qué exactamente? Aún no hay un firme veredicto al respecto.

Érase una vez, hace mucho mucho tiempo, en la Feria del Libro de Fráncfort, tres editores que estaban tomando una copa. O quizá fueran dos copas, o tal vez... En fin, digamos que durante la velada surgió una idea brillante. Los tres editores de marras eran Jamye Bing, de la editorial británica Canongate, un tanto desaliñado y vestido con un suéter informal; la elegante, alta y pelirroja Louise Dennys, de Knopf Canada; y el extravagante Morgan Entrekin, de la estadounidense Grove Atlantic, ataviado con una corbata inusualmente ancha.

La brillante idea era pedir a unos cuantos afamados novelistas del mundo entero que se inspirasen en un mito, el que fuese, y lo transformaran en una obra de ficción. Invitarían a varios editores internacionales a sumarse, y a que publicaran sus traducciones de forma simultánea a los lanzamientos en Inglaterra. La serie llevaría el título de Mitos. ¡Y la primera de ellas supondría el mayor lanzamiento internacional del mundo! La serie iría prolongándose año tras año, para que los lectores se familiarizasen con historias de ayer y de hoy.

Los tres cómplices hicieron un juramento llevando sus manos a unos arpones al rojo vivo mientras bebían un ardiente líquido... Un momento, eso es de otro libro. Digamos que prometieron esto o lo otro, llevando sus manos a esto o lo otro, mientras bebían esto o lo otro. Y por la mañana despertaron y trataron de recordar qué era lo que habían prometido.

En todo caso, el proyecto siguió adelante. Reclutaron al gallardo jinete Arnulf Conradi, de la alemana Berlin Verlag, el primero de muchos otros editores en muchas otras lenguas. Y asignaron a Jamie Byng la labor de enredarme para que fuese uno de los primeros síes en el listado de autores. Planificó su estratagema con cuidado. Salió tras un tiesto con palmas en un hotel de Edimburgo en el curso de la feria del libro y vino a hablar conmigo mientras estaba sentada a la mesa del desayuno, ¡antes de que me hubiera

tomado el café! Este último detalle resulta fundamental. Su entusiasmo era notable; sus dotes de persuasión, formidables; su capacidad para presentar un plan descabellado como una iniciativa divertida, sin precedentes. ¡La que me cayó encima! Hipnotizada, atontada tras el vuelo reciente, privada de cafeína, le dije que sí. ¡Fantástico! Lanzarían la serie con mi sin duda excelente contribución. Todos contentos.

Pero ¿y yo qué mito iba a actualizar? Pensé en un mito de la costa canadiense del Pacífico: la historia de la pequeña pero siempre servicial Mujer Ratón, de la cultura de los haida, un grupo de las Naciones Originarias de esa región cuya lengua no guarda relación con ninguna otra. Pero había obstáculos: 1) yo no era un haida; 2) aquel mito no lo conocía nadie, por lo que antes de rehacerlo me vería obligada a explicar el original, lo que ocuparía gran parte del libro; 3) no tenía ni la más remota idea de cómo hacerlo.

Me devané el alma, por así decirlo. La fecha de entrega estaba cada vez más cerca. Llamé a mi agente en el Reino Unido, Vivienne Schuster.

—¿Tú crees que Jamie Byng se lo tomaría muy a mal si, en fin, si no hago esto? —balbuceé.

En la llamada intercontinental se produjo una gélida pausa.

—Bueno —dijo Vivienne, en estupendo remedo de gobernanta disgustada—. Tú haz como veas, claro. Pero a Jamie Byng lo vas a dejar hecho polvo.

Eso de «hecho polvo» no es una expresión habitual en el inglés de Norteamérica, por lo que sonaba muy funesto: no hablábamos sólo de decepción o contrariedad, llevaba a pensar en torturas, evisceraciones. ¿Y cómo podía yo hacerme responsable de la evisceración del infortunado Jamie?

—Entendido. Sigo intentándolo —dije—. Pero ¿crees que podrían hacer el lanzamiento con otro autor?

—Lo dudo. Tienen clarísimo que has de ser tú.

Sin presión.

Me calcé las pantuflas plateadas, di tres vueltas sobre mí misma y pedí al Espíritu de la Escritura, que es mi guía, que me transportara al país del mejor de los mitos para dar con el adecuado. Y de pronto me encontré en el inframundo de la Antigua Grecia, junto a Penélope y sus doce criadas asesinadas. ¿Y eso de dónde procedía? Diría que de 1956, cuando, para entender mejor la *Eneida* (que estaba estudiando en el instituto), leí también la *Odisea*. En aquel momento me impactó mucho que el castigo reservado a dichas doncellas o jóvenes esclavas —ahorcadas en fila, con los pies agitándose en una grotesca danza paródica— fuese tan cruel como injusto. Por lo visto, sus pecados habían sido los siguientes: 1) ser violadas por un pretendiente cada una de ellas; 2) no advertir que el viejo zarrapastroso que aparece en la puerta era de hecho Odiseo disfrazado. También ser poco hospitalarias, quizá. Pero, por otro lado, no eran las dueñas de la casa.

Tampoco me gustaba la circunstancia de que, en la *Odisea*, Penélope no hace gran cosa, salvo llorar a menudo, sacrificar trigo a los dioses, mentir a los pretendientes mientras finge tejer un sudario para su suegro, y tener sueños extraños. Ah, y ser humillada por su hijo adolescente, quien más tarde se hará hombre ahorcando a las doce criadas tras obligarlas a limpiar bien la sangre de los pretendientes. Pero ¿quién estaba al frente del reino de Ítaca, infestado de cabras, mientras Odiseo se encontraba lejos, fornicando con diosas, cegando a un cíclope vegetariano y descubriendo qué canción cantaban las sirenas? No podía ser otra que Penélope, en vista de que su suegro se hallaba en la otra punta de la isla tambaleándose entre sus perales. También me parecía interesante que la madre de Penélope fuese una

náyade, y que sus primas fueran Clitemnestra (la Esposa Asesina) y Helena de Troya (la Esposa Indecente). Por su parte, ella era la Buena Esposa, o eso nos dijeron a lo largo de los siglos. Mas no en todas las versiones de esta historia, pues las que difieren de la *Odisea* indican que Penélope se acostaba con uno de los pretendientes, o hasta con todos ellos. «Gracias, oh, Espíritu de la Escritura», dije sacrificando un poco de trigo en forma de magdalena.

Me puse manos a la obra. Penélope se convirtió en la narradora, que nos hablaba desde el inframundo. Las criadas formaron un coro, como en un drama griego. Y bailaban coreografías poéticas, sin que sus pies espectrales llegasen a tocar el suelo.

Lanzamos la serie en Fráncfort en 2005, con un total de tres libros: el mío, *Breve historia del mito*, de Karen Armstrong, y *La carga*, de Jeanette Winterson. Y las tres nos fuimos de gira promocional por Alemania. Nunca olvidaré la imagen de Jeanette, con sus diminutas manos cerradas en un puño y plantándole cara a un gigantesco director de escena alemán que insistía en incomodarla. «¡Cierra la puta boca de una vez!», le gritó.

He ahí. Acababa de crear un mito. Davida y Goliat. Un mito para la posteridad. Modifícalo a voluntad: todo buen mito es susceptible de cambiar de forma.

La presentación londinense tuvo lugar en la iglesia de St. James, en Piccadilly Circus, como un espectáculo multimedia: lectura-dramatización-musical. Tres actrices se encargaron de interpretar a los diferentes personajes, como la madre náyade de Penélope (con gorro de baño) y las criadas. A Penélope la encarné yo misma. Tan sólo hicimos uso de parte de la historia, desde el momento en que Penélope y Odiseo emprenden el viaje a Ítaca. La producción la dirigió Phyllida Lloyd, que poco después dirigiría la taquillera película *Mamma Mia!* Yo ya la conocía, porque había llevado la producción de la adaptación operística de *El cuento de la criada* que Poul

Ruders estrenó en Copenhague en 2000. Tengo la impresión de que Phyllida se sumó a *Penélope y las doce criadas* con la intención de divertirse un poco. Y el proyecto al final sí que resultó divertido, tal como Jamie había prometido.

En paralelo, había un título perdido dando tumbos por ahí.

—¿Puedo quedármelo? —pregunté a Graeme.

—Por supuesto —respondió.

Desorden moral era el título de una novela que él había estado escribiendo en Irlanda en 1996, hasta que de pronto la dejó y manifestó que renunciaba a la ficción para siempre. Graeme llevaba varios años compilando imágenes e historias de pájaros, y ahora había empezado a hacerlo de forma metódica. El resultado fue *The Bedside Book of Birds: An Avian Miscellany*, su libro más vendido hasta la fecha y el que más ingresos le dio. Graeme era como era, por lo que no tardó en donar la mayor parte del dinero a diversas organizaciones para la protección de las aves.

Su profundo amor por los pájaros llevó a que ambos aceptásemos la invitación de convertirnos en presidentes honorarios del Rare Bird Club, el grupo asignado a la recaudación de fondos dentro de BirdLife International. BirdLife es la mayor y más antigua organización para la conservación animal que existe en el mundo, y su labor ha resultado decisiva para salvar a múltiples especies, entre ellas los buitres de la India, fundamentales para la ecología de ese país. Graeme se lanzó de cabeza al trabajo de dicha organización, con notable celo; yo más bien hacía de mascarón de proa. Fuimos a observar aves a unos cuantos lugares asombrosos (Madagascar, Panamá, el Ártico canadiense). Con el tiempo, Graeme también colaboró en el congreso mundial de BirdLife International, celebrado en Ottawa en

2013, trabajando con Ian Davidson de Nature Canada, así como con Bird Studies Canada (hoy Birds Canada), dos grupos pertenecientes a BirdLife. Resulta difícil exagerar la importancia del papel que desempeñaban las aves en nuestras vidas: a menor nivel, el proyecto de Graeme llamado Birding in Cuba, así como el Observatorio de Aves de Isla Pelee; y ahora, en el plano global, BirdLife.

Dado que el título ya estaba a mi entera disposición, en el otoño de 2006 publiqué mi propio *Desorden moral*: una colección de varios de los relatos mencionados en este libro. Es una mezcla de historias de Nell y Tig (dos personajes que más tarde aparecerían en *Perdidas en el bosque* y que guardan una relación más casual con Graeme y conmigo) con historias de la niñez como «El arte de guisar y servir». Los dos últimos relatos, sin embargo, son lo que en inglés se denomina una *valediction*: un discurso de despedida.

La primera de estas dos narraciones, «El fiasco de Labrador», está dedicada a mi padre, que había muerto diez años antes. La segunda, «Los chicos del laboratorio», es para mi madre y conmemora su época gloriosa —la época gloriosa de ambos—, en aquella primera cabaña en el bosque, a principios de los cuarenta, cuando aún estaban llenos de energía y de proyectos.

Mi madre aún no había muerto en el momento de la publicación del libro. Sin embargo, era evidente que no tardaría en hacerlo. Tenía noventa y siete años, estaba ciega y perdiendo facultades con rapidez, aunque, tal como yo le había prometido, continuaba viviendo en su propia casa. Tenía dos cuidadoras excelentes que la atendían con devoción, y también tenía el corazón fuerte, pero nada dura para siempre.

Creo que quería morir en la misma época del año que Carl: en torno al solsticio de invierno, cuando se abre la puerta entre una y otra esfera. Todos

estábamos a su alrededor, pero esperó a que Jess saliera a por algo de comida para dejarse ir por fin. Las dos estaban muy unidas, ligadas en torno a su común pasión por los caballos. Aunque mi madre parecía estar inconsciente, tengo la seguridad de que, en un plano u otro, estaba empeñada en ahorrarle dolor a su nieta.

A los trece años tuve una pesadilla: mis padres estaba hundiéndose lentamente en el césped del vecino, un césped que era transparente. Ambos tenían los ojos muy abiertos y me miraban con tristeza mientras desaparecían. Estaban dejándome. Ahora eso había sucedido.

Hablemos de cosas más alegres.

La gente de las Conferencias Massey (patrocinadas por el Massey College, la Canadian Broadcasting Corporation y mis viejos conocidos de House of Anansi Press) llevaba largo tiempo persiguiéndome para que aceptara ser la conferenciante del año. Lo que implicaba escribir un libro, condensarlo en cinco charlas, viajar de costa a costa del país para efectuar esas charlas en el espacio de un par de semanas y, acto seguido, condensar la cosa aún más para su emisión en cinco espacios radiofónicos de la CBC, con la ayuda del productor de turno. Y Anansi se encargaría de publicar el libro de modo simultáneo.

Mucho trabajo, con resultados inciertos. Y con el riesgo añadido de enfadar a mucha gente, como pasaba siempre que me aventuraba fuera del corral de ficción y poesía que me había sido asignado. Llevaba años dándoles largas a los de Massey. «Lo siento, ese año voy a estar ocupada lavándome el pelo. Lo siento, sigo lavándome el pelo. Vaya, qué mala suerte, aún estoy lavándome el pelo...» Eso de «lavarse el pelo» era lo que las chicas del instituto decían cada vez que un pretendiente poco apetecible

las invitaba a salir. No era cuestión de herir sus sentimientos y decirle lo que una pensaba: «Pero ¿tú en qué universo vives?»

En cualquier caso, la concatenación de acontecimientos fue la siguiente:

1. Stoddard Publishing, entonces dirigida por el Viejo Jack Stoddart (buen hombre de negocios, pero de difícil trato), compró Anansi.
2. El Viejo Jack murió, y el Joven Jack (buena persona, pero mal hombre de negocios) lo sucedió al frente y hundió la editorial tras embarcarse en la compra de unos almacenes que resultó ser un fiasco. Stoddart estaba a punto de ir a la quiebra, y no se sabía qué iba a pasar con Anansi.
3. En vista de las circunstancias, el comité al cargo de las Conferencias Massey amenazaba con quitarle la serie a Anansi y dejarla en manos de una editorial de mayor tamaño.
4. Scott Griffin, hombre con espíritu emprendedor, tomó cartas en el asunto y rescató Anansi en el último minuto. De niño, Griffin acostumbraba a saltar del tejado de su casita en el campo disfrazado de Superman. Llevaba el riesgo en las venas. Cuando se portaba mal, al pequeño Scott le hacían aprenderse de memoria largos poemas victorianos, lo que paradójicamente lo convirtió en un apasionado de la poesía. Con el tiempo fundó el Premio Griffin de Poesía, así como Poetry in Voice/Les voix de la poésie, un concurso nacional de recitales poéticos para estudiantes de secundaria que dio lugar a unas cuantas lecturas memorables. Tenía sentido que Scott Griffin se embarcara en tan quijotesca aventura.
5. No tardó en llegarme una carta pidiéndome auxilio. Las Massey eran un componente fundamental del fondo editorial de Anansi. ¿Podía yo hacer algo para que continuaran siéndolo? Como soy una blandengue,

escribí a la gente de Massey indicando que si se llevaban la colección de Anansi a otra editorial, nunca, nunca, nunca daría aquellas conferencias, ¡nunca! No se la llevaron. Y claro estaba, ahora era cuestión de dejar de lavarme el pelo y dar las charlas de una vez.

Todo esto sucedió en 2007, y el tormento de las charlas no tendría lugar hasta el otoño de 2009, de modo que tenía tiempo por delante. Pero los del comité me dijeron que les gustaría saber cuál iba a ser el tema de mi disertación, para ir preparando las cosas. Respondí que en aquel momento me interesaba la relación que se da entre un deudor y un acreedor, cosa que les puso los pelos de punta —o eso me dijo un pajarito—, pues entendieron que me proponía hablar de economía, materia a todas luces fuera del alcance de una escritorzuela cabeza de chorlito. Les envié un resumen preliminar, y se tranquilizaron. Mi charla también iba a cubrir muchos otros aspectos, pues se centraría en quién debía qué a quién, y por qué. Y abarcaría tanto el intercambio de uvas entre los monos como las religiones —la palabra «redentor», como en Cristo Redentor, procede de las primeras casas de empeño y la redención de prendas—, las hipotecas o los pactos con el diablo —la riqueza terrenal a cambio de tu alma—, los efectos de las tarjetas de crédito en los niveles crediticios o las venganzas mafiosas: paga o estás muerto. Se hablaría de las novelas victorianas: la mayoría tiene por eje el dinero, si una lo piensa bien. ¡Si madame Bovary no se hubiese endeudado de tan mala manera! Bien hubiera podido seguir dándose al adulterio a perpetuidad, sin que nadie llegara a saberlo.

Entonces sucedieron tres cosas que tuvieron su aquél. En primer lugar, a principios de 2008 mi editora estadounidense, Nan Talese, me dijo que no íbamos a poder publicar *El año del Diluvio* (mi secuela de *Oryx y Crake*, el segundo libro en la trilogía *MaddAddam*) en el otoño de ese año, como

habíamos previsto: en Estados Unidos era año electoral, el Partido Demócrata había nominado a Obama e iban a tener lugar unas elecciones sin precedentes que consumirían todo el oxígeno de los medios de comunicación. Habría que posponer el lanzamiento hasta el otoño de 2009. Lo que me obligaría a compaginar las Massey en Canadá con la promoción internacional de la novela. No me gustaba, pero no tenía elección.

En segundo lugar, llegado febrero de 2008, John Fraser, decano del Massey College y miembro del comité de las conferencias, se me puso de rodillas en la alfombra de su despacho y explicó que quien iba a dar la Conferencia Massey programada para 2008 no estaba en situación de entregar su manuscrito en la fecha prevista de junio. ¿Yo podría...? Por favor, por favor...

La visión de toda una eminencia arrastrándose sin pudor me superó, por lo que respondí: «Ponga a dos alumnos de posgrado a comprobar los datos de la investigación, y cuente conmigo.»

Dicho y hecho. Me puse a trabajar. Tenía cuatro meses y medio. Entregué mi manuscrito a tiempo.

La tercera cosa curiosa: en octubre, justo cuando iba a emprender la gira de las conferencias junto con Sarah MacLachlan, de Anansi, se produjo la gran crisis financiera de 2008. Consternación. Lágrimas. Nerviosas gesticulaciones. Pánico. Y ahí estaba yo, a punto de dar la primera charla en San Juan de Terranova, con un libro cuya cubierta mostraba un globo a punto de ser reventado con una chincheta.

¿Y cómo lo había sabido?, preguntó el público. ¿Acaso era adivina? No lo había sabido, no exactamente. Pero, como fiel lectora de los anuncios en el metro, me había fijado en que en los últimos tiempos los anuncios de sujetadores, cigarrillos y bebidas alcohólicas habían dejado paso a los de

empresas de refinanciación de deuda. «Debe haber un mercado para ellas», me dije. Algo estaba pasando.

Anansi imprimió unos marcapáginas publicitarios llamados «Paybucks» con mi cara en formato dólar por un lado y la cubierta del libro en el reverso. Daba la impresión de que los bordes estaban chamuscados.

La última de las conferencias la pronuncié en el Chan Centre de Vancouver, luciendo un vistoso chal rosa rabioso, que fue mi favorito hasta que las polillas le ganaron la partida. Una alumna escribió: «Margaret Atwood apareció en el escenario con aspecto de bastoncillo en llamas.» «Esta muchacha llegará lejos», pensé.

OTRA MADRIGUERA EN LA QUE ESCRIBIR

A principios de los setenta, mi padre me convenció para que comprase un terreno en Oro Moraine que, en caso contrario, estaba destinado a convertirse en una gravera. Graeme y yo no cesábamos de preguntarnos qué íbamos a hacer con aquel bosque virgen de árboles de hoja caduca.

Y ahora, mi hermana Ruth nos decía que el terreno vecino, en el que había una casa, había salido a la venta. La parcela estaba pegada a la de mi hermano y a un corto paseo de la vivienda que Ruth había heredado de nuestros padres, en la que llevaba una década viviendo con su marido, Ralph, y el papagayo de ambos, *Ricky*. De mala gana, montamos en el coche y fuimos a ver la casa de marras.

—Tendríamos que estar locos para comprarla —nos decíamos en el camino de ida.

—Tendríamos que estar locos para no comprarla —nos dijimos en el de vuelta.

Si compras una casa de treinta años, ten por seguro que habrá problemas. ¿He de mencionar el gélido frío invernal (hasta que logramos que nos cambiasen la caldera y las ventanas) y los ratones? ¿Las hormigas negras en el techo y los dos tejados que hubo que reemplazar? ¿Los ratones? ¿El balcón que corría el riesgo de desprenderse del muro exterior? ¿Los ratones? ¿Los apagones eléctricos? ¿La vez que la bomba de agua cesó de funcionar en mitad del invierno y los Doctores Fontaneros llegaron y sacaron del pozo la herrumbrosa escultura de una bomba de agua? «Pero ¿qué rayos es esto?», se preguntaban.

Había marmotas, puercoespines, coyotes, zorros, osos, avispas, cuervos, conejos y (creemos) un lince rojo. ¿He mencionado los ratones? En todo caso, el lugar era la perfecta Madriguera para Escribir n.º 2. En mi estudio subterráneo yo era invisible.

A diferencia de Isla Pelee y del norte de Quebec, puntos situados a seis o siete horas de viaje desde Toronto y que incluían transporte en embarcación, la casita apenas estaba a hora y media en coche desde la gran ciudad. Graeme ahora era muy libre de hacer de las suyas en la naturaleza los fines de semana, de talar los árboles muertos con su sierra eléctrica, de alarmar a los azores que allí anidaban, de recolectar puerros silvestres conmigo en primavera, de salir disparado en la vieja cuatrimoto que reposaba en el garaje. Un día que salió zumbando del bosque, con el vehículo cargado de leña para el fuego, advertí que le corría la sangre por el rostro. El arañazo de una rama baja, sin duda. Él ni siquiera había reparado en ello. Tras descargar los leños, volvió a salir disparado. Yo llenaba páginas; él iba y venía a toda pastilla. División del trabajo.

El año del Diluvio transcurría durante la misma época que la novela previa, pero en lugar de contemplar la existencia desde el punto de vista de la alta tecnología y de los protegidos residentes empleados por las biocorporaciones, salía de esas comunidades de acceso restringido y se adentraba en las plebillas, unas áreas anárquicas donde la gente normal y corriente vivía, amaba, odiaba y se asesinaba entre sí.

El título inicial de la novela era *Los Jardineros de Dios*, el nombre de un culto que residía en las terrazas de los edificios de las plebillas, áreas que cultivaban y en las que trataban de combinar la naturaleza y las Escrituras. Pero los estadounidenses dijeron que aquello de «los Jardineros de Dios» sonaba demasiado a extraña secta religiosa, y espantaría al público lector en general. ¿Y qué tal llamarla *El Edén en el Tejado*, el nombre que los Jardineros daban a su enclave en las azoteas? Horroroso, dictaminaron los ingleses: propio de una residencia para la tercera edad en Bournemouth. ¿Y

La Sabiduría de la Serpiente, el nombre de uno de los capítulos? No, por favor, replicaron los norteamericanos. Lleva a pensar en un champú orgánico para californianos adscritos a la New Age. Finalmente convenimos en titularla *El año del Diluvio*, motivado por el Diluvio Seco, o contagio, vaticinado por los Jardineros. Fue lo mejor que encontramos.

Un *flashback* a 2008: los editores y agentes estuvieron reunidos durante cuatro jornadas en una habitación del hotel Park Plaza de Toronto, cuando el establecimiento aún no había sido renovado y los lavamanos se desprendían de las paredes. Habían estado leyendo *El año del Diluvio*, del que les hice entrega mientras desayunábamos el primer día, en bolsas para regalo del color más indicado para cada uno de ellos. (La de Ellen Seligman era violeta; la de Louise Dennys, verde; la de Vivienne Schuster, roja; la de Phoebe, malva, etcétera.) Por turnos, cada uno de los editores fue comentando aquello que le había gustado o los problemas que detectaba. Pusimos el manuscrito en una cama y procedimos a recortar y retocar. Cuando acabamos, Phoebe la Agente nos sorprendió con una tarta, encargada de antemano, que nos trajeron a la habitación. A Phoebe le encantaban las celebraciones.

Dijo que deberíamos encender una vela de gratitud. Ya tenía una preparada, de buen tamaño. Recitó una suerte de plegaria californiana, la prendió... y las alarmas contra incendio se dispararon en todos los pisos del edificio. Desde la ventana en lo alto contemplamos, no sin cierto nerviosismo, los camiones de bomberos que llegaban por Bloor Street con las sirenas a todo trapo. Y nos comimos la tarta.

Tras la crisis financiera de 2008, las editoriales estaban en caída libre. En los antaño populosos emporios neoyorquinos de las letras, cada vez

retumbaba más el eco de las pisadas, según iba incrementándose el número de empleados despedidos, incluyendo numerosos publicistas. Pronto comprendí que, si quería una gira promocional de *El año del Diluvio*, tendría que montarla yo misma.

Phoebe y yo decidimos organizar una serie de eventos, combinando la promoción del libro, números musicales y teatrales, así como la recaudación de fondos para los pájaros: una versión ampliada de cuanto habíamos hecho con *Penélope y las doce criadas*.

Facilitó las cosas el hecho de que Orville Stoeber, la pareja de Phoebe (un cantautor con formación en la Iglesia luterana), había leído el manuscrito de la novela y se identificaba con Adán Uno, el líder de los Jardineros de Dios; hasta había compuesto la música para los *Himnos de los Jardineros de Dios*, que cantan después de cada uno de los sermones de Adán.

Nos propusimos enviar las partituras y el guión correspondientes a cada lugar que albergase este evento: un festival literario, una librería y demás. Habría tres personajes con diálogos: Adán Uno, Toby y Ren, los tres protagonistas. La lectura de páginas del libro correría a cargo de voluntarios. Los himnos los cantarían un coro, tres personas con una guitarra o algo intermedio. Eso de cantar y actuar no terminaba de ser lo mío, de modo que yo intervendría como narradora. Los actores iban a ser tanto profesionales como jóvenes que trabajaban en las librerías o amigos de amigos. Los disfraces eran opcionales. Las donaciones a grupos ecologistas serían más que bienvenidas. En algunos casos cobramos entradas a fin de pagar el espectáculo. Los editores corrieron con parte de los gastos en viajes. Al final de la gira, a Phoebe la Agente y a mí nos salió lo comido por lo servido.

También había un sitio web en el que yo iría narrando, en forma de blog, el desarrollo de nuestra gira, subiendo fotos de cada evento y dando las gracias a los participantes. El diseñador de la web fue Scott Thornley, quien poco después sería autor de la exitosa serie protagonizada por el inspector MacNeice. En una esquina de la pantalla inicial había una ventanita.

—¿Y eso qué es? —quise saber.

—Un enlace a tu cuenta en Twitter —dijo Scott—. Es algo nuevo. Te gustará. Es divertido.

En mi primera experiencia en Twitter me topé con tres Margaret Atwood falsas que posteaban unos textos tan líricos y romanticones que ni siquiera habría sabido escribir. Fue preciso expulsarlas de la plataforma, cosa que hice con la ayuda de McLean Greaves, un simpático experto en nuevas tecnologías que se convirtió en mi profesor sobre todo lo relacionado con Twitter mientras me adentraba en aquel extraño universo. Que por entonces ni de lejos era tan extraño como hoy.

Empezamos la gira en Edimburgo, bajo los auspicios del festival internacional de literatura que se celebraba en la ciudad escocesa. Richard Holloway —antiguo obispo de Edimburgo y primado de la Iglesia episcopaliana escocesa— interpretó a Adán Uno envuelto en una túnica que combinaba pelaje sintético y tartán. Los sermones los pronunciaba de maravilla. Más tarde dijo, con fuerte acento escocés:

—Un poco más y yo mismo me convierto.

Fuimos a Bath, Bristol, Ely, Londres, Cardiff y otras poblaciones. Y después a Estados Unidos y Canadá. En este último país nos acompañó Ron Mann, director de documentales, que produjo la película *In the Wake of the Flood*, en la que no podía faltar la agricultura orgánica. En total, fueron veintitrés eventos. Los mejores cantantes: el coro *a cappella* de Bristol. Los mejores disfraces: en Kingston, Ontario; los sombreros de ala ancha tejidos

con papel de periódico eran espléndidos. Sigo conservando el mío. Lo más cerca que estuvimos de una catástrofe musical: en Cardiff. Los cantantes, reclutados en el último minuto, desafinaban de lo lindo. Por fortuna, Orville estaba allí con su guitarra y salvó el evento de la quema más absoluta. Como nadie sabía con qué iba a encontrarse, nos fuimos de rositas de muchas situaciones que en otros casos se habrían complicado.

Lo más cerca que estuvimos del fiasco sin remedio fue en Nueva York, en el Symphony Space. La organización corría a cargo de una empresa «especializada en el negocio musical». Demasiado tarde, descubrimos que su especialidad era montar conciertos de imitadores de los grupos clásicos del punk rock en barcazas amarradas en el puerto de Nueva York. La única publicidad que nos hicieron fue mencionar nuestro «concierto inminente» en su página web, junto con bandas que copiaban a los Sex Pistols. Su público no era el público al que nosotros nos dirigíamos. («¿Margaret quién?», debió de preguntarse más de un fan de los Pistols.) Y los de Symphony Space no parecían al tanto de que íbamos a actuar allí. Llegué a pensar que nos veríamos obligadas a comprar un montón de globos con caras sonrientes y dejarlos por las butacas para hacer bulto, pero Twitter acudió al rescate, y al final tuvimos nuestro público.

La actuación más multicultural: en Japón. Los actores tokiotas hablaban japonés, los cantantes eran los mismos que los de la producción en Toronto —el programa incluía la traducción de las letras al japonés—, y yo hablaba inglés, con una miniyó como traductora.

—Esto va a ser un poco raro, ¿no? —pregunté la víspera.

—Los japoneses están acostumbrados al teatro poco convencional —me respondieron.

Mayo de 2011. Estaba yo sentada en hotel Intercontinental de Nueva York, reunida con dos misteriosos agentes de una sociedad poco conocida: la Iniciativa Artística Rolex para Mentores y Discípulos. ¿Estaría dispuesta una autora veterana y consagrada como yo a ayudar a un joven novelista prometedor?, sondearon en tono zalamero.

—¡No! —grité—. ¡He dado clases de Escritura Creativa a universitarios! ¡Con su puntuación infame! ¡Su sintaxis tortuosa! ¡Sus gerundios por todas partes! ¡No me harán pasar por eso otra vez!

—Su protegido no sería un principiante —me aseguraron.

—¿Hasta qué punto no lo sería? —repuse con voz temblona—. ¿Y cómo se explica este interés de Rolex por la ficción?

Pero el hecho es que Rolex hace relojes, y que los relojes miden el Tiempo, y que las novelas tratan sobre el Tiempo y que el Tiempo es el tema primario solapado en cada novela. De manera que tenía todo el sentido, más o menos; o eso fue lo que pensé. Al final dije que sí. Me dijeron que me darían a escoger entre varios posibles protegidos.

El madrinazgo no funciona si la amadrinada es incapaz de plantar cara y defender sus elecciones artísticas. Me decanté por Naomi Alderman porque yo no la intimidaba; casi nada la intimidaba, de hecho. La historia de su vida revestía tintes dramáticos. Nacida en el seno de una familia judía ortodoxa de Londres, rechazó de plano la idea de que las mujeres estuvieran relegadas a un papel secundario y se abrió camino en el mundo por su cuenta. El 11 de septiembre de 2001 trabajaba en un banco de Nueva York cuando presenció la destrucción de las Torres Gemelas. «La muerte me puede sorprender en cualquier momento. Más me vale dejar la banca y probar a escribir, que es lo que de verdad quiero hacer», se dijo.

Con el fin de ganar dinero para ponerse a escribir, buscó un socio y creó una aplicación llamada *Zombies, Run!*

—El ejercicio físico es aburrido —me dijo—. *Zombies, Run!* lo hace más interesante, porque incluye ataques aleatorios por parte de unos zombis y eso te obliga a correr más rápido para escapar de ellos.

—Conmigo, más que «zombis, ¡corre!» sería «zombis, ¡cojea!» —observé.

—No hay problema. Puedes ajustar la velocidad a tu gusto.

De paso por Londres aparecí como estrella invitada en un episodio de *Zombies, Run!* Naomi y yo escribimos el guión en un pub de la capital, riéndonos a carcajadas, y poco después hice la grabación en el minúsculo cubículo de sonido asignado a *Zombies, Run!* En dicho episodio me encuentro atrapada en lo alto de la torre de comunicaciones de Toronto (porque a los zombis no se les da bien subir escaleras), desde donde informo a Londres de la situación en Canadá. El gobierno canadiense al completo ha sido zombificado. (Pensándolo bien, ¿quién dice que eso no ha sucedido de verdad?) ¡Y lo peor es que otro tanto ha sucedido con la liga nacional de hockey! Los zombis son unos negados con los patines de hielo.

Graeme y yo sacamos a Naomi de su hábitat londinense e hicimos un par de excursiones con ella. Nos acompañó en una aventura ornitológica por la selva panameña que probablemente dio pie a su novela de 2023 *El futuro*, en la que tres gurús de la tecnología se encuentran atrapados en una isla tropical. También vino con nosotros al norte, en una expedición de Adventure Canada. Nunca olvidaré la imagen de Naomi, con sus guantes nuevos de piel de ciervo rojo, sentada junto a una catarata en la costa más agreste de Labrador, circundada por peñascos, acantilados y el océano.

—Todo esto que nos rodea no piensa en nosotros para nada, ¿verdad? —preguntó a Graeme, abarcando el panorama con un gesto de su mano enguantada de rojo.

—Para nada —confirmó Graeme—. Ni por asomo.

—Eso es muy tranquilizador —dijo Naomi.

A partir de 2001 Graeme y yo viajamos con Adventure Canada casi cada año. Sus expediciones no eran unos cruceros al uso porque el hielo y el clima nunca permitían saber dónde ibas a acabar. La primera vez fuimos con ellos por invitación de Matthew Swan, uno de los tres fundadores de la compañía: «Venís con nosotros, dais unas charlas, disfrutáis de las vistas...», así como de las culturas y artes locales, de las morsas, ballenas, focas, zorros, liebres árticas y osos polares. Graeme hablaba de pájaros, y yo sobre mi vida como escritora. Cada miembro del personal estaba obligado a tener preparada una charla de antemano, por si el mal tiempo exigía cancelar la actividad en tierra.

En un viaje que hicimos en el verano de 2011, estábamos sentados con unos amigos, debatiendo (algo habitual) cómo liquidar a un pasajero a bordo sin ser descubiertos. Graeme, que habría sido un buen espía, pronto

dio con el modo de hacerlo. Lo primero era localizar a la víctima, que tenía que viajar sola. El asesino la conocería de joven, la habría reconocido (sin ser reconocido a su vez) y tendría un motivo para el asesinato. Éste debería producirse al principio del viaje, y era preciso dejar el cadáver en tierra, pues a bordo no había dónde esconderlo; y tampoco era conveniente tirarlo por la borda, ya que en el verano ártico hay demasiadas horas de visibilidad, así como demasiada gente empeñada en observar ballenas por la noche. Habría que vérselas con el protocolo de seguridad del barco: el recuento de chalecos salvavidas y el uso de tarjetas de colores; verde cuando una estaba en el barco y roja si se hallaba en tierra. El asesino también tendría que fingir que la víctima seguía haciendo vida a bordo; que había dormido en su cama por la noche, que se había duchado o cepillado los dientes. Su desaparición tan sólo se haría patente una vez que llegásemos a Groenlandia, final de la travesía, momento en que la víctima no se presentaría a recoger su pasaporte.

Con esta premisa, me senté a escribir «Colchón de piedra», el principal de los cuentos recopilados en *Nueve cuentos malvados* (2014). El título del relato procede de los estromatolitos (cuyo significado literal es precisamente «colchón de piedra») que justo acabábamos de visitar en tierra. Estas colonias de algas fosilizadas —cuya forma achatada lleva a pensar en unos quesos suizos— formaban unas construcciones escarpadas, idóneas para dar muerte a alguien detrás de ellas, sin que el resto del grupo te viera. Llevaba escrita la mitad de este cuento cuando el mal tiempo hizo que me convocaran para entretener a la gente de a bordo por tercera vez, así que les leí en voz alta toda la parte del principio. A los pasajeros les divirtió ver reflejadas sus actividades recientes. Sin embargo, el personaje asesinado se llamaba Bob, y en el barco había nada menos que cinco Bobs, así que tuve que asegurarles, uno a uno, que ninguno de ellos era la víctima del

relato. El arma del crimen era la cuña de un estromatolito que se había partido en cuatro, tan pesado como puntiagudo. Lo tengo en la cocina de casa.

GRAEME DIBUJA UN RELOJ DE PARED

Llegado 2012, Graeme me contó que su memoria ya no era la de antes. Ahora olvidaba las cosas. Le dije que todo el mundo tenía olvidos, pero que eso tan sólo nos preocupaba cuando nos hacíamos mayores. Graeme insistió en que aquello era distinto. Visitó a nuestro estupendo médico, el doctor Maris Andersons, para que le hiciera un diagnóstico. Primero dibujó la obligada esfera de reloj. Sufría demencia, en fase inicial.

—¿Con qué pronóstico? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo me queda?

—La enfermedad puede progresar con rapidez, lentamente, o puede estancarse. No lo sabemos —fue la respuesta.

Graeme y el gran Larry Gaynor tenían un pacto: si llegaban a un estado en el que ya no fuesen los mismos, Larry conseguiría un medicamento o dosis de droga letal y se la inyectaría a ambos. Pero Larry había muerto en 2010. Aquella solución ya no era posible.

Durante algún tiempo la dolencia se mantuvo estable o avanzó con lentitud. Yo no advertía ningún cambio. Graeme iba contando alegremente a todo el mundo: «¡Tengo demencia!», como el que anuncia que tiene un nuevo perrito en casa. Tenía curiosidad por saber más sobre aquel proceso, como siempre le había ocurrido con cualquier otro proceso. Nadie podía creer que estuviera enfermo; parecía el mismo Graeme Gibson de siempre.

Cuando cumplió ochenta años tomó la decisión de dejar de conducir. Y eso que seguía siendo un excelente conductor. «Ya, pero si tengo un

accidente, aunque sea por culpa del otro, el hecho de que me hayan diagnosticado demencia pesará en mi contra», decía. Nos tocó pensar en otras formas de transporte. En Pelee, gracias a nuestro amigo Rick Masse, nos hicimos con dos scooters eléctricos de cuatro ruedas, con techo y laterales impermeables desplegables. Las baterías daban para acercarse a la tienda de licores y volver. Seguíamos pasándolo bien, como de costumbre, aunque no podíamos evitar la sensación de estar andando por terreno pantanoso.

A todo esto, yo había estado escribiendo el tercer libro de la trilogía *MaddAddam*. Esta novela se iniciaba allí donde concluían las dos previas. Como dos caminos que se unen y se convierten en uno.

La primera escena que escribí estaba ambientada en los páramos de las montañas Mackenzie, cerca de los viejos barracones militares de la Segunda Guerra Mundial próximos a Canol Road, donde Zab está sentado bajo un arbusto. Como suele pasar, los antecedentes de esta escena se revelaban más adelante en el libro. Hice una edición limitada de ese capítulo, con el fin de usarla para recaudar fondos. Uno de los motivos visuales lo constituyen las botas de Graeme, en una de mis imágenes favoritas de él: Graeme remando en canoa, cuando nuestro primer viaje juntos largo tiempo atrás. Aparte de Graeme, el otro modelo para el personaje de Zab en el libro era el gran Larry Gaynor. Me divertía pensar que Larry daba muerte a un oso, se revestía con sus pieles y se hacía pasar por un monstruoso Bigfoot. Es justo el tipo de cosas que él habría hecho.

La cubierta de este libro también dio problemas. En el Reino Unido pusieron una rosa, con la justificación de que en la novela aparecían unas rosas de colores. Aduje que la tan rosada rosa llevaba a pensar en la vida en

un tranquilo pueblecito de la campiña inglesa, pero *Maddaddam* incluía toda suerte de violencias y atrocidades. Los lectores que esperasen encontrarse con primorosos arreglos florales iban a llevarse un chasco. ¿Y si ponían unos cerdos, los supercerdos modificados genéticamente de Crake, unos seres de tipo más positivo en este tercer libro que en el primero de la serie? Los diseñadores propusieron un cerdo con pinta de desdichado con un cuervo posado en su lomo.

—El cerdo tendría que aparecer alerta y en movimiento —objeté.

El resultado fue que el puerco reapareció pegando un salto.

—Ahora abridle las alas al cuervo —insté—. Y ahora dadle sonido al conjunto, abridle el pico al pájaro.

Voilà: un cerdo volador no tiene cabida en la vida real, pero sí en las cubiertas de libros y en las tarjetas de felicitación que Jimmy/Hombre de las Nieves solía recibir por su cumpleaños.

En Norteamérica, los diseñadores empezaron por proponer un nido de aspecto lóbrego con un huevo en el interior. Cuando dije que lo encontraba demasiado tristón, adoptaron una tipografía de ramitas de árbol.

—Las letras hechas con ramitas llevan a pensar en unos elfos —comenté.

Sugerí que cambiaran los colores principales, al azul y el naranja. Agregaron un cristal resquebrajado, que aportaba un efecto irisado al conjunto, así como una mano azul dentro del huevo. El resultado final sí que era convincente.

Salto adelante en el tiempo, a 2024, cuando viajé a Londres para ver el estreno en el Covent Garden de la adaptación que el Royal Ballet había hecho de *MaddAddam*, desarrollada por sir Wayne McGregor durante los años anteriores. Se trataba de una coproducción con el National Ballet canadiense, cuyo estreno se había previsto para 2020... pero entonces llegó la covid-19. Que siguió con nosotros en 2021 y en 2022. Por fin, en enero

de 2023, la producción canadiense se estrenó en el Four Seasons Centre de Toronto, seguida por la inglesa un año más tarde. Era un ballet tan original como asombroso, extrañamente conmovedor también. «El público llora un montón», me dice Wayne. «A diferencia de lo que pasa con *El lago de los cisnes*», digo yo.

—No pudo decirte qué es lo que vamos a hacer exactamente —me dijo Wayne a la hora de convencerme para que le diera mi permiso—, pero sí que no va a ser de naturaleza lineal.

—¿Y qué vais a hacer con lo de los grandes penes azules? —me interesé.

—Ya se nos ocurrirá algo.

Jess en su momento se enfadó muchísimo porque, para que no se llevara un tremendo disgusto en época de exámenes, no la informamos de inmediato de la muerte de nuestro gato, *Blackie*. Desde entonces albergaba la sospecha de que, si uno de nosotros sufría una enfermedad grave, el otro se lo escondería, de manera que hacíamos lo posible por mantenerla informada. Éste es un correo electrónico que le envié desde mi madriguera en Oro-Medonte Township, hacia 2014 si recuerdo bien:

> No te asustes. Tu padre ayer se cayó y se dio un tremendo golpetazo en las costillas inferiores izquierdas mientras trasladaba unos troncos. Nos temíamos que se las hubiera fracturado/fisurado, y hasta que hubiera sufrido un impacto en el corazón. Estaba un poco en shock. En su día hice un cursillo de primeros auxilios, así que apliqué todo lo necesario: hielo, antiinflamatorio en espray, además de darle agua y una buena cucharada de miel, y eso que el paciente se resistía («¡Abre la boca de una vez!»), y también eché mano de unos analgésicos [...] Llamé a

> Ruth. Vino con Ralph, y nos dijimos que una visita a urgencias supondría una espera interminable, y a esas alturas quedaba claro que el corazón no estaba afectado. Graeme llevaba un rato dormitando, así que aprovechamos para hacer una sopa deliciosa, siguiendo una receta de Ruth. Y a pesar de ello el paciente luego se resistió («¡No tengo hambre!»). Harold no tardó en llegar, y Graeme por entonces ya se encontraba lo bastante bien (y lo bastante colocado por las pastillas) como para levantarse y cenar con nosotros. («Comer me sentará bien.») Harold nos recordó que los ancianos tienen los huesos frágiles y que no cabía descartar alguna lesión en el pulmón [...] pero Ralph observó que en tal caso Graeme estaría echando espumarajos sanguinolentos por la nariz, y Ruth dijo que eso siempre lo podríamos arreglar con un poco de pasta de dientes y colorante alimentario. Como puedes ver, todo el mundo arrimó el hombro.

Hacíamos lo posible por mantener un tono ligero, nada de caer en pensamientos lúgubres, pero cada vez estaba más claro que Graeme, quien varias veces había estado a un paso de la muerte y salido indemne, no podría espantar a la parca por siempre jamás.

Por último, el corazón, novela publicada en 2015, empezó en la red. En 2012 Amy Grace Loyd, una talentosa editora a quien yo conocía de antes (*The New Yorker*, New York Review Books Classics Series, *Playboy*, *Esquire* y otras), se asoció con una editorial online llamada Byliner. ¿Me interesaría escribir un relato breve de ficción para ellos?, me propuso.

Por aquel entonces publicar en la red seguía siendo una opción bastante novedosa, y siempre me ha gustado explorar nuevos caminos. Escribí un

relato que funcionó bien, de manera que seguí con otros tres capítulos. Nan Talese, mi editora en Doubleday, se enteró del asunto. Esto tendría que ser una novela, dijo. Para hacerlo, me vería obligada a separar los capítulos y reagruparlos con una historia de trasfondo, además de pensar en una continuación.

La historia era ésta: tras un catastrófico hundimiento financiero generalizado —como el que habíamos sufrido nosotros mismos a partir de 2008— y el consiguiente colapso del orden civil, Stan y Charmaine se encuentran viviendo dentro de su coche, sin dinero y con peligrosas pandillas merodeando por las calles. Se apuntan al Proyecto Positrón, un «experimento social» que ofrece ingresos estables, alojamiento digno y comida en la mesa. Positrón se publicita como una alternativa tanto al desempleo como a la «nación carcelaria», que es el sistema estadounidense de prisiones. Cada dos meses Stan y Charmaine deben irse de la casa que les han asignado y trasladarse a la cárcel más cercana para intercambiarse por dos presos a los que nunca conocerán. Tienen la obligación de dejar la casa en perfecto estado, tal como los reemplazos deben hacer a su vez. En la cárcel se los trata con humanidad, ya que pasados dos meses las tornas volverán a cambiar. ¿Hay verdaderos delincuentes en la cárcel? Si es así, nadie sabe dónde están.

Al principio las cosas van bien. Stan y Charmaine no pueden creerse su buena suerte, hasta que la situación se complica. ¿Nos encontramos ante una versión retorcida de *El sueño de una noche de verano*: una comedia negra de enredos amorosos entre dos parejas, devaneos en la oscuridad y sucesivas transformaciones físicas? Es posible. De hecho, *El sueño de una noche de verano* ya es bastante retorcida de por sí.

¿Influyeron tales paralelismos shakesperianos en el siguiente libro que salió a la luz? En 2013 me llegó una invitación de Becky Hardie, representante del proyecto Hogarth Shakespeare, para participar en la celebración de los cuatrocientos años de la muerte de Shakespeare, en 1616. Conocía a Becky desde hacía muchos años, de los tiempos de Blakeney; era hija de Jeremy Hardie, por entonces marido de Xandra Bingley. Ahora, la Becky adulta era una importante editora en Londres. Según me explicó, muchos otros autores iban a sumarse a la celebración. Cada uno escogería una obra de Shakespeare y escribiría una novela moderna basándose en ella. Convine en intentarlo.

Me decanté por *La tempestad*. Es una obra de vejez, como *El rey Lear*, pero también es una obra de artista. En su calidad de productor/director/dramaturgo, Próspero es el personaje de Shakespeare más parecido al propio creador. Leí la obra. Volví a leerla. La leí del derecho y del revés. Leí sobre la obra. Leí sobre la cárcel. Leí sobre representaciones de obras de Shakespeare en la cárcel.

Ambienté el libro en una prisión porque, en *La tempestad*, todo el mundo está encarcelado de una u otra manera. El trasunto de Próspero es Felix, un director artístico creativo pero resentido tras su destitución de un festival de verano no muy diferente del Stratford Festival de Ontario. Felix siempre ha acariciado la idea de producir *La tempestad*, y ahora —gracias a su nuevo cargo como profesor de Shakespeare en el instituto correccional del condado de Fletcher— se dispone a hacerlo, y así de paso vengarse de sus enemigos.

Estos proyectos son verdaderos rompecabezas: ¿qué encaja dónde? En el original, Próspero atribuye a una estrella propicia y a la benévola Fortuna que sus enemigos de pronto se encuentren en el radio de acción de su magia. Ni las estrellas propicias ni la benévola Fortuna iban a convencer a

un lector del siglo XXI, por lo que ideé un personaje que pudiera desempeñar similar función de *deus ex machina*: una mujer con dinero e influencia política. ¿Qué hacer con Miranda, una joven que tan sólo conoce a los hombres por su padre y por el malévolo ser que intentó violarla? No era cuestión de que ella residiese aprisionada en una urbanización de las afueras por un padre tan consentidor como protector, eso sería rizar el rizo. La solución que se me ocurrió también es algo extravagante, pero funciona.

La reelaboración de *La tempestad* supuso una distracción más que bienvenida conforme el mundo se oscurecía. El optimismo de la presidencia de Obama estaba llegando a su fin. Los rencores cobraban nueva vida, al tiempo que unas fuerzas desconocidas entraban en acción. La situación empezaba a recordar a *El Señor de los Anillos*.

El reloj hacía tictac. Las páginas del calendario se desprendían de la pared. Donald Trump no tardaría en ser elegido. Iba a cambiar todo cuanto dábamos por sentado sobre el mundo en que vivíamos.

36

Los testamentos

Durante más de treinta años no cesaron de preguntarme que había sido de Defred al final de *El cuento de la criada*: ¿había logrado escapar?, ¿la habían atrapado?, ¿vivía escondida? Me resistía a responder a esta pregunta. En la historia, me limitaba a decir, hay muchos ejemplos de personas a las que sencillamente se les pierde la pista. ¿Tenía previsto escribir una secuela? Lo dudaba mucho.

La física Ursula Franklin, ya fallecida, solía decir que el único ismo que nunca falla (a diferencia del comunismo, del antinomismo, del conservadurismo, del nacionalismo y demás) es el «miratupordondismo». Mira tú por dónde, ¿quién iba a pensar que acabaría por escribir la secuela de *El cuento de la criada*. Yo no, desde luego. Pero la escribí.

En agosto de 2016 dio comienzo el rodaje de la serie de televisión basada en *El cuento de la criada*. La historia de los derechos televisivos había sido tan larga como embrollada, y yo llevaba años sin pensar mucho en ellos. El contrato para la película que dirigió Volker Schlöndorff en 1990 incluía los derechos para una adaptación televisiva, pero en aquella época —cuando triunfaban *Dinastía* y culebrones por el estilo— era muy poco probable que alguien osara llevar *El cuento de la criada* a la pequeña pantalla. Tras el lanzamiento de la película, un distribuidor adquirió tanto el filme como el contrato. Ese distribuidor acabó yendo a la quiebra, y sus activos, entre

ellos el contrato de *El cuento de la criada*, pasaron a diversas manos. Yo no sabía quién lo había comprado, y nadie más tenía ni idea, o eso parecía. Durante años me llegaron cartas manifestando interés, sin que yo pudiera indicarles a sus remitentes con quién tenían que hablar exactamente. Según dicen, *El cuento de la criada* ya es «un clásico», y como tal se ha convertido en ballet, en varias obras de teatro y en una novela gráfica, pero nadie la había adaptado al formato de teleserie. El contrato cinematográfico se había ido a la montaña con Gollum, y el papel en que había sido escrito a aquellas alturas casi con toda seguridad formaba parte del nido de algún pájaro.

Y entonces, en la primera década del siglo XXI, guiado por un angelical rayo de luz, alguien de MGM abrió un archivador ¡y hete aquí!: brillante, con un inquietante resplandor fosforescente, ¡el contrato cinematográfico de *El cuento de la criada*! A esas alturas, las series en formato de *streaming* empezaban a tener mucho auge. Eso brindaba una nueva vida televisiva a muchas novelas extensas; ahora era posible alargar una serie para que se ajustara a la extensión del libro, sin tener que constreñirlo en noventa minutos de celuloide. Y con la ventaja añadida de que el espectador podía ver la serie cuando le viniera en gana, e incluso devorarla de una sentada, dándose un buen atracón de imágenes.

Los de MGM pronto pasaron a la acción. Tenían previsto grabar un episodio piloto en el que las mujeres de la Resistencia irían a la batalla a pecho descubierto, literalmente. («¿Por qué?», pregunté. «La televisión es así», me respondieron.) Pero entonces la plataforma estadounidense Hulu se involucró en el proyecto, e hizo valer su peso, manifestando su intención de filmar la serie cuanto antes, sin episodios pilotos de por medio.

Hulu y MGM contrataron a Bruce Miller como productor. Miller había leído la novela con dieciocho años y se había prometido hacer la película

cuando fuera mayor. Se las arregló para que lo eligieran sabiendo todo cuanto era posible saber sobre el libro. Los guionistas, actores y directores que a su vez seleccionó estaban cortados por el mismo patrón: para ellos, éste no era un proyecto más. Elisabeth Moss, que encarna a Defred, también fue coproductora, así como la directora de varios episodios en las siguientes temporadas. Los tres primeros los dirigió Reed Morano, conocida directora de vídeos musicales, cuya experiencia se puso de manifiesto en la excelente fotografía, sobre todo en las multitudinarias secuencias coreografiadas. Ane Crabtree, la diseñadora de vestuario, probó con cincuenta tonos de rojo hasta dar con el rojo que andaba buscando.

Presencié con enorme interés la elección del brillante elenco. En la cena organizada por el equipo de *casting* antes del comienzo de la grabación, se hizo patente la pasión que todos ponían en su tarea: ante la ascensión del trumpismo y su insistencia en controlar a las mujeres, obligándolas a traer hijos al mundo, se tomaban el proyecto como algo personal. Muchos autores se llevan una decepción con las adaptaciones de sus obras al cine o la televisión, pero a mí me pasó lo contrario.

Bruce Miller me invitó a hacer un breve cameo en la serie, así que hice acto de presencia en el sótano de una iglesia de Toronto donde estaban filmando una escena con Tía Lydia, siempre con puño de hierro en guante de seda. Tía Lydia está tildando de prostituta a la abyecta Janine y obliga a las demás Criadas a sumarse a sus improperios. Yo interpreto a una de las Tías, una de las mujeres mayores a cargo de las Criadas. No había muchos otros papeles disponibles para una mujer de mi edad. Y abofeteo a Defred, que se hace la remolona cuando le toca humillar a Janine. Tuvimos que repetir la secuencia cuatro veces porque no la golpeaba con el ímpetu suficiente. Resulta surrealista que la actriz principal de la adaptación de tu

novela te grite: «¡Vamos! ¡Pégame más fuerte!» Al final añadieron un efecto de sonido; lo que se oye crujir no son los huesos del cuello de Defred.

La grabación continuaba en noviembre de 2016; la serie no se emitiría hasta abril de 2017. El 8 de noviembre me encontraba a bordo de un avión sobrevolando el Atlántico cuando empezaron a llegar los resultados de las elecciones en Estados Unidos. Se suponía que Hillary Clinton llevaba las de ganar, por lo que me quedé anonadada al aterrizar en Heathrow y enterarme de que el vencedor en el colegio electoral había sido Trump, respaldado por la llamada «derecha religiosa cristiana». Al intercambiar impresiones con la gente de *El cuento de la criada*, nos dimos cuenta de que todos habíamos pensado lo mismo: ahora estábamos grabando una serie distinta. El guión no había cambiado en absoluto, pero los espectadores iban a ver la serie en una atmósfera radicalmente alterada. En lugar de decirse: «De buena nos hemos librado», se preguntarían: «¿Cuánto falta para que nos machaquen de verdad?» Y yo me pregunté: ¿qué forma iba a adoptar la Resistencia? Porque siempre hay una Resistencia, como Defred dice en *El cuento de la criada*. Había leído muchos libros sobre espionaje, de ficción o de no ficción, por lo que ya había decidido situar a Tía Lydia en el centro de la secuela de *El cuento de la criada* que me disponía a escribir.

Unas semanas después, un nuevo e inesperado pedazo de hielo vino volando por los aires y fue a darme en el ojo. La historia al completo tiene más vueltas y revueltas que la Torre de Babel de Brueghel, y tampoco quiero contarla en detalle, así que me limitaré a hablar de su efecto durante la escritura de *Los testamentos*.

Versión resumida: en el otoño de 2015, el decano de Letras de la Universidad de Columbia Británica anunció que Steven Galloway, un

novelista consagrado, autor de *El violonchelista de Sarajevo* y *El equilibrista*, así como director del Departamento de Escritura Creativa, estaba acusado de haber cometido «numerosas» faltas graves. Desconocedora de las personas y los detalles, me dije: «Vaya, otro de ésos.» Como casi todo el mundo, di por sentado que los desmanes mencionados eran de tipo sexual. Como casi todo el mundo, también di por sentado que Galloway era culpable.

Un decano de la universidad informó a Galloway sobre las acusaciones de abusos sexuales mientras el escritor se encontraba de gira en Estados Unidos. Este decano, sin embargo, se negó a darle detalles específicos. Galloway reaccionó poniéndose en contacto con colegas universitarios de confianza, incluyendo la persona que se había quedado al frente del departamento mientras él estaba de viaje. Cuando al fin hablaron por teléfono, ella le aseguró que ignoraba la naturaleza de aquellas acusaciones. Esto último era mentira, como su propio testimonio dejó claro más tarde.

Acto seguido, ella misma habló con la policía estadounidense y los alertó de que Galloway estaba pensando en suicidarse. La policía fue a su hotel, donde el escritor negó esos pensamientos suicidas. Según documenta el atestado policial, la colega canadiense instó a los agentes a no creerse las palabras de Galloway: «Steven puede ser muy manipulador cuando se trata de conseguir sus propósitos.» Salieron a relucir las esposas. La policía dejó al escritor en un hospital para que se evaluara su salud mental, en contra de su voluntad. Más tarde se supo que la acusadora había dicho a varios miembros de la UBC que Galloway la había agredido físicamente, por lo que la sustituta en el departamento tuvo miedo de que a ella pudiera pasarle algo malo. También amenazó a la universidad con denunciar lo sucedido en la televisión nacional si no se tomaban medidas drásticas de inmediato: según afirmó, los abogados de la Canadian Broadcasting Corporation le habían

dicho que tenían motivos de peso para presentar una denuncia formal por violación. (Esto era un embuste, pero nadie se molestó en llamar a la CBC para comprobarlo o preguntar de qué abogados se trataba.) Antes de que se abriera ninguna investigación, se hizo pública la noticia de estas incriminaciones, aunque sin entrar en detalles.

Mientras tanto, Galloway había desaparecido. Nadie supo decirle a su novia dónde estaba, por lo que ésta se desplazó a su último paradero conocido y procedió a visitar un hospital tras otro. Cuando al fin dio con él, Galloway estaba psíquicamente destrozado. Alguien de carácter más práctico habría contratado a un abogado, pero él confiaba en la universidad: le aseguraron que, una vez que firmase un acuerdo de confidencialidad, le notificarían de qué se lo acusaba y podría recurrir a un investigador externo. Sin embargo, gracias a internet, a esas alturas había millones de personas convencidas de que Galloway era un violador. Desde luego, ahora era un paria: ya podía despedirse para siempre de su carrera como escritor y profesor universitario.

El investigador externo (un juez jubilado, designado por la universidad) estuvo meses indagando. En paralelo, la novia de Galloway tiró de habilidad informática y descargó de la nube más de doscientas páginas de mensajes de texto de contenido íntimo que Galloway y la presunta víctima habían intercambiado y borrado tiempo atrás. Finalmente el juez retirado dictaminó: de violación, nada de nada. (Galloway ya había reconocido que en su día tuvo una aventura con la mujer que lo acusaba, una antigua alumna del programa de Escritura Creativa, cuya edad no puede mencionarse porque se encuentra bajo prohibición de publicación. Mantener relaciones con una alumna no iba contra las reglas, pero se suponía que el profesor estaba obligado a informar a la universidad, para

que no hubiera lugar a presunciones de favoritismo. Esto Galloway no lo había hecho.)

El relato de la acusadora había ido variando con el tiempo. Galloway la engatusó con alcohol y le hizo proposiciones lascivas, declaró en una queja presentada en la universidad pocas semanas después de que rompieran la relación. Luego, habló de agresión sexual; de estrangulamiento; de intento de violación; de violación; de relación no consentida. Otros aspectos de la acusación (como el año, la fecha y la ubicación) también parecían fluctuar. A todo esto, de pronto muchos profesores auxiliares y no numerarios perdieron sus empleos. El escritor Brian Brett considera que fue porque no alzaron la voz para apoyar a la Causa. La Causa estaba clara: GALLOWAY ES UN VIOLADOR. No se permitían discrepancias. Se instauró el dogma. Acababa de surgir una secta.

El linchamiento se justificaba con el argumento de que demasiadas mujeres son violadas y demasiadas violaciones quedan impunes. Y es un hecho que la mayoría de los violadores son varones. Pero afirmar que «las mujeres siempre dicen la verdad» no es más que el reverso de la moneda de «las mujeres mienten por sistema». Ni lo uno ni lo otro es cierto; nunca lo ha sido. Las mujeres son seres humanos, y no unos ángeles, y los seres humanos son tan variopintos como falibles. No sólo eso, sino que quienes mienten sobre una violación perjudican a los que presentan una denuncia auténtica. Justo por eso hacen falta pruebas, juicios, declaraciones testificales..., que están lejos de ser perfectas, pero que son mejor que nada.

Mientras Galloway estaba siendo investigado por violación, la universidad indagó pormenorizadamente su desempeño como decano, incluyendo la posibilidad de que hubiera irregularidades financieras. Encontraron unas cuantas, pero no cometidas por él. Sin embargo, lo

despidieron, arguyendo razones poco claras. «Algo relacionado con unas bicicletas», me contaron.

Graeme y yo no supimos nada de todo esto hasta que el escritor Brian Brett, mosca cojonera de la Columbia Británica a quien conocíamos de la época del Sindicato de Escritores, nos visitó en el verano de 2016 y nos puso al día. Tuvimos claro que a Galloway lo habían declarado culpable sin que hubiera habido un juicio. «Primero la condena, y luego el juicio», como dice la Reina de Corazones en *Alicia en el País de las Maravillas*. La presunción de inocencia y la celebración de juicios justos, con luz y taquígrafos, son dos claves de bóveda de los derechos humanos fundamentales, como Graeme y yo sabíamos perfectamente gracias a nuestro trabajo con Amnistía Internacional y el PEN Club. Así pues, en noviembre de 2016 no tuvimos problema en firmar una carta abierta que llevaba el título «La UBC debe rendir cuentas», en la que se criticaba lo mal que dicha institución había gestionado el caso y se la instaba a seguir los adecuados protocolos legales y a asegurarse de que la investigación era completa, transparente y abarcaba a *todos* los implicados.

Esto enfureció a los que acusaban a Galloway. En las redes sociales, los sectarios se lanzaron a tirar tomates y verduras podridas a todos los firmantes de la misiva, yo incluida. ¿Cómo osaba yo, la autora de *El cuento de la criada*, poner en duda una acusación de violación? Yo «trivializaba la violación»; estaba perjudicando a las mujeres; era una misógina; era una persona despreciable; mis libros ocupaban demasiado espacio en los estantes de las librerías. Era una influyente amiga de Galloway: falso, pues tan sólo había hablado con él una vez, y no había sido demasiado simpático conmigo. (Yo ni siquiera le caía bien: en sus mensajes de texto, él y su amante me mencionaban burlonamente como «la Maligna A».) Personas más consideradas me hicieron saber que el problema era que yo no me

enteraba de nada; que me habían engañado; que los nuevos tiempos no iban conmigo; que estaba dilapidando mi buen nombre. Llegaron a decirme que, aunque no fuese culpable, lo que Galloway tenía que hacer era declararse como tal, porque así «ayudaría a las mujeres». (Esto es justo lo que vemos en *El cero y el infinito*, la novela que Arthur Koestler publicó sobre las purgas de Stalin, en la que al protagonista le lavan el cerebro para confesar unos crímenes que no cometió, con el objeto de ayudar «al pueblo».) Una de las mujeres que acusaban a Galloway amenazó con darme una paliza, y otros tantos redactaron toda una antología en la que aparecía retratada como una Malísima Persona. Los que me acusaban eran la mezcla habitual de Verdaderos Creyentes, interesados oportunistas y conformistas asustados. Principal moraleja, en mi opinión: cuando una secta está en su momento álgido, la justicia y los derechos humanos salen por la ventana, y las exhortaciones a quemarlo todo con fuego purificador corren como la pólvora. (Quizá no sea tan buena metáfora, si tenemos en cuenta que hoy en día hay incendios por doquier.) Ahora, en el segundo mandato de Trump, nos hemos topado con una secta de signo contrario, no de izquierdas sino de derechas, y muchos izquierdistas que antes desdeñaban los derechos humanos ahora empiezan a verlo todo tan claro como san Pablo en su camino a Damasco.

En los meses que siguieron al envío de la carta abierta a la UBC, muchos de los firmantes se retractaron bajo presión y retiraron su apoyo a la iniciativa. Otros perdieron amigos, empleos, editores e invitaciones a festivales literarios. Algunos nos libramos de tales castigos porque no teníamos empleo estable del que pudieran despedirnos ni nos hacía falta ir a festivales literarios. La escritora Susan Swan (*The Wives of Bath*, *Big Girls Don't Cry*) y Brad Cran, en su día laureado poeta de Vancouver, siguieron el caso a fondo y se encontraron con una gusanera de la que me informaron en

detalle. Intercambié correos electrónicos absolutamente confidenciales con otros colegas que lo habían vivido de cerca; mantuve conversaciones clandestinas con informantes que tenían nuevos datos que aportar, pero estaban demasiado amedrentados como para hacerlos públicos. Cran se lanzó a escribir un blog en la plataforma Substack llamado *Verdades y consecuencias*, en el que informaba de forma abierta sobre la batalla y sus escaramuzas jurídicas. Susan y yo enviamos un montón de cartas al presidente de la Universidad de Columbia Británica y al consejo rector instándolos a abrir una investigación con garantías. Su respuesta, más o menos, fue la siguiente: «Que os den por saco.»

Pero la Rueda de la Fortuna nunca cesa de girar. Después de años de incesantes ataques en la red, en los que tuvo que dedicarse a limpiar piscinas y escribir anuncios publicitarios para sostener a su familia, Galloway contrató a un abogado y denunció por calumnias a la veintena larga de personas que lo habían acusado directamente de ser un violador, esto es, un criminal que debería estar entre rejas. El juicio tendrá lugar en octubre de 2026, diez años después de la acusación inicial, cinco de los cuales se perdieron en apelaciones (infructuosas) para que se desestimasen las querellas. Entretanto, se han dado unas cuantas disculpas, públicas y en privado. Esperemos que la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad resplandezca durante la vista.

¿Y cómo influyó esta tromba de difamaciones, odios y desinformaciones en mi escritura de *Los testamentos*? Estaba experimentando de primera mano una pálida versión de lo que supone vivir bajo una represión ideológica. Aquel silencio y aquel miedo me llevaban a pensar en Alemania del Este y Checoslovaquia en 1984, cuando una palabra pronunciada con descuido podía condenarte. En *Los testamentos*, Tía Lydia, principal funcionaria femenina del régimen de Gilead, opera de tapadillo, como yo

misma había estado haciendo, a fin de ir recopilando fragmentos de lo que en verdad ha sucedido. (A diferencia de mí, pero como algunos de mis informantes, Lydia finge ser una Verdadera Creyente.) Compila pruebas en contra de una secta hegemónica y corrupta, tal como yo estaba haciendo. Piensa en modos de revelar y sacar a escondidas los hechos, tal como yo estaba haciendo. A través de sus ojos, y de los de dos mujeres jóvenes —una de ellas un producto de Gilead, la otra un topo de la Resistencia introducido de modo clandestino—, vemos de cerca el funcionamiento del sistema. Y es posible (posible nada más) que, gracias a las revelaciones de Tía Lydia, ese régimen podrido por dentro empiece a implosionar.

El caso Galloway tuvo otro efecto en mí: el de robarme un montón de tiempo. Su carpeta es mucho mayor que la de cualquiera de mis novelas.

El estreno de la serie *El cuento de la criada* en abril de 2017 fue profundamente emotivo. Habían transcurrido cuatro meses de la llegada de Trump a su primer mandato presidencial y de la multitudinaria Marcha de Mujeres que se había celebrado en enero, al día siguiente de su investidura. En este contexto, a algunos les resultaba casi insoportable ver aquella serie, pues consideraban que no era una ficción, sino algo que bien podría convertirse en realidad. A nadie se le ocurría pensar en un asalto armado al Congreso estadounidense —tendríamos que esperar al 6 de enero de 2021 para verlo—, pero la reducción de los derechos de la mujer parecía un hecho demasiado probable. La gente me veía como una especie de abanderada, profeta y santa, alguien de quien esperaban que hiciera lo Justo y lo Correcto para las mujeres en todas las circunstancias. Pero el problema era que los diferentes lectores y espectadores proyectaban en mí ideas muy distintas de lo que era lo Justo y lo Correcto.

Tras los dos primeros episodios de la serie, me llegó una carta escrita en tono dolido y desconcertado. La remitente era integrante de lo que por resumir denominaré un «grupo venerador de una diosa pagana», y escribía en nombre de dicha comunidad (con su Wicca incluida), preguntándome cómo podía haberles hecho algo tan despiadado y terrible. Por lo visto, Tía Lydia aparecía en pantalla luciendo un broche con un símbolo en el que ni me había fijado. Tampoco había reparado en los broches idénticos pero de mayor tamaño que llevaban las Tías. El símbolo en cuestión era una mujer desnuda de pie sobre una media luna con varias estrellas en derredor. Se trataba de Astra, sagrada diosa de las estrellas, según aprendí. El grupo estaba muy enfadado conmigo. También era numeroso. Y organizado: hasta tenía un boletín informativo.

—¿De dónde sacasteis ese broche con la mujer desnuda? —pregunté a los de MGM.

—De internet —respondieron—. Fue cosa de los de diseño.

Mientras asimilaba esa información, me llegó una nueva carta. Ésta la remitía Oberon Zell-Ravenheart, amigo del grupo antes mencionado y, a juzgar por sus fotos en la red, un hechicero que sabía vestirse para la ocasión. El hombre tenía todos los atuendos de brujo, incluyendo un sombrero puntiagudo a lo Gandalf. Según me dijo, la imagen de la mujer desnuda no sólo era la de Astra, sagrada diosa de las estrellas, sino que la tenía registrada como propiedad intelectual. Me enviaba la documentación legal adjunta. La gente no hacía más que hurtarle la imagen vía internet, se quejaba Oberon. Era una molestia y un plagio.

Oberon me dijo que Astra se le había aparecido en un sueño a su difunta esposa, Morning Glory Zell-Ravenheart, y que él mismo había dibujado la imagen. La pieza en cuestión estaba a la venta en la página web de la joyería Peter Stone en dos modelos: uno de plata sin más y otro (más caro)

de plata con el contorno lacado en azul. Me apresuré a comprar tres: dos normales y una *deluxe*. A los artistas hay que apoyarlos.

Y me puse a pensar: MGM estaba metida en el negocio de la propiedad intelectual. Yo asimismo lo estaba. Y Oberon Zell-Ravenheart también. Por lo que era menester apoyar a Oberon Zell-Ravenheart. Era una cuestión de principios. El hombre había tratado de hacer valer sus derechos, pero no lo había conseguido.

Contacté con los de MGM. No puse el grito en el cielo, sino que apelé a su propio interés. No era de desear, alegué, que el estreno de la segunda temporada de *El cuento de la criada* se viera afeado por un nutrido piquete de paganos y wiccanos, encabezado por Oberon envuelto en llamativos ropajes, con carteles del tipo: ¡MGM, HULU, EL CUENTO DE LA CRIADA Y MARGARET ATWOOD HACEN MOFA DE NUESTRA RELIGIÓN! ¡Y ADEMÁS VIOLAN NUESTRO COPYRIGHT! Esta situación atraería todas las cámaras de televisión y eclipsaría el estreno por completo.

—Hum —me respondieron.

No tardó en llegarme otra carta de Oberon. Ahora era un hechicero mucho más feliz: MGM había acordado un pago. No obstante, la compañía insistía en que firmase un contrato donde se le negaba el derecho a poner en la web de Peter Stone: «Como aparece en *El cuento de la criada*.» Pero el broche de hecho aparecía en *El cuento de la criada*. Era la pura verdad. ¿A qué venía ese afán de silenciarlo?

Volví a hablar con la gente de MGM.

«Oberon Zell no piensa dar su brazo a torcer», informé. «¿Y a vosotros qué más os da? Estamos hablando de ocho palabras en una página web de una joyería poco conocida. ¿De verdad estáis dispuestos a correr el riesgo de tener que lidiar con las protestas de paganos y wiccanos, por no hablar del hechicero furioso, por ocho míseras palabras?»

Asunto resuelto.

Al final conocí personalmente a Oberon Zell-Ravenheart en una convención internacional religiosa adonde asistí para hablar sobre *El cuento de la criada* y la religión. En la sala había budistas, católicos, judíos ortodoxos, musulmanes y mormones, y también estaba Oberon. Había venido con una amiga, una mujer con una larga melena roja envuelta en una larga capa negra. Se llamaba Gypsy Ravish y estaba al frente de un emporio de ocultismo en Salem. Todos lo pasamos en grande, incluyendo a Graeme, quien miraba a Oberon con deferencia, pues siempre le alegraba que un david plantase cara al goliat de turno.

Y entonces me llegó otra carta de la wiccana anterior, Kirsten Ellen Johnsen. Intercambiamos agradecimientos, y Kirsten me pidió un favor.

El favor: una amiga suya, llamada Sea Gabriel, estaba escribiendo la tesis de doctorado sobre mitología nórdica, en concreto sobre las Nornas —las Parcas escandinavas—, en una universidad de la costa del Pacífico. ¿Sería tan amable de leer la tesis de Sea? Ah, mitología nórdica, otro de mis platos favoritos. Claro que sí, dije. Mantuvimos una animada correspondencia. ¿La historia de la Bella Durmiente procedía de las Nornas? ¿Era Jesús un embaucador? Sea Gabriel se convirtió en la doctora Sea Gabriel. Como regalo de agradecimiento, me envió cinco ovillos de lana mágica, tejidos por ella misma, con unas instrucciones escritas en una bonita caligrafía casi medieval, con sus runas y todo. Uno de los ovillos, de color oscuro, incluso servía para librarse de algo de forma permanente. Manejar con precaución, advertían las instrucciones. Optimista, Sea también incluyó un poco de lana rosa sin tejer y un huso de madera, para que yo misma pudiera tejer la lana encantada. Lo veo poco probable.

Así fue como me hice con los cinco ovillos de lana mágica que aún obran en mi poder. A veces regalo hebras de lana, con las instrucciones, a aquellos

que creo que puedan necesitarlos. ¿Llegaré a usarla yo misma algún día? El tiempo dirá.

En septiembre de ese mismo año se estrenó en Toronto la excelente miniserie de seis capítulos basada en *Alias Grace*, dirigida por Sarah Polley, que en noviembre empezó a emitirse en Netflix. La serie llevaba dos décadas en preparación. Desde que me escribió aquella carta a los dieciocho años, Sarah se había dedicado a la actuación, dirección, escritura de guiones y producción. Era un torbellino cinematográfico. Tras llegar a un acuerdo para la adaptación de *Alias Grace*, las dos nos habíamos puesto a trabajar en el proyecto. Al principio eso se tradujo en que Sarah me bombardeaba a preguntas sobre la historia. ¿Grace había ayudado al asesinato de Nancy? ¿Sí o no? Respondí que no lo sabía. Nadie lo sabía. Se trataba de un hecho histórico, así que no podía inventarme un final que llevara a pensar que el caso estaba cerrado. La versión fílmica tendría que mantener esa ambigüedad.

En *Alias Grace* también tengo un cameo: encarno a un personaje llamado Mujer Desagradable. Aparezco en la secuencia de la iglesia, con un tocado en la cabeza, fulminando a otros con la mirada y murmurando maledicencias. Tuve mi propia caravana-camerino, con el cartel de MUJER DESAGRADABLE en la puerta, donde dos ayudantes de vestuario me echaban una mano a la hora de ponerme el uniforme victoriano al completo: medias, botas, camisola, combinación, sobrefalda, enagua, chaquetilla, chal, tocado, bolso y guantes. La mayoría de las prendas era de lana. Estábamos en agosto, y hacía un calor insoportable. El rodaje discurrió con lentitud y terminó por hacerse de noche, por lo que se vieron obligados a proyectar un

ardiente foco luminoso a través de la ventana. Al final de la jornada, era una mujer verdaderamente desagradable.

LAS COSAS VAN EMPEORANDO

Continué escribiendo *Los testamentos* en el verano de 2017, cuando nos marchamos al Ártico con Adventure Canada. En otoño había avanzado bastante con el manuscrito, así que en noviembre, al ver que ya estaba a punto de acabarlo, firmé el contrato correspondiente. En realidad no sé cómo me las compuse para escribir el libro, si tenemos en cuenta todo lo que estaba sucediendo, en especial el lento deterioro de Graeme. Es posible que la novela fuera el refugio donde evadirme de las angustias de la vida real. Aprovechaba para escribir durante aquellos momentos del día en que Graeme se quedaba dormido. Por su parte, él llevaba años tomando nota del avance de la demencia, unos progresos que solía describir en las cenas con amigos, que se quedaban asombrados. «¡No hablarás en serio! ¡Pero si se te ve la mar de bien!» Ahora Graeme ya no lo encontraba tan divertido.

Llevábamos más de treinta años celebrando una fiesta «para los colgados» el día de San Esteban. Al principio invitábamos a aquellos que no celebraban la Navidad o no tenían amigos o familia cerca, pero con el tiempo el grupo fue ampliándose y ampliándose, hasta que habían llegado a juntarse en casa unas ciento cincuenta personas. Montábamos un bufet, con mucha ensalada de col, galletas, pastel de Navidad, embutidos y queso, y con las alubias al estilo inglés preparadas según la receta mágica de Graeme. Él creía que todo se podía mejorar con un buen chorro de whisky escocés. Pedíamos a los invitados que trajeran comida no perecedera, y al día siguiente la llevábamos al banco de alimentos cercano.

Hacía ya unos años que no celebrábamos la fiesta para los colgados porque nos resultaba demasiado extenuante, pero en 2017 decidimos volver a organizarla con la ayuda de un catering. Durante los preparativos me quedé atascada bajo el árbol de Navidad mientras reptaba tratando de estabilizarlo al tiempo que Graeme lo sostenía. Nos reímos a carcajadas: fue casi como en los viejos tiempos. Vino mucha gente, viejos y nuevos amigos. Graeme los recibía sentado en un sillón y les daba su bendición final: ya estaba planificando su salida de lo que Phoebe la Agente llamaba «este plano existencial terrestre».

Pasamos enero y febrero de 2018 en Norwich, Inglaterra. Llevábamos haciéndolo cuatro años, desde que fui profesora invitada en la Universidad de Anglia del Este; la experiencia nos había gustado tanto que volvíamos para escapar del invierno canadiense unos meses. En Toronto caía aguanieve, pero en Norwich brotaban los crocos, y no corrías el riesgo de resbalar en el hielo y abrirte la cabeza. Norwich estaba lo bastante lejos de Londres como para no distraernos en exceso, y Graeme podía revivir sus años de juventud londinense acudiendo a los pubs locales. Gran parte de *Los testamentos* la escribí allí.

El cuarto año que fuimos a Norwich encontramos un pisito cercano al mercado de la ciudad. En esa época yo me ocupaba de preparar gran parte de las comidas, pues Graeme estaba perdiendo lo que él llamaba su «función ejecutiva»: por ejemplo, qué tecla o botón pulsar. El microondas nos vino de maravilla. Matábamos el tiempo yendo de un sitio a otro; recibimos alguna que otra visita de Londres; fuimos con el naturalista Mark Cocker a contemplar una gigantesca bandada de estorninos, y a punto estuvimos de morirnos de frío. Graeme ahora tenía problemas serios con la

rodilla, por lo que estaba pensando en pedir que le pusieran una prótesis. Por mucho que las cosas fueran a peor, continuaba siendo el mismo —nunca dejó de serlo—, y nos prometimos seguir con nuestra vida de siempre en la medida de lo posible.

Teníamos previsto irnos de Norwich a principios de marzo, pero una inesperada tempestad de nieve se cernió sobre el Reino Unido. «La bestia del este», la llamaban. Norwich no estaba preparada para hacerle frente a la nieve: el sonido del patinar de neumáticos llenaba el aire. El aeropuerto de la ciudad carecía de máquinas quitanieves: hubo que cerrarlo. Viajamos a Heathrow en un taxi compartido con una pareja que había logrado hacerse con los servicios de un conductor con gusto por la aventura, y por el camino no cesamos de ver coches y camiones abandonados en zanjas y cunetas, mientras algunas figuras espectrales paleaban la nieve como buenamente podían. Nos las arreglamos para embarcarnos en un avión a Canadá. Graeme estaba eufórico: una peligrosa aventura, una valerosa fuga contra todo pronóstico. En cuanto a mí, llevaba el primer borrador de *Los testamentos* en el portátil.

Viajábamos todo lo posible: a esas alturas teníamos claro que a Graeme no le quedaba mucho tiempo por delante. Con marzo más avanzado, fuimos a Marruecos para observar las aves y recaudar fondos para el Observatorio de Aves de Isla Pelee. Ruth y Ralph nos acompañaron, para echar una mano. Después nos sumamos a una expedición a Islandia, organizada por Adventure Canada, en compañía de Jess y su pequeña familia. Islandia fue una buena elección; el desembarco siempre resultaba fácil: Graeme no tenía que subirse y bajarse de la lancha Zodiac de turno. En verano fuimos al norte, como siempre. Graeme decidió no someterse a la operación de rodilla: implicaba anestesia general, que era muy nociva para el cerebro de

una persona con su enfermedad. «Ha tomado la decisión correcta», lo felicitaron los médicos.

¿Y por qué no nos lo dijeron antes?

«Alguien quería un nuevo cobertizo», sentenció Graeme.

Compré algunas cosas de utilidad: un gramófono al viejo estilo para que Graeme pudiera escuchar sus discos de vinilo, así como un teléfono con cámara incorporada (no creo que llegara a usarlo). También puse localizadores digitales en aquellos objetos que podía extraviar. Como ya no conducía, los desplazamientos de ida y vuelta a la Madriguera para Escribir los hacíamos con Ruth, en coche de alquiler, o bien en autobuses. Para llegar a Isla Pelee recurríamos a una combinación de trenes y taxis. Muchos amigos invitaron a Graeme a comer fuera de casa y nos dijeron que estar con él era tan divertido y agradable como siempre. Un día le dijo a nuestra amiga Sylvia Fraser:

—No sé cómo te llamas, pero sé que te conozco y sé que me caes bien.

—Bueno —dijo ella—. No hace falta más.

—Ya no me sé los nombres de los pájaros —repuso él—. Pero el hecho es que ellos tampoco saben el mío.

Antes de Navidad, el hijo pequeño de Graeme (que lleva su nombre) sufrió una embolia mientras estaba en Isla Pelee con su mujer, Sumiko Onishi. Soplaba un fuerte viento, de modo que el helicóptero medicalizado no podía trasladarlo al hospital de Windsor. Al final se encargaron de hacerlo los guardacostas estadounidenses en un helicóptero de mayor tamaño, pero habían pasado nueve horas desde la embolia, y Graeme el Joven llegó al hospital en coma.

Siguió en coma durante siete semanas. Todos estábamos muy angustiados. Sumiko lo colmaba de atenciones, le ponía música, hablaba con él, le insuflaba ánimos. Graeme y yo fuimos a visitarlo; Graeme y Jess lo visitaron; su hermano, Matthew, lo visitó. Las cosas pintaban muy mal para Graeme el Joven. Los médicos estaban considerando desconectarlo.

—No le digáis que se relaje —instaba yo—. ¡Él ya está relajado! ¡Decidle que despierte de una vez!

Matthew se acercó a la cama.

—¡Graeme! —gritó—. ¡Soy tu hermano, Matthew! ¡Abre los ojos de una puta vez!

Abrió un ojo de golpe. Matthew corrió en busca de un médico:

—Ha abierto un ojo.

El médico no se lo creía.

—Grítele al oído —sugirió Matthew.

Eso hizo el médico. Y esta vez abrió los dos ojos. Después de todo, Graeme el Joven quizá podría recuperarse. Sin embargo, tenía una infección pulmonar. Mientras yo estaba ocupada con un viaje destinado a ganar algo de dinero, Graeme se las arregló para llegar a Windsor haciendo un alarde de fuerza de voluntad, tras anotar todos los pasos necesarios para hacerlo —comprar el billete de tren, subir al tren, llegar al hotel— y seguirlos al pie de la letra. Jess nos contó que al llegar a la estación de Windsor para recibirlo (tras haber volado desde Nueva York con escala en Detroit) se lo encontró llevándole el equipaje a una anciana bastante más discapacitada y desorientada que él. En el hospital Graeme se puso un traje de protección anticontaminación, se sentó junto a la cabecera de la cama de su hijo (enchufado a una batería de artefactos) y le cantó todas las canciones que solía cantarles de pequeños. «Reservé dos habitaciones contiguas, por si

necesitaba que lo ayudase. Pero cada mañana era él quien me despertaba a mí, vestido de pies a cabeza y listo para el desayuno», me contó Jess.

Una vez que la vida de su hijo estuvo fuera de peligro, Graeme pudo hacer el siguiente viaje que habíamos planeado. Me había dicho que ansiaba cruzar el Pacífico en barco, como tantas veces hizo de joven, así que conseguí billetes para el camarote superior en el *Queen Victoria*. Zarpamos de San Francisco. La travesía iba a llevarnos hasta Nueva Zelanda y también a Samoa, que Graeme había visitado en su juventud. Cada vez que el sol se ponía, se volvía hacia mí y decía: «Es la puesta de sol más bonita que he visto en la vida.»

No había perdido su capacidad de disfrutar del momento, aunque solía olvidarse del momento que acababa de disfrutar.

A Graeme le encantó ese viaje, a pesar de algunos episodios difíciles —se perdió a bordo en mitad de la noche, al confundir la puerta del pasillo con la del cuarto de baño, y en Sídney se cayó en plena calle sin motivo aparente—, pero en general todo fue bien. Por poner un ejemplo: gané ciento sesenta y cinco dólares jugando a las tragaperras del *Queen Victoria*.

Nos las arreglamos para sumarnos a una excursión ornitológica con Sean Dooley de BirdLife Australia, y tras asistir a un evento en la Ópera de Sídney volamos a Brisbane, donde disfrutamos de una maravillosa comida con los queridos primos australianos de Graeme. «Ha sido estupendo», dijo al final del viaje. «Me gustaría repetirlo el año que viene.» Una pausa. «No. Quizá no.»

Lo que quería decir: no tenía previsto seguir con vida un año más.

Durante todo ese tiempo estuve escribiendo el siguiente borrador de *Los testamentos*. Defred aparecía en segundo plano; huía de unos agentes enviados por Gilead para asesinarla. Tía Lydia se mostraba más ingeniosa y astuta que las Tías empeñadas en derrocarla y ocupar su puesto. Alguien se había ahogado en una cisterna de agua de una azotea. Cuando tu vida no marcha demasiado bien, nunca viene mal escribir sobre gente que afronta situaciones peores.

En el mundo editorial había estallado el escándalo de que un ladrón de manuscritos campaba a sus anchas por el extranjero desde hacía meses. Este desconocido robaba manuscritos inéditos haciéndose pasar por un editor, agente, colaborador editorial de otro país o traductor que reclamaba el manuscrito de turno para poder echarle un vistazo tal como estaba en ese momento. Sus víctimas eran autores muy conocidos que seguían en activo. El ladrón les escribía suplantando a alguien de confianza desde una dirección de correo electrónico casi idéntica a la de dicha persona. (Tan sólo cambiaba una letra, por lo que si no escudriñabas la dirección del remitente con lupa era fácil dejarte engañar.) Les decía que había perdido el manuscrito o el primer capítulo: «¿Podría enviármelo de nuevo, por favor?»

¿Por qué lo hacía? ¿Se trataba de un chantaje? ¿«Si no pagas, subo el texto a la red»? ¿Quería venderlo? ¿O quizá tenía pensado ofrecer la posibilidad de leerlo por un módico precio, a fin de hacer acopio de datos y números de tarjeta de crédito para realizar algún tipo de estafa?

Mis agentes y editores estaban de los nervios. La publicación simultánea del libro en todo el mundo exigía trabajar con el máximo secreto, así que guardaron el manuscrito bajo siete llaves. El gran lanzamiento de Londres se retransmitiría por *streaming* a más de cien países. La ilustración verde de

la cubierta ya se había vuelto una imagen icónica. Para proteger el manuscrito durante el proceso de edición, optamos por enviárnoslo en la nube doblemente protegido y con un nombre ficticio. *Los testamentos* de Margaret Atwood se convirtió en *The Casements* de Victoria Lockett. Qué tensión. Fue angustioso.

Volví en avión de Inglaterra con Graeme. Tras asegurarme de que se encontraba bien, abrí el portátil y estuve retocando un poco *The Casements*. Pero me distraje con la pantallita que tenía delante y acabé viendo una película fascinante titulada *Capitán Calzoncillos*. Ya en casa, con el camisón puesto, me di cuenta de que me había olvidado el portátil en el avión... ¡Y de que lo había dejado abierto!

Era una debacle. Me dieron náuseas, me las arreglé para no vomitar y pasé a la acción. Envié un mensaje a Air Canada vía Twitter y dos seres angelicales de @AirCanada obraron su magia. Me informaron de que el avión seguía estacionado en el aeropuerto. Nuevo mensaje: el portátil había sido localizado. Si me acercaba al aeropuerto de inmediato, alguien me esperaría junto a la entrada de la Terminal Uno con el portátil en la mano. Coleen, mi compañera de excursiones, me llevó en coche. Y sí, me devolvieron el ordenador, tal como habían prometido. Así fue como recobré esos *Testamentos* tan secretos y evité que mis editores me colgaran del palo mayor.

Había ido a Estados Unidos para asistir a cierto evento y me habían alojado en una vetusta mansión, en su día propiedad de un magnate, donde cada cuarto tenía un papel pintado diferente, de tonalidades oscuras, al estilo antiguo. Fue todo un presagio. Mis editoras —Louise Dennys y Martha Kanya-Forstner, de McClelland & Stewart en Toronto; Nan Talese y LuAnn

Walther, de Doubleday en Nueva York; y Becky Hardie, de Chatto & Windus en Londres— habían estado leyendo y editando las páginas que les había enviado, tomando notas y haciéndose consultas las unas a las otras. A continuación habían entregado todas sus notas a Becky para que ella las cotejara y señalara en las páginas correspondientes los cambios en los que todas estaban de acuerdo. La finalidad era obviar las discusiones entre las editoras, conocidas como «las Hormigas» cuando trabajaban como colectivo, y evitarme la papeleta de tener que escoger entre unas u otras. Conmemoré el momento con un diálogo sacado de la vida real.

Como cabía esperar, las Hormigas habían comprobado si Shit Creek, «el arroyo de la mierda», existía de veras. Afirmativo: había unos cuantos.

Al revisar las anotaciones, de pronto me encontré con que faltaban cuarenta páginas. ¿Qué hacer? En Inglaterra era de madrugada. Becky se encontraba de vacaciones en California. Conseguí hablar con ella, y Becky logró hablar con las oficinas en Londres. Las buscaron desesperadamente. Sin éxito. Llegamos a la conclusión que la resma desaparecida habría ido a parar a la trituradora de papeles por error. Las versiones obsoletas de *The Casements* se hacían trizas de inmediato; nadie sabía por dónde podía andar el enigmático pirata de los manuscritos. Iba a ser cuestión de remangarse. Becky se acordaba de las anotaciones de las páginas esfumadas, más o menos, y me las envió rápidamente. Logramos cumplir con el plazo de entrega final.

Entrando en la Madriguera de la Edición… / Los testículos / ¡No, esos dos puntos no! / ¡Por ahí sí que no paso! / Lo que el lector quiere es… / ¡Gilead no puede ser un parque temático! / ¡EL HORROR, EL HORROR! / ¡Argh! / ¡Ese guión, ese guión! / ¿Ella tiene 23 o 24 años? / ¡No tiene ninguna gracia! / —Hay una forma mejor de numerar las… / —¿Eso es un pene o es una metáfora? / Es la metáfora de un pene, tontaina. / A las Editoras, ¿dónde estaríamos sin su concurso? ¡¡En Shit Creek, con la mierda hasta el cuello!! / XX Margaret A. / ¿Hay un lugar llamado Shit Creek? Yo no lo encuentro en el mapa…

En cuanto al ladrón de manuscritos, por poco tuvo éxito. Este hombre envió un correo electrónico a mi agente, Karolina Sutton —Phoebe la Agente se había jubilado—, en el que aseguraba ser miembro del jurado del Premio Booker. Había extraviado las primeras páginas del manuscrito. ¿Sería tan amable de volvérselas a enviar? Karolina intuyó que querían darle gato por liebre. Llamó al miembro del jurado, que en absoluto había enviado dicho correo.

He dicho lo de «hombre» porque acabaron desenmascarando al coleccionista de manuscritos. Había trabajado en el sector editorial, lo que explicaba que tuviera tanta información de carácter interno. No tenía intención de explotar los manuscritos sustraídos: sencillamente quería tenerlos en su poder, como quien colecciona huevos de aves raras. Creo que no era consciente de hasta qué punto sus acciones podían perjudicar a otros.

El libro por fin estaba terminado. Sólo quedaba el último paso. Llegaba el turno de Heather Sangster, la revisora final. Llevo trabajando con ella desde *Alias Grace*. Al trabajar con el manuscrito de *Oryx y Crake*, Heather me dijo en un momento dado: «En el libro le das a Jimmy cinco barritas energéticas Joltbar. Pero se come una aquí, otra aquí, otra aquí, otra aquí, otra aquí y otra más aquí. O sea, o lo cambias y le das seis barritas, o haces que se coma una menos.»

Esta clase de observación es impagable; siempre hay algún lector que va a contar el número de barritas exacto, dispuesto a despellejarte si descubre que te equivocaste al llevar la cuenta.

Sentadas a la mesa del comedor, Heather y yo estuvimos trabajando con dos versiones del manuscrito cada una: una en formato digital y otra en papel. Lo que nos permitía ir de una página a otra con rapidez y comentar nuestras anotaciones respectivas, al tiempo que podíamos hacer búsquedas de palabras repetidas en la versión digital. Una mañana lo tenía todo preparado en la mesa del comedor cuando sonó el timbre de la puerta. Era Heather.

—Me acaba de atropellar un camión —dijo.

—¿No tendrías que ir al hospital?

—Eran dos ancianos que no me han visto cruzar en verde con la bici. La bici está para el desguace. Ha venido una ambulancia, pero no tengo nada roto.

—Ya, pero creo que tendrías que irte a casa y...

—Tú dame un par de paracetamoles, una bolsa con hielo y un vaso de whisky.

Graeme le trajo el whisky. Como de costumbre, estuvimos trabajando diez horas, con una pausa para comer, y liquidamos la tarea. Al día siguiente Heather tenía un hematoma tremendo.

¡Esto es una editora!

Graeme y yo tratamos de hacer un par de viajes más, pero por desgracia su resistencia se había reducido y ya no aguantaba largos paseos. Uno de estos viajes fue a su querida Escocia. Me contó un sueño que había tenido: era una gran fiesta, con todos sus amigos y familiares. Sin embargo, ninguno lo miraba ni le dirigía la palabra. Se había vuelto invisible. «Al carajo con todo esto, en Escocia voy a andar todo lo que haga falta», se dijo en el sueño.

Le contó a Jess que al despertar cayó en la cuenta de que aquella fiesta era su funeral. Por eso nadie podía verlo.

En julio volvimos a Londres, para que Graeme pudiera visitar a sus sobrinas, las dos hijas de su hermano muerto Alan. También fuimos a Ledbury, en Herefordshire, con ocasión del festival de poesía, por insistencia de Ursula Owen, mi vieja camarada de los tiempos de Virago. Llevaba años prometiéndole que iba a asistir.

Las construcciones del centro urbano de Ledbury son de estilo isabelino. Leí mis poemas en un edificio tan inclinado que tenías que agarrarte a una

viga del techo, y Graeme estuvo bebiendo cervezas en un pub con techos tan bajos como para romperse la crisma. Asistimos a una recreación de la batalla de Ledbury de The Sealed Knot, la asociación más grande del mundo dedicada a escenificar combates del pasado. Este grupo, que toma su nombre de una sociedad secreta de la época de Cromwell, recrea las batallas de la guerra civil inglesa del siglo XVII en los lugares exactos donde tuvieron lugar. Todos están invitados a sumarse al espectáculo, sin que importe la edad o el sexo, siempre que estén dispuestos a vestirse con los ropajes y pertrechos oportunos, seguir las órdenes de los mandos y caer muertos cuando se lo indiquen. A diferencia de los caídos en las contiendas de verdad, a los cinco minutos son muy libres de levantarse y seguir con su vida como si nada.

En verano fuimos al norte de Quebec, como llevábamos haciendo casi cuarenta años. Sentados en el muelle, nos cogíamos de la mano una y otra vez. Graeme me dijo:

—Ha sido un bonito y largo camino. —Solía decirlo—. Hemos hecho unas cuantas cosas buenas. —También lo había dicho más de una vez.

Y de pronto soltó algo que me pilló del todo desprevenida:

—Siento lo del bebé y lo de la boda.

Se refería a los momentos difíciles que habíamos vivido cuarenta años atrás. Ahora que había perdido tanta memoria, ¿cómo se explicaba que recordase precisamente aquello? Yo casi me había olvidado. ¿Cuánto tiempo llevaba cargando con aquel peso? ¿O se trataba de algo que de golpe había vuelto a su mente por razones desconocidas? Fue un momento desgarrador, para mí.

—Todo está bien —dije.

Y lo estaba.

Los testamentos iba a publicarse en septiembre. La gira promocional empezaba en Inglaterra. Estaba previsto hacer un lanzamiento a lo grande en la librería Waterstones de Piccadilly Circus, con la asistencia de Criadas y mucha gente vestida con atuendos verde neón, a juego con la cubierta. Deambulé por Toronto en busca de prendas de color verde, pero sólo encontré una verdosa camisa masculina con estampado de dinosaurios en el Museo Real de Ontario.

Tras la fiesta en Waterstones tendría lugar un lanzamiento internacional todavía más a lo grande, con participación de editoriales de los cinco continentes. El National Theatre albergaría un espectáculo en el que Ann Dowd interpretaría a Tía Lydia mientras la portada de la novela se proyectaba en el cielo, retransmitido vía *streaming* a unos mil quinientos cines del mundo. Ya se habían vendido unas ochenta mil entradas. Iba a ser el mayor lanzamiento en la historia del sector editorial. Todos estaban nerviosos. ¿Conseguirían llevarlo a buen puerto los especialistas en tecnología de Fane Productions?

Antes de las celebraciones londinenses íbamos a asistir a un evento literario en Mantua. Matteo Columbo, de Ponte alle Grazie, mi editorial italiana, lo había arreglado todo para que nos proporcionaran los mejores cuidados. Nos acompañaría Lucia Cino, directora de operaciones de O. W. Toad, porque hablaba italiano. Pero entonces, poco antes del lanzamiento, Graeme se cayó andando por la calle, de camino a una comida familiar, y se rompió el brazo. Los demás no nos enteramos; se presentó en el almuerzo de todas maneras, para no fastidiarlo, y sólo a la hora del postre, cuando ya estaba muy pálido y era evidente que algo marchaba muy mal, aceptó que

lo llevásemos a urgencias. Siempre había tenido una increíble resistencia para el dolor.

Últimamente se caía a menudo. Un caluroso día de verano se estampó contra un seto y dos desconocidos tuvieron que rescatarlo y traerlo a casa. Él se lo tomó con humor, pero tenía la cara toda ensangrentada. Llamé a Jess.

—Tu padre ha llegado a casa cubierto de sangre —informé.

—Siempre llega a casa cubierto de sangre —respondió ella.

Me volví hacia Graeme, que estaba sentado en la cocina.

—Tu hija dice que siempre llegas a casa cubierto de sangre.

Graeme:

—Son cosas que hago para entretener a la familia.

La caída más seria tuvo lugar durante una reunión familiar, cuando se desplomó sin más de una silla de la cocina y sufrió una conmoción cerebral.

«Estuve muerto», diría después. «Y no pasa nada.»

Matt y Jess lo acompañaron al hospital en la ambulancia y se pasaron la noche en vela aguardando los resultados de pruebas y análisis.

—¿Sufre usted alguna otra dolencia? —preguntó el médico.

—Tengo demencia —indicó Graeme—. Y en cantidad, oiga.

—Me sorprende —comentó el hombre.

—Sí, yo también me he quedado sorprendido.

¿Esas caídas eran miniembolias? Posiblemente.

Después de la fractura del brazo, Graeme tenía mucho dolor. El brazo se le puso morado. Alquilé una cama hospitalaria con barandilla de asistencia

para que pudiera levantarse por su cuenta. Y contraté a un cuidador por las noches. Si se caía y en la casa tan sólo estaba yo, no me las arreglaría para levantarlo del suelo, y él tampoco lograría hacerlo con una sola mano. ¿Qué iba a pasar con el grandioso lanzamiento de *Los testamentos*? Bajo ninguna circunstancia iba a marcharme dejando a Graeme en Toronto. Visitamos a nuestro médico de familia, Maris Andersons.

—¿Hay alguna razón por la que Graeme no pueda viajar en avión con el brazo roto? —pregunté.

No la había, por lo que todo quedó arreglado: iría conmigo. Además, él no quería perderse la celebración por nada del mundo; siempre le gustaron mucho las fiestas.

—Cuando me llegue la hora y tenga que dejar todo esto, ¿usted me ayudará? —preguntó Graeme al médico. No quería seguir viviendo hasta que ya no supiera quiénes eran los otros, o quién era él. Aún no había llegado a ese punto, pero veía que se acercaba.

—Sí —respondió Maris con serenidad—. Lo ayudaré.

—¿Y qué hubiera hecho exactamente? —pregunté al médico mucho más tarde.

—No lo sé.

—¿Quizá le hubiera dejado un gran frasco de pastillas y la anotación de no tomarlas todas con un vaso de whisky? —Sabía de gente que había hecho eso.

Pero el brazo facturado aún suponía un problema, por lo que contacté con las tres editoriales en lengua inglesa y con Matteo en Italia.

—Voy a necesitar una cama de hospital, alguien que vigile por las noches y una suite con tres cuartos —dije a todos—. De lo contrario, no voy a poder ir.

Se movilizaron de inmediato e hicieron los arreglos necesarios.

Nuestro paso por Italia fue casi idílico. Los eventos literarios nos dejaron tiempo para sentarnos en los cafés y visitar algún que otro museo. Disfrutamos de una cena estupenda con LuAnn Walther —la editora de mis libros en tapa blanda en Estados Unidos— y su pareja, Bill Hampton, que había sido corresponsal de guerra. A Graeme y a él les gustaba hablar de contiendas. El sol brillaba. Las estrellas titilaban. ¿De verdad llegaba a su fin mi tiempo junto a Graeme? ¿Cómo podía ser, cuando todo resultaba tan hermoso?

Nos fuimos a Inglaterra. La revista *Time* acababa de publicar un número dedicado a *Los testamentos* y a mí: «En la cima», decían. (No confío en las cimas, desde ahí sólo puedes ir para abajo.) En la cubierta de la publicación aparecía sentada en un sillón semejante a un trono, como la Suma Sacerdotisa en la carta del tarot, con expresión avispada. Suena ingrato quejarse, pero mis pies parecen enormes en la foto. Es por el ángulo.

Y llegó el día del lanzamiento. Becky Hardie, de Chatto, estaba hecha un manojo de nervios, así que le dije que fuera a comprar laca de uñas de color verde mientras Graeme y yo tomábamos una cerveza en un pub. (Becky encontró la laca de uñas y me las pinté.) Todo salió según lo previsto. Ann Dowd apareció en escena. Al principio daba la impresión de ser una encantadora mujer de mediana edad, pero de pronto, por arte de magia, se transformó en la aterradora Tía Lydia. Me dieron escalofríos mientras interpretaba las páginas iniciales de la novela. Samira Ahmed, la prestigiosa periodista de la BBC, me hizo una entrevista muy profesional en la que tocó los puntos de interés sin revelar la trama. La emisión en *streaming* a los cines funcionó en todo el mundo, excepto en dos únicas salas.

La renovada capacidad de Graeme para disfrutar y apreciarlo todo —el momento, una puesta de sol, la música, la comida— también abarcaba a mi

persona y mis apariciones en público. «Ésta es la vez que mejor lo has hecho», me dijo después.

La mañana posterior al lanzamiento disfrutamos de un desayuno espléndido con Fiona McMorrough, que había organizado la gira británica del *El año del Diluvio*. Y luego disfrutamos de una comida espléndida con el antiguo amigo de Graeme de los tiempos de la Western, Tom Schwartz, y su esposa Marga. Tom era el que había estado haciendo de *beatnik* de alquiler a comienzos de los sesenta, años antes de que Graeme y yo nos conociéramos. Y por último disfrutamos de una cena espléndida con mi protegida por la gracia de Rolex, Naomi Alderman, la creadora de *Zombies, Run!* y *El poder*, así como con su pareja, David. Nos reímos a base de bien.

Y por fin nos fuimos a la cama, con una cuidadora en su puesto.

37

Sinceramente

A las seis de la mañana, la cuidadora me despertó.

—Pasa algo —indicó.

Graeme se había levantado en mitad de la noche.

—Mi cabeza... —decía.

—Ay, por Dios —repuso la cuidadora—. ¿Quiere que le traiga una aspirina?

—No —respondió él—. Voy a sentarme un minuto en el sillón.

Sé lo que estaba pensando: «Se acabó lo que se daba. Está dándome un embolia, pero no voy a decírselo a nadie o me enchufarán a una máquina. No quiero seguir vivo y convertido en un vegetal. Quiero una salida rápida.» Y volvió a acostarse.

A las seis de la mañana no podía hablar ni mover los ojos, tampoco una pierna. Llamé a una ambulancia. Los camilleros se mostraron muy considerados. El hotel era muy antiguo y la camilla no cabía en los ascensores, así que se presentaron con una silla de ruedas. En un principio Graeme se negó a doblar las piernas para que pudiesen sentarlo. Temía que lo llevaran a un hospital y le hiciesen algún tipo de operación para salvarlo. Pero yo le había prometido que eso no iba a permitirlo. Le dije que todo saldría bien, y entre todos conseguimos meterlo en la ambulancia. Volví a

prometerle que me atendría a sus deseos, y eso lo tranquilizó. Entrelazamos nuestras manos, como tantas veces habíamos hecho en el último año.

Llamé a mi directora de operaciones, Lucia Cino, quien por suerte nos había acompañado a Londres desde Italia. No sé qué hubiera hecho sin su ayuda. Se puso a hacer llamadas y enviar correos notificando a todos los editores y agentes lo que acababa de pasar y explicando que la gira promocional que habían organizado tendría que ser pospuesta y posiblemente cancelada. También informó a nuestros amigos y familiares. En paralelo, la ambulancia nos llevó a Graeme y a mí al Hospital Universitario de Londres, donde le hicieron una resonancia magnética. Los médicos me permitieron mirar las imágenes. Graeme había sufrido una hemorragia cerebral masiva.

—No hay nada que podamos hacer —dijeron.

—Ya lo veo —convine.

—Gracias.

Sin duda se las habían visto con muchas personas llorosas y desesperadas que les imploraban que devolvieran la salud a su ser tan querido como condenado.

Dije a Jess y Matthew que quizá no valía la pena que vinieran en avión porque lo más probable era que Graeme no siguiera consciente mucho tiempo. La hemorragia en el cerebro era vertical y estaba trasladándose hacia abajo, por lo que pronto impactaría contra el bulbo, impidiéndole respirar. Por supuesto, vinieron de todos modos. Llegaron a tiempo para que Graeme les sonriera y apretara su mano un segundo. Sabía que estaban presentes.

A principios de aquel año había estado hablando con sus hijos sobre lo que todos sabíamos que era inminente.

«Por mí no os preocupéis, yo estaré bien», les dijo. «Pero para ella va a ser duro.»

Con lo de «ella» se refería a mí. Y era verdad.

«Ahora, por fin, esa cosa distinguida», dijo Henry James cuando estaba muriéndose. Emily Dickinson dijo: «La niebla está levantándose.» Oscar Wilde dijo: «El papel de pared y yo estamos sumidos en un duelo a muerte. Uno de los dos tiene que irse.» El Próspero shakesperiano dijo: «Somos de la misma materia de la que están hechos los sueños, y nuestra corta vida se encierra en un sueño.» Es un consuelo saber que tantísimos otros han cruzado esas mismas puertas —las puertas de la muerte, las puertas del dolor—, pero está la cuestión de los minutos, las horas, los días, los detalles mundanos que tienen lugar antes de que dichas puertas finalmente se abran. Graeme tenía el corazón fuerte. Le llevaría un tiempo dejar de latir.

El hospital optó por los cuidados paliativos, y nos proporcionó un colchón en el suelo del cuarto de Graeme. Sus dos hijos y yo pasábamos las noches allí por turnos; íbamos y veníamos del *bed and breakfast* situado al otro lado de Primrose Hill, un alojamiento que Xandra Bingley nos había encontrado en su calle. Comíamos en los cafés, medio atontados por la falta de sueño. Bebíamos café. ¿Cómo podían ser tan frescas y bonitas aquellas mañanas? ¿Cómo podían los atardeceres ser tan rojizos y tranquilos?

Poníamos la música preferida de Graeme para que la escuchara, y también reproducíamos las llamadas de los pájaros y los sonidos del mar. Le hablábamos. Le decíamos que lo queríamos. ¿Nos oía? No había forma de saberlo.

Tuvo la embolia el 13 de septiembre y murió el 18 de ese mes al mediodía. Estuvimos sentados con él un rato, sabiéndolo y no sabiéndolo a

un mismo tiempo. Llevábamos días diciéndole a la mujer del hospital que se presentaba en las habitaciones empujando un carro con sopa que no queríamos nada de sopa. Se nos ocurrió que la pobre señora de la sopa igual entraba en el cuarto y se encontraba con un cadáver, por lo que Jess fue al mostrador, dio el número de habitación y dijo: «No va a necesitar la sopa.» Una pausa. «Porque está muerto.»

Y entre risitas socarronas echamos a andar hacia el ascensor. El vértigo se hacía con nosotros, como suele pasar en los instantes solemnes. ¿Cómo se explica? ¿Es la liberación de la tensión, de la tensión de la espera? ¿El deseo universal de reír en la iglesia? ¿La más pura y simple negación? *No puede ser que... se haya ido sin más*. Todos podemos creer en tres cosas de forma simultánea. La persona está bajo tierra. La persona está en el más allá. La persona está en la habitación de al lado. No cesas de pensar que en cualquier momento vas a volver a verlo.

Por mucho que sepas que está al llegar, la muerte es un shock. Comparable a un electroshock: te quedas anonadada, no sabes dónde estás. Deambulas por el hiperespacio; das la impresión de estar centrada, pero no te encuentras allí en absoluto. Te las compones para seguir haciendo las cosas por inercia. Después no te acuerdas demasiado bien de lo que pasó aquellos días. Por eso los amigos y vecinos vienen a verte y te traen comida: porque saben que no estás del todo presente.

Muchos han enfilado este camino, durante miles y miles de años. Muchos más van a encontrarse recorriéndolo a su vez en el futuro. Sin embargo, la muerte de un ser querido sigue siendo difícil de asimilar.

Xandra Bingley nos llevó a todos a cenar esa noche. Nos sentíamos extrañamente aturdidos, casi alegres. Al día siguiente empaquetamos las

cosas de Graeme. Matthew se quedó en Londres para ocuparse de «los papeles», como se dice de forma eufemística. La gente de Canada House fue de gran ayuda con los certificados, lo que había que hacer para llevar las cenizas de un avión al siguiente, etcétera. Eran duchos en esas lides, pues lo habían hecho muchas veces. Conocían el procedimiento. Por lo visto, los canadienses tenían por costumbre morirse en Londres.

Me embarqué en el vuelo a Nueva York. Jess me acompañaba. Estuve viendo *Los Minions* en la pantallita frente a mi asiento. Es lo que necesitas en momentos de fuerte pesadumbre: la idiotez supina.

¿Bajé del avión y me fui a grabar un programa del *Late Night with Seth Meyers*? Eso parece. Una gira promocional tiene mucho que ver con el negocio del espectáculo, y el espectáculo ha de continuar como sea. Justo después de eso me las arreglé para asistir a una cena organizada por la editorial estadounidense en mi honor. Jess estuvo presente, lo mismo que Nan Talese, mi editora durante tantos años, y su marido, Gay. También estuvieron Suzanne Herz y Todd Doughty, del Departamento de Publicidad de Penguin Random House, cuyo trabajo iba a ser pastorearme durante los días venideros, así como LuAnn Walther, con quien Graeme y yo habíamos estado cenando en Italia pocos días antes. Estaban conmigo y me prestaban apoyo. A sus ojos, yo continuaba funcionando como siempre, pero no era así como me sentía. Un robot me había suplantado y se encargaba de tomar parte en las conversaciones y dar buena cuenta del postre; yo estaba atrapada en su interior.

A algunos les sorprendió que siguiera adelante con la promoción de *Los testamentos*. Pero ponte en mi lugar, tú que me lees: ¿qué es preferible,

estar ocupada o sentada frente a un sillón desocupado? Escogí estar ocupada. El sillón desocupado me esperaba en casa.

Los editores tuvieron buen cuidado de rodearme de gente, para que me hicieran compañía, me contaran chistes y evitaran que cruzase un semáforo en rojo por puro despiste. Era una carrera de relevos, o eso parecía, pues un grupo me dejaba en manos de otro, y así sucesivamente. ¿De verdad fuimos a toda velocidad por la autopista cantando «The Gambler» de Kenny Rogers? De verdad. ¿Es cierto que, al llegar a Victoria, en la Columbia Británica, Jared Bland, de McClelland & Stewart, fue a comprar gorros de lana para todos ante la previsión de que en Calgary haría un frío polar? Es cierto. Creo que conseguí ofrecer una imagen de normalidad durante los eventos y presentaciones, fuera lo que fuese aquella nueva «normalidad». Pero por las noches me encontraba a solas en la habitación del hotel de turno. Llevaba muchos años encontrándome a solas en cuartos de hotel, y nunca me había importado: siempre podía llamar a Graeme. Pero ahora estaba sola de verdad.

Después de una Navidad apagada, en la que amigos y familiares se esforzaron por sonreír con valentía, salí de viaje otra vez. Primero fui al Hay Festival de Colombia, un viaje que tenía previsto hacer con Graeme. En su lugar me acompañaron Ruth y Ralph; fue buena idea, porque yo seguía en modo zombi.

A continuación fui a Nueva Zelanda y Australia con Fane Productions. Fane había logrado la milagrosa proeza de producir el lanzamiento de *Los testamentos* en el National Theatre londinense a mediados de septiembre con la peliaguda emisión en *streaming* al mundo entero. Alex Fane y Will Kontargyris, mano derecha y gurú tecnológico de la empresa, me

acompañaron de un lugar a otro (Wellington, Auckland, Sídney, Melbourne, Canberra, Brisbane, Perth), vigilándome de cerca. Juntos visitamos los impresionantes proyectos neozelandeses de conservación de la naturaleza, comimos enormes mejillones verdosos, circulamos en ciclomotores eléctricos y estuvimos observando a los koalas, canguros y pájaros raros de Australia. Graeme solía citar la famosa frase de *Esperando a Godot* de Beckett: «Así uno pasa el tiempo.» Se suponía que yo estaba disfrutando de una juvenil *joie de vivre*. En realidad, no hacía más que pasar el tiempo. Como dice Beckett, hubiera pasado de todas maneras. Pero no para mí, de ese modo escapista cuando menos.

Tras llegar a Hobart, en Tasmania, nos desplazamos en helicóptero a un punto remoto de la isla para conocer a unos conservacionistas locales. Mientras contemplaba el paisaje marino por la ventana del helicóptero, de pronto advertí que tenía una dolorosa y fuerte erupción en la frente, un sarpullido que picaba lo suyo. ¿Me habría rozado con algún arbusto australiano de lo más ponzoñoso? Tal vez se trataba de una nueva especie de ácaro rojo. Al llegar al pequeño hostal en el que íbamos a alojarnos, impresioné a Alex y a Will dejando fuera de juego a una enorme araña que había en el techo del cuarto y llevándola viva al exterior atrapada en un vaso de cristal. Luego fui al espejo y examiné aquel sarpullido en la frente. ¿Podía ser un herpes zóster? Me había vacunado, pero tenía toda la pinta. De regreso en Hobart un día después, el médico del hotel tomó cartas en el asunto. Efectivamente: un herpes. Mi sistema inmunológico estaba protestando por la ausencia de Graeme.

Tenía setenta y dos horas desde la aparición de los síntomas para tomar un comprimido antivírico. De lo contrario, tal como me informó Jess en tono acalorado al teléfono, corría el riesgo de que la infección se colara por los nervios a la ceja y al ojo, que supuraría y se pudriría, obligándome a

andar por la vida con un ojo de cristal. Después de su llamada, cada vez que llegaba a una nueva ciudad, me veía obligada a que un oculista me escudriñara el ojo con una luz verdosa para cerciorarse de que el herpes no se había infiltrado. Y luego tenía que informar a mi hija, que supervisaba el asunto en detalle desde la otra punta del mundo.

Hacíamos vídeollamadas a través de FaceTime, en las que decía cosas como:

—Aquí estamos en Sídney, desayunando y disfrutando de unas magníficas vistas. Os presento a Alex, y éste es Will.

Y para divertir a mi nieta de tres años y medio, hacíamos cosas como clavar los dedos en unas frambuesas gordísimas.

—Encantada —decía Jess—. ¡Y ahora dale la vuelta al teléfono para que te vea bien! ¿Has visitado al oculista? ¿Cómo tienes el ojo?

—¿Y qué importa un ojo de más o de menos?

—¡Has de tomártelo en serio!

—«¡Fuera también, gelatinosa suciedad!»

—¡Ya está bien!

A primeros de marzo llegamos a nuestra parada final en Australia. Empezaba a hablarse de una enfermedad nueva y misteriosa procedente de China: la covid-19, tremendamente infecciosa, que en Italia estaba extendiéndose como un reguero de pólvora. Viajé a Irlanda para tomar parte en el Galway International Arts Festival, todavía con manchas en la frente y colocada por la medicación contra el herpes, pero con la vista intacta. Se decía que la covid-19 no había llegado a Irlanda.

En Galway me reencontré con mi compañera de excursiones, Coleen Quinn. Coleen estaba contentísima de estar en el país de sus ancestros. Nos

alojamos en el castillo de Ballynahinch, en el que Graeme y yo habíamos estado tantas veces, cuando paseábamos por los valles y colinas masticando pan de soda irlandés.

YO, POR AQUEL ENTONCES (*contemplando las marrones aguas del río desde la ventana del comedor*): Me pregunto si habrá ratas de agua.

GRAEME: ¿Por qué? ¿Te has quedado con hambre?

Des Lally, «el tabernero poeta» que llevaba tantísimos años trabajando en el castillo, me enseñó el árbol que habían plantado en recuerdo de Graeme. Un maravilloso gesto simbólico.

Aunque todavía estaba atontada por la medicación contra el herpes, participé en los eventos y ruedas de prensa programados. Coleen y yo salíamos a hacer excursiones terapéuticas, y en una de ellas nos tropezamos con una pocilga en pleno bosque. Los días posteriores estuvimos llevando manzanas para que Coleen pudiera dar de comer a los cerdos. Por lo que vi, Coleen pensaba que a los gorrinos los puedes amaestrar como si fueran perros. «¡Cerdo malo! ¡No seas tan avaricioso! ¡Espera tu turno! ¡Ya te has comido dos!» El desbarajuste llevaba a pensar en la retirada de Waterloo: empujones, codazos, sustracciones, pisotones...

El 10 de marzo, día de mi regreso a Toronto, en las salidas de Heathrow no había casi nadie. Sin embargo, en el aeropuerto Pearson de la ciudad canadiense, las llegadas estaban atestadas. La gente no se arriesgaba a viajar al extranjero. Al contrario: lo que hacía era volver a casa para no verse atrapada en otros lugares, tosiendo y temblando en un hotel mientras el seguro de viaje caducaba. Un par de días después de mi marcha, las autoridades suspendieron el festival de Galway. La covid-19 había irrumpido en Irlanda. Y estaba extendiéndose a Canadá con rapidez.

El miedo asolaba el país. Me corrijo: el miedo asolaba el mundo. ¿De dónde procedía esta nueva peste? ¿Qué te pasaba exactamente si la pillabas? ¿Cuándo iba a acabarse?

De vuelta en nuestra casa vacía, me concentré en estructurar mis poemas recientes en una compilación llamada *Sinceramente*. Muchos de esos poemas se centraban en Graeme: en cómo era a medida que se iba viendo reducido, en cómo iba a ser vivir sin él. Todos los escribí antes de su muerte; en una suerte de preduelo. He aquí uno de ellos:

El señor Corazón de León

El señor Corazón de León está fuera hoy.
Viene y va,
centellea intermitentemente.
Puede que hayas oído un rugido,
puede que no.

¿Qué es lo que olvidó
esta última vez?
No me refiero a las llaves, ni al sombrero.
Me refiero a sus días leonados,
el sol, el galope dorado.
Todo nuestro baile greñudo.
Retorna a él en destellos,

pero ¿y luego qué? Entonces lamentar

que ya no somos.
Hay canto de pájaros, no obstante,
proveniente de pájaros cuyos nombres han desaparecido.

Los pájaros no los necesitan, esos nombres perdidos.
Nosotros los necesitábamos, pero eso era entonces.
Ahora, ¿a quién le importan?
Los leones no saben que son leones.
No saben lo valientes que son.

38

Perdidas en el bosque

La covid-19 provocó el confinamiento total en Canadá: compromisos cancelados, entregas del supermercado en la puerta, desinfectar los vegetales, librerías que te servían los libros en una cesta desde el piso de arriba, gente que fruncía el ceño ante quienes corrían por la calle porque boqueaban en exceso... Se suponía que las mascarillas eran de ayuda, pero ¿dónde conseguirlas? Ruth cosió unas cuantas, de vistoso color anaranjado y con su forro interior y todo, pero luego se demostró que en la práctica eran inútiles.

Y también se sucedían las llamadas de auxilio. ¿Podía yo hacer un Zoom? ¿Podía hacer otro Zoom? ¿Y otro más? Los vídeos en los que alguien metía la pata al hablar por Zoom se hicieron virales: personas que olvidaban ponerse los pantalones o que daban las noticias con cara seria mientras sus hijos pequeños aparecían de fondo cargándose el efecto, o eclipsadas por el novio semidesnudo en segundo plano, o que salían con el filtro de un gato, como le pasó a aquel abogado del sur ante un juez («No soy un gato», «Ya veo que no es usted un gato»), por no hablar del sacerdote que activó por error unos filtros mientras retransmitía la misa por *streaming*, y aparecía con los ojos saltones, fuegos artificiales de acompañamiento o unas gafas de sol que le daban un aire delictivo.

Una de las llamadas de auxilio la hizo Mary Beard, la intrépida historiadora inglesa del mundo clásico y de la Antigua Roma en particular. Entre sus ocupaciones se contaba presentar un programa de la BBC llamado *Front Row Late*, que solía incluir reseñas de espectáculos teatrales, pero los teatros ahora estaban cerrados. ¡Desesperación! Por favor, por favor, ¿podía yo enviarle un vídeo de algo que tuviera que ver con las pandemias?

Recluté a Ruth, que formaba parte de mi burbuja personal. (De pronto todos teníamos burbujas.) Montamos una compañía teatral llamada The Tableware Players, «las comediantes de la vajilla», e hicimos un retablo de *La máscara de la Muerte Roja*, de Edgar Allan Poe. El príncipe Próspero lo encarnaba una botella de champán ornada, los cortesanos eran copas de vino puestas del revés, con unas cintas con lazo a modo de sombreros, mientras que la Muerte Roja la interpretaban un pañuelo, pintura color bermellón y una calavera de papel. El reloj era una antigualla negra y dorada que no funcionaba. Los doce fatídicos tolones del reloj los pergeñamos con una cacerola y una cuchara, pero mi hermana tan sólo dio once. En el vídeo se oye que le susurro al oído: «¡Un tolón más, por favor!»

La pandemia no aflojaba. En su lugar, fue a peor. La tasa de mortalidad no hacía más que subir. Nueva York estaba convirtiéndose en un punto crítico. Un día antes del cierre de la frontera con Canadá, Jess, nuestro yerno Alec y nuestro nieto de casi cuatro años salieron corriendo de Brooklyn. La pequeña familia se pasó el día viajando en coche de alquiler y llegó a nuestra casa entrada la noche. Yo había cargado de comida nuestro automóvil y estaba escondida en la vivienda con las luces apagadas, fingiendo que allí no había nadie, para que mi pequeño nieto no quisiera

entrar a verme. Querían evitar todo contacto conmigo, por si acaso se habían contagiado.

Jess y Alec recogieron nuestro coche y se dirigieron al norte, a la Madriguera para Escribir, donde pasaron las tres semanas de cuarentena prescritas. Ruth les dejaba comida en el garaje, y mi nieto se preguntaba de dónde venían aquellos alimentos. ¿Era cosa de hadas? ¿Cosa de magia? Una vez pasada la cuarentena, los tres volvieron a mi casa de Toronto. Nos decíamos que igual tenían que quedarse un par de meses, pero las oleadas de la covid-19 se sucedían, por lo que no volvieron a su piso en Brooklyn hasta año y medio después. Se encontraron el patio lleno de enredaderas.

Todo el mundo tiene historias que contar de la pandemia, si es que pueden acordarse de ellas. ¿Todo fue una horrible pesadilla? No para mí. Me vino bien la compañía de la joven familia, estando la muerte de Graeme tan reciente. El supermercado cercano daba preferencia a los clientes de la tercera edad a primera hora del día, y yo iba por los pasillos con el carrito comprando lo que hiciera falta. Mi nieto estaba en una burbuja con otros niños, supervisados por un monitor que también era aficionado a la ornitología y hacía que los pequeños pasaran tiempo en la naturaleza. En mi calidad de abuela, una de mis mayores hazañas fue la limpieza y el blanqueo de una calavera de mofeta recuperada de una zanja. Al principio era un apestoso amasijo entre marrón, rosado y verdoso, pero tras una serie de hervidos y desinfecciones de Peggy Naturaleza, tomó un bonito color blanco inodoro.

En la casa preparábamos las cenas por turnos, utilizando una plantilla-calendario como en las residencias de estudiantes. Si te llegaba el turno pero no tenías energías, siempre podías traer comida de alguno de los restaurantes que te servían bolsas de papel con raciones en el umbral del establecimiento. O también podías llamar para que te trajeran los platos a

casa. Comida japonesa, mexicana, de Oriente Medio, francesa, italiana... Había de todo. Gracias por permanecer abiertos, valerosos trabajadores de tantos restaurantes.

Durante los años de la pandemia corrías el riesgo de no hacer suficiente ejercicio físico; apoltronarse y encerrarse en casa era lo más fácil del mundo. Pero Coleen y yo hicimos un pacto: no íbamos a privarnos de nuestro paseo y café matutinos por un simple virus mortífero. En invierno, protegidas por botas, bufandas, guantes y manguitos calientamanos, avanzábamos entre la nieve, comprábamos tarjetas de lotería rasca-y-gana y las rascábamos en la acera mientras bebíamos los cafés servidos en vasos de cartón. A veces comíamos sushi en un banco del parque. Compré una barbacoa, lo que me permitió preparar perritos calientes a la parrilla mientras los invitados se arrebujaban con mantas y bolsas con agua caliente. La leña procedía de las ramas caídas en el patio trasero. También nos hicimos con una tienda marquesina en vistoso color rosa que unimos al cobertizo del jardín cubriendo dos de las ventanas. En el interior de la tienda montamos la mesa para pícnic y pusimos una segunda mesa dentro del cobertizo. Ahora podíamos tener invitados con los que cenar: ellos se sentaban en el pequeño cobertizo; nosotros, en la tienda, y hablábamos a través de las ventanas.

Durante este período, una joven emprendedora llamada Candice Faktor entró en contacto conmigo. La conocía de un proyecto que hice con Wattpad, una plataforma de escritura online. Candice estaba desarrollando Disco, una plataforma interactiva con fines educativos. ¿Me gustaría hacer algo con ellos? «Escritura creativa, no», respondí. «Querría probar algo que podríamos llamar "Utopías Prácticas".» Durante cierto tiempo la gente no

hacía más que preguntarme: 1) ¿Hay alguna esperanza? Y 2) ¿Por qué no escribes una utopía, en lugar de una distopía? Buenas preguntas ambas, ahora que parecíamos estar viviendo una época marcada por la multiplicación de las guerras, las nuevas enfermedades letales, el desbarajuste económico, las catástrofes medioambientales y las figuras autoritarias, con Donald Trump presto a convertirse en una de ellas. Respuesta a 1): Siempre hay esperanza, o casi siempre, a no ser que te encuentres atrapado en la bodega del *Titanic* mientras se hunde. Respuesta a 2): ¿Por qué el infierno siempre es mucho más fascinante y cautivador que el paraíso? Porque cuando los corderos pastan tranquilos, aparte del rumiar no sucede gran cosa. Pero si un lobo aparece en el campo, de inmediato capta la atención. Lo que explica la naturaleza de los informativos y también pone de relieve el problema de las utopías literarias. Cuando todo es perfecto, ¿cómo eludir el aburrimiento?

Sin embargo, Utopías Prácticas no sería ficción. Se trataría de una exploración en grupo, con doscientos participantes activos en la red divididos en equipos. En la sesión introductoria expliqué que la mayor parte de las utopías, literarias o físicas, eran impracticables porque partían de la teoría y se desplazaban hacia abajo. Pero los árboles y los edificios crecen hacia arriba y se asientan en el barro. El cieno es la realidad, una realidad que incluye la naturaleza humana. ¿Qué sociedad, no perfecta pero sí mejor, podríamos establecer desde el lodo y proyectarla hacia lo alto?

Los alumnos del curso sobre Utopías Prácticas tendrían que atenerse a los siguientes parámetros: el diseño de una sociedad mejor que fuera negativa en emisiones (o generase cero emisiones), escalable y lo bastante atrayente como para que la gente quisiera vivir de esa manera. Con estos requisitos, ¿qué clase de viviendas tendríamos? ¿Qué clase de alimentos? ¿Dónde y cómo los cultivaríamos? ¿Qué clase de ropas vestiríamos? ¿Cuál sería su

coste? ¿Fuentes de energía? ¿Transporte? ¿Suministro de agua? ¿Eliminación de residuos y cadáveres? Y a continuación: ¿qué sistemas de gobierno, educativo y de sanidad tendríamos? Toda sociedad humana ha tenido que vérselas con todos estos aspectos.

Al final del curso de ocho semanas los equipos presentaron sus utopías. Todas ellas admirables y atractivas, pero que tendían a esquivar dos problemas: 1) Qué hacer con los disidentes, los criminales o con quienes pretenden invadirte? 2) ¿Y la cuestión del dinero? ¿Todo iba a basarse en el trueque o...? Las utopías flaqueaban en esas dos cuestiones, como en la vida real.

El mundo sobrevivió a la covid-19,, más o menos. Pillé el virus un par de veces: fue desagradable, pero no me dejó secuelas. No obstante, desarrollé otra dolencia en paralelo. Tenía arritmia cardíaca desde los doce años; nada de lo que preocuparse, o eso me dijeron, aunque a veces fuera irritante. Había escrito varios poemas sobre mi corazón y las trastadas que me gastaba. Ahora tenía fibrilación auricular galopante, una dolencia degenerativa que no tiene curación. Al principio la medicación la mantenía bajo cierto control, pero con el tiempo no fue suficiente. Nunca sabía cuándo iba a sufrir una nueva crisis. Mi frecuencia cardíaca se disparaba de pronto a 165 y luego se desplomaba a 35, y mi corazón cesaba de latir durante más de diez segundos. En las apariciones en público me las apañaba siempre que tuviese una silla y una mesa a mano para no caerme. Descansaba la cabeza sobre una de las manos, como sumida en hondos pensamientos, cuando en realidad estaba sufriendo un breve desvanecimiento.

Tras monitorizar esos pequeños paros cardíacos, el equipo especializado del hospital Saint Michael de Toronto me implantó un marcapasos. Funciona bien. Cuando me toca pasar por el control de seguridad de un aeropuerto, me llevo la mano al corazón como si fuera a prestar juramento. «Ajá», asienten, «marcapasos». A estas alturas me han palpado lo suyo, claro está. Y tomo una medicación que, en caso de pasar mucho tiempo al sol, me vuelve de color azulado. No un color azul pitufo uniforme, lo que sería una maravilla, sino de una tonalidad más semejante a la que adquieres al pegarte de bruces contra una pared. Así que me pongo protección solar y pamelas con ala muy ancha; aunque antes también lo hacía, claro.

Antes o después, el organismo optará por marcharse de aventura por su cuenta, y dará igual lo que yo prefiera. Pero por ahora seguimos juntos.

Todo ese tiempo estuve escribiendo unos relatos que se publicaron en el otoño de 2023 con el título de *Perdidas en el bosque*. El título proviene de una balada inglesa de autor desconocido, «The Babes in the Wood», que habla de dos criaturas a las que abandonan en el bosque y terminan por morir. El título original, *Old Babes in the Wood*, deja claro que las niñas aquí ya están entradas en años, pero quien tuvo retuvo. El cuento con ese título claramente hace referencia a mi hermana y a mí, todavía juntas en el bosque después de tanto tiempo. Todo lo que se narra en él sucedió de verdad, incluyendo lo de los ratones.

Soy una pesadilla para mis traductores. Hago alusiones. Hago chistes, siempre difíciles de traducir, y me invento nombres de marcas comerciales que no existen. Hace poco estuve en Noruega, donde me encontré con la traductora de *Old Babes in the Wood*, Inger Gjelsvik. El título del libro en noruego es *Ryper i solnedgang*. Le pregunté por el significado exacto, e

Inger me envió algunas de sus notas: un bonito ejemplo del pensamiento y la atención que los traductores literarios ponen en su labor. Aquí están, como pequeño homenaje a todos los traductores:

Old Babes in the Wood *Ryper I solnedgang*

babes = *ryper* (pl.) (*rype* = urogallo, el ave)
rype también designa a una chica sexy (un poco anticuado), «una chavala» y cubre ese *babes*
rype a la vez guarda asociación con el bosque
solnedgang = anochecer
solnegang indica el final del día, también en sentido metafórico, por lo que cubre el término *old* del título en inglés
Ryper i solnedgang, para el lector noruego, también se identifica con *Elg i solnedgang* = alces en el anochecer, un motivo muy apreciado en las pinturas noruegas (¿de los años treinta a los años cincuenta?), pero que algunos encontraban *kitsch* y de mal gusto artístico, un poco como el motivo de la gitanilla o el niño que llora. Con todo esto quiero decir que *i solnedgang* también denota el bosque (en adición al urogallo), por mucho que la palabra «bosque» no aparezca mencionada en el título de forma explícita.
Y, claro está, *solnedgang* hasta cierto punto guarda relación con la tristeza subyacente en la expresión *babes in the wood* de la narración tradicional: las dos pequeñas abandonadas y perdidas entre los árboles, así como con el significado: cito de Wikipedia: «la expresión se ha incorporado a la lengua corriente para referirse a aquellas personas inocentes que, sin darse cuenta, se adentran en una situación potencialmente peligrosa u hostil» = (aquí) envejecimiento

La compilación de relatos *Perdidas en el bosque* consta de tres partes. La primera de ellas, «Tig & Nell», incluye los cuentos en los que el personaje de Tig —al que hemos encontrado antes en varias narraciones de *Desorden moral*— sigue con vida. Sigue una segunda parte, un surtido de galletas variadas con una entrevista a George Orwell muerto realizada a través de un médium; la historia de un caracol que se ha reencarnado en forma de mujer; una madre que asegura a su hija que en realidad es una bruja; una interpretación de la muerte de Hipatia de Alejandría, que fue desollada viva con conchas marinas; y una reformulación de la historia de la paciente Griselda del *Decamerón*, narrada por un extraterrestre carnívoro y en la que aparecen dos Griseldas, una de ellas impaciente. Como el extraterrestre es carnívoro, la historia tiene un final feliz: las dos Griseldas se comen al malvado duque, con ropa y todo.

En la tercera sección, «Nell & Tig», las cosas se tornan más sombrías. Tig ya no está vivo. Nell ahora es viuda, y la voz en el cuento llamado «Viudas» es su voz, la mía y las de varias de mis amigas que estaban pasando por lo mismo. «Ella está bastante bien», suele decir la gente, «lo sobrelleva». Nadie lo sobrelleva, la verdad sea dicha. Pero las viudas hablan con otras viudas: entienden la desconexión, esa sensación de irrealidad. Por poner un ejemplo: en enero de 2019 Graeme y yo estuvimos en el Key West Literary Seminar en Florida. Joyce Carol Oates, a quien conocíamos desde los años setenta, estaba allí junto con su marido, Charlie Gross; también estaba mi amiga escritora de Nueva Orleans, Valerie Martin, y su pareja, el traductor John Cullen. Disfrutamos de una cena maravillosa bajo las estrellas. Un año y medio después los tres hombres habían muerto. «*¿Y ahora qué?*», nos preguntamos las viudas. «*¿Y ahora qué sentido tienen las*

cosas?» La muerte de alguien joven resulta trágica, pero ¿y cuando quien nos deja es ya anciano? «¡Un momento! ¡Aún no ha llegado la hora! ¿Cómo es que se ha hecho tan tarde...?»

Estos últimos cuentos de *Perdidas en el bosque* fueron los más difíciles de escribir. Tig no es Graeme, no exactamente —ningún relato o novela puede abarcar la absoluta complejidad de otro ser humano—, pero se le parece bastante: por citar el título de un libro de Michael Winter, *This All Happened*, todo esto sucedió de verdad. ¿Lloré mucho al escribir esos relatos? Sí. ¿De alguna forma pensaba que Graeme podría escucharlos, que se reiría con los momentos divertidos y apreciaría según qué detalles? También. No soy la única: los muertos se nos aparecen en sueños, y a veces nos hablan incluso cuando estamos despiertos. Mi experiencia no se corresponde con las supuestas siete fases del duelo: tan sólo hay dolor, una suerte de ruido de fondo, como el ir y venir del mar. ¿Relatos como los últimos de *Perdidas en el bosque* son un intento de pasar más tiempo con alguien que se ha ido y de revivir momentos más felices? Naturalmente. Borges propone que Dante escribió toda la *Divina Comedia* con intención de devolver a Beatrice a la vida, de verla y hablar con ella una vez más.

39

Paper Boat

He aquí un pequeño poema incluido en *Paper Boat*, mi recopilación de 2024:

Suerte

La espiga de agua en flor.
En las sombras de lo que una vez
fue nuestro jardín, las flores combaten las malas hierbas.

Bolas de esporas como diminutas burbujas de goma
ascienden flotando por la oscuridad arenisca.
Soñé esto una vez.

Llevo la misma camisa
que usé aquí aquel año,
aquel año en que dejamos nuestros enfrentamientos
y escaramuzas, y adoptamos la ternura.

Salvo alguna crisis,
nuestra ropa nos sobrevivirá.

No mencionamos nada de esto
mientras nos tomábamos de la mano en el muelle

al caer la tarde, cuando la oscuridad
brotaba en nosotros, aunque no
como flores, y el día
se apagaba a sí mismo.

¿Quién sabe su nombre, el de esta oscuridad?
Simplemente está ahí, un requisito
para las estrellas. No dijimos
Todo se está agotando.

En vez de eso dijimos:
Hemos tenido mucha suerte.

Los barquitos de papel son frágiles y con el tiempo acaban por zozobrar. La fragilidad me daba que pensar a la hora de titular el libro, así como la naturaleza efímera de los seres humanos, y el papel, y lo que está escrito en él. Pero el barco de papel en mi versión aún se mantiene a flote.

Éste va a ser un capítulo breve. El arte es extenso, la vida es fugaz, las sombras se alargan; es difícil librarse de la sensación de que estoy viviendo en la media luz de un eclipse parcial. Pero, como puedes ver, sigo adelante con la escritura, esa actividad a la que me sumé en 1956, cuando tenía dieciséis años y el mundo era un lugar pero que muy distinto. Los escritores seguimos navegando en nuestros barquitos de papel, es lo que hacemos. Unos vehículos más bien endebles, pero que no abandonamos saltando por la borda. O por lo menos yo no lo he hecho. O no todavía.

Dediqué la segunda mitad de 2023 y el primer tercio de 2024 a seleccionar y compilar los poemas para *Paper Boat: New and Selected Poems, 1961-2023*, una recopilación que salió publicada en el otoño de 2024. Muchos de mis libros de poesía llevaban largo tiempo descatalogados, y Daniel Halpern, director ejecutivo de Knopf Estados Unidos, propuso hacer una nueva selección, pues habían pasado decenios desde la anterior, y había corrido mucha tinta desde entonces.

La experiencia de revisitar mi vida a través de estos poemas me resultó extraña. Algunos de ellos los había escrito sesenta, cincuenta, cuarenta años atrás. Estoy en situación de reconocer a la persona que los escribió, que no era yo exactamente, sino una pariente más joven muy parecida a mí en muchos aspectos. Está más segura de su propia invencibilidad, es menos tranquila y tiene bastante más energía. ¿Cómo se las arreglaba mi yo anterior para producir tantas palabras y con tal rapidez? Por no hablar de cuanto tenía lugar en la vida real: amoríos, aventuras con Graeme, vida familiar, un bebé maravilloso, unos padres maravillosos, unos hermanos estupendos, desbrozar el jardín, hacer punto, montar fiestas de cumpleaños, hornear pasteles, proteger las aves, apoyar las artes, defender los derechos humanos, recaudar fondos y, hablando en general, meterme allí donde no me llamaban. Por supuesto, esa persona era más fuerte, y corría, cuando hoy he de contentarme con andar. También era más alta (yo he encogido), pero tenemos la misma nariz. Nosotras y todas nuestras múltiples encarnaciones hemos tenido, de hecho, mucha suerte: hemos vivido en un lugar pacífico (Canadá), aunque no en un siglo pacífico, y en un momento de optimismo, de mayores posibilidades artísticas y mejora en los derechos humanos, al menos en nuestro país. Con todo, nuestra suerte nacional bien puede estar agotándose, y también la internacional: el autoritarismo está en ascenso, incluso al sur de la frontera de Canadá. Asimismo nuestra suerte

como especie podría estar agotándose. No hace falta que enumere todos los aspectos negativos: los conoces de sobra, y he escrito sobre ellos en muchos libros. Pero yo y mis múltiples yoes seguimos albergando esperanzas.

Los libros se acaban, y también las vidas, aunque rara vez del mismo modo. ¿Cómo terminar un libro? Los finales felices son reconfortantes, aunque —de forma creciente— menos convincentes que en el pasado. Como afirma el dicho, nadie va a salir de aquí con vida.

«No escribas más, Tiberio Claudio, dios de los britanos», dice el emperador Claudio, retratado por Robert Graves, al final de la larga historia familiar que ha estado redactando. Hacer que un personaje ficticio le diga que se calle de una vez es una salida. O, como el señor Bennet solía decir a su hija, entusiasta pianista: «Con esto basta y sobra, hija mía. Ya nos has deleitado lo suficiente.»

Podría recurrir a la tan familiar despedida del cerdito Porky en los dibujos animados de *Looney Tunes*: «¡Esto es todo, amigos!» O podría retroceder aún más y recurrir a una de mis influencias literarias: *El sastre de Gloucester*, de Beatrix Potter. Un grupo de ratones está acabando de confeccionar un chaleco con bordados que un pobre sastre, enfermo, no ha logrado terminar. Se las ingenian para hacerlo todo menos el último de los ojales, pues se les agota el necesario hilo de seda color rojo cereza. De modo que dejan una nota con una explicación: «Se acabó el hilo.» Y lo mismo me pasa a mí: mi ovillo ha llegado a su final.

O tal vez haría bien en recuperar el doble final que Charlotte Brontë introdujo de modo innovador en *Villette*. Al lector se le permite imaginar que la heroína va a disfrutar de un final feliz, aunque por otra parte es casi seguro que el hombre al que ama ha muerto en un naufragio. También

puedo decir: «Tú eliges, querido lector. Por un lado, estoy aquí, después haber viajado juntos durante más de ochenta y seis años, de haber compartido contigo tantos acontecimientos sorprendentes, episodios de maldad, sueños raros, conversaciones, momentos de alegría, fantasmas, estúpidos errores y catástrofes. Sí, aún sigo contigo, justo aquí, en esta misma página.» Pero, por otro lado...

Mi tía abuela Abbey, que en los últimos años de su vida estaba completamente ciega, acabó por retirarse a su cama. Una de mis parientes más jóvenes fue a visitarla.

—¿En qué estás pensando, tía Abbey? —le preguntó.

—Estoy escribiendo la historia de mi vida —respondió la tía Abbey—. Y cuando llegue a su final, entonces cerraré el libro.

Cómo me convertí en entomólogo

CARL E. ATWOOD
(Encontrado entre los papeles de mi padre, en cursiva, y transcrito por Harold L. Atwood)

Mis dos abuelos fueron navegantes que dejaron el mar en la mediana edad y aparecían registrados en el censo como granjeros y leñadores. Mi abuelo materno, capitán de barcos de vela, lo dejó porque era tísico, o eso se suponía. El suyo tuvo que ser un caso muy leve, pues vivió hasta los noventa y dos años. El abuelo Atwood sin duda fue un culo de mal asiento: nacido en Barrington, vivió en Grand Manan, Canso, East Ruston, y durante una época, en un pequeño asentamiento en Great Lake, junto al río Barrington. En el año 1867 viajó a pie por un sendero hasta el valle del río Clyde, donde su cuñado se había establecido en una de las escasas parcelas

de tierra fértil en esa ribera fluvial. Nuestro padre solía divertirnos contándonos cómo, con tan sólo dos años, recorrió andando ese mismo sendero que conectaba los dos valles. La vieja trocha de los Grandes Lagos seguía siendo practicable por la época en que me fui de casa.

Mi abuela materna murió en 1913, y mi madre se trasladó a vivir con su prole en casa del abuelo, veintidós kilómetros río arriba en un pequeño asentamiento llamado While's Hill. En la escuela cercana, de una única aula, fue donde aprendí a leer y a escribir. La escuela no pasaba de ser una cabaña de tablones, con dos hileras de pupitres y una estufa de leña en su centro. En vez de papel, escribíamos en placas de pizarra. Los alumnos de los últimos cursos dedicaban gran parte de su tiempo a leer libros en voz alta; lo que, como es natural, suponía que los de los cursos inferiores disfrutaban de la ventaja de no hacer mucho más que escuchar tales lecturas. Así fue como capté buena parte de los entresijos del «Canto del último trovador».

Cuando llegaba el descanso de quince minutos o la hora de comer, teníamos muy poco de juego organizado: los chicos por lo general hacíamos saltos, de altura o distancia, y en invierno jugábamos en el hielo de un estanque próximo.

Para ir a la escuela teníamos que andar cosa de kilómetro y medio por un camino forestal. El bosque en ese lugar era muy diferente al que rodeaba mi casa: abundaba la tsuga canadiense, el roble y el fresno, poco frecuentes en el valle inferior. Si hablamos de arbustos, había mucha escoba de bruja y mucha baya del saúco, inexistentes en el valle de abajo. La vegetación baja presentaba alguna que otra diferencia más.

Se suponía que el abuelo era un granjero, pero yo creo que apenas ingresaba dinero alguno. Criaba unas cuantas ovejas, un cerdo, cuatro vacas para la leche y la mantequilla, y seguramente vendía algunos cabestros al

matadero; también tenía un pomar, bastante descuidado, con unas variedades de manzanas que hoy resultan raras. El pequeño huerto, cultivado de forma intensiva, proporcionaba judías y guisantes, zanahorias, remolachas y calabazas para consumo doméstico. En los campos cultivaba patatas y nabos; estos últimos sobre todo los usaba para alimentar a los animales. Con el tiempo empezó a cultivar algo de alfalfa. Curiosamente, sus sembrados estaban casi libres por completo de plagas de insectos: escarabajos de la patata, gusanos del nabo, gorgojos de la alfalfa. Un fenómeno que a buen seguro se explicaba por el aislamiento. El tocino y los jamones eran el producto de un ahumador. El agua procedía de un pozo muy profundo, del que había que sacarla con una larga cuerda y un cubo.

La calefacción del hogar la proporcionaban estufas de leña, que también servían para cocinar. Los calcetines, los guantes y los jerséis los tejían «las mujeres», que también se ocupaban de darles la vuelta a las prendas que los hijos más crecidos ya no vestían. En su conjunto, esa forma de vida era un buen ejemplo del campesinado de subsistencia, propio de tantos pioneros y ejemplo notable de autosuficiencia. Los caballos se encargaban de realizar las tareas del campo más pesadas, así como de tirar del carro en el raro viaje a la civilización. En la práctica casi no dependíamos del exterior, nada más que para las botas y zapatos, y para el keroseno de las lámparas.

Escaseaban los libros y el material de lectura en general. El *Family Herald* llegaba cada semana, y se esperaba con expectación. Los libros nos los íbamos prestando los unos a los otros, tantas veces que las páginas acababan por soltarse hechas trizas. Con el tiempo hicieron aparición los catálogos de artículos en venta por correspondencia, que a veces usábamos para cosas que sus editores nunca habían previsto, como recortar las fotografías de las guapas modelos y convertirlas en muñecas de papel. Con las que montábamos nuestros propios juegos.

Estuvimos viviendo con el abuelo durante el primer año de la Gran Guerra. Papá, que era un experto leñador, trabajaba en los bosques cercanos a la cabecera del río Clyde. En primavera reaparecía y nos llevaba de vuelta a nuestro otro hogar río abajo. Mi hermano menor y yo hicimos el primero de esos viajes en carro tirado por caballos. Los caminos estaban tan mal que cada montículo nos obligaba a bajar y recorrerlo a pie.

En el otoño de 1915, las autoridades consideraron que volvía a haber la población infantil necesaria para reabrir la escuela local, cerrada durante un tiempo. Para llegar a ella había que andar tres kilómetros, y otros tres de vuelta. La trocha en gran parte reseguía la ribera fluvial, y yo encontraba aquellas caminatas muy interesantes. Por ejemplo, en el camino te topabas con nueve especies de orquídeas, y después de una borrasca de nieve a veces veíamos rastros de alces y gatos salvajes —de alces también, después —, y muy de vez en cuando, pisadas de osos.

Un día que íbamos andando por el camino sucedió algo que con el tiempo se reveló decisivo en mi vinculación con la naturaleza. Vi que una enorme oruga verdosa reptaba por la gravilla. No sé bien cómo me las arreglé, pero el hecho es que la llevé a casa intacta, y luego descubrí que se alimentaba de hojas de abedul. Le construí una pequeña jaula protectora, y en su interior con el tiempo fue tejiendo una larga bolsa parda de materia sedosa. Al examinar los contados libros de historia natural a mi alcance, vi que se trataba de un capullo de polilla de cecropia. Fue el principio de un interés por los insectos que duraría toda mi vida, y que con los años me llevó a titularme como biólogo por una gran universidad.

Poco después de ese hallazgo, las hermanas Sedgwick, nuestras vecinas durante el verano, me trajeron una rama con hojas que habían encontrado flotando en las aguas del río; en ella había otras dos grandes orugas, de distinta especie. Éstas también tejían capullos, de las que en primavera

emergían unas grandes polillas verdosas con unas largas serpentinas en las alas posteriores. Más tarde las identifiqué como *sendas actias luna*.

Mi pasión por los insectos hizo que empezara a fijarme en otras especies. A un lado del campo había una zanja poco profunda, con un pequeño conducto que discurría soterrado bajo el camino. Cada primavera tenía lugar en ella una migración de insectos con alas, y tras observarlos vi que se trataba de una forma inmadura de la cachipolla. Yo estaba orgullosísimo por aquel «descubrimiento», hasta que unos años después me enteré de que cierto estudioso griego llamado Aristóteles se me había adelantado un tanto. Pero el hecho era que mi interés por los insectos iba en aumento, y pronto llené el fresco desván de la casa con cajitas protectoras que contenían un surtido de capullos que escudriñaba todos los días en busca de seres emergentes. Cuando aparecían, los sumaba a mi minúsculo «museo».

Por entonces, el *Family Herald* incluía una sección titulada «El rincón del naturalista», en la que constaba una dirección a la que podías enviar especímenes para su identificación. Yo tenía tan pocos de algunos tipos que no quería desprenderme de ellos, motivo por el que hice unos laboriosos dibujos a la acuarela que despaché a la dirección indicada. Por lo menos en dos casos me proporcionaron unos nombres que más tarde pude confirmar. Uno pertenecía al género *Catocala*, una polilla con las alas frontales grises y las posteriores a franjas negras y rosadas. El hombre que los identificó, el doctor Arthur Gibson, después fue mi jefe en el Departamento de Agricultura en Ottawa.

El segundo acontecimiento decisivo en mi futura carrera tuvo lugar en la primavera de 1922, cuando me dieron un ejemplar del libro *Musgos y líquenes*, un volumen bien escrito e ilustrado sobre dichas especies vegetales. Ya estaba familiarizado con las plantas y flores de mi zona, pero

este libro me abrió un nuevo campo. Y de inmediato me puse a coleccionar muestras de ellas.

Un día reparé en un musgo solitario en la tierra desnuda. Revisé mi libro sobre los musgos y di con una ilustración que parecía corresponderse: el dibujo de una *Buxbaumia aphylla*, una especie hallada cerca de Astracán, al este de Rusia. En su momento había llamado la atención del gran botánico Linneo, quien escribió sobre ella. Tuve buen cuidado de conservar aquella muestra en mi colección. Muchos años después encontré una segunda cerca de Truro, durante mi primera época en la universidad. Se la mostré a algunos de los naturalistas del lugar, quienes me recomendaron que hablara con A. R. Prince, un botánico de la zona que había estudiado en Harvard. Prince la reconoció al momento y se sorprendió de que un simple aficionado como yo la hubiese detectado así por las buenas. Esta especie tan sólo aparece en forma de planta individual, sin formar lechos musgosos, y nunca brota dos veces en un mismo lugar. Tras hablar con él un rato, Prince me preguntó a botepronto:

—¿Y qué te parecería trabajar conmigo el próximo verano?

Por entonces estaba recolectando muestras de las plantas con flor de Nueva Escocia, como preparación para su volumen *Flora of Nova Scotia*. Era un sueño hecho realidad; me faltó tiempo para decir que sí.

El verano siguiente estuve recorriendo la provincia y haciéndome con muestras. Habíamos hecho un trato, por el que era muy libre de quedarme con las duplicadas para mi colección personal, excepto en casos de especies muy raras. Con el tiempo, el depósito donde se conservaba nuestra colección, en el Nova Scotia Agricultural College, fue pasto de un incendio. Así que doné la mía a modo de reemplazo. A esas alturas había congregado a un pequeño grupo de alumnos interesados en historia natural, con los que hacía salidas al campo cada sábado.

Un día, poco antes del final de curso, el director me llamó a su despacho y me preguntó si estaría dispuesto a aceptar una beca para cursar estudios en la Universidad de Acadia de forma gratuita durante un año. Hasta entonces yo pensaba que tan sólo podría entrar en la universidad después de estudiar secundaria durante años. La oferta me brindaba interesantes posibilidades, así que acepté en el acto. La beca exigía que trabajase un poco en el laboratorio e impartiese algunas clases prácticas. Por mí no había problema.

Tenía previsto seguir trabajando con el señor Prince durante el verano, pero el doctor Brittain de la Universidad McGill se puso en contacto conmigo y me ofreció un empleo de distinto tipo. El doctor Brittain esos días estaba llevando un estudio quinquenal de la polinización de las manzanas y necesitaba a alguien que determinase el porcentaje de germinación de los granos de polen en diferentes variedades de manzanas. Brittain se las arregló para que Prince me dejara con él «en préstamo», por así decir, de modo de que aquel verano lo pasé pegado al microscopio. A todo esto, el doctor Brittain tenía formación de entomólogo y, charlando conmigo, se enteró de mi curiosidad por los insectos (hice mención a la oruga recogida de camino a la escuela). Y me asignó nuevas labores: de examinar el polen pasé a hacer observaciones sobre los insectos que transportan el polen, lo que al principio implicaba llevar recuentos de las distintas abejas que visitaban los pomares; una ocupación muy agradable, pues pasaba el día rodeado de manzanos en flor y oliendo su perfume.

Pronto quedó claro que por allí circulaban diferentes variedades de abejas, pertenecientes a familias distintas. Por la razón que fuese, el doctor Brittain se mostró interesado en las pequeñas abejas de las familias *Andrenidae* y *Halictidae*, que tienen la particularidad de anidar en tierra. Y

me animó a investigar los emplazamientos precisos de sus nidos, así como sus hábitos al respecto.

Pronto di con una agrupación de nidos de las *Halictidae*, y por sugerencia del doctor Brittain me puse a excavarlos, adentrándome en los túneles soterrados para saber más sobre sus habitantes. Lo que me llevó a hacer una observación interesante. Resulta que dos especies distintas de abejas estaban compartiendo un mismo túnel. O se suponía que eran distintas, pues así las habían nombrado otros estudiosos. La observación me llevó a concluir que en lo fundamental eran simples reinas y obreras. Este fenómeno ya se había observado en Europa, pero la literatura no lo registraba entre las especies norteamericanas. Publiqué un pequeño estudio en el que se indicaban mis observaciones, estudio que al parecer estimuló la investigación de otros especialistas, quienes llegaron a la conclusión de que el fenómeno de hecho estaba bastante extendido. En paralelo, yo había seguido coleccionando especímenes de las dos familias que horadaban aquellos túneles y con el tiempo publiqué un estudio documentando los rasgos distintivos de las diferentes especies. Entretanto, el doctor Brittain consiguió que me nombraran profesor asistente en el Macdonald College de la Universidad McGill, donde me titulé en 1931.

A continuación solicité una beca para estudiar en Toronto, con el doctor E. M. Walker, un profesor que era una autoridad entomológica mundial. La respuesta me llegó tarde, a finales de septiembre, en forma de telegrama invitándome a acudir a Toronto. Según me enteré, me habían concedido la beca Ramsay Wright, pero el doctor Walker extravió mi solicitud y necesitó cierto tiempo para encontrarla. Se consideraba que mi colección de abejas en principio constituía material suficiente para una tesis doctoral.

Un día el doctor Bensley, director del Departamento de Zoología, me convocó en su despacho y me preguntó qué estaba haciendo yo

exactamente. Cuando le describí mi proyecto, quiso saber si me iría bien pasar una o dos semanas en el Museo Nacional de Washington. Como es natural, le dije que sí encantado. Y pasé una semana larga en esa ciudad, donde el doctor Bruce Sandhouse, un estudioso de las abejas, fue de gran ayuda y me proporcionó acceso al Museo Nacional. Tuve ocasión de comparar mis muestras con las de ellos y establecer algunas identificaciones irrefutables. Con esa ayuda, enseguida completé mi tesis y pude doctorarme en la primavera de 1932.

Agradecimientos

Toda persona es múltiple, y parte de cada multiplicidad es la presencia de innumerables multiplicidades adicionales. Si hacemos el recuento de todas y cada una de las personas con las que hemos interactuado o que han alterado nuestras vidas, la suma total ascendería a millares. Me ha costado lo mío elaborar este listado de agradecimientos —que cada vez era más y más largo—, de manera que, por favor, perdonadme si vuestros nombres tendrían que figurar en él pero no aparecen por ninguna parte. Aunque me esfuerzo mucho por recordar, por lo visto no me acuerdo de todo. O de todos. Algunas de las personas aquí mencionadas aparecen en el texto; otras, no. No hago distinciones entre los muertos y los vivos. Si sigo acordándome de alguien, en lo que a mí respecta, esa persona continúa viva.

Pero lo primero es lo primero: gracias a vosotros, mis lectores, estéis donde estéis, en el momento que sea, seáis quienes seáis. Sin lectores no hay escritos. Os estoy agradecida, pues sin vosotros ¿dónde estaría yo?

QUIENES ME HAN AYUDADO CON ESTE LIBRO

Gracias a los lectores de mi familia, en particular a mi hermana, Ruth Atwood; mi hermano, Harold L. Atwood; y mi hija, Jess Atwood Gibson. Han hecho un trabajo impagable al corregir mis recuerdos y brindarme sus

propias perspectivas. Mi hermana estuvo trabajando intensamente con las fotografías, en una labor heroica. Mi hermano dibujó un mapa de nuestra primera casa en el norte. Graeme Gibson estuvo presente en espíritu, como siempre, y aportó parte del texto, así como unas cuantas fotos. Mis padres, Carl E. Atwood y Margaret Killam Atwood, estuvieron conmigo contra viento y marea, y tomaron algunas de las fotografías.

Gracias a mis maestros y profesores, en todos los niveles educativos. Muchos de ellos aparecen mencionados en el libro. Y gracias a Lechuza Parda (Katie Firstbrook), cuyo recuerdo es tan preciado.

Gracias a mis editoras, colectivo conocido con el nombre de «las Hormigas», por su esfuerzo y diligencia: Becky Hardie, de Chatto & Windus; Louise Dennys y Stephanie Sinclair, de McClelland & Stewart; y Lee Boudreaux, de Doubleday (Penguin Random House en Gran Bretaña, Canadá y Estados Unidos, respectivamente). Ésta ha sido una labor de dimensiones épicas. Caleb Stull y Sonia Vaillant de M&S supervisaron con gran profesionalidad mi lectura del audiolibro. Todd Doughty y Ashley Dunn, diabólicos publicistas, me acompañaron en numerosas aventuras en Estados Unidos y Canadá, y en esta última se les unieron Priya Roy y Jessie Spivey, en el Reino Unido, y en lo referente a la mercadotecnia, Tonia Addison, Erinn McGrath, Chloe Healy, Rosanna Boscawen y Annie Rose. Ha sido una delicia ver el fruto de la colaboración del equipo global de diseño de Penguin Random House: Kelly Hill, Emily Mahon, Suzanne Dean, y el fotógrafo Ruvén Afanador en la cubierta.

Gracias a mi agente, esa dinamo humana que trabaja en CAA llamada Karolina Sutton. A los numerosos agentes de derechos para el extranjero tanto en Curtis Brown como en CAA: sois espléndidos. La intrépida Heather Sangster de Strong Finish lo dio todo a la hora de hacer la revisión final hasta la última coma.

Gracias a las personas que me acompañaron y cuidaron de mí, en mi casa o en mi despacho, quienes estuvieron presentes durante la escritura de este libro en particular y se las arreglaron para que las cosas —y yo misma— no se torcieran por completo: Lucia Cino, Jane Clarke, Penny Kavanaugh, Caitlin Devon y Rosemary Heather. A V. J. Bauer, quien lleva la página web. A Mike Stoyan y Sheldon Shoib y su equipo; a Donald Bennett; a Bob Clark y David Cole. A Evelyn Heskin, Terry Carman, los Shock Doctors y Deanna Adams. A Kim y Randy Gardner; Derek Welsh de Authentic Tree Care; Nick Mursillo; Mr. Exterminator, Michael Cataldo, Ted Humphreys y Junior Heath. A Coleen Quinn, Phyllis McCrae y Ron DeLuca, y Matthew Gibson. Y a mi niña de Make-A-Wish, Corey Gradin, quien a los doce años prefirió visitarme que ir a Disneyland, y me dio uno de mis poemas escrito en lengua de signos estadounidense. Es una luz resplandeciente.

Algunos fragmentos de este libro aparecieron en versiones anteriores en las introducciones, en mi columna de *Substack*, *In the Writing Burrow* y en el libro *Birding with Graeme Gibson*.

Y CON LOS LIBROS PREVIOS

El listado de quienes me ayudaron con libros, festivales literarios y giras de promoción anteriores resulta muy extenso. Muchos de ellos aparecen mencionados en el libro, incluyendo a mis agentes hoy jubiladas, Phoebe Larmore y Vivienne Schuster, Vanessa Holt y Diana Mackay; Nan Talese de Doubleday; Ellen Seligman y Anita Chong de McClelland & Stewart; Diana Athill; John Newlove; Peter Davison de Atlantic Monthly Press; Liz Calder de Jonathan Cape y Bloomsbury; Alexandra Pringle de Bloomsbury; Jamye Bing de Canongate; Dan Green de Simon & Schuster; LuAnn

Walther de Anchor; las Viragos, incluyendo a Carmen Callil, Ursula Owen, Harriet Spicer y Lennie Goodings; Bill Toye de Oxford University Press; la gente de Anansi, incluyendo a Dennis Lee, Jim Polk, Sarah MacLachlan, Martha Sharpe, Patsy Aldana y Scott y Krystyne Griffin; Sarah Sheard de Coach House Press; Arnulf Conradi; Greg Gatenby; Alma Lee; Hal Wake; Leslie Hurtig; Peter Florence y Becky Shaw del Hay Festival; Des Lalley; Fiona McMorrough y Lisa Dwan de FMCM; Alex Fane y Will Kontargyris; David St. Onge y muchos otros.

Gracias a los editores que han trabajado conmigo en los ámbitos del relato y la poesía a lo largo de los años, incluyendo a John Robert Colombo, Robert Weaver, Eleanor Bender Hamilton, Stuart Friebert, George Hitchcock, Daniel Halpern, Rose Tomaszewska, Kjersti Egerdahl, Deborah Treisman y Robert Gottlieb.

Entre los que se han ocupado del trabajo de despacho con eficiencia durante tantos años se cuentan Carlyn Moulton, Donya Peroff, el tío Harry Sanders, Michael Bradley, Alison Parker, Melanie Dugan, Joan Sheppard, la ultraeficiente Sarah Cooper, Shannon Shields, Jennifer Osti, Suryatapa Bhattacharya, Anne Joldersma, Laura Stenberg, Sarah Webster y Susannah Porter.

Gracias también a Carolyn Forché, con quien en 1980 estuve conduciendo toda la noche desde Portland (Oregón) hasta San Francisco tras encontrarnos atrapadas por la erupción del monte Santa Helena; a Eileen Allen y Melinda Dabaay; Shannon Hengen, responsable de eventos de cumpleaños en la Laurentian University de Sudbury, Ontario; Susan Bergholz, Susan Swan, Brad Cran, Craig Offman, Karen Connelly, Jan Zwicky, Shelley Ambrose, Joshua Knelman, Alberto Manguel y Craig Stephenson, Peter Boehm, Eleanor y Ramsay Cook, Dana Hábová y Věroslav Hába, Masako y Nobu Iino, Ayako Sato, Christine Evain,

Michelle Albaret-Maatch, Astrid Holzammer, Gunilla Sondell, Otto Lindhardt, William Nygaard, Reingard Nischik, Pilar Somacarrera, Heidi von Born, Hans Nygren, la doctora Susanne Becker, Philip Slayton y Cynthia Wine, Isabel Huggan y Eric Bennett, así como Linda Bacon.

Y también a mis médicos de cabecera, de los ojos, dientes, corazón, piel y demás. ¡Mi abuelo médico se hubiera entusiasmado con vuestro trabajo!

NOVELAS GRÁFICAS

Por la novela gráfica de *El cuento de la criada*, gracias a Renée Nault. Por la de *Angel Catbird*, a Johnnie Christmas, editor de Dark Horse Comics, Daniel Chabon y David Hyde; por la de *War Bears*, a Ken Steacy. Por mis cuentos para niños, a Ann Blades, Maryann Kovalski y Dušan Petričić.

ÓPERA, CANCIONES, BALLET, TEATRO

Gracias a Raymond Pannell por un musical para niños que casi logramos montar. A Poul Ruders (compositor) y Paul Bentley (libretista) por la ópera *El cuento de la criada*. A Lila York por el ballet *El cuento de la criada*. A Wayne McGregor por el ballet *MaddAddam*. A Tobin Stokes (compositor) y Charles Barber de la City Opera of Vancouver por la ópera de cámara *Pauline*, sobre Pauline Johnson. A Jake Heggie y Joshua Hopkins por *Songs for Murdered Sisters*, un encargo por su parte. A Measha Brueggergosman-Lee (cantante de ópera y artista de conciertos) y a Aaron Davis (compositor), por el repertorio de canciones con algunos de mis poemas, *Zombie Blizzard*. A Andrew Burashko del Art Times Ensemble, por *Thriller*

Suite. A Bryan Doerries de Theater of War Productions, para quien interpreté al adivino sabelotodo Tiresias en *Antígona*.

CINE Y TELEVISIÓN

En primer lugar, hay que dar las gracias a mi agente cinematográfico, Ron Bernstein, quien siempre viste de forma tan impecable como colorida.

Aquí tan sólo incluyo aquellos proyectos en los que estuve trabajando personalmente, sin mencionar las adaptaciones de las que no formé parte. Gracias a Oscar Lewenstein, John Kemeny, George Kaczender, Tony Richardson (guión de *La mujer comestible*), Beryl Fox, Annette Cohen y Claude Jutra (película *Surfacing*), George Jonas (telefilme *The Servant Girl*), Peter Pearson (telefilme *Heaven on Earth*), Harold Pinter, Daniel Wilson y Volker Schlöndorff (película *El cuento de la criada*), Sarah Polley por la miniserie televisiva *Alias Grace*, Steve Stark, Bruce Miller, Warren Littlefield, Elisabeth Moss y Ann Dowd por la serie *El cuento de la criada* y, también, *Los testamentos*.

Y gracias asimismo a los siguientes cineastas de documentales. Por *Once in August*: Michael Rubbo. Por *In the Wake of the Flood*: Ron Mann. Por *Payback*: Jennifer Baichwal y Nick de Pencier de Mercury Films. Por *Margaret Atwood: A Word After a Word After a Word Is Power*: Peter Raymont y Nancy Lang de White Pine Films.

TECNOLOGÍA, EMPRENDEDORES, PLATAFORMAS EN LA RED

Por Syngrafii/LongPen: Matthew Gibson, John Wiltshire, Ravi Dave, Anthony de Fazekas, Bruce Walsh, Tony Canapini, John Gruetzner, Jim Wooder, Frank Penny, Jeremy Hardie, David Roland y todo el equipo tan diligente. Por Wattpad: Allen Lau y Candice Faktor.

Por *Zombies, Run!*: Naomi Alderman. Por MasterClass: Sam Hayes, Matthew Rutler, Nekisa Cooper, Rena Ferrick y David Rogier. Por Byliner: Amy Grace Loyd. Por MaRS Discovery District: Yung Wu. Por Substack: Sophia Efthimiatou. Por Rebind: John Kaag, Clancy Martin y Zach Goldbaum.

PROTECCIÓN DE LA NATURALEZA

Graeme y yo dedicamos mucho a tiempo a trabajar con diversos grupos conservacionistas, para los que también hicimos donaciones; sobre todo después de que Graeme dejara las palabras y se centrara en los pájaros. Y con los años tuvimos muchos amigos y colegas asimismo empeñados en la protección del medio ambiente. He aquí algunas de esas personas, eventos y organizaciones.

Mi padre y mi madre, quienes fueron dos de los primeros miembros de Sierra Club Canada, impulsores de la Federación de Pescadores y Cazadores de Ontario y planificadores del parque Quetico-Superior. Y otros contactos iniciales de tenor ornitológico, incluyendo a Fred Bodsworth, Frank Kortright, Farley Mowat, Paul Provencher, autor de *I Live in the Woods*, con quien nos reíamos a carcajadas en las cenas de mi adolescencia.

En 1987 me embarqué en un demencial viaje en canoa que tenía que durar once días y completamos en tan sólo siete (acarreando la canoa por tierra varias veces, en un tramo considerado el más difícil en Ontario). El

recorrido tenía por finalidad salvar el parque provincial Lady Evelyn-Smoothwater. (Mirando en internet, parece que se salvó.) El viaje lo dirigieron Terry y los Piratas: M. T. Kelly y sus amigos John Carpenter y Larry Scanlan, quienes hicieron de corsarios para divertir a los niños de once años que iban a bordo. Graeme no pudo venir porque su hermano Alan estaba muriéndose en Londres, por lo que me tocó ocupar su lugar en la popa: mi remero era Joe Pecot de Nueva Orleans, un cinturón negro de karate que hasta la fecha nunca había remado en canoa, pero que rebosaba energía por todos los poros. («¡Joe! ¡Baja el ritmo! ¡Estamos yendo en círculos!») No tendría que haber probado a recorrer los rápidos yo sola, pero lo hice, a modo de reto personal. Me despellejé las rodillas.

La gente de Nature Conservancy of Canada, que cuidan de unas tierras que Graeme y yo donamos. El jefe Harry Saint Denis, Nancy y Daryl Mintz, Jerry Saint Denis, Rosanne Van Schie y la Nación Originaria Wolf Lake, con quienes estuvimos trabajando en aspectos relativos al agua en Abitibi; Ontario Nature; Nature Canada; BirdLife International, donde Graeme y yo fuimos presidentes honoríficos del Rare Bird Club durante unos diez años. Hisako, la princesa Takamado de Japón, presidente honorífica de BirdLife y una excelente fotógrafa de los pájaros. Hisako fue quien nos habló de BirdLife e hizo que nos sumásemos a este grupo.

Los Baricello de los Territorios del Noroeste. Grace y Dave Mossop. Les Stroud. Mark Cocker. La gente de Adventure Canada, incluyendo a Matthew Swann y la familia Swann al completo. Aaju Peter, Bernadette Dean, Marc St-Onge y Danny Catt. Sean Dooley de BirdLife Australia. Barry Lopez, David Lindo, el ornitólogo urbano. Ron Tiessen, Marylee Stephenson, Merilyn Simonds y Wayne Grady. John Geiger de la Royal Canadian Geographical Society. Hank y Wendy Paulson y Little Saint

Simons Island. Y tantos, tantísimos otros amantes de las aves y compañeros de viajes a lo largo de los años.

The Great Auk, la empresa para los aficionados a la ornitología que Graeme montó a modo de puente aéreo entre Canadá y Cuba. Tras una visita a Cuba de intercambio cultural a principios de los años ochenta, Graeme se empeñó en llevar la observación de los pájaros a la isla caribeña, en la que hay veintisiete especies endémicas. Le llevó dos años convencer al gobierno cubano de que no todos aquellos extravagantes norteamericanos pertrechados con prismáticos iban a ser unos espías, y de que había gente más que dispuesta a pagar un buen dinero por contemplar los pájaros. Pero lo consiguió y estuvo organizando viajes con Great Auk durante unos diez años. Sólo fue arrestado una vez, por haber parecido sospechoso con sus prismáticos. Orlando Garrido, Arturo Kirkconnell y Gilberto Silva fueron de gran ayuda. Silva era el mayor especialista mundial en murciélagos cubanos. Graeme lo adoraba y lo ayudó a montar el Museo Nacional de Historia Natural Cubana, entrando dinero escondido en los zapatos y albergando en nuestra casa a cuatro jóvenes diseñadores de museos que nunca en la vida habían visto un museo. (Durmieron en el suelo de nuestra terraza acristalada.) Gracias también a Yazmín Peraza.

El equipo creador de la serie de tebeos de superhéroes *Angel Catbird* (véase más arriba) con Nature Canada para ayudar a la protección de las aves, con atención añadida a la cuestión de los gatos.

La gente de Nashulai Maasai Conservancy en Kenia, que se dedica a la protección tanto de las especies como del modo de vida comunal. A Nelson Ole Reiyia y Margaret Koshal Reiyia en especial.

Y por último, al Observatorio de Aves de Isla Pelee, establecido en 2002 por Graeme y su hijo, Graeme el Joven, otro amante de las aves. Graeme se volcó en este proyecto, que sigue gozando de buena salud. Gracias de

corazón a todos los miembros del consejo y a las muchísimas personas que han colaborado con sus donaciones a lo largo de los años, sean grandes o pequeñas, y a los numerosos ornitólogos honoríficos y escritores honoríficos que han venido a Pelee en primavera para observar la migración estacional. Uno de ellos fue Peter Matthiesen, autor de *El leopardo de las nieves*, que consiguió dos nuevas aves para añadir a su lista de vida.

Por último, gracias a los muchos, muchísimos, incontables escritores a los que he leído, querido y/o conocido personalmente a lo largo de los años.

Estamos hablando de influencias, de amigos, de personas que te maravillan, que te entretienen, que te brindan sabiduría, y también hablamos de enemigos, pues éstos asimismo forman parte del panorama general: ¿quién sería la Cenicienta sin la malvada madrastra? A este último conjunto: todo está perdonado.

Los escribientes y escritorzuelos somos viajeros en el tiempo: nuestras voces discurren a través de la página mágica no sólo de aquí a otros lugares sino también de ahora a un posible futuro. Os veré a todos por allí.

Lista cronológica de libros

Double Persephone	1961
The Circle Game	1966
La mujer comestible	1969
The Animals in That Country	1968
Los diarios de Susanna Moodie	1970
Procedures for Underground	1970
Juegos de poder	1971
Resurgir	1972
Survival: A Thematic Guide to Canadian Literature	1972
You Are Happy	1974
Doña Oráculo	1976
Selected Poems: 1965–1975	1976
Chicas bailarinas	1977
Days of the Rebels: 1815–1840	1977
Two-Headed Poems	1978
Arriba en el árbol	1978
Nada se acaba	1979
Anna's Pet (con Joyce Barkhouse)	1980
Daño corporal	1981
True Stories	1981
Second Words: Selected Critical Prose 1960–1982	1982
Murder in the Dark	1983
Bluebeard's Egg	1983
Interlunar	1984
El cuento de la criada	1985

Selected Poems II: Poems Selected and New, 1976–1986	1986
Ojo de gato	1988
For the Birds	1990
Wilderness Tips	1991
Good Bones	1992
La novia ladrona	1993
Morning in the Burned House	1995
Strange Things: The Malevolent North in Canadian Literature	1995
Princess Prunella and the Purple Peanut	1995
Alias Grace	1996
Eating Fire: Selected Poetry, 1965–1995	1998
El asesino ciego	2000
Negotiating with the Dead: A Writer on Writing	2002
Oryx y Crake	2003
Rude Ramsay and the Roaring Radishes	2003
Moving Targets: Writing with Intent, 1982–2004	2004
Bashful Bob and Doleful Dorinda	2004
Penélope y las doce criadas	2005
Curious Pursuits: Occasional Writing, 1970–2005	2005
Writing with Intent: Essays, Reviews, Personal Prose, 1983–2005	2005
The Tent	2006
Desorden moral	2006
La puerta	2007
Payback: Debt and the Shadow Side of Wealth	2008
El año del Diluvio	2009
In Other Worlds: SF and the Human Imagination	2011

Wandering Wenda and Widow Wallop's Wunderground Washery	2011
MaddAddam	2013
Stone Mattress	2014
Por último, el corazón	2015
La semilla de la bruja	2016
Angel Catbird, Vol. 1	2016
Angel Catbird, Vols. 2 & 3	2017
War Bears, Vols. 1–3	2018
Los testamentos	2019
Dearly	2020
Cuestiones candentes: Una mirada crítica a la realidad actual, desde el feminismo hasta el cambio climático	2022
Perdidas en el bosque	2023
Paper Boat: New and Selected Poems, 1961–2023	2024
Scribbler Moon	publicación prevista en 2114 (finalizado en 2014; Biblioteca del Futuro)

Una historia de amor: mi madre, Margaret Killam, y *Dick*, su caballo de rescate, hacia 1929.

Harold me da la bienvenida, Ottawa, 1940.

La vida en la naturaleza (1): mi madre, Harold y yo, 1943.

La vida en la naturaleza (2): mi padre, Carl, y yo, 1943.

La vida en la naturaleza (3): mi padre, Harold y yo haciendo acopio de leña para el fuego, 1944.

Yo, con mi bicicleta, con el Garden Circle cubierto de barro al fondo, Toronto, 1950.

Los tres hijos del bosque: Harold, yo y Ruth dibujando historietas en la pequeña cabaña, 1953.

En barca por el lago, 1953.

Fiesta de Halloween, disfrazada de perrito caliente, 1954.

Ruth y yo en el embarcadero. Los pantalones cortísimos no podían estar más de moda, 1954.

Los Cinco Grandes en los Bass Lakes: Elizabeth, yo, Eric, David y Harold, 1953.

Synthesia, la ópera Home Economics, Instituto Leaside, 1956. Yo soy Orlon.

Carl estudia los insectos voladores, años cincuenta.

La boda de Harold y Lenore Mendelson, 1959. Ruth, yo, Lenore, Harold, Margaret y Carl.

Vancouver, en la motocicleta del Novio Muy Simpático, por la época en que escribí *La mujer comestible* y *The Circle Game*, 1964-1965.

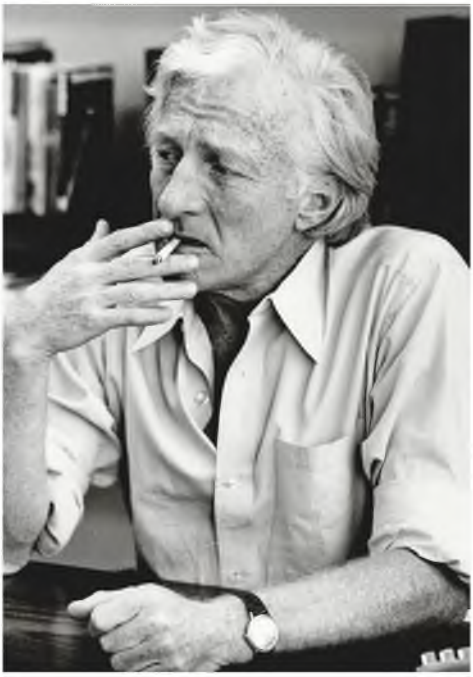
Jane Rule y yo. Nos conocimos en Vancouver en 1964. Foto tomada en los años ochenta.

Doug Jones en su casa de verano, 1964.

Secuencia descartada de *The Circle Game*. Foto tomada por Charles Pachter, Montreal, 1966.

La primera vez que me fotografiaron para una entrevista en un periódico, con ocasión de *The Circle Game*, Cambridge, Massachusetts, 1967.
Charles Pachter

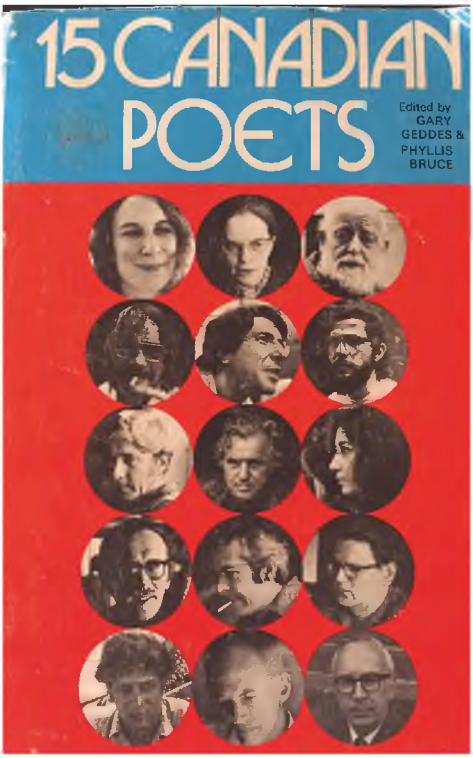
Jim Polk y yo en nuestra boda, primavera de 1967.



Jack el Pieza: Jack McClelland, de McClelland & Stewart.

Dennis Lee, en 1967 quizá. El «quinto en discordia» en mi vida.

Al Purdy, yo y Avi Boxer, Montreal, 1968. Al justo acaba de hacer una broma.

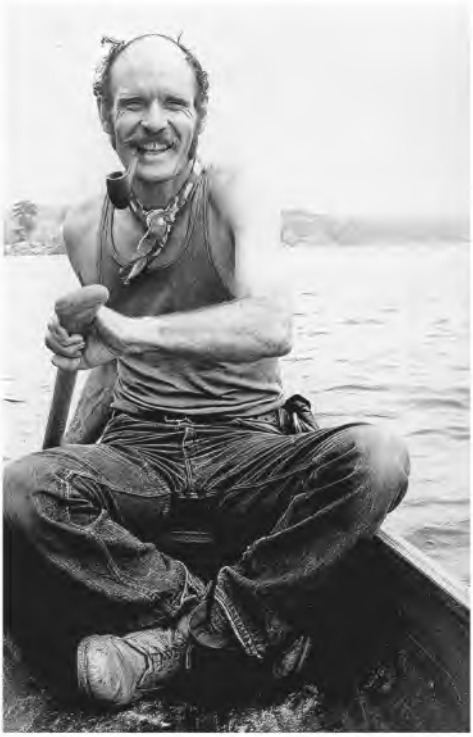


15 Canadian Poets, 1970. Yo, Margaret Avison, Earle Birney, George Bowering, Leonard Cohen, Victor Coleman, Doug Jones, Irving Layton, Gwen MacEwen, Eli Mandel, John Newlove, Alden Nowlan, Michael Ondaatje, Al Purdy, Raymond Souster. Editado por Gary Geddes y Phyllis Bruce. Oxford University Press

En la inauguración de la exposición artística con temática retro montada por Charles Pachter en Calgary, 1970.

En el refugio de Tony Richardson en Francia, 1971. Los bañadores en tonos plateados eran tendencia.

Primera sesión fotográfica junto a Graeme, Toronto, 1971.
Gramem Gibson



Graeme y su característica forma de remar, 1973.

Primer viaje en canoa con Graeme, 1973. Calzando las tan románticas botas Greb de trabajo.

Graeme, la fotógrafa Ellen Tolmie, el dramaturgo Rick Salutin, el director Paul Thompson y yo conspirando, hacia 1974.

Big Larry Gaynor haciendo de actor, años setenta. (La serpiente es de mentira.)

Mi estudio encantado en la granja Alliston, 1975.

Nace Jess. Graeme el Joven, Graeme, Jess y Matthew, primavera de 1976.

Cortando el heno en la granja con Matthew, 1975.

Tendiendo la colada en la granja, con la ayuda de Jess, 1977.

Mi madre con Jess, 1978.

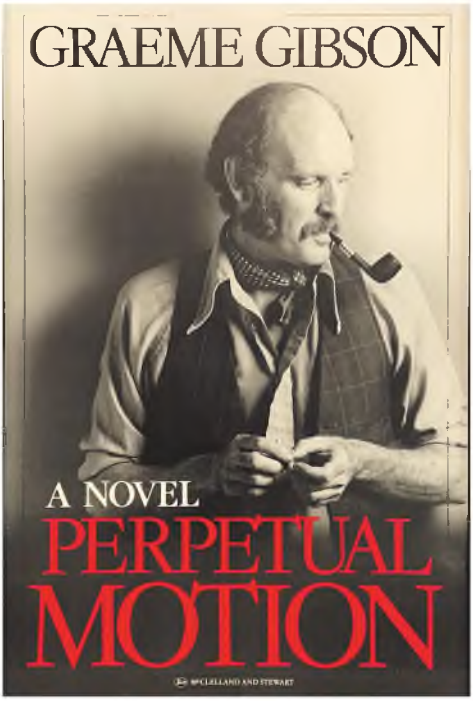
Graeme y Jess en la granja, 1978.

Jess y Finn, el lobero irlandés, en la granja, 1978.

Graeme y Jess ante el Taj Mahal, 1978.

Firmando ejemplares de *Arriba en el árbol* con Jess, 1978.

Portada de *Maclean's*, 1981. En el sentido de las agujas del reloj: Robertson Davies, yo, Timothy Findley y W. O. Mitchell. Cortesía de Maclean's

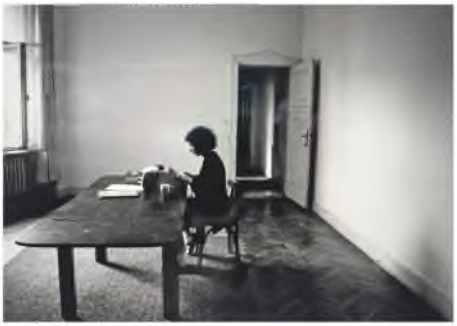


Se publica *Perpetual Motion*, 1982.

Los hermanitos: Ruth, Harold y yo, con una foto de nuestra madre y sus dos hermanas, hacia 1983. Foto de Graeme.

Graeme observando los pájaros en Cuba, hacia 1987.

Graeme y yo en la puerta de nuestra casa infestada de cucarachas en Sullivan Street, Toronto, a principios de los ochenta.



Escribiendo *El cuento de la criada*, Berlín Occidental, 1984.

Phoebe Larmore, Alma Lee, Graeme, David Young, Sarah Sheard y yo, cena del Writer's Trust, años noventa. El vestido de los años veinte ornamentado con cuentas lo compré en un mercadillo callejero.

Phoebe Larmore, agente; yo; Nan Talese, editora. Una Polaroid que ha perdido el color.

En la ceremonia del Premio Booker a *El asesino ciego* con Jess y un poco de Graeme. El momento en que me comunican que

he ganado, Londres, 2000.

En pleno Ártico canadiense, ante la tumba de los marinos de la expedición Franklin, en la gélida Beechey Island, 2001.

Encuentro con la reina Isabel II con ocasión del quincuagésimo aniversario de su coronación, Ottawa, 2002. El escepticismo es mutuo. La reina: «Ah, vaya. Así que es usted escritora... Se diría que en este país hay bastantes.» Yo: «Porque aquí no tenemos un Hollywood.» La reina: «Ah, vaya. (*Pausa.*) Ja, ja, ja.»

Jess y Graeme en el bar Mercurio, Toronto, 2005.

Gira de promoción de *El año del Diluvio* con Ashley Dunn, relaciones públicas de McClelland & Stewart, y con un topo disecado de juguete, 2009.

El año del Diluvio: el jefe Harry St. Denis, de la Wolf Lake First Nation, me regala una pluma de águila, Sudbury, 2009.

Pelee Island, Springsong, decenio de 2010. Graeme, Alison Gordon, Ramsay y Eleanor Cook, y Cathy Wismer.

Graeme y yo con los científicos cubanos Gilberto Silva y Yazmín Peraza, hacia 2016.

Vivienne Schuster, yo y Karolina Sutton en los premios Kitschies/Red Tentacle de ciencia ficción, Londres, 2016.

Criadas en una vigilia de protesta, 2016.
AARON P. BERNSTEIN/Reuters/Redux

Con la protagonista, Elisabeth Moss, durante el rodaje de la serie de televisión *El cuento de la criada*, 2016.

«Mujer desagradable», breve aparición en la miniserie de televisión *Alias Grace*, 2017.
Tomada por Simonetta Mariano en el rodaje de *Alias Grace*, foto cortesía de Halfier Entertainment.

Lanzamiento de la serie de televisión *Alias Grace*: yo y Sarah Polley, 2017. Luzco un vestido de mi abuela confeccionado en los años treinta.

La primera temporada de la serie *El cuento de la criada* obtiene trece nominaciones y ocho premios Emmy. Graeme y yo en la alfombra roja, Los Ángeles, 2017.

Graeme haciendo de vikingo, Islandia, 2018. (El otro vikingo es de mentira.)

Los testamentos es una de las dos novelas ganadoras del Premio Booker: yo y una de mis editoras, Louise Dennys, en Londres, 2019.

Me convierten en sello de correos, 2021.

Quemando el libro que no arde, 2022. El ejemplar después salió a subasta, y el dinero fue para el PEN.

En Nueva Escocia. Foto hecha por mi hermana Ruth, 2022.